203

— Geoffey Regan

— HISTORIA DE LA INCOMPETENCIA MILITAR

— Crítica La sociedad



GEOFFREY REGAN

HISTORIA DE LA INCOMPETENCIA MILITAR

Traducción castellana de
RAFAEL GRASA

SERIE GENERAL «LA SOCIEDAD»
Director: GONZALO PONTÓN

EDITORIAL CRÍTICA
Grupo editorial Grijalbo
BARCELONA

Título original:
SOMEONE HAD BLUNDERED... A Historical Survey of Military Incompetence B.T. Batsford Ltd., Londres

Cubierta: Enric Satué
© 1987: Geoffrey Regan
© 1989 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Crítica, S. A., Aragó, 385, 08013 Barcelona
ISBN: 84-7423-424-7
Depósito legal: B.33.544-1989
Impreso en España
1989. - HUROPE, S. A., Recaredo, 2, 08005 Barcelona
Edición digital: Sargont

A mi madre

AGRADECIMIENTOS

No hubiera sido capaz de escribir un libro de esta longitud y complejidad sin la ayuda de un buen número de personas. De ahí, pues, que exprese mi gratitud al profesor R. F. Leslie, al profesor V. R. Berghahn de la Universidad de Warwick, al doctor E. J. Feuchtwanger de la Universidad de Southampton, al doctor John Morrill del Selwyn College, Cambridge, al doctor John Gooch de la Universidad de Lancaster y al doctor Ian Roy del Departamento de Estudios sobre la Guerra en el King's College, Londres. Por su parte, los bibliotecarios de la Bodleian Library, Rhodes House y la biblioteca de All Souls, Oxford, me prestaron su ayuda inestimable. He de añadir también al personal del Institute of Historical Research, de la biblioteca de la Universidad de Londres, de la biblioteca de la Universidad de Southampton, así como al atento personal del servicio de biblioteca del Hampshire County en Winchester, Fareham y Portsmouth.

Quiero manifestar también mi deuda con los siguientes autores, cuyas obras me resultaron especialmente útiles al escribir este libro: N. Dixon ("On the Psychology of Military Incompetence, *Cape, 1976; trad, cast.:* Sobre la psicología de la incompetencia militar. *Anagrama, Barcelona, 1977); D. Divine (The* Blunted Sword, *Hutchinson, 1974); R. Hough (The* Great War at Sea 1914-1918, *OUP, 1983); C. Hibbert* (The Destruction of Lord Raglan, *Longman, 1961); P. Young* (Marston Moor: The Campaign and Battle, *Roundwood, 1970); M. Hastings y S. Jenkins* (The Battle for the Falklands, *Michael Joseph, 1983); H. P. Willmott* (Tmpires in the Balance, *Orbis, 1982); J. Winton* ("Convoy, *Michael Joseph, 1983); R. Fullick y G. Powell (Suez:* The Double War, *Hamish Hamilton, 1979).*

Estoy en deuda con el autor y la editorial (Macmillan, Londres y Basingstoke) por permitirme reproducir dos mapas del libro de Alastair Horne To Lose a Battle. *Respecto del mapa de la bahía de Cádiz, agradezco el amable permiso recibido del autor, Roger Lockyer, y de la editorial que publicó su libro* Buckingham, *Longman Group UK Ltd. También expreso mi agradecimiento por permitirme usar el mapa de Peter Young procedente de su libro* Marston Moor *tanto al autor como a la editorial Roundwood Press, Kineton, Warwick. Estoy en deuda con el profesor David Chandler y con Macmillan Company de Nueva York, autor y editora respectivamente del* Dictionary of the Napoleonic Wars, *por autorizarme a reproducir el mapa de la batalla de Aspern Essling. Por último, debo expresar mi agradecimiento a Doubleday y al autor de* The Three Edwards *por su amable autorización para reproducir dos mapas elaborados por T. B. Costain.*

Finalmente, debo expresar mi gratitud a dos personas concretas que han contribuido mucho, de manera diferente, a hacer posible este libro. En estos días de microchips y procesamiento de textos resulta a veces difícil para un autor no técnico saber arreglárselas para entregar un original tan claro y eficaz como sea posible. He sido enormemente afortunado al contar con la ayuda de Mark East, gerente de la División de Apoyo Educativo de Micro Facilities, Hampton Hill, Middx. Mark fue un baluarte de fortaleza en su ayuda ante «mis dudas de principiante» con mi ordenador Macintosh y amablemente me permitió usar una impresora láser para editar mi original final, algo que hizo que el contenido se vanagloriara de la presentación.

La otra persona que resultó indispensable fue Tony Seward, el Senior Academic Editor *en Batsford, que tuvo paciencia para habérselas con mis excesos estilísticos y moldeó mi obra hasta reducirla a una forma más convencional. Con su apoyo permanente y callado Tony me alentó cuando lo necesitaba porque las cosas no marchaban bien. Su influencia sobre mí ha sido tan grande que he de admitir que los méritos que el libro pudiera tener se deben en buena medida a su ayuda, aunque los errores que pueda haber son, obviamente, míos.*

PRÓLOGO

La incompetencia profesional preocupa tanto a quienes la sufren como a los profesionales competentes que intentan mantener su nivel. En modo alguno interesa a profesores, contables, notarios, biólogos marinos o a los miembros de centenares de otras profesiones proteger a quienes no están adecuadamente cualificados para ejercer su oficio. Así las cosas, tampoco hay razón alguna para que uno deba proteger de modo particular a los miembros de las fuerzas armadas. Quizá podría argüirse que las dificultades inherentes a la profesión militar imponen a quienes la ejercen tensiones de todo punto incomparables con las propias de otras ocupaciones. Sea o no cierto, si las presiones del alto mando exigen con gran probabilidad mucho de quienes lo ejercen, razón de más para desechar a quienes son incapaces de afrontarlas.

Desde 1945 se ha prestado cada vez mayor atención a la selección y adiestramiento de los oficiales, algo que no siempre se había hecho. En varios momentos del pasado, la promoción a puestos de alto mando en las fuerzas armadas dependía no tanto de la posesión de cualidades que hicieran del individuo una persona idónea para el mando de grandes contingentes de hombres y equipo en condiciones complejas y difíciles, sino, por el contrario, de criterios sociales tales como pertenecer a una familia noble o a la clase, casta o grupo religioso adecuado. Los errores eran moneda común habida cuenta de que quienes desempeñaban el cargo no estaban, dicho lisa y llanamente, a su altura. En aquellos tiempos nunca se consideró importante evaluar en la selección si serían o no buenos oficiales, la mera pertenencia al grupo se consideraba ya una garantía de aptitud. Irónicamente, fue en Estados Unidos —el refugio de los valores democráticos y de las carreras abiertas al

talento— donde se produjeron algunos de los peores nombramientos. En 1861, el mando de los ejércitos de la Unión estaba no en manos de las personas con mayor capacidad militar, sino de aquellas cuyo apoyo político necesitaba el presidente. Lincoln, al nombrar a los influyentes políticos demócratas Nathaniel P. Banks, John A. McClernand y Ben Butler para puestos de mando, «le endosó al ejército incompetentes de primera», según las palabras de T. Harry Williams.

Aunque los requisitos para la profesión militar han variado a lo largo de la historia, los generales capaces siempre han compartido ciertas cualidades esenciales para el mando en campaña; sin ellas, no hay galones dorados o buena cuna que puedan disfrazar a un estúpido. Y lo cierto es que ha habido una plétora de estúpidos vistiendo los uniformes de todas las naciones, mandando ejércitos, flotas y fuerzas aéreas, enviando centenares de miles de hombres a morir innecesariamente. Como sucede en todas las profesiones, los incompetentes son una minoría y no pretendo sostener que sus fracasos sean típicos de las fuerzas armadas en su conjunto: un ataque contra la ineficacia difícilmente supone amenaza alguna para la mayoría que actúa de forma competente. Sin embargo, el papel que estos incompetentes han desempeñado no guarda proporción con su número y no puede ignorarse.

Se ha sugerido que la historia militar debiera estar reservada a los propios militares y que nadie que no haya experimentado de primera mano la profesión militar puede estudiarla de forma seria. De ser ello cierto debo admitir que estaría particularmente mal preparado para dedicarme a ello. No obstante, el estudio de los cambios religiosos acaecidos durante la Reforma no está restringido a los clérigos, ni la historia de la peste negra es un coto de investigación reservado a los médicos. Con otras palabras, aceptar semejante argumentación supondría socavar la naturaleza de la historia como disciplina académica.

Mi intención al escribir este libro es relativamente humilde, a saber: ilustrar un problema que innegablemente existe y ha existido a lo largo de la historia. No hay nada de original en el concepto de incompetencia militar, al menos nada que vaya más allá de la idea

de que allí donde los seres humanos establezcan pautas profesionales y códigos de conducta habrá también personas que, por una u otra razón, no serán capaces de vivir de acuerdo con ellos. A diferencia de Norman Dixon en su interesante y divertido libro *Sobre la psicología de la incompetencia militar*, no sostengo ninguna interpretación nueva de las razones por las que acaecen los desastres militares. Dixon se preocupa por lo general, algo que ilustra a partir de su propia disciplina, la psicología experimental. Si bien admite que los sucesos históricos están determinados por numerosos y complejos factores —de índole política, geográfica, económica, social o climática—, subraya acertadamente la influencia que puede tener la mente del ser humano. A Dixon le interesa identificar un tipo de personalidad determinado, proclive a tomar decisiones erróneas bajo las condiciones de tensión propias de la vida militar. No obstante, para identificar esa «personalidad autoritaria» necesita «restar importancia a los restantes factores, para fijarse con mayor claridad en los eventuales determinantes psicológicos» presentes en los sucesos que enmarcan los desastres militares. Dixon va incluso más lejos al afirmar que la incompetencia militar sigue ciertas leyes. Para él, los «buenos comandantes son más o menos iguales y, a su vez, los malos comparten muchas cosas entre sí». Al llegar aquí, obviamente la historia militar y la psicología divergen. A los historiadores militares no les preocupan las teorías generales acerca de los desastres militares; su campo de trabajo son las razones por las que se producen ciertos desastres particulares, así como dónde y cuándo se produjeron. Cada suceso es único. El psicólogo, al examinar las causas de los desastres militares, aspira a identificar los factores que contribuyen a que sucedan para minimizarlos o eliminarlos en el futuro. Naturalmente, para hacerlo es necesario postular condiciones iniciales y leyes generales que, de darse en un caso particular, permitan anticipar el desastre. Tal enfoque es ahistórico y no contribuye a comprender por qué en ciertas ocasiones los hombres superan sus limitaciones psicológicas y triunfan, mientras que en otras hombres con problemas de personalidad mucho menores fracasan.

Como señalo por doquier en el libro, incluso los mandos más

capacitados se equivocaron en determinadas ocasiones: Grant en Cold Harbour, Lee en Gettysburg o Federico el Grande en Kolin. Todos ellos cometieron errores que, de juzgarse aisladamente, servirían para que se ganaran el calificativo de «incompetentes». ¿Cómo y por qué pudo sucederles, habida cuenta de que tales hombres eran maestros en su profesión? La mayor parte de quienes han sido soldados convendrían en la respuesta más simple, a saber, que la profesión es extremadamente dificultosa, demasiado para que alguien pueda dominarla por completo. Sin embargo, ni el problema ni la respuesta son tan simples para un historiador. Hablar únicamente de Grant, Lee o Federico el Grande pudiera sugerir que la responsabilidad de todo lo que sucedió estuvo únicamente en manos de esos hombres. Nada más lejos de la verdad. La historia nunca es predecible y la tarea del historiador consiste precisamente en averiguar lo sorprendente o inusual que permite explicar la diferencia, el factor sin el cual los sucesos habrían acaecido de acuerdo con la pauta esperada.

Como historiador, antes que como psicólogo o soldado, he intentado aprehender el asunto en su globalidad, presentando una extensa gama de factores que, por separado o en combinación, suelen estar presentes en los contratiempos militares. Soy consciente de que ello limita la profundidad de mi enfoque, pero me evita distorsionar la cosa por concentrarme excesivamente en un solo rasgo, por vital que pueda parecer. Habida cuenta de que las limitaciones de espacio me impiden analizar en su totalidad cada uno de los numerosos factores que contribuyen a la incompetencia militar, he optado por ilustrar cada uno de ellos con una serie de ejemplos, dejando al lector la tarea de añadir los de su propia cosecha expurgados de la reserva aparentemente inagotable de la historia militar de cada país.

En la primera parte del libro he agrupado los factores que contribuyen a la incompetencia militar bajo tres epígrafes, según se originen en las actividades de los mandos de campaña, los planificadores y estrategas o, por último, los líderes y dirigentes políticos. Obviamente, tales epígrafes se solapan de forma considerable, por lo que sería erróneo establecer reglas

«irrevocables». También he intentado contar con un amplio abanico de ejemplos: así como la incompetencia no es un rasgo distintivo más específico de la profesión militar que de cualquier otra, tampoco el ejército británico ha de considerarse más susceptible de proporcionar ejemplos de mete- duras de pata desastrosas que los ejércitos de otras naciones. El problema es internacional. Aunque el resultado final, merced a la accesibilidad de las fuentes, muestra una preponderancia de ejemplos británicos, mi propósito ha sido equilibrarlos con ejemplos de todas las épocas y continentes.

La confianza pública en los mandos del ejército se mantuvo, tras las numerosas meteduras de pata de la época victoriana, intacta. Sin embargo, los horrores de la guerra de trincheras entre 1914-1918 y la lista de víctimas, que prácticamente no respetó ni un solo hogar en el Reino Unido, hizo que la atención pública se concentrara en la incapacidad del alto mando. Tras 1918 se puso de moda pensar que los generales se habían mostrado estúpidos e incompetentes y, a resultas de ello, se prestó mucha mayor atención a la capacidad física y mental de los comandantes militares, habida cuenta de que las presiones de la guerra moderna les imponían tensiones sin precedentes. De todo ello han surgido atisbos y percepciones útiles; en el capítulo primero de la primera parte del libro dedico un espacio considerable a ejemplificar cómo no saber apreciar las deficiencias mentales y físicas ha contribuido a numerosos reveses militares. No obstante, si bien menospreciar tales aspectos fue un error, no menos erróneo sería sobreestimarlos. La genialidad del comandante capaz puede resultar tan vital en una guerra como la estupidez integral de otro al ocasionar daños desproporcionados; sin embargo, cualquier general es simplemente tan bueno como los hombres que manda, o el equipo, adiestramiento, pertrechos y servicio de transporte de que depende, o como los servicios de información, y mil cosas más, que se requieren para que un ejército pueda acceder al campo de batalla. Por ello he dedicado el capítulo segundo a analizar la actuación de los planificadores y estrategas militares. Abundan los ejemplos de generales que fracasaron por el fracaso previo de aquellas personas de las que dependían. Así como Carnot fue el «organizador de la victoria» y Barham el hombre que proporcionó a

Nelson, Howe y St Vincent los instrumentos para la guerra, muchos otros podrían considerarse justamente los organizadores de la derrota. Basta, por ejemplo, con tomar en consideración el papel del primer duque de Buckingham en la organización de la expedición a Cádiz en 1625: independientemente de la ineptitud y carencias del vizconde de Wimbledon como general, que eran muchas, estaba más allá de lo posible que cualquier general pudiera subsanar las deficiencias de quienes planificaron y aprovisionaron la expedición.

En el siglo XX, el concepto de «guerra total» ha relegado al comandante individual al papel de una mera pieza particular, aunque crucial, en un gigantesco rompecabezas, cuyas partes son infinitamente variadas. Los obreros agrícolas e industriales se convierten en soldados que ocupan la primera línea del frente en la guerra total, y lo mismo sucede con los marineros mercantes, los mineros del carbón, los médicos, los trabajadores del transporte, los sastres y tantos otros que resultaría imposible enumerar. ¿Los fracasos militares deben achacarse justamente a tales hombres? Probablemente quienes están fallando en última instancia al combatiente en el «encarnizado final de la guerra», por no asegurarse de que no les falte nada esencial, son los encargados de organizar y planificar la totalidad del esfuerzo bélico nacional. Un mariscal de campo, el vizconde Slim, señaló una vez que «no hay regimientos malos, sino únicamente malos oficiales». No obstante, en numerosas ocasiones soldado y oficial son víctimas de quienes planifican y administran la guerra.

En el capítulo tercero de la primera parte del libro examino un aspecto de la incompetencia militar muy alejado de la esfera de influencia del comandante del campo de batalla, pero cuyos efectos sobre él son mucho más importantes que otros cualesquiera. Aludo al mundo de la gran estrategia, ligada a las aspiraciones políticas del Estado. A los políticos compete decidir qué tipo de política de defensa debe adoptarse y, si la ocasión lo demanda, qué tipo de guerra debe librar el ejército, las fuerzas de campo. En ese sentido, su responsabilidad con respecto al combatiente es enorme, hasta el punto de que sus errores los pagará este último con su propia sangre. He buscado una serie de ejemplos que ilustraran la forma en

que se manifestaron tales errores en el pasado. Dos son las maneras fundamentales en que los políticos pueden influir en la competencia del militar. En primer lugar, al determinar, mediante las asignaciones presupuestarias y financieras, el tipo de ejércitos que precisa el Estado en cuestión; en segundo lugar, a través de la estrategia nacional, la explicitación de lo que se supone que han de hacer tales ejércitos. Si el primer factor no se contrapesa con el segundo es más que probable que sobrevenga el desastre, como le sucedió en 1898 a España. La parsimoniosa política de defensa española debilitó enormemente la capacidad de su armada para mantener la seguridad de su imperio. Sin embargo, la política hacia Estados Unidos en 1898 era la propia de una potencia de primer orden, presta a secundar su causa incluso con la guerra. El control político de las fuerzas armadas puede conllevar que se les exijan actuaciones inapropiadas, que incluso pueden desafiar la lógica militar porque su propósito es satisfacer un objetivo político urgente. Eso fue lo que sucedió en la batalla de Goose Green durante el conflicto de las Malvinas (1982) o durante la intervención británica en Grecia en 1941.

La segunda parte del libro la he dedicado a ampliar los temas apuntados en la primera mediante el examen algo más detallado de una serie de ejemplos. Cuando se opta por un enfoque narrativo aplicado a casos particulares suele suceder que ningún factor destaca sobre los otros. Ciertamente la condición física y psicológica de los principales protagonistas desempeña su papel, pero tan sólo es un elemento en el proceso causal. Aunque la naturaleza impetuosa del «sangriento fanfarrón Byron» o la envidia de lord Eythin tuvieron su papel en el desastre realista de Marston Moor, las incoherencias en la estrategia y dirección de mando de Ruperto fueron mucho más importantes. Si bien Braddock puede definirse como una personalidad «autoritaria» predestinada a cometer errores de juicio bajo las tensiones del combate, el fallo principal radica probablemente en la administración del ejército, que exigió a las tropas y a sus mandos tareas totalmente inadecuadas. Pese a que Shafter fuera una ruina física en las Lomas de San Juan o Silvestre una ruina psíquica en Annual, ambos eran meros síntomas de la

confusión e incompetencia aún mayores que imperaban en la administración de las fuerzas armadas de sus respectivas naciones. Norman Dixon analiza profusamente la actuación del general Percival en Singapur en 1941-1942; está en lo cierto al cuestionar la competencia del general, aunque no lo es menos que un enfoque estratégico del problema de Singapur revela que la posición de Percival en 1941 era virtualmente desesperada. Obstruyendo un cambio total de actitud por parte de Churchill, Percival nunca iba a disponer de los instrumentos con los que hubiera podido implementar una defensa eficaz de Malaya. Su incompetencia, de existir, sólo era la punta de un iceberg.

Parte del precio que han de pagar los famosos por su celebridad —y los grandes soldados y guerreros del pasado no son una excepción— es convertirse en blancos de innumerables ataques a su reputación, procedentes tanto de iniciados como de legos. De los primeros pueden esperar cierta tolerancia nacida de la experiencia compartida; pueden, por tanto, encontrar cierta comprensión de la «hermandad» que ha compartido con ellos las adversidades y tribulaciones del mando militar. De los últimos —periodistas, historiadores y público en general— a menudo se verán obligados a soportar críticas ignorantes y mal informadas. Quizá puedan sobrellevarlo con mayor facilidad si tales críticas son claramente injustas y están muy alejadas de la realidad del campo de batalla. Al menos saben que para combatir tales críticas pueden contar con sus compañeros de mando, con sus colegas profesionales, que cerrarán filas a su alrededor.

Nunca he pretendido despreciar los logros o atacar la reputación de los hombres valerosos. Como historiador me he puesto a ilustrar los hechos de la incompetencia militar y a mostrar que el fracaso en la profesión de las armas procede de una gama de factores más amplia que la que se da en otras profesiones. Al hacerlo lo que resulta sorprendente no es que la incompetencia haya estado tan extendida; lo asombroso es que no lo haya estado mucho más. Los competentes y eficaces han vuelto con sus condecoraciones, han gozado de sus triunfos, han visto reflejado su éxito en su hoja de servicios, han recibido menciones en los despachos, se les han

erigido estatuas, han recibido medallas o una sepultura en la abadía de Westminster, y, pese a ello: ¿cuántos han tenido la humildad de asombrarse por su fortuna? Dada la débil frontera que separa el éxito del fracaso, ¿por qué no reflexionaron sobre el hecho de que su reputación podría haberse eclipsado totalmente como les sucedió a Redvers Buller, Ambrose Burnside o Ernest Troubridge? La dirección de la guerra está erizada de dificultades, que a menudo se superan heroicamente, pero que a veces resultan ser desastrosas. Este libro se ocupa de aquellas situaciones en que las dificultades resultaron ser insuperables para los participantes. Sus consecuencias fueron terribles en términos de pérdidas humanas; aunque sólo fuera por esa razón, resulta saludable volverlas a sacar a colación y aquilatar las lecciones que encierran.

PRIMERA PARTE

1. LOS MANDOS

Cuando se dispone a examinar un tema como la incompetencia militar a lo largo de un período de más de dos milenios, el historiador ha de ser consciente de que en ese tiempo han cambiado un sinfín de actitudes hacia la guerra. Delbruck ha llamado la atención sobre dos peligros concretos: el de «adherirse a una tradición incorrecta», al ser incapaz de discernir la imposibilidad técnica de aquello que se está afirmando; y el de transferir «fenómenos de la actualidad al pasado sin percatarse adecuadamente de las diferencias en las respectivas circunstancias». {1} Napoleón era consciente de que la guerra dependía básicamente del equipo y creía que, puesto que el equipo era tan diferente, bien poco podía aprenderse de los escritores antiguos.{2} El general Ulysses Grant era también de la opinión de que el «bagaje histórico» podía impedir el pensamiento nuevo. Véanse sus palabras acerca de algunos de sus colegas al mando de las tropas de la Unión:

> Sabían lo que Federico hizo en un sitio y Napoleón en otro. Pensaban siempre en lo que Napoleón habría hecho. Desgraciadamente para sus planes, los rebeldes hacían lo mismo. No menosprecio el valor del conocimiento militar, pero si los hombres libran las guerras obedeciendo ciegamente a las reglas fracasarán. No existen reglas que puedan aplicarse a unas condiciones bélicas tan diferentes como las existentes en Europa y Norteamérica. Por consiguiente, mientras nuestros generales estaban trabajando con problemas de naturaleza ideal ... negligían los hechos prácticos.{3}

Aun la noción de «valor» ha variado a lo largo de los siglos, para acomodarse a situaciones que los guerreros antiguos o medievales no experimentaron. Aunque siempre se ha distinguido entre el valor físico y el moral, habría sido más difícil explicar tal cosa a un caballero medieval que a un soldado moderno. Los escritores

medievales se interesaron mucho por definir «valor». Para santo Tomás de Aquino el valor consistía en la firmeza de espíritu en el cumplimiento del deber.{4} Tal virtud hacía a un hombre intrépido frente a cualquier peligro, pero con una condición: que careciera de imprudencia o temeridad. El valor era para la mentalidad medieval el punto medio entre la audacia y la timidez. Se trataba en buena medida de una virtud aristocrática, de una pauta de conducta noble, ligada a la raza, la sangre y el linaje. A nadie se le ocurrió pensar en los arqueros ingleses presentes en Créçy o Azincourt como personas valerosas.

Sin embargo se esperaba que el valor pudiera más que la ambición personal, de manera que los caballeros arrogantes o temerarios —*outrageux*— no se consideraban valerosos. Derrochar la propia vida sin ningún propósito aparente no se consideraba necesariamente un acto de valentía. Henry de Ghent puso el ejemplo de un caballero fráncico que, en la caída de Acre en 1291, mientras otros caballeros huían se plantó en medio de los sarracenos y murió combatiendo.{5} Se creyó que su inspiración se debía a la imprudencia o al ansia de gloria personal, por lo que no podía considerarse en modo alguno un acto de coraje.

Hay veces en que el exceso de valor personal es tan dañino como su escasez. El duque de Wellington declaró una vez que «nada hay tan estúpido en la tierra como un oficial intrépido».{6} Tales palabras no significaban que considerara el valor algo ridículo, sino que éste debía emplearse en el lugar y momento adecuados. Una muestra de la profunda convicción de Wellington al respecto queda reflejada en la siguiente anécdota: en una ocasión, durante la guerra en la península Ibérica, envió a un coronel con el mensaje para una brigada de dragones alemanes de que cargaran contra el enemigo: el coronel se unió por propia iniciativa a la carga y fue herido de gravedad. Se sabe que cuando el desgraciado se recuperó Wellington le manifestó su desaprobación ignorándolo completamente.{7}

Tras mostrar las diferencias, podríamos preguntarnos si se puede concebir la incompetencia militar de otra forma que no sea en términos de las normas militares imperantes en cada época. La

respuesta es, a mi parecer, que sí. Resulta posible examinar la cosa a lo largo de amplios períodos históricos a condición de que se ponga especial empeño en no actuar ahistóricamente, esto es, evitando usar los criterios propios de nuestro siglo para juzgar las acciones militares de períodos anteriores.

Existen aspectos fundamentales de la dirección militar que resultarían tan fácilmente comprensibles a un historiador romano como a un estudioso moderno de la historia militar. Probablemente en errores tácticos como no realizar un reconocimiento adecuado o no sacar el mejor partido posible del terreno influyen bien poco los cambios acaecidos en el pensamiento militar, mientras que un comandante estúpido o cobarde resultaría igual de inadecuado e incompetente en una u otra época.

Por consiguiente intentaré examinar las debilidades tácticas y personales de los mandos militares a lo largo de un amplio período histórico. Soy plenamente consciente de que al hacerlo seré selectivo: no deseo dar la impresión de que en cada época histórica pueden encontrarse todos los errores y fracasos ni de que la incompetencia militar era entonces o es ahora más frecuente que la que puede encontrarse en otras áreas de la vida. La diferencia esencial radica no en la naturaleza de las consecuencias de la incompetencia militar, sino en la amplitud de los perjuicios que puede ocasionar. Un contable puede perjudicar las finanzas de sus clientes, así como un cirujano inepto puede ser responsable de la muerte de un puñado de pacientes o un piloto incompetente provocar su propia muerte y la de dos o tres centenares de pasajeros, mientras que las víctimas de un oficial incompetente pueden contarse por miles o centenares de miles. Su responsabilidad es tan grande que parece razonable que en la selección, adiestramiento y evaluación de ese hombre se ponga el mayor cuidado. Y, sin embargo, tal cosa no siempre ha sido posible. A menudo los oficiales han gozado de posiciones con tal grado de autoridad y poder que eran inmunes a toda crítica.

El papel de los mandos militares ha cambiado mucho desde que los atenienses emprendieron su expedición a Siracusa en el año 413 antes de nuestra era. Durante mucho tiempo el derecho a mandar

dependió de la posesión de virtudes guerreras que a menudo se reflejaban en el apelativo con el que se conocía a tales hombres, como los guerreros medievales Ricardo Corazón de León, Juan sin Miedo o Boleslav el Valiente.{8} Tales hombres, ellos mismos diestros guerreros, se adentraban en el corazón del combate e inspiraban a sus hombres con su ejemplo personal. No obstante, poco a poco este tipo de oficial se encontró con que las exigencias cada vez más complejas de la guerra requerían una visión global de la batalla mejor que la que podía obtenerse desde primera línea. Por consiguiente, el jefe empezó a situarse en la retaguardia del ejército, a ser posible en una colina o altozano adecuado, y frecuentemente a mandar también las tropas de reserva. Desde el altozano el jefe podía mover sus tropas y desplazarlas allá donde fueran necesarias con mayor premura. Este modo de dirigir la batalla concebida como globalidad exigía del jefe militar mucho más que la mera posesión de un brazo y una espada fuertes; exigía, dicho claramente, sentido táctico. El jefe militar debía saber algo más sobre sus antagonistas que el número y composición de sus fuerzas. A medida que la cantidad de información necesaria para tomar las decisiones aumentaba, mayor era también la necesidad de confiar en una serie de subordinados, en los que el jefe delegaba tareas bajo su autoridad última. Por otro lado, el crecimiento de los ejércitos, especialmente durante las guerras napoleónicas, hizo que fuera de todo punto imposible que un simple comandante militar observara la totalidad del campo de batalla, aun situado en una colina, por lo que dependía de su estado mayor de oficiales para comunicar sus decisiones a los oficiales encargados de dirigir la batalla propiamente dicha. A consecuencia de ello el jefe se distanció aún más del campo de batalla, por lo que su tarea de dirección se hizo más intelectual, perdiendo emotividad. El resultado de una batalla ya no podía verse afectado por el propio esfuerzo físico del comandante.

En la actualidad, los jefes militares han de poseer nuevas destrezas, muy alejadas de las propias de los comandantes de los guerreros medievales. Han de estar en condiciones de dirigir no sólo combatientes, sino también todo lo que se requiere para mantener a un hombre en el frente y aprovisionarlo de alimentos, vestimenta,

cobijo, atenciones médicas y transporte. Como señaló Dixon, las crisis solían darse precisamente al habérselas con los diferentes papeles que presupone el alto mando, papeles a menudo incompatibles entre sí.{9} En un momento dado al jefe se le pide que sea un líder heroico, que insufle valor, lealtad y sentido del deber a quienes le rodean, y poco después ha de vérselas con un problema propio de un tecnócrata o un gestor militar. Así las cosas, no debe sorprendernos que un jefe militar sucumba a veces al «ruido» presente en el sistema. O lo que es lo mismo, que sus juicios resulten afectados por las interferencias procedentes de fuentes internas y externas. Habida cuenta que muchas decisiones militares deben tomarse bajo condiciones de fuerte tensión, en las que el propio comandante puede llevar días sin dormir y estar sometido a todo tipo de presiones mentales y físicas, no ha de asombrarnos que se produzcan errores. Ahora bien, si su percepción de la situación militar resulta afectada por consideraciones irracionales y no racionales, en ese caso los errores pueden revestir mayor significación.

Por todo ello, y considerando la complejidad de la guerra en nuestro siglo, el control de las fuerzas armadas de una nación sobrepasa la capacidad de un solo comandante. De ello se deriva que el militar que ostenta el mando en el campo de batalla ha de trabajar como parte de un equipo de planificadores, aunando esfuerzos e ideas para articular una estrategia coherente. Ello, sin embargo, no ha debilitado el papel y cometidos del mando individual. Éste, por el contrario, ha de ser capaz de recibir, procesar y transmitir información con una eficacia comparable a la de una máquina, aun cuando, como es obvio, no es una máquina y sea proclive a romperse merced a que las demandas sobrepasen su posibilidad de satisfacerlas.{10} Por lo tanto, el jefe militar de nuestra época se enfrenta a presiones psicológicas muy diferentes de las de sus predecesores.

Exceso de confianza o timidez

El primer tipo de incompetencia militar que voy a examinar es la

que emana de un exceso de confianza poco realista por parte del comandante en cuanto a su propia capacidad y a la de su ejército. Suele ir asociada con la imprudencia y las decisiones impetuosas, manifestaciones de valor personal de importancia aunque escasamente relevantes para la situación militar, un serio menosprecio de la calidad de las fuerzas enemigas (a menudo derivado de etnocentrismo por parte del líder) y una acción militar orientada única y exclusivamente a satisfacer las ambiciones personales del jefe militar.

Clausewitz calificó a la guerra de «reino de la incertidumbre», de ahí que competa a todo jefe militar reducirla tanto como pueda antes de enfrentar a sus tropas con el enemigo. Se puede aprender mucho de las operaciones de reconocimiento y del trabajo de información y espionaje, pero aun en ese caso el comandante debe recordar que sigue ignorando mucho más de lo que sabe. La incertidumbre debiera evitar que el comandante se confíe en exceso, que subestime al enemigo o que lance a sus tropas al combate de forma impetuosa. No obstante, en la historia militar abundan tanto los ejemplos de exceso de confianza que resulta difícil elegir. Como veremos en los siguientes ejemplos, la confianza del jefe en su propia aptitud y en la de sus subordinados hizo que se eclipsaran las razones más que reales que desaconsejaban buscar apresuradamente el combate. En ambos casos el resultado fue desastroso.

La influencia de los godos al otro lado del Danubio en el año 376 dio a las autoridades romanas una oportunidad de ganarse aliados útiles para afrontar la amenaza huna del este. Sin embargo, el trato que los godos recibieron de oficiales romanos corruptos hizo que éstos se rebelaran y que saquearan el territorio hasta llegar a las puertas de Adrianópolis, aunque fueron incapaces de apoderarse de la ciudad. En Constantinopla, el emperador Flavius Valens (Valente) había reunido un poderoso ejército, mientras que el emperador de Occidente, Graciano, su sobrino, avanzaba con sus tropas desde el oeste para socorrer a su tío. Parecía que era sólo cuestión de tiempo, tras la espera se reunirían ambos ejércitos y aplastarían a los godos. Estos últimos se atrincheraron formando un gran círculo o

campamento de forma ovalada, rodeados por carretas, a la manera de los posteriores *laagers* de los bóers sudafricanos.

A partir de ese momento resulta difícil comprender la actuación de Valente. Tras haber pedido a Graciano que lo ayudara, y con el ejército de éste tan cerca, de súbito decidió atacar a los godos por sí solo. Aparentemente, diversos informes de los servicios de espionaje de Valente cifraban el número de godos en sólo 10.000, lo que le habría persuadido de que era vergonzoso permanecer pasivo mientras un ejército de bárbaros inferior al suyo «convertía en tierra baldía una provincia rica».{11} La evidencia, no obstante, parece sugerir que Valente estaba celoso de su sobrino y necesitaba una victoria que mantuviera intacto su prestigio personal. Puesto que, de ser sólo 10.000, los godos no representaban una amenaza seria, Valente decidió atacar su campamento. Delbrück cita el testimonio de Amiano que asegura que Graciano había enviado un emisario, Richomer, para persuadir a Valente de que esperara su llegada y que no tomara decisiones apresuradas. A pesar de ese sensato consejo y de la opinión de Víctor —el *magister equitum*—, partidario de retrasar el ataque, «el destino fatal del Emperador se impuso, así como las opiniones halagadoras de los cortesanos, que le urgieron a entrar rápidamente en combate para que Graciano no se convirtiera en copartícipe de una victoria que estaba ya al alcance de la mano...».{12}

Sin embargo, Valente subestimó al menos en un 50 por 100 la fuerza del enemigo y, además, no había sido informado de que una gran parte de la caballería goda no estaba en el campamento, sino forrajeando. Al no enviar patrullas propias, los flancos romanos fueron batidos al regresar la caballería goda; tras la huida de la caballería romana, la desamparada infantería acabó siendo masacrada. Valente murió y menos de un tercio de su ejército salió indemne de esta innecesaria batalla.

El orgullo, así como el desprecio por sus adversarios turcos —sólo algo mayor al que sentían por sus aliados húngaros—, provocó la derrota de los cruzados franceses en Nicópolis en 1396. Insistiendo arrogantemente en que expulsarían a los turcos de Europa, los franceses se jactaban de que «si el cielo cayera lo aguantarían con

la punta de sus lanzas».[13] Lo cierto es, empero, que los caballeros franceses desconocían la guerra oriental; mejor les hubiera ido de haber escuchado a sus más experimentados aliados húngaros. Que no lo hicieran muestra que eran presa de un etnocentrismo que les llevó a menospreciar seriamente la pericia militar de sus adversarios, de modo que, al considerar a los turcos enemigos insignificantes, no consideraron necesario calibrar las intenciones y fuerza del oponente. Desoyeron las advertencias del rey Segismundo para que fueran cautos y en lugar de ello se fiaron de su indubitable bravura. No obstante, su exceso de confianza conllevaba también carencia de disciplina. En su marcha hacia Nicópolis la «frivolidad» de los caballeros franceses y el pillaje de las aldeas y ciudades locales afrentó a sus aliados.

Cuando el rey Segismundo celebró un consejo para organizar el combate pidió a los caballeros franceses que ocuparan la primera línea de la caballería de los cruzados que, sin embargo, sería precedida en la batalla por los soldados a pie originarios de Valaquia encargados de limpiar el campo de batalla de la chusma de campesinos conscriptos que siempre luchaban en primera línea del ejército turco. Tales soldados de a pie —explicó— les servían a los turcos para absorber la presión de la carga de los caballeros cristianos, que, tras agotarse, podían ser objeto del contraataque de la caballería ligera turca. La propuesta del rey Segismundo estaba llena de buen sentido militar y procedía, además, de una larga experiencia de la forma de guerrear de los turcos. Sin embargo, la reacción francesa fue lo insensata que era de prever. Declararon que no habían venido de tan lejos, y con tales gastos, para entrar en combate después de una chusma de cobardes infantes. El condestable d'Eu afirmó que «ocuparnos de la retaguardia es un deshonor y nos expondría al desprecio de todos».[14] Al ser condestable estaba destinado a ocupar un lugar de primera línea en el campo de batalla: que alguien lo precediera constituiría un insulto mortal.

Al atisbar a la vanguardia turca Segismundo envió a su maestro de ceremonias a rogar a los caballeros que no actuaran impetuosamente, que obraran de forma coordinada, según su plan

de batalla. Parece que algunos de los jefes franceses como Coucy y Vienne estaban dispuestos a hacerlo, pero que el condestable les increpó vociferante que el rey quería arrebatarles la gloria y reservársela para él. El almirante Vienne le respondió así: «cuando no se puede escuchar la razón y la verdad, gobierna el atrevimiento»,{15} tras lo cual el condestable lanzó las tropas francesas a la batalla.

Aunque tácticos deficientes, nadie puede negar que los caballeros franceses eran formidables luchadores; bien utilizados habrían dado probablemente una jornada victoriosa a Segismundo. El impacto de su carga rompió la primera línea de la infantería turca, pero tras ella se encontraron con una línea de afiladas estacas que servían de parapeto a los arqueros turcos. Enfrentándose a densas nubes de flechas, los franceses se abrieron paso mediante la fuerza bruta y combates duros. Incluso en aquel momento estaban aún a tiempo de hacer una pausa y esperar al grueso del ejército húngaro para completar juntos la victoria. Coucy y Vienne insistieron de nuevo en ello, pero la escasa disciplina existente entre las filas francesas y la persistente negativa del condestable se impusieron. Desdeñosos con los turcos, los franceses no se tomaron la molestia de asegurarse ni de la fuerza ni de la composición del ejército otomano. D'Eu creía que había deshecho el grueso de sus tropas mientras que, de haber hecho caso de los consejos de Segismundo, habría comprendido que únicamente había batido a su vanguardia. Por consiguiente, pronto los temerarios cruzados se encontraron rodeados por la totalidad de la caballería turca. El resultado: la totalidad de las fuerzas francesas pereció o fue capturada. Segismundo comentó luego, «la jornada ha sido aciaga por el orgullo y vanidad de los franceses; si me hubieran hecho caso habríamos contado con suficientes fuerzas para luchar con nuestros enemigos».{16}

La derrota de los cruzados en Nicópolis podría haberse evitado. Por otro lado, no todos los jefes franceses actuaron atolondradamente: Coucy y Vienne parecen haber contado con buen juicio militar, aunque, desafortunadamente, el cargo de condestable aseguró a D'Eu la dirección del ejército, pese a que gozaba de la personalidad militar de los que creen en la guerra librada a partir de

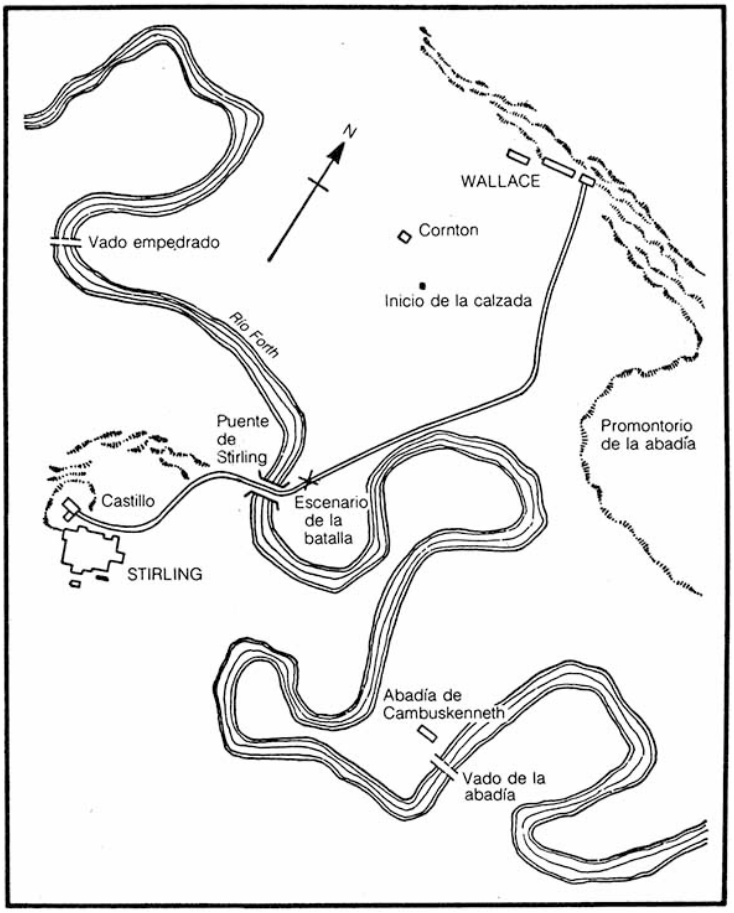
juicios y presupuestos previos. Lo cierto es que no todos los caballeros eran tan impetuosos o desdeñosos con el contrario; los húngaros, por su parte, conocían los métodos guerreros de los turcos, algo que podría haber ayudado a los franceses. El problema estribaba en que Segismundo, que necesitaba a los caballeros franceses porque sus cargas eran conocidas y temidas por los turcos, era incapaz de dominar su orgullo y ambición y disciplinarlos para que aceptaran las maneras de la forma oriental de guerrear, que, actuando muy a la ligera, éstos no querían aprender.

Subestimar al enemigo

Un jefe militar que subestima a su enemigo se regala a sí mismo una triple dificultad. Además del enemigo real con el que ha de habérselas, para el que no dispondrá de la preparación adecuada, tendrá que enfrentarse al enemigo que ha imaginado y para el que sí se ha preparado, así como a la resistencia de aquellos miembros de su estado mayor y oficiales inferiores que no compartan sus puntos de vista. La incompetencia en este caso suele provenir de la categorización de las personas en términos de estereotipos, algo que, aunque quizá sea un error común en la vida cotidiana, resulta totalmente inaceptable en un militar que necesita disponer de información precisa acerca de su enemigo si quiere prepararse adecuadamente. La subestimación de los bóers durante la segunda guerra bóer se debió a que, pese a ser blancos y no los habituales hombres de color con que solían enfrentarse los ingleses en África, tanto sus métodos como su apariencia se mostraban bien poco militares. Sin embargo, los británicos pasaron por alto que se trataba de soldados irregulares, cuya pericia no provenía del campo de entrenamiento y de los desfiles, sino de un estrecho conocimiento del terreno. Su técnica de disparar a cubierto podía parecer cobarde a los ojos de los soldados profesionales británicos, pero era de sentido común para los bóers. Un revelador comentario de Kitchener dice que «los bóers no son como los sudaneses que permanecen de pie para combatir de forma limpia. Se escapan constantemente

montados en sus pequeños ponis ... », lo que ilustra bien la actitud de los militares profesionales británicos respecto de sus adversarios tan poco «deportivos».{17}

Parece haber sido un error propio de los estados europeos con dilatada tradición militar creer, como sustituto de la valoración racional, que sus soldados eran superiores en el combate «hombre a hombre» al enemigo, así como que el uso de la bayoneta en el combate cuerpo a cuerpo les sería exitoso. Así, los británicos menospreciaron en buena medida a los turcos como combatientes antes de Gallipoli, mientras que en 1806 en Buenos Aires el general Whitelocke no consideró a las tropas españolas y criollas como adversarios serios.{18} En ambos casos el enemigo resultó ser sorprendentemente porfiado, además de gozar con la ventaja adicional de luchar en su propio terreno contra un enemigo alejado de su hogar. La subestimación de las dificultades con que iban a encontrarse conllevó errores en la preparación y una ejecución incompetente. Durante la segunda guerra mundial, los británicos juzgaron de nuevo erróneamente la calidad de los japoneses como combatientes, llegando a prevalecer la curiosa idea de que su escasa visión les impediría ser pilotos eficaces. En Pearl Harbour, en Singapur y Malaya los japoneses demostraron la vacuidad de la argumentación. Como Dixon ha señalado, nada puede saberse acerca del enemigo trabajando con estereotipos. El desprecio por los «amarillos», «japs», «chinitos», «moros», «macarroni», «franchutes» y demás sólo sirve para nublar el juicio sobre la capacidad real del enemigo. Tal desprecio por el contrario explica la conducta de John, conde de Warrenne, hacia sus adversarios escoceses en la batalla del puente de Stirling.



1. William Wallace había preparado una trampa a los ingleses cerca del puente de Stirling. Habida cuenta de que el comandante inglés Warrenne contaba con diversas alternativas para no cruzar el río Forth por el estrechísimo puente de madera, cometió un enorme error al no optar por alguna de ellas. Su desprecio por los escoceses como guerreros, que no compartían sus lugartenientes, bastó para impulsarle a cruzar el río frente a una fuerte concentración de efectivos enemigos. Lo hizo, además, sin intentar desplazarlos mediante alguna acción de diversión en alguno de los otros vados posibles.

Los ríos constituyen uno de los múltiples obstáculos naturales con que ha de enfrentarse un comandante. Para cruzar una corriente de agua ancha normalmente hay que buscar un vado; intentar vadear el río cuando el enemigo espera en la otra orilla necesita la más minuciosa de las preparaciones. La existencia de un puente no facilita necesariamente las cosas, como le sucedió a Warrenne el 11 de septiembre de 1297, cuando se acercaba a la ciudad de Stirling

en Escocia.

Las tropas escocesas de William Wallace habían ocupado las colinas llenas de arbolado que dominan el río Forth tras su paso por Stirling. Un único puente de madera, que sólo permitía el paso de dos hombres de frente, cruzaba el río cerca de la abadía de Cambuskenneth y conducía luego hasta las escarpadas pendientes en que se había situado Wallace. Durante la marcha de aproximación Warrenne había decidido ya cruzar por el puente y atacar la posición de los escoceses pese a que no había efectuado reconocimiento alguno y sabía poquísimo de las dificultades con que se toparían sus hombres.

La idea de mover miles de hombres a través de un estrecho puente situado enfrente del enemigo era extraordinariamente mala. Se ha señalado que el paso de todos sus hombres suponía 11 horas, en las que podía ocurrir cualquier cosa. Sir Ralph Lundy dijo a Warrenne que conocía un vado situado a menos de una milla por el que podían cruzar 30 hombres a la vez, pero el comandante en jefe se negó a escucharlo. Su mala opinión de los escoceses como guerreros era bien conocida; como señala Ornan, «las mentes más lúcidas del campamento estaban consternadas por una decisión inspirada por un desprecio alocado y arrogante hacia el enemigo». {19}

La vanguardia inglesa, capitaneada por sir Marmaduke Twenge y Hugh Cressingham, empezó a cruzar el puente y a formar en la orilla norte del río, dominada desde la altura por Wallace y sus soldados, muchos de los cuales estaban escondidos en el bosque. Dando muestras de disciplina y paciencia los escoceses esperaron a que hubiera cruzado un tercio de los ingleses para lanzar su ataque. Soldados escoceses armados con lanzas tomaron la salida del puente para evitar que cruzara el grueso del ejército inglés, mientras Wallace atacaba la vanguardia atrapada. Aunque Twenge fue capaz de defender su posición, Cressingham, un centenar de caballeros y varios miles de infantes fueron masacrados en la orilla del río, víctimas de la incompetencia de su comandante.

Valor personal

Como hemos visto, los escritores medievales diferenciaban entre valor y temeridad. El comandante debe poseer un tipo de valor diferente al del soldado situado en primera línea de fuego. Si bien puede estar expuesto al peligro durante el combate, la tarea del

comandante en jefe consiste en eliminar aquellos factores que podrían distraerle de su cometido de dirigir la batalla. Clausewitz llamó la atención sobre este peligro, en particular en el caso del comandante que ha llegado al mando supremo a partir de sus gestas personales en el campo de batalla. La osadía puede ser una virtud pero también puede utilizarse de forma errónea.

> Cuanto más alto se llega en la jerarquía militar ... más necesario se vuelve que esta cualidad de la osadía vaya acompañada de una reflexión cuidadosa que evite los actos pasionales inmotivados. Lo cierto es que la osadía en un alto cargo se convierte en algo cada vez más alejado del mero autosacrificio, en una cuestión relacionada con el éxito y bienestar de todo el ejército.{20}

En Flodden en 1513 los mandos escoceses lucharon en primera fila, como los capitanes lansquenetes. Acusaron a los comandantes ingleses de «esconderse en la retaguardia», lo cual fue particularmente injusto para el conde de Surrey, que tenía 70 años, estaba aquejado de reumatismo y viajaba en una carroza. Los jefes ingleses habían optado por posiciones desde las que pudieran vigilar el campo de batalla y realmente cumplieron con lo que se esperaba de ellos, dictando órdenes y dirigiendo maniobras. En el otro lado, el rey escocés, Jaime IV, condujo su columna al ataque y resultó muerto en el punto más alejado al que llegó la penetración escocesa, con todo su séquito muerto a su lado. La mayoría de los comandantes escoceses murió en el combate, hasta el punto de que resultó inviable una retirada ordenada y la derrota se convirtió en desastre. Surrey quizá no era tan diestro como en su juventud ni tan heroico como el caballeresco Jaime IV, pero demostró ser tan competente como jefe como alocado e impetuoso su oponente. Al arriesgar su propia vida Jaime puso en peligro no sólo las vidas de

sus hombres sino también el bienestar de su reino.

La historia recoge numerosos ejemplos de comandantes que olvidaron su responsabilidad de mando y se convirtieron en «espadachines». Ornan relata el destino inhabitual de Montmorency y Condé, comandantes de las actuaciones de católicos y protestantes durante las guerras francesas de religión. «En Dreux, por un ejemplo cómico y único de justicia, cada uno de ellos fue hecho prisionero por el ejército del otro, puesto que ambos optaron por comportarse como brigadieres de caballería y no como comandantes en jefe responsables.»{21}

En Ravena en 1512, el joven y brillante general francés Gaston de Foix sacrificó su vida en la persecución fútil de un enemigo batido. En Oudenarde en 1708, el mariscal francés Vendóme luchó con una pica en primera línea del ejército francés en lugar de dirigir sus fuerzas desde una posición que le permitiera observar el desarrollo de la batalla. Aún más tarde, en 1870, en la batalla de Vionville, el comandante francés, Bazaine, demostró su valor legendario llegando a galope a la línea de fuego, reuniendo a la caballería vacilante, empleando su tiempo en situar personalmente dos piezas de artillería y conduciendo a la acción a un batallón de infantería al grito de «Allons, mes enfants, suivez votre maréchal». Intentó estar en todos los sitios menos donde se suponía que debía estar. Durante una hora nadie estuvo al frente del ejército francés, mientras su aterrorizado Estado Mayor intentaba encontrarle. Aunque nadie puede poner en duda su coraje personal, estaba claramente incapacitado para los rigores de un puesto de alto mando. Tal cosa se puso aún más de manifiesto en la gran batalla de Gravelotte-St Privat, donde —según un oficial e historiador francés— su conducta «puede compararse con la de un simple soldado que abandona su puesto frente al enemigo». Durante toda la batalla el ejército francés luchó sin «una inteligencia que dirigiera». El valor físico de Bazaine no era mucho más valioso que el del más insignificante de los infantes; lo que se necesitaba era su valor moral, algo de lo que carecía.{22}

Muchos de los peores comandantes demostraron tener más destreza literaria que militar.{23} En 1946, el general Visconti Prasca

publicó sus memorias, tituladas *Io ho aggredito la Grecia*, en las que su arrogancia parece revelar más de lo que él parece comprender. Como señala Mario Cervi,

> ningún civil podría haber acabado tan eficazmente con el estado mayor y su entorno, los cargos máximos de la máquina militar italiana. Sin embargo, aunque sin intentar hacerlo y quizá sin ni siquiera sospecharlo, acabó consigo mismo, o quizá en particular consigo mismo. El libro, si bien escrito para autodefenderse, no logra tapar sus colosales errores e irresponsabilidad.{24}

Visconti Prasca era un oficial ambicioso e intrigante, que se hizo con el mando en Albania merced al patronazgo del subsecretario para la guerra, Ubaldo Soddu. Era impopular entre el Estado Mayor italiano porque a menudo hacía caso omiso de ellos y se ponía en contacto con Mussolini. Sospechaban, certeramente, que sus objetivos eran personales y que su ambición no conocía límites. Concibió la campaña contra Grecia como una procesión triunfal con una resistencia mínima griega. Antes de que sus tropas llegaran a Atenas se veía a sí mismo como mariscal de Italia. Pareció hipnotizar a Mussolini con su propio entusiasmo acerca de la guerra contra Grecia, que iba a consistir en una «serie de operaciones de acorralamiento contra las fuerzas griegas».{25} Hablaba el lenguaje que le gustaba oír al dictador italiano: no el propio de la planificación minuciosa y calculada de la mentalidad militar, sino otro formado por frases como «liquidar las tropas griegas», «golpe contundente» o «voluntad de hierro».

Se produjo la intervención del mariscal Badoglio, que puso en peligro los planes de Visconti Prasca. Badoglio consideraba que Prasca disponía de un número insuficiente de divisiones para la campaña y sugirió buscar refuerzos sustanciales. Sin embargo, Prasca no quiso contar con más tropas e insistió en que bastaba con cinco o seis divisiones. Se encontraba ante el siguiente dilema: teniente general a los 57 años, situado en un lugar bajo del escalafón, era consciente de que si el mando de tropas crecía en exceso sería precedido por un oficial más antiguo. Su enemigo Roatta lo había insinuado así. En una conversación acerca del mando

albano, Roatta había exclamado, «pero en el caso de que te nombraran general pasarías por delante de Rosi».{26} En realidad, Rosi era más antiguo incluso que Roatta, por lo que existía el riesgo de que Prasca saltara por delante de ambos. Y eso era en realidad lo que este último estaba intentando; Prasca había escrito a su amigo Soddu hablándole del uso de otros generales.

> Desde el punto de vista operativo, en las presentes circunstancias no es en absoluto necesario contar con su presencia, que constituiría una obstrucción más que una ayuda, aunque naturalmente serán bienvenidos todos aquellos que envíen las altas autoridades ... Tendrán su porción de gloria ... De acuerdo con lo dicho, tengo razones para pensar que existen deseos de usar la participación de otros jefes en la operación Epiro para disminuir, de forma camuflada pero directa, mi responsabilidad como comandante.{27}

Roatta se opuso con todas sus fuerzas al «trepador» Prasca e intentó que fuera reemplazado por Ambrosio o Vercellino, pero Mussolini sostuvo con firmeza al hombre que le había inspirado con una visión de las posibilidades militares de Italia. Escribió a Prasca el 25 de octubre en los siguientes términos: «Querido Visconti, como sabes, y si no te lo digo ahora, me he opuesto a todas las tentativas de retirarte el mando en vísperas de la operación. Estoy convencido de que los hechos y ante todo tus acciones me darán la razón. Ataca con la mayor determinación y violencia».{28}

La campaña, totalmente desastrosa, estuvo plagada de corrupción e ineptitud militar. Resultó evidente la precipitación en todos los departamentos, habida cuenta de que Mussolini intentaba un *coup de main* antes de que Hitler interviniera para pararle los pies; por su parte, Visconti Prasca buscaba la gran victoria antes de que Roatta le hurtara el mando militar que iba a colocarlo en lo «más alto del escalafón militar». La ambición de Prasca exigía que pasara a la acción antes de que sus tropas estuvieran listas, que subestimara la amenaza griega para poder seguir al frente de la campaña y no ser reemplazado, que rechazara refuerzos que hubieran hecho que el mando hubiera sido demasiado grande para un oficial de su rango y que exagerara la eficacia de su preparación

y las cualidades bélicas de sus tropas para ganarse el apoyo de Mussolini. El resultado de tamaña operación dirigida a la promoción personal fue una catástrofe para las tropas italianas y la pérdida de miles de vidas en los crueles combates de la campaña invernal griega.

Timidez y sobrestimación del enemigo

Un jefe militar arrostra una responsabilidad tremenda. En tiempo de guerra puede ser directamente responsable de la vida de miles o centenares de miles de hombres y de unos pertrechos y equipamiento costosísimos que pueden haber supuesto una carga esquilmadora para su país. En el momento crucial de la estrategia de su nación, su actuación puede significar la diferencia entre la victoria y la derrota en la guerra e incluso determinar la propia supervivencia de esa nación. No resulta pues sorprendente que, así como a algunos hombres las tensiones derivadas del mando les llevan a actuar de forma impetuosa menospreciando y subestimando a su enemigo, a otros tal contexto les provoque timidez y sentimientos de inferioridad. La consecuencia final puede ser un fracaso militar tan desastroso como el derivado de la impetuosidad.

En la guerra resulta difícil disfrazar la evidencia del fracaso. Los muertos pueden permanecer en el campo de batalla, pero representan bajas en las propias filas, estadísticas en los periódicos y familias afligidas. El equipo perdido o inutilizado puede suponer el despilfarro de vidas de marinos mercantes, pérdidas en materias primas y divisas extranjeras, así como un derroche de «horas-hombre» en las fábricas del país y del extranjero. Las pérdidas de vehículos o caballos pueden dificultar el transporte, mientras los heridos suponen una carga para unos servicios sanitarios saturados. Y, por encima de todo, las bajas son un recordatorio constante del papel que el comandante ha de jugar en la carnicería de la guerra. A nivel personal, el fracaso puede conllevar la destitución o dimisión y el final de una carrera hasta entonces inmaculada, carente de cualquier error que revele ineptitud personal. A consecuencia de todo ello, la ansiedad a que está sometido el jefe militar puede hacer que prefiera la seguridad de la inacción que arrostrar los riesgos de

una acción dudosa. Puede incluso racionalizar tal conducta pensando que fracasar no es más seguro que arriesgarlo todo con la esperanza de triunfar; y puede llegar a pensar, como le sucedió al gran duque ruso, que las batallas son odiosas «porque deterioran los ejércitos».

Durante la guerra civil norteamericana, Abraham Lincoln designó a George McClellan como comandante del grueso de las fuerzas armadas de la Unión, el ejército del Potomac, que había de enfrentarse al ejército confederado de Virginia del Norte, al mando de Robert E. Lee. Fue una designación desafortunada, aunque es difícil culpar de ello a Lincoln, él mismo inexperto militarmente, quien solía aceptar a las personas de acuerdo con su propia valoración hasta que aprendió de la experiencia. El «terrible McC», apodo cruel que le habían puesto los confederados, era considerado en 1861 un general batallador y agresivo. Tenía una brillante figura marcial y estaba rodeado por un espléndido Estado Mayor, que daba la impresión de que «sucedían cosas».[29] Era un buen planificador, e incluso Lee le consideraba el mejor de los que estaban del lado de la Unión, pero padecía de una superprudencia crónica y buscaba cualquier excusa para evitar el combate a no ser que estuviera persuadido del éxito. Al principio de su mando se negó a atacar la posición confederada de la colina de Munson insistiendo en que era demasiado fuerte. Luego, cuando se retiraron los rebeldes, se descubrió que sus piezas de artillería no eran más que troncos pintados de negro.

Durante un tiempo McClellan encontró una solución a sus problemas contratando los servicios de la agencia de detectives privados Pinkerton y encargándole que le proporcionara información acerca del enemigo. Fue una decisión desafortunada, puesto que la información procedente de la Pinkerton era grotescamente errónea. Sin embargo, sin duda alguna era conveniente para McClellan, que tendía a considerar real lo que urdía su propia mente, carente de pruebas en sentido contrario. Si Pinkerton era simplemente inepto o bien optó por alimentar a McClellan con información que satisfaciera sus prejuicios es algo que nunca sabremos con seguridad. Lo cierto es que perjudicó a la causa de la Unión.

McClellan exageró las cifras de sus oponentes como excusa para

no emprender acciones decisivas. Su estrategia conllevaba una enorme cantidad de planificación en buena medida alejada de la realidad, pero a la menor sugerencia de Lincoln de que planteara de una vez batalla a Lee, McClellan se encerraba en su caparazón y empezaba a pedir refuerzos. En agosto de 1861 afirmó que los confederados superaban en cuatro a sus fuerzas; en marzo de 1862 aceptó el informe de Pinkerton que cifraba los efectivos de Lee en 80.000 hombres, cuando en verdad se acercaban a 40.000. En junio de 1862, McClellan informó que «esa chusma es muy fuerte», cuando su fuerza de 100.000 hombres estaba siendo obstaculizada por los 23.000 confederados de Magruder. En octubre de 1862 McClellan afirmó que el ejército de Lee había alcanzado la asombrosa cifra de 150.000 hombres. En las mismas fechas, un informe publicado en *Harper's Weekly* incluía una estimación del príncipe Napoleón, que había visitado el campamento rebelde, que situaba sus efectivos en unos 60.000 hombres «sucios, andrajosos y medio famélicos».{30}

Incluso cuando entregaron a McClellan la totalidad del plan de combate de los confederados, que había sido encontrado envolviendo algunos puros tirados, se movió con excesiva lentitud para sorprender a las partes separadas del ejército rebelde bajo Lee y Jackson. Pensando que sólo se enfrentaba a una parte del ejército de Lee se comportó de forma poco habitual al atacar en Antietam Creek, aunque mantuvo todo un cuerpo de reserva por si se producía una derrota. De haber utilizado todas sus fuerzas habría logrado con casi total seguridad una victoria decisiva. No obstante, pronto encontró razones que justificaran su timidez: sus hombres estaban cansados, su transporte se había desbaratado y necesitaba refuerzos. Aun así, informó de Antietam como de una victoria completa, algo que no era cierto. De forma nada sorprendente Lincoln esperaba que persiguiera a lo que se presuponía que era un ejército rebelde batido y le resultó chocante que no lo hiciera. Al visitar el campamento de McClellan, Lincoln señaló al vasto ejército y pidió a un amigo que le dijera qué veía. Éste, sorprendido, contestó que veía el ejército del Potomac; Lincoln le replicó de forma cortante: «Así le llaman, pero es un error. Se trata únicamente del

cuerpo de guardia de McClellan».[31] Existía una clara incomprensión entre el político profesional y el soldado profesional. Lincoln necesitaba un luchador y no un general que aspiraba a superar tácticamente a su enemigo. Resulta instructivo saber que McClellan consideraba como grandes hazañas la ocupación de los campamentos confederados en Manassas y Yorktown tras la marcha de los rebeldes, precisamente porque habían sido ganados por la «pura destreza militar» y sin pérdida de vidas humanas. Sabía que no habría paz hasta que no se derrotara al ejército confederado y ello suponía a su vez que tendrían que producirse pérdidas humanas. T. Harry Williams sugiere que la aparente prudencia de los generales de la Unión en los primeros años de la guerra procedía de su creencia de que carecían de la fuerza precisa para emprender los movimientos que recomendaba la doctrina de Jomini, que había dominado la educación que habían recibido en West Point.[32] Sin embargo, Lincoln no era un seguidor de Jomini y encontró en Grant un hombre de mente parecida que llevaría a cabo una guerra de desgaste hasta romper al ejército confederado.

Designado inicialmente comandante en jefe tras la debacle del norte en el primer combate en Manassas en 1861, con el objeto de restaurar la moral de las tropas, la gestión de McClellan sólo sirvió para poner el acento en la inferioridad del norte. Era tan prudente en sus movimientos que llegó a provocar incertidumbre entre sus propios hombres y a hacer que se extendiera entre los sudistas la convicción de que eran superiores. Al insistir en que sus fuerzas eran siempre inferiores en número llegó a hacer creer a los suyos que la victoria consistía en evitar la derrota. Dice mucho en favor de la capacidad de percepción de la realidad de Lincoln el hecho de que nunca cayera en esa trampa. Cox escribió lo siguiente de McClellan: «El general que adoctrina a su ejército con la idea de que su gobierno le pide que haga un imposible puede preservar su popularidad entre las tropas y ser recibido con vítores al cabalgar ante ellas, pero habrá puesto más allá de su alcance cualquier gran éxito militar».[33]

McClellan no era en modo alguno el único comandante de la Unión que sufría de exceso de prudencia o de una tendencia a

sobredimensionar el poder del enemigo. Al principio de la guerra Sherman estaba al frente de las fuerzas de la Unión en Kentucky; bajo las presiones del mando empezó a afirmar que el enemigo le superaba en una proporción de 5 a 1, aunque en realidad ambos contendientes estaban totalmente igualados. Llegó incluso a evitar que George Thomas avanzara sobre el desfiladero de Cumberland porque anticipó un ataque rebelde con fuerzas abrumadoras, cuando en realidad sus tropas superaban de largo a las de los rebeldes. Estuvo a las puertas de un colapso nervioso, fue relevado del mando y se le ordenó que descansara. En otras ocasiones, Fremont, Rosecrans, Buell e incluso «Joe el guerrero» Hooker incurrieron en el defecto de exagerar la fuerza del enemigo.

Superstición y fatalismo

Creer que el resultado de ciertos acontecimientos está predeterminado no es algo limitado a los pueblos primitivos. En el caso de un general tamaño fatalismo puede ser a menudo el recurso final de una mente tan indecisa que prefiere dejar las decisiones a la suerte. Al hacerlo, se siente aliviado al creer que la responsabilidad ya no recae en su propia actuación. De darse incompetencia, ésta no es producto de una actuación errónea o mal dirigida, de hecho no tiene nada que ver con la acción. Un ejemplo del mundo antiguo ilustra cómo la superstición puede afectar al resultado de una batalla.

En el verano del 413 antes de nuestra era, la expedición ateniense a Siracusa se encontraba en dificultades. Su comandante, Nicias, estaba enfermo y el mando de las fuerzas pasó a manos de Demóstenes, que acababa de llegar con refuerzos. Pronto resultó claro para él que la única opción era levantar el sitio y evacuar sus tropas mientras fuera capaz de ello. Cuando le comunicó su idea a Nicias, éste le presionó para que demorara la decisión durante un mes para dar tiempo a los siracusanos hostiles a Esparta a rendirle la ciudad. Un mes después, lo único que había sucedido era que el enemigo había recibido refuerzos. Parecía obvio que los atenienses

debían partir rápidamente. Cuando la expedición estaba a punto de embarcar se produjo un eclipse total de luna (el 27 de agosto del 413 a.C.); las tropas declararon que aquello era un mal presagio y se negaron a embarcar, presionando al general para que esperara un día más apropiado. Según Tucídides, Nicias «era exageradamente propenso a la adivinación» y se mostró favorable a esperar «las tres veces nueve días prescritos por los adivinos».{34} Como afirma Fuller, se trató de una decisión suicida, puesto que el general espartano Glyppus tuvo oportunidad de cercar a los atenienses en la gran bahía bloqueando su embocadura con una línea de trirremes y de navíos mercantes encadenados entre sí.{35} Los atenienses intentaron romper el cerco por tierra pero cada una de sus divisiones fue alcanzada y aniquilada. De los 50.000 soldados y marineros que los atenienses habían enviado contra Siracusa sólo sobrevivieron unos 7.000, que pasaron el resto de sus días en canteras, mientras que Nicias y Demóstenes fueron ejecutados.

Un ejemplo reciente de fatalismo por parte de un comandante es el del vicealmirante Zinovy Petrovitch Rozhestvensky, ocurrido durante el viaje de la flota rusa del Báltico a Tsushima en 1905. Richard Hough resume así los problemas de Rozhestvensky:

> Para el hombre que los dirigía, el viaje fue una lucha incesante contra la incompetencia y la perfidia de sus subordinados, la corrupción de sus superiores, el antagonismo y las burlas del mundo, para culminar en la mayor batalla marítima de los tiempos modernos. Aun en los peores momentos de agonía y desesperación, ni el almirante ni su flota pudieron escapar a los rasgos de farsa irónica que les acosaron durante su viaje... {36}

A Rozhestvensky le tocó nada menos que navegar 18.000 millas para encontrarse con un enemigo que había derrotado ya a una flota más poderosa que la suya. Sus mejores buques acorazados, de la clase *Suvoroff*, reflejaban las limitaciones de la ingeniería naval rusa. Como escribe Hough,

> para un diseñador ruso la perfección sólo podía provenir de una ocurrencia tardía. En el caso de los buques del tipo *Suvoroff* ello significó un exceso de peso que conllevaba que el armamento secundario inferior no podía

> usarse en ningún tipo de mar, y además que unos sesenta centímetros de la zona principal del blindaje estaban sumergidos cuando los buques estaban cargados de forma normal. Todo ello afectaba no sólo a su velocidad, sino también a su estabilidad; el peligro de vuelco era tan grande que Rozhestvensky recibió un mensaje pocos días después que le ordenaba deshacerse del peso innecesario de las cubiertas y la superestructura, hasta el punto de evitar que se enarbolaran todo tipo de banderines y estandartes en las vergas exceptuando los esenciales.{37}

Como se ve, un comienzo difícilmente estimulante. Si las banderas de señales eran un peligro para la estabilidad de un acorazado, ¿qué no serían los obuses y los torpedos japoneses?

Aunque el espacio no nos permite seguir de forma pormenorizada el viaje de Rozhestvensky, resulta instructivo examinar algunos de los numerosos problemas que tuvo que abordar y que al final lo sobrecargaron de tal forma que se abandonó a sí mismo y a su flota en manos del destino. Por un lado, no existía base alguna en un radio de 18.000 millas y dependía para el suministro de carbón de encuentros previamente acordados en el mar con la compañía alemana Hamburg-Amerika. En su trayecto a lo largo del Báltico y del mar del Norte sus histéricos vigías vieron barcos torpederos japoneses en los lugares más inverosímiles y bajo los disfraces más extraños. Junto a la baja moral, el sentimiento de que el peligro les amenazaba por doquier y que todos iban a por ellos vino a complicar las cosas por añadidura.

En el mar del Norte un «ataque en toda regla de buques japoneses» resultó ser una flotilla de barcos pesqueros de arrastre británicos procedentes de Hull. Increíblemente, los buques rusos atacaron a la flotilla pesquera, dañaron a varios buques y hundieron uno de ellos, sufriendo además los daños derivados de las colisiones entre sí. Rozhestvensky evitó a duras penas provocar una guerra entre el Reino Unido y Rusia y recibió la condena generalizada y las befas y cuchufletas de todos los periódicos del mundo.

Mientras tanto, en el almirantazgo de San Petersburgo, Klado, enemigo de Rozhestvensky, había decidido que era preciso enviar refuerzos al almirante. No obstante, no había que enviar buques de

los que no pudiera prescindirse o quedar derrelictos. Después de todo, ello incrementaría el número de blancos a disposición de los japoneses. Rozhestvensky había condenado anteriormente esas «viejas bañeras» como cosas inútiles y meros estorbos, que frenarían al resto de la flota. Cuando llegó a oídos del almirante que se le enviaban esos viejos buques para que se unieran a su flota, decidió hacer todo lo posible para evitar la cita. Al llegar al norte de África uno de los buques rusos se enredó con un cable submarino; cuando su capitán cortó el cable cortó también las comunicaciones de Tánger con Europa durante cuatro días. Con lo que siguieron las befas y cuchufletas.

A pesar de sus esfuerzos por convertir su flota en una unidad de combate, Rozhestvensky tuvo que hacer frente a la constante ineficacia de sus subordinados. El buque encargado de las reparaciones de la flota, el *Kamchatka*, disparó 300 obuses en un combate con tres supuestos barcos enemigos, un mercante sueco, un pesquero alemán y una goleta francesa. Y luego preguntó mediante señales al buque insignia, «¿Veis barcos torpederos?». Se transmitió la alerta general a toda la flota hasta que el buque-taller admitió que había usado un código incorrecto y que simplemente había intentado transmitir «ahora estamos bien».{38}

El peor problema para Rozhestvensky era que sabía, así como lo sabían sus oficiales, que lo mejor que podían hacer era dar media vuelta y arriesgarse a que les llamaran cobardes. No es que fueran realmente cobardes sino que les resultaba difícil no parecer bufones. Para quienes se tomaban en serio su trabajo era un duro golpe para su moral. Lucharían con arrojo cuando llegara el momento, pero su lucha sería fútil porque no estaban entrenados para librar una batalla naval moderna. La noticia de que le habían enviado refuerzos bajo el mando del almirante Nebogatoff fue la gota que colmó el vaso. Sus barcos no bastaban, pero ¿qué sentido tenía enviar carcamales nada marineros a 18.000 millas de distancia para ser hundidos cerca de Japón? Todo ello bastaba para producirle a Rozhestvensky fuertes ataques de neuralgia que lo confinaban en su camarote.

En una práctica de artillería, Rozhestvensky, que cuando era un

oficial joven había sido célebre por su puntería, vio cómo sus destructores no acertaron ni uno solo de los blancos estacionarios. Cuando los buques se reunieron de nuevo, la bandera de señales marcaba un solo impacto, en el barco que remolcaba el blanco. Una formación de destructores, ordenada para formar una línea de fondo, se dispersó en todas direcciones porque no se les habían distribuido los nuevos libros de códigos. Hough describe así el fracaso de los torpedos:

> De los siete que abandonaron sus tubos, uno se atascó, dos viraron noventa grados en dirección al puerto, uno noventa hacia estribor, dos mantuvieron un rumbo estable pero no dieron en el blanco, y el último describió círculos y más círculos «sumergiéndose y emergiendo como una marsopa» y aterrorizando a toda la flota.{39}

El insulto final le llegó a Rozhestvensky al recibir una orden de San Petersburgo para que destruyera la flota japonesa, navegara hacia Vladivostok y allí entregara el mando al almirante Biriloff, que se dirigía al lugar en el tren transiberiano. Biriloff era conocido como el «almirante guerrero» pese a que nunca había entrado en acción. Era demasiado para que Rozhestvensky lo soportara y la desesperanza se convirtió en una aceptación estúpida del destino. Lucharía cuando llegara el momento pero lo haría como un acto reflejo, habida cuenta de que todo parecía presagiar el fracaso. Fue incluso perseguido por la flotilla de viejos buques al mando de Nebogatoff, a la que se refirió como una «colección arqueológica de arquitectura naval».{40} Cuando la flota rusa se encontró con la japonesa en Tsushima, Rozhestvensky se limitó a dar sólo dos órdenes, la primera de las cuales causó «perplejidad y consternación» mientras que la segunda provocó un «estado de caos».{41} Lo que siguió, como Rozhestvensky sabía que debía suceder, fue la completa destrucción de la flota rusa.

Inadecuación personal

Se ha dicho que buena parte de la literatura histórica pasa por alto el hecho de que los seres humanos tienen sentimientos,

necesidades y sentidos físicos. Para el historiador militar tomar en consideración tales factores resulta muy importante puesto que frecuentemente cuando resultan más decisivos es durante la tensión del combate. Para explicar la incompetencia sirve de bien poco el recurso simplista de la teoría del «estúpido sanguinario», en la que necios «coroneles Blimps»{42} son los responsables de todo lo que sale mal. Bajo determinadas circunstancias bien pudiera ser que cualquiera pudiera caber en semejante categoría, aunque no adelantaríamos mucho en nuestra comprensión si todos los errores se debieran pura y simplemente a la necedad o estupidez. El mundo está lleno de estúpidos, tanto en la profesión militar como en otras esferas de la vida, pero eso no es razón suficiente para que esas personas progresen más en la carrera militar que en cualquier otra. Por consiguiente es preciso examinar los diversos defectos personales que, dejando de lado la estupidez, han contribuido a la incompetencia militar a lo largo de los siglos.

Un problema propio de todo sistema en que la promoción dependa de la antigüedad más que de los méritos es que determinadas personas pueden acceder a posiciones con poder y responsabilidad notables a una edad en que sus facultades no son tan eficaces como lo habían sido antaño, aunque esto ha sido particularmente cierto en la profesión militar. Los ejemplos de generales capaces pero ancianos son legión (así como, naturalmente, existen ejemplos de oficiales jóvenes y sin embargo desastrosamente ineptos). No obstante, lo que no puede pasarse por alto es la posibilidad de que la edad intensifique los defectos de capacidad de pensamiento anteriormente ya presentes; por ejemplo, el raciocinio, la memoria, la inteligencia y la capacidad sensorial se deterioran con la edad, de forma que es sabio aquel general que es consciente de su debilidad progresiva. Habida cuenta de que la guerra se vuelve algo cada vez más tecnificado, fenómeno propio de nuestra era tecnológica, es cada vez más improbable que un comandante de edad sea capaz de adaptarse a los cambios rápidos.

Un jefe militar que a menudo actúa sometido a presiones extremas —posiblemente carente del reposo y la alimentación idónea, y quizá operando en un clima difícil— es proclive a no gozar

de buena salud. A tenor de ello, debe prestarse atención al estado mental y físico del comandante para valorar cómo influye esto en sus decisiones. Naturalmente, no todos los achaques o enfermedades tienen una probabilidad de acabar en errores militares, pero cualquier situación en la que quien toma decisiones está sujeto a factores extraños que pueden entorpecer su raciocinio ha de considerarse sospechosa. Cualquier cosa que afecte a su salud física (enfermedad, herida, obesidad, alcohol o drogas) puede afectar también a su raciocinio. Son relativamente pocos los casos en que el comandante de un ejército estaba claramente loco, aunque las pruebas son endebles, particularmente en lo que concierne a las batallas antiguas o medievales.

Podría pensarse que es poco probable que un cobarde logre hacerse con una posición de mando en una organización militar, pero ello depende en buena medida de cómo definamos «cobardía». Existen ejemplos de cobardía física de jefes militares en cualquier época histórica, aunque resulta difícil generalizar acerca de los rasgos específicos de cada uno de ellos. Así, si por cobardía se entiende pura y simplemente lo contrario de valor o coraje, bien podría suceder que acabáramos incluyendo en esa categoría a la mayoría de los soldados que en uno u otro momento han ido a la guerra. Ante el peligro resulta natural el deseo de huir. Han existido casos de comandantes que lisa y llanamente parecen haber carecido del nervio preciso para arriesgar sus vidas o su reputación en el combate frente al enemigo. Se trata, obviamente, de unos pocos casos, pero que constituyen un espacio de incompetencia militar. Mucho más comunes, aunque resulta más difícil definirlos como cobardía, son los ejemplos de comandantes que han abandonado el campo de combate antes de que hubiera concluido la lucha o de que se hubiera perdido la batalla. Ese pánico a menudo ha provocado un derrumbe total de la moral del ejército abandonado por su comandante y una pérdida total de dirección en sus esfuerzos.

Locura

A tenor de las relaciones frecuentemente tensas entre las autoridades civiles y militares, no debe considerarse inusual que un político exprese dudas acerca de la cordura de un jefe militar. Sin embargo, resulta raro que esa acusación sea literalmente cierta, como cuando David George Lloyd, a la sazón primer ministro británico, aludió al comandante en jefe griego durante la guerra entre Grecia y Turquía en 1921 calificándolo de «algún tipo de débil mental».{43}

El general Hajianestis había sido en su juventud un oficial capacitado, pero su salud mental había ido declinando a medida que ascendía en el escalafón, de forma que cuando se convirtió en general era absolutamente ineficaz y poco más que un «cortesano vestido con uniforme militar».{44} Su designación como comandante supremo se debía a razones políticas, puesto que en modo alguno podía considerársele idóneo para cometidos militares. Dirigió la campaña de los griegos desde su yate anclado en la bahía de Esmirna, aunque gran parte del tiempo lo pasó en cama aquejado de fuertes dolores neurálgicos. Durante la mayor parte del tiempo se sentía incapaz de levantarse de la cama porque creía que sus piernas eran de vidrio o de azúcar y tan débiles que en cualquier momento iban a hacerse añicos. En otros momentos estaba absolutamente convencido de que estaba muerto. Con tal liderazgo, la moral del ejército griego cayó como una plomada. Los días en que se sentía suficientemente bien como para abandonar la cama, pasaba gran parte de su tiempo en restaurantes situados en la orilla, dictando órdenes locas y contradictorias a su Estado Mayor.{45} En tales circunstancias, su sustitución era tan sólo cuestión de tiempo, pero cuando se produjo ya era demasiado tarde para salvar a los griegos. Irónicamente, el general Tricoupis supo que era comandante supremo cuando ya había sido capturado por los turcos.

Aunque a algunos les pueda parecer extraño que incluyamos al célebre general prusiano Leberecht von Blucher en el contexto de una discusión sobre la locura o la incompetencia militar, según Alfred Vagts, Blucher

> tenía casi setenta años, era un charlatán imprudente, un jugador frenético,

> y un psicópata, que había sido visitado en varias ocasiones a causa de ataques de melancolía senil y de delirios imaginativos. Una y otra vez Blucher creía que, a causa de sus pecados, estaba embarazado con un elefante merced a un soldado francés, como llamaba a Wellington. Otras veces creía que los franceses habían sobornado a su servicio para que calentara el suelo de su habitación hasta el punto de quemarse los pies a no ser que saltara o caminara de puntillas.{46}

Lo que salvó a Blucher y a Prusia fue el fuerte apoyo que le daban Scharnhorst y Gneisenau, mucho menos preocupados por los elefantes imaginarios que por el espíritu de combate que el anciano era capaz de transmitir a sus tropas. No obstante, no todo le salió siempre bien. Cuando Blucher estaba incapacitado por sus problemas mentales durante la campaña de 1814, el generai York se negó a acatar una de sus órdenes al serle entregada por su enemigo Gneisenau, aduciendo que estaba firmada al revés. «Se ve que el viejo —dijo— está de nuevo loco, por lo que es Gneisenau quien manda nuevamente, algo que no podemos tolerar.»{47} Sin duda alguna, las disensiones entre los mandos prusianos contribuyeron en esos momentos a la derrota de los aliados en febrero de 1814 frente a Napoleón.

Enfermedad e incapacidad física

Sometidos a las tensiones del mando en el campo de batalla, los jefes militares se van haciendo progresivamente conscientes de sus deficiencias físicas y mentales. Su cometido puede realizarse en tales condiciones que el menor achaque físico puede resultar exacerbado por el aumento del calor, el frío, la humedad o cualquier otra cosa, de modo que el comandante pierde su firmeza, esencial para tomar decisiones militares. Las tensiones psicológicas pueden magnificarse hasta el punto de que se conviertan en malestar psicosomático o en un colapso mental. La historia recoge numerosos casos de comandantes cuya competencia se vio afectada por su salud física y mental, por lo que sólo podemos ofrecer unos pocos ejemplos. No obstante, resulta fundamental tener presente que el oficial que

olvida sus limitaciones físicas puede sufrir un colapso mucho más dramático que aquel otro que recuerda los rasgos humanos que comparte con sus hombres.

La salud de pocos comandantes ha merecido tanta atención de los historiadores como la de Napoleón. Cartwright enumera una serie de achaques totalmente comunes que Napoleón sufrió a lo largo de su vida, entre los que se cuentan las migrañas en los momentos en que estaba sometido a tensión.{48} Es poco probable que tales achaques perjudicaran su capacidad militar en sus primeros años de carrera, pero hacia 1807 los efectos acumulativos de tantas campañas los intensificaron. Sus hábitos irregulares, particularmente la tendencia a devorar su comida, agudizaron inicialmente su estreñimiento y posteriormente sus hemorroides, que se mencionan por vez primera en 1797, cuando tenía 28 años. Otro resultado de sus hábitos alimentarios fue un fuerte dolor en su costado derecho, indigestión o cólicos causados por cálculos y probablemente una úlcera péptica posterior. Ninguno de estos achaques era inusual, pero asumen una mayor significación cuando el paciente es incapaz de autoconcederse suficiente reposo y ausencia de tensiones.

A partir de 1807 se produce un claro declive en la condición física de Napoleón que va unido a un declive temperamental. A medida que su cuerpo iba ganando en carnes y se iba haciendo indisciplinado, su temperamento se volvía más incontrolable. Hacia 1812 su velocidad de pensamiento había disminuido notoriamente, posiblemente a consecuencia de los crecientes achaques físicos. En Borodino, por ejemplo, no sólo sufría un fuerte resfriado sino una dolorosa afección de vejiga, disuria, que le hacía difícil cabalgar. Sus problemas urinarios, que se habían manifestado ya en 1800 en Marengo, fueron severos en Borodino, en 1812. El profesor W. T. Ayer ha sugerido que posiblemente provenían de una esquistosomiasis contraída durante la campaña de Egipto, en 1799.{49} La enfermedad, que a veces se denomina también bilharcia, se contagia por medio del agua y muchos de los soldados del ejército de Napoleón la padecieron a su regreso de Egipto. Aquejado de tales males no resulta sorprendente comprobar que cometiera tantos

errores en Borodino. Sus victorias durante 1813 y 1814 mostraron cualidades poco comunes; sin embargo, su salud le obligó a confiar más en sus subordinados, que en los primeros años habían tenido poca responsabilidad de mando. En Dresde, en 1813, Napoleón estaba exhausto y calado hasta los huesos; tras el segundo día de combates se retiró a su campamento, comió vorazmente, tras lo cual vomitó y se agravaron sus problemas estomacales, lo que le dejó en un estado nada apropiado para dirigir eficazmente a sus tropas. En Leipzig, Napoleón padecía los mismos problemas abdominales y también una somnolencia y un letargo que afectaban su cuerpo y su mente. Algo semejante le había ocurrido ya en Jena en 1806, cuando una compañía de granaderos se vio obligada a formar alrededor de su comandante, que se había quedado dormido. Después de Leipzig, el doctor Hillemand quedó asombrado al comprobar que Napoleón dormía profundamente en lugar de intentar preocuparse de su derrotado ejército.{50} Este tipo de letargo se suele atribuir a una displasia pituitaria. En su juventud Napoleón contaba con una glándula pituitaria demasiado activa, pero al llegar a la treintena ésta parecía haberse agotado, por lo que carecía del aporte necesario de esta secreción vital. En Waterloo, Napoleón padecía un prolapso de hemorroides que le dificultaba montar a caballo, así como letargo y somnolencia. El día 16 de junio lo había pasado encima de la silla de montar y estaba exhausto: aunque sólo tenía 46 años, había envejecido prematuramente y estaba incapacitado. El 17 de junio, el día decisivo, no se levantó hasta las 8 y dejó buena parte de la responsabilidad de mando en manos de Ney, con los aciagos resultados para él y para Francia que se conocen.{51} La competencia de Napoleón como comandante se había convertido en una cualidad impredecible; era capaz de alcanzar grandes resultados, como en Lutzen y Bautzen, pero también de cometer errores que señalaban una clara decadencia de sus capacidades físicas y mentales.

El agotamiento físico que sufre cualquier comandante en las interminables batallas de la edad moderna es una consecuencia inevitable de la falta de descanso y de sueño. Lo cierto es que, pese a que un comandante crea que puede aguantar indefinidamente, se

equivoca y su capacidad de juicio se resentirá necesariamente. Hugh L'Etang describe así los efectos de la privación de sueño:

> Las perturbaciones visuales provocan ilusiones y alucinaciones. La desorganización de los procesos mentales conlleva una ralentización del pensamiento, empobrecimiento de la concentración e incoherencia. Se producen también enormes distorsiones en la percepción del tiempo. Por otro lado, se presenta también una incapacidad para corregir los errores habida cuenta de que éstos ni siquiera se perciben como tales.{52}

Durante la batalla de los Siete Días, librada entre el 26 de junio y el 2 de julio de 1862, Freeman indica que los fallos de algunos generales confederados se debieron a la «fatiga de cinco días» y a que habían llegado al límite de su resistencia. Esto es particularmente cierto del general Thomas «Stonewall» Jackson, un hombre de constitución «delicada», que aparentemente necesitaba una buena ración de sueño. Durante la campaña del Valle había sufrido seis semanas de tensión continua y estaba en el umbral del colapso por fatiga nerviosa. Tras una noche entera galopando para ver a Lee le dio un colapso, con «agotamiento de la corteza suprarrenal». El control de las tropas de Jackson por parte del reverendo R. L. Dabney, su jefe de Estado Mayor, no funcionó y sin «Stonewall» y sin su grito habitual de «¡Adelante, muchachos! ¡prietas las filas!» que les sirviera de acicate se perdió todo un día, mientras él dormía. El resultado final fue que no llegaron a tiempo para ayudar a Lee en Oak Swamp, como estaba previsto.{53}

Los riesgos y avatares ambientales han contribuido notoriamente a los pobres resultados de algunos comandantes en ciertas acciones, al magnificar las debilidades físicas. Y si, además, tales debilidades tienen que ver con problemas derivados de la edad y de las dolencias del comandante la situación se vuelve doblemente peligrosa. La destrucción de las tropas británicas en Afganistán en 1842 es una de las epopeyas trágicas de la historia británica. Y, sin embargo, el desastre hubiera podido evitarse y en buena medida debe imputarse al comandante, el general W. G. K. Elphinstone. Elphinstone ha sido descrito, probablemente con acierto, como «el soldado más incompetente que puede encontrarse entre los oficiales

del rango necesario».{54} Sin embargo, Elphinstone era consciente de sus limitaciones e intentó convencer al gobernador general de la India, lord Auckland, de que no podía asumir el mando a causa de su mala salud. En otras ocasiones Ambrose Burnside y Redvers Buller habían dudado de la capacidad intelectual de Elphinstone para ejercer el alto mando; en esta ocasión la excusa de Elphinstone se basaba en que el clima afgano sería extremadamente molesto para un hombre sano, y no digamos para él, que estaba en aquel momento en una situación de ruina física. No existe pues justificación alguna para la designación de Elphinstone y, con independencia de los errores que cometiera luego, que fueron muchos, la equivocación inicial debe imputársele a lord Auckland.

En 1842 Elphinstone tenía casi 60 años y estaba muy achacoso. Un observador comentó en una ocasión en que lo transportaban en palanquín que padecía «un fuerte ataque de gota ... con un brazo en cabestrillo y renqueante...»,{55} Patrick Macrory lo describe así en su libro *Signal Catastrophe*:

> Lo cierto es que la enfermedad había arruinado su estado físico y minado su capacidad mental. Había perdido casi totalmente el uso de sus miembros. No podía andar y a duras penas podía cabalgar. La gota lo había socavado corporalmente hasta el punto que resultaba penoso contemplarlo ... Entre los generales del ejército indio existían muchos hombres capaces y enérgicos, con todos sus miembros en plenas facultades y lúcidos de mente. Sólo uno de ellos estaba tullido y con el vigor mental debilitado por la enfermedad, y fue precisamente a éste a quien eligió el gobernador general para comandar el ejército que se enviaba a Afganistán...{56}

La catástrofe ulterior ha sido descrita de forma gráfica por Macrory, por lo que parece injusto culpar a Elphinstone de lo que acaeció, habida cuenta de que en el libro aparece como la figura más digna de conmiseración; se mantuvo pasivo hasta el final y murió de disentería prisionero de Akbar Khan. De sus 4.500 combatientes y aproximadamente 12.000 civiles no combatientes, en su mayor parte mujeres y niños, sólo un europeo, el doctor Brydon, y un puñado de soldados hindúes sobrevivieron a la terrible marcha de regreso desde Kabul a través del paso Khyber. La valoración final

es obvia: al escoger a Elphinstone lord Auckland optó por un hombre totalmente inadecuado para las duras obligaciones que se le pedían. Lo increíble es que Auckland pretendió luego designar comandante de las fuerzas de socorro al general Lumley, un anciano caballero en trance de recuperación de una grave enfermedad. Sólo la intervención de sus médicos pudo evitar que fuera enviado a Afganistán en un intento de forzar el paso Khyber, algo que anteriormente no había hecho nadie, ni siquiera el gran Tamburlaine.

Hugh L'Etang proporciona numerosos ejemplos de los problemas médicos padecidos por grandes comandantes. No sugiere que éstos fueron inusualmente proclives a los achaques o las enfermedades, sino que su profesión llena de tensiones y preocupaciones hizo más significativas sus deficiencias físicas y mentales. Naturalmente, ninguna enfermedad conlleva la ineficacia o la incompetencia, pero existen pocas dudas acerca de que algunas de ellas tienen efectos claros sobre éstas.{57}

La edad avanzada

Norman Dixon ha mostrado que la edad avanzada no explica en absoluto por sí sola la incompetencia militar.{58} El general Pomeroy Colley, considerado uno de los más brillantes intelectos del ejército de tierra británico, tenía sólo 45 años cuando mandó de forma totalmente errónea a sus tropas en la colina de Majuba, en 1881; en Taginae en el año 552, por el contrario, el eunuco Narses, pese a tener 74 años, dirigió con plena capacidad una de las más brillantes batallas tácticas de su época.{59} Y así podrían sucederse los ejemplos sin que con ello llegáramos realmente al meollo del asunto. La guerra es una actividad mental y físicamente agotadora y, habida cuenta de que los puestos de mando de responsabilidad suelen obtenerse mediante la promoción, los generales acostumbran a ser mayores cuando acceden a posiciones de gran responsabilidad. Por otro lado, el proceso de envejecimiento intensifica los defectos corporales y mentales, de forma que la «incapacidad progresiva» ha sido algo particularmente corriente entre quienes han accedido a

rangos militares altos.

El endurecimiento de las arterias cerebrales provoca manifestaciones características como la pérdida general de energía y de capacidad de adaptación a situaciones inesperadas o delicadas, deterioro de la capacidad de concentración, lapsus de memoria, momentos de confusión y desconfianza e irritabilidad emocional. Un mando aquejado de alguno o todos estos males está mal preparado para satisfacer las exigencias de la guerra moderna, sobre todo cuando una crisis puede prolongarse y sus decisiones habrán de verse consiguientemente sometidas a la tensión y la falta de descanso y sueño.

En 1806 en Jena, el ultraconservadurismo de la máquina militar prusiana se debió en parte a la avanzada edad de sus comandantes. El comandante supremo, Brunswick, tenía 71 años y era un veterano de la guerra de los Siete Años. Su asesor principal, Von Mollendorf, tenía 82; la generación más joven estaba representada por Hohenloe y Schmettau, ambos de 60 años, y Blucher, de 64.{60} Probablemente sea en la guerra de Crimea donde resulte más fácil comprobar los efectos de la edad avanzada en la designación de los mandos. Al estallar la guerra en 1854, el Reino Unido contaba con 13 generales con más de 70 años de servicio, 37 que llevaban entre 60 y 70 años, 163 entre 50 y 60, 72 entre 40 y 50 y 7 «chavales» con menos de 40 años de servicio. El Reino Unido tuvo que seleccionar a los comandantes de sus tropas de entre tal colección de especímenes geriátricos. No resulta por tanto sorprendente que entre los elegidos figuraran hombres que padecían ostensiblemente los efectos del proceso de envejecimiento. Lord Raglan, el comandante supremo, tenía 67 años y, con la excepción del primo de la reina, el duque de Cambridge, el resto de oficiales superiores contaba entre 60 y 70 años; el mayor de ellos, el ingeniero jefe sir John Burgoyne, tenía 72. En palabras de George Maude, «había un viejo comandante supremo, un viejo jefe de ingenieros, viejos generales de brigada y, en realidad, viejos en todos los puestos de la cúpula de mando. De ahí que todo transcurriera lentamente».{61}

Por otro lado, los oficiales de caballería viejos se han enfrentado siempre a un problema adicional: las exigencias físicas que comporta

montar a caballo. Durante la invasión rusa de Prusia oriental en agosto de 1914, el comandante de la caballería del primer ejército ruso, el anciano Jan de Nakhichevan, perdió contacto con sus fuerzas y posteriormente lo encontraron lamentándose en su tienda; padecía tanto a causa de sus hemorroides que no podía montar a caballo.{62} En la batalla de Kolin en 1757, uno de los jefes de la caballería de Federico el Grande tenía unos 80 años: el general Von Pennavaire era conocido como «el yunque» porque lo batían o martilleaban a menudo. En la ocasión que comentamos, su dirección de la caballería prusiana fue tan inepta que los austríacos lo barrieron del campo de batalla, lo que provocó la rápida derrota de Federico.{63}

Durante la guerra en la península Ibérica, el duque de Wellington mostró un tacto admirable en sus relaciones con el capitán general de Extremadura, el general español Gregorio García de la Cuesta, que tenía 70 años. El benemérito anciano había sido pisoteado por su propia caballería y no podía montar a caballo. Su extraordinaria forma de transporte la describe así Bryant:

> Cuesta ... se vio obligado a viajar en un coche enorme y pesado tirado por nueve mulas. Por tanto, y habida cuenta de que nunca inspeccionó el terreno o realizó reconocimientos del enemigo, basaba sus acciones, como un auténtico compañero de Don Quijote, en hipótesis enormemente imaginativas que poca o ninguna relación tenían con la realidad; sin embargo, a sus ojos eso no constituía limitación alguna. Miraba a Wellesley con desprecio como si fuera un aprendiz del arte de la guerra.{64}

Parece ser que durante los preparativos para la batalla de Talavera no fue preciso utilizar los servicios de un intérprete entre el general español y Wellington porque el anciano respondía invariablemente a cualquier sugerencia que se le hiciera con un «no». En opinión de John Colborne, Cuesta era un «perverso y un viejo zopenco estúpido». Wellington fue algo más benevolente al aludir a él diciendo que era «tan obstinado como lo sería cualquier caballero al frente de un ejército» y «demasiado viejo y carente de talento para conducir de forma adecuada los confusos y grandes asuntos que comporta una batalla».{65}

Insuficientes o malas relaciones entre los diversos comandantes

La planificación que hizo Hoffman de las campañas de Tannenburg y de los lagos Masuri en 1914 se basaba en parte en el dato de que el comandante del primer ejército ruso, general Pavel Rennenkampf, no acudiría en ayuda del general Aleksandr Samsonov, comandante del segundo ejército. Ambos generales se odiaban respectivamente desde que se habían peleado abiertamente en el andén de una estación de tren en Mukden, durante la guerra ruso-japonesa en 1904. Hoffman acertaba en un sentido al afirmar que «si la batalla de Waterloo se ganó en los campos de juego de Eton, la de Tannenburg se ganó en un andén de estación en Mukden».{66} Aunque la disputa entre Rennenkampf y Samsonov es uno de los más famosos —y fatales— desacuerdos entre comandantes, no es un caso aislado. Durante la primera guerra mundial el ejército ruso parece haber sufrido mucho de ese problema. En el cuartel general de Cholm en Galitzia, el comandante ruso Ivanov y su jefe de Estado Mayor Alexeyev se pelearon tanto y de tan mala forma acerca de quién debía abrir primero los telegramas que hubo que enviar dos copias de cada uno de ellos. El resultado fue que ambos dictaban órdenes, por lo general diferentes, en respuesta a los mensajes recibidos. En otro punto del frente, el anciano comandante de la Guardia, Bezobrazov, se negó a aceptar las órdenes de su jefe Olokhov, con quien se había peleado públicamente en una estación un tiempo antes, ya en guerra. Aunque fue retirado del mando, conservaba tanta influencia sobre el zar que muy pronto fue repuesto. En el verano de 1915 tuvo una disputa con el comandante del tercer ejército, general Lesh. Cuando se ordenó emprender la retirada declaró que «la Guardia nunca se retiraría»; el resultado fue que sus tropas fueron masacradas y que fue nuevamente cesado. No obstante, el zar intervino una vez más declarando que consideraba a Bezobrazov un compañero «encantador» y el tipo de hombre que debía mandar la Guardia; Bezobrazov volvió a ser nombrado comandante de la Guardia.{67}

Napoleón también tuvo problemas con sus subordinados, que se peleaban frecuentemente entre sí. Durante la campaña de Egipto, Renier y Destaing disputaron tan fuertemente que las cosas acabaron con un duelo en el que murió el último. En la batalla de Auerstadt en 1806, Davout fue traicionado por Bernadotte, que le dejó sin apoyo. Negándose a aceptar las órdenes de Davout el «huraño» Bernadotte alejó a sus tropas del lugar en que se encontraba su colega, que estaba luchando con no menos de 50.000 prusianos. En palabras de Vagts:

> Napoleón consideró los múltiples celos entre sus generales como un asunto de naturaleza militar, aunque nunca quiso reconocer la amenaza que suponían para la victoria, particularmente cuando no estaba en un aprieto ... Cada mariscal o general parece haber tenido muchos enemigos ... Los conflictos se intensificaban cuando uno de los mariscales estaba subordinado a otro, aunque fuera durante un corto período de tiempo, sobre todo cuando sus jurisdicciones respectivas no estaban claramente definidas.{68}

En una ocasión Murat y Ney llegaron a convenir en batirse en duelo, opinión que mantuvieron hasta que se les hizo ver que eso supondría un alivio para el enemigo.

La animosidad entre lord Lucan, el comandante de la caballería británica en la guerra de Crimea, y lord Cardigan, comandante de la brigada ligera, es tan célebre que casi no vale la pena contarla. Su efecto sobre la eficiencia del ejército británico hubiera sido más fácil de evaluar de no haber sido el resto de jefes militares tan incompetentes como ellos. Al principio de la segunda guerra mundial los comandantes franceses Gamelin y Georges se odiaban mutuamente de forma intensa, hasta el punto que los oficiales británicos señalaron que si hubieran dejado de guerrear entre sí y se hubieran concentrado en los alemanes el resultado podría haber sido más esperanzador.{69} Y así podríamos continuar enumerando ejemplos.

Cobardía

Es raro, aunque existen casos conocidos, que un hombre que alcanza una posición elevada en la jerarquía militar carezca de aquellas cualidades que son esenciales a cualquier soldado. Todo soldado siente miedo en un momento u otro y, sin embargo, el objetivo básico del adiestramiento militar no consiste en ayudarle a suprimir el miedo sino en evitar el tipo de conducta que el miedo puede provocar, a saber, el pánico o la fuga. Es poco probable que un oficial incapaz de controlar su reacción ante el miedo vaya muy lejos en su profesión, pese a que la tensión del mando, combinada con las condiciones posiblemente difíciles a que está sujeto, pueden minar su resistencia. De hecho se ha observado que cuanto mejor sea el soldado más rato resistirá, a causa de su sentido del deber, las tensiones que lo irán desgastando, y mayor será su colapso posterior.

Resulta tan difícil definir cobardía personal como hacer lo propio con valor personal. Entre los comandantes raramente se le ha prestado mucha publicidad, puesto que la mera aceptación de su existencia tendería a socavar la confianza en el cuerpo de oficiales. No obstante, en ciertas ocasiones la corrección de la decisión tomada por un oficial parece haberse visto afectada por consideraciones acerca de su seguridad personal. El ejemplo más famoso en la historia militar británica quizá sea el de la conducta de lord George Sackville, comandante de la caballería británica, en la batalla librada en Minden el 1 de agosto de 1759. Sackville desobedeció cuatro órdenes de su comandante, el príncipe Fernando de Brunswick, de cargar contra las tropas francesas desarboladas y completar así la victoria. Fortescue observa al respecto

> que Sackville fue sustituido y enviado a casa. Fue juzgado en un consejo de guerra y declarado no apto para servir al rey en cualquier cometido militar, una sentencia dura pero probablemente justa ... el valor de algunos hombres no es el mismo todos los días, y posiblemente a Sackville le fallara el suyo precisamente el día de Minden.{70}

El caso del contraalmirante sir Ernest Troubridge es menos claro que el de Sackville, aunque probablemente sea mucho más revelador acerca de los problemas derivados del alto mando. En

agosto de 1914, Troubridge se encontraba en el Mediterráneo, en el buque *Defence*, como segundo del almirante sir Archibald Milne. Richard Hough describe así a Troubridge: «era un hombre de grandes dimensiones y aspecto distinguido, un auténtico compendio de lo que se entiende por un marinero, muy querido pero no demasiado engreído».{71}

El 30 de junio de 1914 el almirante Milne recibió un telegrama en Malta que le advertía de la posibilidad de que estallara la guerra y le instruía acerca de una eventual acción contra el crucero de combate alemán *Goeben*, que operaba en el Mediterráneo junto con el crucero de bolsillo *Breslau.* El almirantazgo dejó bien claro que no debían atacar a «fuerzas superiores» a no ser en combinación con la armada francesa.{72} Las instrucciones se revelaron luego erróneas y tuvieron consecuencias imprevistas. Aunque dos cruceros de combate británicos, el *Indomitable* y el *Inflexible*, avistaron los buques alemanes, se limitaron a seguirlos vigilantes puesto que técnicamente el Reino Unido y Alemania no estaban en guerra. El comandante alemán, el almirante Souchon, se dirigía hacia Constantinopla y comprendió que cuando a medianoche expirara el ultimátum británico a Alemania los buques británicos tendrían ya libertad para atacarlos. Por consiguiente huyó a toda velocidad e hizo todo lo posible para distanciar a sus perseguidores. Finalmente, la única fuerza naval británica capaz de interceptarlo era la flotilla de cuatro cruceros acorazados bajo el mando del contraalmirante Troubridge, que patrullaban junto a la isla de Cefalonia vigilando la entrada al Adriático.

En el peor de los casos los buques de Troubridge podían quizá haber aminorado la marcha del *Goeben*, y por ende su huida, lo bastante para permitir que los cruceros de combate británicos que le perseguían acabaran alcanzándolo. En el mejor de los casos, mediante maniobras diestras y el uso de torpedos podrían incluso haberlo hundido. La decisión a tomar era difícil para cualquier comandante, sobre todo a tenor de la instrucción del almirantazgo de no atacar a «fuerzas superiores». La cuestión era, empero, saber qué había que entender por fuerzas superiores.

Los cuatro cruceros de Troubridge en modo alguno eran buques

viejos o de escaso potencial, como se ha sugerido a veces; el *Black Prince* y el *Duke of Edinburgh* tenían nueve años, mientras que el *Defence* y el *Warrior* tenían seis. Todos ellos contaban con cañones de 23 cm aproximadamente que, globalmente considerados, les daban una potencia de fuego de costado de unos 3.165 kg frente a los casi 3.100 kg de las piezas de 28 cm del *Goeben.* No obstante, el blindaje de los buques británicos era de tan sólo unos 15 cm frente a los 28 del crucero de combate. Por otro lado, el *Goeben* era unos cinco nudos más rápido y probablemente capaz de superar tácticamente a sus cuatro adversarios. Es interesante señalar que en la batalla de Jutlandia, cuando se encontraron el *Defence* y el *Warrior* con la artillería pesada de la flota alemana, ambos fueron hundidos con mucha facilidad. No obstante, Troubridge no contaba con ninguna de las ventajas que da la capacidad de ver el futuro que le sirviera a la sazón de guía.

En la noche del 6 al 7 de agosto, Troubridge recibió informes del *Gloucester*, que vigilaba a los buques alemanes, y acto seguido emprendió rumbo de interceptación a las 6 horas de la madrugada del día 7. No existía indicación alguna de que no estuviera dispuesto a hacer combatir a los alemanes. Durante el transcurso de la noche cambió de opinión tras conversar con el capitán de banderas, Fawcet Wray. La conversación se desarrolló en estos términos:

> WRAY: ¿Va a atacar, señor? De ser así la escuadrilla debería saberlo.
>
> TROUBRIDGE: Sí, sé que es una decisión equivocada pero no puedo ensuciar el buen nombre de toda la flota del Mediterráneo.
>
> *(Wray volvió al cabo de 45 minutos y le dijo que tras la debida reflexión no le gustaba la idea de atacar el* Goeben*.)*
>
> TROUBRIDGE: ¿Ni que yo lo haga? ¿Por qué?
>
> WRAY: Me parece que eso probablemente sea el suicidio de nuestra flotilla.
>
> TROUBRIDGE: Ahora no puedo echarme atrás; tenga en cuenta mi orgullo.
>
> WRAY: ¿Qué tiene que ver su orgullo con esto, señor? Lo que está en juego es el bienestar de su país.
>
> *(Troubridge consultó entonces a su navegante y le preguntó si en su*

opinión la flotilla sería capaz de acercarse lo suficiente al Goeben *para usar sus piezas de 23,5 gr. El navegante le contestó que creía que no había ninguna posibilidad y Troubridge canceló la interceptación.)*

WRAY: Almirante, se trata de la decisión más valiente que haya usted tomado en su vida.{73}

Pocas personas compartieron la opinión de Wray, como expresa la frase «conducta deplorable y contraria a la tradición de la armada británica». La comisión investigadora creada por el almirantazgo concluyó que Troubridge «tenía una buena oportunidad de al menos retrasar al *Goeben* provocándole daños materiales». Fue juzgado por un tribunal de guerra del 5 al 9 de noviembre acusado de «abandonar, por negligencia u otros defectos, la persecución y caza del buque *Goeben* de su Majestad Imperial de Alemania, un enemigo que huía». Lo defendió un abogado brillante, que utilizó las instrucciones del almirantazgo a Milne de no atacar a enemigos superiores. El *Goeben* era en ese momento el único enemigo superior en el Mediterráneo y merced a este tecnicismo se exculpó a Troubridge, aunque su reputación nunca se recobró del episodio. Independientemente de la justificación invocada, le «faltó nervio» en el momento de la verdad y luego intentó racionalizar su conducta, perfectamente normal pero militarmente inaceptable. Como ha escrito el capitán de corbeta Peter Kemp: «En mi opinión su culpabilidad pertenece a otra categoría; a punto de dar alcance al enemigo, decide dar marcha atrás. Wray tenía derecho a presentar sus alegaciones a Troubridge: el error consistió en escucharlas y aceptarlas».{74}

Richard Hough señala que, pese a la brillantez con que fue defendido en el consejo de guerra, es imposible pasar por alto que cuando estaba a punto de atacar al enemigo permitió que «unas cuantas palabras suplicantes del capitán Wray que sugerían una probable derrota» le convencieran de dar marcha atrás y permitir que escapara la presa. Durante el consejo de guerra Troubridge aludió a la «lucha mental entre mi deseo natural de luchar y mi sentido del deber a tenor de las órdenes recibidas», aunque la argumentación resulta poco convincente.{75} Optó por descartar el

rumbo de interceptación no a causa de las órdenes recibidas sino porque se permitió pensar en las consecuencias de una derrota. En cualquier caso, resulta muy difícil para el historiador discernir con seguridad si el comportamiento se debió a la cobardía física de un comandante que teme la derrota y la deshonra, a la cobardía de un hombre que teme resultar muerto o herido, o a la cobardía moral de un almirante que no quería enfrentarse a la responsabilidad de tomar una decisión difícil. Las consecuencias de la pasividad de Troubridge quedan resumidas en las siguientes palabras de Winston Churchill: «El *Goeben* llevó a las gentes de Oriente Medio mucha más muerte, miseria y ruina de las que nunca habían surgido de la brújula de un barco».{76}

Incompetencia táctica

La guerra es el reino del error; cuanto mayor sea la presión a que está sometido un oficial, mayor será la probabilidad de que yerre. De hecho, como escribió Delbruck, la estrategia consiste precisamente en cometer menos errores que el enemigo.{77} Quizá esto le parezca a alguien una forma negativa de considerar el arte del mando, pese a que proporciona una visión más exacta de lo que realmente ocurre en el combate que la concepción en que las órdenes son muy precisas y las tropas las ejecutan como si se tratara de un desfile. Gran parte de la historia militar, sobre todo la que se ocupa de las guerras anteriores a nuestro siglo, con sus limitados procedimientos de comunicación, tiende a racionalizar lo sucedido y a construir una imagen de la batalla más cercana a una actividad ordenada que a la confusa refriega que a menudo fue.

Norman Dixon ha argüido que las explicaciones de la ineptitud militar que se fundamentan en la idea de que el comandante era pura y simplemente idiota suelen ser inadecuadas.{78} En verdad resultaría sorprendente encontrar un «idiota» elevado a un puesto de responsabilidad en cualquier profesión. No obstante, el peligro radica en las peculiares tensiones que impone la guerra a los individuos, que hacen que un hombre como el general Braddock, que podría ser un soldado ideal en tiempo de paz, pueda manifestar

sometido a la confusión del combate peligrosos e imprevistos rasgos de pánico o de pasividad. Casi todos los comandantes, incluyendo a los grandes capitanes de la historia, han sufrido lapsus periódicos que podrían interpretarse como incompetencia. Ciertos días incluso Napoleón, Federico o César fueron incompetentes en la dirección de la actividad militar. Lo importante es que cometieron muchos menos errores que los restantes comandantes. Junto a cada Kolin hay un Rossbach y un Leuthen; junto a cada Aspern hay un Austerlitz y un Wagram. En el caso de otros jefes militares, empero, poco podemos recordar de ellos, exceptuando su idiotez.

Los generales británicos de la segunda guerra bóer constituyen, junto a los de la guerra de Crimea y la campaña de Gallipoli, un punto destacado de la historia de la incompetencia militar británica. En Spion Kop, Buller confió el mando al teniente general sir Charles Warren, que tal vez fuera el peor de todos los generales incompetentes que se habían dado cita en Sudáfrica. Farwell lo describió como una «persona ridícula».{79} Las opiniones militares de Warren eran de lo más simple; le había confiado a lord Wolseley que la mejor manera de derrotar a los bóers era «barriéndolos con columnas larguísimas de infantería que los atacaran simultáneamente» o «machacándolos con artillería hasta que se amedrentaran».{80} Al cruzar el Tugela se había permitido «ciertas manías y caprichos»,{81} que incluían dedicar 26 horas a supervisar el traslado de su equipaje personal a través del río. En el momento en que cruzó el río Warren se enfrentaba a 600 bóers, pero durante el rato que dedicó a su equipaje éstos se convirtieron en 6.000. En opinión de Farwell,

> fue aciago para los británicos que dos generales como Buller y Warren estuvieran al frente de las tropas en el río Tugela. Ambos eran, por razones diferentes, indecisos; en ambos casos su incompetencia respondía a varias causas. Ninguno de ellos era particularmente inteligente. Buller lo sabía, pero Warren creía serlo y aun cuando quedó dramáticamente patente que no lo era siguió guardando una alta opinión de sí mismo. Los errores de Buller eran los propios de un soldado simplemente honesto, dispuesto a cumplir con su deber ... Los errores de Warren eran los de un hombre

> arrogante atrapado en la maraña de sus propias teorías absurdas y defraudado por su propia arrogancia ... Buller era un patoso, Warren un loco.{82}

Buller y Warren decidieron asaltar una colina conocida como Spion Kop sin un reconocimiento adecuado y enfrentándose a un enemigo cuya fuerza desconocían. No se les ocurrió utilizar el telégrafo de campaña de que disponían, por lo que Warren, situado en la zona baja, no tuvo comunicación alguna con sus fuerzas de asalto. Aunque se habían preparado sacos de arena para usar en la cima nunca se dio la orden de transportarlos. Por otro lado, sólo contaban con 30 picos y 30 palas para cavar trincheras para 2.000 hombres. A consecuencia de ello no pudieron atrincherarse y sufrieron grandes bajas a manos de los bóers, situados por encima de ellos.

Una de las meteduras de pata más extraordinarias de la guerra de 1914-1918 hizo que el fuerte de Douaumont, en Verdún, cayera ante un solo sargento alemán en 1916. Aunque aparentemente desprovisto de materia pensante, el fuerte estaba ocupado por 56 artilleros encargados de las piezas de 155 mm y 75 mm bajo el mando del brigada Chenot. En febrero de 1916, el gobernador de Verdún telefoneó al general Chrétien, el comandante de las tropas de la zona en que estaba situado el fuerte, y le ordenó ocuparlo de nuevo y defenderlo mientras le quedara un hombre. Chrétien aceptó hacerlo y trasladó la orden a su Estado Mayor. No obstante, Chrétien había de ser sustituido por el general Balfourier; cuando este último llegó el cansado Chrétien le aseguró que la ocupación del fuerte estaba en marcha y que no se preocupara de ello. Según Alistair Horne,

> a causa de las fatigas de largos combates incluso los mejores estados mayores se colapsan, por lo que se producen errores que de otra forma resultarían inconcebibles. Y eso fue lo que pasó en aquel momento. Alguien a las órdenes de Chrétien, tal vez un humilde cabo encargado de las señales, se olvidó de transmitir la vital orden de volver a ocupar el fuerte.{83}

En el ínterin, el 25 de febrero se había ordenado al 24.°

regimiento de Brandeburgo que avanzara hasta una posición situada a unos 68 km al noreste del Fuerte Douaumont. El 2.° batallón era una sección de exploradores al mando del sargento Kunze, cuya tarea consistía en acompañar a las tropas de avanzada para quitar el alambre de espinos y otros obstáculos. La sección de diez hombres de Kunze se encontraba por casualidad muy cerca del Fuerte Douaumont, por lo que éste les ordenó que siguieran hasta el fuerte. Al llegar junto al foso que rodeaba el fuerte el sargento ordenó a sus hombres que formaran una pirámide humana para que Kunze pudiera trepar hasta una tronera de los cañones. Kunze exploró con sólo dos compañeros los largos túneles del interior del fuerte y finalmente, él solo, se topó con cuatro artilleros franceses encargados del cañón de 155 mm. Los arrestó e inmediatamente se extravió y perdió contacto con sus compañeros. Caminando con sus cuatro prisioneros delante, Kunze llegó al aire libre cuando, repentinamente, sus prisioneros huyeron hacia el interior del fuerte por otra entrada. Kunze estaba a punto de abrir fuego cuando advirtió un barracón en el que se estaba celebrando algún tipo de reunión o clase. Sin intimidarse, arrestó rápidamente a los 20 soldados franceses presentes, momento en el que un obús alcanzó el fuerte y apagó las luces de la habitación. Con gran presencia de ánimo, Kunze cerró la pesada puerta y la trabó desde el exterior. Continuó explorando, arrestó a otro soldado francés y luego, al encontrarse en lo que presuponía que era el comedor de oficiales, se sentó e hizo su primera comida decente en semanas. La llegada de tres oficiales alemanes, Radtke, Haupt y Von Bradis, sirvió para completar la labor de Kunze, con lo que el fuerte se capturó intacto.

Las noticias acerca de la captura del Fuerte Douaumont, «el más sólido y fuerte del mundo», se recibieron con éxtasis en Alemania, mientras los franceses se afanaron en minimizar el incidente hablando de las fuertes bajas que habían sufrido los alemanes, «todo un otoño de hojas de color verde grisáceo caídas en la nieve», y de lo dura que había sido la lucha.{84} La verdad era, empero, ridículamente diferente. Las consecuencias fueron también enormes. Para los británicos fue una muestra del progreso alemán en el frente occidental; para muchos observadores alemanes se trataba del inicio

del colapso de Francia. El fuerte se había tomado sin disparar un solo tiro y aunque el 24 de octubre de 1916 fue recuperado merced a los marroquíes, se dice que la acción le costó a Francia 10.000 vidas, un precio alto para la falta de cabeza.

El despiste y la confusión administrativa hicieron lo suyo el 22 de enero de 1824, cuando las tropas británicas al mando de sir Charles Macarthy fueron atacadas por 10.000 guerreros ashanti cerca de la ciudad de Bonsaso en África occidental. Los ashanti rodearon a las fuerzas británicas, que pronto empezaron a andar cortas de municiones. El civil encargado de los repuestos, Brandon, había enviado las cajas de munición de reserva desde Cape Coast, pero al abrirlas se encontraron con que estaban llenas de galletas. La resistencia británica sucumbió y sir Charles y todas sus tropas fueron arrollados y muertos por los ashanti.{85}

Conservadurismo táctico

La tecnología de guerra cambió lentamente en el mundo medieval y de ello se derivó un mayor conservadurismo táctico que resultó bien visible en la época antigua o incluso al principio de la moderna. A menudo ese conservadurismo coadyuvó al desastre militar. Como hemos visto, el comandante que basa su táctica en prejuicios e ideas previas corre el riesgo de verse sorprendido por un enemigo poseedor de un nuevo sistema de guerra o de una nueva tecnología que incorpora alguna innovación táctica. El problema quedó bien reflejado en la lucha entre la casta militar establecida, los caballeros montados y los infantes profesionales, a menudo de origen campesino, cuya pericia con el arco, el arma de fuego, la pica o la alabarda los emparejaba con sus superiores sociales. Los cambios que se estaban produciendo topaban con la resistencia del grupo social que más tenía que perder al desvanecerse su tradicional predominio militar. La mayoría de los gobernantes de Europa occidental habrían estado de acuerdo con el emperador Federico II cuando dijo que «el adorno del imperio y de nuestro poder reside principalmente en una multitud de caballeros».{86} A finales del siglo

XIII gozaba de amplio predicamento la idea de que 100 caballeros valían tanto como 1.000 soldados de a pie.

En muchas batallas medievales cobraron una importancia excesiva factores sociales ajenos al adiestramiento militar. En Courtrai (1302), Morgarten (1315), Laupen (1339), Créçy (1346), Poitiers (1356), Sempach (1386) y Azincourt (1415), el conservadurismo táctico de los caballeros contribuyó en gran medida a su derrota. La incapacidad de los jefes franceses en Créçy fue particularmente notable.

La eficacia de los arcos ingleses no debería haber sorprendido a los caballeros franceses puesto que las victorias inglesas en Dupplin Moor (1332) y la colina de Halidon (1333) frente a los escoceses se debieron a una combinación de hombres con armas y arqueros luchando en formación, mientras que en Cadsand (1337) los arqueros ingleses habían mostrado su superioridad sobre los ballesteros flamencos. Los propios franceses habían sufrido en sus propias carnes a los arqueros ingleses en una serie de encuentros anteriores a Créçy, incluyendo la batalla naval de Sluys (1340) y los encuentros de Morlaix (1342), Auberoche (1345) y St Poi de Léon (1346). Los jefes militares franceses habían tenido numerosas ocasiones de juzgar los peligros de la forma de guerrear de los ingleses y de haber intentado contrarrestarla. Sin embargo, en Créçy el mando francés lo hizo tan mal que se limitó a ofrecer a su ejército para el sacrificio.

Las tropas de Eduardo III, 12.000 hombres de los que dos tercios eran arqueros, se habían colocado en una buena posición, una suave cresta montañosa con ambos flancos protegidos. Sin embargo, los mandos franceses nunca tomaron en consideración la posibilidad de un ataque por el flanco. En lugar de ello, de acuerdo con la tradición de preeminencia caballeresca que los suizos ya habían desafiado en Morgarten y los flamencos en Courtrai, confiaron en la fuerza de su ataque frontal. Incapaces de aprovechar las experiencias del pasado reciente, los franceses estaban condenados a repetir sus errores.

El ejército francés al mando del rey Felipe VI tenía un aire cosmopolita. Junto a la nobleza francesa se podía encontrar a Charles, rey de los romanos, a los condes de Namur y de Hainault, al

duque de Lorena y al rey Jaume II de Mallorca, así como a centenares de caballeros alemanes y bohemios a las órdenes del rey Juan el Ciego de Bohemia. La disposición de batalla de los franceses contaba probablemente con unos 12.000 hombres montados y armados, así como un vasto número de soldados de a pie que, sin embargo, eran de escaso valor y no contaban en modo alguno en las tácticas francesas. Mayor significación tenían los 5.000 ballesteros genoveses que, al mando de sus propios comandantes —Odone Doria y Carlo Grimaldi—{87} precedían a los caballeros en la batalla. Los franceses se mostraban desdeñosos con esos mercenarios e hicieron caso omiso de sus quejas acerca del cansancio acumulado tras dieciocho horas de marcha y sobre el hecho de que las cuerdas de sus ballestas estaban mojadas.

En la tarde, ya cerca de la hora de vísperas (las 6), el desordenado ejército francés avistó a los ingleses. Ornan afirma que Felipe, aconsejado por Alard de Baseilles, era partidario de acampar para permitir que la retaguardia les alcanzara y todos pudieran descansar.{88} No obstante, los indisciplinados caballeros franceses no quisieron escucharle. De acuerdo con el relato de Froissart,

> ...ni el rey ni los mariscales pudieron pararlos; siguieron marchando sin orden alguno hasta avistar a los enemigos. Tan pronto como la vanguardia los vio, cayeron nuevamente en un gran desorden, hasta el punto de que la retaguardia se alarmó, creyendo que ya estaban luchando ... Todos los caminos entre Abbeville y Créçy estaban repletos de gente común, que, al llegar a tres leguas de sus enemigos, desenvainaron sus espadas y vociferaron «A muerte, a muerte» ... No existe hombre, a no ser que estuviera presente, que sea capaz de imaginar, o de describir verazmente, la confusión de ese día.{89}

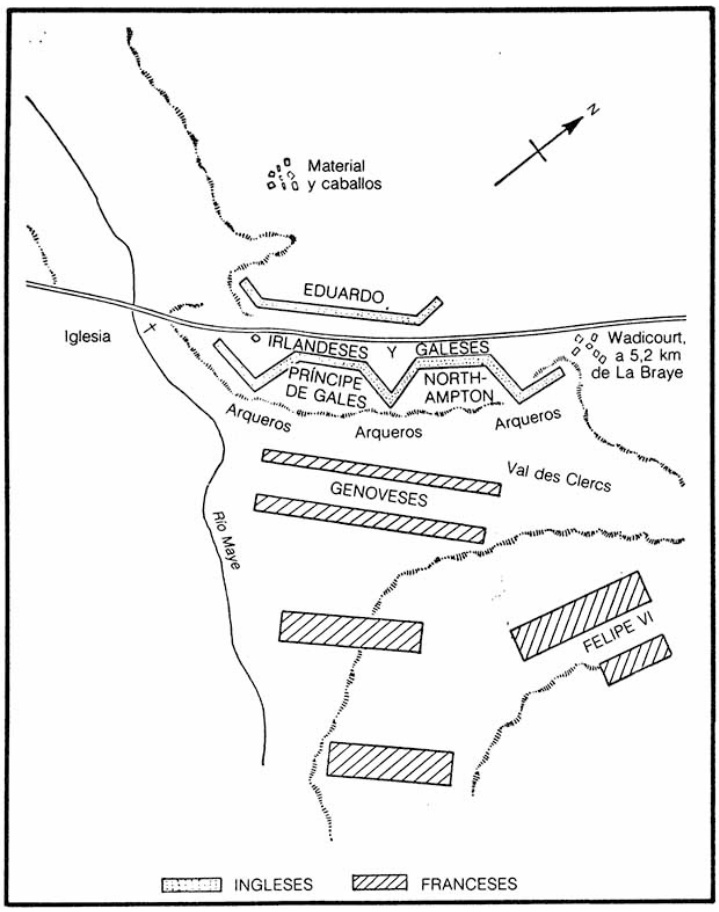
Antes de abandonar Abbeville los franceses habían formado nueve o diez divisiones, pero su disciplina era tan escasa que al llegar a Créçy quedaban ya bien pocas muestras de orden. Perdida la esperanza de hacer que su ejército acampara, Felipe decidió atacar.

Los ballesteros genoveses avanzaron hacia los ingleses, seguidos por una primera línea de soldados franceses armados a las órdenes de los condes de Alençon y Flandes. La primera descarga de los

ballesteros se quedó corta, tras lo cual los arqueros ingleses replicaron con una andanada arrolladora. Los genoveses fueron presa del pánico e intentaron romper filas, pero no lograron abrirse paso a través de las masas de caballería francesa, que se negaron a dejarles pasar. Irritado al verse frenado por los mercenarios, el rey Felipe pidió que «me maten a esos canallas, que nos entorpecen el paso y no sirven para nada».{90} A continuación se produjo una escena increíble, puesto que el hermano del rey, el conde de Alençon, atropelló a los genoveses que se retiraban. Como señala Oman,

> ese alocado intento de atropellar a su propia infantería resultó fatal para la primera línea de la caballería francesa. A pesar de ellos mismos, fueron conducidos a una posición al pie de la ladera, donde la totalidad de caballeros e infantes deambulaban en vano de aquí para allá bajo una incesante lluvia de flechas lanzadas por los arqueros ingleses.{91}

Muy pocos de los hombres de la primera línea de Alençon llegaron a entablar combate cuerpo a cuerpo con los caballeros ingleses desmontados, habida cuenta de que la mayoría había caído víctima de las flechas. Nada se hizo para despejar el campo antes de que se produjera la carga de la segunda línea. Ello causó una gran confusión, en la que resultó muerto el rey de Bohemia.



2. El asalto francés a la poderosa posición inglesa ilustra los peligros que entraña enfrentar a ejércitos feudales contra soldados profesionales dispuestos de forma estricta. Los franceses no intentaron en ningún momento flanquear las fuerzas británicas y su nobleza feudal mostró conservadurismo táctico al insistir una y otra vez en cargas mal coordinadas en su intento de llegar a una lucha cuerpo a cuerpo con los combatientes británicos. La combinación británica de arco y pica significó una innovación táctica que iba a dominar los campos de batalla hasta que, un siglo después, se desarrollaran artillería y armas de fuego eficaces.

A lo largo de la batalla los comandantes franceses no mostraron ninguna comprensión táctica. Cada grupo de caballeros parecía contar con una única idea, cargar de frente contra el enemigo, sin que a nadie se le ocurriera maniobra alguna o acción por los flancos. El único peligro para los ingleses se produjo cuando algunas de las tropas de Alençon, que habían evitado a los arqueros, se afanaron por romper la división del príncipe de Gales, hasta que fueron

derrotadas tras una dura lucha. Cuando los franceses habían lanzado ya quince cargas consecutivas, la última de las cuales poco después de oscurecer, se retiraron al fin tras haber sufrido enormes pérdidas, incluyendo la muerte de 1.542 caballeros y nobles y miles de infantes.

Los días de los caballeros feudales estaban contados, puesto que los arcos y luego las armas de mano, combinadas con la pica, darían ventaja al soldado profesional de a pie que luchaba a la defensiva. Los franceses, sin embargo, se aferraron a las virtudes tradicionales del combate caballeresco y la lección que extrajeron de su derrota en Créçy fue la equivocada, es decir, que los artífices de la victoria habían sido los caballeros ingleses que combatieron desmontados y no, como sucedió en realidad, los arqueros. El resultado de ello fue que en Poitiers, en 1356, el rey Juan II desmontó a sus caballeros y mandó que sus soldados fuertemente armados avanzaran a pie hacia las líneas inglesas. Los arqueros ingleses hicieron nuevamente una carnicería, aunque en esta ocasión la batalla se asemejó más a una tumultuosa refriega mano a mano que a lo sucedido en Créçy. {92} La derrota francesa se debió a su incapacidad de coordinar, a la manera inglesa, arcos y picas. Los austríacos, a su vez, experimentaron también en Sempach (1368) el coste de enfrentar a caballeros desmontados contra los suizos.{93}

A principios del siglo XV la supremacía de los arqueros ingleses estaba siendo desafiada a su vez, de modo que lo que al comienzo del reinado de Eduardo III había parecido revolucionario corría el peligro de imponerse a los comandantes ingleses menos capaces como un sistema táctico estereotipado. Sin embargo, el conservadurismo de la nobleza francesa estaba reñido con el creciente profesionalismo de otros comandantes franceses procedentes de grupos sociales inferiores. En Azincourt (1415), los franceses mostraron haber olvidado todo lo que tan penosamente habían aprendido durante la primera parte de la guerra contra los ingleses, atacando a un ejército inglés bien atrincherado y formado mayoritariamente por arqueros. Fueron necesarios nuevos desastres en Verneuil (1424) y Rouvray (1429) antes de que los franceses aprendieran a enfrentarse a la táctica inglesa.

Los soldados más victoriosos del final de la Edad Media, ingleses y suizos, tuvieron tan larga lista de éxitos que llegaron a pensar que no necesitaban adaptar sus sistemas militares para satisfacer las cambiantes necesidades de los tiempos. Habían interiorizado que lo que hacían ganaba batallas hasta tal punto que una derrota ocasional la interpretaban como resultado de una ejecución errónea de su propio sistema y no como una virtud de sus enemigos. Así, mientras sus enemigos se vieron obligados a autoevaluarse, suizos e ingleses se volvieron ultraconservadores y sucumbieron a un orden militar en proceso de cambio.

En Formigny (1450), los franceses usaron culebrinas para bombardear a los arqueros ingleses a distancia, mientras que en Castillon (1453) el ataque voluntarioso de Talbot fue barrido por la utilización de más de un centenar de piezas de artillería francesa.{94} El arco, un arma tan efectiva en el xiv, estaba entrando en un período de decadencia, aunque siguió contando con partidarios en el siglo XVII.{95}

La supremacía de los suizos durante el siglo XV, así como su aparición como mercenarios *par excellence*, empezó a quedar en entredicho cuando el emperador Maximiliano introdujo los lansquenetes alemanes, soldados de infantería bien entrenados en el manejo de la pica y habituados a guerrear a la manera suiza. Se trataba únicamente del primer paso de un proceso en el que se desarrollaron diversas organizaciones tácticas para desafiar a los suizos. Durante las guerras italianas del siglo XVI quedó patente que los suizos, como antes los ingleses, habían quedado atrapados en las tradiciones de su propio pasado esplendoroso. Pronto los españoles armados de espada y escudo fueron capaces de agazaparse bajo las pesadas picas suizas y de llegar hasta el cuerpo a cuerpo. La caballería ligera de Stadiot y los arcabuceros alemanes mostraron que la gran época de los suizos había llegado a su fin.

Los suizos no aceptaron fácilmente que tal cosa había sucedido y su desastrosa incapacidad de adaptarse quedó demostrada con su intentona infructuosa de desalojar de sus trincheras al ejército imperial de Colonna en Bicocca, en 1522. Negándose a esperar a que sus aliados franceses montasen la artillería, 8.000 mercenarios

suizos forzaron su paso a través de trincheras y setos defensivos sólo para ser tiroteados por los arcabuceros españoles. Los supervivientes llegaron a una profunda zanja tras la cual, en una elevación, se encontraban los lansquenetes alemanes. Ornan describe así lo sucedido:

> Saltando a la profunda zanja, los primeros se esforzaron por subir la pendiente del otro lado; no obstante, todos los hombres que lo intentaron cayeron bajo los golpes de pica de los alemanes, quienes, situados en un nivel superior y en formación compacta, desarbolaron los ataques sucesivos con firmeza. En la zanja quedaron tres mil cuerpos hasta que los suizos desistieron de sus desesperanzadas intentonas. Fue un ataque que por su osadía fuera de lugar rivaliza con el asalto británico al Ticonderoga en 1758.{96}

La fe en los asaltos frontales

Gran parte del adiestramiento y educación de los comandantes militares se ha basado en la experiencia del pasado, pese a que quienes se mostraron excesivamente comprometidos con la tradición, frente a los modernos desarrollos tecnológicos y tácticos, resultaron equivocarse notoriamente. La incapacidad de aprovechar los errores del pasado indica la falta de voluntad de criticar a quienes se les enseñó a admirar. La tradición quizá ofrezca certidumbre, pero la guerra, como señaló Clausewitz, es el reino de la incertidumbre.

Dirigir una acción militar de acuerdo con la táctica tradicional supone combatir con una idea previa. Esta actitud puede ejemplificarse con el caso de aquellos comandantes que sintieron predilección por los asaltos frontales, habitualmente contra el punto más fuerte del enemigo. Esta táctica cuenta con el atractivo de requerir escasa reflexión por parte del comandante y de exigir una confianza total en la calidad y aguante de las tropas. En el siglo XVIII, tal táctica precisaba de un cuerpo de soldados obedientes que maniobraran en batallones bien ordenados y capaces de avanzar de forma resuelta hacia el enemigo. El adiestramiento implantó en esas

tropas una serie de respuestas condicionadas a las órdenes, mediante la repetición incesante, que hacía de todo punto innecesario pensar. Sin embargo, en algunos casos —como sucedió con Packenham en Nueva Orleans o con Burnside en Fredericksburg —, la táctica en cuestión bien pudo acabar también con la necesidad de pensar del propio comandante.

El 7 de julio de 1758, el general James Abercromby, al mando de una fuerza compuesta por 7.000 soldados regulares británicos y 9.000 soldados coloniales, avanzó para atacar la fortaleza francesa de Ticonderoga, en la orilla del lago Champlain en Canadá. El comandante francés, Montcalm, contaba con tan sólo 3.600 hombres y provisiones para ocho días. No obstante, mandó talar los árboles de los alrededores y construir un parapeto dotado de aspilleras de unos dos metros y medio de alto situado en la dirección noroeste, dirección por la que suponía llegarían los ingleses. Frente al parapeto se extendía un mar de ramas y copas de árboles caídas que dificultaban un avance ordenado.

No obstante, pese a los impresionantes desvelos de los franceses, no había nada que pudiera preocupar en exceso a Abercromby, que contaba con una serie de opciones. Podía atacar los flancos de Montcalm, desprovistos de fortificaciones; podía emplazar su artillería y desmenuzar el parapeto francés; o bien estacionar sus fusileros y artillería en una colina cercana, desde la que se dominaba la posición francesa, y barrerla de una punta a otra. Podía incluso provocar la rendición del enemigo mediante el hambre cortándole la llegada de suministros del norte. Resulta inusual en la historia militar que un comandante gozara de tantas opciones, y que todas ellas pudieran garantizarle el triunfo.{97} Sin embargo, Abercromby decidió rechazarlas todas y, dejando la artillería en el desembarcadero con los botes, ordenó enfrentarse al parapeto mediante un asalto frontal.

Rechazando cualquier ventaja, Abercromby personalmente se retiró unos tres kilómetros hacia los aserraderos, donde habían desembarcado los británicos, limitando sus órdenes a una sola: «avancen y ataquen». Sus oficiales ejecutaron sus órdenes y formaron sus tropas con un orden impecable. Fortescue describe así el avance británico:

> Poco podían ver a través de la maraña de árboles caídos y hojas muertas; posiblemente atisbaron la parte alta del parapeto pero no las chaquetas blancas de los defensores que estaban tras él. Cuando estaban plenamente confiados e ignorantes de los obstáculos que tenían ante sí, el parapeto se convirtió súbitamente en una sábana de fuego y una tempestad de metralla y fuego de mosquetes barrió las filas de uno a otro extremo.{98}

Las tropas hicieron gala de un coraje notable, sobre todo los montañeses que, blandiendo sus anchas espadas de doble filo, se abrieron paso hasta el parapeto, aunque no pudieron trepar por él porque nadie había tenido la previsión de proporcionarles escaleras de asalto. Pese a todo, algunos lograron encaramarse a la parte superior de la empalizada, donde fueron rápidamente abatidos por los disparos de los franceses. Durante cinco horas la infantería británica mantuvo la desigual batalla, hasta que a las 6 de la tarde se les ordenó que cesaran en su ataque. Los ingleses sufrieron casi 2.000 víctimas, mientras que las pérdidas francesas fueron sólo de 377 hombres. Se trató de una derrota totalmente innecesaria y asombrosa que se debió única y exclusivamente a la «incompetencia y estupidez homicida de Abercromby».{99}

La primera guerra mundial proporcionó también diáfanos y terribles ejemplos de comandantes que, a causa de sus deficiencias tácticas y a la negativa a aprender de los errores del pasado, condenaron a millones de jóvenes a morir en asaltos frontales contra trincheras o sistemas defensivos cuidadosamente planificados. Los ejércitos habían excedido las aptitudes de sus comandantes para utilizarlos. Dixon alude a ellos como «saurios de épocas remotas, enormes en cuanto a fuerza, de gran corpulencia, pero controlados por un sistema nervioso tan lento y extendido que el organismo sufriría pavorosos daños antes de que el distante y pequeño cerebro pudiera pensar, y ya no digamos iniciar, una respuesta adecuada».{100}

La guerra de agotamiento, en la que uno y otro bando intentan desgastar al contrario hasta que sea incapaz de continuar merced a las víctimas o al deterioro de la moral de combate, se convirtió en un

sustituto de las maniobras. En cuanto a los atacantes, en el frente occidental normalmente británicos o franceses, el problema estribaba en hacer llegar soldados al punto de contacto más lejano en el que los defensores eran capaces de destruirlos. No había sitio para la ética. A los generales se les juzgaba por su habilidad para mantener una ventaja en la guerra de desgaste. En la batalla de Loos (1915), el mando era tan inepto que las pérdidas británicas no resultaron compensadas ni por las pérdidas alemanas equivalentes ni por el terreno conquistado.

Tras el asalto del primer día en Loos, el general Haig decidió que necesitaba el recién formado XI cuerpo del ejército bajo el mando del general Haking compuesto por dos divisiones del «nuevo ejército» de Kitchener —la 21.ª y 22.ª— para compensar sus fuertes pérdidas del 25 de septiembre. Al mariscal de campo French, comandante supremo británico, no le gustaba tener que recurrir a tropas sin experiencia, pero Haig insistió en que su «bisoñez» podría convertirse en una ventaja: «con el entusiasmo de la ignorancia se abrirán paso a través de las diversas líneas alemanas». En palabras de Alan Clark, «en su tosquedad no supieron que tenían dificultades».{101} French intentó en varias ocasiones negarle a Haig el uso del XI cuerpo del ejército pero, finalmente, a mediodía del 25 de septiembre cedió.

Se ordenó al XI cuerpo que acudiera rápidamente al frente, aunque no llegó a Lone Tree Ridge hasta el anochecer. Ninguna de las divisiones llevaba en Francia más de dos semanas y ambas estaban cortas de oficiales regulares y de complemento. Aún más, los oficiales de Estado Mayor ni siquiera conocían la zona en que se encontraban y carecían de mapas a gran escala que pudieran ayudarlos. Empapados y carentes de comida caliente, los soldados estaban en malas condiciones incluso antes de que empezara el ataque, pues no en vano llevaban dieciocho horas de ajetreo y movimiento ininterrumpido. Pese a ello, su moral era alta. Les habían dicho que iban simplemente a perseguir a un enemigo desmoralizado y que «no intervendrían a no ser que hubieran machacado a los alemanes y se retiraran en desbandada».{102} Haig no tenía intención alguna de mantener esa promesa y concibió el

ataque del 26 de septiembre como una continuación de la batalla del día anterior.

En contraste con el ataque abierto del primer día del combate, en el que el asalto de las cuatro divisiones había sido precedido por un bombardeo artillero de cuatro días y por la utilización de gases en todo el frente, nada precedió al ataque de la 21.ª y 22.ª divisiones. En palabras de Alan Clark,

> ...se esperaba que las desventuradas divisiones 21.ª y 22.ª cruzaran la tierra de nadie a plena luz del día y sin humo o gas que las cubriera, sin ningún apoyo artillero por debajo del nivel divisional, y que luego atacaran una posición tan fuertemente defendida como las defensas frontales y protegida por una formidable e intacta maraña de alambre espinoso.{103}

En opinión de Clark, el ataque del XI cuerpo era tan fútil y estaba tan condenado al fracaso como el de la brigada ligera en Balaclava.{104}

A las diez de la mañana se realizó un tibio bombardeo de la zona en que se presumía que se encontraban las posiciones alemanas, aunque los alemanes no sufrieron víctima alguna y sus defensas de alambre de espinas permanecieron intactas. A las diez y veinte cesó el bombardeo y el frente estuvo en silencio los siguientes cuarenta minutos. A las once, las divisiones 21.ª y 22.ª salieron de sus posiciones y avanzaron en formación compacta, con sus oficiales montados al frente. Al principio los alemanes quedaron sorprendidos por la visión de masas tan densas de infantería, pero contuvieron su fuego hasta que los británicos hubieron formado líneas amplias e iniciado su avance. A continuación reproduzco un extracto de un relato alemán de la batalla:

> Podían distinguirse con claridad diez columnas de líneas amplias, cada una de ellas formada por algo más de mil hombres, ofreciendo un blanco como nadie antes había podido imaginar o ver. Nunca habían tenido los ametralladores un trabajo tan sencillo ni nunca lo habían realizado con tanta eficacia. Sus disparos barrían de un lado a otro las filas enemigas, incesantemente. Los hombres permanecían de pie en los puntos de disparo, algunos incluso en sus parapetos, y disparaban triunfalmente a la masa de hombres que avanzaba a campo abierto. Cuando la infantería

> enemiga quedó en su totalidad dentro del campo de fuego, los resultados fueron devastadores, hasta el punto que puede decirse que los soldados ingleses caían literalmente a centenares.{105}

Los alemanes difícilmente podían dar crédito a sus ojos: las tropas británicas marchaban tenazmente hacia ellos. Al llegar a las alambradas, de unos cinco metros de ancho y algo más de un metro de alto, y provistos únicamente de cizallas de mano que no eran lo bastante fuertes para cortar el grueso alambre, muchos hombres intentaban cruzarlas mientras otros se desgarraban en ellas sus manos desnudas. Otros se limitaban a correr arriba y abajo de la línea de alambradas intentando encontrar un hueco, hasta que eran alcanzados por los disparos. Sólo cuando no quedaba duda alguna de que no había esperanza de pasar, los supervivientes de ambas divisiones se decidieron a retroceder. Era tal la repugnancia que la masacre había provocado en los alemanes que muy pocos dispararon a los soldados británicos que se retiraban. De los diez mil hombres que ese día se lanzaron al ataque no menos de 385 oficiales y 7.861 soldados resultaron heridos o muertos. Los alemanes, por su parte, no sufrieron ni una sola víctima.{106} Ni French ni Haig pueden escapar a la condena por tan desgraciado desperdicio de vidas. Así pues, aunque son muchas las ocasiones en que a lo largo de la historia se ha obligado a los soldados a realizar ataques frontales que provocaron enormes pérdidas, nunca se había producido un sacrificio más inútil que el de las divisiones 21.ª y 22.ª en Loos.

Incapacidad para hacer frente al terreno o a los elementos

Obviamente, los problemas del terreno sobre el que ha de moverse un ejército y el efecto que los elementos puedan tener sobre el terreno y los soldados preocupan sobremanera a cualquier comandante competente. Naturalmente controlar el clima sobrepasa sus capacidades, pero no resulta imposible en modo alguno utilizar esas condiciones en su beneficio o evitar al menos que se vuelvan

en su contra. La historia recoge un buen número de ejemplos en que la incapacidad de controlar tales problemas provocó desastres militares.

En el año 53 antes de nuestra era los romanos, bajo las órdenes de Marco Craso, sufrieron un grave revés en un combate contra los partos en Carrhae, cerca de Mesopotamia. Incluso antes de invadir la región de los partos Artavasdes, rey de Armenia, aconsejó a Marco Craso que viajara a través de su reino, habida cuenta de que los partos eran fuertes en caballería pero incapaces de actuar con eficacia en las colinas y montañas de Armenia.{107} Craso, alocadamente, hizo caso omiso del consejo y optó por conducir su ejército, siete legiones y más de 4.000 hombres a caballo, por la ruta del desierto a través de Mesopotamia, con lo que se enfrentaba con la gran dificultad de forrajear y obtener agua y alimentos para sus hombres en un país hostil. Uno de sus generales, Casio, sugirió a Craso permanecer en una de las ciudades romanas de Mesopotamia mientras se procedía al reconocimiento del enemigo o bien, al fracasar lo anterior, avanzar hacia Seleucia, la capital parta, siguiendo la ribera del Éufrates, con lo que se aseguraría el suministro de agua y tendría protegido uno de sus flancos en caso de ataque.{108}

Craso rechazó el consejo y se dejó convencer por un cacique árabe denominado Ariamnes de dar la espalda al río y adentrarse por las llanuras. Muy pronto, pues, los romanos se encontraron avanzando pesadamente a través de arenas profundas. Exhaustos y sedientos, fueron víctimas de la «táctica parta» de sus contrincantes. Craso y gran parte de las fuerzas romanas resultaron muertos. Obviamente avanzar a pie por el desierto para enfrentarse a la caballería enemiga era el colmo de la locura.

El desierto no demostró ser más amable con el general William Hicks en 1883. Hicks había desempeñado casi toda su carrera en el ejército indio y en 1883 estaba a punto de retirarse con el grado de coronel. Inesperadamente le ofrecieron la posibilidad de mandar el ejército egipcio en Sudán para hacer frente a los rebeldes madhistas, con el grado de general. Su ejército no contaba con material demasiado bueno, muchos de sus soldados eran supervivientes de la

revuelta de Arabi Pachá, que habían sido trasladados a Sudán como prisioneros. Por otro lado, Hicks no era en modo alguno un oficial notable. Tras algunas victorias menores, permitió que la totalidad de sus 10.000 hombres quedara atrapada en las tierras baldías de Kordofán, donde padecieron sed y agotamiento. Hicks intentó perseguir a las tribus aborígenes, nacidas y criadas en el desierto, en su propio terreno; es decir, en un terreno del que no tenía experiencia alguna. El resultado fue el inevitable: sólo 300 hombres escaparon de la aniquilación en El Obeid, de modo que su ejército fue arrasado de forma tan completa como «las tropas del Faraón en el mar Rojo».{109}

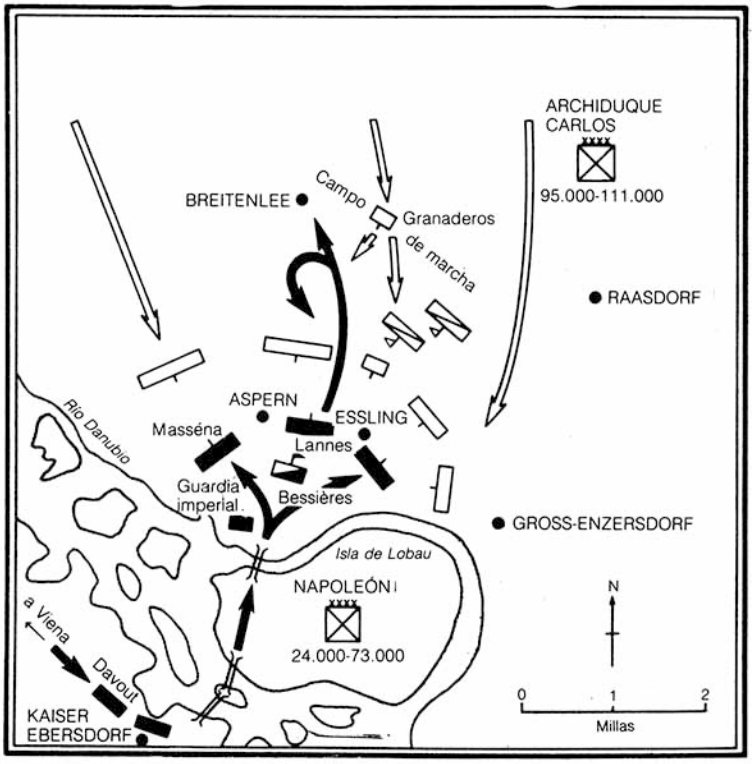
Muy lejos del desierto, en las montañas suizas, el ejército del duque de Habsburgo, Leopoldo II, formado por 2.000 caballeros y 7.000 infantes, fue derrotado en Morgarten en 1315. El comandante austríaco pagó su deficiente reconocimiento del enemigo y el terreno. Avanzó por terreno montañoso con la caballería al frente. Su larga columna de hombres a caballo siguió la estrecha senda entre el lago de Egri y las laderas de la montaña. Los suizos habían bloqueado el camino con un muro de piedras sueltas, mientras que el grueso de sus fuerzas, unos 2.000 hombres, permanecía escondido en los bosques que flanqueaban y dominaban la senda. Cuando la vanguardia austríaca se encontró con el obstáculo, defendido por un pequeño destacamento suizo, no le quedó más remedio que detenerse; no obstante, el resto de la columna continuó avanzando, creando la consiguiente confusión en aquel reducido espacio. En ese momento los suizos dejaron caer desde las cimas de las laderas piedras y troncos rodantes sobre los indefensos jinetes y, simultáneamente, una tupida masa de hombres armados con alabardas irrumpió desde sus posiciones a cubierto y atacó los flancos de los austríacos. En palabras de Ornan, «el desastre fue inmediato y completo; los jinetes austríacos apiñados en el camino no tenían espacio para hacer girar grupas a sus caballos y no pudieron cargar colina arriba; debajo de ellos estaba el lago y ante sí el camino atascado por el resto del ejército».{110}

Aunque Leopoldo maniobró para poner a sus hombres a seguro, casi 2.000, básicamente jinetes de vanguardia, murieron bajo los

golpes de las alabardas suizas o bien ahogados en el lago.

La derrota de Leopoldo se debió a una dirección militar errónea. Su falta de reconocimiento previo del camino montañoso fue un error inexcusable y su pretensión de utilizar caballería en la montaña un mal consejo. Los suizos utilizaron el terreno a su favor con el beneplácito de Leopoldo, que les permitió que impusieran la forma en que había de librarse la batalla.

Otro comandante que permitió que sus contrincantes se hicieran con los terrenos elevados y que luego cayó en una emboscada fue el emperador bizantino Manuel I, concretamente en la batalla de Myriokephalon, en 1176. Cuando su vasto ejército, cargado con un pesado equipaje y con numerosas máquinas de guerra para sitio, atravesaba las montañas de Sultan Daé, sus exploradores le informaron que los turcos seljúcidas ocupaban la sierra que dominaba un paso por el que debían pasar los bizantinos. Se trataba de un lugar propicio para una emboscada y, pese a ello, Manuel decidió continuar adelante. Cuando el grueso de su ejército hubo entrado en el desfiladero los turcos cargaron contra ellos, comprimiendo a los bizantinos hasta formar una masa compacta, como había sucedido con los austríacos en Morgarten. A diferencia de lo sucedido con el duque Leopoldo, Manuel unió a su incompetencia como comandante su cobardía personal, por lo que huyó abandonando a su ejército a su suerte.{111}



3. El fallo de Napoleón al no localizar al ejército austríaco le impelió a intentar cruzar el Danubio frente a una fuerza enemiga que lo superaba en mucho numéricamente. Sólo las soberbias cualidades bélicas de los soldados franceses le permitieron evacuar con éxito a sus soldados a la isla de Lobau.

El Danubio demostró no ser amigo de Napoleón en su campaña austríaca de 1809. Cruzar un río ancho frente al enemigo es una maniobra militar peligrosa de por sí, como sabemos por lo que le sucedió a Burnside en Fredericksburg en 1862, pero Napoleón no era Burnside. Con anterioridad había resuelto exitosamente en varias ocasiones situaciones semejantes; pese a ello, al cruzar el Danubio cerca de las poblaciones de Aspern y Essling en mayo de 1809 cometió varios errores elementales que le costaron la batalla. Tras derrotar al archiduque Carlos en Eckmuhl el 22 de abril de 1809, Napoleón decidió que debía acabar con el grueso del ejército austríaco antes de contactar con las tropas del archiduque Juan en el sur. No obstante, entre él y Carlos se encontraba el Danubio, crecido por el deshielo primaveral. Tras dejar importantes contingentes bajo el mando de Bernadotte y Vandamme para

impedir que los austríacos volvieran a cruzar el río, Napoleón concentró su atención en asegurarse a la mayor brevedad una cabeza de puente. No obstante, los peligros eran mayores de lo que había supuesto. Estaba tan impaciente por completar la destrucción del ejército de Carlos que hizo caso omiso de una serie de precauciones y advertencias, con lo que la travesía del Danubio se convirtió en algo con alta probabilidad de acabar en desastre. Como señala Chandler,

> **...**no sólo el enemigo estaría en una buena posición corriente arriba para impulsar hacia los puentes franceses embarcaciones incendiadas y otros obstáculos susceptibles de destrozarlos, como señalaron los expertos, sino que el Danubio era proclive a sufrir avenidas producto del deshielo del final de la primavera que podían resultar igualmente fatales para los endebles pontones. Pronto Napoleón aprendió esa amarga lección en su propia carne.{112}

El ingeniero jefe del ejército, el general Bertrand, realizó una cuidadosa inspección de los posibles puntos de cruce y finalmente optó por uno cercano a la isla de Lobau, tras lo cual se iniciaron los preparativos para construir un puente hasta la isla. Como Napoleón había dado muestras de impaciencia, Bertrand construyó el puente sin empalizadas protectoras y sin flotillas de barcas tripuladas, que podrían haber interceptado cualquier objeto flotante que los austríacos enviaran corriente abajo para dañar la estructura construida por los franceses. Considerando que los austríacos estaban mucho más al norte, Napoleón consideró prácticamente innecesaria tal precaución.

El plan diseñado por Berthier para cruzar a Lobau se «había pensado de forma precipitada y contaba con una preparación pobre, estaba basado en asunciones falsas y en errores de bulto respecto de las características del Danubio y los preparativos y capacidad del ejército enemigo».{113} Presuponiendo que tendría que dar caza al grueso del ejército austríaco, Napoleón ordenó que a la vanguardia de los franceses cruzaran numerosos efectivos de la caballería ligera, que deberían haberle proporcionado la información que necesitaba desesperadamente, a saber, que los austríacos se habían

atrincherado en una posición cercana. Cuando dos divisiones de caballería y tres de infantería habían ocupado la cabeza de puente, Napoleón empezó a inquietarse porque, de romperse el pontón a Lobau, su ejército se encontraría dividido en ambas orillas del río. Durante la noche el Danubio había crecido casi un metro, mientras que «proyectiles acuáticos» (como troncos y barcas en llamas) chocaban constantemente contra un pontón que hacía aguas.{114} Sopesó la posibilidad de hacer retroceder a las tropas situadas en la orilla derecha, pero en ese momento el control de los acontecimientos se le fue de las manos: los austríacos atacaron. Carlos se había percatado de la delicada situación en que se encontraría Napoleón si destruía sus tropas en la orilla derecha. No obstante, la precaución fue su ruina. Durante las primeras cuatro horas de combate menos de 23.000 franceses se enfrentaban a unos 100.000 austríacos, enormemente superiores en potencia de fuego, y estaban además a la espera de refuerzos importantes. Pocas veces en su carrera había tenido que afrontar Napoleón una situación tan catastrófica; sin embargo, también en raras ocasiones sus excelentes tropas mostraron tamaña capacidad guerrera. La derrota o la victoria dependía de la llegada de las tropas de Davout desde la orilla izquierda del río, pero al romperse el puente Napoleón comprendió que tendría que retirar a sus hombres de Aspern y Essling, donde habían combatido con gran tenacidad. Las víctimas habían sido numerosas en ambos lados —no menos de 46.000 muertos y heridos en total—, pero Carlos no había tenido suficiente decisión y capacidad para acabar con los franceses en el río, pese a que en numerosas ocasiones parecía haber estado a punto de lograrlo. Kircheisen se ha mostrado particularmente crítico con la dirección de la batalla por parte de Napoleón:

> Aunque debería decirse que la conducta de Napoleón rayó en la locura al desafiar al destino —como realmente hizo—, puesto que se aventuró a entrar en batalla sin conocer las posiciones austríacas, sin tener asegurado el punto en que iba a vadear el río, y sin que reuniera a todas sus fuerzas en la isla de Lobau, lo cierto es que la incapacidad del archiduque para usar su victoria es no menos increíble ... bien podría haber intentado capturar la

isla...[115]

Cambiando de época, el plan del mariscal de campo Haig para lanzar una ofensiva británica en Yprès en 1917 muestra cómo no tomó en consideración ni el terreno en que libraría la batalla ni los previsibles efectos de la climatología. Como ha escrito Liddell Hart,

> se trataba de un plan que se cimentaba en la fe más que en la razón, y tanto el plan como la fe iban a naufragar en el fango de Flandes. Foch, él mismo exponente en el pasado de la «estrategia de curación por la fe», predijo el veredicto cuando desaprobó la ofensiva británica calificándola de «marcha chapucera» y subrayando expresivamente: «Los boches son malos y el lodo es malo; pero ¡qué decir de ambas cosas juntas!».[116]

Haig adoptó el plan afrontando muchos obstáculos. Los expertos en meteorología le dijeron que para emprender una ofensiva en Flandes en otoño no podía contar con más de dos semanas de buen tiempo. Al decirle eso, naturalmente, se limitaban a informar a su comandante del tipo de datos que deben figurar en cualquier ecuación militar. Ningún comandante puede controlar el tiempo, pero puede hacer que la actuación de sus tropas tenga en cuenta los datos de que dispone. De ahí que pueda considerarse culpables a Haig y al alto mando británico. Para Liddell Hart, «la ofensiva de Yprès estaba condenada antes de empezar», habida cuenta de que el intenso bombardeo planificado por los británicos iba a completar la destrucción del «intrincado sistema de drenaje» de esa zona de Flandes.[117] Así pues, el lodo no se debió únicamente a la mala suerte, a una lluvia inesperada. De hecho, el cuartel general de las fuerzas acorazadas había enviado un memorándum al cuartel general señalando que el bombardeo, de producirse, eliminaría el sistema de drenaje, con lo que el campo de batalla se convertiría en una ciénaga. No se trataba de un comentario ocioso o infundado, sino que estaba basado en informaciones proporcionadas por el departamento de «Ponts et Chaussées» del gobierno belga, apoyado por las más cualificadas opiniones locales.[118] Ya en 1915 los ingenieros que trabajaban en la zona habían comprendido el peligro, habida cuenta de que la tierra firme había sido conquistada a los pantanos mediante la labor de siglos. Desoyendo tales

consideraciones, el 22 de julio la artillería británica, formada por 3.091 piezas, 999 de ellas pesadas, inició el bombardeo, que continuó hasta el 31 de julio. Se utilizaron 4,25 millones de proyectiles, valorados en 22 millones de libras. Ello significa que en ese fangoso frente cada metro cuadrado de terreno recibió más de cuatro toneladas y media de explosivos. Al omitir consideraciones tan vitales como las expuestas, los británicos condenaron al fracaso su ofensiva aun antes de que ésta empezara y sometieron a miles de soldados a condiciones de miseria inauditas.

Incapacidad de comunicar

Las buenas transmisiones entre un comandante y un oficial subordinado son vitales, tanto si se trata de un mensaje verbal librado por un oficial adjunto, de una carta, o de señales de banderas, telégrafo o radio. La exigencia vital es que el receptor comprenda claramente las intenciones de su jefe. No cabe en modo alguno el equívoco.

La carga de la brigada ligera en Balaclava en 1854 es uno de los más célebres incidentes de la historia militar británica y también uno de los más obvios ejemplos de incompetencia militar. Incluso en una guerra con una dirección tan pobre como la de Crimea, la carga destaca sobremanera, si bien con hombres como Lucan y Cardigan al frente de la caballería era probable esperar algo parecido a un desastre. La orden que lord Raglan envió a lord Lucan era confusa. Podía leerse lo siguiente: «Que la caballería avance y haga uso de cualquier oportunidad de recobrar las zonas altas. Serán apoyados por la infantería, a la que se habrá ordenado avanzar en dos frentes».{119}

Durante 45 minutos lord Lucan no hizo nada. Interpretó la orden de manera que sólo debía avanzar cuando la infantería llegara para apoyarle y, por el momento, no veía a nadie. Raglan, mientras tanto, estaba perdiendo su compostura. El ataque anterior de la brigada pesada había desarbolado al enemigo y una carga de la brigada ligera lo habría barrido de sus posiciones. ¿Por qué no ordenó Lucan atacar? Todo el mundo esperaba que los rusos empezaran a alejarse

de la artillería británica. Raglan ordenó a Airey que enviara una nueva orden. Airey garrapateó las siguientes palabras en un trozo de papel, que entregó a su ayuda de campo, el capitán Nolan: «Lord Raglan desea que la caballería avance rápidamente hacia el frente, siga al enemigo e intente evitar que arrastren consigo su artillería. La artillería montada puede acompañarles. La caballería francesa está a su izquierda. Inmediatamente. Airey».{120}

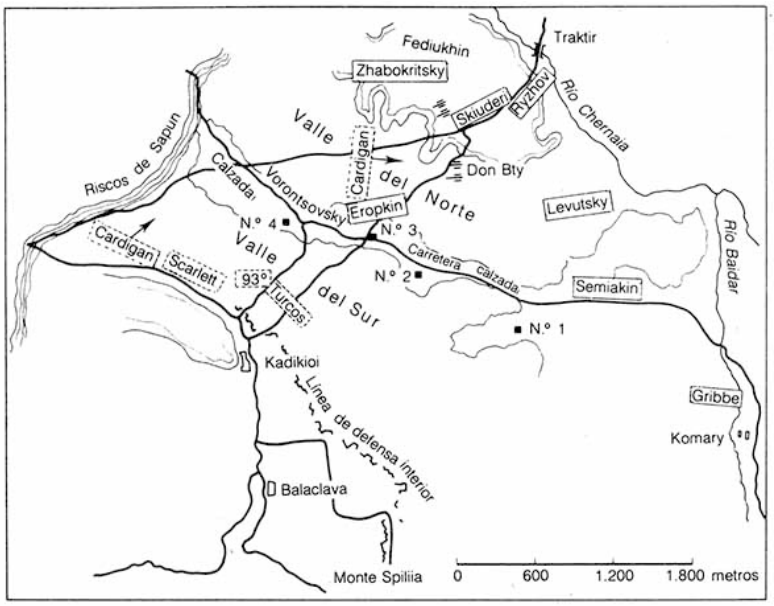
Cuando Nolan desaparecía a toda velocidad, Raglan le espetó: «Diga a lord Lucan que la caballería debe atacar inmediatamente». {121} Lucan leyó la orden pero consideró que tal ataque era inútil. Nolan se vio obligado a transmitir el último mensaje de Raglan, a saber, que la caballería debía atacar inmediatamente. Lucan estaba perplejo e irritado. ¿Dónde debía atacar y a qué artillería aludía Raglan? Nolan le señaló violentamente: «¡Ahí está su enemigo. Ahí está su artillería!».{122}

Raglan había pasado por alto que desde su posición elevada podía ver mucho más que la caballería, situada en la parte baja del valle. Lucan no podía ver reducto alguno ni piezas de artillería que estuvieran siendo arrastradas en la retirada. Su total incapacidad de mantenerse informado de lo que estaba sucediendo en ese momento contribuyó al desastre. La única artillería que podía ver estaba en la parte más alejada del valle del Norte, donde se encontraba un nutrido grupo de caballería rusa. Eso era, presumiblemente, a lo que aludía Raglan. Por consiguiente Lucan ordenó a Cardigan que entrara en el «valle de la muerte» y que lanzara la totalmente innecesaria «carga» de la brigada ligera que entraría luego en los anales de la incompetencia militar.

En los tiempos modernos la comunicación entre buques durante operaciones bélicas se ha simplificado enormemente merced al invento de la radio. Sin embargo, incluso en el siglo xx ha habido ocasiones en que ha sido preciso condenar al silencio a la radio para mantener al enemigo en la ignorancia de nuestras intenciones. Ello ha obligado a que una flota o un escuadrón tuvieran que recurrir al uso de banderas o a las señales luminosas. Durante la primera guerra mundial la labor del capitán de corbeta Ralph Seymour, encargado de señales de banderas del almirante sir David Beatty, fue

particularmente inepta. Según las propias palabras de Beatty, «Me hizo perder tres batallas».{123} Curiosamente, a pesar de la incompetencia de Seymour y del hecho de que ni siquiera era especialista en señales, Beatty insistió en que siguiera a su servicio.

El 15 de diciembre de 1914, el almirantazgo británico fue advertido con anticipación de que iba a producirse una importante operación alemana en el mar del Norte. Las fuerzas navales británicas se apresuraron a cortar el paso a las alemanas y cuando los cruceros de batalla del almirante Hipper empezaron a bombardear las ciudades costeras de Scarborough, Hartlepool y Whitby pareció que los almirantes Beatty y Warrender, con cuatro cruceros de combate y seis acorazados, habían atrapado a los alemanes. A las 11,25 de la mañana los cruceros de bolsillo del comodoro Goodenough se encontraron con los cruceros de bolsillo en misión de reconocimiento del almirante Hipper, produciéndose un breve combate. El grueso de las fuerzas de Hipper se encontraba a sólo 50 millas cuando Beatty cometió un desastroso error con las señales. Presumiendo que bastaba con dos cruceros británicos, el *Southampton* y el *Birmingham*, para enfrentarse a los cruceros de bolsillo alemanes, quiso emplear los dos restantes, el *Nottingham* y el *Falmouth*, con su propio escuadrón, por lo que ordenó a Seymour que transmitiera lo siguiente mediante el proyector de señales: «Cruceros de bolsillo, continúen en su posición de vigilancia. Sitúense a cinco millas».{124} No se mencionaba el nombre de ningún barco y se utilizó además un indicativo erróneo. El resultado fue que el capitán del *Nottingham* transmitió el mensaje al comodoro Goodenough en el *Birmingham*, quien a regañadientes interrumpió la acción en curso y reanudó su misión de vigilancia por delante de los cruceros de Beatty, lo que permitió que Hipper escapara ileso.



4. Las órdenes imprecisas del comandante británico lord Raglan provocaron la célebre carga de la brigada ligera. Raglan cometió el error de emplear la expresión «hacia el frente» cuando en esa confusa batalla cada uno de los mandos británicos tenía ante sí frentes diferentes. Lucan y Cardigan tenían ante sí el valle del Norte y dieron por supuesto que Raglan se refería precisamente a él al hablar del «frente». Interpretaron que la alusión a la «artillería» significaba los cañones rusos, situados en la parte alta del valle y en los altos de Fediukhin.

Cuando llegaron a oídos de Beatty las noticias de los terribles daños causados en las ciudades costeras por los buques de Hipper, pidió que Goodenough fuera separado del servicio. Jellicoe se negó a hacerlo acertadamente, habida cuenta de que el fallo real provenía del propio buque de Beatty. Como señala Hough:

> La culpa real de la ambigua señal procedente del *Lion* debe atribuirse al encargado de señales de Beatty, el capitán de corbeta Ralph Seymour, cuyo cometido consistía en transmitir las intenciones de Beatty. Era el intérprete de su almirante, que estaba totalmente sumido en lograr que su escuadrón llevara a cabo una acción exitosa y sobre quien recaía el futuro de la nación. La tarea de un jefe de señales consiste en seleccionar los términos y luego las banderas apropiadas, la señal inalámbrica, o el mensaje morse para transmitirlos. La culpa del fracaso del ataque de Scarborough debe imputarse a Seymour y no a Goodenough.{125}

Sin embargo, no se licenció a Seymour, que continuó bajo las órdenes de Beatty en las batallas de Dogger Bank y de Jutlandia, en las que su tarea a cargo de las señales volvió a ser desastrosa. En Dogger Bank, pese a que había cinco cruceros británicos frente a cuatro alemanes, la señal que se transmitió desde el *Lion* fue: «Ataque al buque que le corresponda de la formación enemiga».{126} Al no hacerse identificación alguna de los buques británicos o alemanes, el *Lion* y el *Tiger* dispararon al *Seydlitz* mientras que ningún buque inglés disparó al *Moltke.* El *Moltke*, libre de fuego enemigo, alcanzó gravemente al buque abanderado británico, dañándolo y obligándolo a abandonar la formación. No obstante, los otros buques británicos contaban con muchas posibilidades de destruir el escuadrón alemán hasta que les llegaron nuevas señales confusas desde el *Lion*, que hicieron que redujeran su velocidad y se concentraran en hundir al crucero acorazado *Blucher.* Beatty había transmitido al almirante Moore, a bordo del *Tiger*, que siguiera «rumbo NE» persiguiendo al enemigo, pero esa señal quedó ondeando mientras se izaba la siguiente, que decía: «Ataque la retaguardia del enemigo». El resultado final fue que los comandantes de Beatty interpretaron la señal como «Ataque la retaguardia del enemigo con rumbo NE».{127} El único buque enemigo con rumbo NE era el averiado *Blucher*, que iba a la retaguardia del escuadrón enemigo; por consiguiente, cuatro cruceros británicos convergieron en un único crucero acorazado enemigo averiado, lo que permitió que los restantes buques de Hipper escaparan. Las recriminaciones tras las acción fueron numerosas. Fisher culpó al capitán Pelly del *Tiger* de no disparar al *Moltke*, calificándolo de «cobarde», mientras que el almirante Moore fue destituido de su cargo. Pero el auténtico problema fue que las señales de Beatty no fueron suficientemente claras, por lo que a él le corresponde buena parte de la culpa por no admitir las carencias de Seymour y asegurarse de que mejoraba el proceso de transmisión de señales en su escuadrón.

Desperdicio de recursos humanos

La guerra debe ofrecer un balance satisfactorio tras un análisis en términos de costos y beneficios. En ocasiones los errores de cálculo han tenido que ver con los beneficios que debían obtenerse de la victoria, o con el nivel e intensidad apropiados que podían justificarse en función de las recompensas a obtener. Allí donde se han librado guerras por ideas se ha demostrado imposible equilibrar costes, de ahí la extrema crueldad de los conflictos religiosos. Las guerras modernas, sobre todo las dos guerras mundiales, se volvieron irracionales en la medida en que sus costos fueron tan ruinosos que la victoria era escasamente mejor que la derrota. Para el estratega y el gran estratega, los costos pueden considerarse en términos de beneficios económicos o políticos, pero para el comandante de un ejército los costos han de medirse casi siempre como pérdidas humanas.

Los ejércitos están formados por hombres que, si no reciben un buen trato, no actúan con eficiencia. En algunos casos, como en Crimea, pueden estar mal vestidos y alimentados, o bien expuestos a las enfermedades, como en Walcheren o en las Indias occidentales. En otras ocasiones pueden carecer de cobijo frente a los elementos o estar expuestos a entornos innecesariamente hostiles. En esas circunstancias, los soldados serán demasiado débiles, estarán demasiado enfermos o mentalmente demasiado deprimidos para poder comportarse como unidades de combate eficaces. Baste como ejemplo el tratamiento recibido por los soldados y marineros que regresaban de la expedición de Mansfield a Alemania en 1624, a Cádiz en 1625 y a Ré en 1627. Miles de hombres murieron de infecciones, frío, agotamiento y desatención generalizada, además de los que murieron en acción. Por si fuera poco, sus responsables no hicieron ningún esfuerzo por aliviar sus sufrimientos. Los ejemplos son numerosos: las condiciones médicas en Crimea en 1854 o en Mesopotamia en 1915 mataron o incapacitaron a más hombres que las tropas enemigas.

T. E. Lawrence escribió una vez lo siguiente: «en mi opinión, una acción, un disparo o una víctima innecesarios no constituyen sólo un desperdicio sino un pecado».{128} Pese a ello, siempre ha habido comandantes dispuestos a sacrificar a sus hombres por creer que

podían prescindir de ellos. De acuerdo con las palabras de Napoleón, «un hombre de mis características no debe preocuparse en demasía por las vidas de un millón de hombres». Y lo cierto es que de los 600.000 soldados de la Grande Armée que le siguieron a Rusia en 1812 no más de 10.000 quedaron luego en condiciones de volver a combatir.

No es fácil evitar las heridas y las muertes en la guerra. Todo soldado sabe que arriesga su vida en la batalla, por lo que un número alto de bajas no implica necesariamente que estemos ante un caso de mando incompetente. Norman Dixon ha mostrado que el rechazo a arriesgarse a tener bajas puede ser tan perjudicial militarmente como la aceptación estoica de éstas.{129} El problema se presenta cuando un comandante empieza a considerar a sus soldados como simples piezas en un juego genial; de ahí a la lógica de la guerra de agotamiento hay un paso muy pequeño. En tanto que sustituto del pensamiento táctico y estratégico, la confianza en las meras cifras se vuelve una opción militar. Si el atacante está en condiciones de amontonar más hombres en un sector de los que el defensor es capaz de destruir, puede inferirse que el avance es posible. Naturalmente, así las cosas, el defensor debe mejorar su capacidad de matar como parte de la ecuación matemática.

En 1870, durante la guerra francoprusiana, el general Steinmetz ordenó un asalto frontal en Spichern. Mandó a sus hombres que sólo usaran la bayoneta; el resultado fue un 62 por 100 de bajas. Se ha dicho que la presencia del káiser Guillermo II en el frente fue la causa de tamaño desperdicio humano: sabedores de estar bajo los ojos del emperador, los oficiales alemanes no sólo querían ganar sino ganar bien; de ahí que optaran por sacrificar a sus hombres.{130} Durante la guerra rusojaponesa de 1904-1905, los intentos del general Nogi de tomar Port Arthur mediante «olas humanas» de ataques frontales habían sido condenados por uno de sus colegas con el calificativo de «demenciales». Al despilfarrar sus recursos humanos en búsqueda de una victoria rápida los japoneses perdieron cinco veces más hombres que los rusos sin obtener ningún beneficio apreciable.{131} Fue una sorprendente anticipación de una táctica que pudo verse de nuevo en agosto de 1914. En los primeros

meses de la primera guerra mundial fueron los comandantes de las divisiones de reserva alemanas y francesas quienes lanzaron al ataque a sus tropas con una temeridad que reflejaba bien a las claras sus propias ambiciones. El responsable de la artillería francesa resumió bien esa actitud al declarar: «obtendremos la victoria con los pechos de nuestros soldados de infantería».{132} Una vez más el resultado fue un número de víctimas sin parangón en la historia de la humanidad, que fue imposible parar o el sacrificio hubiera resultado en vano. La derrota era impensable y debía evitarse fueran cuales fueran los costos futuros.

El espacio sólo permite que tratemos algunos ejemplos de esta vasta área de incompetencia militar. No obstante, sería erróneo pensar que sólo pueden encontrarse carniceros dentro de una clase particular de generales de la primera guerra mundial. Dixon señala que frases como «estúpidos y obstinados militaristas», «carniceros», «cerebros osificados» y «acémilas» han sido aplicadas a los generales de la guerra de 1914-1918 y que

> sólo quienes cubren sus ojos con anteojeras podrían negar que la primera guerra mundial proporcionó ejemplos de todos los aspectos de la incompetencia militar de alto nivel. Dada la absoluta falta de dirección imaginativa, las decisiones ineptas, la ignorancia de la inteligencia militar, la subestimación del enemigo, el optimismo engañoso y el desperdicio monumental de recursos humanos, probablemente resulte imposible encontrar algo parecido.{133}

Lo cierto es que si bien Dixon tiene razón en lo cuantitativo, discernir si ello se debe a que por vez primera una guerra se libraba a una escala sin precedentes o al hecho de que los generales eran inusualmente malos es un asunto discutible. Un general incompetente al mando de 100.000 hombres tenía una capacidad para las chapuzas de mando muy superior a la de quien tiene a sus órdenes 10.000 personas, aunque los errores puedan ser idénticos. Allí donde no se perseguía deliberadamente la guerra de agotamiento, como sucedió en Verdún en 1916, el despilfarro humano se debía a las consecuencias de tensiones que pueden afectar tanto al general capaz como al «militarista estúpido y

obstinado». Como ya hemos visto, aunque la magnitud de los fracasos y su frecuencia es menor en los casos de Ulysses Grant, Robert E. Lee o Federico el Grande, ello no significa que ocasionalmente no «sacrificaran» a sus hombres, ni que estén libres del epíteto de «incompetentes», que se aplica con mayor frecuencia a Ambrose Burnside, Gregorio García de la Cuesta o Redvers Buller.

Durante la guerra de los Siete Años, Federico el Grande de Prusia realizó prodigios frente a las fuerzas aliadas de Austria, Francia y Rusia, todos ellos países con mayor población y recursos que el suyo. No obstante, pese a la cadena de victorias, Federico sufrió en Kolin, el 18 de junio de 1757, una pasmosa derrota a manos del mariscal austríaco Daun. Por una vez su mando parece haber sido erróneo y, según las palabras de Christopher Duffy, «Kolin fue para el ejército prusiano lo que la carga de la brigada ligera representó para el británico en el siglo XIX».{134}

Aunque Federico era sabedor de la fuerza de la posición del mariscal Daun, cometió el error elemental de subestimar la capacidad de su adversario. Habida cuenta de que los 53.000 hombres de Daun superaban sus 35.000 soldados no tenía necesidad alguna de presentar batalla. En palabras de un testigo presencial, «la causa de nuestra desgracia se debe en gran medida a los enormes éxitos que las tropas del rey de Prusia habían obtenido en ocho batallas sucesivas contra los austríacos...».{135}

Pese al intento del príncipe Moritz de Anhalt-Dessau de desobedecer las órdenes de Federico de lanzar un ataque frontal contra la loma en poder de los austríacos, defendida por 16 cañones pesados, el rey pasó por encima de él y ordenó que los nueve batallones de infantería de Moritz avanzaran hacia la colina de Krzeczhorz. El resultado fue una masacre con la infantería prusiana «escalando las pilas de sus propios muertos y heridos» y los cañones austríacos segando hombres de entre sus bien ordenadas filas. Casi el 65% de la infantería prusiana resultó muerta o herida. Lo que originariamente se había planificado como un ataque de flanco, maniobra que había intentado realizar Moritz, Federico lo convirtió deliberadamente en un sangriento asalto frontal contra unas tropas austríacas mucho más numerosas y bien atrincheradas.

El cambio de plan se debió a Federico, pero quienes pagaron el precio fueron sus valientes soldados.

También los dos notables comandantes de la guerra civil norteamericana, Ulysses Grant y Robert E. Lee, fueron culpables de despilfarrar hombres en varias ocasiones. Aunque Lee había tendido en batallas anteriores a cuidar a sus hombres como un pastor, en Gettysburg los lanzó a un asalto frontal en Cemetery Ridge y sufrió cuantiosas víctimas. Lee aceptó posteriormente ser culpable de tan terribles pérdidas. Como dijo, «creí que mis hombres eran invencibles».{136}

En 1864 la guerra había derivado hacia un combate de agotamiento en torno a Richmond. En Cold Harbour la paciencia de Grant había llegado a su límite. En palabras de Fletcher Pratt,

> la vigilancia incesante, la tensión de los combates diarios, empezaba a hacer mella en los cuarteles generales de la Unión, donde los nervios de todos estaban ya rotos. Grant refunfuñaba ante sus ayudantes; Made sentía un placer perverso haciéndoles la vida difícil a los miembros de su Estado Mayor, los coroneles a duras penas se atrevían a hablarle, su voz «sonaba como una barra de hierro cortada por una sierra» ... Como consecuencia de alguna conversación que provocó su enfado, Grant juró que acabaría con la situación por la fuerza y ordenó un asalto frontal general para el alba del 3 de junio, la única cosa de que se arrepintió a lo largo de su carrera militar.{137}

El ataque sólo duró diez minutos y en ese tiempo los soldados de la Federación sufrieron 7.000 bajas. Si alguna vez se planificó una batalla en un momento de resentimiento probablemente fue ésta, y Grant se arrepintió de ello amargamente. Al día siguiente, el coronel Upton, que había participado en la batalla, escribió a su hermana

> estoy disgustado con la dirección de la batalla. Se ha sacrificado alocada y caprichosamente a nuestros hombres en muchos casos. Se ha ordenado asalto tras asalto a las trincheras enemigas, cuando nada se sabía de la fuerza o de la posición del enemigo. Miles de vidas se habrían salvado con un poco de pericia...{138}

Los grandes comandantes cometen errores, pero aprenden de

ellos. Lo cierto es que tanto Grant como Lee se culparon de la pérdida inútil de vidas humanas provocada por sus ataques. No obstante, a un hombre como el general de división A. G. Hunter-Weston, comandante de la 29.ª división británica en Gallipoli, nunca se le hubiera ocurrido que las bajas tuvieran algo que ver con él. En una ocasión dijo lo siguiente: «Bajas, ¿por qué tendría yo que preocuparme de las bajas?», y poco antes de desembarcar sus tropas en Gallipoli les dijo que esperaba «grandes pérdidas a causa de las balas, los obuses, las minas y las inundaciones».{139} Así era realmente difícil elevar la moral de los soldados. Tras un sangriento asalto Hunter-Weston dijo al jefe de la 156.ª brigada escocesa, que había perdido 1.353 hombres, que estaba contento de «haber perseguido a esos perros».{140} Para John Laffin, Hunter-Weston era «el carnicero de Helles».{141} Sus frecuentes asaltos frontales de nada servían puesto que no tenían objetivos predeterminados. Mientras estuvo al mando en Helles se perdió el equivalente a tres divisiones contra Achi Baba o Crida, sin lograr ni una ventaja digna de tal nombre. Por diversas razones era contrario a atacar al anochecer, por la noche o antes del alba. Y, por el contrario, avanzaba a plena luz del día, lo que maximizaba sus pérdidas.

El 1 de julio de 1916 marca el día más aciago de la historia militar británica. A la caída de la noche el ejército británico había sufrido 57.470 víctimas —una cifra sin precedentes—, pese a que no había sido derrotado.{142} Nada menos que 12 de las divisiones que participaron en la batalla de Somme sufrieron 3.000 víctimas cada una.{143} Las pérdidas del 1.° de Hampshire fueron tales que al final de la jornada no quedaba nadie que pudiera contar lo que le había sucedido al batallón. Las estadísticas nada dicen, naturalmente, del sufrimiento humano; de hecho, cuanto más se citan más nos alejamos del hecho esencial de que los soldados deberían haber recibido el tratamiento propio de una mercancía escasa, siendo intercambiados con criterios muy ahorrativos y sólo por algo que mereciera realmente la pena. Con 57.470 bajas, los beneficios deberían haber sido enormes para que la ecuación pudiera equilibrarse, y sin embargo en este caso fueron mínimos. Se cometieron errores pero el mayor de todos consistió en prepararse

para tamaña pérdida de soldados y obtener una recompensa tan pequeña. John Keegan describe así el plan de ataque:

> Las catorce divisiones de primera línea del cuarto ejército, seis de las cuales no tenían experiencia previa de combate, debían, tras el cese de la preparación artillera y siguiendo su cortina de fuego, abandonar sus trincheras y avanzar en un frente de unos 24 km durante unos 2 km. En el centro del frente, un recorrido de algo menos de esa distancia les permitiría hacerse con la segunda línea de trincheras alemana. En el sector norte, la distancia hasta la segunda posición alemana era de 3 km ... la maniobra debía hacerse de forma lenta y deliberada, habida cuenta que los soldados debían transportar no menos de 2,5 kg de equipo...{144}

Como preparación para el asalto, las posiciones alemanas fueron bombardeadas durante la semana anterior con un millón y medio de proyectiles. Es decir, una cifra brutal, pese a que de las 12.000 toneladas de obuses disparados sólo 900 toneladas correspondían a proyectiles altamente explosivos. El resultado de todo ello fue que la confusión de los alemanes era escasa. Como señala John Keegan, ello supone que cada diez metros cuadrados de frente recibieron sólo algo menos de medio kilo de proyectiles altamente explosivos, o lo que es lo mismo 30 toneladas por milla cuadrada. Durante la segunda guerra mundial los bombarderos aliados lanzaron 800 toneladas de proyectiles altamente explosivos sobre cada 2,5 km2 de las posiciones alemanas en Normandía y pese a ello la mayoría de los defensores alemanes lograron sobrevivir. En la actualidad la OTAN podría usar un ingenio nuclear táctico en una zona como el frente de Somme y pese a ello podrían quedar supervivientes.{145} Lo cierto es que en 1916 los defensores alemanes no habían sido destruidos y el asalto se basaba en una falacia. Hunter-Weston, a la sazón teniente general y al mando del VIII cuerpo del ejército, había dicho a sus hombres que se había eliminado todo el alambre de espinos, pese a que éstos podían verlo en pie e intacto, y que no encontrarían trincheras alemanas porque habían sido destruidas.{146} Cuando los defensores asomaron sus cabezas y colocaron sus ametralladoras y piezas de artillería se encontraron con las tropas británicas indefensas en tierra de nadie. A los segundos de

abandonar sus trincheras los soldados británicos eran literalmente segados por las ametralladoras alemanas. El 10.° de West York fue «prácticamente aniquilado» en menos de un minuto. Los que llegaron a las líneas alemanas se encontraron con que en numerosos puntos el bombardeo no había cortado el alambre de espinos. Varios batallones de la 29.a división se encontraron atrapados en esa situación e intentaron, cargados con sus ametralladoras y artillería ligera, encontrar un camino a través del alambre.{147} De las bajas, incluyendo los 21.000 muertos, la mayoría se produjo en los primeros treinta minutos de ataque.

La disparidad de víctimas entre alemanes e ingleses hizo que la primera jornada fuera un fracaso absoluto en terminos de recursos humanos. Keegan muestra que el 180.° regimiento alemán perdió 280 de sus 3.000 hombres el 1 de julio, mientras que los británicos perdieron 5.121 de los 12.000 hombres que atacaron.{148} Naturalmente, ante tamaño balance no queda otro remedio que usar frases como «incompetencia» y «carnicería». La pregunta, no obstante, es por qué el alto mando continuó enviando más y más soldados a esos campos de exterminio. John Keegan sugiere la siguiente respuesta:

> ...la mayoría de los batallones que estaba previsto que atacaran lo hicieron, sin importar lo que les había sucedido a quienes les habían precedido. Existen diversas formas de explicar las razones de tal conducta. El habitual sentimiento militar de compromiso con el plan trazado es una de ellas; el espíritu de dirección militar de la época, habituado a considerar inevitables pérdidas cuantiosas, otra ... Pero la más importante de todas fue la simple ignorancia de lo que estaba sucediendo, algo que fue la tónica general por doquier en el lado británico de la tierra de nadie a lo largo de la mayor parte del día.{149}

2. PLANIFICADORES Y ESTRATEGAS

En el capítulo anterior hemos analizado las diferentes maneras en las que se manifiesta la incompetencia, concretamente la de los comandantes. Una gran parte de los errores se debía a defectos de personalidad que afectaban al despliegue táctico de las fuerzas bajo su mando. Sin embargo, es una simplificación exagerada considerar la incompetencia como algo meramente individual, como el fallo de un hombre promocionado más allá de su competencia o debilitado por la tensión causada por el mando. En muchos de los ejemplos el mando es el eslabón final de un proceso de planificación en el que participan docenas de personas, probablemente aquejadas también por la tensión, la enfermedad, la edad avanzada o por la timidez. Así pues, vamos a dedicar ahora nuestra atención a los planificadores y estrategas.

Norman Dixon, inspirándose en la obra de I. L. Janis, enumera los factores que engloba el «pensamiento de grupo» y que pueden contribuir a la incompetencia militar.

> El grupo, lejos de disminuir las probabilidades de ineptitud, en realidad acentúa los efectos de los rasgos que pueden conducir a la incompetencia a los mandos individuales. Los síntomas de este proceso, denominado por Janis «pensamiento de grupo», incluyen:
>
> 1. Una ilusión de invulnerabilidad que acaba siendo compartida por la mayoría de miembros del grupo.
>
> 2. Los intentos colectivos de ignorar o de no analizar informaciones que de otra manera tal vez llevarían al grupo a reconsiderar decisiones que le son gratas pero que quizá están mal fundamentadas.
>
> 3. Una confianza inquebrantable en la moralidad inherente al grupo, que permite a sus miembros obviar las consecuencias éticas de su decisión.
>
> 4. Una imagen estereotipada del enemigo, bien demasiado perverso como para negociar con él o demasiado estúpido o débil como para representar una amenaza.{1}

En una sociedad militarizada o en una sociedad en tiempo de guerra, el grupo de planificadores y estrategas representa una elite cuyo objetivo es mantener el *statu quo.* Dixon lo explica así: «En el caso de las viejas potencias europeas, vemos a esa élite como el producto natural de una jerarquía con conciencia de clase y celosa de sus prerrogativas, y cuya nostalgia y conservadurismo básico aseguran que el presente deberá seguir siempre las huellas del pasado».{2}

El conservadurismo al que alude Dixon desemboca con frecuencia en resistencia a las nuevas ideas, tecnologías y armamentos, y ha sido el responsable de que se haya proporcionado a los soldados . uniformes, armas, transportes y entrenamientos inadecuados. Ha sido la causa de que se haya desatendido el estado de las tropas, con la consiguiente erosión de la moral. Ha desembocado en la infravaloración del enemigo a causa del etnocentrismo y el exceso de confianza, así como, otras veces, la sobrevaloración de su fuerza ha provocado la parálisis de la resistencia militar. La mala planificación, el rechazo de la información desagradable, la persistencia obstinada frente a pruebas en sentido contrario, la designación inapropiada de oficiales y la selección de cometidos no realizables han hecho que los comandantes tuvieran que afrontar problemas tan importantes como los que plantea el enemigo.

Los problemas a los que se enfrentan los planificadores y estrategas son bastante más complicados en el siglo XX, debido a la velocidad del cambio tecnológico. El desarrollo de los tanques y de los transportes motorizados, del utillaje bélico y armas automáticas, de los submarinos y portaviones, o de los aviones capaces de bombardear ciudades, de los cohetes, la radio y el radar, requiere de los estrategas una capacidad de adaptación sin precedentes. Como señalaba D. C. Watt,

> la efectividad de los ejércitos nacionales en la defensa de sus estados respectivos y en la consecución de los objetivos políticos de sus gobiernos depende del grado en que los comandantes y asesores pueden adaptarse y ajustar la manera en la que dirigen la guerra y el modelo según el cual arman y entrenan a sus tropas a las tecnologías cambiantes y a las

circunstancias de la guerra.[3]

Un estado cuyos planificadores y estrategas militares no se adaptan suficientemente a las cambiantes técnicas bélicas sufrirá el tipo de derrota que Napoleón infligió a los prusianos en Jena-Auerstadt en el año 1806. Los prusianos, ciñéndose al sistema que tantos éxitos había proporcionado a Federico el Grande, sufrieron una rigidez táctica que el sistema de Napoleón superó con facilidad. Por otra parte, un estado cuyos planificadores y estrategas permiten una experimentación demasiado rápida puede verse perjudicado al llegar a un techo tecnológico que otros estados, que han empezado más tarde y se han evitado los primeros errores, pronto pueden sobrepasar. La botadura del *Dreadnought* en 1906 convirtió en obsoleto cualquier otro buque de guerra. Sin embargo, ello afectó al Reino Unido, que era el que poseía la mayor armada, más que a cualquier otro estado, ya que permitió que Alemania amenazase la supremacía naval británica mediante la construcción de sus propios acorazados Dreadnought. Aunque los británicos, gracias a un esfuerzo masivo en la construcción de buques, consiguieron mantener la paridad numérica, sin duda alguna fueron los alemanes quienes llevaron la delantera cualitativamente, como quedó demostrado en la batalla de Jutlandia. D. C. Watt cita el ejemplo de las fuerzas aéreas italianas: «En 1934 las fuerzas aéreas italianas eran las más avanzadas del mundo. Los bombarderos del mariscal Balbo podían dejar atrás a los aviones de combate de cualquier otro ejército. Pero en 1940 la mayor parte de sus efectivos eran ya obsoletos».[4]

Quizá el mayor problema al que se enfrentan los planificadores militares es el de conseguir información de sus superiores políticos acerca del tipo de guerra para la que deben prepararse. ¿Qué estados hay que considerar probables enemigos y cuáles aliados? Los políticos, ¿están a la espera de un ataque o son ellos quienes desean atacar? ¿Prevén un choque localizado o tienen en mente una «guerra total»? Es necesario responder a tales preguntas y otras similares para que los planificadores y estrategas puedan preparar una respuesta militar adecuada a cualquier imperativo político dado.

Lo importante es que, si bien a lo largo de la historia el poder político y el militar han estado casi siempre en las mismas manos, en el siglo xx la brecha entre ambos se ha ampliado tanto que ha impedido que los planificadores y estrategas militares pudieran actuar con efectividad. La operación de Suez en 1956 fue un destacado ejemplo de la desconexión que se puede producir entre las autoridades políticas y las militares. El fiasco resultante se debió en gran parte a la incapacidad del gobierno británico para definir en términos de objetivos políticos tanto el tipo de guerra que deseaba emprender como los objetivos militares adecuados.

Aferrándose a la tradición

Se ha criticado con frecuencia al almirantazgo británico por su resistencia a las nuevas ideas y tecnologías. David Divine cita un memorándum de lord Melville, el primer lord del almirantazgo, fechado en 1828: «Sus señorías consideraron que su obligación era desaconsejar con todas sus fuerzas la utilización de barcos de vapor, ya que en su opinión la introducción del vapor fue calculada para asestar un golpe fatal a la supremacía naval del imperio».{5}

Sus señorías se negaron rotundamente a contemplar la posibilidad de que una armada rival adoptase la propulsión a vapor, lo que amenazaría sin duda la supremacía del imperio. Según Divine:

> De los veinte avances tecnológicos de importancia que separan el primer artefacto marino del submarino Polaris, el engranaje del almirantazgo ha desaconsejado, retrasado, obstruido o positivamente rechazado diecisiete. La incorporación definitiva y necesaria de estos avances en la estructura de modernización se ha debido a oficiales individuales y a veces indisciplinados, a presiones industriales o políticas o —con mayor frecuencia— a que otras armadas rivales los habían incorporado ya con éxito.{6}

Para tratarse de una nación cuya supervivencia ha dependido en muchas ocasiones del poderío y de la efectividad de su armada, muchas veces el punto flaco del Reino Unido ha sido precisamente un área vital: la artillería naval. Durante los largos años de paz que

siguieron a la batalla de Trafalgar, a la armada no se le exigía otra cosa, salvo en contadas ocasiones, que patrullar por los mares del mundo, mostrando la bandera británica y manteniendo su prestigio. Es más, fuera de las aguas europeas, donde los barcos eran elegantes y resplandecientes de pintura más que naves de combate eficientes, esto se daba por supuesto. Las prácticas de artillería, según Marder, se habían convertido en «la Cenicienta de la instrucción».{7} Si no convenía disparar todos los obuses de prácticas, se tiraban por la borda. De hecho, algunos capitanes desaprobaban activamente las prácticas de artillería, pues el humo ensuciaba la pintura del barco o interfería en otras funciones sociales. El almirante Dewar, recordando el barco *Alexandra*, comentaba:

> ...durante los doce años que este buque navegó por el Mediterráneo, sus compartimentos estancos habían quedado inservibles a causa del constante bruñido, con lo cual no podían cumplir la misión para la que habían sido ideados ... Para impedir que todo ese trabajo de abrillantamiento fuera atacado por el óxido, se desmontaron todos los dispositivos sospechosos. Los capitanes de artillería se procuraban grandes capuchones de franela para proteger las carcasas de sus cañones...{8}

La prestancia de un buque aumentaba las perspectivas de promoción de su comandante; así, Marder cuenta que corrían rumores de que un almirante había gastado dos mil libras de su propio peculio para pintar y embellecer su navío de cara a lograr su promoción.{9} Percy Scott describe así las prácticas de artillería de la flota del Mediterráneo en 1896:

> Los suministros trimestrales de municiones debían utilizarse de alguna manera y era costumbre en toda la armada dar una señal: «Despliegue para realizar prácticas de tiro, gastar la munición trimestral y reincorporarse a tal hora al escuadrón». Los barcos de la flota partían en todas direcciones y se deshacían de su munición de cualquier manera tan pronto como les era posible.{10}

El almirantazgo no tenía ni idea de la manera en que la tecnología iba a alterar la naturaleza de la guerra en el mar. Una de las razones

por las cuales se consideraba que la artillería era tan poco importante era la creencia de que los enfrentamientos tendrían lugar a distancias cortas, ciertamente no superiores a 1.000 o 1.300 metros. Además, se creía que tras los bombardeos los barcos se acercarían unos a otros y que se produciría el abordaje, como había sucedido en la época de Nelson. Sir John Commerell, que pronto se convertiría en almirante de la flota, estaba inspeccionando el crucero *Northampton* cuando vio a un oficial que no llevaba espada. Al preguntarle por qué el oficial le respondió que era el ingeniero en jefe y que en la sala de máquinas no había espacio para una espada. «¿En qué está usted pensando? —repuso sir John—; si el enemigo tiene la buena fortuna de vencernos en cubierta, ¿cómo podrá matarle cuando baje si no dispone de ninguna espada?»{11} En realidad, con proyectiles capaces de recorrer diez kilómetros todo esto queda ridículamente anticuado. La aparición de los torpedos y de las minas convierte la lucha a corta distancia en una locura peligrosa. La calidad de la artillería de los navíos franceses e italianos estaba realizando grandes progresos, mientras que la británica experimentaba un grave retroceso. En el bombardeo de los fuertes de Alejandría en 1882, ocho buques de guerra británicos abrieron fuego más de 3.000 veces, logrando un total de diez impactos y destruyendo sólo 30 de los 293 cañones del enemigo.{12}

Durante la primera guerra mundial la supremacía de la flota británica fue constantemente mermada por la deplorable puntería de la artillería de sus principales unidades. En la batalla de Dogger Bank, la primera ocasión en la que entraron en combate los *Dreadnought*, la actuación de los cruceros de combate del almirante Beatty, familiarmente conocidos por el nombre de sus «espléndidos gatos», fue cualquier cosa menos espléndida. En total, los cinco buques de Beatty dispararon 1.150 proyectiles a los cinco barcos de Hipper, contabilizándose seis impactos, es decir, un 0,5%. Los proyectiles que recibió el *Blucher* deben considerarse aparte, ya que la mayoría de ellos fueron disparados a corta distancia y después de que el resto de la armada alemana hubiese escapado. El más nuevo de los «gatos», el *Tiger*, tuvo una actuación especialmente mala, en particular si se tiene en cuenta que este era el único buque equipado

con dirección de fuego, ya que sólo dio en el blanco uno de los 355 proyectiles que disparó.{13}

Los artilleros alemanes lo hicieron bastante mejor, pese a que el escuadrón de Hipper era numéricamente inferior al británico y estaba más ocupado en huir que en entablar combate. Excluyendo la pérdida del *Blucher,* los cruceros de combate dispararon 976 proyectiles y contabilizaron 22 impactos: un 2,1 por 100 de aciertos. Para Jellicoe, comandante en jefe de la gran flota, tales estadísticas confirmaron sus sospechas de que el escuadrón de cruceros de combate de Beatty necesitaba más prácticas. Hough señala que los barcos de Beatty jamás habían practicado el tiro a las distancias en las que se libró el choque de Dogger Bank.

El bombardeo de las fortificaciones turcas en los Dardanelos en febrero de 1915 evidenció la poca destreza de algunos oficiales de artillería británicos. Los barcos recibían el apoyo de un hidroavión del buque *Ark Royal*, en el que el teniente Hugh Williamson actuaba como observador. Desgraciadamente el barco que recibía la información de Williamson, el *Cornwallis*, disparó con tan poca fortuna que el almirante Carden le ordenó el alto el fuego. Williamson pudo informar, para mayor disgusto de la armada, que durante el bombardeo de la mañana no habían logrado ni un solo blanco.{14} Los oficiales de artillería salvaron su maltrecho honor acusando al observador de haberlos confundido. Otra opinión sostuvo que esos hombres de mar estaban tan acostumbrados a disparar a blancos flotantes que no podían ajustar el tiro en los estáticos.

En el gran combate naval que se desarrolló en Jutlandia en 1916, la artillería británica se puso una vez más en evidencia. La gran flota británica desplegó 48 cañones de unos 38 cm, 110 de casi 35 y 104 de 30, con los que se enfrentó a la flota alemana de alta mar, que disponía de 176 cañones de 30 cm y 24 de 28. Sin embargo, las andanadas de los cruceros de combate de Beatty fueron ineficaces, logrando 26 blancos de un total de 1.650 proyectiles lanzados. Los buques de Jellicoe lo hicieron un poco mejor, logrando 98 impactos de 2.626 disparos.{15} Por otra parte, aunque los alemanes lograron bastantes menos blancos que los británicos, lograron hundir tres

cruceros de combate británicos, lo que supuso dos nuevos e importantes interrogantes para el almirantazgo: la calidad de los obuses británicos destinados a penetrar el blindaje en comparación con los de los alemanes, y la capacidad de los barcos británicos para aguantar los ataques.

Podría pensarse que a tenor de estos ejemplos el almirantazgo se habría asegurado de que la artillería de sus principales unidades hubiese mejorado al estallar la segunda guerra mundial. Nada más lejos de la realidad. Durante las últimas fases de la persecución del buque de guerra alemán *Bismarck*, los buques británicos *Rodney* y *King George V* se pudieron acercar para disparar casi a quemarropa contra un casco en llamas. Aun así, la puntería británica fue pésima. Los dos buques dispararon un total de 719 proyectiles pesados contra un blanco indefenso y de nuevo sólo una pequeña proporción de ellos logró su objetivo. El almirante Tovery se exasperó hasta el punto de decir al oficial de artillería de su flota que tal vez hubiera conseguido mejores resultados de lanzar sus prismáticos al *Bismarck*.{16}

Pero no vayamos a pensar que el almirantazgo era el único que se resistía al cambio: un ejemplo del ministerio de la Guerra restablecerá el equilibrio. La historia de las ametralladoras ilustra la poca predisposición de este ministerio para adaptarse a las últimas tecnologías.

El desarrollo francés de la *mitralleuse* antes de 1870 despertó interés en el Reino Unido. Un comité afirmaba en 1871 que el artefacto ofrecía dos ventajas: la primera, que sustituía el potencial humano por máquinas y la segunda, que proporcionaba una capacidad defensiva definitiva.{17} A pesar de ello, los británicos no adoptaron las ametralladoras a gran escala hasta transcurridos 45 años; de hecho, las fuerzas expedicionarias británicas que fueron a Francia en 1914 andaban escasas de ellas. Se habían utilizado varios argumentos en su contra: eran caras, técnicamente complicadas, engorrosas de transportar, empleaban demasiada munición y eran excesivamente defensivas en una época de mentalidad ofensiva. Sir John Adye, responsable de cuestiones relacionadas con la artillería, consideraba que las ametralladoras tenían una capacidad tan

limitada y podían usarse en ocasiones tan excepcionales que, sencillamente, eran un simple estorbo.{18}

Durante la guerra de los bóers, generales como Methuen, Gatacre, Warren y Buller, empeñados en asaltos frontales con bayonetas frente a unos oponentes atrincherados, fracasaron al no hacer un uso efectivo de las ametralladoras. En la guerra rusojaponesa de 1904-1905, los japoneses consiguieron el triunfo empleando tácticas ofensivas concretadas en asaltos frontales *à outrance.* Las despilfarradoras tácticas de Nogi en Port Arthur fueron más influyentes que las lecciones de la guerra bóer, en las que el potencial defensivo había evidenciado su mayor eficacia.

En 1914 el manual oficial del ministerio de la Guerra sobre la «Instrucción de la Infantería» señalaba que no se podía utilizar permanentemente un gran número de ametralladoras, ya que éstas podrían destruir la movilidad del ejército. Además, sólo debían dispararse en momentos críticos, en caso de que destruyeran la «ventaja de la sorpresa». En 1914 el general de división Altham declaró que «la campaña en Manchuria había borrado la errónea conclusión derivada de las experiencias sudafricanas en el sentido de que el combate con bayonetas pertenecía al pasado...».{19}

Como director de servicios del Estado Mayor en 1909, sir Douglas Haig recopiló los «Reglamentos de Servicio de Campo», en los que declaraba: «Un éxito definitivo en combate sólo se puede obtener mediante una vigorosa ofensiva» y «el éxito en la guerra depende en mayor medida de las cualidades morales que de las físicas. La destreza no puede compensar la ausencia de coraje, energía y determinación».{20}

El estado mayor británico mantenía incólume su fe en la ofensiva, considerando que la guerra defensiva estimulaba el espíritu defensivo, la pasividad y el deterioro de la moral. Sin embargo, no todo el mundo opinaba igual, ni todos creían que la superioridad en efectivos humanos era esencial para ganar la guerra. En abril de 1914 el capitán J. F. C. Fuller escribió un artículo sobre «La táctica de penetración», en el que abogaba por una penetración basada en la superioridad armamentística, incluyendo el uso de ametralladoras. Pero en esto, y en otras muchas cuestiones, la voz de Fuller clamaba

en el desierto.

En 1915, mientras la guerra se abatía sobre el frente occidental y las ametralladoras demostraban ser unas armas valiosas, tuvo lugar una disputa entre sus partidarios, como sir Archibald Murray, jefe del Estado Mayor del imperio, y sus detractores, entre los que se contaba el general adjunto Sclater. Murray deseaba que se adiestrase en el manejo de las ametralladoras a un número muy superior de hombres, y señalaba la absurda situación a la que se llegó el 1 de febrero de 1915 en Francia, donde 890 ametralladoras permanecieron inactivas por falta de hombres que supieran utilizarlas.{21} Incluso en fecha tan tardía como la de noviembre de 1915, después de que las ametralladoras hubiesen masacrado las tropas británicas en Loos, Sclater continuaba «haciéndose el loco» a la hora de buscar 5.000 hombres a los que adiestrar en el manejo de las ametralladoras. No ayudaba mucho a ello el que sir Douglas Haig, comandante en jefe británico, comentase en respuesta a un cuestionario del ministerio de la Guerra: «se sobrevaloran las ametralladoras, dos por batallón son más que suficientes». Cautelosamente, Kitchener incrementó la cifra hasta cuatro. Sin embargo, cuando Lloyd George fue nombrado ministro encargado de municiones hizo que aumentaran hasta 64.{22} Esta era la cifra necesaria.

Esta concepción dominó el enfoque británico de las ametralladoras hasta 1914. En la década anterior el ministerio de la Guerra sólo encargó 11 ametralladoras a la Vickers; por lo que fueron los encargos procedentes de Rusia los que le permitieron al fabricante mantener la producción. Sin embargo, cuando en agosto de 1914 se iniciaron los combates, cundió inmediatamente el pánico en el ministerio de la Guerra y empezaron a pedir armas de manera incoherente y enfebrecida. El 11 de agosto encargaron 192, el 10 de septiembre 100, el 30 de septiembre 1.000 y el 7 de octubre 500 más.{23} La Vickers no tenía suficiente capacidad y le fue imposible cumplir los plazos de entrega, produciendo sólo 1.002 de las 1.792 pedidas.

El fallo no fue de la Vickers, sino del ministerio de la Guerra, que no había dado a los fabricantes indicio alguno que les permitiera

prever semejante pedido. Una vez más los conservadores se habían opuesto a una revolución militar y la nación y sus hombres tuvieron que sufrir las consecuencias.

Resistencia a las nuevas ideas

El período de entreguerras fue testigo de un prolongado enfrentamiento en los círculos militares británicos, entre los partidarios de los tanques y sus detractores, muchos de los cuales conservaban «el espíritu de la caballería». Al aferrarse al rol tradicional del caballo en la guerra ejercieron una influencia desastrosa en la mecanización de las fuerzas militares británicas antes de 1939.

En 1925 el mariscal de campo Earl Haig se sentía justificado para poner en cuestión las tesis del libro de Basil Liddell Hart, *Paris*, *or the Future of War.* En su reseña subrayaba claramente las perspectivas del «espíritu de caballería»:

> Actualmente algunos fanáticos discuten la posibilidad de que la caballería acabe por extinguirse, y profetizan que el avión, el tanque y los automóviles sustituirán al caballo en las guerras futuras. Yo creo que el valor del caballo y su oportunidad en el futuro serán mayores que nunca... Estoy por la utilización de aeroplanos y tanques, pero éstos no son más que accesorios del hombre y de su caballo.{24}

En 1919 el ministerio de la Guerra británico se enfrentó a la tarea de evaluar las lecciones que se desprendían de los cuatro años de lucha. No había mucho que aprender de las batallas estáticas y de desgaste de 1915-1917, excepto la obvia conclusión de que nadie podía vencer en una guerra como aquélla. Era igualmente obvio que las dos nuevas y más importantes armas, el avión y el tanque, podrían proporcionar una nueva movilidad a la guerra y desterrar los horrores de Verdun, Somme y Passchendaele. Sin embargo, los tanques de 1919 eran artefactos imperfectos que precisaban mayor desarrollo. Pero habían mostrado lo que se podía hacer si se disponía de recursos suficientes y si los tácticos eran capaces de

idear sistemas que permitiesen utilizarlos con efectividad. Pero el final de una guerra larga y costosa no es el mejor momento para que los militares graven a la población con impuestos para la investigación. Y así, merced a los recortes de 1922, las dimensiones del ejército británico fueron reducidas a 126 batallones de infantería, 20 regimientos de caballería y sólo 6 batallones de tanques.{25}

Con todo, estaba claro que la preferencia a favor de los caballos en detrimento de los tanques estaba basada en conclusiones totalmente erróneas. Incluso ya en 1914 la caballería era obsoleta, y este proceso se había desarrollado como mínimo desde la guerra francoprusiana. Los tremendos progresos de las armas de fuego, con ametralladoras y con fusiles para la infantería capaces de disparar cincuenta veces por minuto y a una distancia de tres kilómetros, convertían a los soldados a caballo en un blanco demasiado grande. En cuanto a la concentración de masas, los regimientos de caballería eran particularmente vulnerables a los disparos de la artillería. No era este el único factor, pues en una «guerra total» era vital que cada segmento de las fuerzas armadas de una nación pudiese justificar la inversión que significaba en dinero y en horas. La caballería no era rentable. En 1914 la obsesión rusa por la caballería impuso una enorme sobrecarga a su red ferroviaria, al requerir una cantidad desproporcionada de material rodante. Se necesitaron cuarenta trenes para trasladar una división de caballería de 4.000 hombres y 12 cañones, mientras que con el mismo número de trenes se podían trasladar 16.000 hombres de infantería con 54 cañones.{26} Además, un caballo necesitaba seis kilos de forraje diarios, y el transporte del mismo obstruía gran parte de la red. Incluso la caballería británica, más modesta, utilizó en Francia mayor tonelaje para embarcar sus caballos y el forraje correspondiente que el que habían hundido los submarinos alemanes.{27}

El papel de la caballería británica entre 1914 y 1918 había sido el de esperar a que la infantería abriese una brecha en las líneas enemigas, para penetrar por ella y perseguir al contrario hasta su destrucción. Tuvieron que hacer frente a dos problemas diferentes. En primer lugar, no había brechas permanentes; y en segundo lugar, el terreno era muchas veces impracticable para los caballos.

Entonces surgió la idea de que la caballería podría cooperar con los tanques, algo que se puso en práctica en 1917 en Cambrai, donde fracasó. Unos trescientos tanques rompieron, como estaba previsto, las líneas alemanas mientras que cinco divisiones de caballería esperaban su oportunidad para «irrumpir» en la brecha. A pesar de que los tanques lograron avanzar seis kilómetros, a los caballos les fue imposible penetrar por el terreno destrozado, las vallas de alambres de espino y entre los puestos de ametralladoras aún activos. Tuvo que transcurrir un año para que se volviese a repetir el experimento a gran escala. En Amiens, el 8 de agosto de 1918, se reunió todo el cuerpo de caballería para que irrumpiese en la brecha de 17 kilómetros abierta por 604 tanques británicos. Sus logros fueron mínimos, y en palabras de David Divine, «ridículamente desproporcionados con relación a sus cuatro años de exigencias sobre los recursos nacionales para la guerra».{28}

El éxito de la caballería de Allenby en la campaña de Palestina fue un peligroso ejemplo para que pueda generalizarse tomándolo como punto de partida. La guerra en el desierto siempre ha favorecido a las tropas montadas, y el terreno palestino permitía una movilidad prácticamente imposible en Europa. No parece esta una base muy sólida como para fundamentar en ella la pervivencia de la caballería durante otro veinte años, «en una espléndida obsolescencia».{29} Dixon explica por qué razón se continuó manteniendo en su lugar al caballo dentro del esquema militar de las cosas, aun mucho después de que hubiese perdido su preeminencia tradicional:

> Bien pensado no resulta sorprendente que el caballo se convirtiese en el *sine qua non* de la vida militar. Durante mil años ha proporcionado al hombre enormes ventajas. No había nada mejor para el transporte y acarreo. Los caballos hacían subir la moral y reforzaban los egos. Liberaban a los soldados del peso de sus cuerpos y les permitían ir sentados a la guerra. A la hora del descanso uno podía esconderse tras ellos; cuando hacía frío podías abrigarte con su calor, y cuando morían podías comértelos.
>
> Dados los orígenes tradicionalmente rurales de muchos oficiales del ejército de tierra y de las familias de militares, cabalgar en un contexto

> deportivo como el de la caza se convirtió en uno de sus pasatiempos favoritos. Así, los deportes como el polo, la caza del jabalí y, en una época ya más lejana en el tiempo, los torneos de justas, actuaban no sólo como aspectos simbólicos de la guerra social, sino que también estaban asociados a la clase social más elevada, por lo que no resulta sorprendente que tuviesen muchos partidarios entre aquellos que escogían el ejército como carrera. Y tampoco resulta sorprendente que la caballería se convirtiese en el cuerpo del ejército con un *status* más elevado. Ni que ellos fuesen los más vehementes detractores del tanque, al que consideraban más «un vástago intruso que un digno heredero».{30}

Pese a la significativa contribución de los tanques para que en 1918 Haig pudiese romper en varios puntos el frente occidental, y a pesar de que el «Plan 1919» de Fuller pronosticase un papel aún más decisivo de los tanques para lograr una penetración mayor, la producción de éstos se paralizó inmediatamente tras el armisticio.

El torrente de nuevas ideas que produjo la guerra no gustó a todos. Con los torrentes se corre el peligro de que se lleven a su paso cosas que habían permanecido en pie durante años; las ideas, por su parte, pueden resultar especialmente demoledoras de la tradición. El jefe del Estado Mayor del imperio, sir Henry Wilson, estaba decidido a resistir cualquier tipo de amenaza y el *establishment* militar siguió su ejemplo. El capitán Basil Liddell Hart, uno de los pensadores militares más progresistas del siglo y un experto en el uso estratégico y táctico de los tanques, se convirtió en un blanco preferencial de la hostilidad del *establishment* militar. En el concurso de «Ensayos Militares» de 1928, el ensayo de Liddell Hart fue rechazado por los jueces, aunque posteriormente fue publicado en el *Army Quarterly*, siendo luego traducido al alemán y convirtiéndose en un texto básico para el Estado Mayor de ese país. De manera harto significativa, el ensayo vencedor estaba dedicado al tema de las limitaciones del tanque.

El destino del mayor general Fuller no fue más halagüeño para el futuro militar británico, y sus escritos sobre la guerra mecanizada fueron duramente criticados por el Estado Mayor. Cuando lord Caval expresó la opinión de que los oficiales no debían escribir libros, se

oía el eco de lord Cardigan. Dixon señala que el sucesor en el cargo de jefe del Estado Mayor imperial, el mariscal de campo Montgomery-Massingberd, criticó los libros de Fuller sin ni siquiera haberlos leído, ya que temía enfadarse demasiado si lo hacía. A la vista de una oposición tan pertrechada, Liddell Hart comentó: «Si un soldado defiende una idea nueva de verdadera importancia, construye ante sí un muro de oposición tal —hecho de resentimientos, sospechas e inercia— que la idea sólo triunfa con el propio sacrificio del autor. Cuando finalmente el muro cede a la presión de la nueva idea, cae sobre su valedor y lo aplasta».{31}

En 1929 el obstruccionismo había limitado el desarrollo de la fuerza acorazada experimental de Fuller. En ese año las prioridades militares del Reino Unido quedaban claramente reflejadas en los gastos del ejército: en combustible para tanques y vehículos de motor se habían empleado 72.000 libras; en forraje para los caballos 607.000.{32} El general Edmonds comentó a Liddell Hart: «Cualquier tanque que asomase su nariz sería, en mi opinión, puesto fuera de combate. Las guerras que usted y Fuller imaginaban pertenecen al pasado».{33}

En 1936 la estrechez de miras del ministerio de la Guerra quedó fehacientemente evidenciada cuando sir Hugh Elles, nuevo general en jefe encargado de armamento y material, declaró que su opinión acerca de los tanques había cambiado y que, a la sazón, pensaba que podían tener alguna utilidad aunque, obviamente, ocupasen una posición menos importante que la que habían desempeñado en el pasado.{34}

La llegada al poder de Hitler en Alemania forzó al ministerio de la Guerra a revisar el tema de los tanques y a invitar a la Vickers a que proporcionase diseños de un nuevo tanque de tipo medio. Gracias al trabajo de sir John Carden, la Vickers pudo producir dos variantes del mismo diseño: el tanque ligero A9 y el tanque pesado AIO. Sin embargo, el ministerio de la Guerra no quedó satisfecho y declaró que el A10 carecía de protección suficiente para ser un tanque de infantería. De todas maneras es difícil asegurar sobre qué bases se sustentaba tal criterio, puesto que el Estado Mayor no había dado aún su visto bueno para el uso táctico de los tanques. Transcurría el

año 1936, a dos años de Munich, y el Reino Unido no poseía más que 209 tanques ligeros y 166 tanques de tipo medio, todos ellos absolutamente obsoletos.{35}

El nombramiento de Hore-Belisha para «crear un ejército pequeño pero altamente adiestrado», armado con el equipo más moderno, mostró un inicio de reconstrucción dentro del ministerio de la Guerra. Sin embargo, a pesar del consejo de Liddell Hart y del trabajo de Gort como jefe del Estado Mayor imperial, se había empezado demasiado tarde. El ministerio de la Guerra no tenía una política clara con respecto a qué tipo de tanque necesitaba el ejército de tierra británico, si un tanque acorazado o uno de infantería. Los alemanes habían dado cien vueltas a los rudimentarios planificadores británicos, de manera que llegado el momento tuvieron que ser Guderian y Rommel, los verdaderos «sucesores» de los expertos británicos en tanques, quienes se encargaran de demostrarles el arte de la guerra blindada.

En 1939 se envió a Francia el primer contingente de las Fuerzas Expedicionarias Británicas con una reducida brigada de tanques, que constaba de sólo dos batallones, uno de ellos equipado totalmente con tanques de infantería Mark I y otro con una mitad de tanques Mark I y la otra con Matildas. Ambos tanques eran de blindaje pesado, lo que les daba escasa movilidad, y su armamento presentaba graves deficiencias: el Mark I sólo tenía una ametralladora y las Matildas un cañón de 2 libras con el que era imposible disparar proyectiles de gran potencia explosiva.{36} El resto de la única división blindada británica llegó —incompleta— sólo a tiempo de ser hecha pedazos, junto a los franceses, en Somme. La división había llegado a Francia sin su infantería normal ni sus componentes de artillería, y en sus dos brigadas las dos terceras partes de los tanques eran ligeras y armadas sólo con ametralladoras.

David Divine resume así los efectos del conservadurismo del ministerio de la Guerra:

> Cuando menos es lícito señalar que el Reino Unido —aunque no el ministerio de la Guerra— inventó el tanque y que el Reino Unido —aunque

no el ministerio de la Guerra— inventó la estrategia del tanque que más tarde, y de una manera brutal, serviría para barrer de Francia a las Fuerzas Expedicionarias Británicas y aniquilar el poderío francés durante un cuarto de siglo.{37}

Los FALLOS DE LOS SERVICIOS DE INFORMACIÓN

Una estrategia basada en una estimación poco realista de la propia fuerza militar y una infravaloración de la fuerza del enemigo está repleta de peligros. En octubre de 1940 Mussolini emprendió la invasión de Grecia contra los deseos de algunos de sus más antiguos generales, contra los consejos de Hitler, su principal aliado, y pese a los datos que proporcionaba el servicio de información militar, según los cuales la resistencia griega podría superar lo previsto. La razón de su conducta tiene poco que ver con la realidad militar y responde más bien a sus celos del dictador alemán. Mussolini respondió con dureza al saber que Hitler había ocupado Rumania. «Hitler siempre me sorprende con un *fait accompli*. Esta vez le voy a pagar con la misma moneda. Tendrá que saber por los papeles que yo he ocupado Grecia.»{38} Rodeado como estaba por aduladores, había pocos hombres suficientemente honestos para decirle cuán equivocado estaba. En palabras de Mario Cervi, la política italiana estaba basada en «la improvisación y el resentimiento» más que en las estimaciones de los expertos.{39} Mussolini afirmaba que llevaba mucho tiempo pensando en la invasión de Grecia y que esa planificación a largo plazo estaba dando sus frutos. Cervi comenta perversamente que «la larga preparación para la guerra se remontaba a un pique ocurrido cuarenta y ocho horas antes».{40}

Cuando Mussolini preguntó a sus asesores militares sobre el estado de conciencia de la población griega, Ciano —ministro de Asuntos Exteriores— respondió, como sabía que tenía que hacerlo, que ésta se mostraba «indiferente» a todo, incluso a la perspectiva de invasión».{41} De esta manera Mussolini se reafirmó en su idea previa. Visconti Prasca, comandante de la operación griega, dio al *duce* un informe de las fuerzas invasoras italianas:

> El campo de operaciones nos permitirá llevar a cabo una serie de

> maniobras envolventes contra las fuerzas griegas —que según nuestras estimaciones disponen de 30.000 hombres—, que nos permitirán ocupar Epiro a corto plazo, en diez o quince días. Esta operación —con la que tal vez podremos liquidar todas las tropas griegas— ha sido preparada hasta en sus más mínimos detalles y es todo lo perfecta humanamente posible... {42}

Prasca consideró que en la invasión de la zona de Epiro la superioridad italiana en efectivos humanos sería de 2 a 1 y añadió que los griegos «son un pueblo al que no le agrada luchar». Mussolini se dejó llevar por el entusiasmo de Prasca y le dijo que no debía tratar de limitar sus bajas. Prasca por su parte no tenía intención de hacer tal cosa, pues había ordenado ya a sus batallones que atacasen continuamente, incluso aunque se enfrentasen a una división.

En Atenas, Emmanuele Grazi, cónsul de Italia en Grecia, apenas podía creer lo que estaba sucediendo. Había informado a Roma del poderío del régimen de Metaxas en Grecia y que los preparativos militares indicaban que pensaban resistir con todas sus fuerzas ante una invasión italiana. Es difícil de entender cómo hombres como Ciano pudieron deducir de estos informes «la indiferencia del pueblo griego a cuanto pueda ocurrir, incluyendo la perspectiva de una invasión italiana». Lo que está claro es que la planificación de la campaña estuvo basada en gran parte en una información de todo punto errónea, según la cual habían numerosos políticos en Grecia antibritánicos y contrarios a Metaxas que darían la bienvenida a la invasión italiana. Es cierto que algunos políticos griegos estaban siendo sobornados por los italianos, pero difícilmente formaban una fuerza capaz de desbaratar la resistencia griega.

La campaña de Grecia respondía totalmente al hecho de que Mussolini había evaluado erróneamente la situación militar. Cuando algún informe se atrevía a insinuar que la resistencia griega podría mostrarse tenaz, no se tenía en cuenta porque no coincidía con el pensamiento del *duce.* La suerte estaba echada.{43}

El *duce* creía que la invasión italiana de Grecia sería bien recibida por muchos grupos disidentes del interior del país y que la

resistencia del ejército griego sería de corta duración, pero en ambos casos vio cómo se frustraban sus expectativas. La sobrevaloración de la fuerza italiana quedó evidenciada en la afirmación de Prasca de que su ataque sobre Epiro «había sido preparado hasta los más mínimos detalles y con toda la perfección humanamente posible». Los hechos no le dieron la razón. El ejército italiano en muchos aspectos no era más moderno que el griego, ni tenía suficientes tanques, vehículos blindados, artillería y transportes motorizados. De hecho cada división de 10.000 hombres disponía sólo de 24 camiones y carecía de defensas antiaéreas fiables. A fin de incrementar sobre el papel el número de divisiones, cada una de ellas había sido reducida a dos brigadas, en lugar de tres como las del ejército griego. Además la tercera parte del grueso de las divisiones italianas estaba compuesta por batallones de «camisas negras», escasamente entrenados, deficientemente armados y en ningún caso equivalentes a los soldados regulares. En lugar de los 1.750 camiones que el coronel Amioni había previsto que harían falta para empezar los ataques, sólo había 170. Las tripulaciones de los tanques italianos se vieron forzadas muchas veces a combatir a pie firme, pues sus tanques habían sido diseñados para el buen tiempo y no podían utilizarse en terrenos fangosos.{44} A pesar de ello Visconti Prasca continuó insistiendo en que sus planes para el ataque de Epiro eran un modelo de precisión.

A pesar de que Italia controlaba los cielos con sus 400 aviones anticuados e ineficaces, los italianos no hicieron ninguna tentativa de apoyar su invasión con fuertes ataques aéreos sobre las posiciones griegas. Comparado con la velocidad que Mussolini quería imprimir a la marcha, tanto los italianos como los griegos respondieron con lentitud: 12 de las 15 divisiones griegas recibieron la orden de incorporarse al servicio una vez iniciada la invasión. Esta laxitud hubiera recibido un severo castigo por parte de un enemigo más capaz. Sin embargo, Prasca actuó aún con más lentitud que los griegos. En los dos primeros días la vanguardia meridional de la fuerza invasora avanzó sólo nueve kilómetros, mientras que la del norte no avanzó absolutamente nada. Esto permitió al comandante griego Papagos organizar una poderosa resistencia y, para sorpresa

de Mussolini, los tan denostados griegos combatieron con una determinación que mostró que la planificación del alto mando italiano poco tenía que ver con la realidad. Pronto quedó claro que la preparación presuntamente «perfecta» no era más que una farsa.

> Así que se disponía de cualquier medio de transporte, fuese éste un barco de guerra, mercante, o un avión, los hombres eran embarcados, muchas veces de cualquier manera, y enviados al frente. El armamento pesado, los radiotransmisores, las cocinas de campaña, las mantas, los equipajes, el equipo médico, las municiones, los animales de carga y los vehículos les seguían tan pronto como era posible por los medios de transporte adecuados. Por consiguiente, cuando los hombres desembarcaban sólo disponían de su armamento ligero y de su equipo y municiones personales.{45}

Las victorias griegas mostraron entonces a Mussolini la vacuidad de las bravatas de Prasca, que fue sustituido por el general Ubaldo Soddu. Desgraciadamente el mayor interés de Soddu residía en componer música para películas,{46} a lo que dedicaba su atención incluso en Grecia. Lo sustituyeron alegando mala salud y el mando quedó en manos de Cavallero.

Así como la guerra en Grecia fue una prueba sobre el terreno para el ejército italiano, también lo fue para los ministros y los líderes del partido de Mussolini, a quienes el *duce* envió a Grecia como «voluntarios» para que inspirasen a los soldados con las cualidades de la «dureza» fascista. Los ministros fueron situados entre los altos mandos militares, tarea para la cual no estaban dotados en absoluto, mientras que la actividad de los ministerios civiles quedaba ralentizada o totalmente paralizada. Se dio incluso el caso de tener que enviar documentos oficiales para su firma a las montañas albanesas en que se combatía y donde se hallaba el ministro en cuestión.{47} Los políticos por su parte se mantenían lo más lejos posible de la lucha, mientras que los destinados en las fuerzas aéreas se dedicaban a su vez a bombardear Corfú, que carecía de defensas antiaéreas. Cada vez que un cargo importante del partido despegaba era preciso que le acompañara en su misión una «escuadrilla de vigilancia» italiana.{48}

El rechazo de la información poco agradable

Los mandos y los estrategas militares deben ser capaces de penetrar en la «confusión de la guerra». En palabras de Norman Dixon,

> adquirir conocimientos significa reducir la ignorancia mediante la comprensión de los hechos, pero la ignorancia pocas veces es absoluta, y su reducción total no es frecuente. Así pues, la reducción de la ignorancia se puede considerar como la reducción de la incertidumbre con respecto a una situación determinada. Y se da el caso de que un hecho inesperado o improbable contiene más información (es decir, reduce más incertidumbre) que un hecho previsible. Pero un hecho inesperado no se asimila con igual facilidad que uno previsible.{49}

En el caso de un comandante o de un estratega la cantidad de información que cada hecho contiene no debe exceder la capacidad individual de asimilación. Una mente que no esté enturbiada por otra información puede tener mayor capacidad de asimilación, aunque por supuesto también entra en juego su capacidad intelectual. Pero raras veces un mando militar tiene la fortuna de recibir nueva información cuando su mente está despejada y exenta de preocupaciones que requieran su atención. Además, si está convencido de que dispone de toda la información que necesita para fundamentar sus decisiones, las noticias alarmantes serán mal recibidas y consideradas poco fiables. Entonces se empieza a ignorar la información desagradable y también se empieza a cometer fallos.

Durante la segunda guerra mundial se produjeron numerosos ejemplos de esta modalidad de error, desde la irrupción alemana en Sedán en mayo de 1940 hasta el ataque japonés a Pearl Harbour en diciembre de 1941 o el ataque aéreo británico en Arnhem en septiembre de 1944. En cada uno de estos casos las víctimas habían recibido advertencias significativas en las semanas y meses precedentes. Lo que sucedió no fue debido a que los servicios de información careciesen de datos sino a los errores que se cometieron al analizarlos. Se creyó que «es imposible que esto suceda aquí» y esta fue la causa de que las advertencias fuesen rechazadas o

pasadas por alto.

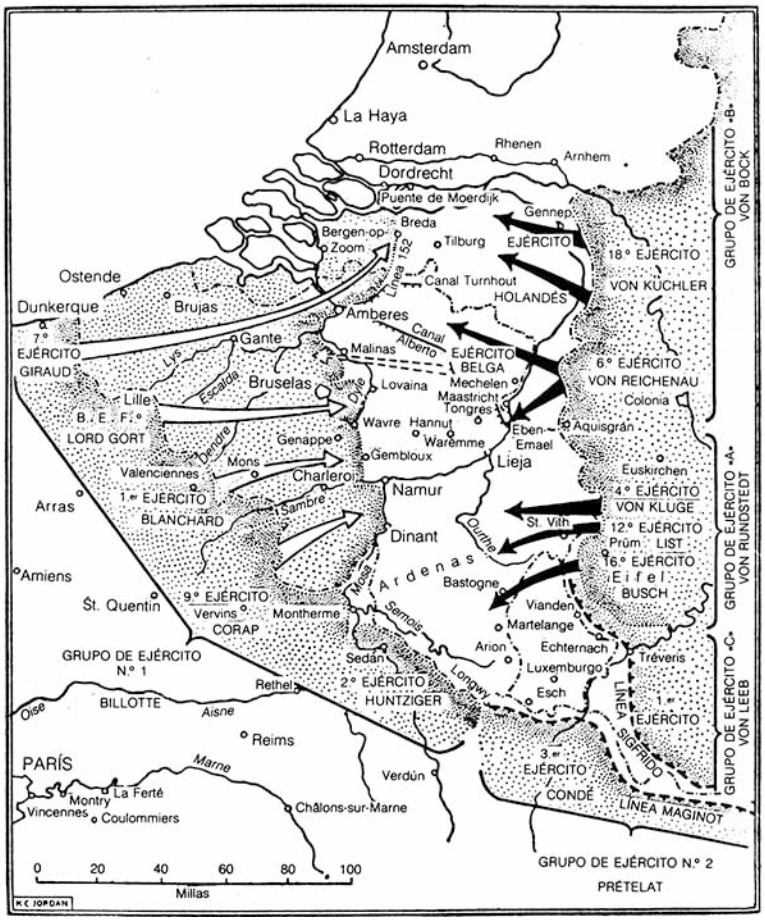
En mayo de 1940 el alto mando francés estaba comprometido en la doble estrategia de avanzar por Bélgica hasta la línea Dyle para enfrentarse a los alemanes lejos de la frontera francesa y en la defensa de la línea Maginot que bordeaba la frontera de Francia con Alemania. En el «eje» de la línea francesa, Gamelin, comandante en jefe francés, depositó su total confianza en la impenetrabilidad de los bosques de las Ardenas. A lo largo de los 160 kilómetros de esa zona la línea francesa sólo estaba apoyada por divisiones de caballería ligera, algunas todavía equipadas con caballos, y por diez mediocres divisiones de infantería, tras las cuales no había ninguna reserva. Frente a ellos, en la orilla del Mosa, estaba Rundstedt con 45 divisiones de infantería y 10 acorazadas *{panzer*).{50}

La confianza francesa en la impenetrabilidad de las Ardenas carecía de fundamento. Alistair Horne señala que entre los siglos XVI y XVIII por lo menos diez fuerzas invasoras habían penetrado por las Ardenas mientras que, para mayor sorpresa, durante las maniobras militares francesas de 1938 el general Prételat realizó un ataque exactamente igual al que llevarían a cabo los alemanes en mayo de 1940.{51} Éste, utilizando siete divisiones (entre las que se contaban cuatro motorizadas y dos blindadas), penetró a través de los bosques y desbordó totalmente a los defensores. Los resultados fueron tan sobrecogedores que se decidió borrarlos para no deteriorar la moral. El complaciente Gamelin se limitó a observar que en una guerra real jamás podría suceder tal cosa, ya que se dispondría de reservas que pararían el golpe, aunque al parecer había olvidado sus propias palabras cuando marchó a apoyar las frágiles divisiones de Sedán. El jefe del Estado Mayor imperial británico, general Ironside, sumó el peso de su experiencia a la creciente opinión según la cual los alemanes podrían intentar atacar por las Ardenas, pero Gamelin no se dejó convencer.

En 1940 el reconocimiento aéreo jugaba un papel importante en los servicios de información militar y los alemanes lo habían utilizado para observar la debilidad de las defensas del Mosa. Gamelin, por su parte, no hizo ningún esfuerzo para detectar las concentraciones masivas de los *panzer* germanos en las Ardenas. Había construido

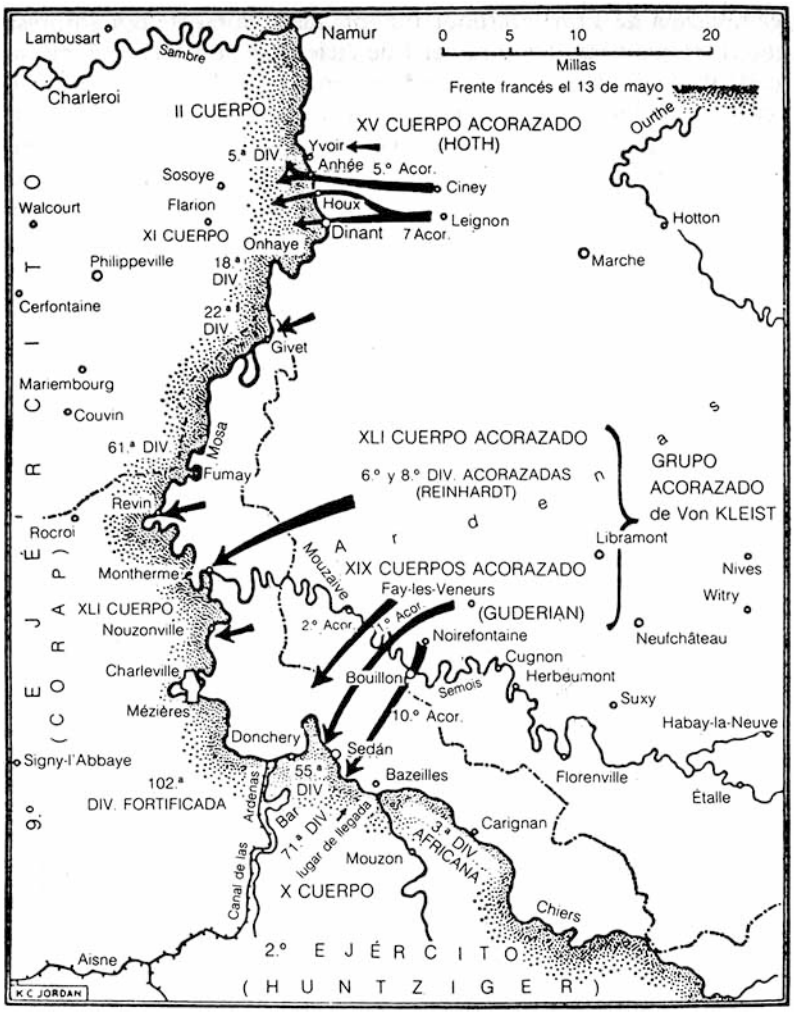
un escenario en su imaginación y era incapaz de aceptar cualquier información desagradable que cuestionase su decisión de concentrar sus fuerzas en Bélgica. Los servicios de información franceses, el *Deuxième Bureau*, estaban construyendo un esquema de las intenciones alemanas que difería bastante del de Gamelin. A finales de mayo habían detectado un creciente interés por parte de los servicios de información alemanes en las condiciones viarias del eje Sedán-Abbeville, que sólo podía presagiar un gran interés militar por esa zona.

Además, los servicios de información franceses habían logrado situar todas las divisiones *panzer* alemanas y las tres divisiones motorizadas, y todos los indicios apuntaban a que su blanco eran las Ardenas. Cualquier lector del libro de Guderian *Achtung-Panzer* se habría dado cuenta de la enorme posibilidad de que, con Guderian a cargo de las fuerzas acorazadas, era casi inevitable que las concentrase en un punto débil como el de Sedán. Los franceses supieron por fuentes suizas de la construcción de ocho puentes militares a lo largo del Rin entre Bonn y Bingen, lo que indicaba una vez más que la punta de lanza del ataque alemán no iba a actuar en el sur, en la línea Maginot, ni en el norte, contra Bélgica. El agregado militar francés en Berna llegó incluso a informar al mando francés de que poseía datos concluyentes que sugerían un golpe alemán en Sedán y que éste daría comienzo en algún momento entre los días 8 y 10 de mayo. A pesar de toda esta acumulación de evidencias que apuntaban hacia Sedán, Gamelin rehusó alterar su convicción de que el grueso del ataque alemán iba a tener lugar en Bélgica. Finalmente, los alemanes atacaron las líneas francesas en su punto más débil y consiguieron un avance decisivo. Pese a las muchas advertencias recibidas, el alto mando francés fue incapaz de tomar contramedidas efectivas. Estaban tan decididos a mantener la lucha lo más lejos posible del suelo francés que habían cerrado sus mentes a las intenciones del enemigo y sólo podían pensar en una repetición del plan Schlieffen alemán de agosto de 1914.



5 a Las tuerzas enfrentadas (10 de mayo de 1940).

5. El Alto Mando francés fue incapaz de responder a las abrumadoras pruebas de que los alemanes intentarían romper las defensas francesas en Sedán. Gamelin estaba convencido de que el ataque alemán vendría de Bélgica. A resultas de ello los alemanes pudieron obtener una superioridad local decisiva en hombres y equipo en el punto más débil de toda la línea defensiva francesa.



5 *b* Puntos de cruce del Mosa.

Y algo parecido volvió a suceder cuando, a pesar de la atmósfera de tensión reinante entre Estados Unidos y Japón, la base norteamericana de Pearl Harbour fue tomada totalmente por sorpresa por el ataque aéreo japonés del 7 de diciembre de 1941. El almirante Husband E. Kimmel, comandante en jefe de la flota estadounidense en el Pacífico, estaba jugando un relajante partido de golf con su colega el general Short mientras unos 96 barcos norteamericanos permanecían anclados en el puerto. Era un domingo por la mañana, y para la mayoría de la gente una jornada de descanso, con militares libres de servicio y un ambiente aparentemente relajado en todas partes. Es difícil entender cómo pudo suceder tal cosa. Pearl Harbour era un blanco obvio para los japoneses y el ataque británico sobre la flota italiana en Tarento

había mostrado cuán fácil era lograr el éxito. Se había producido una acumulación de datos por parte de los servicios de información acerca de la actividad naval de los japoneses; con todo, se llegó a la conclusión de que su objetivo estaba en el sudeste asiático. Cuando Kimmel consultó a su oficial de operaciones, el capitán Charles MacMorris, acerca de las probabilidades de que se produjese un ataque sobre Honolulú, el capitán respondió: «ninguna».{52} Increíblemente, la aproximación de los aviones japoneses había sido detectada por la estación de radar norteamericana cercana a Kahuku Point, en el extremo norte de Oahu, pero el informe fue descartado por el oficial de servicio del Centro de Información Shafter, el teniente Kermit Tyler, quien pronunció la frase inmortal: «bueno, no hay que preocuparse por esto».{53} Para Tyler, los *blips* de la pantalla no podían ser otra cosa que el vuelo previsto de bombarderos B-17. En su mente no cabía la posibilidad de que pudiera tratarse de otra cosa.

En treinta minutos los aviones japoneses estuvieron encima de la «caravana» de cruceros de combate; la guerra había dado comienzo. Treinta minutos no son gran cosa comparados con los meses de fallos de los servicios de información tanto en Washington como en Honolulú, que no habían conseguido dar a los norteamericanos una advertencia más pormenorizada, en cuyo caso hubiesen dispuesto de tiempo suficiente para enviar aviones que interceptasen a los japoneses, puesto que no habrían sido destruidos en tierra como luego sucedió. La incompetencia del teniente Tyler fue sólo una pequeña parte de la incompetencia general, pero sus efectos costaron cientos de vidas y millones en *matériel* perdido.

Por razones de espacio no podemos hacer un relato pormenorizado de los fallos cometidos en Arnhem en 1944. Para conocerlos nada mejor que leer *A Bridge Too Far*, de Cornelius Ryan. En el caso de la «Operación Market Garden» era esencial que la zona circundante a Arnhem estuviese relativamente libre de fuerzas alemanas. Desde luego la planificación se había basado en la probabilidad de que la oposición fuese a lo sumo regular. Sin embargo, cuando el general Bedell-Smith advirtió a Montgomery acerca de la posible presencia de divisiones acorazadas alemanas, el

comandante británico ridiculizó tal idea afirmando que había que temer más al terreno que a los alemanes. En todo caso, sólo 48 horas antes de que diese comienzo la operación, el cuartel general de las fuerzas expedicionarias aliadas recibió informes de fuentes holandesas según los cuales dos divisiones acorazadas alemanas, la 9.a y la 10.a, estaban en la zona de Arnhem. Pero ¿podían éstas representar una seria amenaza? Los planificadores y estrategas creían que ambas divisiones habían sido recientemente diezmadas y estaban en proceso de reestructuración y reequipamiento con tanques. Era improbable que estuviesen pues en condiciones de actuar.

Existía una evidencia fotográfica que daba que pensar. Aviones equipados con material de reconocimiento fotográfico habían recorrido a baja altura la zona de Arnhem. Cuando el mayor Brian Urquhart recibió los resultados encontró cinco fotografías que mostraban la inequívoca presencia de tanques alemanes en la zona. Las llevó rápidamente al teniente general Frederick Browning, jefe del primer cuerpo aéreo británico, señalando la evidencia de los tanques alemanes. La respuesta de Browning fue bastante similar a la de Tyler tres años atrás: «Yo en su caso no me preocuparía mucho por esto».{54} En su opinión, los tanques estaban fuera de servicio. Tan firmemente convencido parecía estar Urquhart de que los tanques eran reales y operativos que recibió la visita del oficial médico del cuerpo, quien le aconsejó que se fuera a casa a descansar. Estaba claro que los estrategas estaban decididos a llevar adelante la operación sin tener en cuenta ninguna evidencia que aconsejara lo contrario.

Montgomery opinó que Arnhem se podía considerar un éxito en un 90 por 100; otros opinaron que fue un desastre. De los 10.000 soldados que participaron en la operación, sólo quedaron a salvo 2.163; 1.130 murieron y más de 6.500 hombres fueron capturados y la mitad de éstos heridos. Los alemanes admitieron unas pérdidas de 3.300.{55}

Persistencia obstinada frente a las evidencias contrarias

Si el ultraconservadurismo de algunos estrategas militares después de 1918 obstaculizó el desarrollo de algunas tecnologías que emergieron de la primera guerra mundial, otros cometieron el error de pronosticar el fin de la guerra tradicional y su sustitución por terroríficos bombardeos aéreos dirigidos a minar la moral de la población civil. En 1921 el mariscal del aire sir Hugh Trenchard, partidario de la idea del bombardeo estratégico independiente, declaró que «la próxima guerra solamente se podrá ganar bombardeando, destruyendo la voluntad de resistencia del enemigo».{56} Giulio Douhet, un general italiano, anunciaba el mismo año que la próxima guerra se podría decidir en cuestión de días mediante ataques relámpago de los bombarderos. Los dos estaban de acuerdo en que los bombarderos siempre podrían salir adelante. En realidad los dos estaban completamente equivocados, pero en el caso de Trenchard la verdad se hizo evidente cuando los británicos habían dedicado ya tanto esfuerzo a la producción de bombarderos pesados como el que se había realizado para equipar a todo el ejército. En palabras de John Lukács:

> Predecir el futuro como una simple línea de continuidad, como la prolongación creciente del presente (o mejor dicho, lo que parece ser el presente), puede ser aún más erróneo que una confianza simplista en el pasado ... los ataques previstos sobre las ciudades a base de bombardeos masivos al principio de la guerra jamás tuvieron lugar. También hemos visto que las flotas aéreas no fueron decisivas: el poderío aéreo alemán fue incapaz de conseguir la rendición de los ingleses. Más tarde, y con menos excusa, los estrategas norteamericanos y británicos que creyeron que con un bombardeo ofensivo podrían destrozar a los alemanes cometieron un error aún mayor.{57}

La idea de que los bombarderos podrían penetrar siempre se basaba en la mentalidad de la primera guerra mundial, en la que la defensa antiaérea y los cazas estaban aún en mantillas. Además, si se emplean todos los recursos disponibles para conseguir que los bombarderos puedan penetrar, no queda nada con que contrarrestar la amenaza de los bombarderos enemigos.

A principios de la guerra en 1939 el mando inglés de los

bombarderos no estaba preparado para realizar una campaña a gran escala. Demasiados aparatos ingleses eran aún obsoletos o inferiores a sus equivalentes de otros países. En vista de la teoría generalizada de que los bombarderos podrían avanzar siempre, opinión fuertemente sustentada tanto en el Reino Unido como en el extranjero, resulta extraordinario que cuando fueron necesarios este país no dispusiera de aviones capaces de infligir un castigo devastador sobre Alemania. Incluso los modernos Whitleys, Hampdens y Wellingtons eran relativamente inocuos. Finalmente, fueron los Stuka, capaces de volar en picado, y no los bombarderos pesados alemanes, los que dominaron las campañas de Polonia, Noruega y Francia.

En 1939 la RAF se había preparado para un programa diario de bombardeo de precisión, en el que no figuraban los ataques sobre blancos civiles encaminados a provocar el terror. En una ocasión en que en la Cámara de los Comunes se propuso que el Reino Unido arrasara la Selva Negra con bombas incendiarias, sir Kinsley Wood, secretario de Estado para la guerra, respondió horrorizado: «¿Es usted consciente de que se trata de una propiedad privada? ¿Por qué no me pide la próxima vez que bombardeemos Essen?».{58}

Pronto los ataques diarios de los británicos contra los navíos de guerra alemanes en Wilhelmshaven tuvieron que soportar grandes pérdidas a causa de los cazas alemanes. La idea de que los bombarderos siempre podrían salir adelante se había mostrado errónea. Los bombarderos ingleses no fueron capaces de defenderse: su armamento era demasiado pesado y su velocidad demasiado lenta. A consecuencia de ello el mando aéreo se vio forzado a aceptar el bombardeo nocturno, aunque éste no se produjo hasta que Hitler atacó Francia el 10 de mayo de 1940, dando fin a la «falsa guerra». El mando de bombarderos recibió entonces autorización para atacar blancos situados en el Ruhr, donde «se lograron importantes éxitos de los que se pudieron extraer conclusiones significativas».{59} Sin embargo en la Nochebuena de 1939 se tomaron fotografías de dos de las principales plantas petrolíferas alemanas, en Gelsenkirchen. En teoría esas plantas habían sido atacadas dos veces, primero por un total de 163

bombarderos británicos que habían arrojado sobre ellas 159 toneladas de bombas altamente explosivas y más tarde por 134 bombarderos que lanzaron 103 toneladas de bombas más. Las fotografías mostraron que no habían causado ningún daño.{60}

A principios de 1940 se produjo un cambio en el planteamiento de la campaña de bombardeo. En el informe «Sobre el Bombardeo Aéreo», la junta de jefes de Estado Mayor empezaba a aceptar la idea de que los ataques aéreos podían minar la moral alemana. En el párrafo 15 se decía:

> La evidencia de que disponemos nos muestra que la moral del ciudadano medio alemán se puede debilitar más fácilmente que la de una población como la nuestra como consecuencia de un ataque directo. Los alemanes han padecido defectos de nutrición y han estado sujetos a una tensión permanente, equivalente a la de nuestras condiciones de guerra por lo menos desde que Hitler llegó al poder, y por esta razón se puede derrumbar ante una nación con mayor capacidad de resistencia.{61}

Sería interesante ver de qué evidencias se disponía a la sazón para justificar la creencia de que la nación alemana carecía de resistencia. Era una teoría absurdamente chauvinista en la cual basar decisiones estratégicas. La junta de jefes de Estado Mayor recomendó entonces que los seis meses siguientes se dedicasen a la destrucción de las plantas de producción de petróleo sintético alemanas, aunque un objetivo secundario sería minar la moral del enemigo, especialmente en las zonas industriales. Resulta interesante que Hitler no compartiese la opinión británica de que un país se podía desmoronar solamente con la fuerza aérea, puesto que, según dijo al conde Ciano, ministro italiano de Exteriores, «la experiencia que Alemania ha obtenido en la guerra contra Inglaterra indica que no merece la pena bombardear blancos meramente civiles».{62} Parece que la capacidad de comprensión de la guerra psicológica de Hitler era superior a la del mando biitánico de bombarderos. Winston Churchill nunca estuvo totalmente convencido de que los bombarderos pudiesen destruir el 80 por 100 de la producción alemana, aunque su belicosidad le hacía desear devolver golpe por golpe de la única manera que le era posible en

aquel momento, es decir, mediante ataques con bombarderos. Lukács señala la importante cuestión de que la estrategia de Churchill era «erasmiana», en el sentido de que esperaba ganar la guerra evitando el derramamiento masivo de sangre en el continente que había caracterizado la primera guerra mundial.{63} Si los bombarderos hubiesen podido lograr la victoria sin que los británicos tuviesen que enviar contingentes masivos al frente, hubiese apoyado tal acción con toda su alma.

Hubo nuevas evidencias de la ineficacia de los bombardeos nocturnos cuando entre marzo y julio de 1940 el mando emprendió la tarea de destruir los cruceros de combate *Scharnhorst* y *Gneisenau* en el puerto de Brest. En total, 1.723 aviones del mando de bombarderos arrojaron 1.962 toneladas de bombas. Y pese a que los barcos alemanes permanecieron en el mismo lugar, sólo nueve bombas dieron en el blanco, causando daños graves pero no fatales.{64} La investigación fotográfica de lord Cherwell acerca de los ataques de mediados de verano sobre el Ruhr reveló unos resultados aún más alarmantes. Sólo uno de cada diez bombarderos pudo llegar a menos de ocho kilómetros del blanco y las bombas arrojadas por ese 10 por 100 cayeron dentro de un área de cien kilómetros a la redonda del blanco.{65} Era un pésimo resultado que indicaba que no compensaba las inversiones en hombres, dinero y trabajo que la nación realizaba. El mando británico de bombarderos no había conseguido desarrollar una doctrina y un sistema de entrenamiento para los ataques nocturnos, los dispositivos de disparo de bombas eran defectuosos y sus instrumentos de navegación claramente inadecuados. Calder señala que en los ataques de bombardeo de 1940-1941 murieron más aviadores británicos que civiles alemanes.{66}

En mayo de 1941 Trenchard se presentó a Churchill con un memorándum sobre la política de bombardeo. Aunque ya no estaba en servicio activo, la influencia de Trenchard era aún considerable en el mando de bombarderos. Bajo su punto de vista:

> Se debía conceder prioridad absoluta a los bombarderos de largo alcance para esta misión ... y lo mismo por lo que respecta a los aviones y

> al material necesario para esta rama del servicio aéreo. Se debe dar prioridad al entrenamiento de las tripulaciones de los bombarderos, por encima de las tripulaciones de los aviones del mando costero, de los escuadrones de cooperación con la armada, de la flota armada aérea, fotografía y cazas, y se debe mantener esta prioridad pese a las presiones que ejerzan sobre las fuerzas aéreas los distintos ministerios.{67}

Teniendo en cuenta el éxito de los cazas británicos contra los bombarderos alemanes durante la batalla de Inglaterra, este memorándum debe considerarse imprudente. Si había que dar prioridad a los bombarderos de largo alcance a expensas de los cazas, el Reino Unido jamás podría hacer fracasar de nuevo una gran campaña aérea alemana. Lo que Trenchard estaba sugiriendo es que el Reino Unido debería bombardear a Alemania más duramente de lo que ella misma podía ser bombardeada. Rechazaba la clara evidencia del éxito de los cazas británicos en agosto y en septiembre de 1940, que sin control del bombardeo aéreo estratégico es imposible. La construcción de grandes cantidades de bombarderos no garantiza la supremacía aérea, como descubrieron los norteamericanos a sus expensas en 1943 y 1944. Sólo las escoltas de cazas de largo radio de acción podían garantizar que los bombarderos llegasen a la posición adecuada para asestar sus golpes. Sir John Dill comprendió el punto flaco esencial del pensamiento de Trenchard cuando escribió: «...debemos tener claro que antes que dar una prioridad imperiosa a la construcción de una fuerza de bombarderos para lograr tal fin, hemos de realizar las previsiones adecuadas para mantener la seguridad del país y de aquellas áreas allende los mares que son esenciales para el mantenimiento de nuestro esfuerzo en la guerra».{68}

Sin embargo el jefe del Estado Mayor aéreo, sir Charles Portal, estaba de acuerdo con Trenchard en que la moral de los alemanes era vulnerable y en que las fuerzas aéreas se bastaban para romperla. Así, aterrorizar se convirtió en la política definitiva del mando de bombarderos. El papel del ejército de tierra sería limpiar el terreno en el que acababan de actuar los bombarderos.

Churchill estaba bastante menos convencido por este tipo de

argumentos que los expertos norteamericanos, como el general H. H. Arnold, quien escribió a mediados de 1941 que su visita a Inglaterra

> ...le había dejado la impresión de que sólo por aire podríamos doblegar totalmente a los alemanes, de manera que podría ser innecesario un desembarco de las fuerzas de tierra ... Las fuerzas aéreas y sólo las fuerzas aéreas podrían llevar la guerra al corazón de la Alemania, romper su moral y arrebatarle lo esencial para combatir ... La guerra moderna ha cambiado completamente los viejos conceptos.{69}

Esta posición, según Lukács, no era más que «una proyección adolescente» y reflejaba la frivolidad de la mentalidad norteamericana de la época.{70} En octubre de 1941, por su parte, el primer ministro británico prevenía al jefe del Estado Mayor aéreo contra esta clase de falso optimismo: «Incluso aunque todas las ciudades alemanas quedasen prácticamente inhabitables, ello no significaría que se debilitase el control militar o que la industria militar no pudiese seguir adelante. El Estado Mayor aéreo se equivocaría si pusiese sus pretensiones a tan alto nivel».{71}

Sin embargo, el mando de bombarderos creía que además de destruir la moral alemana, podría destruir también la capacidad alemana de librar la guerra, arruinando su sistema energético, sus transportes y su industria.

Churchill empezó a creer que, lejos de destruir la moral, los bombardeos civiles en realidad fortalecerían la resistencia, como había sucedido en Inglaterra en 1940. A pesar de los tres años de bombardeos zonales, diseñados para destruir ciudades, matar civiles y dañar la producción alemana, no había evidencia alguna de que su voluntad de resistencia se hubiese debilitado. David Divine ha mostrado que a pesar de que el mando de bombarderos jamás dispuso de los 4.000 aparatos que consideraba necesarios para destruir la moral alemana, los últimos bombarderos que recibieron eran mucho mayores y transportaban más bombas que los que tenían cuando se especificó la cifra de 4.000.{72} Además, la entrada de los Estados Unidos en la guerra permitió a los aliados mantener bombardeos continuados de día y de noche, matando a unos

300.000 civiles alemanes e hiriendo a unos 780.000. Sin embargo, incluso estas enormes cifras representaban solamente el 1,5 por 100 de la población civil y también debía tenerse en cuenta que dos terceras partes del total de ciudadanos alemanes no sufrieron jamás ningún tipo de bombardeo.{73}

El fracaso de la campaña de bombardeo estratégico se evidencia por el hecho de que pese a los más duros bombardeos, la producción de materiales de guerra continuó creciendo en Alemania hasta 1944. En enero de 1945 se construyeron 30 nuevos submarinos —un récord en toda la guerra— a pesar de que los astilleros alemanes habían estado sometidos a bombardeos intensivos.{74}

EQUIPAMIENTO INADECUADO

Ya en 1781, William Lloyd, que se confesaba un «aventurero militar», cuestionaba el interés predominante por la disciplina prusiana que dominaba a los ejércitos de la época y levantó una polémica que no llegó a su fin hasta el siglo XX. Sugirió que los uniformes de la época eran una insensatez y que a los soldados se les debía vestir y armar en función de la naturaleza de sus ocupaciones.{75} Esto puede parecer obvio, pero pocas veces los soldados han tenido una indumentaria cálida en invierno, fresca en verano, resistente y cómoda y con la que no resultasen demasiado vistosos. Los uniformes poco adecuados han sido la causa de tantos desastres militares como los errores tácticos en los campos de batalla.

En 1912 Adolphe Messimy, ministro francés de la Guerra, estaba decidido a reformar el uniforme militar francés, coincidiendo con los británicos, que habían adoptado el color caqui después de la guerra de los bóers, y con los alemanes, que habían cambiado el azul prusiano por un gris parduzco. Durante la guerra de los Balcanes Messimy se había dado cuenta de las ventajas que los uniformes parduzcos proporcionaban a las tropas búlgaras y estaba impaciente por lograr que los soldados franceses fuesen igualmente difíciles de

ver. Sin embargo, no había tenido en cuenta el tradicional orgullo de los soldados franceses por sus quepis, sus pantalones rojos y sus casacas azules. Este alarde de colorido podía haber sido útil en los combates a corta distancia, al infundir orgullo por el regimiento y el ejército propios, pero en 1912 era sencillamente suicida. La amplia variedad de armas hacía innecesario que los soldados se viesen cuerpo a cuerpo y el desarrollo de la guerra de trincheras en otoño de 1914 hizo que fuese muy importante para las tropas pasar desapercibidas. Cuando Messimy propuso la introducción de una indumentaria gris verdosa fue abucheado por pretender vestir a los soldados franceses con colores «polvorientos y poco gloriosos». La prensa puso el grito en el cielo y el *Écho* de París declaró que «prohibir todos los colores vivos, todo lo que confiere a los soldados su aspecto marcial, es ir contra el gusto francés y contra la función militar». En el Parlamento Messimy fue atacado por un ex ministro de la Guerra, M. Étienne, con lo que casi se había convertido en un grito de combate para el conservadurismo francés: «¿Eliminar los pantalones rojos? ; Jamás! *;Le pantalon rouge c'est la France!».* Messimy fue derrotado, pero, tal como escribió, «esta ciega y estúpida fijación por los colores más visibles tendrá crueles consecuencias».{76} Sólo en el mes de agosto de 1914 Francia sufrió 206.515 bajas. En 1916 el quepis rojo había sido sustituido por un casco de acero; los pantalones rojos desaparecieron también, dejando paso a un nuevo uniforme de color «azul horizonte», que aún no era tan bueno como el caqui inglés o el *feldgrau* alemán, pero que se ensuciaba pronto con el polvo de las trincheras, proporcionando así un buen camuflaje.

Si los franceses se habían adaptado con lentitud, los ingleses tampoco habían corrido demasiado. Pese a la experiencia recogida en numerosos combates en las colonias que ponía de manifiesto que las tradicionales casacas rojas de la infantería eran un blanco espectacular, éstas se mantuvieron pese a que habían sido de gran ayuda a los tiradores bóers en Majuba Hill en 1881, y a los franceses y a los indios en Monongahela en 1755. Los miembros de la infantería británica de Braddock tenían muchos más motivos de queja que el color de sus uniformes que los convertía en blancos tan

fáciles. También sufrían las consecuencias de un traje totalmente inadecuado para combatir en las condiciones climáticas de América del Norte. Mientras que los franceses habían aprendido a adaptarse al clima y al terreno, y con frecuencia calzaban mocasines en lugar de botas y combatían desnudos hasta la cintura, los británicos sufrieron desastrosos contratiempos hasta llegar a la misma conclusión e introducir en gran escala tropas de guerrilleros. Siguiendo el modelo prusiano, los hombres de infantería vestían unos collarines de piel que les dejaban el cuello rígido y se tocaban con unas coletas o trenzas muy tirantes, que les tiraban la cabeza hacia atrás. En palabras de John Laffin:

> El collarín, un cuello alto de piel, no era otra cosa que un instrumento de tortura que se clavaba en el cuello y en la barbilla e impedía que los soldados inclinasen la cabeza. Cuando hacía calor era terriblemente incómodo y cuando llovía lograba canalizar con gran éxito el agua hacia el interior de la ropa de los soldados.
>
> La coleta hizo que a un regimiento se le llamase «los duros y tiesos». Lo de «duro» y «tieso» se refería a las instrucciones del coronel sobre cómo hacerse la coleta. Se decía que su intención era impedir que un hombre cerrase los ojos cuando estuviera de guardia...
>
> Y con esta indumentaria imposible no sólo se esperaba que los hombres marchasen y luchasen, sino que en realidad marchaban y luchaban.{77}

Normalmente los calzones de los soldados eran tan estrechos que a duras penas podían agacharse y «estaban firmes como autómatas de madera mecánicamente preparados para alguna exhibición...».{78} Los granaderos llevaban incluso un sombrero alto en forma de mitra, que tenía una placa de metal con el nombre del rey grabado. Cuando el sol la hacía refulgir proporcionaba un blanco soberbio para que cualquier tirador apostado levantase la tapa de los sesos a su infortunado usuario.

Una de las principales preocupaciones de un soldado es no tener frío en invierno ni pasar calor en verano. Contar con una ropa de invierno inadecuada ha perjudicado numerosas campañas, como la de Carlos XII en Ucrania en 1708-1709 y la de Napoleón en Rusia en 1812. Uno de los peores ejemplos de un suministro inadecuado de

ropas por parte de las autoridades militares se produjo en la guerra de Crimea en 1854. Aunque desde Inglaterra se habían enviado ropas de abrigo, éstas no fueron distribuidas y los hombres se vieron forzados a improvisar uniformes con todo lo que encontraban a mano. El efecto que esta vestimenta inadecuada produjo sobre la eficiencia militar del ejército británico queda bien patente en el número de muertos y de heridas causados por las dentelladas del frío.

Al igual que Napoleón en 1812, Hitler y su Estado Mayor calcularon mal los efectos del clima ruso, que llegaba a temperaturas extremas de calor y de frío, aunque fue el invierno ruso el que causó mayores daños. Hitler había previsto terminar la campaña antes de la llegada del mal tiempo y no contaba con ropas de invierno adecuadas. Los soldados alemanes sufrieron enormemente con sus uniformes de verano, mientras que las tropas rusas estaban mucho mejor equipadas para resistir a los elementos. Heinrich Haape describe así los efectos del frío en el ejército alemán:

> Esas ráfagas de vientos árticos que nos sorprendieron en nuestras posiciones protegidas diezmaron nuestras tropas de ataque. En un par de días murieron cien mil hombres sólo a causa del frío; cien mil soldados expertos, de primera categoría, cayeron porque el frío los sorprendió.
>
> Dos días más tarde llegaron nuestras ropas de invierno. Para cada compañía enviaron sólo cuatro sobretodos forrados de piel y cuatro pares de botas forradas con fieltro. ¡Cuatro equipos de ropa de invierno para cada compañía! ¡Dieciséis abrigos y dieciséis pares de botas para repartirlos entre un batallón de ochocientos hombres! Y ese magro envío coincidió con un súbito descenso de las temperaturas hasta -22°.{79}

El calzado militar ha tenido siempre una importancia primordial para el buen funcionamiento de un ejército. En la época moderna no hay ninguna excusa para no equipar a los soldados con unas botas cómodas y sólidas. A pesar de ello, no siempre ha ocurrido así. Los zapatos que enviaron los fabricantes contratados por la Unión durante la guerra civil norteamericana eran todos del mismo número, lo que provocó que a muchos soldados se les inflamasen los pies y quedasen rezagados. Gran número de soldados

confederados ni siquiera tenían botas e iban descalzos. Durante la guerra de Crimea se produjo un gran escándalo por la cuestión de las botas, que en el clima invernal resultaban demasiado pequeñas para los soldados y eran de tan mala calidad que las suelas se les caían en cuestión de días. Las botas de los rusos eran bastante mejores que las de los británicos y Evelyn Wood no fue la única persona que se procuró un par de un soldado ruso muerto. Es difícil evitar un sentimiento de horror al leer que los soldados italianos que acompañaban a los alemanes en la invasión de Rusia llevaban zapatos de cartón, mientras que en las tiendas italianas se continuaban vendiendo a elevado precio lujosos zapatos de cuero. En el crudo invierno de 1941 en Rusia, las tropas alemanas comprobaron que sus botas dejaban mucho que desear. Heinrich Haape describe la espeluznante creatividad del soldado alemán:

> Tuvimos la oportunidad de equipar a nuestros hombres con más ropa de invierno. Kageneck ordenó que llevaran al pueblo a 73 rusos muertos y que les sacasen las botas forradas de fieltro y su ropa de abrigo.
>
> Pero los cuerpos estaban congelados. Y esas botas inestimables estaban congeladas también, pegadas a las piernas de los rusos. Kageneck ordenó: «Cortadles las piernas».
>
> Y los hombres cortaron las piernas de los muertos por debajo de las rodillas y las introdujeron, con las botas, dentro de los hornos. Al cabo de diez o quince minutos las piernas estaban suficientemente blandas como para que los soldados pudiesen sacar las vitales botas.{80}

Armas inapropiadas

A veces se acusa a los militares de planificar las guerras futuras como si se tratara de repetir guerras pasadas. Con todo, es el pasado el que proporciona la experiencia y la cuestión más importante es qué conclusiones sacan de ella los estrategas y cómo dejan que éstas influyan en sus decisiones. Los mandos austríacos de 1860, tras analizar las derrotas de Magenta y Solferino a manos de los franceses en 1859, sacaron una conclusión errónea. Sin tener en cuenta que el rifle austríaco Lorenz era superior a las armas

francesas, consideraron que las cargas con bayoneta de la infantería francesa eran en realidad un sistema y no una necesidad,{81} por lo cual adoptaron la *Stosstaktik* y redujeron la importancia de las armas de fuego e impidieron el rearme a tiempo de la infantería. La *Stosstaktik* reafirmaba la bayoneta como arma fundamental de la infantería, lo que conllevaba una acción ofensiva a ultranza.{82} Los prusianos quedaron impresionados por la bravura de las tropas austríacas en la guerra contra Dinamarca en 1864, aunque tomaron nota de su elevada cifra de bajas. Los estrategas austríacos estaban entrando en una fase militar semejante a la de los franceses antes de 1914 y daban más importancia a la moral que al material. Y así como los franceses sufrieron por causa de su *élan* y su *eran*, los austríacos sufrieron en la batalla de Könnigrätz en 1866.

Se suele afirmar que los «fusiles de aguja» prusianos dieron la victoria a los soldados de Moltke frente a los austríacos en Könnigrätz, así como que de no haber sido por la parsimonia de los parlamentarios las tropas de Benedek hubiesen podido disponer también de esa arma. De hecho, ello nada tiene que ver con la realidad. Fueron el propio emperador Francisco José y los mandos militares quienes se opusieron a esa innovación. El «fusil de aguja» prusiano, el rifle de carga posterior Dreyse, era conocido en Austria desde 1849. Y como señala Hew Strachan, presentaba más ventajas que los fusiles que se cargaban por la embocadura. «El peso de la recámara situaba el centro de gravedad del rifle cerca del hombro, lo que aumentaba su precisión. Abarcaba una distancia de unos 800 metros. Pero su mejor cualidad era su capacidad de fuego, que podía llegar a las siete veces por minuto.».{83}

En 1851 una comisión encabezada por el *Feldzeugmeister* Augustin llevó a cabo unas pruebas con veinte fusiles de aguja y los rechazó en función de los siguientes argumentos: «Aunque los fusiles de aguja permiten disparar con rapidez mientras no hay interrupción, esto no constituye ninguna ventaja real, ya que el fuego rápido sencillamente agotará los suministros de municiones».{84}

Aunque algunos oficiales austríacos quedaron impresionados por el uso que los prusianos hicieron del fusil durante la guerra contra

Dinamarca, el emperador declaró que la bayoneta era un arma más honorable que el fusil de carga posterior, con lo que se puso fin a las pruebas.

Hubo otras razones por las cuales los austríacos no lograron equipar a sus tropas con las mejores armas a su disposición. El fusil de carga posterior era un arma más compleja que el Lorenz y el nivel educativo del recluta medio era bajo. Sin embargo, una razón aún más poderosa fue la voluntad de los encargados de suministros de no vulnerar su monopolio trayendo equipamiento del exterior. El arsenal de Viena había recibido maquinaria nueva en 1862 y a la sazón era capaz de fabricar 1.000 riñes Lorenz cada día. Cualquier intento que realizasen las empresas privadas o extranjeras para cuestionar este monopolio se encontraba con la severa respuesta de que «las compañías privadas no tienen ni la experiencia ni los medios necesarios para responder a las necesidades del ejército».{85}

Fue el conservadurismo esencial de los militares lo que impidió que Austria dispusiese de fusiles de carga posterior en 1866. Un año antes, el Parlamento había aprobado conceder 130 millones de florines para gastos militares extraordinarios, pese a lo cual no se hizo nada para reequipar a la infantería hasta que fue demasiado tarde. Cuando la guerra contra Prusia empezó a ser segura, se produjo un desesperado intento de fabricar esos fusiles o de comprarlos en el extranjero, pero ya era demasiado tarde y los 5.000 rifles Remington que se pidieron a Bélgica llegaron cuando la guerra estaba a punto de terminar.

El primer éxito austríaco frente a Prusia, el 27 de junio de 1866 en Trautenau, mostró ya a Benedek las escasas posibilidades de la *Stosstaktik* frente al superior armamento prusiano. Su única alternativa era cambiar su táctica en el último momento con la esperanza de diezmar a la infantería prusiana con el fuego de artillería antes de enviar a la infantería con sus bayonetas, pero el plan fracasó en Könnigrätz y las pérdidas austríacas, unos 40.000 hombres, fueron enormes. La incompetencia de los estrategas austríacos al no suministrar el armamento adecuado les hizo enviar a su ejército a una batalla que tenía pocas posibilidades de ganar.

Armas ineficaces

Si la calidad de la artillería naval británica, en Jutlandia o en cualquier otro lugar, era descorazonadora, la de los proyectiles disparados por esas armas era aún peor. En 1916 el diseño y los ensayos de los proyectiles navales estaban bajo la responsabilidad de la junta de armamento y material del ministerio de la Guerra. Los proyectiles perforadores británicos (AP) estaban diseñados para penetrar desde cualquier ángulo en el blindaje y explotar dentro del barco. Pero en muchas ocasiones, como en Coronel, Dogger Bank y Jutlandia, no dieron el resultado apetecido. Desde un ángulo oblicuo los proyectiles tendían a romper la protección blindada o a penetrarla sólo parcialmente. Esto salvó de la destrucción a gran número de barcos alemanes durante la fase más febril del combate en Jutlandia. La ventaja que en términos de mayor potencial destructivo representaban los acorazados británicos se desvaneció, mientras que tuvieron que sufrir a su vez, en opinión de Jellicoe, «la aceptada desventaja en la protección de nuestros barcos debida al gran peso de nuestras armas y municiones, que reducía el peso total que se podía emplear en las placas de blindaje».{86} Así, durante la principal acción de la flota en Jutlandia no resultó hundido ninguno de los principales barcos alemanes y sí en cambio tres cruceros de combate británicos.

Desde 1910 el almirantazgo era consciente de que con el desarrollo de la artillería naval las batallas se deberían librar a grandes distancias. Y esto significaba que se requerían proyectiles capaces de penetrar los blindajes desde un ángulo inclinado. Se redactó la especificación para un proyectil de esas características y se pasó a la junta de armamento y material para que efectuase las pruebas oportunas. Sin embargo, los ensayos que se realizaron fueron para impactos en ángulo recto y no, como era necesario, en ángulo inclinado. Cuando Jellicoe se quejó le respondieron que realizar más pruebas sería demasiado costoso; el tema se dejó de lado al encargarse del mando en el mar. El vicealmirante sir Francis Pridham afirmó que, dados los resultados del sistema de comprobación utilizado, era posible que del 71% al 84% de los

proyectiles no estallasen.{87} Fue una situación inverosímil. Por bastante menos del coste de un solo crucero de combate *Dreadnought* se hubiese podido desarrollar antes del inicio de la guerra un sistema de pruebas fiable que hubiese significado un ahorro de barcos británicos y la destrucción de bastantes más barcos alemanes.

El piloto de un bombardero no veía nunca a su víctima y pocas veces a su enemigo. Con todo, estaba tan inmerso en la realidad de la guerra como un soldado de infantería luchando cuerpo a cuerpo. El piloto se veía forzado a actuar en la oscuridad y a arrojar su mortífera carga desde el cielo sobre blancos militares y civiles, y raras veces comprobaba, si no era mediante el reconocimiento fotográfico, los efectos que producían las armas que transportaba. De conocerlos, tal vez no hubiese arriesgado tan esforzadamente su vida noche tras noche en los cielos de Alemania. Pocos soldados de infantería armados con rifles que disparasen sólo intermitentemente y provistos de una munición que tuviese igual cantidad de balas de fogueo que balas reales se hubiesen mantenido resueltamente en su posición de saber que había muchas posibilidades de que su arma no les respondiese cuando más necesitasen de ella. Debe existir un nivel de seguridad mecánica sin el cual no es razonable pedir a los hombres que arriesguen sus vidas. David Divine comentaba: «... aún más espectacular hubiese sido decir que la mitad de las salidas efectuadas con bombas de uso universal (como lo eran la mayoría de salidas que realizaban los aviones del mando) eran inútiles ya antes de despegar. Desde un punto de vista lógico se podía argumentar que la mitad de las bajas del mando eran innecesarias ,..».{88}

El oficial historiador de la ofensiva aérea estratégica, sir Charles Webster, escribió acerca de la bomba de uso universal:

> Entre 1939 y 1945 el mando de bombarderos lanzó más de medio millón de bombas de uso universal de 500 libras, y aproximadamente 150.000 de 250 libras. Estas bombas no eran adecuadas para la misión a la que se las destinaba, y no sólo en razón de sus características generales, o sea la desafortunada relación entre la dureza de su carcasa y el peso de su

> explosivo, sino que además eran relativamente ineficaces y en demasiadas ocasiones defectuosas. Su relación carga-peso era sólo de un 27% si las comparamos con el 50% de las bombas alemanas equivalentes; los explosivos con que las cargaban eran poco efectivos y gran número de bombas no estallaron. Sin embargo, hasta finales de 1940 no se tomó ninguna medida seria para remediar tal situación.{89}

Hasta 1935 el Estado Mayor del aire consideró que 186 kg era el tamaño máximo que se precisaba para una bomba, pero en 1940 había quedado demostrado que era una infravaloración absurda. A finales de ese año se construyó una bomba de uso universal de unos 1.500 kg, pero aún fue peor que su antecesora de 186 kg, ya que se rompía con el impacto y producía una explosión menor. La macabra historia continuó con las bombas de capacidad media, que también se rompían con el impacto y que en una tercera parte de los casos no explotaban. Las bombas de alta capacidad, conocidas como «revientamanzanas», tenían poca capacidad balística; las primeras versiones fueron lanzadas con paracaídas, por lo cual era prácticamente imposible apuntarlas. En contraste con la ineptitud de los británicos a la hora de producir sus bombas, los alemanes lograron desarrollar un arma mucho más eficaz. David Divine señala que los británicos tenían en la persona del Dr. Barnes Wallis «uno de los mayores genios que ha producido el mundo en estas cuestiones»,{90} y, con todo, cuando después de Dunquerque quedó claro que los británicos sólo podrían golpear directamente a Alemania desde el aire, la incompetencia de los estrategas del mando de bombarderos no fue capaz de producir una bomba que mereciese la pena. El resultado fue que se perdieron miles de vidas transportando bombas defectuosas para lanzarlas sobre Alemania.

Fallos de asistencia médica

Las enfermedades han sido uno de los peores enemigos de los soldados a lo largo de la historia, de ahí que sea responsabilidad de los que planifican las operaciones militares proteger todo lo posible a sus tropas frente a la exposición a las condiciones en que aquéllas

proliferan. Esa negligencia se debía en gran parte a la simple ignorancia; con todo, las epidemias recurrentes de fiebres en determinadas áreas, especialmente en la India occidental, no evitaron que durante el siglo XVIII británicos y franceses enviasen grandes contingentes de soldados a esa zona, donde morían a causa de la fiebre amarilla. En el siglo xix, y a pesar de los avances de los conocimientos médicos, no se daba ninguna importancia a la salud física de las tropas, de manera que las bajas por enfermedad superaban en muchas ocasiones a las causadas por las batallas, hasta el punto de que muchas veces decidían una campaña.

La isla de Walcheren, en la desembocadura del río Escalda, era uno de los puntos más insalubres de Europa occidental. En 1795 el comandante francés de la isla perdió las cinco sextas partes del total de sus fuerzas; en 1808 Monnet, otro oficial francés, perdió a 1.500 hombres de su guarnición.{91} El gobierno británico estaba al corriente de estos hechos cuando, en julio de 1809, puso en marcha una descomunal acción anfibia para apoderarse de la isla, avanzar después río arriba y destruir los recursos franceses en Amberes. Resulta difícil entender por qué no se tuvieron en cuenta los riesgos de enfermedad. Se sabía ya que todas las islas de Zelanda eran insalubres, que sus orillas eran un criadero de mosquitos transmisores de la malaria. Médicamente sus habitantes estaban clasificados como «pálidos y languidecientes, muchos de ellos aquejados de escrofulosis, los niños estaban raquíticos y todos tenían bastantes deformaciones».{92} Las graves inundaciones de otoño de 1808 agravaron la enfermedad que contrajeron las tropas británicas a su llegada el verano siguiente. Como escribió T. H. McGuffie:

> El clima cálido, lluvioso y húmedo de agosto, con tormentas y espesas nieblas matutinas sobre las aguas estancadas de los diques, ayudaron a propagar la enfermedad. La actividad había mantenido hasta entonces la buena disposición de las tropas, pero cuando las acciones concretas fueron sustituidas por el trabajo incesante en fortificaciones inútiles, la enfermedad creció rápidamente... Los hombres languidecían, eran propensos al bostezo y llegaban al colapso total, sufriendo una sed intensa,

> accesos de escalofríos y de sofocaciones, para caer finalmente en un estado de postración.{93}

La causa era conocida, y los hombres trataron por todos los medios a su alcance de mantener alejados aquellos «infernales mosquitos».

Los servicios médicos de los que disponía el ejército británico eran bastante deplorables, incluso para los niveles de la época. Existía una Junta Médica que consistía en un cirujano general, un inspector general y un médico de medicina general; además, estos hombres habían tenido poco contacto con el ejército, nunca habían servido en el extranjero y su avanzada edad les impedía percibir la urgencia del caso. Para empeorar las cosas, el equipo médico que acompañaba a la expedición estaba bajo mínimos y ni tan siquiera consultaron a la junta hasta que la fiebre de Walcheren se había apoderado de las tropas.

La fiebre se propagó a una velocidad alarmante: entre el 6 de agosto y el 3 de septiembre el número de casos aumentó de 688 a 8.134.

> Los hombres cayeron a millares y poco se hizo por ellos ... los enfermos que se repatriaban a Inglaterra permanecían dolientes tumbados en la playa esperando diez horas o más a los carros que les iban a llevar a los transportes; ya antes de finales de agosto se produjo «una gran sobrecarga de trabajo» que obstaculizaba «hacer frente a las dificultades de unos hospitales repletos y de los vergonzantes lugares que se habilitaban como barracones para las tropas». Los hombres morían a cada hora, a «cada minuto»...{94}

Los hospitales de Inglaterra estaban desbordados por los enfermos que llegaban de las islas de Zelanda. El 10 de octubre, habían enfermado dos terceras partes de las tropas que quedaban allí; 8.477 hombres enfermos y sólo 5.616 aptos para el servicio, era todo lo que quedaba de una fuerza invasora original compuesta por más de 40.000 soldados.{95} Las pérdidas causadas por las epidemias y enfermedades eran habituales en el ejército inglés; de hecho, el número de bajas en la India occidental fue extraordinariamente elevado. En Jamaica la mortalidad fue de un 12 por 100 anual en

tiempo de paz. Lo más lamentable de la tragedia de Walcheren es que fue innecesaria. La mayor fuerza británica jamás enviada al extranjero siguió «su escalofriante destino por entre brumas y nieblas hacia una tumba pantanosa o hacia un futuro dominado por las fiebres».{96} Y en cuanto al valor militar de la expedición, podemos decir que fue nulo.

Los servicios médicos del ejército durante la guerra de Crimea fueron tan deplorables que lograron merecidamente la fama de haber sido uno de los peores fracasos de la asistencia institucional. La incompetencia fue de los militares, como lo fue la orden de enviar a la brigada ligera contra los fusiles rusos en Balaclava o a la infantería inglesa para que fuese destruida en Redan.

Aunque las estadísticas resultan menos fiables —y a veces difíciles de conseguir— la que mencionaremos a continuación tiene sus orígenes en la propia historia militar: no cabe duda que los soldados han sido siempre sensibles a las enfermedades de transmisión sexual; pues bien, durante las dos guerras mundiales el problema alcanzó grandes proporciones. Hombres jóvenes fueron apartados de sus hogares, de sus esposas y de sus novias y enviados a países extranjeros donde, en algunos casos, las oportunidades de satisfacción sexual se daban por doquier. Era absurdo que las autoridades militares no se adaptasen desde el primer momento a una situación que era un problema en potencia. Oficialmente se aceptó que probablemente los soldados necesitarían alguna expansión sexual, pero la política oficial del ejército fue la de desaconsejar que la buscasen. Esta tarea tan poco envidiable recayó en los capellanes militares, aunque en el fondo se trataba de un problema médico. En los primeros años de la segunda guerra mundial las autoridades británicas muy prudentemente se rindieron a la evidencia y permitieron que los burdeles permaneciesen abiertos a condición de que las mujeres se sometieran a reconocimientos médicos periódicos. Como escribió un soldado, en Trípoli se organizaron bien las cosas:

> El ejército, con su pormenorizada capacidad administrativa, organizó burdeles en un tiempo sorprendentemente corto y las aceras de Trípoli

> soportaban el peso de largas colas de hombres en fila de a cuatro, que esperaban con orden y paciencia pagar un dinero para romper la monotonía del celibato que imponía el desierto ... Los burdeles para oficiales estaban situados en otra zona de la ciudad...{97}

Sin embargo, el capellán general del ejército intervino raudamente para cerrar los burdeles oficiales, pero el resultado fue sencillamente que éstos volvieron a abrir aunque las mujeres no pasaban ya sus reconocimientos periódicos. El general Montgomery agudizó el problema al cerrar los burdeles de El Cairo y más tarde los de la zona noroccidental de Europa, con la ayuda de las autoridades canadienses y estadounidenses. Otras «zonas de peligro» notables estaban situadas «fuera de los límites» en Nápoles y en Bombay.

Según John Ellis las autoridades militares se equivocaron al tomar esta medida, provocada por la mojigatería de las críticas de ciertos religiosos y cuyos efectos fueron desastrosos.

> En Delhi, por ejemplo, el ejército frecuentaba lo que se conocía como burdel del regimiento, en un edificio cercano al Hakman Astoria. La entrada era parecida a la de un cine, con un cabo dentro de una cabina de cristal a quien cada uno daba las tres últimas cifras de su número en el ejército y cinco rupias. El cabo entregaba entonces una nota con el número de una habitación y un «babú» indio le acompañaba hasta ella y le proporcionaba condones. Las mujeres estaban bien pagadas —al menos de acuerdo con las pautas indias— y una vez a la semana pasaban una revisión médica que efectuaban miembros del cuerpo médico del ejército real. Desgraciadamente, esto llegó a oídos de algunos «benefactores» de Inglaterra y se levantó una oleada de protestas. Los burdeles oficiales se cerraron rápidamente, pero esto solamente sirvió para que las prostitutas anduviesen por las calles o por otros establecimientos ilegales. «En menos de tres semanas —según el cabo John Brat del cuerpo médico del ejército real— se llenaron todas las camas de la sala de enfermedades venéreas, antes prácticamente desierta, más todas las que se pudieron habilitar en la terraza.»{98}

Durante el resto de la contienda la incidencia de las enfermedades venéreas fue muy elevada en todos los escenarios de

la guerra, hasta el punto de que causaron más bajas que el propio enemigo. En Oriente Medio la cifra anual de bajas en combate fue de 35,5‰ en 1941, 31,4 en 1942 y 22,5 en 1943, mientras que las producidas por las enfermedades venéreas fueron 41,2‰ en 1941, 31,4 en 1942 y 21,8 en 1943. En Italia el número de bajas por enfermedades venéreas fue particularmente elevado, alcanzando un 68,8‰ en 1945 en un momento en el que las bajas por combate eran solamente de un 9,8 ‰ . En Burma la cifra alcanzó un sorprendente 157,9‰ frente al 13,9 de las bajas en combate. No hay que pensar por ello que las cifras alcanzadas por el ejército británico eran poco habituales: en 1943 en Túnez los soldados norteamericanos blancos llegaron a una cifra del 33,6‰, mientras que los negros alcanzaron un asombroso 451,3‰."{99}

Estas cifras eran alarmantes, no por razones morales, sino militares. Está claro que no se puede mantener la eficiencia de un ejército si las lesiones autoprovocadas —entre las que consideramos las enfermedades venéreas— alcanzan semejantes proporciones. Un paciente medio de enfermedades venéreas estaba veinte días en el hospital recibiendo cuidados, en un momento en que existía una grave escasez de soldados y en el que se necesitaban las camas de los hospitales para los soldados heridos en combate. Las autoridades norteamericanas pensaban en los condones como potencial solución, aunque temían ofender a la opinión pública de su país. John Steinbeck describió el problema con claridad, al tiempo que criticaba una hipocresía que pretendía

> que cinco millones de hombres y de muchachos perfectamente normales, jóvenes, llenos de energía y concupiscentes abandonasen, durante el tiempo de guerra, su habitual preocupación por las mujeres. El hecho de que llevasen consigo fotografías de mujeres desnudas, las llamadas *pin-up*, no le pareció a nadie algo paradójico. La convención era la ley. Cuando el Departamento de Suministros del ejército pidió X millones de preservativos de goma y artículos para prevenir la enfermedad hubo que decir que se utilizarían para proteger de la humedad los cañones de las ametralladoras. Quizás lo hicieron.{100}

El fracaso de las autoridades militares, tanto británicas como

estadounidenses, al no adaptarse a las necesidades sexuales de sus soldados evidencia un aspecto de la incompetencia militar que pocas veces se considera seriamente. Si se asume que es imposible —y física y psicológicamente indeseable— impedir las expansiones sexuales de los hombres, entonces corresponde a las autoridades responsables de su bienestar, que han invertido tiempo y dinero en el entrenamiento de esos hombres, asegurarse de que su salud no se verá perjudicada por enfermedades de transmisión sexual. Una de las preocupaciones del ejército es el buen estado físico y mental de sus hombres, tanto como su estado moral. Al fin y al cabo, se les pide que actúen como animales asesinos, de manera que los instintos primarios sean más importantes que los socialmente adquiridos. El cierre de los burdeles oficiales por las autoridades del ejército fue un acto de incompetencia militar, ya que amenazaba el bienestar psíquico de sus soldados, así como el potencial militar de la nación.

Mala planificación

Winston Churchill, como primer lord del almirantazgo en 1914, recibió las alabanzas de los historiadores por la manera inmediata en que la armada real estuvo en condiciones de actuar cuando estalló la guerra. El 4 de agosto de 1914, cada buque británico estaba situado de acuerdo con los planes trazados durante largo tiempo por el Estado Mayor. Desde Scapa Flow en las Orkneys, donde estaba situada la gran flota de Jellicoe, hasta el canal, donde se encontraban tres escuadrones de combate de buques «preacorazados», los estrategas navales habían convertido el mar del Norte en «una tierra de nadie» marina. Los cruceros de combate británicos podrían bloquear las salidas al norte o al sur, mientras que los cruceros ligeros y los destructores podrían patrullar la costa este desde su base en Harwich. La estrategia británica parecía excelente. En palabras de G. Callender:

> Mientras el almirante Jellicoe y la patrulla de Dover se mantuvieron en sus puestos, la flota alemana, con su tremendo poderío, estuvo

> prácticamente aislada. Los acorazados de Hohenzollern no podían surcar ni una sola ruta comercial, fondear en un solo dominio de ultramar, interferir las importaciones de las que dependían las islas británicas, ni podían detener la imponente oleada de guerreros que, desde muchos lugares y credos diferentes, venían a salvar la causa de la civilización.{101}

Pese a todo, los estrategas navales y Winston Churchill cometieron algunos errores en su «planificación para cualquier contingencia», el peor de los cuales fue descrito por Richard Hough:

> La primera de estas fisuras, que bien pudo haber sido fatal, fue la ausencia de bases fortificadas en la costa este que estuviesen adecuadamente situadas y perfectamente preparadas. Esa inmensa armada, que como Churchill afirmaba con orgullo se deslizaba silenciosa y rápidamente desde el estrecho de Dover hacia el mar del Norte, era como un ejército situado en campo abierto, sin una fortificación en la que poder restablecerse o defenderse. Las brújulas de los acorazados conducirían la gran flota a Scapa Flow. Pero este fondeadero general, con su desapacible clima, sus colinas desérticas y sus rápidas mareas y corrientes no contaba siquiera con la protección de un solo cañón naval fijo o incluso la luz de un faro que escudriñase la superficie de ataque, y carecía de botalones y de redes que protegiesen las entradas de cualquier ataque por sorpresa, fuese éste de superficie, con submarinos armados de torpedos o con barcos rápidos sembradores de minas.{102}

El error parece increíble. Dado que la seguridad de la nación estaba en manos de la flota, ¿por qué los planificadores navales no tomaron ninguna medida para proteger su seguridad?

El problema estribaba en que se había producido un cambio sustancial en los imperativos estratégicos del Reino Unido. Durante siglos ese país había hecho frente a las amenazas navales procedentes del sur, de España, Francia o incluso Holanda. Las bases navales británicas solían estar situadas en la costa sur, en Plymouth, Portland y Portsmouth. Los astilleros navales y muelles situados en el Támesis y en Chatham eran excelentes pero demasiado al sur para hacer frente a la amenaza alemana procedente del mar del Norte. Ya desde 1903 el almirantazgo se había dado cuenta de la necesidad de establecer bases en la costa este y había tomado la

decisión de desarrollar Rosyth, en el estuario de Forth. Sin embargo, los trabajos de construcción estuvieron llenos de fricciones entre el almirantazgo y el ministerio de la Guerra, a causa de si la base iba o no a ser responsabilidad de la armada. En cualquier caso, pronto estuvo claro que Rosyth estaría demasiado al sur para que la gran flota ejerciese desde ahí un bloqueo efectivo sobre Alemania, así como que a causa del incremento de la flota principal la base pronto sería demasiado pequeña.

A principios de 1913 se empezó a pensar en dos nuevos puntos: Cromarty y Scapa Flow. Cuando el almirantazgo solicitó la construcción de defensas permanentes en Scapa Flow, su coste, unas 400.000 libras, fue considerado prohibitivo.{103} Con todo, representaba la quinta parte del coste de un acorazado. Al inicio de la guerra la situación era caótica: Scapa Flow estaba indefensa, Cromarty inacabada y Rosyth considerada demasiado pequeña. Las bases restantes estaban demasiado al sur y no eran utilizables para detener un ataque alemán en el norte. La culpa de ese estado de cosas era la doctrina ofensiva que dominaba a la sazón la mentalidad del almirantazgo. El dinero que se gastara en defensas costeras no se podría emplear en la construcción y armamento de acorazados y sólo de ellos dependía la seguridad del Estado.

El éxito del submarino alemán U-9 al torpedear los tres cruceros acorazados británicos, el *Aboukir*, el *Hogue* y el *Cressy*, desató el pánico en la gran flota.{104} En todas partes se veían periscopios. Jellicoe estaba intranquilo en su indefensa base de Scapa Flow. Mientras se estaban construyendo las defensas costeras, decidió trasladar toda la flota de 21 acorazados y 8 buques «preacorazados» a Lough Swilly, en la costa norte de Irlanda. Con el hundimiento de tres viejos cruceros los U-9 habían conseguido que los británicos abandonasen el mar del Norte. Y aún fue peor cuando los alemanes minaron la costa de Irlanda y consiguieron hundir uno de los más nuevos cruceros de combate, el *Audacious.*{105} Beatty se quejó a Churchill de la inexistencia de una base «donde con un cierto grado de seguridad pudiesen repostar carbón, abastecerse, recomponer y reparar tras dos meses y medio de guerra». Para Beatty la armada había sido «destronada» por la incompetencia de los estrategas.{106}

En la época en la que escribió estas amargas palabras Beatty y su escuadrón de cruceros de combate estaban en una ría de la isla de Mull, protegidos de los submarinos por barcos guardacostas y redes. En realidad se estaban escondiendo. «Hemos trabajado duramente desde el 28 de julio», decía Beatty, y no sabía por cuánto tiempo podrían continuar haciéndolo.{107} La necesidad de reparaciones iba en aumento y, sin embargo, la inexistencia de una base lo hacía imposible.

Los alemanes jamás fueron capaces de capitalizar los errores de los estrategas navales porque seguramente no los creyeron posibles. La idea de que la principal flota británica, dueña y señora de los mares durante cien años, pudiese verse forzada a abandonar la zona de guerra, aunque fuese temporalmente, por la ausencia de una base segura y el temor a los submarinos alemanes, era algo inimaginable para los almirantes alemanes, quienes aún sentían un respeto reverencial por la armada británica.

3. LOS POLÍTICOS

En los últimos cien años, a medida que cambiaba la naturaleza de la sociedad y la tecnología de la guerra, se han ido haciendo más complejas las relaciones entre los políticos y los militares. En épocas anteriores nos encontrábamos con que el dirigente político y el militar eran la misma persona, pero más recientemente ambas figuras han ido distanciándose hasta el punto de que en algunos aspectos sus objetivos se han vuelto mutuamente excluyentes. Como puede suponerse, las peticiones de un ministro de Defensa, al menos en cuanto a asignaciones presupuestarias, entran en competencia, en nuestra época, con un gran número de departamentos ministeriales que han ido surgiendo en respuesta a los cambios acaecidos en la sociedad. Sin embargo, si bien el político y el responsable de las cuestiones militares se han distanciado en ciertos aspectos, en otros se interconectan de tal forma que a veces resulta casi imposible diferenciarlos. Las características específicas de la «guerra total» del siglo XX han impuesto exigencias estratégicas que ninguna mente militar puede resolver aisladamente.

Michael Howard ha descrito la estrategia militar como una forma de coerción organizada, defensiva u ofensiva, en que se emplea la fuerza —o la amenaza de ella— para obligar a un adversario a que abandone el rumbo de actuación previsto o lo conforme de acuerdo con el nuestro.{1} Sin embargo, en este siglo los recursos casi ilimitados con que cuentan los estados industrializados han hecho que nada excepto la destrucción completa de los recursos físicos y morales de una nación pueda resultar conforme a los deseos del vencedor. De ahí que lo que antes correspondía a la esfera de los jefes militares —como ganar batallas terrestres o marítimas, capturar fortalezas, hacer prisioneros u ocupar territorios— pueda no bastar ya para obtener la victoria total. Los elementos de estrategia que competen al soldado —a saber, el mantenimiento de un sistema

logístico que permita que un ejército o una flota operen, así como el uso de la fuerza militar en tales contingencias de combate— no agotan la totalidad del asunto. Hay que considerar dos nuevos elementos: las dimensiones sociales y tecnológicas de la estrategia, es decir la concepción de la estrategia propia de nuestra era. A medida que la guerra se ha ido haciendo tecnológicamente compleja se ha vuelto vital para los estados participar en las diversas «carreras» armamentísticas: construir buques, aviones de combate, tanques, bombarderos, misiles, etcétera. Por otro lado, hacia 1918 puede decirse que el elemento social de la estrategia emergió con una importancia tan crucial como el desarrollo tecnológico. El pensamiento militar británico de entreguerras, encarnado en hombres como Mitchell y Trenchard, llegó a estar dominado por la cuestión de la moral de la población civil y las teorías del bombardeo estratégico. Suponiendo que los bombarderos lograran penetrar siempre las defensas y suponiendo que se produjera un número de víctimas civiles inimaginable, ¿podría mantenerse el Reino Unido en guerra si la moral de la población civil se hiciera añicos? Los hechos mostraron luego que los civiles eran más fuertes y resistentes de lo que los militares habían previsto. Durante los bombardeos alemanes del Reino Unido la gente ordinaria se comportó con una moral robustecida y no debilitada; por otro lado, existe constancia de que algo parecido sucedió en las ciudades rusas y alemanas. Desde 1945 la dimensión social de la estrategia no ha dejado de aumentar su importancia, por lo que, pese al incremento de la tecnología bélica, resulta imposible menospreciar la importancia de las gentes comunes. Los triunfos de grandes dirigentes guerrilleros como Mao Zedong sirven de ejemplo de lo que acabamos de decir, así como el caso clarísimo del triunfo de los norvietnamitas sobre Estados Unidos: a pesar de contar con el mayor despliegue tecnológico de la historia los norteamericanos fueron incapaces de vencer a un pueblo cuya moral se mantuvo intacta.

Clemenceau dijo en una ocasión que «la guerra es demasiado seria para dejársela a los generales». El comentario contiene una buena dosis de verdad pero puede también ser erróneo. La guerra y la política van ciertamente unidas y la estrategia se preocupa por

naturaleza del despliegue de lo militar para lograr objetivos políticos. No obstante, los políticos pueden ser a veces tan ignorantes de la naturaleza del militar como el soldado de la del político. Por consiguiente, los objetivos militares deben vincularse a la capacidad militar. De ello se deriva que los políticos deben trabajar en estrecha conexión con sus consejeros militares para evitar que puedan perseguirse objetivos estratégicos quiméricos. La historia muestra que cuando los políticos han ignorado esa lección o han asumido el papel de comandante supremo durante la guerra, interfiriendo en las decisiones militares, suelen haberse producido fracasos.

Probablemente uno de los ejemplos destacados sea el de Hitler durante la segunda guerra mundial. Hitler fue sin duda alguna un estratega aficionado de talento, mejor que Churchill, a quien consideraba un «diletante». Sus dones militares eran intuitivos y, justo es reconocerlo, en ocasiones le acompañó una fortuna notable. No obstante, un jugador como Hitler no podía triunfar siempre, en particular si se indisponía con sus propios generales, cuyas cualidades profesionales necesitaba para sus victorias «intuitivas». Cuando los errores eran suyos, por lo general se manifestaban en puntos mucho más bajos de la jerarquía, como suele suceder con la incompetencia militar en la esfera política. Macksey en Narvik, Percival en Singapur, Von Paulus en Stalingrado, Montojo en Manila, Stopford en Suvla Bay, Wavell en Grecia, por no proseguir una lista interminable, son todos ellos ejemplos de militares que tuvieron que sufrir las consecuencias de decisiones insensatas tomadas por políticos.

La contribución de los políticos a la incompetencia militar reviste formas variadas. Como sucedió con Hitler en Ucrania, las decisiones políticas pueden indisponer a quien las toma con sus aliados naturales y aun convertirlos en enemigos reales. Una política de defensa alicorta, desvinculada de una apreciación estratégica realista, puede hacer que los comandantes militares tengan que hacer frente a peticiones imposibles. Cuando un Estado le ha negado a sus fuerzas militares el equipamiento militar necesario para las tareas que se le asignan, la culpa de lo que suceda luego es política y no militar. El Reino Unido estuvo muy cerca de pedir más de la

cuenta de sus fuerzas armadas durante la guerra de las Malvinas. En una era cada vez más tecnológica, las personas siguen contando mucho pero es posible que se espere demasiado de ellas.

El progresivo interés por el elemento social en la estrategia ha conllevado intentos psicológicos y físicos de minar la moral de la población civil. La propaganda fue un arma mal empleada por parte alemana durante la primera guerra mundial, aunque en 1939 Goebbels fue capaz de obtener un dominio mucho mayor sobre la población alemana del que habían logrado sus predecesores. No obstante, ni los alemanes en 1914 ni Goebbels en 1939-1945 lograron influir decisivamente en la moral de la población civil de sus enemigos. Puede incluso decirse que la propaganda inadecuada probablemente resulte contraproducente.

Quizás el efecto más significativo que pueden tener los políticos en la incompetencia militar se dé a través de su interferencia en las actividades de los generales, a causa de sus celos, y en sus intentonas de insistir en la acción militar por objetivos políticos. Como ha señalado Howard, la tarea del estratega consiste en usar las fuerzas militares a su disposición para lograr su objetivo político. No obstante, las acciones militares deben ser las apropiadas, coherentes con la fuerza de que se dispone, y diseñadas para contribuir a la finalidad política básica. Las «exhibiciones de feria», sea cual sea el objetivo político que persigan, pueden resultar desastrosas y a Winston Churchill le corresponde el honor de ser responsable de muchas más que cualquier otro dirigente político de nuestro siglo. Como un Chatham moderno, dispersó las fuerzas británicas y perdió muchas en operaciones mal aconsejadas, fuerzas por otro lado que habían sido sustraídas de otros cometidos militares vitales. Enviar el *Prince of Wales* y el *Repulse* a Singapur constituyó una forma inútil de «hacer acto de presencia»; al decidir hacerlo pasó por alto la gran probabilidad de perderlos por falta de cobertura aérea. Ese gesto, empero, en modo alguno podía compensar la negligencia de décadas que siguió a la construcción de la base naval de Singapur. Si el Reino Unido no podía permitirse enviar una flota a Singapur tampoco necesitaba para nada la base y, lógicamente, ni siquiera necesitaba Singapur. Colmar

apresuradamente de refuerzos la isla cuando estaba a punto de caer en manos de los japoneses constituyó una locura temeraria. Lo mismo puede decirse del gesto político que hizo que los británicos se comprometieran en Grecia. El resultado fue que Grecia se perdió en cualquier caso, como sucedió poco después con Creta, que muchas tropas británicas y su equipo fueron sacrificados y que, por otro lado, la brillante campaña del norte de África quedara frenada y fuera contrarrestada por Rommel. Resulta fácil culpar a hombres como Wavell, Neame y Ritchie, pero ello supone ignorar que realmente se trató de una chapuza política más que militar.

La apreciación del elemento social en la estrategia alienta a veces a los políticos a apresurarse o a insistir en la acción militar para fomentar el apoyo público a una guerra. Eso fue precisamente lo que ocurrió en Vietnam, aunque con escasa eficacia. Durante la guerra de las Malvinas, los políticos presionaron a los jefes militares para que obtuvieran algún tipo de victoria que compensara las noticias de constantes pérdidas navales, algo que aunque comprensible era erróneo. Las operaciones tendentes a hacerse con Goose Green y Darwin acabaron en victorias sólo merced a las notables cualidades guerreras de las tropas británicas que participaron en ellas. Dada la superioridad numérica del enemigo (4 a 1), era posible que el 2.° batallón del regimiento de paracaidistas resultara derrotado; de haber sucedido, el apoyo popular a la guerra se habría debilitado muchísimo más que por el impacto de la lista de bajas navales.

Enemistarse con los aliados naturales

Las alianzas derivan tanto del hecho de que dos o más grupos perciben una amenaza común como de que en tiempo de guerra la necesidad crea extraños compañeros de cama. Ejemplos de ello son el alineamiento de la Rusia imperial con el Reino Unido y la Francia democráticos en la primera guerra mundial y el de la URSS y Estados Unidos en la segunda. La imperiosa necesidad de derrotar a Alemania bastaba en ambas contiendas para que los aliados hicieran concesiones en asuntos aparentemente demarcatorios. Se trataba de problemas de alta estrategia y de decisiones tomadas por políticos y

no por jefes militares; de hecho, en todos los casos fue la gravedad de la situación militar lo que posibilitó el compromiso político. Sin embargo, la historia registra una serie de ejemplos de otros líderes políticos que consideraron imposible llegar a compromisos y que, por ende, se enemistaron con sus aliados naturales con desventuradas consecuencias militares. Vamos a ilustrar la afirmación anterior con dos ejemplos, uno antiguo y otro actual, respectivamente.

En el siglo VII el culto idolátrico árabe menguaba a medida que los misioneros cristianos, judíos y los seguidores de Zoroastro hacían conversos. Especial éxito tenía el cristianismo monofisita, que había logrado establecerse en las rutas de las caravanas incluso en el Yemen. En las fronteras del territorio bizantino, tribus del desierto como los Banu Ghassan eran en su totalidad monofisitas. Este pueblo solía abastecer de soldados los ejércitos bizantinos y había tomado parte en las campañas decisivas del emperador Heraclio contra Persia. Pese a ello, sufrieron persecución por sus creencias por parte del cristianismo ortodoxo dominante en el imperio bizantino.

El éxito de Mahoma en Arabia desafiaba el poder bizantino en Siria y Palestina, habida cuenta del carácter expansionista de la religión islámica. Por consiguiente, para defender las fronteras bizantinas de los musulmanes Heraclio había convenido conciliarse con los árabes cristianos. Sin embargo, en lugar de ello, intentó convertir por la fuerza a los monofisitas a una nueva doctrina denominada monoenergismo, que supondría un compromiso entre la ortodoxia cristiana y el monofisitismo.{2} Los monofisitas se negaron a ello y se dolieron mucho de la interferencia.

La captura musulmana de Gaza en el año 634 convenció a Heraclio de un nuevo peligro. Tras la derrota infligida a su hermano en el 635, envió dos ejércitos bajo las órdenes de Teodoro Tritirio y el príncipe de Armenia, Vahan, a enfrentarse a los musulmanes en Palestina. El 20 de agosto del año 636, el ejército bizantino con un gran contingente de 12.000 cristianos árabes al mando de un príncipe Gasánida combatió con los musulmanes durante una cegadora tormenta de arena en Yarmuk. Durante la batalla, los árabes cristianos —que eran monofisitas y estaban resentidos de las

amenazas de Heraclio a su religión— se pasaron al enemigo y liquidaron la batalla. El ejército bizantino resultó virtualmente exterminado y toda Siria y Palestina quedaron bajo dominio musulmán. Allá donde llegaron los musulmanes se encontraron con la buena acogida de los monofisitas, que odiaban la religión ortodoxa de Constantinopla. Al ser incapaz de llegar a un compromiso en lo tocante a la religión, Heraclio perdió el apoyo de los árabes monofisitas que, de haber ido las cosas de otra manera, podrían haber defendido la frontera del desierto de las acometidas musulmanas.

La brutal colectivización de las granjas realizada por Stalin en la década de 1930 le indispuso con los campesinos. Hacia 1941 la popularidad del régimen soviético era baja y muchas de las nacionalidades del Estado se oponían a un régimen que les negaba la autodeterminación. El conde Schulenberg, embajador alemán en Moscú, hizo llegar esa información a Hitler, apuntando que la URSS era un excelente territorio para la guerra psicológica, con los alemanes apareciendo como liberadores de las minorías nacionales. Es decir, como salvadores de ucranianos, bálticos, lituanos, georgianos, cosacos, armenios, letones y habitantes del Turkestán, Estonia y Azerbaján. Schulenberg creía que ello debilitaría el esfuerzo bélico ruso y posiblemente proporcionaría reclutas a los ejércitos alemanes. En palabras de Ronald Lewin, «lo único que requería el plan eran palabras y trato delicado».{3}

No obstante, Hitler no compartió tal apreciación estratégica. Para él todos los pueblos soviéticos eran *Untermenschen* o subhumanos, por lo que era una pérdida de tiempo que los germanos arios intentaran obtener el apoyo de bárbaros y sanguinarios orientales. Lo cierto es que el error de Hitler quedó bien claro al dar comienzo la «Operación Barbarroja». Durante el verano de 1941, grandes contingentes del ejército soviético se rindieron a los alemanes, que se sorprendieron al comprobar que numerosos oficiales rusos menospreciaban a Stalin y su camarilla y se aprestaban a alzarse en armas contra él. Cuando las tropas del ejército del norte al mando de Leeb llegaron a las provincias bálticas se encontraron con que los civiles les saludaban como liberadores y con que numerosos

hombres se ofrecían a unírseles para luchar contra los rusos. En el sur sucedió lo mismo, con los cosacos y ucranianos incluso demasiado impacientes por ver derrotadas las fuerzas rusas. Los alemanes tenían por consiguiente la oportunidad de organizar una cruzada antibolchevique.[4]

En ese momento Hitler echó por tierra su mejor ocasión de acabar con el dictador soviético. Sus firmes planes de anexionarse el territorio ruso, de emplear la población desplazada como fuerza de trabajo esclavizada y de repoblar las zonas despobladas con colonos alemanes obligaron a los campesinos rusos a presentar desesperada resistencia a los alemanes, resistencia que Stalin manipuló con habilidad para enfatizar la idea de la guerra «nacional». Explotando la pasada resistencia rusa a Napoleón (1812) y la victoria de Alexander Nevsky sobre los caballeros teutónicos (1242) pudo cohesionar a la población en torno al esfuerzo bélico ruso. No obstante, se calcula que en 1941 de los cinco millones de prisioneros soviéticos en manos de los alemanes dos tercios se habrían ofrecido voluntariamente a luchar contra los comunistas. Hitler remachó su error decretando que «el soldado ruso carece de cualquier derecho a ser tratado de acuerdo con la Convención de Ginebra». A consecuencia de todo ello, muchos de los que inicialmente estaban dispuestos a luchar al lado de los alemanes se indispusieron con Hitler hasta tal punto que se unieron a los grupos partisanos y hostigaron el avance alemán. La llegada de los *Einsatzgruppen* de las SS para atrapar a la población y conducirla a los campos de exterminio o convertirla en fuerza de trabajo esclavizada constituyó el punto final del error de cálculo estratégico de Hitler.

Errores en la formulación de las políticas

Para establecer lo que se denominan grandes estrategias un Estado no sólo debe considerar sus propios fines sino la reacción probable de los demás estados. El Reino Unido había de llegar a un acuerdo, antes de 1939, en relación a su declive con estados como Japón, Alemania y Estados Unidos. Para ello debía tomar en consideración los objetivos estratégicos de los enemigos y aliados

potenciales, lo que implicaba considerar a su vez su propia debilidad económica y las cambiantes percepciones de su papel en los asuntos internacionales que tendrían sus principales estadistas. En cierto sentido se trataba ni más ni menos que de deshacerse de parte del peso de su historia.

El declive británico como potencia mundial, económica y militar, se había exacerbado merced a la debilidad de sus aliados antes de 1914, Francia y Rusia, a la emergencia de Italia y Japón como enemigos potenciales y a la reaparición de Alemania. Irónicamente, en la década de 1920 la potencia aparentemente más fuerte de Europa era Francia; no obstante se trataba de un espejismo, puesto que, a causa de su declive demográfico, de las divisiones políticas y de los problemas económicos, no estaba en condiciones de enfrentarse a una Alemania rearmada sin una ayuda militar sustancial del Reino Unido.

La entente anglofrancesa que triunfó en 1918 fue una alianza militar y no estaba destinada a pervivir demasiado en el mundo de posguerra. Los políticos británicos y franceses tenían opiniones muy distanciadas respecto de la forma de reconstruir Europa, sobre todo en relación a los acuerdos con Alemania. Francia, que había sufrido dos invasiones en 44 años, estaba persuadida de la necesidad de que Alemania estuviera desarmada de forma permanente. Con el objeto de mantener su seguridad Francia conservó intacto un ejército de tierra y una fuerza aérea sin parangón en el mundo y construyó a la vez un sistema de alianzas respecto de la frontera oriental de Alemania, en el que Polonia y Checoslovaquia tenían un papel clave. El Reino Unido, por su parte, se percibía a sí mismo como un país estratégicamente demasiado amplio e incapaz de resistir el coste económico de sus obligaciones imperiales y continentales. Ello significa que el Reino Unido estaba muy dispuesto a corregir los excesos derivados del acuerdo de Versalles y a simplificar su cometido de influir en los acontecimientos mediante el restablecimiento de un sistema de equilibrio de fuerzas en Europa.

En la década de 1930 la posición estratégica británica empeoró sustancialmente. Las políticas expansionistas perseguidas por Italia y Japón, junto al rearme alemán bajo el gobierno de Hitler, suscitaron

la pesadilla de que el Reino Unido tuviera que enfrentarse a tres grandes potencias. Además, en 1934, con las reducciones navales derivadas de tener que descartar el crucero de batalla *Tiger* y los cuatro acorazados de la clase «Iron Duke» merced al acuerdo naval de Washington, era más que dudoso que la Royal Navy pudiera incluso actuar de acuerdo con las pautas al uso para una potencia normal, mientras que la RAF no figuraba en aquel momento entre las cuatro fuerzas aéreas más importantes del mundo. Preocupado por la aparente impotencia militar británica, el dirigente conservador y ministro de Hacienda Neville Chamberlain sentía aún mayor inquietud por lograr que su país evitara la bancarrota, de ahí que estuviera convencido, a mediados de la década de los treinta, de que el rearme hubiera precipitado la ruina financiera.

No obstante, no fueron sólo las razones financieras las que evitaron el rearme británico. Como ha señalado Christopher Layne:

> Cuando el Reino Unido se enfrentó a la amenaza estratégica de una Alemania resurgente tras 1933, se combinaron estos factores —a saber: la fragilidad económica británica, el rechazo a la perspectiva de una guerra por parte de la población y el miedo a que el Reino Unido fuera vulnerable a un ataque aéreo— para ejercer una influencia dominante en la respuesta británica a la amenaza alemana.{5}

En 1934, la junta de jefes de Estado Mayor británica resolvió que «de estallar la guerra en Europa, lejos de contar con los medios para intervenir, difícilmente podríamos hacer algo más que defender las fronteras y avanzadas del imperio durante los primeros momentos de la guerra».{6} Se trataba de una valoración precisa, pero rígidos controles presupuestarios impidieron que el Reino Unido rectificara la situación y pasara a rearmarse de forma completa. A consecuencia de ello, a partir de 1934 el Reino Unido se vio abocado a una política estratégica de «disuasión», basada en una aprehensión errónea del valor destructivo de los bombardeos aéreos.

La decisión británica de adoptar una política disuasoria se fundamentó en la experiencia de finales de la primera guerra mundial, cuando los ataques de Zeppelin y Gotha sobre Londres mataron a numerosas personas y mostraron los efectos

devastadores de los bombardeos civiles. Tanto Trenchard en el Reino Unido como Douhet en Italia difundieron la creencia de que en la próxima guerra el bombardeo estratégico de las áreas urbanas sería irresistible, así como que resultaría imposible la defensa activa contra los bombarderos. No resulta pues extraño que la conclusión a que llegaron los dirigentes militares británicos fuera que la única defensa contra tan terrorífica arma era la capacidad de poder contragolpear duramente. Por consiguiente, el Reino Unido debía buscar la seguridad equipando sus fuerzas aéreas con bombarderos pesados, algo mucho menos costoso que mantener un gran ejército. Chamberlain expresó la política británica en los siguientes términos:

> ...nuestra mejor defensa sería poseer una fuerza disuasoria tan poderosa que hiciera que el éxito de un ataque fuera demasiado dudoso para ser digno de consideración. Sugiero que probablemente ello puede lograrse mediante el establecimiento de una fuerza aérea con base en este país de un tamaño y eficacia calculada para inspirar respeto a un hipotético enemigo.{7}

La junta de jefes de Estado Mayor no estuvo de acuerdo. Para ellos sólo un vasto ejército, capaz de intervenir en el continente, disuadiría a un agresor. En su opinión, los aliados y enemigos potenciales considerarían la concentración británica en la fuerza aérea como un ejemplo típico del anhelo inglés de evitar los compromisos europeos, por lo que su valor disuasorio sería escaso. De ahí que presionaran para que se creara una fuerza de combate británica y para que se ampliara la armada para estar en condiciones de hacer frente a dos potencias como Alemania y Japón. Sin embargo sus opiniones fueron vetadas por Chamberlain basándose en su coste. Chamberlain insistió en que la fuerza de bombarderos estratégicos disuadiría a Alemania de atacar el Reino Unido y los Países Bajos. Era mucho más difícil explicar cómo podría el Reino Unido ayudar a países como Polonia y Checoslovaquia.

La remilitarización de Renania por Hitler en 1936 convenció a los franceses de que la guerra con Alemania no tardaría mucho. Intentaron por consiguiente convencer a los británicos de que era prioritario crear una fuerza expedicionaria de cierto calibre capaz de

luchar junto al ejército francés, intento que estaba condenado a fracasar. Habida cuenta de la amenaza para Checoslovaquia y Polonia en el este, resulta sorprendente que Francia y el Reino Unido hicieran tan escasas intentonas de convencer a Rusia de que se uniera a una alianza antialemana. No obstante, una posible razón de tal conducta pudiera residir en la nula confianza de las democracias occidentales en la capacidad militar rusa, a la que se unían el miedo y la repugnancia por el comunismo dominantes en las clases dirigentes francesas y británicas. De acuerdo con Christopher Layne,

> para los líderes británicos no era insensato, habida cuenta del conocimiento que tenían de las opiniones de Hitler al respecto, aceptarlas y creer que la estrategia británica debía consistir en alentar los objetivos orientales de Hitler, con lo que enfrentarían a la Unión Soviética y Alemania ... Parece que la auténtica razón de que no existiera una alianza anglosoviética en 1937, 1938 y 1939 era que el Gobierno británico consideraba (probablemente de forma incorrecta) que existían alternativas políticas viables para proteger los intereses de la seguridad inglesa.{8}

La fragilidad de la política de disuasión británica era tal que no resultaba creíble. Los servicios de inteligencia alemanes podían mantener a Hitler informado de la capacidad de bombardeo estratégico de la RAF, de ahí que éste fuera claramente consciente de que el Reino Unido carecía de la fuerza de bombarderos precisa para causar daños realmente decisivos al esfuerzo bélico alemán. Lo cierto es que al estallar la guerra en 1939 ningún país, ni siquiera Alemania, tenía tal capacidad. Por consiguiente, no era posible disuadir así a Hitler, habida cuenta que la realidad militar no apoyaba la amenaza. El Reino Unido había sido incapaz de aceptar las consecuencias económicas de financiar el rearme y, sin embargo, había optado por la política menos onerosa de disuadir al enemigo merced al bombardeo estratégico. ¿Cómo iban a considerarlo sus enemigos un obstáculo serio a sus ambiciones si ni siquiera podía o quería apoyar su política con la fuerza de bombarderos que en verdad se hubiera necesitado para disuadirlos? La única política que hubiera impresionado a Hitler habría sido que el Reino Unido se comprometiera a mantener un vasto ejército, listo para combatir

junto a los franceses. Eso habría disuadido a Hitler de sus aventuras en Polonia y Checoslovaquia porque no se habría arriesgado a ser atacado de manera decisiva por los aliados en su desguarnecida frontera occidental. Sin esperanza alguna de recibir ayuda militar británica sustancial, Francia se vio obligada a optar por una estrategia defensiva, por lo que Hitler interpretó correctamente que, a tenor de lo que se veía, el ejército francés había perdido su voluntad de luchar. De ahí que la línea Maginot actuara más como prisión que como fortaleza de las esperanzas francesas.

En 1938 las afirmaciones de Hitler acerca de los Sudetes aproximaron la guerra a Europa mucho más que en crisis anteriores. Por un momento pareció que franceses y británicos apoyarían a los checos con la fuerza, pero en la conferencia de Munich se llegó a un trato que pospuso la guerra durante un año. Los historiadores se han mostrado divididos respecto de lo acertado de la táctica del continuo apaciguamiento del dictador alemán. Se ha señalado que Alemania estuvo en su peor momento respecto del Reino Unido y Francia en 1938 y que declarar la guerra en ese momento le hubiera resultado desastroso. No obstante, otros historiadores han señalado que el calamitoso estado de las defensas aéreas británicas en 1938 y el sentimiento de que se habría sucumbido al poder ofensivo de la Luftwaffe muestran lo contrario. La decisión estratégica que los aliados tomaron en Munich tuvo enormes consecuencias militares y los líderes de ambos países deberían haber sido capaces, a través de los documentos de sus servicios de información militar, de llegar a una conclusión conociendo, respectivamente, su propia fuerza y la del enemigo. Si ello no fue posible, debido a deficiencias en el trabajo informativo, la responsabilidad debe buscarse en otro lado. En cualquier caso existe una razón sólida para argüir que la mejor oportunidad de éxito aliado contra Alemania debe buscarse en 1938 y no al año siguiente.

Es un error común suponer que la Luftwaffe habría causado graves daños a las ciudades británicas —y francesas— en 1938. En realidad no estaba en disposición de lanzar o mantener un ataque de ese tipo; estaba desarrollándose como fuerza aérea táctica, destinada a apoyar tanques rápidos y unidades de infantería

motorizadas. El hecho de concentrarse en bombarderos medios y bombarderos capaces de lanzarse en picado muestra que la política alemana no era en 1938 la de emprender la campaña de bombardeos estratégicos que todos temían. Irónicamente, nunca sucumbieron al mito del bombardero en la forma en que lo hicieron los británicos. El problema de Chamberlain era que estaba convencido de que Alemania haría precisamente lo que más miedo le daba, es decir, que lanzaría terroríficos ataques sobre Londres.

El potencial militar alemán era en 1938 una sombra de lo que sería dieciocho meses después. Al desencadenarse la crisis de Munich el ejército alemán contaba con 48 divisiones regulares, de las que sólo tres eran divisiones acorazadas, cuatro eran divisiones ligeras de reconocimiento y cuatro de infantería motorizada; carecía de artillería pesada y disponía de pocas reservas. Habría que señalar que cinco de las divisiones eran austríacas, de prestaciones y nivel muy alejado del de las unidades alemanas. Las tres divisiones acorazadas estaban equipadas con los obsoletos tanques ligeros PKW I y II, y sólo disponían de un pequeño número de tanques medios PKW III & IV. El grueso del ejército alemán constaba de 37 divisiones de infantería, con pocos cambios desde 1918, con sistemas de transporte y artillería de tracción animal. En caso de crisis, Alemania podía movilizar ocho divisiones de reserva y 21 divisiones Landwehr, en la mayoría compuestas por viejos veteranos de la primera guerra mundial con escaso entrenamiento y material moderno.

Por otro lado, sería erróneo sobrestimar la fuerza del ejército checo en ese momento. De hecho se trataba de un ejército <<de papel» que carecía de ensayo en acción. De las 30 divisiones de infantería checas sólo 19 eran regulares; las divisiones de reservas, además, carecían de equipo moderno. Las divisiones regulares, no obstante, pueden considerarse equivalentes a las homologas alemanas y contaban con armas excelentes. Es probable que de parapetarse tras las amplias fortificaciones que los checos habían construido en la frontera de Silesia pudieran haber resistido a los alemanes durante algún tiempo, pero con la escasa capacidad de sus jefes militares resulta dudoso que hubieran logrado algo más.

En opinión de Williamson Murray, la falta de capacidad en cualquier circunstancia climatológica de la Luftwaffe habría reducido su posibilidad de apoyar operaciones terrestres, mientras que las deficiencias de las fuerzas acorazadas habrían hecho que el resultado de una campaña contra Checoslovaquia hubiera sido muy diferente de la librada un año después contra Polonia.{9} Las bajas habrían sido probablemente mayores, el progreso más lento y la victoria mucho más difícil de obtener. De haber sido así, se habría alentado a los críticos a Hitler en el seno del ejército alemán, que eran numerosos, a hacer valer sus opiniones tradicionales a expensas de pensadores más jóvenes como Guderian. Stolfi ha llamado la atención sobre el uso que hicieron los alemanes del equipo y de las fábricas de armamento checas durante la invasión de Francia en mayo de 1940.{10} De haberse visto obligados a abrirse paso a la fuerza en Checoslovaquia difícilmente podrían haber capturado tanto equipo checo intacto o habrían estado en condiciones de apoderarse de una industria armamentista operativa.

Hasta el momento hemos examinado los problemas que hubiera supuesto un conflicto checogermano para Hitler, pero en el caso de haber estallado una guerra general no podrían haberse permitido el lujo de una campaña en un frente único. Incluso en el este, existía el problema de la reacción de Polonia y Rusia, mientras que en el oeste tendrían que haber tomado en consideración a Francia, su principal y más poderoso enemigo, que estaba tan bien equipado para el combate como ellos. En cuanto al Reino Unido, hay que admitir que estaba menos preparado y que lo decisivo era su actitud hacia Alemania.

Las historias generales han cometido por lo común la ligereza de valorar el potencial del ejército francés a la baja, quizás porque Hitler lo hizo y acertó. No obstante, los generales alemanes no creían en la intuición de Hitler y preferían basar su estrategia en fundamentos más sólidos, como los informes de los servicios de inteligencia. Para ellos resultaba difícil creer que una nación que había luchado con tal determinación y coraje en la primera guerra mundial, y que además había triunfado, no fuera a plantear una amenaza sustancial en una futura guerra. Eran soldados, no

científicos sociales o, como en el caso de Hitler, aficionados temerarios. Ellos no vieron en el ejército francés lo que vio Hitler; además, lo que él se negaba a ver en el ejército alemán ellos sí lo habían visto.

Stolfi ha puesto en entredicho el mito de la superioridad acorazada alemana en mayo de 1940. Es probable que en 1938 se hubieran encontrado con que las fuerzas mecanizadas francesas eran oponentes formidables. La industria francesa de vehículos acorazados había iniciado una producción masiva en 1936 y fabricaba más tanques de «mayor tamaño y complejidad que los alemanes».{11} Stolfi señala que los alemanes eran a lo sumo capaces de producir 100 tanques en un mes, contando con el uso de la fábrica checa Skoda, mientras que en enero de 1940 los franceses estaban en condiciones de fabricar 150. Sin duda alguna la calidad de los tanques franceses, usados apropiadamente, les habría permitido lograr en 1938 al menos una situación de tablas y probablemente algo más. Sólo la posesión de los tanques y las instalaciones de producción checas permitió a los alemanes crear cuatro nuevas divisiones *panzer*, que sustituyeron a las divisiones ligeras que se habían usado sin éxito en Polonia, divisiones que contaban con 297 tanques checos TNHP de 35 y 38 mm que se usaron en lugar de los obsoletos PKW 1.

La situación en la Unión Soviética también resulta relevante. En septiembre de 1939, cuando se produjo la invasión de Polonia, Stalin había completado su purga del ejército Rojo y estaba aliado con Alemania. No obstante, un año antes aún estaba reduciendo la disidencia en el ejército y la fuerza militar rusa era consecuentemente pequeña. Sin embargo, en 1938 la Unión Soviética todavía no se había aliado con Alemania y todavía no apoyaba su economía con grandes cantidades de materias primas como sucedió tras al pacto nazisoviético. Aun en el caso de que Rusia no constituyera amenaza militar alguna para Alemania, Hitler tampoco contaba entonces con su apoyo. Por otro lado, Rumania estaba alarmada por la amenaza a Checoslovaquia y había advertido a Hitler que de continuar su agresión debía despedirse del petróleo rumano tras octubre de 1938.{12}

Fueran cuales fueran los planes de Hitler para Europa oriental no podía hacer caso omiso del hecho de que sus principales enemigos se encontraban en Occidente. La «línea Maginot» alemana, el muro del oeste, era una «farsa completa» que se había iniciado en 1938 y que en la época de Munich contaba sólo con 517 bunkers. Un año después la cifra ascendía a 10.000, pero éstos eran militarmente inútiles porque el hormigón aún no había cuajado. A falta de posiciones defensivas formales hubiera sido necesario emplear grandes contingentes de fuerzas terrestres en la frontera francesa. Así las cosas, y dada la fuerza potencial de la oposición checa, ¿dónde encontrar esas fuerzas? Al general Adam le tocó mandar la totalidad del frente occidental con sólo 5 divisiones regulares y aunque Hitler le prometió enviarle 20 más de estallar la guerra con Francia y el Reino Unido, Brauchitsch contradijo inmediatamente al *führer* al anunciarle que en las primeras tres semanas ¡sólo podría contar con ocho![13]

Hitler, como jugador que era, nunca permitió que tales problemas le preocuparan. Creía que el ejército francés era débil pese a su aparente tamaño y que su voluntad de combate podía considerarse muy baja. Estaba en lo cierto, hasta el punto de que puede decirse que su intuición le ayudó más que los informes de inteligencia. En el momento de la verdad los jefes militares franceses sólo mostraron miedo y pasividad. Gamelin y el alto mando francés no tenían ninguna intención de lanzar un ataque contra Renania mientras Alemania estuviera ocupada en otro sitio. Sólo estaban dispuestos a ocupar la línea Maginot y a «mirar a través de las troneras de nuestras fortificaciones ... como testigos pasivos de la esclavitud de Europa».[14] A pesar de la ventaja numérica en Occidente, 56 divisiones contra 8 por parte alemana, Gamelin no confiaba en la posibilidad de que Francia obtuviera una victoria digna de tal nombre.

La preocupación del mando británico en 1938 era, como ya hemos dicho, la potencia aérea alemana. Alistair Horne explica en una nota a pie de página de su libro *To lose a Battle* la base de los temores británicos y su impacto en la estrategia de la nación:

> Ayudados sin duda por las exageraciones de Udet, los expertos británicos y franceses temían a la Luftwaffe por razones erróneas en 1938. Aunque permanecieron ciegos a la potencial significación táctica de los bombarderos y cazas capaces de lanzarse en picado, estaban hipnotizados por la mortandad que los He-111 de Goering parecían dispuestos a descargar sobre la población civil. En 1938, el comité de Defensa imperial británico estimaba que la Luftwaffe dejaría caer 35.000 toneladas de bombas sobre Londres durante las primeras 22 horas de ataque, mientras que el ministerio de Sanidad predecía 600.000 muertos y 1.200.000 heridos en los primeros seis meses. (En realidad, durante la totalidad del *Blitz* sobre Londres sólo cayeron 18.000 toneladas de bombas, que causaron un total de 90.000 muertos en un período de siete meses.) La RAF, considerando que su fuerza de cazas estaba por debajo del mínimo exigido para la defensa del Reino Unido en 1938, llevó a conclusiones erróneas al Gobierno (como, de hecho, habían hecho siempre los exponentes del potencial aéreo estratégico) acerca de la capacidad de bombardeo en alfombra como medio de ganar la guerra, lo que a su vez influyó mucho en la determinación de Chamberlain de no presentar batalla por Checoslovaquia.{15}

Horne señala a continuación que aunque Londres y París hubieran sufrido ataques aéreos, los daños habrían sido mínimos en

comparación con los previstos. En 1938 Hitler carecía de bombarderos capaces de destrozar la moral de la población civil, así como de los *panzer* y Stukas necesarios para triunfar en un ataque relámpago (*blitzkrieg*) sobre Francia. Si se toma en consideración todo ello se puede percibir con mayor claridad cuán poco podían ganar los aliados retrasando lo inevitable. Chamberlain quizás creyera que había logrado «paz en nuestra época», pero sus consejeros militares deberían haberle convencido de que eso suponía cerrar los ojos a la realidad. Churchill vio la situación con claridad.

Además, el equilibrio del poder naval, tradicionalmente vital para el Reino Unido, le era notoriamente favorable en 1938. Los cruceros de combate alemanes *Scharnhorst* y *Gneisenau* aún no se habían concluido y lo mismo sucedía con los grandes acorazados *Bismarck* y

Tirpitz. Alemania no contaba con cruceros pesados ni portaviones; sólo tenía 6 destructores y 12 submarinos oceánicos. El alto mando alemán (OKM) dudaba de su capacidad para proteger las rutas comerciales en el Báltico y los embarques de hierro sueco. Incluso sin acorazados de la clase *King George V*, el Reino Unido poseía un dominio mucho mayor sobre Alemania del que tendría doce o trece meses después.

En términos estratégicos la economía alemana era extremadamente vulnerable en 1938. Sus vitales suministros de mineral de hierro procedentes de Escandinavia podían interrumpirse como se había hecho en la primera guerra mundial mediante el bloqueo naval británico. Aunque autosuficiente en cuanto a carbón, las minas alemanas occidentales, particularmente las del Saar, estaban cerca de Francia y podrían haberse convertido en blancos de la actividad militar francesa. En el caso de que Italia entrara en guerra, también hubiera dependido del carbón alemán. En realidad, el carbón alemán era una importantísima fuente de transacciones exteriores y el procedimiento por el que Alemania obtenía el petróleo que necesitaba. Los esfuerzos por crear una industria de combustible sintético en la década de 1930 no habían logrado convertir a Alemania en un país autosuficiente en cuanto a derivados del petróleo. Muy lejos de ello, en junio de 1938 sólo disponía de reservas de petróleo para cubrir un 25% de las necesidades derivadas de la movilización, mientras que la situación en lo que respecta a los lubricantes para aviones era aún más desesperada, con sólo un 6 por 100 de las necesidades bélicas cubiertas. El problema con el caucho era también importante, puesto que a mediados de 1938 la producción de caucho sintético sólo satisfacía un 6% de las necesidades alemanas. En cuanto a municiones, la producción de pólvora era sólo del 40%, y la de explosivos del 30%, respecto de la cifra máxima de la primera guerra mundial.{16} El mensaje era, pues, claro y en el período que va de Munich al estallido de la guerra en septiembre de 1939 Alemania hizo enormes esfuerzos para satisfacer sus demandas bélicas.

Williamson Murray ha resumido así la situación estratégica de 1938:

> El rasgo sorprendente de la situación militar en 1938 era la relativa falta de preparación de todas las naciones europeas para librar una guerra limitada y no digamos ya para una conflagración importante. Por otro lado, todas ellas eran bien conscientes de su fragilidad. En el caso de los alemanes, a su falta de preparación militar se unía su vulnerabilidad económica.{17}

Francia, si bien poseía una notoria superioridad militar en Occidente, estaba dirigida por personas poco deseosas de explotar su ventaja en el caso de que Alemania atacara a Checoslovaquia. Los dirigentes británicos, por su parte, no contaban con tal poder militar, por lo que se enfrentaban al siguiente dilema: ¿debemos atacar al enemigo mientras está en situación de debilidad o hemos de esperar a que sea más fuerte? Sea como fuere, el tiempo no jugaba a favor de los aliados. Alemania hizo mejor uso de la prórroga de doce meses, convirtiéndose en 1939 en un enemigo más formidable de lo que hubiera sido antes si Francia y el Reino Unido hubieran apoyado a los checos en ocasión de la crisis de los Sudetes.

La estrategia política británica de disuasión fracasó en 1938 porque mostró carecer de «fuerza» y «dientes». Puede incluso decirse que, en otro sentido, careció incluso de «corazón». La fuerza de bombarderos estratégicos de la RAF sólo existía en la mente de algunas personas, para tranquilizar a unas e inquietar a otras. Chamberlain no creyó suficientemente en ella para arriesgarse a entrar en guerra con Alemania y tras su capitulación en Munich su valor disuasorio fracasó de forma clara.

La confianza británica en el ejército francés bastaba para apoyar la creencia de que no se necesitaba un potente ejército inglés capaz de luchar a su lado en el continente. No obstante, los franceses vieron socavada su confianza en las intenciones británicas en virtud de la falta de voluntad de éstos de crear un ejército masivo, lo que a su vez debilitó la respuesta francesa ante las amenazas alemanas hacia Checoslovaquia.

Fracaso de una política de disuasión

Son muchas las guerras que empiezan mediante ataques por sorpresa: el ataque japonés a Pearl Harbour es tan sólo el ejemplo más célebre. Las guerras de Oriente Medio en 1956, 1967 y 1973 empezaron todas ellas de esa forma; lo mismo sucedió con la guerra de Corea o con el conflicto de las Malvinas. Ahora bien, ¿hasta qué punto resultó sorprendente la «sorpresa»? Gerald Hopple ha sugerido que en el caso de las Malvinas la respuesta debe ser «no demasiado».{18} Argentina se había mostrado complaciente con el «patrioterismo» desde hacía tiempo y ya en 1977 había amenazado con la invasión. El hecho de que la guerra estallara en 1982 tiene mucho que ver con ciertas «asunciones tranquilizadoras pero erróneas en sentido político o estratégico».{19} Esas asunciones cuajaron en visiones aparentemente precisas pero en realidad erróneas en el lado británico y argentino sobre sus propias capacidades y las del enemigo.

De acuerdo con Richard Betts, cuando se produce un ataque por sorpresa como la invasión argentina de las Malvinas no es necesariamente válido dar por supuesto un fallo informativo, puesto que el error a menudo tiene un origen político.{20} Las sorpresas del tipo de las Malvinas, Corea o Pearl Harbour derivan de tensiones irresueltas. La nación a la que se «sorprende» suele haber recibido suficientes advertencias a las que no ha respondido con acciones. Los cálculos erróneos acerca de las intenciones enemigas suelen provenir de asunciones estratégicas falsas por parte de la víctima.

En el caso del Reino Unido en 1982, el fracaso político está directamente vinculado con las posiciones acerca de la defensa nacional. La evidencia de las intenciones argentinas era conocida, aunque se analizó erróneamente y de ello se derivaron respuestas erróneas. Para los británicos el suceso pudo parecer una tormenta que se había desatado de repente, pero la cuestión de las Malvinas era para los argentinos un asunto nacional desde hacía tiempo. Para los ingleses las islas eran sólo un vestigio del imperio, mientras que para el argentino medio tenían un significado parecido al de la «línea azul de los Vosgos» para los franceses tras 1870. Exceptuando algunos expertos del Foreign Office, bien pocos británicos sabían de la firmeza con que Argentina expresaba su reclamación de las

Malvinas, sobre todo desde 1945. Los momentos de crisis en los que Argentina había reclamado, en el siglo XX, la soberanía de las islas menudeaban: en 1927-1928, 1933, 1966 y 1976. En 1977 se había producido una seria amenaza de invasión; un buque británico había disparado y se envió a un submarino de la Royal Navy al sur del Atlántico con intenciones disuasorias. No obstante, en febrero de 1981 parecía que podía vislumbrarse un acuerdo negociado. La caída del general Viola y su sustitución por el general Galtieri dio al traste con ello y cambió la situación: un renovado «patrioterismo» azuzado por la insegura junta provocó la ruptura de las negociaciones. Ante la nueva amenaza el secretario del Foreign Office británico, lord Carrington, se vio forzado a decidir si la situación requería la presencia de una nueva fuerza disuasoria en el sur del Atlántico. Decidió no enviarla, por razones presupuestarias y también porque consideró improbable una invasión argentina.

Los servicios de información eran de una opinión distinta a la de lord Carrington; creían que existían pruebas mucho más alarmantes de lo que él consideraba y que no podía excluirse una invasión argentina. El 29 de marzo de 1982, lord Carrington dijo públicamente que el Gobierno de su Majestad se reservaba sus opciones militares caso de que no prosperara una solución diplomática. Se envió secretamente el submarino nuclear *Spartan* a las Malvinas, aunque ya era demasiado tarde.{21}

La política de disuasión de los británicos no había podido evitar que los argentinos invadieran las Malvinas. La razón del fracaso debe buscarse en una serie de asunciones estratégicas incorrectas, la más importante de las cuales era quizás que los argentinos no recurrirían a la fuerza para apoderarse de las islas. Al fin y al cabo, el contencioso era uno de los más antiguos del mundo contemporáneo (se remontaba a la década de 1770) y hasta el momento Argentina no había recurrido a las armas. Nadie podía negar que se habían producido amenazas en varias ocasiones, pero se habían considerado amenazas vacías, producto de la retórica propia de la política sudamericana. Las referencias a las Malvinas se interpretaban en el Reino Unido como cuestiones destinadas al consumo interno, encaminadas a exteriorizar el descontento con la

política interior. Extrañamente, Galtieri había alentado esa interpretación británica al sugerir que podría reducirse la inflación rebajando los gastos militares, rebaja que tenía como principal destinatario la armada.

El segundo error británico fue subestimar el significado de las Malvinas para Argentina. Las islas representaban quizás una lejana posesión colonial para los británicos, pero para el argentino medio formaban parte de la tierra patria puesto que desde pequeño se le había inculcado la lealtad a ese trozo del hogar. La intensidad de un sentimiento así puede ser una guía equívoca pero suele constituir un buen indicador de que el problema no desaparecerá. En palabras de Lawrence Freedman, a principios de 1982 los británicos «...no podían ofrecer un compromiso a Argentina ni tampoco un compromiso creíble a largo plazo a los habitantes de las islas. La única postura de negociación que quedaba abierta era la de dar largas».{22}

Gerald Hopple añade: «el farol y las evasivas difícilmente pueden considerarse las posturas negociadoras ideales para evitar un estallido cuando el otro lado estaba preso de sentimientos tan intensos como los de los argentinos».{23} Sin embargo, tampoco la junta escapó al error de interpretar mal la situación, al confundir las «reticencias británicas y la diplomacia ambivalente y poco entusiasta» con la falta de disposición a resistir una agresión sin provocación anterior, particularmente contra estados pequeños.{24}

Janice Gross Stein ha afirmado que la disuasión concebida como estrategia presupone considerar al menos cinco factores y que tomar decisiones sin prestar a éstos una consideración suficiente supone arriesgarse al fracaso.{25} En primer lugar, un Estado debe evaluar con claridad los intereses en juego. Luego, hay que contar con información precisa sobre la naturaleza del desafío que hay que disuadir. En tercer lugar, un Estado debe tener una comprensión cabal de las intenciones del enemigo potencial, así como de su forma de encarar las opciones de que dispone. El cuarto factor es la credibilidad del compromiso de responder a la acción del enemigo. En último lugar se encuentra la consideración de la respuesta que se dará de fallar la disuasión.

El pensamiento estratégico británico era «pésimo». Se continuaba creyendo que Argentina no atacaría nunca, aun cuando la evidencia sugería lo contrario. Este tipo de «asunciones derivadas del pensamiento desiderativo» constituían una base peligrosa para elaborar una concepción estratégica.{26} Por otro lado, en lugar de ajustar sus necesidades defensivas a la posibilidad de tener que actuar en el sur del Atlántico como una opción viable en caso de fracasar en la disuasión, el Reino Unido respondió de la peor manera posible al negarse a ceder las Malvinas y no tomar pese a ello compromisos tendentes a defenderlas. El Reino Unido, como Francia en 1940, no aseguraba que sus objetivos políticos fuera estratégicamente realizables en función de las fuerzas militares disponibles.

Idealmente, el Reino Unido debía haber comprometido un número de tropas en la defensa de las Malvinas, pero la situación económica de principios de la década de los ochenta hizo que ello fuera impensable. En el momento en que tomó cuerpo en el Foreign Office la convicción de una seria amenaza de intervención militar argentina era ya demasiado tarde para intentar disuadirla. La carencia de una fuerza disuasoria digna de tal nombre estacionada en la zona actuó en contra de los intereses británicos en dos sentidos. Naturalmente, su presencia física no bastaba para disuadir a la fuerza invasora argentina, pero también es muy probable, y eso es lo más importante, que tal ausencia convenciera a la junta militar de que el Reino Unido no se preocupaba suficientemente de las Malvinas como para defenderlas y de que la invasión no provocaría más que una reacción simbólica. A ese respecto la culpabilidad del gobierno británico parece obvia.

Así como el gobierno británico no logró comprender el compromiso emocional de Argentina con las Malvinas, tampoco la junta logró comprender que el Reino Unido lucharía por algo que parecía no importarle. Su error resulta, empero, comprensible. El Reino Unido había decidido ya retirar el buque de patrulla polar *Endurance* de las aguas de las Malvinas y eso habría significado el virtual abandono del papel disuasor en el sur del Atlántico. Sólo el curioso incidente de los comerciantes de chatarra metálica en

Georgia del Sur persuadió al almirantazgo de dejarlo allí. Por otro lado, el Reino Unido nunca hizo saber a Argentina los riesgos que podría correr de recurrir a los medios militares. El Reino Unido, en realidad, había sustituido una política de disuasión real por una política de faroles y bravuconadas y cuando tuvo que responder a ella se vio obligado a hacerlo a una escala y un coste enormemente superior al que habría sido necesario de mantener una fuerza disuasoria eficaz. La presencia de un submarino nuclear en las aguas de las Malvinas, junto a una clara advertencia a la junta de que estaba ahí y que de ser necesario se utilizaría, habría salvado a ambos países de una guerra que nunca tuvo que haberse producido. Para ambos países los costos en hombres y material fueron enormes y todo ello se debió a una incompetente operación de estrategia disuasoria.

Militarmente, los argentinos escogieron mal el momento para escalar en la crisis. El Reino Unido estaba en proceso de desmantelar su capacidad naval para reaccionar precisamente al tipo de operación que estaban planificando los argentinos. Los portaviones *Hermes* e *Invincible* estaban destinados, respectivamente, a dejar de ser operativos y a ser vendidos a Australia. Ello habría acabado con la capacidad británica de operar con una fuerza aérea de emplazamiento marítimo. Además, se habían desechado los planes para construir nuevos portaeronaves. La retirada de los últimos Vulcano habría acabado con la capacidad de ataques de largo radio de acción. Argentina, por su parte, estaba a punto de recibir nuevas armas y la actuación en la guerra de sus Super-Étendard, dotados con misiles Exocet, muestra cuán diferentes hubieran podido ser las cosas. De haber esperado un año o dieciocho meses más, el Reino Unido habría carecido de capacidad para lanzar una operación anfibia destinada a desembarcar tropas terrestres en unas islas distantes.{27} Aunque los análisis retrospectivos hacen que las opciones estratégicas parezcan más simples de lo que eran en aquellos momentos, Argentina tenía razón al valorar que la orientación general del pensamiento militar británico era reducir los compromisos y concentrarse en el escenario europeo, en el que su cometido era proporcionar una fuerza antisubmarina contra los

soviéticos. El Reino Unido, a su vez, probablemente estaba convencido de que su pasado de «cañonera» se había preservado sano y salvo junto al tambor de Drake merced a las bolas de naftalina de la historia.

Confusión de objetivos políticos y militares

La caída de Francia en junio de 1940 y la evacuación de la fuerza expedicionaria británica de Dunquerque acabaron con cualquier esperanza inmediata de que el Reino Unido atacara directamente a Alemania. A resultas de ello, el pensamiento estratégico británico se desplazó del teatro europeo al mediterráneo, zona de tradicional interés para los ingleses. En conflictos anteriores, particularmente el napoleónico y la primera guerra mundial, el Mediterráneo había resultado vital para la estrategia británica, y a partir de 1940 volvió a serlo, convirtiéndose en el centro de los esfuerzos militares y navales británicos tras la entrada en la guerra de Italia.

Habida cuenta del poderío italiano en el teatro africano del conflicto, con 300.000 soldados estacionados en Libia y 200.000 en Etiopía, los comandantes británicos de Oriente Medio —el almirante Cunningham, el general Wavell y el mariscal del aire Longmore— comunicaron a Londres que sólo podrían retener a Egipto si recibían refuerzos. Además de contar con superioridad en cuanto a soldados de infantería, la fuerza aérea y naval italiana era sobre el papel superior a la británica. El 16 de agosto se tomó la decisión de dar prioridad a Oriente Medio en una escala siempre creciente. Al concentrar de tal forma sus fuerzas armadas en Egipto los británicos se vieron obligados a hacer sacrificios por doquier. En Extremo Oriente, no podrían ya cumplir las promesas hechas a Australia y Nueva Zelanda de ayudarles caso de producirse un ataque japonés.

El Reino Unido se había comprometido a conservar Egipto por diversas razones, la menor de las cuales no era el prestigio que ello suponía en toda la zona de Oriente Medio. Egipto había sido una importante base militar británica durante sesenta años y era de todo punto impensable que pudiera rendirse. La fijación con Egipto se debía a una interpretación totalmente errónea de las intenciones

estratégicas de Hitler, al presumir que su imperiosa necesidad de combustible le obligaría a atacar Oriente Medio. En realidad Hitler no había pensado en tal acción y su intervención en la zona mediterránea fue una mera respuesta defensiva a las presiones británicas en Libia y Grecia. Si bien era cierto que los alemanes estaban sufriendo escasez de combustible, lo estaban resolviendo mediante la obtención de reservas de Rumania y de otros países bajo su férula.

La estrategia británica en el Mediterráneo a principios de la guerra fue totalmente irreal y carente de una aprehensión sólida de la auténtica realidad militar. Las esperanzas de Churchill de lograr aliados, particularmente Turquía y los franceses del norte de Africa, nunca estuvieron bien fundadas. Weygand, gobernador de la zona norteafricana francesa, no era proalemán, pero permanecía leal al régimen de Vichy y no se habría aliado con los ingleses a no ser que su poder hubiera sido arrolladoramente fuerte. Los turcos, por su parte, eran militarmente demasiado débiles para resultar útiles como aliados del Reino Unido, por lo que Churchill tenía mucho más que ganar de su postura de neutralidad.

La entrada italiana en la guerra ofreció a los británicos objetivos militares realistas en África. Si bien no podía golpear directamente a Alemania, podía erosionar su prestigio derrotando a su aliado en Libia y Etiopía. Además, una victoria en el norte de África permitiría a las tropas británicas tener abierta la puerta hacia Europa mediante la invasión de Italia. No obstante, era vital que el Reino Unido no intentara dispersar en exceso sus recursos limitados. De hecho, las argumentaciones políticas incidieron a la hora de decidir asuntos en que sólo debieran haber contado consideraciones militares, aunque el desastre fue sólo local y no general. El entrometimiento de Churchill en los asuntos militares del mando de Oriente Medio en 1940-1941 contribuyó a cuatro desastres separados pero con algunas vinculaciones entre sí: la expedición griega, la caída de Creta, la reconquista de la Cirenaica por Rommel y la caída de Singapur. Aun en el caso de que hubieran existido fallos tácticos en los cuatro casos, mayores fueron las culpas de los estrategas políticos, de modo que el fracaso militar posterior puede

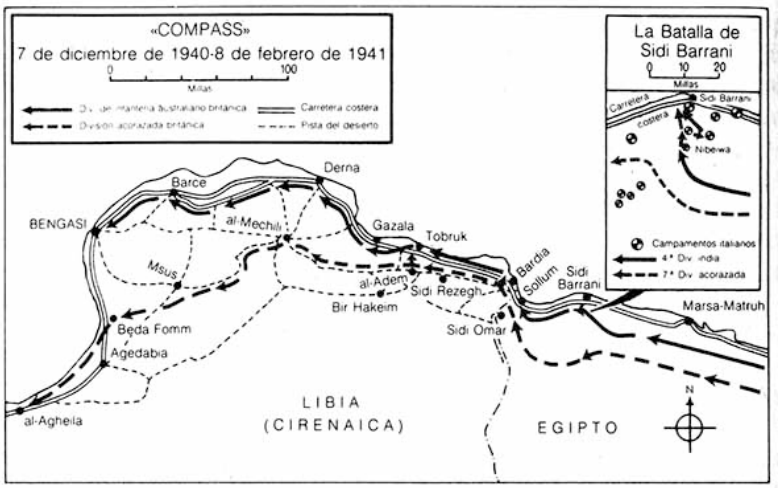
considerarse producto de su actuación.

El 28 de junio de 1940, el comandante supremo italiano, mariscal Balbo, fue derribado por sus propias defensas antiaéreas y fue sustituido por Graziani, mucho menos capaz, quien rápidamente se mostró sensible a la presión política procedente de Italia para lanzar una ofensiva sobre Egipto. Como Wavell en el lado británico, Graziani andaba escaso de todo lo preciso para una ofensiva: aviación, armas antitanque, armas antiaéreas, artillería media, tanques de tipo medio y todo tipo de vehículos. No obstante, Mussolini se mostró impaciente y le ordenó que avanzara estuviera o no preparado. Según el conde Ciano, «nunca antes se había emprendido una operación militar con la voluntad de su comandante tan en contra».{28}

En septiembre de 1940, Graziani ordenó a sus tropas en Egipto que avanzaran hasta Sidi Barrani y que al llegar allí se detuvieran para establecer una cadena de campamentos fortificados, aunque estaban demasiado distantes entre sí para poder apoyarse mutuamente. Churchill «azuzó» impacientemente a sus comandantes para que respondieran, haciendo caso omiso de las dificultades a que se enfrentaban.{29} Wavell, en particular, estaba sometido a una enorme presión política por parte de Londres. El primer ministro dudaba a las claras del espíritu ofensivo de Wavell. Lo cierto es que realmente no comprendió a este sutil y complejo general que en la guerra no parecía comportarse tal y como era. En octubre se envió a Eden a El Cairo para que informara de los planes para la ofensiva diseñados por Wavell; para su sorpresa se encontró con que el general estaba preparando una operación con el mayor secreto.

Aunque concebida como simple «incursión de fuerzas», la ofensiva de Wavell logró superar de forma arrolladora a la totalidad del ejército alemán en la Cirenaica. Habida cuenta del desequilibrio de fuerzas entre italianos y británicos, no contaban con tal cosa y, por ello, eran escasas las tropas de apoyo que estaban en condiciones de sacar partido del avance de O'Connor. Por otro lado, Wavell y el teniente general «Jumbo» Wilson estaban demasiado lejos del escenario para influir en la rápida batalla. El 7 de diciembre,

O'Connor empezó su operación con sólo 25.000 hombres, aunque aventajaba al enemigo en tanques (275 a 120): sus 50 «Matildas» eran casi inasequibles al fuego enemigo. O'Connor atacó en primer lugar Sidi Barrani, que tomó en tres días. No obstante, Wavell ignoraba en El Cairo que se había obtenido esa gran victoria y quería hacer regresar a la 4.a división india para enviarla a Sudán. Se llegó a la absurda situación de que, mientras las tropas italianas se retiraban hacia el oeste, una buena parte de las tropas británicas se dirigía hacia el este, cumpliendo las órdenes de trasladarse a otro frente.{30}



6. La velocidad del avance de O'Connor sorprendió a los italianos y prometía a los británicos una completa victoria en el norte de África. No obstante, tras tomar toda la Cirenaica, se ordenó a O'Connor que detuviera su avance porque Churchill necesitaba sus tropas para la aciaga expedición a Grecia. La llegada de las tropas alemanas al mando del mariscal de campo Erwin Rommel transformó la situación y permitió a Hitler hacerse con un punto de apoyo en el norte de África desde el que podría amenazar la posición británica en Oriente Medio.

La 7.ª división acorazada continuó progresando. El 22 de enero había caído Tobruk. En este punto se hacía preciso contar con refuerzos para sacar partido a las ventajas conseguidas, pero éstos se mantenían en Egipto. O'Connor nunca perdió el ímpetu y el 5 de febrero había capturado Bengasi y se había apoderado de toda la Cirenaica. Para la desgracia de O'Connor —y de Wavell—, Churchill

había vuelto a pensar en su propia obsesión personal, una alianza balcánica contra Alemania. En palabras de Liddell Hart, en «ese momento cazaba otra liebre».{31} Todos los beneficios militares de los soldados profesionales hubieron de desperdiciarse por los instintos de jugador de un estratega aficionado.

En abril de 1939 el Reino Unido había garantizado su apoyo a los griegos en el caso de que sufrieran un ataque alemán. No obstante, tras la invasión de Grecia por los italianos en octubre de 1940, el líder griego —Metaxas— no estaba demasiado dispuesto a aceptar apoyo militar por miedo a provocar la intervención alemana. En realidad, los griegos mantenían por sí mismos a raya a los incompetentes comandantes de Mussolini en Albania.

A. J. P. Taylor ha descrito la decisión de intervenir en Grecia como un acto «basado en razones políticas y sentimentales, una especie de "Noruega por encima de todo" de nuevo».{32} Churchill se afanaba en intentar que Yugoslavia y Turquía endurecieran su resistencia contra Alemania y en alentar a todas las naciones amantes de la libertad. Sin embargo, esa retórica servía de bien poco a los pueblos balcánicos. En algunas ocasiones Churchill parecía estar reñido con su propio siglo. Los primitivos ejércitos balcánicos no podían enfrentarse de forma pareja con los profesionales alemanes. No obstante, Churchill estaba decidido a apoyar a Grecia a expensas del norte de África, de acuerdo con lo que expuso a los jefes del Estado Mayor el 6 de enero de 1941:

> Me parece obvio que apoyar a Grecia es prioritario una vez que el frente occidental de Egipto ha sido asegurado ... Debemos actuar de forma que estemos seguros de que, si el enemigo invade Bulgaria, Turquía entrará en guerra. Si Yugoslavia resiste y no es molestada, si los griegos ... se mantienen en Albania, y si Turquía se convierte en un aliado activo, la actitud de Rusia puede evolucionar favorablemente.{33}

Como comenta John Connell, «era una opinión extremadamente presciente».{34} Pero también, visto en otros términos, una estrategia de «torre de marfil». El comentario de Churchill acerca de que asegurar el flanco occidental de Egipto tenía prioridad absoluta significaba seguramente que, hasta que los italianos hubieran sido

finalmente batidos en el norte de África, no sería seguro planificar nuevas operaciones a gran escala. Y sin embargo, eso era justamente lo que le pedía a Wavell que hiciera, sin reforzar su mando y sustrayendo tropas de su victorioso avance a través de la Cirenaica. Churchill tomaba decisiones militares basándose en razones meramente políticas, con el refuerzo aparente de la opinión de Eden, secretario del Foreign Office, de que era posible mantener los Balcanes con independencia de la situación en África. Connell señala que este tipo de pensamiento

> daba nada menos que por garantizadas ... dentro de las exigencias de la realidad ... cosas como el clima, la distancia, las averías de vehículos, la falta de repuestos, las pérdidas de combustible causadas por canalizaciones mal diseñadas y el desgaste físico y moral de hombres presionados más allá de la resistencia. Exigir complejas operaciones a gran escala y pedir a la vez una reducción al por mayor de las instalaciones y facilidades administrativas, de comunicaciones y de pertrechos mínimas para garantizarlas era, por lo menos, poco razonable.{35}

Al comandante griego, Papagos, le sorprendió la disposición británica de intervenir en Grecia. En su opinión era mucho más sensato que los ingleses se concentraran en la conquista del norte de África antes de intentar otras acciones. Sin embargo, Churchill ordenó a Wavell que no enviara refuerzos a O'Connor, que a la sazón sólo contaba ya con 50 tanques pesados y 95 vehículos acorazados ligeros. Pese a todo, con esa pequeña fuerza se las arregló para derrotar a los italianos en Beda Fomm y forzar a todo el ejército italiano a rendirse. En ese momento el camino hasta Trípoli a través del cuello de botella de Agheila estaba expedito y, a pesar del cansancio de O'Connor y de la 7.a división acorazada, se aprestaron a seguir avanzando y a completar el derrumbe del imperio italiano en el norte de África.

En ese punto se detuvo el avance británico por órdenes del gobierno.{36} El 12 de febrero Churchill envió a Wavell un largo telegrama felicitándole por el éxito de sus tropas y ordenándole que frenara posteriores avances. Sólo un contingente mínimo de fuerzas debía permanecer en la Cirenaica, puesto que debía concentrar el

mayor número posible de tropas para enviarlas a Grecia. Se esperaba que al menos pudiera contarse con cuatro divisiones, entre ellas una acorazada. Además, debía prescindir también de toda la cobertura aérea de Wavell, excepto un escuadrón. Contra el consejo de dos de sus principales oficiales de Estado Mayor, Wavell convino en respaldar la operación griega, aunque en eso se engañó. Se le había dicho que los alemanes no podrían acudir en apoyo de los italianos en el norte de África hasta abril y, en segundo lugar, creyó que los griegos se unirían a las fuerzas británicas para presentar resistencia en la línea Aliakmon, una posición defendible.

Factores políticos hicieron que los griegos cambiaran su actitud y aceptaran la ayuda británica. La muerte de Metaxas y su sustitución por Koryzis, más flexible, permitió a Churchill persuadir a los griegos de que les interesaba aceptar su ayuda militar. Pero Hitler no estaba dispuesto a contemplar cruzado de brazos la derrota italiana en Grecia, que posibilitaría una eventual intervención británica contra su flanco más débil mientras invadía Rusia. A resultas de ello, se enviaron escuadrones de la Luftwaffe a Sicilia, desde donde podían entorpecer el dominio británico en el Mediterráneo central. Así, mientras Rommel se aprestaba a intervenir en Libia, Hitler se preparaba para invadir Grecia. Los recursos británicos estaban totalmente dispersos en Libia y África oriental y ahora Wavell, como comandante militar en Oriente Medio, había de enfrentarse a una nueva campaña en su zona. El 7 de marzo, con el acuerdo de Wavell y el apoyo de Cunningham, Longmore y la junta de jefes de Estado Mayor, 50.000 soldados británicos llegaron a Grecia. El general Alanbrooke escribió lo siguiente en su diario: «¿Tendremos "partidarios de Salónica" como en la última guerra? ¿Por qué los políticos nunca aprenden ese simple principio de concentrar las fuerzas en el punto vital y la necesidad de evitar la dispersión de los esfuerzos?».{37}

Posteriormente volvió a escribir: «Siempre he considerado, desde el mismo principio, que nuestra participación en las operaciones en Grecia era una clara chapuza estratégica. Nuestras manos estaban más que llenas en ese momento en Oriente Medio y la aventura de Grecia sólo podía provocar la más peligrosa dispersión de fuerzas».

{38}

En un mes los alemanes invadieron el país y expulsaron a los británicos, con la pérdida de 12.000 hombres y todo su equipo. Según Taylor,

> resulta difícil creer que aun una negativa a ayudar a Grecia hubiera significado una grave ofensa al prestigio británico. Las grandes esperanzas que habían levantado los primeros éxitos de Wavell en la Cirenaica se desvanecieron. Los británicos parecían volver al punto de partida, a una postura obstinadamente defensiva y con escasas perspectivas de una victoria final.{39}

En el ínterin, las cosas habían sufrido un vuelco espectacular en Libia, puesto que la llegada de Rommel había transformado la situación. Rommel pudo derrotar con escasas fuerzas y sólo 50 tanques a los bisoños soldados que habían reemplazado a los veteranos de Wavell. La defensa del desierto occidental había quedado en manos de una reducida fuerza, una división australiana mal equipada y sin experiencia y la denominada 2.a división acorazada, que a duras penas contaba con una brigada de anticuados tanques de los que no más de la mitad estaban en condiciones de funcionar en algún momento. El propio O'Connor había regresado de permiso a Egipto y había sido sustituido por el teniente general Neame. Wavell, por su parte, se había alarmado en una visita al frente al observar los dispositivos de Neame y el lamentable estado de los tanques. Al producirse la crisis enviaron a O'Connor a ayudar a Neame, pero el avance de Rommel fue tan rápido que ambos generales fueron capturados por los alemanes el 6 de abril.{40} El 11 de abril los británicos habían sido expulsados de la Cirenaica, excepto de Tobruk, cercado.

El intento de Churchill de establecer una cabeza de puente británica en Europa era, en virtud de la fuerza militar de que se disponía, irreal. Sólo había sido posible reduciendo peligrosamente la guarnición en el norte de África y haciendo caso omiso de las demandas de Singapur. Los beneficios que hubieran podido obtenerse de una alianza balcánica contra Alemania no compensaban los riesgos que ello implicaba. Churchill debería haber

sabido que los ejércitos yugoslavo, turco y griego nunca podrían resistir a un ejército alemán capaz de derrotar a Francia en unas semanas. La reducción de las fuerzas británicas en Egipto suponía una invitación para que Hitler estableciera una cabeza de puente en el norte de África. Así como los alemanes revitalizaron a sus aliados austríacos en la primera guerra mundial al lograr la gran victoria de Caporetto, la llegada de un comandante excepcional, de tropas alemanas y de equipo y fuerza aérea, restableció la moral de los italianos.

Churchill siempre había considerado Egipto como el centro estratégico de la estrategia británica en el Mediterráneo y, sin embargo, al emprender la campaña griega permitió que los alemanes reemplazaran a los italianos, convirtiéndolos en una amenaza real a la «vena yugular del sistema imperial británico, el canal de Suez». En palabras del general W. G. F. Jackson,

> Hitler contaba con suficientes recursos para usar ampliamente su cabeza de puente africana; Churchill no disponía de los recursos ni de objetivos practicables para emplear la presencia británica en los Balcanes. Resulta difícil ver qué podía hacer una fuerza expedicionaria de cuatro divisiones frente a las 18 del 12.° ejército alemán de List.{41}

Llegados a la valoración final, competía a los consejeros militares del primer ministro manifestarle que su gran estrategia resultaba inviable por razones logísticas. Era imposible que las fuerzas británicas y griegas resistieran una invasión alemana. Sin la presencia británica los griegos hubieran podido negociar un acuerdo. Fue la ceguera planificadora lo que hizo que cuatro divisiones británicas fueran sacrificadas ante el altar del ego de Churchill. Incluso la tan pregonada fuerza marítima británica sólo sirvió para evacuar el grueso de las fuerzas inglesas y ofrecerles un refugio temporal en Creta. La debilidad terrestre británica era demasiado grande para desafiar a los alemanes en el continente europeo.

La interferencia política en asuntos militares

La interferencia política en el quehacer del militar no es un fenómeno nuevo. Ya en el año 408 de nuestra era el incompetente emperador romano Honorio asesinó por celos a su capaz general Estilicón, probablemente el único hombre capaz de contener la amenaza de los godos de Alarico. En circunstancias similares, Aedo, conquistador de Atila y los hunos, fue muerto en 454 por el emperador Valentiniano, que sospechaba del poder de su general. En ambos casos las consecuencias militares fueron desastrosas para Roma. Los celos de Justiniano hacia su general Belisario y su negativa a proporcionarle los recursos precisos para sus campañas son también reprochables. En palabras de Ernest y Trevor Dupuy,

> **...**el acto más corto de miras de toda la polémica conducta de Justiniano fueron sus celos y malos tratos a Belisario. Ningún príncipe había sido tan bien servido por un súbdito leal como lo fue el emperador por su gran general. Para evitar que Belisario (o cualquier otro general) se volviera demasiado poderoso, Justiniano le molestaba imponiéndole el mando compartido y enviándole a lograr vastos proyectos sin las fuerzas adecuadas para ello.{42}

En tiempos más recientes, diversos generales han sido obligados a tomar decisiones militares a partir de criterios políticos antes que militares. El duque de Marlborough estuvo constantemente sometido a presión por sus jefes políticos en Inglaterra y, en concreto, la batalla de Malplaquet (1709) se libró más por razones políticas que militares. El resultado fue una victoria pírrica que costó a Marlborough y Eugene entre 16.000 y 18.000 bajas, por un total de 12.000 a los franceses.

En el verano de 1864, durante la guerra civil norteamericana, la impaciencia del presidente confederado Jefferson Davis tuvo serias consecuencias al imponer el reemplazo del general Joseph E. Johnston por el general John Bell Hood. Johnston era un astuto comandante que comprendió que el avance de Sherman en Georgia podía dividir aparentemente la Confederación, pero que en realidad ni lograba destruir al ejército confederado ni apoderarse de Atlanta. Hasta que Sherman lograra una de esas cosas se limitaba a ocupar espacio. Puesto que eran inminentes las elecciones en el Norte, era

vital para Lincoln que Sherman lograra algo decisivo, puesto que Grant sostenía una guerra de desgaste con el ejército de Lee en el frente de Richmond y era poco probable que de ahí llegaran las buenas nuevas. Para el Sur, la mejor esperanza en aquel momento era una situación de tablas en la guerra. Por otro lado, si Lincoln perdía las elecciones —algo que parecía más que posible antes de la caída de Atlanta— los confederados podrían obtener una paz negociada. Por consiguiente, era crucial evitar un desastre en Georgia. Johnston comprendió que esa era la opción militar más inteligente y empleó por ello una táctica «fabiana» para no dar a Sherman la oportunidad de obtener una victoria espectacular. Sherman actuaba con una línea de suministros muy larga y poco sólida que podía hostigarse continuamente, lo que daba a los confederados la oportunidad de aliviar la presión sobre Atlanta.

Sin embargo, Jefferson Davis estaba convencido de que sólo la victoria militar proporcionaría la independencia al Sur y, obviamente, nunca podrían ganar batallas si sus ejércitos rehuían el combate. En su opinión, Johnston carecía de las cualidades precisas para derrotar a Sherman mediante duros combates y optó por el valiente pero impetuoso Hood. El cambio de mando dio a Sherman la oportunidad que ya desesperaba de obtener. Hood era consciente de que había sido promovido al mando para combatir y se dispuso a hacerlo, emprendiendo dos asaltos desesperados a las posiciones de los federados que le ocasionaron 13.000 bajas. Ello le obligó a replegarse en Atlanta tras las líneas fortificadas y a soportar un sitio. El 2 de septiembre la ciudad cayó en manos de Sherman, con lo que las noticias de la victoria catapultaron a Lincoln frente a su contrincante demócrata, McClellan, que había basado su campaña en la idea de que la dirección de la guerra era un fiasco. Los confederados perdieron Atlanta porque Jefferson Davis interfirió en las operaciones de un comandante dotado que era incapaz de congeniar temporalmente con él.{43} El adiestramiento militar de Davis le había convencido de su pericia profesional como estratega, pero se engañaba a sí mismo: debería haber dejado la dirección de la guerra al hombre que estaba en el campo de batalla.

El 25 de mayo de 1982, dos aviones argentinos Super-Étendard,

provistos de misiles Exocet, despegaron con la misión de atacar los portaviones *Hermes* e *Invincible.* Incapaz de localizar los portaviones, uno de los aviones logró hundir el buque de 13.000 toneladas *Atlantic Conveyor*, que transportaba diez Wessex y cuatro helicópteros gigantes Chinook. Afortunadamente, uno de los Chinook estaba volando en aquel momento, pero la pérdida de los otros tres —cada uno de ellos capaz de transportar ochenta hombres— tuvo un gran impacto en la estrategia británica en las Malvinas.

El mismo día del desastre del *Atlantic Conveyor*, el general de brigada Julian Thompson, a la sazón comandante de las fuerzas terrestres, recibió instrucciones del almirante Fieldhouse en Northwood de que el mando en el Reino Unido consideraba esencial que desembarcaran soldados británicos para que atacaran de inmediato a las fuerzas argentinas. Existía un blanco obvio: la guarnición argentina en Goose Green, 13 millas al sur de San Carlos. Thompson no estaba nada convencido, puesto que consideraba que Goose Green era irrelevante para el objetivo central, Port Stanley; tras su conquista a los defensores de Goose Green no les quedaría otra alternativa que la rendición. Había intentado dejar una pequeña fuerza que evitara un ataque argentino por el flanco desde Goose Green mientras su fuerza principal se aprestaba a caer sobre Mount Kent, que dominaba Port Stanley. Aunque el alto mando en el Reino Unido se contentaba con que dominara Mount Kent, le dejaron brutalmente claro que también debía pelear por Goose Green y que si él no enviaba inmediatamente fuerzas a ese punto encontrarían a otro comandante que lo hiciera.{44}

La orden significó una carga poco razonable para Thompson. Con la pérdida de sus helicópteros Chinook a bordo del *Atlantic Conveyor*, resultaba necesario que sus hombres caminaran hasta Port Stanley, salvando las dificultades, no por su propia voluntad —como pudo colegirse de los medios de información—, sino por dura necesidad militar. Al haber desaparecido todas las esperanzas de un rápido viaje helitransportado a través de la isla, corría el riesgo de que sus hombres se agotaran antes de llegar al campo de batalla. Además, para incrementar sus problemas y aliviar de paso los de los políticos, se le había ordenado que lanzara un ataque inmediato

contra Darwin y Goose Green. En palabras de Max Hastings, «... el asunto de Goose Green se debió realmente a la impaciencia militar ... Los políticos británicos necesitaban noticias de algún éxito tras las pérdidas del 25 de mayo, demasiado malas para aplicarse la prudencia que a menudo habían aconsejado a otros».{45}

Thompson hizo un último intento de persuadir al alto mando en Northwood de que la operación en Goose Green era irrelevante, aunque sin éxito. Los informes de los servicios de inteligencia de que se disponía sugerían que la defensa de Goose Green estaba encomendada a un batallón argentino débil, por lo que 450 paracaidistas —bajo el mando del coronel Jones y con el apoyo de tres cañones de 105 mm, que era todo lo que podía transportarse a tiempo— debían bastar para hacerse con la posición. Si el coronel Jones se quejó de que el apoyo artillero era inadecuado, y realmente lo era, habría dado a Thompson la oportunidad de evitar la operación de Goose Green, pero Jones estaba ansioso de seguir adelante. Se descartaron también los vehículos blindados ligeros Scorpion y Scimitar por la escasez de combustible y las características poco adecuadas del terreno. Se iba a tratar de una acción de infantería pura y simple.

Cuando las dos unidades de paracaidistas se acercaban a Goose Green los observadores argentinos situados en zonas elevadas se percataron de su avance, por lo que el general Menéndez, comandante argentino, helitransportó reservas de Mount Challenger a Darwin. La reacción argentina quizá se debió también al «soplo» de la BBC, que esa misma mañana había informado que dos unidades de «paras» estaban a 8 km de Darwin. La guarnición argentina pasó de golpe de 500 a 1.400 soldados, incluyendo algunas tropas de buen nivel, bien atrincherados. Por consiguiente, las tropas británicas avanzaban hacia un encuentro con un enemigo que les superaba en una proporción de 3 a 1, aunque no descubrieron que se enfrentaban a algo más que al débil batallón previsto hasta que capturaron un Land Rover con tres soldados argentinos.{46}

En realidad, la guarnición argentina peleó con decisión en todo momento, desmintiendo su descripción previa como «soldados

desmotivados y desmoralizados». Dispararon una lluvia de fuego de mortero y de artillería pesada contra los paracaidistas tan pronto como aparecieron en el istmo. En palabras de Max Hastings, «incluso un enemigo formado por conscriptos se sentiría la mar de bien disparando con municiones de sobras desde excelentes posiciones, mientras los paracaidistas tenían serios problemas por su escasa provisión de municiones, inevitable en una fuerza de infantería atacante».{47}

No obstante, al final triunfó la total profesionalidad de los «paras», aunque con un coste trágico. El coronel H. Jones murió en combate por Darwin Hill; la cifra total de víctimas fue de 17 muertos y 35 heridos. Los argentinos perdieron 250 hombres y sufrieron unos 150 heridos. El resultado más sorprendente desde la óptica de los paracaidistas fue el gran número de prisioneros que hicieron: unos 1.200, más o menos ¡el triple de sus propios efectivos!

El fallo de información que hizo que se enviara a los paracaidistas a luchar con tal desproporción de efectivos se debió a la interrupción del contacto entre Londres y San Carlos. El ministro de Defensa supo de las disposiciones de batalla del general Menéndez y del traslado de sus tropas pero no informó de ello a Thompson con tiempo suficiente para permitirle reforzar sus unidades de paracaidistas.{48} El resultado podía haber sido desastroso y haber rematado una confusa operación realizada sin ninguna razón estratégica inteligible para los mandos militares. Como ha señalado Max Hastings:

> El ataque a Goose Green reflejó precipitación y menosprecio del enemigo por parte de los responsables de iniciarlo, algo que sólo pudo compensar la brillante actuación de los «paras». Con la posible excepción de Georgia del Sur, la batalla constituyó el único ejemplo de la campaña en que Londres «molestó» a los comandantes que actuaban en el terreno. Los políticos y jefes del ejército, profundamente alarmados por las pérdidas en San Carlos, pidieron una actuación urgente de las fuerzas de tierra por razones políticas y militares ... se trató de un episodio clásico en que quedaron patentes los riesgos y complicaciones que pueden producirse cuando se dirige una operación militar para servir a un propósito político urgente.{49}

El heroísmo y las soberbias cualidades de combate de las tropas británicas se colocaron al servicio de los políticos, una gran responsabilidad de la que no se debiera haber abusado. Al exigir la realización de una operación como la de Goose Green, sin hacer caso de las dificultades, se pusieron en peligro las vidas de muchos soldados y se corrió el riesgo de fracasar.

Fallos del arma propagandística

Hasta el siglo XX no se comprendió adecuadamente la importancia de la propaganda en las contiendas bélicas. Antes de 1914 a los soldados no les preocupaba en demasía conocer las razones de la lucha; les bastaba con que se les hubiera ordenado luchar. La justicia de la causa por la que se luchaba era evidente. Sin embargo, la mejora de las transmisiones y de la tecnología informativa empezó a hacer que fuera importante que los otros países, en particular los neutrales, estuvieran persuadidos de la justicia de los objetivos que perseguían los beligerantes. Ello sería vital para establecer alianzas futuras o al menos para obtener nuevos materiales para el esfuerzo bélico, proseguir el comercio e incluso poder usar sus instalaciones portuarias. En 1914 la principal potencia no beligerante eran los Estados Unidos de América, y tanto la Entente como las potencias centroeuropeas emplearon la propaganda para intentar obtener el apoyo estadounidense. La campaña propagandística alemana resultó ser un error catastrófico, una lección de cómo alienar la opinión neutral. Resulta interesante comprobar que el propagandista maestro de la segunda guerra mundial, Joseph Goebbels, al resumir su filosofía general, muestra lo mucho que aprendió de los fallos de sus antecesores en 1914:

> «El principio fundamental de toda propaganda —declaró— era la repetición de argumentos eficaces»; pero esos argumentos no debían ser demasiado refinados, habida cuenta que no se pretendía convencer a los intelectuales. De hecho los intelectuales nunca hubieran sido convertidos y de cualquier modo acaban aceptando al más fuerte; «hay que dirigirse por tanto al hombre de la calle». Por consiguiente, los argumentos deben ser

> toscos, claros y vigorosos, apelar a los instintos y emociones, no al intelecto. La verdad no importa en absoluto y está totalmente subordinada a la táctica y la psicología, pero las mentiras convenientes ... siempre deben resultar creíbles. De acuerdo con estas directrices generales, se darán instrucciones precisas. El odio y el desprecio deben dirigirse a individuos concretos...{50}

En contraste, los propagandistas alemanes de 1914 intentaron apelar a la opinión intelectual de los países neutrales, escogieron argumentos imprecisos y a menudo sublimes que no tenían gancho, y por lo general no se percataron del abismo de credibilidad que se creaba entre sus afirmaciones y sus actos. Con ello permitieron que los británicos les mantuvieran a la defensiva, una postura poco convincente que les impidió explotar sus propios lemas de valor propagandístico.

En tanto que sociedad militarista, los alemanes no tuvieron en cuenta que la mayor parte del mundo tenía una perspectiva civil. Su ira por las acciones de los *franc-tireurs* (civiles que disparaban contra los invasores alemanes) belgas parecía ridícula frente a su propia violación del territorio belga y las atrocidades que cometieron. Su política en Bélgica era semejante a la del emperador Caligula: *Oderint dum metuant* (que nos odien en tanto nos teman), por lo que los intentos de justificar su acción militar parecían débiles y autocompasivos, siempre pendientes de insultos reales o imaginarios. La cara repugnante del militarismo prusiano nunca quedó escondida bajo la superficie, por lo que sus afanes en la propaganda bélica resultaban poco convincentes frente a las afirmaciones de franceses y británicos de estar combatiendo por la libertad de los pequeños estados y la democracia. El 5 de agosto, Moltke afirmó que Alemania luchaba por su existencia, «y todo el que se interponga en nuestro camino debe calibrar las consecuencias».{51} La condena alemana de los *franc-tireurs* se volvió en su contra cuando los británicos subrayaron el papel heroico de los *franc-tireurs* norteamericanos en la guerra de independencia. Mientras que a los ojos de los alemanes tales civiles eran criminales, para las sociedades democráticas eran héroes.

Durante la rebelión de los bóxers en 1900, el káiser Guillermo II dijo a los soldados que enviaba en auxilio de los europeos en Beijing que se comportaran como los antiguos hunos. No había ninguna conexión racial entre los alemanes y los hunos, pero el nombre hizo fortuna y nació la imagen del «huno» alemán, de cuello de toro y casco afilado, enemigo de la civilización, destructor de cultura, es decir, el personaje típico que se reprodujo en películas y cómics. Los alemanes eran incapaces de comprender cómo había surgido esa imagen de ellos y cometieron el error de tomarla en serio y de intentar defenderse de ella. Noventa y tres sabios notables, entre los que se contaban Gerhardt Hauptmann y Max Planck, hicieron circular un manifiesto titulado *Es ist nicht wahr* («Eso no es cierto»).{52} Sin embargo, lo único que lograron al intentar defenderse de las acusaciones de los aliados es darles mayor publicidad. En el ínterin, periodistas estadounidenses que seguían el avance de los ejércitos alemanes a través de Bélgica —como Richard Harding Davis, Will Irvin, Irving Cobb y Harry Hansen— escribieron artículos que contenían graves acusaciones acerca de la actuación alemana. En la actualidad en toda Bélgica pueden encontrarse cementerios en los que las lápidas atestiguan el número de civiles inocentes muertos por las tropas alemanas (así, por ejemplo, se disparaba contra cualquiera que se acercara a menos de 200 metros de un avión o un globo aerostático). Para combatir tales noticias el gobierno alemán usó abultados y pedantes informes que rechazaban las acusaciones sobre las atrocidades de sus soldados. Lo increíble es que sólo se publicaran en alemán y que no se tradujeran a lenguas extranjeras, probablemente por la presunción de que el mundo neutral hablaba alemán.

Los alemanes no lograron articular una defensa convincente de su invasión de Bélgica ni contraargumentar acerca de las acusaciones por las atrocidades que cometieron en la ocupación. Por mucho que autores como Thomas Mann hablaran del pueblo alemán como: «el más laborioso, inteligente, la raza mejor educada de Europa. Rusia representa la reacción, Inglaterra el egoísmo y perfidia, Francia la decadencia, Alemania el progreso. La *Kultur* alemana iluminará el mundo y tras esta guerra nunca más se producirá un nuevo

conflicto»,[53] el mundo era incapaz de ver todo eso. Bethmann-Hollweg, que mostró mayor percepción que la mayoría, señaló que al proclamar frecuentemente su derecho a gobernar el mundo Alemania tendía a enervar a la gente. Por si fuera poco, la conducta de sus soldados en Bélgica dio mayor mordiente y un cariz más terrorífico a la caricatura del alemán típico; no se trataba ya del simple patán desgarbado, sino de la bestia enloquecida por la sangre.

Discípulos de Clausewitz, los mandos militares alemanes buscaban una guerra corta e intensa, en la que el terror se usaría contra la población civil para presionar indirectamente a los dirigentes enemigos. De ahí que los soldados alemanes dispararan a los civiles, quemaran poblaciones y, finalmente, asolaran la catedral de Lovaina. Los titulares de la prensa británica hablaban de «La marcha de los hunos» y de «traición a la civilización».[54] Los alemanes no sólo guerreaban contra los aliados, sino contra «la posteridad de la generación futura».[55] Frente a esto, las noticias en los periódicos alemanes sobre las indecibles crueldades de monjes armados y de las mujeres y niños belgas parecían simplemente ridículas. El autor francés Romain Rolland escribió una carta pública a su amigo Gerhardt Hauptmann preguntándole: «¿descendéis de Goethe o del Atila de los hunos?».[56] El káiser, absurdamente insensible a las sutilezas de la propaganda, escribió al presidente estadounidense —Wilson— declarando que su corazón sangraba por los sufrimientos de Bélgica, causados por la «acción bárbara y criminal de los belgas». Sus generales se habían visto obligados a tomar medidas drásticas contra una «población sedienta de sangre».[57]

Desde luego, las atrocidades no se circunscribían a un solo bando. Sin embargo, el gobierno alemán no intentó utilizar las numerosas pruebas de las atrocidades rusas en Prusia oriental. Aparentemente los jefes militares no querían dar la impresión de que la situación en Prusia oriental era peligrosa, ni de que su idea de «guerra en dos frentes» fuera un consejo erróneo.

En agosto de 1915 los aliados lograron enorme impacto publicitario con el caso de Edith Cavell, una enfermera de la Cruz

Roja que trabajaba en la Bélgica ocupada, que parecía haber ayudado a soldados británicos y franceses a escapar a la Holanda neutral. Cavell fue considerada culpable por un consejo de guerra alemán y fue condenada a muerte. Su muerte provocó una ola de indignación y repulsas en los Estados Unidos, tan bien explotada por las autoridades británicas que los norteamericanos que antes habían dudado de los relatos sobre las atrocidades alemanas tuvieron que reconsiderar su postura. El caso de Edith Cavell perjudicó notablemente a Alemania y su gobierno perdió la oportunidad de contraatacar cuando ésta se presentó. Pocas semanas después de la ejecución de Cavell, dos enfermeras alemanas que trabajaban en un hospital de la Cruz Roja en Francia fueron condenadas por ayudar a escapar a soldados alemanes y ejecutadas por los franceses. No obstante, los alemanes no intentaron en modo alguno explotar sus muertes. La opinión alemana consideraba que su conducta contravenía las normas de la Cruz Roja y que los franceses habían actuado correctamente. Su valor debía ser admirado, pero no era un tema sobre el que pudiera hacerse propaganda.{58}

En Estados Unidos, el doctor Dernburg organizó un servicio de información alemán, con la pretensión de acercar al pueblo estadounidense a la posición alemana. Sin embargo, sus métodos eran extremadamente toscos. Su intento de convertirse en paladín de los negros contra los blancos opresores, entre los que debían contarse las potencias coloniales como Francia y el Reino Unido, pronto fue socavado por las objeciones del gobierno alemán al hecho de que Francia y el Reino Unido estuvieran usando soldados de color contra los alemanes. Por añadidura, la campaña de Dernburg, orientada a hacerse con los 20 millones de norteamericanos de origen germánico, erró su norte al olvidar que muchos de ellos habían abandonado Alemania para escapar, sobre todo, de la sombra del militarismo prusiano y de las tendencias antiliberales. Frente a las quejas alemanas de que el bloqueo económico británico era un atropello inhumano, las acciones de los submarinos alemanes resultaron mucho más decisivas a la hora de conformar la opinión estadounidense. El hundimiento del *Lusitania*, el *Sussex* y demás buques en febrero de 1917, que inauguró la

guerra submarina ilimitada, remató el fracaso de los esfuerzos propagandísticos alemanes en Estados Unidos.

La incompetencia de los afanes propagandísticos de Alemania hizo que sus autores subestimaran el impacto de la propaganda británica sobre las atrocidades germánicas. Ya en agosto de 1914 el Reino Unido había comprendido el valor de hacerse con la opinión de los países neutrales, en particular la de Estados Unidos, de modo que a medida que la guerra se iba inquinando y parecía interminable, a medida por tanto que parecía improbable una solución, la amistad de los Estados Unidos fue cobrando mayor importancia.

SEGUNDA PARTE

1. LA EXPEDICIÓN A CÁDIZ (1625)

La preparación, planificación y ejecución de la expedición a Cádiz en 1625 fue la aventura militar más pobre que nunca antes hubiera emprendido el Reino Unido. Sus debilidades eran tan numerosas que sorprende menos su final aciago que el hecho de que, pese a todo, se llevara a cabo. La expedición fue concebida por George Villiers, primer duque de Buckingham, que ostentó el título de primer lord del almirantazgo durante una década a partir de 1618; en ese tiempo se emprendieron no menos de cuatro expediciones desastrosas contra el continente. A Buckingham le espoleaba su ambición personal, que le hacía vislumbrar objetivos para los que no disponía de medios. Su ambición aventajó de largo sus recursos, o los recursos del reino; por otro lado, en sus relaciones con el Parlamento hizo caso omiso de que sus críticos eran también quienes le pagaban.

Tras un cuarto de siglo de paz la maquinaria bélica británica se había enmohecido y eran pocos los extranjeros que consideraban a los británicos una raza marcial. Sir William Trumbull, embajador del rey Carlos en Bruselas, había informado que a los ingleses se les percibía como «...seres afeminados, incapaces de soportar las penas y fatigas de una guerra; delicados, bien alimentados, dados al tabaco, al vino, las bebidas fuertes y a pagar en exceso; indisciplinados, mal armados y faltos de dinero y municiones».{1}

Por si fuera poco, muchas personas se cuestionaban totalmente el acierto de una expedición contra España, en un momento en que el mar que rodeaba el Reino Unido y aun las ciudades costeras no era seguro. Los piratas pululaban por el canal, rapiñando los buques ingleses y aterrorizando todos los puertos de la costa sur.

El ejército que se reunió para la expedición a Cádiz, 10.000 hombres, no era mucho mejor que una chusma de forzados indisciplinados, la hez de la sociedad, gente sin adiestramiento, mal

alimentada y mal vestida. Cualquier persona con mayor amplitud de miras que Buckingham hubiera visto lo que eran realmente: es decir, hombres que estaban tan lejos de constituir un ejército como él de ser un almirante. El general de brigada de la expedición, sir William St. Leger, le informó que «el ejército, de mar y tierra, está en pésimas condiciones por falta de vestimenta». Añadió, en una carta a Conway, «muchos ni siquiera tienen recursos para cubrir su desnudez».{2} Durante meses los soldados no habían recibido paga y muchos habían desertado o enfermado. A finales de agosto de 1625 se ordenó una nueva leva de 2.000 hombres, que fueron alojados en granjas del sur de Devon. Inmediatamente surgieron los problemas al descubrir los granjeros que los soldados no podían pagar su comida; las peleas hicieron acto de presencia y los soldados indigentes se tomaron la justicia por su mano, vagabundeando por la zona en busca de comida, matando ovejas y amenazando con la violencia. El Privy Council respondió dictando instrucciones a los comisionados en Plymouth de que proporcionaran camisas, zapatos y medias a «los soldados más necesitados», e incluso pantalones a quienes los precisasen.

Todo lo relacionado con el reclutamiento de tropas para el servicio exterior necesitaba atención. La política exterior agresiva de Buckingham y el rey tensaba al máximo un sistema que había cambiado bien poco desde la época isabelina y que estaba plagado de corrupción e ineficacia. Sir Edward Cecil, que iba a mandar la expedición a Cádiz, comentó de sus propias levas que «no debían considerarse soldados sino sombras de soldados». Las levas de 1624 para la expedición de Mansfeld habían sido descritas como «carne de presidio» y una «chusma de pobres pillos». Los hombres que Buckingham envió a Ré en 1627 fueron calificados «la escoria de nuestras provincias» por uno de sus propios oficiales.{3}

Cuando el brigada Leigh inspeccionó 2.500 hombres producto de las levas para Cádiz se encontró con 200 retrasados mentales, 24 enfermos y 26 ancianos, es decir, hombres de unos sesenta años. Cuatro hombres eran ciegos, uno un pastor de la iglesia, otro un loco de atar, algunos eran inocentones y unos cuantos eran retrasados o lisiados de consideración. Obviamente, se estaba

abusando del sistema. Se podía enrolar a un viejo o a un ciego porque había molestado al hermano del jefe de policía, que había jurado vengarse. Un hombre de sesenta años, con 11 hijos, fue enrolado por «la perversidad de Alderman Clearke». Leigh se encontró con múltiples ejemplos de alistamientos perversos, aunque la codicia tuvo mayor importancia. Incluso los tenientes suplentes del condado estuvieron implicados en prácticas corruptas.

> Sir John Browne y el señor Henry Hastinges, tenientes suplentes del susodicho condado (Dorset), libraron a un molinero, hombre de extraordinaria fortaleza, y alistaron en su lugar a un chico de quince años, y como había pocos tan jóvenes, libraron a otro hombre capaz y en su lugar enrolaron a una criatura que cuando se ponía de pie sobre una de sus piernas la otra le llegaba a la pantorrilla.{4}

El éxito de una expedición como la que había imaginado Buckingham exigía una planificación cuidadosa. Lo más necesario era disponer de un propósito claro, algo de lo que se careció desde el principio. Existía poca información sobre el poder de las fuerzas y fortificaciones enemigas en la costa española. Los comandantes navales ignoraban las corrientes, mareas, obstáculos y problemas de pilotaje existentes en torno al presunto objetivo. La calidad e idoneidad de los buques, tanto como instrumentos de guerra como de transporte, se habían pasado por alto y no se había prestado ninguna atención al problema del desembarco de los soldados. Cecil subrayó desde el principio la importancia de la calidad de los soldados antes que la cantidad, sobre todo respecto de los mosqueteros. Por otro lado, era vital dar prioridad a las vituallas y municiones. Cecil señaló que los errores a ese respecto habían sido la causa de contratiempos en anteriores expediciones inglesas: «...de todas las hazañas y empresas de nuestra nación, de nada han padecido más (en la mayoría de los casos) que de negligencia en cuanto a provisiones, sobre todo en lo referente a vituallas, barcas para desembarcar, así como de contar con enfermos que podían contagiar a los demás».{5}

No obstante, pese a la claridad con que tales cuestiones se expusieron al rey y al alto almirantazgo, se permitió que la

expedición embarcara con deficiencias en casi todos los puntos.{6}

Incluso su dirección era dudosa. Atacar España había sido idea de Buckingham y se daba por supuesto que él iría al mando, en su calidad de lord del almirantazgo. Probablemente Buckingham pensaba hacerlo, pero la enfermedad lo debilitó mucho; tras recuperarse, el rey Carlos insistió en que desempeñara una misión diplomática vital en La Haya. Por ello, Buckingham, conservando el pomposo título de «Generalissimo de la Flota», escribió a su amigo Edward Cecil, nieto del primer ministro de la reina Isabel, y le ofreció primero el cargo de lord mariscal y posteriormente el mando de toda la expedición.

Cecil gozaba de la reputación de ser un buen oficial, que había servido muchos años a los holandeses, donde había interiorizado los principios militares de Mauricio de Nassau. De haber contado con apoyo la elección hubiera resultado ser probablemente excelente, pero se trataba de su primera experiencia de mando independiente. Además, las operaciones anfibias eran notablemente difíciles y la ignorancia de Cecil de la guerra naval constituía una importante desventaja. Sólo el apoyo de un excelente oficial naval, como el vicealmirante del reino, Robert Mansell, podía haber compensado esa desventaja; no obstante, al designar los mandos de la expedición, Buckingham eligió de entre sus amigos y conocidos sin tener en cuenta su experiencia en asuntos navales.

El vicealmirante resultó ser el conde de Essex que, aunque un valiente oficial, estaba ansioso de emular el exitoso ataque a Cádiz efectuado en 1596 por su brillante e inestable padre. La irresponsabilidad de Essex en los meses venideros fue una preocupación constante para Cecil. El almirante de retaguardia, el conde de Denbigh, estaba casado con Susan Villiers, la hermana de Buckingham. En realidad, los seis comandantes principales eran todos ellos soldados sin experiencia en la guerra naval.

Tras abandonar los Países Bajos, donde el arte de la guerra había alcanzado un alto desarrollo tras sesenta años de combates ininterrumpidos, Cecil quedó profundamente impresionado por el caos que encontró al hacerse cargo de sus tropas en Plymouth. Todo era confusión. Escribió a Buckingham diciéndole que las carencias y

debilidades de la flota eran «muchas, producto de una paz tan larga».[{7}] En cuanto al ejército de tierra, era aún peor, si ello fuera posible, que la flota. Los soldados trapaceros habían sido alojados de forma dispersa para intentar reducir las pendencias, pero ello dificultaba reunirlos para adiestrarlos. Pocos habían comprendido cómo debían usar sus armas; éstas, por lo demás, se guardaban a bordo de los barcos y las autoridades no les permitían mantenerlas en sus alojamientos por miedo a que las usaran para aterrorizar a la población local en busca de comida.

La expedición había costado ya medio millón de libras y sin embargo había penurias en todos los departamentos. Existía corrupción, pero el problema provenía en muchos casos de la inexperiencia: ninguno de los comisionados de la armada había ejercido antes tal cometido para una empresa tan vasta y, dado el flujo irregular de fondos, la posibilidad de malgastar dinero era alta. Cecil era consciente de que la mayor parte de sus tropas había sido enrolada ya en abril o mayo, pese a que no eran necesarias hasta la mitad del verano. Sin embargo, en el ínterin los soldados no fueron entrenados y nada tenían que hacer excepto contemplar las punzadas del hambre en sus tripas. Algunos desertaron, otros enfermaron; constantemente debían buscarse sustitutos. Las provisiones se pudrían o malgastaban.

A Cecil le resultó difícil imponer su personalidad como líder de la expedición a los restantes comandantes y fracasó totalmente en el intento de hacer de sus fuerzas una unidad eficaz. Lo cierto es que pocos jefes militares han tenido que afrontar tales dificultades al definir su papel. En primer lugar, como profesional Cecil era consciente de las limitaciones de la preparación del ejército de tierra y de la flota, pero, a pesar de que las comunicó al rey y a Buckingham, fue incapaz de obtener alguna mejora. Quizás debiera haberse auto- valorado más, pero debía su nombramiento a su amistad con el lord del almirantazgo, por lo que cuestionar la calidad de los preparativos de Buckingham habría parecido una conducta ingrata. Alguien con más carácter que Cecil no se hubiera dejado intimidar, pero él estaba acostumbrado a la lealtad, a servir y a cumplir con su deber, por lo que, pese a estar poco dispuesto,

aceptó lo que se le ofrecía. Se quejó de haber encontrado a sus diez mil hombres desarmados y de que le había costado cierto tiempo recobrar las armas almacenadas en los barcos y quitarles la herrumbre. A causa de la frustración que ello le produjo exigió que se castigara a los comisionados responsables de reclutar «a esos picaros y ... desertores».{8}

Cecil se encontró con las dificultades derivadas de dos restricciones adicionales. El rey le había indicado que en sus acciones debía guiarse por un consejo de guerra, formado por antiguos comandantes y capitanes, y que en modo alguno debía poner en peligro la flota. Un hombre de personalidad más fuerte que Cecil habría sabido que una vez en el mar su palabra era la ley, por lo que las instrucciones del rey podían guiar sus acciones pero nunca gobernarlas. Sin embargo, Cecil perdió su libertad de acción y la autoridad sobre sus subordinados por cumplir al pie de la letra las instrucciones reales. Todo ello coadyuvó a que Cecil escamoteara su responsabilidad de tomar decisiones firmes y reforzó de paso a sus consejeros y subordinados.

Nunca antes, ni tampoco con posterioridad, una expedición había exhibido tan poca idea de su propósito. Ello tal vez fuera un reflejo del pensamiento confuso del rey Carlos y de Buckingham, pese a que el 26 de agosto de 1625 el rey había dado a Cecil un conjunto de instrucciones que pretendía explicar el objetivo de la empresa: «proteger y reinstaurar a nuestros queridos hermano y hermana», es decir, al elector del palatinado renano y a su mujer, la hermana de Carlos, expulsados de sus tierras por tropas españolas. Para lograr la «reinstauración» Cecil debía hacer lo posible para debilitar el comercio del rey de España,

> ...capturando y destruyendo sus barcos, galeras, fragatas y toda suerte de buques; dañando sus provisiones en almacenes y ciudades portuarias; dejándole sin marineros, marinos y artilleros; impidiéndole contar con puertos seguros; interceptando sus flotas y escuadras a la ida o al regreso; y apoderándose de algunas de esas plazas, en la mayor parte de sus dominios, para que puedan servir de apoyo a nuestras próximas flotas.{9}

Las instrucciones concluían con la siguiente orden:

> Y sin embargo os encargamos encarecidamente que tengáis especial cuidado, principalmente de velar por la seguridad y salud de nuestra armada en todo momento como principal baluarte y honor de nuestro reino, y que os ocupéis por tanto de la seguridad de su retirada y de la garantía del regreso de todo nuestro ejército.{10}

Tamaña responsabilidad habría causado la preocupación de cualquier comandante y Cecil introdujo hábilmente una cláusula de salvaguardia que le permitía llevar a cabo cualquier proyecto, pese a que fuera peligroso, que contara con el apoyo del consejo de guerra.

Para comprender el propósito de la expedición hay que examinar más detenidamente las instrucciones. Por ejemplo, de querer Carlos ayudar a su hermana y a su marido, ¿la mejor forma de hacerlo era atacar la costa española? Rusdorf, agente del elector del palatinado en Londres, no pensaba en modo alguno eso. En su opinión, los diez mil soldados que iban con la flota podían ser más eficaces luchando contra las tropas de los Habsburgo en el Elba o el Weser, auxiliando a Christian de Dinamarca, que en la costa española. Por otro lado, los botines que podían lograrse en el mar eran otros, y entre ellos tenía un papel destacado la flota española que regresaba de América del Sur cargada de plata. ¿Qué mejor manera de convencer al país de la eficacia de la política exterior de Buckingham que hacer regresar a la flota cargada con suficiente oro como para independizar financieramente a Carlos del Parlamento? Naturalmente estas cosas no podían decirse con claridad, pese a que el oro español había sido un objetivo tradicional en la época de Isabel I. En ese sentido, esta expedición no puede considerarse únicamente en términos políticos, sino a la luz de algunas de las expediciones inglesas de la última década del reinado isabelino, es decir, como empresa semicomercial.

Las instrucciones eran, como hemos visto, amplias en cuanto a objetivos pero poco específicas. ¿Cuál era, en primer lugar, el destino de la flota? Debía navegar sin que nadie a bordo, ni siquiera Cecil, supiera con precisión hacia dónde se dirigían. Esto suponía que no se habían emprendido antes trabajos de información destinados a hacer saber a los comandantes la fuerza de las

defensas costeras en los diversos objetivos españoles que podrían ser blanco del ataque de la flota. El rey y Buckingham fueron a Plymouth para celebrar un consejo e intentar decidir el destino de la flota. No se llegó a ninguna decisión firme, aunque Sanlúcar se consideró un blanco probable. Antes de partir Buckingham comunicó a Cecil que iba a ser nombrado par del reino con el título de vizconde de Wimbledon, presumiblemente en un intento de reforzar su posición en una expedición en la que figuraban varios pares más.

La tarea de Wimbledon era extremadamente difícil, puesto que habida cuenta de que no sabía su destino, no podía estar seguro de si las fuerzas bajo su mando eran o no las adecuadas para el cometido encomendado. No existen cifras exactas del número de barcos de la flota, aunque en su diario Glanville alude a noventa buques y seis «arrastres», con cinco mil marinos y diez mil soldados a bordo."{11} Nueve de los buques eran grandes galeras reales fuertemente armadas, treinta eran mercantes armados y el resto buques carboneros de Newcastle, reclutados para la ocasión, que como veremos dieron un servicio escaso. Sin duda alguna la fuerza de la flota era más aparente que real. El buque insignia de Wimbledon, el *Anne Royal*, era de hecho el antiguo *Ark Royal* que se había usado contra la Armada Invencible, aunque remozado y rebautizado en 1608. Sir Michael Geere describió así a su hijo las condiciones de su buque, el *St. George*, considerado por algunos «el mejor de la flota»:

> ...su Majestad no tenía ningún buque más útil en su flota, pero era muy inapropiado en virtud de las sogas y velas podridas, así como la corrupción de todo tipo de provisiones; una parte de nuestras velas eran de 1588 y las otras, que considerábamos las mejores, no eran mucho más nuevas; nuestro obenque delantero parecía una guirnalda, que, como todo, cuerdas y velas, se había usado durante muchos años; nuestra reserva de sogas nuevas parecía bambú rígido y cuando fuimos a usarlas nos encontramos con que estaban hechas de diferentes trozos, los mejores de los cuales eran realmente de algo parecido a cáñamo rígido convenientemente alquitranado. El buque nunca había contado con velas hechas a medida desde que fue construido. Así pues, que los hombres honestos juzguen

cuán duro ha sido servir a su Majestad.[12]

El 4 de octubre la flota fue reforzada por la llegada de veinte buques holandeses, al mando de Guillermo de Nassau, hijo bastardo del príncipe Mauricio. Quince de ellos iban a unirse a Wimbledon y los cinco restantes tenían que patrullar las aguas de Dover para asegurarse de que ni los franceses ni los piratas de Dunquerque sacarían partido de la ausencia de la flota inglesa.

A medida que se acercaba el día de la partida aumentaba la depresión de Wimbledon. El 4 de octubre escribió al rey desde su buque insignia, el *Anne Royal*, desaprobando que la flota tuviera que zarpar tan entrado el año, así como que se hubiera desperdiciado tanto tiempo en el verano que era imposible sorprender a los puertos españoles, que «dispondrían de toda la información que desearan». En su opinión, «ninguna flota ... llena de defectos y carencias había estado nunca más presta con tan poco tiempo previo».[13] Lo sorprendente es que aunque en su carta Wimbledon anticipaba virtualmente todos los contratiempos que iban a producirse durante la empresa, aceptara pese a ello, por lealtad y sentido del deber, emprender una misión que sabía condenada al fracaso.[14]

El 3 de octubre, según el relato de Glanville, Wimbledon redactó un pliego de instrucciones para guía de la flota. A causa de una de las confusiones burocráticas que iban a ser la tónica de la expedición, no llegó a los barcos, omisión que sólo se descubriría tras la vuelta a puerto de la flota a causa de una tormenta. Incluso entonces sólo pudo hacer llegar unas toscas copias hechas a mano de sus puntos más importantes, transportadas por un bote de remos, a unos cuantos buques escogidos. A consecuencia de ello muchos comandantes ignoraban cosas como los lugares de cita o las señales y encuentros de los almirantes.

La flota zarpó de Plymouth el 5 de octubre, para encontrarse con vientos de la fuerza de una galerna. Essex y su escuadrón tuvieron que refugiarse en Falmouth, mientras que el grueso de la flota regresó a Plymouth en medio de una confusión indescriptible, con los buques abordándose entre sí en su anhelo de escapar de las

furias del viento. Las escenas que se produjeron en la bahía constituyen un microcosmos de la expedición en su conjunto, sin que nadie fuera capaz de imponer disciplina. Los esfuerzos de Wimbledon fueron heroicamente inútiles, puesto que él mismo remó de un navío a otro dando instrucciones que se llevó el viento.

Tres días más tarde la flota zarpó de nuevo y se reunió con los buques de Essex. Se esperaba que la brisa del mar se llevara el recuerdo de los meses de sombría rutina pasados en los campamentos de la costa del sur. Sin embargo, Wimbledon pronto vio cómo se reducía su fuerza cuando la galera real *Lion*, con el vicealmirante Steward a bordo, empezó a hacer aguas y tuvo que regresar. Las razones de que tal cosa no se descubriera antes de zarpar constituyen uno de los múltiples misterios que rodean a la expedición. Por si fuera poco, a los tres días se reveló la incompetencia de los encargados del abastecimiento y de los pertrechos de guerra. En palabras del propio Wimbledon:

> Muchos de los buques de la flota (contaban) con suministros escasos, que ahora ya no podían incrementarse, por lo que planteé al consejo tomar en consideración emprender acciones para alargar nuestras provisiones. En ese sentido a partir de entonces los soldados y marineros se sentarían de cinco en cinco en las comidas, pero sólo les servirían lo previsto para cuatro...{15}

Durante la travesía el mal tiempo azotó a la flota, lo que debilitó aún más unos buques ya poco idóneos para su cometido. El *Long Robert* volcó y se hundió con toda su tripulación; además, se perdió un bote del *Convertive* que intentaba rescatar a los supervivientes. El buque insignia de Wimbledon, el *Anne Royal*, sufrió mucho, con el mástil flojo, sus lanchas barriendo la cubierta, su cañón suelto o haciendo destrozos en el maderaje y el agua filtrándose por las vías de agua y agujeros hasta el punto de que los hombres tenían que trabajar para mantenerlo a flote con agua hasta las rodillas.

Pasados diez días, Wimbledon convocó un consejo de guerra para informarse de los daños sufridos. Los comandantes le hicieron llegar cuantas quejas, reales o imaginarias, quisieron. Era la ocasión propicia para que Wimbledon se impusiera, pero el mar no era el

medio en que mejor se movía y aceptó la mayor pericia de los marineros, haciendo caso omiso de que pocos de sus comandantes —en particular aquellos que eran dueños de los buques carboneros — estaban dispuestos a arriesgar sus embarcaciones en lo que muchos consideraban una empresa de locos. Otro buque real, el *Dreadnought*, parecía, o al menos eso se decía, tener vías de agua graves, pero Wimbledon ordenó a su comandante que siguiera con la flota, orden que cumplió pese a no compartirla. Un grave problema surgió del hecho de que durante las tormentas muchos de sus buques habían perdido las lanchas, lo que dificultaría el desembarco de sus hombres si se lanzaba un ataque. La flota no contaba con pinazas, pese a que Wimbledon había señalado antes de abandonar Plymouth que eran absolutamente imprescindibles en una operación anfibia. Por si fuera poco, las provisiones y el agua se habían estropeado a causa del agua de mar; la pólvora, por su parte, se había humedecido. La lista de daños y quejas era tan deprimente que —como señala Wimbledon— «me vi obligado a dejar de preguntar sobre el estado de las cosas, puesto que si alguien más añadía sus desgracias, el desaliento resultante podía perjudicar el viaje ...».{16}

No obstante, algunos informes no podían pasarse por alto. Se descubrió que buena parte de los mosquetes que llevaba la flota eran defectuosos, algunos de ellos de forma importantísima, y no tenían boca. Además, las balas no eran del calibre adecuado para las armas de fuego y los moldes para fabricarlas estaban deformados. Por si no bastara con todo ello, se suscitó una seria discusión sobre la primacía entre los comandantes en alta mar y los jefes de los soldados embarcados en cada buque.

Durante las tormentas, se perdió contacto con las escuadras de Essex y Denbigh, formadas por unos cuarenta navíos. Las preocupaciones se incrementaron el 19 de octubre, ya cerca de las costas españolas, cuando avistaron diez buques no identificados y Wimbledon ordenó a sus barcos más veloces que los persiguieran. Durante una hora se produjo una excitante persecución, llena de tensión por parte inglesa, en la que todos esperaban haber dado con la flota española que transportaba los tesoros americanos. El

desengaño fue enorme al descubrir que el «enemigo volador» era en realidad parte de la escuadra de Essex, que no se había preocupado de indicar claramente su condición de acuerdo con las instrucciones de Wimbledon del pasado 3 de octubre.

Al avistar las costas españolas llegaba el momento de decidir el punto de destino. En un consejo de guerra celebrado el 20 de octubre volvió a plantearse la cuestión de Sanlúcar, a la que se había dado carpetazo en una primera reunión a la que habían asistido Buckingham y el rey. Wimbledon informó al consejo de las instrucciones del rey de desembarcar en suelo español. Tras rebasar Lisboa, la elección se circunscribía a Cádiz o Sanlúcar. Con el asombro de Wimbledon, los comandantes de los buques que en la reunión a la que asistió el rey habían apoyado un desembarco en Sanlúcar declararon ahora que adentrarse en la bahía en esa época del año sería demasiado peligroso.

Aunque estaba preparado para aceptar su opinión se sintió justificado para preguntarles por qué no habían hecho esas objeciones al rey en Plymouth, a lo que replicaron que era entonces y no antes cuando se sentían los efectos del invierno duro y tormentoso. Exasperado por tal lógica Wimbledon hubo de inclinarse ante su mayor experiencia marítima. En 1627, cuando se publicó el diario de Wimbledon, señaló lo siguiente:

> Si los patrones no sabían más que los comandantes, creo que sabían poco; por lo que yo sé pocos de los comandantes tenían experiencia y pericia en cuestiones marítimas ... ¿podía el verano eliminar la barrera rocosa y hacerles más segura la entrada? ¿Iba a darles el verano mayor conocimiento del pilotaje del que tenían antes de llegar hasta allí? ¿O es que no sabían que el invierno se acercaba cuando fueron convocados a consejo en Plymouth, habida cuenta de que no les separaban más de veinte días? {17}

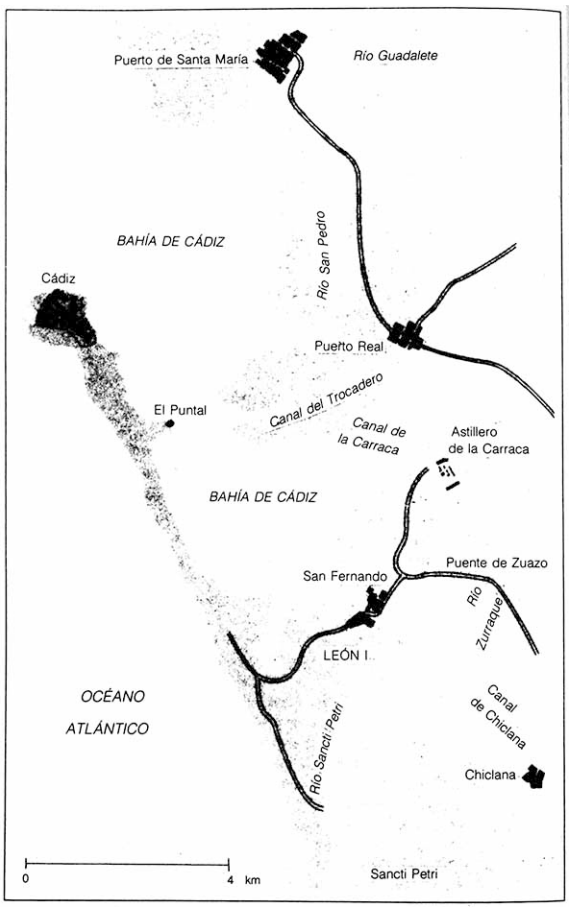
Para una nación que una generación antes había engendrado marineros que habían sido el azote de todos los mares y todas las flotas enemigas, el comportamiento de los comandantes que se enviaron a Cádiz revelaba hasta qué punto había decaído la estirpe inglesa. Sólo el desconocimiento de los asuntos navales de

Wimbledon le libró de saber lo mal servido que estaba.

El consejo rechazó Sanlúcar y decidió poner rumbo a Cádiz con su fácil fondeadero de Puerto de Santa María. Por la mente de todos, y también por la de Essex, debió pasar la idea de que iban a reeditar una de las más célebres y exitosas acciones del período isabelino, el ataque a Cádiz de 1596, un episodio casi legendario, plagado de nombres famosos como Essex, Raleigh, Howard y Were. Finalmente decidieron que Puerto de Santa María, muy cercano a la bahía de Cádiz, sería el lugar más seguro para desembarcar las tropas, que desde allí tendrían que recorrer las doce millas que les separaban para capturar Sanlúcar por su acceso terrestre.

La falta de trabajo de investigación previo hizo que los ingleses carecieran de información actualizada sobre el estado de las defensas a lo largo de la costa española. Se presumía que el puerto de Cádiz había sido fuertemente fortificado tras su fácil conquista en 1596. Luego se demostró que eso no era cierto y que la ciudad habría caído con facilidad. A partir de ese momento Wimbledon y sus tropas se movieron como en la bruma, sin plan claro ni evaluación de las reacciones españolas.

El 22 de octubre, Wimbledon ordenó a Essex, a bordo del *Swiftsure*, que se internara rápidamente en la bahía de Cádiz, se encaminara hacia Puerto de Santa María y fondeara allí, dejando suficiente espacio para que los buques de los otros escuadrones pudieran acercarse mucho a la orilla y desembarcar sus tropas. Faltos de un reconocimiento previo adecuado no es de extrañar que todo saliera mal. El *Swiftsure* se adentró en la bahía lleno hasta las jarcias, seguido a menor velocidad por los restantes navíos de la escuadra de Essex.



7. Al no asegurarse el control del puente de Zuazo, Wimbledon permitió que llegaran refuerzos españoles a Cádiz mientras la flota británica bombardeaba el fuerte de El Puntal.

Essex divisó en el otro lado de la bahía, muy cerca de Cádiz, doce grandes buques españoles fondeados, entre los que se encontraba el *Almirante de Nápoles*, de 1.200 toneladas, con quince galeras a sus lados. Había llegado el momento de emular las hazañas de su padre en estas mismas aguas treinta años antes. En vez de seguir las instrucciones de Wimbledon, puso proa hacia los buques españoles, que cortaron sus amarras e intentaron escapar adentrándose por un estrecho canal que conducía a Puerto Real. Sin el apoyo de los demás buques ingleses, el *Swiftsure* hizo frente a los barcos españoles y a las baterías costeras de Cádiz. Wimbledon, que entraba en la bahía, advirtió por el ruido de la artillería que su vicealmirante estaba en dificultades. Ordenó a sus buques que

acudieran al rescate, pero muchos de los barcos mercantes y de los navíos carboneros se quedaron atrás deliberadamente o lucharon con poca convicción pese a las vociferantes amenazas de su almirante, ensordecidas por el fragor de la artillería. Lo cierto es que Wimbledon, que ni siquiera conocía los nombres de sus propios barcos, poco podía haber ayudado, dejando de lado que era la primera vez que mandaba buques en una acción de combate y que estaba convencido de que podían maniobrar con la facilidad de los escuadrones de caballería, en lugar de ser consciente de que contaba con unos leviatanes que hacían aguas y se movían como percebes.

Pese a todo, los españoles sólo hicieron caso del número y no de la calidad y se contentaron con escapar. Se acercaba un momento decisivo. Un golpe de suerte había dado a Wimbledon la oportunidad de poner en práctica una de las instrucciones de Carlos, destruir o capturar buques españoles, pero iba a perderla por exceso de prudencia. Sus consejeros navales volvieron a auxiliarle de forma cobarde. Habida cuenta de que los españoles se adentraban en el estrecho, sus comandantes le aseguraron que no podrían escapar y que los ingleses podrían volver luego y destruirles a placer.

Tal consejo resultó ser totalmente erróneo. En realidad, el episodio refleja la incompetencia de sus comandantes. Si la entrada en la bahía se hubiera hecho con marea baja y no alta no habría habido bastante agua en la cala para que los buques españoles hubieran escapado. Aquí podemos ver de nuevo las consecuencias de una mala planificación y de un reconocimiento insuficiente. ¿Por qué ignoraban los ingleses la presencia de la flota española? Estaban dejando de lado las precauciones más elementales en toda época.

Así pues, los ingleses fondearon en la bahía y Wimbledon convocó un consejo de guerra. La situación había cambiado y una expedición terrestre a Sanlúcar parecía fuera de lugar. No obstante, los ingleses se enfrentaban a la oportunidad de lograr un botín más suculento. Nunca habían pensado en atacar Cádiz, que se suponía fuertemente fortificado. Sin embargo, con gran riesgo personal, un comerciante inglés llamado Jenkinson navegó desde Cádiz hasta la flota inglesa para comunicarles que habían sorprendido totalmente a los

españoles y que la ciudad contaba con una escasa guarnición. Un ataque inmediato les habría permitido apoderarse de Cádiz y ofrecer al rey Carlos una base en tierra española. Wimbledon, empero, dejó nuevamente la iniciativa en manos de los capitanes de sus buques, que le dijeron que la flota no estaría segura hasta que no capturaran el fuerte situado en el Puntal. Wimbledon, poniendo en primer lugar la enfática recomendación del rey acerca de la seguridad de su flota, les hizo caso y dio orden de aprestarse para un bombardeo nocturno del fuerte.

Al caer la noche, veinte buques carboneros de Newcastle, de poco calado, recibieron orden de unirse a los cinco buques de guerra holandeses para atacar El Puntal, mientras que tres barcos reales, que necesitaban aguas más profundas para acercarse a la costa, formaron una segunda línea. Con la oscuridad llegó también la confusión. Los buques holandeses se acercaron y se encontraron con una salva procedente del fuerte; los barcos carboneros, sin embargo, desobedecieron las órdenes y se quedaron fondeados. Los barcos holandeses resultaron seriamente dañados, con dos o tres barcos embarrancados para evitar su naufragio. Con el alba un airado almirante holandés llegó al buque insignia de Wimbledon para denunciar que los capitanes de los navíos carboneros no les habían prestado apoyo. Según St. Leger, esos buques contaban «con los peores capitanes que nunca haya habido en el mundo».{18}

Sospecho que comandantes de la talla de Drake, Hawkins o Raleigh habrían sabido cómo habérselas con una situación como ésa. Probablemente habría bastado con algunas ejecuciones sumarias, pero Wimbledon no tenía talla de líder, como quedó patente en momentos como ese. Su respuesta ante una conducta que equivalía a un motín consistió en remar personalmente de un navío carbonero a otro y advertir a sus tripulaciones acerca de su conducta futura, ordenándoles que prestaran apoyo a un nuevo ataque de los buques reales. Con Essex al frente del ataque en el *Swiftsure,* los buques de carga se vieron obligados a entrar en acción inicial- mente, aunque volvieron a retroceder una vez iniciado el combate. Unos pocos disparos de sus cañones bastaron para ver que eran más peligrosos para el escuadrón de Essex que para el

fuerte y cuando uno de ellos disparó por encima de la popa del buque insignia de Essex se les ordenó que dejaran de disparar. Tal vez haya que decir que hicieron lo que estaba en sus manos.

Merced a las baterías pesadas de los buques ingleses el fuego del fuerte empezó a disminuir y Wimbledon decidió desembarcar sus tropas para conquistarlo, escalándolo de ser necesario. Era una oportunidad para que Wimbledon se luciera al tratarse de una operación en la tierra firme que conocía bien. Tras señalar a sir John Burroughs, otro comandante veterano, dónde debían desembarcar las tropas, hubo de contemplar con perplejidad como éste desobedecía sus órdenes. Intentando tomar el fuerte de un plumazo, Burroughs desembarcó sus tropas justo debajo de sus muros, con lo que el primer bote fue barrido con fuego de mosquetes de proa a popa: el capitán Bromingham resultó muerto y muchos otros aplastados por enormes piedras lanzadas desde el parapeto sobre soldados y marineros indefensos. Un Burroughs escarmentado desembarcó a continuación sus restantes tropas donde le había dicho Wimbledon en un principio y la guarnición española se rindió. Como comentario de la eficacia del fuego artillero de los ingleses, descubrieron entonces que a pesar de haber usado dos mil cargas de munición, los buques no habían causado prácticamente ningún daño al fuerte.

Wimbledon había capturado el fuerte de El Puntal, pero a un coste desproporcionado. Por otro lado, en las veintidós horas que había consumido en rendir el fuerte los españoles habían reforzado la guarnición de la ciudad de Cádiz, invulnerable ya al ataque de los ingleses. Don Fernando de Girón, gobernador de Cádiz, había actuado con gran decisión desde el momento en que se había avistado la flota inglesa. Gran parte de la guarnición regular había partido con la flota de la plata, por lo que sabía que no podría resistir un ataque sin refuerzos inmediatos. Envió mensajeros al comandante del ejército local, el duque de Medina Sidonia, que acudió presto con soldados de Sanlúcar y las ciudades circundantes. Cuando los ingleses tomaron Cádiz en 1596 enviaron tres regimientos a asegurar el puente de Zuazo, que conectaba la isla de León, en la que se eleva la ciudad, con la tierra firme. Wimbledon,

por su parte, parecía no haber aprendido nada de la primera expedición inglesa y no se esforzó en fortificar el puente hasta que fue demasiado tarde. Ese fue el camino por el que los españoles lograron enviar refuerzos, mientras galeras cargadas de pertrechos llegaban a Cádiz aprovechando la oscuridad. Todo eso sucedió mientras los buques ingleses y holandeses iluminaban la noche con los fogonazos de sus cañones, bombardeando el fuerte que, al defenderse, salvó Cádiz.

En la mañana del domingo la guarnición de Cádiz alcanzaba ya los cuatro o cinco mil hombres y Wimbledon comprendió que no existían esperanzas de tomar la ciudad al asalto. Sea como fuere, no confiaba en sus tropas ni en sus jefes. La expedición había fracasado desde el momento en que se había dejado convencer de no perseguir a los buques españoles que se adentraban en la ensenada. El bombardeo del fuerte de El Puntal había alertado a todo el país y se acercaban soldados procedentes de Sevilla, Málaga, Gibraltar, Lisboa y muchas otras ciudades, lo que ponía a los ingleses en la tesitura de encontrarse atrapados.

Ignorante de lo que estaba sucediendo, Wimbledon continuó desembarcando sus tropas en El Puntal, hasta que le informaron que se había avistado una fuerza enemiga en el puente de Zuazo. Dejando a Denbigh al frente de la flota, dio órdenes de que se desembarcaran provisiones y que se planificara un ataque contra los buques españoles fondeados en la ensenada de Puerto Real. A continuación se dirigió con ocho mil hombres hacia las columnas de Hércules para intentar cortar el paso a la fuerza española. Tras una marcha de nueve kilómetros sin encontrar españoles llegó a la siguiente conclusión: «Parece que se trataba de una falsa alarma. Pero puesto que ya hemos avanzado tanto, si os parece podríamos continuar haciéndolo. Quizás sepamos algo o veamos a algún enemigo. De no ser así, por lo menos sabremos cómo es ese puente del que tanto se ha hablado».{19}

Tamaña ingenuidad resultaría increíble de no estar escrita en el relato posterior que Wimbledon hizo de la expedición, al lado de los nombres de los otros comandantes que estuvieron de acuerdo en su plan de proseguir la marcha en esa «persecución de gansos

salvajes».

La isla de León, por la que avanzaban las tropas inglesas, era plana y pantanosa, dedicada principalmente a la producción de sal. Durante la marcha los soldados deben haber visto los curiosos terrones de sal en forma cónica que se recogen de las zonas pantanosas que salpican gran parte de la isla. La atmósfera de la isla parecía impregnada de sal y producía una sed terrible a los soldados, que se afanaban caminando expuestos al calor del sol español. Sus rodeos, casi surrealistas, debían asemejarse a una especie de farsa macabra.

Mientras los soldados hacían un alto en las columnas de Hércules, sir John Burroughs dio a Wimbledon la noticia de que nadie de su regimiento había llevado consigo provisiones para la marcha y que no habían comido nada desde que habían desembarcado. Cuando el coronel Bruce indicó que lo mismo sucedía con sus hombres, Wimbledon no tuvo más remedio que enviar a ambos regimientos de vuelta a El Puntal. A duras penas acababa de recuperarse del contratiempo cuando le comunicaron que habían vuelto a verse tropas españolas. Se trataba de otra falsa alarma, pero sin que nadie intentara asegurarse de la exactitud del informe, Wimbledon ordenó a sus hombres encaminarse hacia el puente de Zuazo.

Wimbledon difícilmente podía imaginarse que la mayoría de sus hombres marchaban con sus mochilas vacías, sin nada que comer o beber. La razón por la que no se le informó antes de tal situación es uno de los numerosos misterios que envuelven la marcha hacia Zuazo. Al amenazar la noche y sin que se viera ningún soldado español, Wimbledon decidió acampar para hacer noche al raso, cerca de unas edificaciones desiertas que pertenecían al duque de Medina Sidonia. Los hombres empezaron a quejarse al unísono de que estaban sedientos y hambrientos. Cuando se informó a Wimbledon de que en una de las casas se había encontrado una gran cantidad de vino conservado en toneles, decidió permitir «por humanidad» a sus hombres que mitigaran su sed bebiendo de éste.

Ordenó que se entregara una barrica de vino a cada regimiento. El resultado subsiguiente, habida cuenta de la atmósfera salitrosa, la sed rabiosa, el caliente sol y los vacíos estómagos no fue

sorprendente. El ejército degeneró convirtiéndose en una turba rabiosa y borracha. Los soldados semifamélicos perdieron toda contención e irrumpieron en la bodega, abriendo a golpes los toneles. La disciplina se hizo trizas, con los soldados disparando salvajemente al aire, abriendo fuego los unos contra los otros y amenazando a cualquier oficial que intentaba frenarlos. Cuando Wimbledon ordenó que se vertiera el vino al suelo, los hombres se apresuraron a recogerlo en sus cascos y cercaron la habitación del comandante, amenazando su vida. La guardia de Wimbledon se vio obligada a disparar contra la turba. Como Wimbledon explicó luego, «nunca pensé que estuviera en gran peligro, pero sin duda alguna el enemigo podría habernos rodeado con sólo trescientos hombres y habernos degollado». {20}Durante el resto de esa noche dantesca los oficiales tuvieron que protegerse de los ataques de sus propios hombres.

Wimbledon cometió muchos errores durante la expedición pero resulta difícil no sentir simpatía por él en esta ocasión. Aunque la responsabilidad final corresponde al comandante del ejército de tierra, debería haber sido capaz de confiar en que sus subordinados hicieran su cometido concienzudamente. Como señala Dalton, «un ejército que cuenta con nueve coroneles, un coronel-general, un general de brigada, un comisario general (el capitán Mason) y sinfín de capitanes y subalternos, no tendría que depender del comandante supremo para que sus soldados llenaran sus mochilas con comida».{21}

El incidente del vino se debió a un error de valoración por parte de Wimbledon, pero no fue la primera ni la última vez que soldados ingleses se aprovisionaban básicamente de vino gratis. Todo ello, empero, se añadió al profundo desencanto del comandante con su misión. Como dijo a Buckingham, «debo confesar que me causó problemas e inquietud tener que habérmelas con el mando de una muchedumbre en tales circunstancias, cuando aun los sobrios eran incapaces de mantener el orden».{22}

A la mañana siguiente Wimbledon decidió que no quedaba otra solución que volver a El Puntal: sus hombres no estaban en condiciones de enfrentarse al enemigo, escasos de comida y

obviamente vacilantes y resacosos. Abandonando un centenar de borrachos en la cuneta, a los que luego matarían los españoles, el abatido ejército dio marcha atrás; el camino hacia El Puntal fue cubriéndose de armas y equipo que los soldados iban arrojando para aligerar el peso de la marcha. Es difícil llegar a comprender qué pretendía obtener Wimbledon con semejante y extraordinario paseo por territorio enemigo; presumiblemente sus intenciones eran defensivas, puesto que difícilmente podía esperar que sus tropas, con las que se había mostrado tan mordaz, se encontraran en combate abierto con los españoles y los derrotaran. Pero si su objetivo era asegurar el puente de Zuazo, ya era demasiado tarde para evitar que llegaran refuerzos a Cádiz. Si, por el contrario, intentaba asegurar su propia evacuación, su orden de desembarcar vituallas y municiones en El Puntal parecía poco razonable. Resulta poco probable que Wimbledon tuviera algún plan claro al respecto.

Al volver al buque insignia se encontró con nuevos motivos de enojo. Denbigh, de acuerdo con sus órdenes, había preparado un ataque a los buques españoles fondeados en Puerto Real, que debía encabezar sir Samuel Argall. Sin embargo, la decisión se había retrasado ocho horas porque muchos de los marinos de Argall estaban en tierra y habían tenido que ser convocados con toques de tambor. Cuando finalmente los buques ingleses se acercaron cautelosamente a la ensenada se encontraron con que en el ínterin los españoles, bajo el mando del marqués de Cropani, habían preparado defensas, hundiendo cuatro viejos cascarones en la línea de entrada, impidiendo que pudiera penetrar más de un barco a la vez. Los grandes buques españoles estaban dispuestos de tal manera que sus costados estaban prestos a hacer frente a cualquier intruso. Argall se retiró frustrado y llevó la mala nueva a Wimbledon, a bordo del *Anne Royal.*

De las instrucciones del rey pocas eran ya factibles, exceptuando la de interceptar la flota que venía de América, por lo que Wimbledon hizo reembarcar a sus hombres. Afortunadamente en las columnas de Hércules habían encontrado algunas chalupas, que facilitaron el traslado.

Esa noche empezó a llover con fuerza y los soldados, con ropa y

calzado inadecuados, exhaustos por sus marchas y contramarchas constantes, pasaron su última noche en suelo español al raso y en estado lamentable. Al día siguiente la flota recorrió la bahía de Cádiz, «tan majestuosa e inofensivamente como cuando llegó seis días antes».{23}

Rumores de guerra habían cruzado los mares aun antes de que la flota española abandonara las aguas americanas; por ello al zarpar tuvo la precaución de navegar lejos del sur y rodear la costa africana, entrando en la bahía de Cádiz sólo dos días después de que Wimbledon la abandonara. Los ingleses avistaron ocho buques y les dieron caza, pero infructuosamente porque sus buques «estaban llenos y eran poco marineros». Quizás fuera una suerte que los ingleses no se encontraran con los españoles porque en el activo de los soldados o marineros había bien poco que pudiera sugerir que hubieran triunfado.

En ese momento hicieron su aparición las enfermedades. Las provisiones se habían estropeado y era absolutamente necesario encontrar agua potable. De ahí que el 21 de octubre Wimbledon se viera obligado a enviar a 12 barcos con los caballos y soldados enfermos de vuelta a casa. Mostrando un coraje admirable e inútil, Wimbledon decidió «permanecer navegando para cumplir con su cometido». Pero las enfermedades fueron diezmando su flota y algunos navíos se volvieron inmanejables. Lord de La Warr informó a Wimbledon que la enfermedad había hecho tales estragos en su barco que «a menos de que se evacuaran sus enfermos y se le dieran a cambio otros marineros sanos, su tripulación era tan débil que no podría ni tripular ni maniobrar su embarcación, que quedaría a la deriva».{24}

La idea de transportar hombres enfermos a zonas libres de contagio era totalmente insensata, pero Wimbledon ordenó que treinta de sus barcos proporcionaran dos hombres sanos cada uno y evacuaran dos enfermos en su lugar. El aislamiento de los enfermos en un buque no era una práctica desconocida en el siglo **xvii,** por lo que la conducta de Wimbledon fue totalmente insensata. Las condiciones a bordo de los navíos eran terroríficas, con los enfermos tendidos sobre el piso en total oscuridad a falta de velas; privados

de agua potable, subsistían mediante sorbos de asquerosa cerveza. Sir Michael Greere escribió a su hijo que la comida olía de forma tan apestosa que «ni un perro del Paris Garden la comería».{25} El 17 de noviembre era obvio que una demora mayor ocasionaría la ruina total de la flota por lo que a regañadientes ordenó regresar a Inglaterra.

En ese momento empeoró el tiempo y la flota se dispersó, con el buque insignia de Wimbledon tan dañado que era dudoso que pudiera llegar a puerto inglés. Finalmente, el 11 de diciembre llegó trabajosamente al puerto irlandés de Kinsale con seis pies de agua en sus bodegas, 160 enfermos a bordo y tras haber perdido 130 de sus hombres. Poco después llegó el *Constant Reformation*, sin mástiles y con la tripulación muriendo de sed y hambruna. Essex, a bordo del *Swiftsure*, había tenido mejor tiempo y había llegado a Falmouth el 5 de diciembre, con algunos otros buques de su escuadrón. En los restantes meses invernales los otros navíos sobrevivientes lucharon a lo largo de la costa sur para depositar sus maltrechas cargas de desechos humanos en las ciudades costeras. El vicealmirante de Devon, John Eliot, ha dejado un relato personal de las miserias que contempló:

> las miserias que se exhiben ante nuestros ojos son grandes, y grandes las quejas por la carencia y mal estado de las provisiones. En este momento hay que enterrar al capitán Bolles, un propietario, que murió tras su llegada a puerto y que comunicó con gran dolor que su enfermedad se debió a la escasez y corrupción de las vituallas. Los soldados no están en mejores condiciones. Son muchos los que se lanzan por la borda y ayer cayeron siete en las calles.{26}

Sir William St. Leger describió así sus propias tropas: «Su estado es miserable. Huelen y los pobres andrajos con que van vestidos están tan podridos que se caen tan pronto como los tocan. Los soldados están enfermos y desnudos, y los oficiales sin dinero y sin amigos no pueden alimentarse a sí mismos una semana».{27}

La gran expedición a Cádiz había acabado. En palabras de Forster, había sido un «intento de llenar las arcas reales con una incursión pirata en la riqueza de España».{28} Como tal, pura y simplemente

fracasó. Pero ¿quién era el auténtico responsable del fracaso? Es difícil, a la hora de repartir culpas, establecer dónde empezar o cuándo acabar, tan grande fue la incompetencia de todos los implicados en su planificación y ejecución.

Como Wimbledon sabía desde el principio, la materia prima con la que se elaboró la empresa era inadecuada para la tarea que se le encomendaría. Los soldados carecían de entrenamiento, eran indisciplinados y faltos de voluntad, contaban con poco equipo y una moral baja, tras esperar la mayor parte del verano en las ciudades costeras de Devon. Cuando el viaje se hubo iniciado, se encontraron con que las provisiones eran escasas, la sidra asquerosa y las vituallas generalmente tan malas que miles de hombres estaban condenados a la enfermedad, la privación y la muerte. Los oficiales que aprovisionaron la flota —como sir James Bagg y sir Allen Apsley — fueron clara y seriamente culpables.

Los barcos, a su vez, no eran los adecuados para tal viaje en esa estación del año. Unas pocas semanas antes de zarpar habían revelado serias debilidades cuando algunos de ellos fueron superados por barcos piratas. Sus cascos los convertían en buques poco marineros, mientras que sus aparejos estaban viejos y deteriorados; algunos de ellos databan de la época de la Armada Invencible. Sus capitanes eran prudentes hasta la cobardía y carecían del fuste que había inspirado a sus predecesores isabelinos. Los consejos que dieron a Wimbledon tuvieron un efecto desastroso en la actuación del comandante y contribuyeron de forma notoria al fracaso de la expedición.

El propio Wimbledon demostró estar incapacitado para ejercer el alto mando. Si bien era valiente, era indeciso e incapaz de imponer su autoridad a sus subordinados. En ocasiones pareció tomar demasiado al pie de la letra las instrucciones del rey y permitió a los capitanes y comandantes de sus buques influir en demasía en los consejos de guerra. En las ocasiones en que pareció mostrar alguna competencia militar o aun sentido común, tuvo la desgracia de contar con un grupo de comandantes que pese a gozar del favor de Buckingham estaban faltos de aptitud militar.

Sin embargo, y aunque no acompañó a la expedición, el fracaso

se debió principalmente a Buckingham. Él fue el encargado de elegir los comandantes de la flota y los encargados de organizaría y aprovisionarla en el Reino Unido. Su sistema de nepotismo y favoritismo personal hizo que los elegidos tuvieran interés en satisfacerle: al fin y al cabo «quien paga manda». Como lord del almirantazgo no tuvo ideas claras acerca del objetivo de la flota y permitió que le influyeran las presiones políticas y financieras, por lo que finalmente acabó convirtiéndose en rehén de su propia lucha contra un Parlamento hostil acerca de las atribuciones financieras.

Lo más trágico fue, empero, que no se aprendió nada del fiasco. Ni Carlos ni Buckingham buscaron las razones del fracaso y por ello se condenaron a repetirlo en la isla de Ré. No se pidió cuentas a ninguno de los responsables de aprovisionar la flota por las deficiencias patentes, ni perdieron el favor o patronazgo del almirante. No se preguntó a ningún responsable de los astilleros por las condiciones de las velas y vergas o por la suciedad de las quillas que hacía tan lentos a los barcos. De no haber sido por los miles de desechos humanos varados en las ciudades costeras, forzados a mendigar y a abrirse camino entre una población hostil, hubiera podido pensarse que nunca había existido una expedición a Cádiz.

2. LA BATALLA DE MARSTON MOOR (1644)

El uso del término *cavaliers* {1} para designar a quienes luchaban al lado del rey en la guerra civil inglesa se originò durante los disturbios, a finales de 1641, entre los aprendices de Londres y los partidarios del rey comandados por el lugarteniente de la torre *(Lieutenant of the Tower),* «el valiente y jactancioso» coronel Thomas Lunsford.{2} Mientras las cabezas rapadas de los aprendices se hicieron acreedoras del ofensivo título de «cabezas peladas», se aludió abusivamente a los hombres del rey como «caballeros»,{3} para significar soldados españoles, opresores católicos de los protestantes, el odiado enemigo nacional. Las asociaciones más románticas de la palabra *cavalier* llegaron bastante más tarde.

No obstante, la palabra forma parte de nuestra investigación sobre la incompetencia militar como adjetivo y no como nombre, puesto que *cavalier* es aquí no tanto una definición del estatus de un hombre sino un reflejo de su actitud ante la guerra. Sin duda alguna quienes albergaban ese espíritu eran valientes, y sin embargo muchos de ellos eran aficionados que rechazaron el profesionalismo de quienes habían servido en el continente bajo las órdenes de suecos u holandeses. Sus cualidades pueden haberles conducido a diversas victorias en muchos campos, pero, a medida que los ejércitos parlamentarios se profesionalizaban, pareció obvio que no bastaba con el espíritu caballeresco. Tenía sus desventajas. Un diccionario nos dirá que *cavalier* puede significar «alocado, imprudente, poco cauteloso, descuidado, atolondrado, temerario, salvaje, desesperado, pasional, impulsivo, confiado en exceso». Pues bien, resulta interesante percatarse de que a menudo esas cualidades han sido asociadas a la incompetencia militar. Por ejemplo, el 2 de julio de 1644 en Marston Moor fue el espíritu «caballeresco» de uno de los comandantes del rey, sir John Byron, el que perdió una batalla que debería haber ganado. Su impetuosa

carga contra la caballería numéricamente superior de Cromwell hizo trizas la cuidadosa planificación de su comandante, el príncipe Ruperto de Re- nania.

El príncipe, que contribuyó eficazmente a levantar el sitio de York en julio de 1644, estaba muy lejos de ser la mera personificación del «espíritu caballeresco» con la que a veces ha sido descrito. Era un soldado con experiencia incluso antes de unirse a las fuerzas de su tío en 1642 como general de la caballería, y su reputación como jefe valeroso estaba sólidamente fundamentada por sus victorias en Powick Bridge, Cirencester, Chalgrove Field, Bristol y Newark. Como ha señalado Peter Young,

> ...el príncipe Ruperto proporcionó a la caballería realista la bravura que le permitió ganarse una fama fuera de toda duda. Pero, si bien era un experto con el sable y la pistola y un hombre bizarro capaz de seguir una carga de caballería, era mucho más que un simple espadachín. Durante los tres años en que estuvo encarcelado, a una edad en que en nuestros días un hombre de su posición hubiera estado en la universidad, empleó su tiempo libre en mejorar su conocimiento teórico del arte de la guerra: ingeniería militar, trabajos de sitio, minas, todo eso formó parte de su estudio...{4}

Sin embargo, cuando Ruperto se dirigía hacia York era un hombre predispuesto al combate convencido de que su rey, Carlos I, le había dado instrucciones por carta de buscar y destruir los ejércitos enemigos. Esa carta, enviada por Carlos I el 14 de junio de 1644, ha originado grandes controversias. Historiadores militares como Peter Young han señalado que en la carta en cuestión no había ninguna orden específica del rey de entablar batalla tras auxiliar a la ciudad de York.{5} La verdad debe residir por consiguiente en la interpretación que Ruperto hizo de sus instrucciones. Veamos el célebre texto de la carta de Carlos:

> Si se perdiera York, en poco aprecio tendría a mi corona, a no ser que recibiera el inmediato apoyo de tu marcha hacia mí y una conquista milagrosa en el sur, antes de que se sintieran aquí los efectos del poder del norte; pero si se libera York y derrotas a los ejércitos rebeldes de ambos reinos que tienes delante, entonces, pero no de otro modo, yo podría arreglármelas (a la defensiva) para alargar el tiempo hasta que pudieras

> venir en mi ayuda. Por consiguiente, te pido y mando que, con el afecto y devoción que sabes te tengo (dejando de lado cualquier nueva empresa) acudas con todas tus fuerzas en auxilio de York; pero si la plaza se pierde, o ellos mismos pueden desembarazarse de sus sitiadores, o por falta de pólvora no puedes hacerte cargo de lo que te pido, entonces ponte inmediatamente en marcha, con todos tus efectivos, hacia Worcester, para ayudarme a mí y a mi ejército, sin lo cual, o sin que hayas librado York tras batir a los escoceses, todos los éxitos que puedas cosechar a continuación me resultarán, casi indefectiblemente, inútiles...{6}

La carta fue escrita por el rey en un momento en que él y sus consejeros estaban casi aterrorizados, con los ejércitos parlamentarios de Essex y Waller muy cerca de ellos. Uno de los consejeros del rey, lord Culpeper, consideró la carta un error, comentando «vive Dios que estáis perdido, pues al recibir esa orden perentoria luchará, pase lo que pase».{7} Culpeper no era el único que conocía la naturaleza impulsiva de Ruperto y el rey cometió ciertamente un error al enviarle un documento tan confuso, sabiendo que podría inducir a su sobrino a emprender una jugada desesperada y poco conveniente. Carlos creía que sería necesario entablar una batalla exitosa contra los ejércitos parlamentarios de Manchester, Fairfax y Leven antes de que York fuera liberado. En ese caso la carta obligaba a Ruperto a luchar para lograr la liberación de la ciudad. Sin embargo, si la ciudad era liberada sin entablar combate, algo que la pericia en las maniobras de Ruperto estaba en condiciones de lograr, las instrucciones del rey probablemente debían entenderse entonces como una orden para que Ruperto trasladara todo su ejército a Worcester. ¿Por qué, entonces, habiendo cumplido la petición del rey de liberar York y habiendo obtenido un gran triunfo personal, Ruperto lo arriesgó todo, incluso la ciudad de York, en un encuentro tan peligroso? Eso fue precisamente lo que le preguntaron a Ruperto el marqués de Newcastle y James King, lord Eythin, que habían estado al frente de la defensa de York. Ruperto les replicó que el rey le había dado orden de combatir a los rebeldes con total prioridad. ¿Creía en verdad que tal orden era real o bien usó la carta para obligar a

apoyarle a unos comandantes poco propicios a entrar en combate? Los historiadores nunca lo sabrán con certeza, aunque las posteriores acciones de Ruperto sugieren que estaba buscando un encuentro con el enemigo para rentabilizar la ventaja psicológica que tenía a la sazón. Como ha señalado Young, Ruperto era un comandante habituado a «no hacerle ascos a las cosas difíciles».[8] Por consiguiente, es difícil no concluir que Ruperto se excedió deliberadamente en la interpretación de las instrucciones buscando batalla y que logró, erróneamente, que Newcastle le apoyara a pesar de sus deseos precisamente al afirmar que tenía órdenes explícitas del rey.

Los tres ejércitos aliados que habían sitiado York —los escoceses mandados por lord Leven, el ejército del norte bajo las órdenes de lord Fairfax y el de la asociación oriental bajo el mando del conde de Manchester— sumaban unos 27.000 hombres, mientras que las fuerzas de Ruperto no pasaban de 14.000. Habida cuenta de la notable desventaja numérica, Ruperto debe haber sabido que necesitaba el apoyo de la guarnición de York para plantar batalla a las fuerzas aliadas. Su primera tarea era, pues, evitar al enemigo, obligarlo a levantar el sitio y luego conectar con las tropas de Newcastle dentro de la ciudad.

Los generales aliados sabían por sus informes del avance de Ruperto a través de Lancashire pero sobreestimaron en unos cuatro mil hombres su fuerza. A resultas de ello, al saber que había llegado a Knaresborough, al oeste de York, Leven decidió levantar el sitio de la ciudad, abandonando sus máquinas de sitio y una partida de cuatro mil nuevos pares de botas y trasladando a todo su ejército al páramo cercano a Long Marston, para interceptar la aproximación del ejército de Ruperto.

Ruperto, a modo de estratagema, envió un fuerte contingente de caballería a enfrentarse a los ejércitos de Leven en Marston Moor, que los aliados creyeron que era la vanguardia de Ruperto, por lo que formaron a sus hombres en línea de batalla y esperaron la llegada del grueso de sus fuerzas. Ruperto, mientras tanto, se movió con rapidez hacia el norte, cruzando el río Ure en Boroughbridge a primera hora de la mañana del 1 de julio y marchando hacia York

desde el norte. Esa brillante maniobra le permitió conectar con el ejército de Newcastle en la ciudad. Por otro lado, su éxito le había proporcionado también un sentimiento de exceso de confianza, pues en lugar de permitir el descanso de sus tropas e intentar unificar el mando con Newcastle decidió entablar batalla con los tres ejércitos aliados de inmediato.

Dispuesto a no perder su ímpetu, Ruperto envió a la ciudad a Goring, general de la caballería del flanco norte, con un mensaje para el marqués de Newcastle, ordenándole que se uniera a él, con la guarnición de York, prestos a entrar en combate al día siguiente. Tal decisión resultó ser un grave error de valoración por parte de Ruperto. No comprendió la tensión a que habían estado sometidos durante el sitio la guarnición y sus comandantes; por otro lado, su tratamiento digamos que «caballeresco» de Newcastle, un comandante que le doblaba la edad y que durante dos años había sido el comandante incuestionado del norte, puso de manifiesto un defecto de su carácter. Como ha señalado Peter Young:

> Ruperto no sólo era joven, era el benjamín de su familia, impetuoso y pagado de todas sus victorias e indudable talento. Si hubiera estado tan seguro de sí en la cámara del consejo como en el campo de batalla, los ejércitos acuartelados en torno a York en la noche del 1 de julio de 1644 habrían ganado la guerra para su rey.{9}

La guarnición de York creía que se había ganado, si no unas alabanzas serviles, al menos unos días de descanso. El clímax sentimental de liberación que todos habían experimentado al saber que «el príncipe» había venido en su auxilio no los había preparado para el súbito anticlímax de enterarse de que debían partir en búsqueda del enemigo y arriesgar sus vidas rápida y nuevamente.

En realidad, los comandantes de York, que tanto habían resistido, se molestaron por la actitud de Ruperto, particularmente James King, lord Eythin. King era un escocés prudente cuyo desagrado por el príncipe se remontaba a sus experiencias conjuntas en Alemania. Ruperto había sido capturado en la batalla de Lemgo en 1638 a causa, decían algunos, de la tardanza de King. En respuesta a esa acusación King culpaba de la derrota de ese día a la «anticipación»

del príncipe. Sea cual fuere la verdad, indudablemente King hizo todo lo que pudo para retrasar, si no evitar, el encuentro de Ruperto con los ejércitos parlamentarios.

Newcastle, por su parte, era de otra pasta. William Cavendish, marqués de Newcastle, era un grande extremadamente rico que había puesto a disposición del rey sus recursos. Aunque no era soldado, era un buen jinete e inspiraba lealtad a sus muchos partidarios en el norte. Fue servil en sus elogios a Ruperto, quizás en demasía. En su cortés carta de agradecimiento a Ruperto por la liberación de York bien pudo dar una impresión errónea al príncipe:

> Sea usted bienvenido, Señor, de muchas maneras, y aunque excede mi aritmética el nombrarlas, por lo que sé es usted el redentor del norte y el salvador de la corona. Su nombre, Señor, ha aterrorizado a tres grandes generales que han levantado el campo antes de que usted llegara. Parece que su designio no era encontrarse con Su Alteza pues por lo que sé han puesto un río de por medio entre ellos y usted, pero son tan bisoños que es imposible saber a ciencia cierta cuáles son sus intenciones, ni puedo yo comprenderlas puesto que nada soy sino un agradecido y obediente servidor de las órdenes de Su Alteza.{10}

Ruperto interpretó por la carta que Newcastle se ponía pura y simplemente a sus órdenes, aunque no era esa en absoluto la intención del marqués al redactar la misiva. Newcastle se irritó tanto con la orden perentoria de Ruperto de que se le uniera con toda su guarnición que le amenazó con dimitir. Tras ser convencido de que no hiciera tal cosa, él y King procuraron entorpecer la intención del príncipe de buscar batalla inmediatamente, confiando en que las diferencias entre los líderes de los parlamentarios acabarían con el ejército aliado sin necesidad de combatir, una eventualidad no improbable.{11}

Dijeron al príncipe que las puertas de la ciudad habían sido tapiadas durante el sitio con tierra y obras de albañilería y que tomaría bastante tiempo eliminar todo ello. Además, ¿no sería mejor esperar a los 5.000 hombres de refuerzo al mando del coronel Clavering que Newcastle esperaba que llegaran del norte?{12} Ruperto, empero, insistió en que tenía «orden del rey de luchar con

el ejército escocés allá donde lo encontrara». A Eythin no le convenció el razonamiento de Ruperto y, según sir Francis Cobbe, intentó persuadir a Newcastle de no comprometer la totalidad de la guarnición en una empresa tan peligrosa. Recurrió al hecho de que Ruperto había «insultado» al marqués al asumir inmediatamente el mando, pero la lealtad de Newcastle al rey estaba más allá de cualquier duda. Se tragó su orgullo y se preparó a seguir las órdenes del príncipe, dejando a Eythin que organizara la infantería.

Wedgwood, tomando como fuente la narración de sir Hugh Cholmley, describe el motín que se produjo a continuación en la ciudad de York:

> [Eythin] ...con culpable irresponsabilidad, alentó la irritación de los soldados en York cuando su obligación era aquietarla. Dijo, de manera que muchos lo oyeran, que creía que los hombres no debían marchar hasta que hubieran recibido al menos sus pagas atrasadas. La opinión pronto se convirtió en un murmullo generalizado en el campamento; muchos de los hombres estaban convencidos de que Eythin les había ordenado lisa y llanamente que no se pusieran en marcha. A las dos del mediodía se había producido un motín generalizado: no estaban dispuestos a dar un paso.{13}

Mientras Newcastle, acompañado de sus guardaespaldas y de un «cortejo de la gente bien de York», salió a caballo del Micklegate a la mañana siguiente para unirse a Ruperto y su ejército en Marston Moor, Eythin estaba aparentemente presto para que los infantes continuaran saqueando las trincheras enemigas que rodeaban la ciudad. La razón de esa conducta cuando habían tenido todo el l.° de julio para hacerlo sólo puede explicarse por la determinación de Eythin de retrasar las cosas para que Ruperto decidiera dejar de lado la batalla. Tal y como fueron las cosas luego, obtuvo el peor resultado posible, puesto que retrasó a Ruperto y no evitó la batalla, de manera que los realistas se vieron obligados a luchar con desventaja.

Los jefes parlamentarios, sabedores del éxito del rey en Cropredy Bridge, noticia que no había llegado a oídos del príncipe, pensaban que Ruperto se dirigiría hacia el sur, hacia Lincolnshire para unirse con el ejército de su tío. Por consiguiente, en las primeras horas del

2 de julio decidieron a su vez moverse hacia el sur, hacia Tadcaster, a fin de cerrarle el camino. Sin embargo, la aparición de la avanzadilla de Ruperto en el páramo les convenció de su error y enviaron rápidamente mensajeros para hacer volver a su infantería, dispersa en desordenadas columnas en ruta hacia el sur. Temían que Ruperto los atacara en cualquier momento y, dada su confusa situación y su merma de fuerzas, les parecía probable que fueran derrotados. Sin embargo, la confusión no reinaba únicamente en las tropas aliadas.

Cuando Newcastle y sus tropas a caballo llegaron al páramo era casi mediodía y a Ruperto le fue difícil esconder su frustración: «Mi señor, hubiera deseado que hubiera llegado antes con sus fuerzas —dijo al marqués— pero espero que podamos tener un día de gloria». {14} Newcastle informó al príncipe que la infantería de York todavía estaba saqueando las trincheras enemigas pero que Eythin pronto los habría vuelto al orden. Esas noticias frustraron los planes de Ruperto de caer sobre el ejército enemigo, todavía en proceso de reunirse de forma desordenada entre setos y plantaciones y con poco espacio para maniobrar en un suelo cenagoso por las lluvias del verano. Permitió que Newcastle le disuadiera de atacar inmediatamente, puesto que éste le prometió que pronto llegaría Eythin con 4.000 infantes.

Ruperto se arrepentiría luego de no haber ordenado a Newcastle atacar tan pronto hubo llegado. Sin duda alguna hubiera contado con 3.000 soldados de a pie menos, pero se habría encontrado con un enemigo que se reorganizaba en una atmósfera de pánico, esperando minuto tras minuto ser golpeados por el torbellino de la caballería realista. Por otro lado, la prolongada espera también hacía de las suyas en los hombres de Ruperto, que hasta el momento habían marchado con «valor y sangre fría», con los éxitos alimentando los éxitos. La espera les dio tiempo para pensar en el cansancio acumulado.

El orden de batalla que adoptaron los aliados fue el mejor que podía esperarse en aquellas condiciones, pues las tropas se dispusieron más o menos en el orden en que habían llegado a la llanura, con la infantería escocesa, que había encabezado la marcha

hacia Tadcaster, como última unidad en regresar. Entre las dos y las tres de la tarde los aliados habían completado sus preparativos y cuando Eythin llegó, hacia las cuatro, con 3.000 infantes en lugar de los 4.000 que había prometido Newcastle, se encontraron con un enemigo que cantaba salmos confiadamente.{15}

En el lado derecho del ejército aliado, frente a Goring, se encontraba la caballería del ejército del norte de lord Fairfax, unos 3.000 hombres, bajo el mando de su hijo, sir Thomas Fairfax, en la primera línea y el coronel John Lambert en la segunda. Una tercera línea, formada ‰ caballeros escoceses, pobremente montados en ponis, estaba liderada por el conde de Eglington. Respecto del centro, es difícil precisar la composición o estructura de mando del ejército aliado, habida cuenta de que había seis generales presentes, incluyendo tres comandantes del ejército. No obstante, la infantería estaba mayoritariamente formada por escoceses y no bajaban de 16.000-18.000 hombres.

En el lado izquierdo del ejército aliado se encontraba la caballería de la asociación oriental bajo el mando de Cromwell, que dirigía personalmente la primera línea, formada por unos 1.500 hombres; detrás estaban situados el comisario general Vermuden con una fuerza similar y una tercera línea de unos mil caballeros escoceses bajo el mando de David Leslie. La fuerza total del ala izquierda, contando los mosqueteros, superaba los 5.000 hombres. Fue esa fuerza excepcional lo que persuadió a Ruperto de que debía reforzar su propio flanco derecho, donde Byron contaba tan sólo con 2.600 hombres a caballo.

Como jefe supremo, Ruperto no estaba en disposición de conducir personalmente la caballería, como solía hacer. Al elegir para tal cometido a Byron debió ser consciente de que estaba corriendo un riesgo. La antigüedad de Byron en la jerarquía militar realista lo acreditaba para ese mando, pero su impetuosidad e informalidad eran de sobras conocidas: su enérgica carga en Edgehill en 1642 en apoyo de Ruperto contribuyó en buena medida a privar al rey de una victoria en aquella ocasión. Es probable que Ruperto confiara sobre todo en sir James Urry, el general de división de la caballería de Ruperto, para contrarrestar la tendencia de Byron a actuar

alocadamente. No obstante, la responsabilidad de Byron era tan importante que el príncipe le dio instrucciones explícitas acerca de la manera de afrontar la carga de la caballería de Cromwell.{16}

En aquella época era una táctica común intercalar mosqueteros entre la caballería de acuerdo con el esquema establecido por Gustavo Adolfo de Suecia, por lo que la primera línea de Byron contaba con 1.100 hombres a caballo, 500 mosqueteros, intercalados en grupos de cincuenta entre los regimientos de caballería. Como Banco de guardia de Byron, a la derecha se encontraba el regimiento de Tuke, con 200 hombres a caballo. Tras la primera línea se hallaba una segunda línea de 1.300 caballeros, bajo el mando de lord Molyneaux, en la que figuraba el regimiento del propio príncipe. Sin embargo, Ruperto quiso ir más lejos e improvisó un destacamento para «misiones imposibles» formado por 1.500 mosqueteros bajo las órdenes del coronel Thomas Napier, junto a la acequia que atravesaba el campo de batalla en paralelo a la carretera de Marston. Esos mosqueteros debían servir de refuerzo a la unión del ala de Byron con el centro y sobre todo para quebrar la embestida de la caballería de Cromwell.{17}

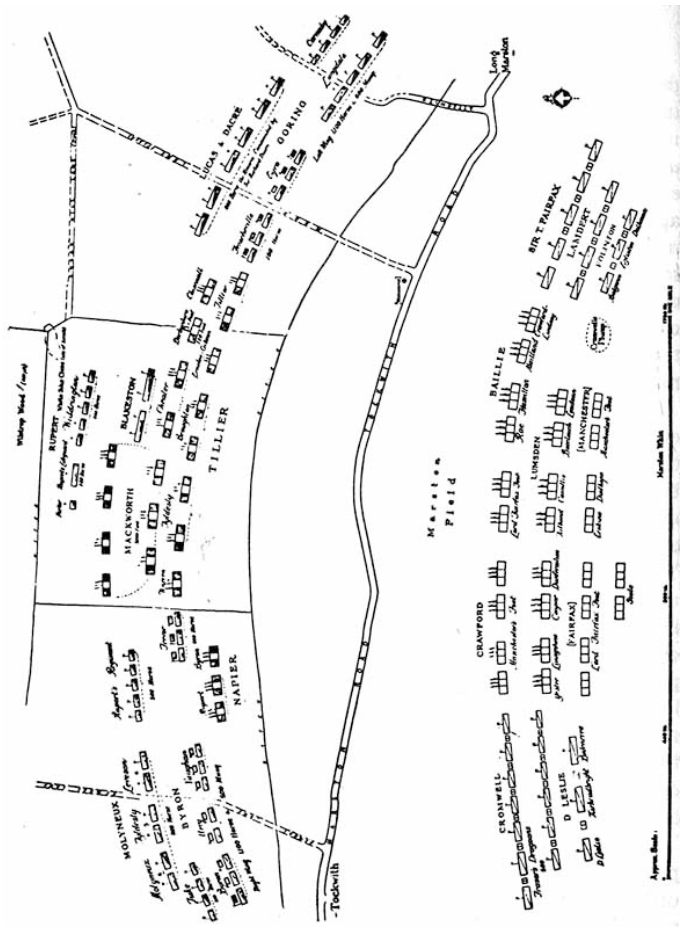
También como precaución, Ruperto ordenó que se formara una pequeña batería de cañones para apoyar a Byron. Y le dio una orden altamente inusual para un comandante de caballería, como relata el autor de *The Life of James II*:

> El príncipe Ruperto lo había situado (a Byron) de forma muy ventajosa, tras un montículo y un cenagal, con la orden de no abandonar su terreno sino limitarse a esperar en esa situación y aguantar la carga del enemigo ... (que) ... necesariamente debía estar desordenado al pasar ante él, habiendo de enfrentarse al fuego de 700 mosqueteros en su avance, lo que sin duda alguna podía resultar peligroso, si no ruinoso, para ellos.{18}

A Byron no debieron gustarle mucho esas instrucciones. La caballería dependía para su éxito de la conmoción que provocara y permanecer estáticos cuando llegaran los caballos enemigos era correr hacia el desastre. No obstante, diestramente Ruperto hizo de la necesidad virtud al intentar frenar los célebres y vigorosos soldados a caballo de Cromwell. Si Byron hubiera obedecido las

órdenes, la caballería de Cromwell se habría visto ante el fuego de mosquetes concentrado procedente de la acequia transversal y de los mosqueteros situados entre la caballería realista, y cañoneada a la vez por las piezas de artillería situadas en el altozano. Por otro lado, sus soldados a caballo, ya en desorden en virtud del intenso fuego, habrían tenido que cruzar un terreno pantanoso y la acequia antes de reagruparse, diezmados y con la moral baja, momento en el que se habría producido la carga de los escuadrones de Byron. Por tanto, aquel hubiera sido el momento adecuado para que Byron lanzara su ataque contra un enemigo desorganizado con una probabilidad alta de cambiar el curso de la batalla.

Ruperto había situado en el centro la infantería de su ejército y la procedente del de Newcastle, unos 10.000 hombres, bajo el mando de Eythin. Sin embargo, merced al retraso en la llegada de ese oficial es probable que los generales de brigada Tillier o Mackworth asumieran esa responsabilidad. La categoría de sus tropas variaba mucho, desde los recién reclutados de Lancashire, que en muchos casos arrojaron sus armas a la primera embestida, hasta los veteranos «capas blancas», conocidos como los «corderos de Newcastle», la mejor infantería del campo de batalla, que pelearon hasta el final.



8. El príncipe Ruperto era consciente de la fuerza del ala izquierda de la caballería parlamentaria bajo las órdenes de Oliver Cromwell. Había calculado que los mosqueteros de Napier podrían desarbolar la caballería de Cromwell cuando cruzaran la acequia, momento en el que la caballería del flanco derecho bajo las órdenes de Byron tendría su mejor oportunidad. La incapacidad de Byron de mantenerse en su posición al cargar Cromwell estorbó a sus propios mosqueteros y desordenó a sus jinetes, que cruzaron la acequia. El ala izquierda de las tropas realistas fue derrotada en toda regla y Cromwell pudo rodear al ejército realista y atacar la caballería de su flanco derecho justo cuando acababan de hacer huir a los soldados de Fairfax del campo de batalla. Con ello se decidió la suerte de la batalla.

En el flanco izquierdo, Ruperto dio el mando al general de la caballería del norte, George Goring, y a su teniente general, sir Charles Lucas. Ruperto situó a su derecha 500 mosqueteros en ese flanco para apoyar a la caballería. En este punto los realistas

gozaban de una considerable ventaja en el terreno, de la que iban a sacar buen partido. Ruperto se reservó personalmente un contingente de 700 caballeros y, pese a lo que han afirmado algunos autores, no estaba al mando del flanco derecho cuando Cromwell se dispersó.

La llegada de la infantería de Eythin hacia las cuatro de la tarde, con seis horas de retraso, sembró el desorden en las filas realistas y quizá fuera eso, o posiblemente ver que los hombres de Ruperto se disponían a comer, lo que convenció a Leven de que había llegado el momento psicológico de atacar. De los tres comandantes aliados, Leven era más antiguo e importante en el escalafón que Manchester y Fairfax que, como aficionados, no dudaron en inclinarse ante los treinta años de experiencia en la guerra europea del escocés, sobre todo a tenor de sus años de servicio a las órdenes de Gustavo Adolfo. Leven se percató de que superaban de largo en número a los realistas y, conocedor de la reputación de Ruperto, atribuyó su falta de decisión para atacar a la poca confianza que experimentaba respecto del resultado.

En realidad, Leven estaba probablemente en lo cierto a ese respecto, pues la tensión del mando debió afectar al príncipe, sobre todo a causa de los problemas con Newcastle y Eythin, aunque éstos se debieron en parte a su propia conducta y podría haberlos evitado de haberse comportado más diplomáticamente. Cuando sir Bernard de Gomme le enseñó a Eythin el orden de batalla no le satisfizo en modo alguno la colocación de sus infantes.{19} En su opinión no tenían bastante tiempo para alcanzar sus posiciones que, en cualquier caso, estaban demasiado cerca del enemigo. Cuando Ruperto le ofreció retirar el ejército, Eythin le replicó que ya no quedaba tiempo y le recordó que ya había perdido una batalla en Alemania por «anticiparse» demasiado y que aquí podía pasar lo mismo. Ruperto mostró una admirable contención al ignorar esa pulla y volvió a discutir con Newcastle lo que deberían hacer luego a lo largo del día. La batalla parecía improbable y Ruperto declaró que atacaría en la mañana. Newcastle le preguntó si estaba seguro de que el enemigo no atacaría primero; el príncipe dejó arrogantemente de lado dicha posibilidad y, al hacerlo, subestimó fatalmente a sus

adversarios. Era tal su confianza en que ese día ya no lucharían que Ruperto le dijo a Newcastle que «reposara», lo que el marqués hizo fumándose una pipa en su carroza, al final del campo de batalla.{20} Ruperto ordenó que trajeran comida para todo el ejército de la ciudad, mientras él y su caballería desmontaban y empezaban a comer.

Al relajar Ruperto su control de la situación militar, la iniciativa quedó en manos de sus enemigos. Leven era un soldado profesional más experimentado que Ruperto; quizás no tuviera el instinto del príncipe pero había aprendido bien su oficio y era consciente de que el enemigo había bajado la guardia. Aprovechando un aguacero, que estaba convencido que iba a incomodar a los mosqueteros de Ruperto, ordenó que sus cañones abrieran fuego, dando la señal para que todo el ejército aliado avanzara.

En el flanco izquierdo, Cromwell había bombardeado la posición de Byron durante algún tiempo y la caballería realista, que había permanecido formada y en posición la mayor parte del día y estaba ansiosa de cargar, debió presionar a Byron para que tomara alguna acción de represalia. Su espíritu «caballeresco» no les predisponía a estar en el campo de batalla en posición y soportar bajas sólo porque el comandante tuviera una perspectiva más amplia de la totalidad del terreno de combate de la que ellos tenían. Todo lo que podían ver era que el enemigo les causaba bajas continuamente. Los regimientos suelen reflejar el carácter de su comandante y eso era especialmente cierto de los partidarios del «sangriento fanfarrón Byron». Necesitaban muy poco para desobedecer las órdenes y, al ver que la caballería de Cromwell se lanzaba a la carga contra ellos, cargaron a su vez saliendo a su encuentro. Al hacerlo desordenaron las filas de sus propios mosqueteros y lograron que el regimiento de Tuke, situado a su lado, siguiera su ejemplo.{21}

Fue un error desastroso. Todo lo que Ruperto había preparado cuidadosa y diligentemente para desordenar la carga de Cromwell se volvió entonces contra los propios hombres de Byron. Fueron ellos los que desordenaron sus filas al cruzar la acequia y los que frenaron su paso a causa del suelo pantanoso. Por si fuera poco, los mosqueteros situados en la acequia transversal tuvieron que

apartarse para dejar paso a los escuadrones de Byron y los cañones del altozano tuvieron que interrumpir sus disparos al cegarlos sus propios compañeros. En la confusión, los mosqueteros fueron fácilmente desalojados de la acequia por los dragones escoceses del coronel Hugh Fraser, que les atacó por el flanco. Como consecuencia de la alocada acción de Byron todos los mosqueteros del flanco derecho realista quedaron fuera de combate y cuando la caballería de Cromwell atacó la línea de Byron en la zona pantanosa y la rompió, haciendo huir a sus dispersos supervivientes del campo de batalla, no había capacidad de fuego concentrado que pudiera hacerle retroceder.

De acuerdo con Cholmley, Ruperto «estaba sentado en el suelo comiendo a considerable distancia de sus tropas, y muchos de sus jinetes habían desmontado» cuando empezó el combate.{22} En pocos minutos reunió a sus tropas de reserva, formadas por su cuerpo de guardia y la brigada de Widdrington, y cabalgó hacia el flanco derecho a tiempo de ver cómo destrozaban a las tropas de Byron y cómo huía su propio regimiento. En medio del tumulto vociferaba «los que corréis, seguidme». Logró reorganizar sus filas y hacerlos volver al combate, pero no dejaban de ser hombres derrotados que le seguían más por sentido de lealtad que por confiar en la victoria. Su moral se había hecho trizas y ello se debe en parte al propio Ruperto. Les había conducido, hasta el momento invicto, a través de Lancashire y en una marcha triunfante hasta York pero había olvidado que sólo eran hombres de «carne y hueso»; cuando su ardor empezó a enfriarse se acordaron de que les dolían los miembros, de que sus tripas hambrientas sonaban, y de que sus heridas les molestaban, lo que les recordó lo lejos que habían llegado y cuán cansados estaban. Por la mañana, al llegar a la llanura y ver al enemigo reagrupándose en líneas desiguales frente a ellos, se habían mostrado confiados, pero a medida que pasaban las horas vieron que el enemigo no dejaba de recibir nuevos efectivos mientras que los refuerzos de York no llegaban nunca. Estuvieron sometidos al bombardeo constante aunque intermitente de los cañones parlamentarios, que si bien no había causado demasiadas bajas había roto sus nervios, ya más que sensibles a causa de la

tensión de las horas de espera y contemplación. Había rumores de desacuerdos entre sus jefes y alguien había dicho que la guarnición de York se había amotinado y que no acudiría a la cita. Y entonces, justo cuando se les había comunicado que no iban a combatir ese día y se aprestaban a comer, fueron sacudidos por la visión del enemigo lanzándose a su encuentro. El raciocinio de Byron saltó hecho añicos bajo la presión y salió con sus tropas a buscar al enemigo, como había hecho tan a menudo. Pero esta vez iba al encuentro de un contrincante, Cromwell, que creía contar con la confianza divina y que tenía una ventaja numérica decisiva. Incluso el ejemplo personal de Ruperto poco pudo hacer para enderezar la actuación de su flanco derecho.

La caballería del ala derecha de los aliados, bajo las órdenes de sir Thomas Fairfax, se enfrentó con serios obstáculos artificiales en su frente. Para alcanzar el páramo, Fairfax se vio obligado a hacer pasar su caballería por una estrecha vereda, descrita en los siguientes términos en el relato del capitán Stewart:

> Entre ellos y el enemigo no existía otro camino que una estrecha senda que no permitía que cabalgaran más de tres o cuatro al frente; a un lado de la senda se encontraba una acequia y en la otra un seto, y en ambos extremos estaban apostados mosqueteros. Pese a ello, sir Thomas cargó valientemente, pero el enemigo, manteniéndose como un cuerpo y acogiéndoles en grupos de tres o cuatro tal y como avanzaban por el camino, y puesto que (no sé por qué error) los regimientos de sir Thos Fairfax —bisoños y producto de las levas— iban en vanguardia, cambiaron de dirección y fueron ferozmente perseguidos por el enemigo, llegando hasta los infantes de lord Fairfax, y la reserva de infantes escoceses, a los que dispersaron totalmente, pisoteando a la mayoría.{23}

Tras romper la ya fragmentada carga del flanco derecho aliado, el comandante realista del ala izquierda, Goring, ordenó un contraataque que expulsó a la caballería parlamentaria del campo de batalla. Los hombres de Goring llegaron hasta la cresta de la que había partido Fairfax y se encontraron con el flanco derecho del ejército aliado totalmente libre. Sir Charles Lucas dirigió entonces la caballería de reserva contra ese flanco desguarnecido y sembró el

pánico en las filas del ejército aliado, de manera que sus tres comandantes, Leven, lord Fairfax y el conde de Manchester, huyeron.{24} Rumores de derrota se esparcieron a su paso y las campanas de la iglesia de la realista Newark sonaron en señal de una gran victoria del rey.

No obstante, las cosas no habían ido así. Cromwell, al ver el desastre del flanco derecho, hizo que su caballería rodeara la infantería realista hasta ocupar la posición en que originariamente estaba situada la caballería norteña de Goring. Goring, en la parte superior de la cresta, que a duras penas había logrado reagrupar a sus triunfantes jinetes, vio en Cromwell un nuevo oponente, así como que ahora le tocaría luchar en una posición desventajosa y con inferioridad numérica. Cuando ambas fuerzas se acometieron, Cromwell mostró ser el más fuerte. Las tropas de Goring no pudieron aguantar la embestida y se dispersaron, cayendo prisionero sir Charles Lucas.

En el centro, la infantería de Yorkshire, en clara desventaja numérica, no se amilanó y luchó a muerte hasta que sir Thomas Fairfax cabalgó hasta el lugar del combate, peleando contra las armas de sus propios hombres y les dijo: «perdonad a vuestros paisanos».{25} El regimiento de capas blancas del marqués de Newcastle luchó hasta que cayó su último hombre, cercado por la caballería aliada, y sus enemigos dijeron que «habían traído sus mortajas al campo de batalla».{26}

La batalla, que sólo había durado dos horas, fue considerada notoria por algunos porque los seis comandantes pusieron pies en polvorosa y abandonaron el campo de batalla antes de que acabara. Tal cosa ocurrió realmente con Leven y lord Fairfax, e incluso durante un rato con Manchester, aunque luego regresó al combate. Por parte realista, Newcastle y Eythin hicieron todo lo que estuvo en sus manos para aguantar a las tropas enemigas, pero con su infantería condenada de antemano no lo lograron. Ruperto estuvo en el corazón del combate en el flanco derecho pero no puede asegurarse que, como sugirieron sus enemigos, escapara para esconderse en un campo de judías.{27}

El resultado de la batalla hizo que Carlos perdiera la ciudad de

York y el norte de Inglaterra. Newcastle, su principal partidario en esa zona, partió con Eythin para el continente, junto con su Estado Mayor y algunos realistas notables. A Ruperto le tocó intentar reagrupar a los supervivientes del ejército del rey. Antes de Marston Moor la reputación del príncipe era excelente tanto en el lado parlamentario como en el realista, pero no pudo recuperarla ni recuperarse tras la derrota. Según muchos merece el calificativo de «hombre apasionado» que libró una batalla innecesaria, un comandante que se comportó como un *cavalier* en el trato con sus comandantes, impetuoso en el campo de batalla y tan descuidado que le sorprendió el ataque del enemigo cuando tomaba su sopa.

Tal juicio es injusto. Ruperto cometió varios errores de apreciación durante la campaña, sobre todo —dirían algunos— presentar batalla. Sin embargo, su auténtico fracaso hay que buscarlo en su conocimiento de los hombres, y eso sólo podían haberlo remediado la edad y la experiencia. Al conocer a Eythin receló de él, y pese a ello se dejó persuadir para esperar su llegada en el campo de batalla y luego optó por una defensa pasiva que era tan peligrosa para la causa de su tío como su anhelo anterior por forzar un encuentro. El retraso, qué duda cabe, afectó materialmente al resultado de la batalla. Análogamente, Ruperto conocía la debilidad de Byron como comandante impetuoso y pese a ello le puso al frente de una posición en la que se requería una paciencia y una firmeza extremas, cualidades notablemente escasas entre los *cavaliers.* El príncipe debía saber que, si Byron desobedecía sus órdenes, el resultado sería desastroso, puesto que la fama de Cromwell como jefe de caballería era de dominio público y bien conocida por Ruperto.

El coronel George Monde, que ya había experimentado la incompetencia de la expedición de Wimbledon a Cádiz en 1625, opinó autorizadamente cuando dijo que «la guerra no permite un segundo error; basta con una equivocación para arruinar un ejército. Por consiguiente, un general debería sopesar cuidadosamente sus posibilidades, considerando siempre lo que puede suceder, para estar seguro de todo lo que pueda acontecer».{28}

Ruperto cometió más de un error en Marston Moor. Como hemos

visto, su interpretación de la carta del rey no fue la propia de un soldado profesional, habida cuenta de que leyó lo que quería leer, como Culpeper había temido, con razón, que hiciera. Aunque no era un simple *cavalier* impetuoso, como tantos otros de los jóvenes intrépidos que rodeaban al rey, sufrió de aquella audacia que está a medio camino de la equivocación y la virtud. La liberación de York sólo pudo lograrla merced a esa audacia, pero su decisión de proseguir y entablar batalla con un enemigo numéricamente superior, que según la opinión probablemente correcta del sagaz y más experimentado Newcastle se hubiera desintegrado tras su fracaso en el sitio de la ciudad, fue totalmente alocada. Tras tomar la decisión de atacar permitió, sin embargo, que soldados de menor categoría le convencieran, en contra de su manera de ser, por una defensa pasiva. Para completar el desconcierto permitió que le sorprendiera un «profesional más aplicado que brillante» como el anciano conde de Leven.

3. BRADDOCK EN EL MONONGAHELA (1755)

Se ha dicho que el moribundo general Braddock pronunció las siguientes palabras: «Otra vez sabremos cómo tratarlos mejor», para indicar que creía haber aprendido de la destrucción de su columna en el río Monongahela el 8 de junio de 1755.{1} Sin embargo, los historiadores no comparten la certidumbre de Braddock; existen demasiadas versiones diferentes del combate de aquel día y demasiadas explicaciones de las razones del desastre británico. Tras el suceso las opiniones mayoritarias ponían el acento en la incapacidad de las tropas regulares británicas de adaptarse a las condiciones del nuevo mundo, donde la disciplina y el entrenamiento propio de paradas y campamentos no preparaban al soldado para enfrentarse con las tácticas irregulares de franceses e indios.{2} Soldados entrenados para los campos de batalla europeos, donde iban a encontrarse con «incómodos ejércitos de disciplinados profesionales que luchaban de acuerdo con elaboradas y formalizadas maniobras, sitios prolongados y batallas a campo abierto libradas en rígidas formaciones en varias líneas», no sabían responder a las tácticas propias de la frontera, basadas en «bandas pequeñas y móviles de leñadores que usaban los ataques sorpresa para crear confusión, que se camuflaban o escondían para anular el fuego enemigo y que se dispersaban en alineaciones flexibles para reducir el efecto de los contraataques».{3} Como corolario, esta opinión del viejo mundo *versus* el nuevo solía criticar de forma generalizada el mando de Braddock, hasta el punto de que algunos historiadores lo despachaban tachándolo de simple ordenancista, ejemplar típico del oficial británico del siglo XVIII, fanático, brutal e inflexible, despectivo con los colonos y los indios e incapaz de aceptar los consejos de sus subordinados. No obstante, en los últimos años se ha puesto en duda esta visión tradicional, particularmente por Stanley Pargellis.

Pargellis ha considerado la derrota de Braddock un problema de táctica. En su opinión,

> ...Braddock y su Estado Mayor olvidaron, el día de la batalla, seguir las reglas fundamentales de la guerra que figuran en los manuales europeos ... «desordenaron» sus formaciones y no dieron en ningún momento a sus soldados la oportunidad de demostrar que los métodos del viejo mundo, adecuadamente aplicados, podrían haberles llevado ese día a la victoria. El fracaso debe buscarse en la calidad del mando y no en la calidad de los hombres.{4}

Por consiguiente, Pargellis acusa a Braddock de incompetencia, y no por su incapacidad de aplicar los principios tácticos de la guerra de fronteras, sino por no aplicar los principios tácticos de la guerra europea, que conocía bien y que podían haber dado el triunfo. En apoyo de su opinión Pargellis cita el manual militar canónico del momento, el *Treatise of Military Discipline* de Humphrey Bland, que Braddock no siguió en algunos puntos de especial relevancia. Sin embargo, Braddock se sabía casi de memoria el «viejo Humphrey» y otras veces había seguido el libro. Por otro lado, toda la sabiduría acumulada del libro de Bland no podía alterar el hecho de que su autor no tenía experiencia alguna de la forma de guerrear de los indios, por lo que la mayor parte de sus consejos, sobre todo los relativos a la forma de dirigir las marchas, tenían que ver con el ámbito europeo de la guerra.

La disputa académica a que acabo de aludir, que presupone el uso de estereotipos, pierde fuerza a medida que nos apartamos de las personas realmente implicadas en la batalla. Obviamente, el soldado del siglo XVIII no había sido entrenado para comportarse individualmente o para pensar como un combatiente individual, pero a pesar de que buena parte de su adiestramiento estaba destinado a sustituir el miedo y la incertidumbre del ser individual por la fuerza y seguridad del grupo, ello no podía borrar totalmente las características que hacen que un hombre resista hasta el final mientras otro echa a correr. Por tanto, como soldados individuales no eran unidades equivalentes ni lo eran tampoco las formaciones que componían.

Así pues, para evaluar el fracaso de Braddock hay que considerar la pasta de que estaba hecho. Para habérnoslas con la observación de Pargellis —es decir, si Braddock fracasó por abandonar las reglas europeas en las que había sido educado—, ¿contamos con alguna evidencia que permita concluir que sus tropas se hubieran comportado mejor si hubieran seguido el manual de Bland? Si no se adiestra a un soldado para que piense, difícilmente puede esperarse que muestre iniciativa en una batalla donde sus oficiales o han perdido la cabeza o han caído muertos. Y si la calidad del soldado es pobre, a causa de un entrenamiento inadecuado, del cansancio o de cualquier otra deficiencia física, difícilmente se puede esperar que muestre la eficacia propia de una parada o desfile cuando está sometido al fuego de un enemigo emboscado.

Los dos regimientos asignados al servicio en Norteamérica eran el 44.°, al mando del coronel sir Peter Halket, y el 48.°, a las órdenes del coronel Thomas Dunbar. Ambos habían estado acantonados en tiempo de paz en la zona irlandesa, lejos de las realidades de la guerra. Se les había ordenado que zarparan de Cork, con sólo 340 hombres en cada regimiento pero equipados con armas para 700, con el objetivo de que éstas pudieran equipar a los soldados reclutados en Norteamérica. Tal idea era poco inteligente, en particular si los regimientos se habían concebido para la acción inmediata, puesto que los nuevos reclutas tendrían escaso tiempo para habituarse a las prácticas europeas.

Tras pensárselo mejor, se decidió incrementar el número de británicos presentes en los regimientos hasta 500 antes de su partida. Eso no era en modo alguno un objetivo fácil, habida cuenta de la impopularidad del servicio en las colonias entre los soldados británicos. Por consiguiente, hubo que destacar hombres de otros regimientos, lo que éstos aprovecharon para deshacerse de sus propios «indeseables», con lo que las ya débiles fuerzas iniciales del 44.° y 48.° se diluyeron aún más mediante la incorporación de ese pobre material procedente de otros regimientos. Por añadidura, una vez llegados a Virginia, a Braddock le resultó muy difícil reclutar hombres de buenas cualidades, de modo que algunos tuvieron que ser destacados de las compañías independientes creadas por el

propio Estado de Virginia, decidiéndose que tres de estas compañías les acompañarían en la marcha. Cuando las tropas se reunieron en el fuerte Cumberland, un tercio de cada regimiento se formaba por reclutas norteamericanos.{5} Esos hombres estaban muy lejos de ser los patanes que había forjado la imaginación popular y se acercaban mucho más a la escoria de la sociedad colonial, hombres del litoral que nada sabían de los bosques, de la forma de guerrear propia de la frontera o de la disciplina militar. La mayor parte de ellos estaban dispuestos a poner pies en polvorosa al oír el primer disparo. Era un error de las autoridades británicas creer que podían obtener buenos resultados enviando soldados de segunda, sólo porque no se les iba a pedir que se enfrentaran a las tropas bien entrenadas del enemigo europeo.

Antes de la partida de Braddock el duque de Cumberland había subrayado ante él su opinión de que «... siempre se necesita la más estricta y exacta disciplina, pero nunca tanto como en esta empresa que acometéis ... para evitar el pánico de los soldados ante los indios, a los que las tropas no están acostumbrados, los franceses harán todo lo posible».{6}

Esas palabras sonaban a advertencia, aunque es poco probable que un hombre de la formación de Braddock hubiera errado en la aplicación de la disciplina. A pesar de todo, pretender que regimientos compuestos al menos en un 50 por 100 por novatos lograran en escasas semanas de adiestramiento intensivo una cohesión perfecta era totalmente irreal. Los regimientos de infantería británica que habían servido y seguirían sirviendo con tanta distinción en las campañas europeas permanecían a menudo un año o más en el continente, acantonados, antes de pasar a la acción, espacio de tiempo en que podían perfeccionar los elementos avanzados de su adiestramiento. Los hombres de Braddock, a pesar de sus denodados esfuerzos, tenían escasas oportunidades de alcanzar el nivel que Cumberland esperaba.

Resulta significativo que aunque Cumberland supiera que Braddock tenía que enfrentarse a condiciones totalmente nuevas en Norteamérica, siguiera insistiendo en la cualidad que para los oficiales del siglo XVIII era un artículo de fe: la disciplina. De

acuerdo con la norma, constituía la base fundamental de la actividad militar; todo dependía de ella. Cumberland sólo estaba expresando, en cierto sentido, una perogrullada al mostrarse partidario de un sistema de disciplina que había sido la fuerza en que se había cimentado cualquier sistema militar exitoso a lo largo de la historia. Sin embargo, la disciplina no es un absoluto en sí misma y puede revestir diferentes formas en función de las diversas normas culturales y los diferentes códigos morales. En términos militares, las tropas irregulares —sean croatas, húsares o pandours, abenakis o hurones— tienen su propia disciplina, aun en el caso de que Braddock y Cumberland no la reconocieran como tal. En realidad, Braddock fue más lejos de lo que habrían ido otros oficiales de su época al modificar el traje ridículamente incómodo de sus hombres, demasiado rígido, lleno de adornos y engorroso para luchar contra los indios. Por su parte, el capitán Beaujeu, que estuvo al mando de las tropas francesas que se enfrentaron a Braddock, luchó desnudo hasta la cintura, al estilo indio.

La fuerza que Braddock había reunido en el fuerte Cumberland era de unos 2.200 hombres, 1.400 de los cuales procedían de los regimientos británicos, 450 de la milicia de Virginia (de los que Braddock tenía la peor opinión, habiendo llegado a declarar que su «disposición perezosa y lánguida los hacía muy poco aptos para el servicio militar»),{7} un centenar de la artillería real, y, finalmente, una treintena de marinos enviados por el comodoro Keppel de la Royal Navy. A ellos había que añadir un pequeño número de exploradores indios, respecto de cuyas aptitudes Braddock no era tan mordaz como a menudo se ha dicho.

Las dificultades con que se encontró revelaron lo peor de Braddock. Su habilidad en la ejecución era escasa y, de acuerdo con su carácter disciplinario, esperaba ser obedecido, aunque no era capaz de transmitir sus deseos de forma clara y a menudo sustituía el pensamiento claro por rabietas de mal genio. Incluso Washington, normalmente poco crítico de Braddock, habló de su mal genio ingobernable: «considera nuestro país —escribió— falto de honor o rectitud. Tenemos frecuentes disputas a ese respecto, en que ambos lados mantienen sus posiciones con acaloramiento, particularmente

él, pues es incapaz de argumentar sin él o de ceder en cualquier punto que le preocupa mucho, como si eso fuera incompatible con la razón o el sentido común».[8] La descripción habla de un hombre carente de flexibilidad, una cualidad que a menudo hizo falta en esa expedición.

El 10 de junio de 1755 las fuerzas de Braddock salieron del fuerte Cumberland e iniciaron su larga marcha a través de los bosques hacia el fuerte Duquesne. Encabezaban la columna trescientos carpinteros y pioneros, al mando de sir John St. Clair, con la tarea de limpiar de obstáculos un camino de unos cuatro metros de ancho para que pudieran pasar los carruajes, los caballos de carga y la artillería. De esa forma, la marcha se hizo insoportablemente lenta para los soldados y les dio mucho tiempo para pensar. Los reclutas norteamericanos, originarios del litoral oriental, nunca habían estado tan al oeste, mientras que los ingleses y los soldados irlandeses que formaban parte de los regimientos británicos no pensaban en otra cosa que en «el lóbrego e interminable bosque» repleto de horrores desconocidos.

Tras ocho días de marcha, y con tan sólo 48 km recorridos, llegó un informe acerca de que 500 soldados de refuerzo franceses se dirigían hacia el fuerte Duquesne. Parecía obvio que, a menos que se desembarazaran de la pesada impedimenta, los franceses llegarían al fuerte antes que los ingleses. Braddock, siguiendo el consejo de Washington, dejó el equipaje a cargo del coronel Dunbar y se adelantó con 1.200 hombres y un convoy reducido ahora a diez cañones, treinta carruajes y algunos animales de carga. Aun ahora el avance seguía siendo lento porque los encargados de construir el camino allanaban «cada topera» y «armaban un puente para cada arroyo». Braddock no se percataba de la importancia crucial de la velocidad y la sorpresa en la lucha de frontera y permitía que los franceses tuvieran amplio conocimiento de su avance. En realidad, nada más fácil que seguir el humo de sus fuegos de campamento o el fragor de las hachas con que la brigada de St. Clair iba desbrozando el camino a través del bosque.

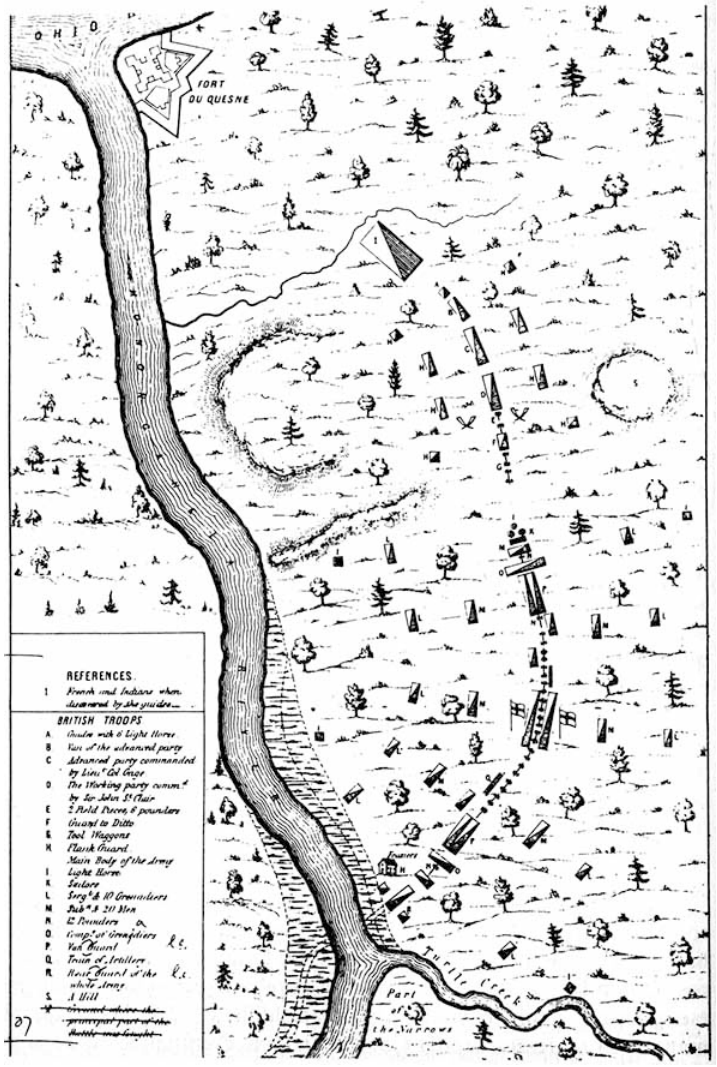
El 7 de julio Braddock llegó a la desembocadura de Turtle Creek, una corriente que se une al río Monongahela a unos doce kilómetros

del fuerte. Braddock creía que era allí donde los franceses intentarían impedir, si lo intentaban en algún momento, que cruzara el río principal. En realidad, los franceses estaban en un estado de gran confusión y habiendo sabido por sus exploradores que los británicos los superaban en tres mil hombres, una fuerza *«si bien sur leur gardes, marchant toujours en bataille»*,{9} pensaban que todos sus esfuerzos por hostigarlos habrían sido imposibles. El comandante francés, Contrecoeur, sólo disponía de unas pocas compañías de soldados regulares y tenía que confiar en un amplio contingente de indios, muchos de los cuales vivían en tipis delante de la empalizada. Sabía que posiblemente el fuerte no resistiría el sitio de un enemigo tan numeroso y decidió que tenía ante sí dos alternativas: rendir el fuerte con honores de guerra o volarlo. Sin embargo, dos de sus capitanes, Beaujeu y Dumas, se mostraron en desacuerdo y le urgieron a que atacara la columna británica. Los indios no estaban demasiado dispuestos a combatir, sabedores de la desesperada diferencia numérica, pero el capitán Beaujeu los llamó y les dijo: «¿Qué pasa? ¿Vais a dejar que vuestro padre vaya solo? Estoy seguro de que vamos a derrotarlos».{10} Logró convencer a 650 indios para que se unieran a 150 irregulares canadienses y a 70 soldados regulares franceses para intentar tender una emboscada a Braddock cerca del vado del río. Cuando un mensajero le informó que los británicos habían cruzado el Monongahela y avanzaban hacia el fuerte, Beaujeu declaró:

> Podéis ver, mis hermanos, cómo los ingleses se están metiendo en la boca del león. Son mansas ovejas que pretenden ser lobos feroces. Los que quieran a su padre que me sigan. Escondeos en el barranco al lado del camino y cuando oigáis ruido de combate, atacad también vosotros. ¡La victoria es nuestra!{11}

En la mañana del 8 de julio las fuerzas de Braddock completaron con éxito el paso del Monongahela, que se hizo con el acompañamiento de tambores y pífanos tocando la marcha de los granaderos. Como hemos dicho, el general esperaba haber sido atacado en ese punto y había enviado una avanzadilla de 350 hombres, al mando del teniente coronel Gage, a limpiar

eventualmente de enemigos la orilla contraria. Para su sorpresa no pudieron ver ni indios ni franceses. A Beaujeu le habían seguido sus nada fiables aliados indios, pero no habían logrado llegar al vado a tiempo. En realidad, lejos de emboscar a Braddock, estaba avanzando simplemente a toda velocidad hacia la columna británica cuando se encontró inesperadamente con su avanzadilla. Así pues, la idea tradicional de que Braddock cayó en una emboscada no es correcta.



9. Braddock había supuesto que los franceses intentarían impedir que vadeara el río Monongahela cerca de Turtle Creek. Al no hacerlo, los británicos se confiaron en exceso y relajaron muchas de las precauciones y cautelas que habían mantenido hasta entonces. Su incapacidad para controlar la colina señalada con una «S» en el mapa resultó decisiva.

El grueso de la columna británica había cruzado el río en perfecto orden, algo que en opinión de Braddock debería provocar una superioridad moral sobre cualquier indio o francés que pudiera contemplarlos. Parece ser que los hombres estaban de muy buen humor y que los oficiales se felicitaban mutuamente por haber superado el principal riesgo de ataque y hacían conjeturas acerca de si los franceses volarían el fuerte o lo evacuarían sin presentar batalla. Probablemente las severas precauciones que Braddock había mantenido durante toda la marcha se relajaron. A partir de ese punto el bosque no era tan tupido como muchos comentaristas han señalado y diversos testigos presenciales aluden al hecho de que los árboles estaban más separados, lo que hacía menos probable una emboscada.

Encabezando la columna marchaban los guías indios y seis jinetes virginianos encargados de vigilar cualquier sorpresa; delante de ellos marchaban la avanzadilla de Gage, los encargados de talar los obstáculos y abrir paso y dos cañones con sus carruajes de municiones. Tras ellos, y más compacto de lo que pueda sospecharse, venía el grueso del convoy: 750 hombres que marchaban a ambos lados de la fila de carruajes, y diversas partidas que los flanqueaban a izquierda y derecha. Con ellos iba la mayor parte de la artillería, cuatro cañones de 4,5 kg en sus cureñas de transporte, cuatro obuses de 20 cm y tres morteros.

A cierta distancia del vado el camino pasaba junto a un barranco lleno de arbustos. La avanzadilla de Gage acababa de cruzarlo cuando su cabeza se desordenó totalmente y los guías salieron corriendo. Una curiosa figura, vestida como un indio pero con cuello de oficial se abalanzó hacia ellos.{12} Naturalmente, se trataba del capitán Beaujeu. A una señal suya y bajo el ruido de los cánticos de guerra indios, sus hombres se situaron a ambos lados de la avanzadilla británica y dispararon mortíferamente desde los árboles.

Gage formó a sus hombres con gran precisión y disparó una serie de andanadas hacia el lugar en que presumiblemente se encontraba el enemigo, aunque a duras penas podían distinguir alguno. Pese a todo, fueron los mejores disparos británicos de toda la batalla. A la

tercera andanada Beaujeu cayó herido en la cabeza y muchos de sus irregulares canadienses huyeron despavoridos. El capitán Dumas reagrupó a los supervivientes mientras los indios rodeaban los flancos británicos y descubrían que los chaquetas rojas eran blancos fáciles al mantener su formación en línea y pie en tierra. Los dos cañones de Gage dispararon ruidosamente entre los árboles, pero sin causar demasiados daños. Los chaquetas rojas británicos no habían visto ninguna batalla que se pareciera a ésta y su confianza iba decayendo a medida que aumentaban sus bajas ante un enemigo invisible. Finalmente se esparció el rumor de que los indios estaban atacando los carruajes del equipo y que, por tanto, los habían rodeado completamente. La disciplina se esfumó y muchos hombres empezaron a correr hacia la brigada de St. Clair, a la que arrastraron también en su carrera hacia el grueso de la columna. Los grupos que protegían los flancos, bajo el fuego de los indios y también el indiscriminado de los británicos, abandonaron sus posiciones altas y corrieron hacia la masa arremolinada en el centro.

Los sucesos que siguieron no cuentan con una descripción que goce del beneplácito general, ni siquiera entre los testigos presenciales. Tras oír el tiroteo, aparentemente Braddock ordenó a Halket que protegiera el equipo con la retaguardia mientras ordenaba avanzar al cuerpo principal de las tropas bajo el mando de Burton. El propio Braddock cabalgó hacia la parte de vanguardia para encontrarse con los derrotados soldados de Gage que se batían en retirada. Los hombres de Burton avanzaban de cuatro en fondo y cuando intentaban formar en línea se toparon con la avanzadilla, lo que provocó una enorme confusión con los soldados apiñándose, formando grupos de doce en fondo y disparando por doquier. Muchas de las bajas británicas, al menos la mitad según algunas autoridades, se debieron a los caprichosos disparos de los aterrorizados soldados contra sí mismos. Como ha descrito un testigo presencial,

> la confusión y la destrucción fueron enormes, de modo que los hombres dispararon irregularmente, uno tras otro, y a causa de ello muchos hombres resultaron muertos por sus propios compañeros y no por el

> enemigo, como pudo comprobarse posteriormente por las balas que los médicos extrajeron de los heridos, que se diferenciaban por su tamaño de las de los franceses y los indios...{13}

Un capitán de Virginia llevó a sus hombres hacia un tronco de árbol caído para cubrirse tras él. Para su asombro, fueron barridos por los disparos de los regulares ingleses que los confundieron con franceses. Algunos oficiales británicos, creyendo que los virginianos desertaban, impidieron a sus hombres seguir su ejemplo. Braddock, temeroso de que desapareciera toda disciplina, gritó a los soldados que se habían puesto a cubierto tras el tronco que volvieran a sus puestos. Cuando algunos chaquetas rojas, mostrando una iniciativa poco habitual, se pusieron a su vez a cubierto fueron llamados cobardes y fustigados en la espalda por la espada del general. Los regulares británicos no eran en modo alguno cobardes, sino que —como dijo uno de ellos— «estaban dispuestos a luchar si supieran contra quién tenían que hacerlo».{14}

Ese día, durante el avance de la columna, Braddock se desentendió inexplicablemente de la parte alta del terreno, sobre todo de un montículo en el flanco derecho, del que procedía buena parte del fuego más duro. St. Clair se las arregló, pese a su herida, para señalárselo a Braddock antes de perder el conocimiento. Con poco más de cien hombres, el coronel Burton intentó tomar al asalto la colina, pero fue alcanzado y cayó del caballo. Sus hombres, al ver a su oficial caído, se asustaron y emprendieron veloz retirada.

Braddock cabalgó furiosamente arriba y abajo intentando que sus hombres formaran divisiones más pequeñas y avanzaran hacia los indios para luchar con ellos a punta de bayoneta, pero no lo logró. Washington, uno de los pocos oficiales que salieron ilesos, pidió permiso a Braddock para dispersar trescientos hombres entre los árboles y combatir al enemigo al estilo indio, pero Braddock le contestó amenazándole con ensartarlo con su espada si volvía a proponer algo parecido. Se dice que gritó algo así como: «Hoy cenaremos en el fuerte Duquesne o en el infierno».{15} Sir Peter Halket cabalgó desde la retaguardia para pedir a Braddock que pusiera a cubierto a los soldados. Había estado con el 44.° en

Prestonpans cuando los montañeses escoceses habían ahuyentado a los ingleses del campo de batalla a causa del pánico y temía que ahí pudiera suceder lo mismo. Sin embargo, su consejo quedó truncado por una bala y su hijo, que acudía en su ayuda, cayó también víctima de una andanada de disparos. Braddock, con su sombrero sujeto a la cabeza por un pañuelo blanco atado bajo el mentón, constituía un blanco facilísimo, pero durante un rato su vida parecía protegida por algún encanto. Cuatro monturas resultaron muertas y él ileso, siempre, pero cuando montaba su quinto caballo cayó víctima de una bala que le alcanzó en la oreja.

El explorador indio Scarouady, uno de los pocos de la columna de Braddock, le había recomendado una retirada inmediata, habida cuenta que no podía ver ventaja alguna en que los ingleses estuvieran quietos como blanco de un enemigo que ni siquiera podían ver. Sin embargo, Braddock tardó tres horas en llegar a la misma conclusión, durante las cuales al menos 60 de sus 86 oficiales fueron víctimas de las balas. Casi sin oficiales y con su general herido, la disciplina desapareció y muchos soldados huyeron de la terrorífica escena. Washington intentó detenerlos y reagruparlos pero vio tal miedo en sus ojos que pensó que hubiera sido más fácil parar a animales salvajes de las montañas.{16}

Lo que siguió fue el fracaso total. Los franceses no estaban preparados para rematar su victoria en el caso de que Braddock fuera capaz de reagrupar sus fuerzas, aún superiores en número, y cambiar la decisión. Por otro lado, sabían que todavía quedaba un contingente importante de hombres, al mando del coronel Dunbar, protegiendo el equipo de los británicos. En modo alguno podían pues suponer que la lamentable desmoralización que se había producido iba a hacer que Dunbar destruyera las vituallas y municiones para evitar que los franceses se apoderaran de ellas. Rara vez se había producido una derrota tan sorprendente o tan completa.

Nuestra información sobre la batalla se basa obligatoriamente en siete relatos de testigos presenciales y un octavo fruto de la compilación de las descripciones hechas por los supervivientes. De los ocho informes, cuatro —los de Orme, Washington, Stephen y

Gage— culpan de la derrota a la cobardía de los soldados, mientras que los otros cuatro —los de St. Clair, Gordon, Gates y una carta anónima de un oficial de la división de Dunbar— apuntan tanto a las deficiencias del mando como a las de los soldados.

Respecto de la primera parte de la batalla existe un acuerdo generalizado en todos los informes. En cuanto a la actuación de Braddock y del grueso de la expedición, los relatos difieren. Según St. Clair y Gordon, Braddock cabalgaba al frente de la batería de cañones cuando se oyeron los disparos en la vanguardia, con el grueso de las fuerzas avanzando en gran confusión. Gates escribió que el cuerpo principal del ejército avanzaba en columna, invitando al fuego de flanco, mientras que otro de los relatos alude a «hombres sin ningún tipo de orden, exceptuando el usual en un grupo de escolares que sale de la escuela; en un instante, el amarillo, el azul y el color de ante se entremezclaron».{17} Obviamente la disciplina que había reclamado Cumberland desapareció y Braddock y sus oficiales perdieron el control. Los destacamentos de los flancos, colocados en tal posición precisamente para evitar que el enemigo hiciera lo que hizo (a saber, rodear la columna británica por tres sitios), se atemorizaron y corrieron a apelotonarse en el centro de la formación.

De acuerdo con Pargellis, dada la formación que Braddock adoptó para sus hombres hubiera sido difícil formar una línea, puesto que la columna doble estaba separada por la red de carruajes. Para formarla los hombres tuvieron que avanzar a lo largo de los carruajes para situarse ante ellos. Mientras intentaban realizar tal maniobra se encontraron con que el espacio de que disponían para realizarla mermaba a causa de la retirada de la avanzadilla, por lo que, privados de espacio para formar, fueron presas del pánico. Lo cierto es que nadie había enseñado a los soldados a improvisar o a pensar por sí mismos; tales cosas eran competencia de los oficiales, y en muchos casos éstos estaban muertos o heridos.

Es difícil no concluir que alguien metió la pata. Pargellis alude al manual militar de Bland, un libro que Braddock conocía bien, que establece instrucciones claras acerca de una marcha por un territorio en que puede esperarse alguna emboscada. Bland sostiene que si la

vanguardia es atacada, el grueso del ejército debe quedarse donde está hasta que se haya enviado un destacamento para asegurarse de lo que sucede; sólo entonces puede ordenarse avanzar. Bland continúa con las siguientes palabras: «un oficial difícilmente podrá recuperarse si es sorprendido sin estar preparado».{18} Quienes disculpan a Braddock han señalado que Bland no tenía experiencia alguna de los métodos de lucha indios cuando preparaba su manual. Por otro lado, tampoco Braddock la tenía y no existía ninguna razón para que Braddock no siguiera las sugerencias de Bland. Además, Bland aconsejaba que en las zonas boscosas se avanzase por pelotones, puesto que las unidades más pequeñas eran más manejables y podían convertirse más fácilmente en unidades ofensivas. Braddock cometió de nuevo un error en este punto, puesto que la formación por la que optó era tan rígida que era imposible formarla durante la batalla. Braddock es culpable en un tercer aspecto. Ocupar las zonas altas del terreno durante una marcha era un dogma militar básico: por consiguiente, no ocupar el montículo situado a su derecha era un error desastroso. Parece que Braddock se confió en exceso al acercarse a su objetivo y dejó que sus hombres cayeran torpemente en una «emboscada» que el enemigo había planificado pero que no había sido capaz de realizar satisfactoriamente.

Braddock, pues, fracasó porque hizo caso omiso de algunos principios fundamentales de la táctica europea del siglo XVIII; al hacerlo, debería considerársele incompetente de acuerdo con las pautas al uso en nuestra época. La distancia entre las diferentes partes de su columna era demasiado pequeña. El reconocimiento de la zona no fue el apropiado, puesto que no permitió una alerta rápida acerca del avance enemigo, cuando algunos minutos podrían haber bastado para que sus hombres formaran líneas bien ordenadas de acuerdo con lo que habían aprendido en su entrenamiento. No ocupar las partes altas fue un enorme error de juicio. La decisión de marchar en columna con la fila de carruajes dividiendo en dos el grueso de sus efectivos limitó enormemente su posibilidad de establecer líneas. El hecho de que el general y el grueso de las fuerzas avanzaran al oír los disparos fue en contra de

lo habitual en el siglo XVIII y significó meterse con los ojos cerrados en la emboscada.

Nadie ha dudado nunca del valor y honestidad de Braddock, pero sin duda alguna en el contexto en que se encontraba no era una persona idónea para el mando. Creía que el valor podía sustituir a la reflexión, que la disciplina era más importante que el sentido común, pero se encontró con que en el río Monongahela el soldado individual contaba mucho más que en las batallas europeas. No obstante, Braddock no fue tan sólo el ordenancista que nos han descrito. Muchos de sus críticos de entonces eran norteamericanos que no comprendían las prácticas disciplinarias del ejército británico y se quejaban de ellas. Un trato más suave tampoco hubiera hecho que las mezclas heterogéneas que formaban el 44.° y el 48.° se hubieran convertido en auténticos regimientos y no era del todo culpa suya que tuvieran que hacer frente a una tarea que superaba su capacidad.

Así pues, en ese sentido no puede considerarse incompetente a Braddock. A su llegada a Norteamérica era consciente de los peligros a que se enfrentaría al habérselas con los irregulares francocanadienses y con los indios. Se le había dicho insistentemente que debía emplear a indios como exploradores y que debía cuidarse de los ataques por sorpresa, e hizo ambas cosas. Durante la marcha hacia el fuerte Duquesne se preocupó de que sus campamentos tuvieran una buena vigilancia y al menos una tercera parte de sus tropas cumplía cometidos relacionados con la vigilancia de los flancos de la columna. Incluso los franceses quedaron impresionados por sus precauciones, como hemos visto. Y sin embargo, pese a que sabe todo eso y lo ha tenido en cuenta, cuando estalla la crisis comete todos los errores que era posible cometer. Su columna, aparentemente bien protegida, es atacada por sorpresa, los hombres encargados de cubrir los flancos huyen, sus disciplinadas tropas son presa del pánico, el altozano situado a la derecha de la columna que durante la marcha había ocupado como medida de precaución en el momento de la verdad está ocupado por el enemigo, con consecuencias terribles, sus exploradores indios no logran salvarlo y le consideran un loco arrogante. Braddock tenía 45

años de experiencia como oficial del ejército y sin embargo nunca antes había estado bajo fuego enemigo. Los desfiles y paradas militares no son lo mismo que un campo de batalla; aunque nadie ha puesto nunca en duda el valor de Braddock no puede decirse lo mismo respecto de su capacidad de pensar con claridad sometido a la tensión del combate. Como mando supremo, la batalla del Monongahela fue el momento cumbre de la vida de Braddock; había sido entrenado para una ocasión como ésa y, pese a ello, cuando llegó el momento de probar los efectos del entrenamiento olvidó todo lo que había leído de las campañas de Marlborough y Eugene, de Federico y de Sajonia.

Washington enterró el cuerpo del general en secreto e hizo que todo el ejército pasara por encima de su sepultura para que los indios no pudieran descubrirla nunca.

4. EL COMISARIADO Y LA GUERRA DE CRIMEA (1854)

Los hombres son la materia prima de cualquier ejército: un general que olvida eso no sólo comete un crimen contra la humanidad sino contra su propio código profesional. La logística de la batalla —que implica el movimiento de grandes contingentes de hombres, provisiones, municiones, artillería y animales en dirección al enemigo— está pensada para lograr que al final el soldado ocupe la mejor posición posible (es decir, esté bien armado, bien equipado, bien alimentado y, si es preciso, bien montado) para luchar contra el enemigo. Al comandante le compete preocuparse de que sus hombres estén protegidos lo mejor posible de las inclemencias del tiempo, de la falta de alimentos y agua, de la exposición innecesaria a las enfermedades o al contagio, así como de aquellas situaciones en que el aburrimiento mina la moral. Si no logra salir airoso de todo ello o si considera que tales objetivos están de más para un soldado raso, está contribuyendo a su propia ruina. Eso fue bastante común durante la guerra de Crimea, hasta el punto que la frecuencia impide hacer justicia al problema. No obstante, los errores particulares del comisariado pueden servir para ilustrar un caso de ineptitud administrativa, algo raro aun en la historia militar británica.

La administración militar británica evolucionó a partir de las prácticas medievales y hacia 1845 padecía de un exceso de complicaciones en su sistema de reglas y regulaciones, que conllevaba una complejidad procedimental y unas demoras inacabables. El control del transporte y el aprovisionamiento de artículos básicos como alimentos, vestimenta, forraje y municiones se concentraban en dos (y no en uno, como pudiera parecer normal) departamentos separados, a saber: el comisariado y el cuerpo de armamento y material (Ordenance), aunque el primero no estaba bajo control militar sino bajo el control de Hacienda y a cargo de

funcionarios civiles. En tiempo de guerra era responsabilidad del comisariado el transporte terrestre y el aprovisionamiento no militar, como la comida para los soldados y el forraje para los caballos y los animales de transporte. Tal función era resultado directo de la práctica medieval de alquilar carruajes para uso del ejército y de contratar los suministros de comida. El comisariado asumía en su manual de operaciones que en tiempo de guerra las tropas británicas no habrían de actuar ofensivamente sino que, al ser aliados de la población local, no tendrían dificultad alguna en encontrar aprovisionamiento y transporte local. Esa mentalidad defensiva era un reflejo del efecto que las campañas peninsulares de Wellington habían provocado en todos los aspectos del pensamiento militar británico. Su conservadurismo esencial hacía que el comisariado fuera totalmente ineficaz para operaciones ofensivas, algo que Burgoyne y Raglan ya habían señalado en 1850.{1}

El comisariado estaba compuesto por funcionarios civiles no sujetos a la disciplina militar o a la autoridad del mando supremo. El uso de civiles en las misiones de «apoyo» debía asegurar que los soldados no tendrían otro cometido que combatir, que no se les encomendarían tareas desvinculadas del combate contra el enemigo. Pero también significaba que las relaciones entre militares y civiles eran universalmente malas, con oficiales que acusaban a los civiles de no comprender las prácticas militares y de tener una preocupación enfermiza por rellenar papeles.

La principal debilidad del comisariado era que operaba sobre una base *ad hoc*, sin una política regular de reclutamiento ni de entrenamiento en tiempo de paz. Por consiguiente, al producirse una crisis y tener que reclutar funcionarios-comisarios a toda prisa los resultados solían ser poco afortunados. El 1 de febrero de 1854 las posesiones británicas sólo contaban con 178 comisarios, 40 de los cuales eran necesarios para los 10.000 hombres previstos para la fuerza expedicionaria a Crimea.{2} Para el cargo crucial de comisario general, sir Charles Trevelyan, ministro de Hacienda, recomendó a William Filder, un oficial retirado con gran experiencia en las colonias y veterano de la guerra peninsular. Las estimaciones sobre su edad varían entre 64 y 70 años, asunto que ha dividido a los historiadores

mucho más que el juicio sobre su actuación al cargo del servicio, en lo que existe una coincidencia unánime.

A pesar de las afirmaciones de que los funcionarios del comisariado destacados con las tropas de Raglan eran tan «capaces» e «inteligentes» como los que se hubieran enviado con cualquier fuerza anterior, lo cierto es que eso no significaba nada, puesto que se trataba de hombres reclutados a toda velocidad, algunos de ellos sin experiencia previa. Filder se quejó posteriormente de que habría preferido contar con un hombre que conociera su oficio que con diez oficiales de policía, aludiendo a la tendencia de Hacienda a designar a oficiales de la policía metropolitana, sin otra base lógica aparente que la convicción de que eran hombres de probada rectitud moral. Al doblarse la cifra de hombres de la fuerza expedicionaria y alcanzar los 20.000, no se hizo lo mismo con los funcionarios del comisariado, por lo que al final sólo acompañaban al ejército 44, con lo que la falta de personal se convirtió en un problema constante.

El sistema tradicional por el que anteriores comisarios generales habían resuelto la obtención de provisiones y transporte, el recurso a la población local, topaba con los problemas derivados de dirigir una campaña en las zonas escasamente pobladas de Crimea. Como secretario militar de Wellington, podría haberse esperado que lord Raglan hubiera aprendido más de su gran mentor y se hubiera abstenido de invernar en campo abierto ante Sebastopol. De hecho hubiera podido dejar a la mayoría de sus tropas en alojamientos confortables alrededor del puerto de Balaclava, reduciendo así los problemas de transporte al mínimo. En cualquier caso, la decisión no se debió a la falta de consejos y advertencias sobre las dificultades que conllevaría, puesto que el general de brigada Macintosh le había prevenido de que el terreno situado frente a Sebastopol era extremadamente duro y poco apto para operaciones de sitio, además de que los inviernos podían ser muy severos y producirse escasez de combustible y comida.{3} El 29 de agosto, Burgoyne consideró que atacar la ciudad «ahora ... es una empresa desesperada». El transporte terrestre empezaba a ser escaso, el tiempo estaba deteriorándose, se habían dado brotes de cólera en

Varna, faltaban hombres y el conocimiento de Crimea era inadecuado. Así las cosas, un sitio invernal de Sebastopol parecía estúpido, por lo que debe imputarse a lord Raglan parte de la culpa que corresponde a la catastrófica actuación del comisariado.

Al comisario general Filder, lord Raglan no le comunicó oficialmente que pretendía invernar en Crimea hasta el 7 de noviembre. Filder, preocupado, escribió a sir Charles Trevelyan haciéndole partícipe de su temor de que el puerto de Balaclava fuera demasiado pequeño para las necesidades del ejército, puesto que las instalaciones y facilidades de los muelles sólo le permitían hacer frente a las necesidades diarias. Por otro lado, la carretera entre el puerto y el campamento no había sido completada y se volvía intransitable con fuertes lluvias. En resumen, anticipó en su carta algunos de los desastres que iban a producirse, aunque no hizo nada eficaz para remediarlos.{4} Poca simpatía podía esperar de los oficiales del ejército, que eran de la opinión de que mientras sus hombres cumplieran con su deber tenían derecho a esperar que sus necesidades de comida, ropa de abrigo y alojamiento estuvieran bien satisfechas. Respecto de la eficacia de Filder y su departamento, McNeill y Tulloch concluían en su informe que los comisarios habían actuado «de acuerdo con la medida de su capacidad y previsión», escasas en una serie de puntos.{5} Ciertamente, la incompetencia era notable y pese a todas las disculpas que quieran buscarse, sigue siendo un hecho que el departamento no satisfizo su obligación básica: aprovisionar a los soldados en el campo de batalla.

Cuando el soldado británico se enfrentó con los rusos en el frente lo hizo también contra un enemigo que nunca vio y que nunca logró comprender: el «papeleo» y la burocracia que retrasaba la acción hasta que a menudo era ya demasiado tarde, un enemigo que prohibía repartir jugo de lima o verduras frescas a los oficiales, o cocer pan porque las reglas no lo autorizaban específicamente. Aquí fue donde más choques se produjeron entre civiles y militares, con oficiales incapaces de creer en las «regulaciones minuciosamente detalladas y en los procedimientos larguísimos que complicaban la actuación rápida».{6} Por doquier menudearon los casos de

inflexibilidad y de mentalidad rígida de funcionario incapaz de aceptar cualquier alteración de los trámites pese a la urgencia del asunto. Christopher Hibbert cita el siguiente ejemplo, recogido por W. H. Russell:

> El oficial médico del *Charity*, un vapor de hélices anclado en el puerto de Balaclava para acoger a los enfermos, se dirigió a tierra para ver al funcionario del comisariado a cargo de las estufas.
>
> —Tres de mis hombres —le dijo— han muerto esta noche con síntomas de cólera, que contrajeron a causa del terrible frío del barco. Me temo que muchos más seguirán por la misma causa.
>
> —¡Bien! Tiene usted que hacer la petición de acuerdo con el procedimiento al uso; enviar el impreso al cuartel general, con las firmas necesarias.
>
> —Pero mis hombres mientras tanto morirán.
>
> —Yo no puedo hacer nada al respecto. Tengo que tener una petición formal.
>
> —Otra noche en las mismas condiciones acabará con mis hombres.
>
> —Realmente no puedo hacer nada. He de tener una petición debidamente cumplimentada y firmada para que pueda darle las estufas.
>
> —¡Por Dios! Deme algunas. Yo me hago responsable de ello.
>
> —Lo siento, pero no puedo hacer nada semejante.{7}

Aunque el oficial médico no lo entendió así en aquel momento, no se trataba de un choque de valores sino de un choque de sistemas. El funcionario consideraba que permitir tal conducta en aquel caso hubiera supuesto una erosión del bien articulado sistema con que trabajaba. Eran tales las limitaciones, que era incapaz de mitigarlas o de dejarlas de lado excepcionalmente. El oficial médico, preocupado por las vidas de sus hombres, necesitaba imperiosamente romper con las regulaciones, que le parecían más atentas a la propiedad que a las personas. Lo que no podía comprender era la pesada responsabilidad con que el gobierno había cargado al funcionario del comisariado, que consideraba a los funcionarios financieramente responsables de proporcionar artículos no justificables bajo su «autorización». Lo cierto es que en ese momento se seguía en Londres un pleito en el que el gobierno acusaba a un funcionario del

comisariado de suministrar provisiones saltándose su «autorización» durante la guerra del kaffir en África.[8] No se contemplaba la posibilidad de que los funcionarios tuvieran iniciativas o asumieran la responsabilidad más allá de los límites prescritos en las regulaciones. Todo el sistema tendía a desalentar la acción. Cuando un oficial militar fue a Balaclava a reclamar verduras para sus hombres se le dijo que las reglas prohibían el suministro de verduras en cantidades inferiores a dos toneladas. Christopher Hibbert cita el ejemplo del mayor Foley de St. Georges quien, al intentar conseguir unos clavos, se encontró con la réplica de que las reglas sólo permitían venderle una tonelada, a lo que él, impasible, replicó que se llevaría una tonelada, pagándola él mismo.[9]

Los problemas a que se enfrentaba el comisariado al inicio de la guerra de Crimea no procedían únicamente de la apatía individual y el desorden administrativo, sino también de una resistencia al cambio que se fundamentaba en la afirmación de que lo que era bueno para el duque de Wellington en la guerra de España también debía serlo para lord Raglan en Crimea. Tal opinión era considerablemente corta de miras, puesto que pasaba por alto que Wellington había actuado en una zona relativamente cercana al Reino Unido, en territorio español y en el de una nación amiga como Portugal, pese a que incluso en ese caso se había mostrado particularmente crítico con el comisariado. En opinión de los jefes de la expedición, como sir John Burgoyne, era altamente improbable que gozaran de las ventajas de aprovisionamiento de Wellington, habida cuenta de que los aliados turcos eran totalmente incapaces de suministrar los animales de transporte que precisaban. Incluso en ese momento, bien poco hizo el comisariado para intentar remediar ese defecto porque se creía que la guerra sería muy rápida y que no tenía sentido emprender planificaciones a largo plazo.

En noviembre de 1854 era creencia común que el comisariado estaba totalmente desbordado a consecuencia de las dificultades de transporte. Los bueyes y caballos de transporte habían muerto o bien estaban demasiado debilitados para cumplir su tarea, por lo que a menudo los hombres se veían obligados a transportar ellos mismos las provisiones. Los caballos del regimiento morían por falta de

forraje a una media de tres diarios, «tras haberse comido mutuamente las colas». El camino que llevaba al puerto de Balaclava estaba totalmente enfangado y sólo se distinguía por los «caballos, mulos y bueyes muertos en diversos grados de descomposición» que se alineaban en toda su extensión.

A causa de las numerosas quejas de ineficacia, lord Panmure envió a sir John McNeill y al coronel Alexander Tulloch a Crimea en febrero de 1885 para «proceder a una investigación de la gestión global del departamento del comisariado». Por otro lado, debían investigar también el «supuesto retraso en desembarcar y distribuir las ropas y demás suministros» enviados desde el Reino Unido.{10}

El 10 de junio de 1885 McNeill y Tulloch enviaron a lord Panmure su primer informe desde Constantinopla. No habían llegado hasta marzo, por lo que a la sazón las condiciones climatológicas habían mejorado mucho en Crimea respecto de los rigores invernales, pero tan pronto como se pusieron a trabajar visitando hospitales en Scutari fueron informados de que los enfermos que llegaban padecían de trastornos debidos a la dieta. Durante el invierno —les dijeron— los soldados se habían alimentado básicamente de carne y galletas saladas, con una «proporción de vegetales insuficiente». Por consiguiente, si se quería conservar la salud de los soldados era indispensable que pudiera contarse con unos suministros adecuados de carne fresca, vegetales naturales y pan recién horneado. Ya no se trataba de un asunto de reglas y procedimientos, sino de un asunto de humanidad y sentido común.{11}

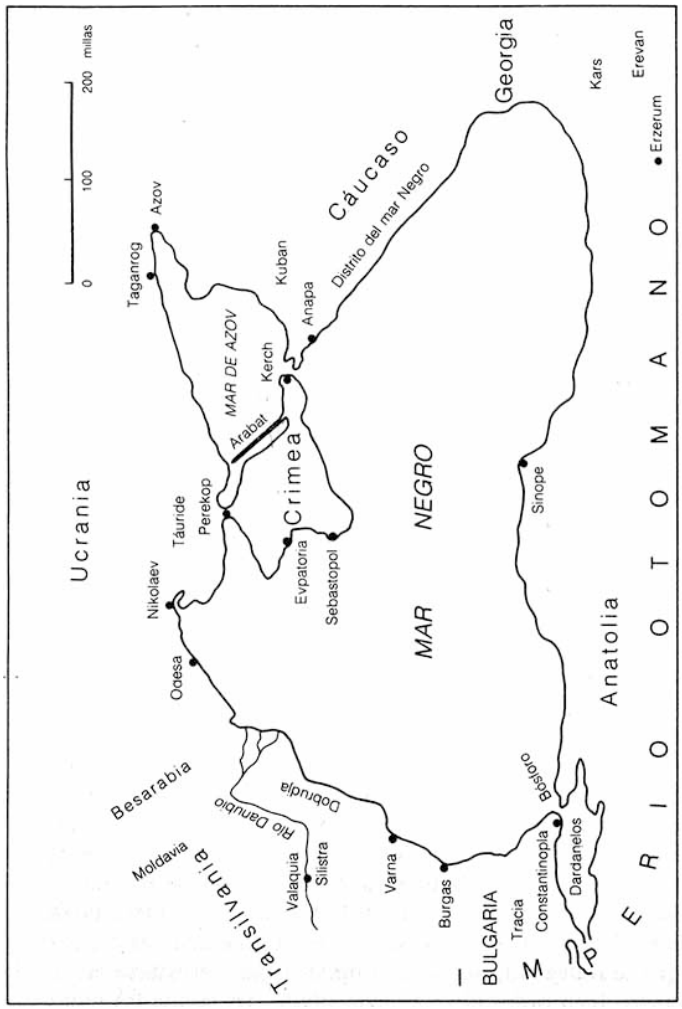
Sus investigaciones les obligaron a llegar a algunas conclusiones nada gratas:

> Los muertos, incluyendo los de Scutari y demás lugares, parecen totalizar un 35 por 100 de los efectivos del ejército en Crimea del 1 de octubre de 1854 al 30 de abril de 1855. Parece claramente establecido que esa mortalidad excesiva no puede atribuirse a ninguna peculiaridad desfavorable del clima sino al exceso de trabajo, a la exposición al frío y la humedad, a la alimentación inadecuada, a la falta de ropas suficientes para el invierno, así como a una insuficiente protección y cobijo para afrontar los rigores del invierno ... gran parte del trabajo y exposición a las

> inclemencias climáticas que habían tenido que soportar se debía a la falta de suficiente transporte terrestre, que el comisariado tenía el deber de proporcionar ... De la misma manera, las consecuencias sanitarias de los defectos de cocina se debían ... a la falta de combustible o de transporte para trasladarlo de Balaclava al campamento, asuntos que en ambos casos afectaban al comisariado.{12}

Dicho lisa y llanamente, las deficiencias del comisariado habían posibilitado el empeoramiento de las condiciones de vida de los soldados más allá de lo necesario y habían contribuido notablemente a los horrorosos sufrimientos a que habían tenido que hacer frente, tanto en el campamento frente a Sebastopol como en los hospitales de Scutari.

Los comisarios estaban especialmente preocupados por la cantidad y calidad de la dieta de los soldados. Era conocido que a menudo los soldados debían contentarse con medias raciones y que a veces no recibían nada de comida. Por ejemplo, los hombres del coronel Bell no recibieron nada de comida el día de Navidad de 1854.{13} Tras el follón que le armó el coronel a un funcionario del comisariado se les sirvieron algunas raciones de carne fresca, pero para entonces ya había oscurecido y los soldados no disponían ni de fuego ni de medios para cocinar la carne. Por lo general podían contar con carne y galletas saladas, pero su valor nutritivo era insuficiente para hombres que trabajaban tantas horas y en condiciones tan penosas. Muchos de los soldados no podían comer buey salado ni cuando se les ofrecían raciones completas porque sus «principales afecciones eran ... digestivas e intestinales, muchas veces ligadas a las manifestaciones del escorbuto. Incluso los funcionarios médicos estaban convencidos, como los soldados, de que tales enfermedades se agravaban ... por el uso continuado de carne salada».{14} A resultas de todo ello, se tiraron grandes cantidades de carne salada, a veces decenas de kilos por un solo regimiento.



10. Los problemas causados por las dificultades con el transporte marítimo repercutieron mucho en el comisariado. Aunque los aliados controlaban el paso de Constantinopla a Balaclava en Crimea, las instalaciones portuarias eran en ambos casos atrozmente malas. La falta de carne fresca, de pan recién horneado y de verduras se debió a las carencias de transporte marítimo y terrestre.

Resulta difícil comprender por qué no era posible disponer de mayores cantidades de carne fresca, particularmente cuando los estados colindantes no padecían de escasez de ganado. En diciembre, cuando sólo servían carne salada, Filder admitió disponer de ocho mil cabezas de ganado, pero la falta de un transporte marítimo adecuado, las dificultades de la navegación invernal y la demora causada por usar el puerto de Balaclava le impedían embarcarlas hacia Crimea. El coronel Tulloch señaló que había

transporte marítimo y que las dificultades de navegación del trayecto desde Constantinopla no eran insuperables. Por otro lado, las reses vivas se hubieran trasladado a sí mismas al llegar a Balaclava y hubieran podido proporcionar la tan precisa carne fresca que necesitaban los campamentos de la parte alta.

Los comisarios fueron particularmente críticos con el trabajo de Filder a propósito de la carne salada. Se sabía que cuando grandes ejércitos estaban acampados solía producirse una gran incidencia de enfermedades intestinales y que, por tanto, resultaba esencial tomar todas las precauciones posibles para evitarlas. La experiencia había mostrado que el uso de carne salada en la dieta incrementaba tanto el número de pacientes de escorbuto como el de víctimas mortales. Si a lo anterior se añaden las circunstancias inhabitualmente difíciles de las tropas, el trabajo pesado a lo largo de muchas horas, la estación invernal y la carencia de ropas y cobijo adecuados, era absolutamente vital que «no se hubiera omitido ningún medio al alcance de la mano para proteger a los soldados de los efectos sanitarios de su dieta, una de las pocas condiciones de la existencia cotidiana de los soldados que podía controlarse totalmente».{15} Y, sin embargo, una absoluta incompetencia burocrática desperdició numerosas vidas. Naturalmente al comisariado le habría causado más quebraderos de cabeza proporcionar a los soldados carne fresca en lugar de carne salada, hornear pan fresco que distribuir sacos de galletas, pero al hacerlo habrían salvado la vida de muchos y habrían aliviado las penalidades de muchos otros. Probablemente a la mentalidad de funcionario le resultaba imposible adaptarse a los horrores que le rodeaban, por lo que optaron por refugiarse en su propio mundo, bien ordenado y reglamentado, en el que las bajas no eran más que guarismos en una hoja de papel.

El coronel Tulloch llamó la atención sobre los descubrimientos del profesor Christison acerca del peso y valor nutritivo de las raciones diarias de un marinero británico, un soldado de Hesse y un soldado británico destacado en Crimea. El peso nutritivo de las raciones del marinero era de unos 808 gramos, el del soldado de Hesse de unos 934 gramos y el del soldado británico de Crimea de sólo 667 gramos.{16} Si se tiene presente que la carne salada era menos

nutritiva que la fresca y que durante la campaña de Crimea a menudo los soldados tenían que tirarla por los problemas que causaba a su sistema digestivo, por lo que bien puede decirse que se alimentaban de ron y galletas, lo sorprendente es que pese a todo lograran sobrevivir. Cuando se comprende que, según el profesor Christison, un recluso de una prisión escocesa, que no está sometido al mal tiempo ni a un trabajo duro, recibía una ración de más de 700 gramos —que incluía pan, vegetales, leche y pescado— la dura condición del soldado británico adquiere ribetes dramáticos. {17}

Parece, pues, que el comisariado no hizo nada a derechas. El 4 de noviembre de 1854 a bordo del *Harbinger* se embarcaron 150 toneladas de verduras, que abandonaron el Bósforo sin disponer de la documentación apropiada. Al llegar a Balaclava su capitán no aceptó la responsabilidad de la carga, dado su grado de putrefacción, por lo que hubo de lanzarla por la borda o dejar que la devoraran las bandas de vagabundos. Ni una de esas verduras llegó por tanto al frente. De noviembre a marzo escasearon los suministros de carne fresca precisos para conservar la salud del ejército, a lo que hay que añadir el empeoramiento de la situación causado por la escasez de verduras; la mayoría de los soldados tenían que conformarse con una ración mensual de dos patatas y una cebolla. En Bulgaria, mientras tanto, lord Raglan habían autorizado que se diera cada día una ración de cincuenta gramos de arroz a cada soldado, a causa de la extensión de los trastornos intestinales. No obstante, la orden dejó de aplicarse el 15 de noviembre y no se renovó por equivocación, aunque Filder había indicado que si bien el suministro de arroz era conveniente, no disponía de medios de transporte para hacerlo llegar cada día a los soldados acampados. Resulta difícil comprender las razones que evitaron que Filder comunicara a lord Raglan que el suministro de arroz podría haber continuado de haberse encargado los propios soldados de ir a buscarlo, sobre todo cuando se trataba del único elemento vegetal de que disponían unas tropas crecientemente atacadas por el escorbuto. Cuando se le preguntó al respecto, Filder informó al comisaria- do que en el ejército británico no solía

mantenerse al comandante supremo al corriente de la cantidad de provisiones almacenadas. Hubo que esperar a finales de enero para que lord Raglan tomara la iniciativa y empezara a preguntar.

De haber estado lord Raglan informado hubiera podido descubrir que en Balaclava y Scutari disponían no sólo de carne salada, un alimento incomestible para muchos soldados, sino de arroz, patatas, guisantes y cebada escocesa, que hubieran resultado mucho más beneficiosos para la salud de los soldados y mucho más fáciles de digerir que las galletas y la carne salada. Filder había dicho claramente a lord Raglan que no era competencia del comisariado suministrar verdura y vegetales frescos, algo que, «de acuerdo con las costumbres del servicio», corresponde a cada uno de los soldados, por lo que no estaba dispuesto a hacer más de lo que le competía estrictamente.

Christopher Hibbert nos ha dejado una descripción muy gráfica del puerto de Balaclava:

> Durante días, y a veces durante semanas, los buques se mantenían fuera del puerto esperando poder entrar y descargar. Cuando lo hacían, sus tripulaciones, pese a estar acostumbradas a los puertos orientales, se horrorizaban. A causa de la tormenta las aguas de un color verde pálido fuerte parecían una sentina estancada en la que se hubiera arrojado toda la porquería imaginable. Cadáveres con cabezas blancas e hinchadas, camellos muertos, «cadáveres de caballos, mulas, gatos, bueyes, perros, toda la inmundicia propia de un ejército y sus hospitales», flotaban entre los restos de vergas, cajas, fardos de heno, galletas, envoltorios aplastados de medicinas e instrumentos quirúrgicos, menudencias descompuestas y los esqueletos descuartizados de las ovejas arrojados al agua desde las cocinas de los buques.{18}

Uno de los fracasos más polémicos del comisario general Filder está relacionado con el suministro de zumo de lima. Desde hacía siglos se sabía que el escorbuto de que padecían las tripulaciones sometidas a largos viajes podía evitarse suministrándoles limones o zumo de lima. En la época de la guerra de Crimea tal cosa estaba bien establecida y demostrada, por lo que el hecho de que tantos soldados británicos sucumbieran de escorbuto debe considerarse

una desgracia nacional. El 10 de diciembre de 1854 el *Esk* llegó al puerto de Balaclava transportando 278 cajas que contenían unos 10.000 kg de zumo de lima, que debía suministrarse a las tropas. Durante los meses anteriores se habían obtenido pequeñas cantidades de fuentes navales, que habían servido para contrarrestar el escorbuto de los soldados enfermos, pero no se había hecho nada para atajar la rápida extensión de la enfermedad en el campamento británico. Desde el 10 de diciembre hasta la primera semana de febrero la carga de zumo de lima permaneció a bordo del *Esk* sin que nadie se ocupase de ella, pese a que Filder sabía que estaba allí, porque consideraba que no era obligación suya avisar al ejército de su llegada.{19}

Los comisarios informaron de que hasta abril de 1855 las tropas no tuvieron pan y tenían que arreglárselas con galletas duras. Esto era especialmente penoso para los enfermos y para los que padecían escorbuto, a quienes la ingestión de galletas causaba un gran dolor en sus encías inflamadas. Al parecer era posible conseguir en Balaclava pan de proveedores particulares, pero a un precio que estaba muy por encima de las posibilidades del bolsillo del soldado raso. Los franceses habían instalado panaderías y suministraban pan a sus soldados; los ingleses, según el coronel Tulloch, hubiesen podido hacer lo mismo sin grandes dificultades, ya que en los regimientos había panaderos en número suficiente como para hacer realizable el proyecto.

El asunto del café verde, sin tostar, para las tropas simboliza la ineficiencia del comisariado en Crimea. Tulloch no dudó en atribuir toda la culpa al comisario general Filder, que había señalado específicamente que los granos de café debían enviarse sin tostar, a pesar de que le comentaron las dificultades que ello supondría para los hombres (Filder sostenía que los granos de café eran más resistentes a la humedad y al enmohecimiento que podía provocar el viaje). El resultado era de prever. Los soldados no tenían tostadores ni molinillos para moler el café, por lo que tuvieron que beber un brebaje demencial que era verdaderamente perjudicial para su salud, según afirmaron los oficiales médicos. El comandante del l.er regimiento comentó:

> Se sirvió una ración de granos de café en bruto, lo que parecía una burla en medio de tantas penalidades. No había ningún utensilio para tostar el café, ni para molerlo; no había azúcar, ni siquiera fuego, y a menos que esperasen que comiésemos como hacen los caballos con la cebada, no veo qué uso podían hacer los hombres de él excepto ponérselo en la boca, que fue justamente lo que hicieron.{20}

No se puede acusar a los hombres de falta de iniciativa; algunos buscaban balas de cañón y carcasas de proyectiles vacías para moler el café, mientras que otros cortaron a tiras su carne salada y la utilizaron como combustible para tostarlo.{21} Para mayor escarnio, en los almacenes de Balaclava había más de 1.000 kg de té, que no precisaba ninguno de los complejos procedimientos de preparación del café.

Los comisarios afirmaron que una de las causas de enfermedad en el ejército era la deficiente cocción de los alimentos. Durante la marcha hacia Balaclava y la travesía de Alma la mayoría de los hombres habían perdido sus perolas de campaña y sus cocinillas. Así, cuando llegaron a Sebastopol no tenían suficiente equipamiento para poder cocinar; sólo les quedaba el plato de campaña y además tenían que encontrar su propio combustible para poder encender un fuego. Pero esto es tan fácil de decir como difícil de hacer. Muy pronto se consumió toda la leña disponible alrededor del campamento, «no se veía ni una ramita delgada como un dedo; todo había sido cortado y quemado».{22} La nieve impedía que los hombres pudiesen cavar para buscar raíces y además muy pocos sabían cómo encender fuego con leña verde o húmeda. Los que llegaban después de haber pasado toda la noche en las trincheras, exhaustos y helados, no podían calentar nada sin tener que excavar la tierra en busca de raíces, que muchas veces sólo se encontraban a gran distancia del campo. La mayoría de los hombres estaban demasiado fatigados para emprender esta tarea y se las arreglaban con galletas empapadas en ron, acompañadas con toda probabilidad por carne de cerdo cruda.

El comisario general Filder señaló con toda corrección que no era obligación del comisariado proporcionar combustible a las tropas en

el campamento, sino tan sólo en los cuarteles, y aunque esta situación era nueva no se pudo hacer nada frente a su inflexibilidad. El ejército no debía estar pasando el invierno al aire libre y a él no se le podía responsabilizar por esta decisión. Pero una vez tomada esa decisión su obligación era hacer todo lo posible para mejorar las condiciones en que se encontraban los hombres. El frío era intenso, la tinta se congelaba en los tinteros, había que descongelar los cepillos de dientes para poderlos utilizar y los soldados que formaban los pelotones nocturnos regresaban con carámbanos de hielo de diez centímetros de largo enganchados a sus bigotes. Un soldado raso puso en remojo dos camisas durante la noche y a la mañana siguiente las encontró tan congeladas que se vio obligado a formar para la inspección de equipo con el barreño en que las había puesto.

En cuanto a la leña, Raglan se vio obligado a pasar por encima de Filder ordenándole que proporcionara combustible para el invierno y, por una orden del 4 de diciembre, que lo entregara a las tropas. Sin embargo, aunque Filder había establecido un depósito de combustible en Scutari para uso del ejército acuartelado, era totalmente reticente a cumplir con la orden de Raglan de hacerlo llegar a los soldados que estaban acampados. Se puede simpatizar con Filder tanto como con cualquier otro funcionario civil sobrecargado de trabajo. Sin duda alguna estaba más que agobiado por sus deberes, ciertamente se enfrentaba con dificultades respecto al transporte terrestre y el espacio con que contaba en Balaclava para almacenar los productos que llegaban por mar era claramente limitado. A pesar de todo ello, estaban en juego muchas vidas y su insistencia en el pasado, en particular a propósito de la guerra en la península Ibérica, en la que los soldados acampados se preocupaban de conseguir su propio combustible, era imperdonable en el contexto de las operaciones que se desarrollaban ante Sebastopol. Hasta el 29 de diciembre Raglan no fue capaz de persuadirle de que le suministrara el combustible.

La raíz de los problemas del comisariado estaba en las deficiencias en cuanto a transporte terrestre. Mientras el ejército había permanecido en Bulgaria el problema había sido menor, pero

al embarcarse para Crimea hubo que abandonar casi todos los animales de transporte. Hasta finales de octubre no llegaron la mitad de los animales previstos y muchos de ellos ya habían muerto cuando en enero llegó a Balaclava un segundo, y más escaso, lote de ellos. Las condiciones bajo las que trabajaban caballos y mulas eran terroríficas, con un forraje insuficiente, expuestas al frío y la humedad y al exceso de trabajo. A falta de animales de transporte parece que los hombres, sujetos ya «a rigores climáticos y a fatigas tan grandes o mayores que las que podían soportar sin caer enfermos», tuvieron que realizar tareas de transporte de suministros por caminos en los que se hundían en el lodo hasta las rodillas desde el campamento situado en las alturas hasta el puerto de Balaclava. El viaje solía costarles doce horas, durante las cuales carecían de alimentos, refugio o descanso. La ausencia de transporte adecuado exponía a los soldados a raciones escasas, extravío de su arroz y a una carencia absoluta de otros alimentos vegetales. Sin embargo, diariamente se encontraban medios de transporte para trasladar al frente inmensas cantidades de cañones, plataformas, obuses y proyectiles.

Filder había subestimado las necesidades de transporte de la expedición. Al llegar a Sebastopol era consciente de que contaba con menores recursos de los que precisaba, pero se esforzó bien poco en resolverlo, hasta el punto de que afirmó ante McNeill y Tulloch que no pudo aumentar el transporte porque no estaba en condiciones de alimentar más animales.{23} Ello se debía a un círculo vicioso del que él mismo era responsable, puesto que la escasez de forraje era una consecuencia directa de la incompetencia del comisariado. Había establecido un contrato para la preparación de ochocientas toneladas de heno en el mar de Mármara, en Buyook Tehakmedge. Sin embargo, los contratistas quebraron tras suministrar entre seiscientas y setecientas toneladas. Cuando desde Inglaterra enviaron prensas hidráulicas para comprimir el heno y poder embarcarlo, éstas se enviaron a Constantinopla, a unos 24 km del lugar en que estaba almacenado el heno, lo que hizo necesario transportarlo de algún modo hasta las prensas, aunque lo contrario hubiera sido más sencillo. El resultado de todo ello fue que el heno

no embarcó, que los caballos murieron por falta de forraje y que, a causa de ello, los soldados murieron de hambre y de frío.{24} Totalmente frustrado, lord Raglan, que había insistido «incesante y urgentemente» a Filder sobre la necesidad de mejorar el sistema de transporte, optó finalmente por enviar a oficiales del ejército a comprar caballos de carga a Eupatoria, Constantinopla, Esmirna e incluso Sicilia.

En su segundo informe al Parlamento, completado en enero de 1856 en Londres, McNeill y Tulloch centraron su atención en el suministro de ropa y mantas por parte del comisariado. Empezaron describiendo la forma extraordinaria en que se privó a los soldados de sus mochilas:

> Habitualmente el soldado británico lleva en su mochila ropa suficiente para una muda completa, pero al desembarcar en Crimea la ansiedad de avanzar rápidamente hacia Sebastopol era tan grande que se concedió permiso para dejar las mochilas en los transportes y la mayoría de integrantes del cuerpo del ejército se acogieron a él. Así pues, por lo general cada soldado disponía sólo de una camisa, un par de botas y un par de calcetines, descuidadamente enrollados en su manta, e incluso gran parte de estas pertenencias las perdieron durante la batalla en Alma o durante la marcha. Los inconvenientes de haberse separado de las mochilas debieron haber terminado al final de la marcha, pero desgraciadamente éstas habían quedado a bordo de los diferentes barcos de los que habían desembarcado y éstos fueron enviados a la costa opuesta en busca de refuerzos y de suministros y partieron llevándose consigo las mochilas. Así pues, estaba claro que pasarían por lo menos seis meses hasta que pudiesen recuperarlas, y en muchos casos después del robo de la mayor parte de su contenido. Igual suerte corrieron los equipajes de la caballería que también habían quedado atrás, por lo que la mayoría de soldados no pudieron cambiarse de ropa durante mucho tiempo.{25}

La pérdida de las mochilas tuvo unas consecuencias incalculables para los soldados rasos en el sitio frente a Sebastopol, puesto que sólo disponían de las ropas que llevaban puestas, que pronto quedaron inservibles debido a las duras condiciones de la vida en las

trincheras. Desprovistos de su muda los soldados que tenían la desgracia de ser heridos llegaban al hospital de Scutari en un estado de abatimiento y de indigencia, llenos de barro y acribillados por los parásitos. En un clima húmedo los hombres no podían cambiarse y vestían sus ropas mojadas día tras día, dormían envueltos en un sobretodo y con una sola manta encima del suelo fangoso de sus tiendas, sin nada que les protegiese de la humedad de la tierra. Tulloch comentó después: «El estado de indigencia de nuestras tropas en este aspecto, cuando desembarcaron en Scutari, abrasados por la fiebre y cubiertos de suciedad y de parásitos, causó el asombro y mereció la solidaridad de toda Europa...».{26}

Pese a que desde el Reino Unido se enviaron grandes cantidades de ropas de abrigo, la pérdida del *Prince* el 14 de noviembre —con 40.000 sobretodos, botas para casi todo el ejército y con «todo lo que era más necesario»—, combinada con los habituales fallos de distribución en el puerto de Balaclava, hizo que estos suministros tardasen mucho en llegar a los hombres, que sufrieron espantosamente durante el mes de diciembre. Por si fuese poco, en todos los barcos llegaban partidas de «alfombrillas» que en enero llegaron a sumar 25.000 unidades, pero aunque de hecho eran tan útiles como las mantas para proteger del frío y de la humedad, a los soldados sólo se les enviaron 800 y a nadie se le ocurrió enviar alguna más.{27} De los miles de jergones que fueron enviados a Crimea para proteger a los soldados de la humedad del suelo ninguno llegó a las tropas, pues no había paja ni heno con qué rellenarlos.

A finales de noviembre habían llegado a Balaclava 12.000 sobretodos en buenas condiciones, pero en el momento en que se necesitaban más desesperadamente, en los meses de diciembre y enero, cuando los hombres morían de frío, más de 9.000 quedaron en los almacenes. La razón de esta extraordinaria decisión del comisaria- do era la reglamentación del servicio, establecida por mandato de la reina y según la cual a los soldados no se les podía proporcionar sobretodos más de tres veces por año. Y pese a que las tropas los necesitaban desesperadamente, lo cual debería haber estado claro incluso para el propio comisario general Filder, nadie fue

capaz de hacer caso omiso de esa restricción ni de preguntarse para qué habían enviado tal cantidad de prendas de abrigo si no deseaban que las distribuyesen.{28}

Las deficiencias en el suministro de botas y zapatos tendría efectos desastrosos sobre cualquier ejército aunque se encontrase en la mejor de las situaciones. En la duras condiciones del invierno de Crimea, los hombres por lo general vestían más de un par de calcetines y la humedad hacía que sus pies se hincharan, por lo que la mayoría de las botas no les iban bien. El comisariado proporcionaba botas de unos números determinados, pero no se preocupaba por el hecho de que las condiciones climáticas requerían que ajustasen sus demandas y pidiesen botas de números mayores, ya que frecuentemente los hombres tenían que ponerse unas botas tan pequeñas que «ni siquiera una mujer se las podía poner».{29} Los soldados británicos, que habían mirado con horror cómo sus aliados turcos desnudaban a los cadáveres y desvalijaban las sepulturas, empezaron a perder los escrúpulos a medida que sus ropas se iban desintegrando. Christopher Hibbert cita el ejemplo del guardiamarina Wood, más tarde sir Evelyn, que pagó diez chelines a un marinero para que le proporcionase algunas botas rusas que encontrase en un cementerio.{30} Como quedó muy satisfecho con las que consiguió, su ejemplo fue seguido por muchos oficiales británicos, que preferían las botas rusas de las que conseguían apoderarse a las británicas, cuya calidad era tan vergonzosamente mala que «sus suelas se desprendían al cabo de pocas semanas de usarlas».{31} La baja calidad de las botas británicas era una consecuencia de la voluntad del comisariado de mantener los costes bajos, y desde luego los contratistas habían economizado al proporcionar unas botas absolutamente inadecuadas para la humedad y para los terrenos fangosos. El 1 de febrero, el 55.° regimiento, formado en un «vasto, triste y sombrío cenagal», quedó sumergido en el lodo y al hacer fuerza para levantar sus pies las suelas quedaron enganchadas en el barro. Al parecer los hombres se descalzaron y avanzaron hacia el frente en calcetines.{32}

A pesar de que los caballos eran de vital importancia tanto para la caballería como para los transportes por tierra, no se hicieron

muchos esfuerzos para librarlos de su exposición a condiciones tan penosas. Algunos zapadores y mineros tomaron medidas para proteger sus monturas, pero aunque con algunos refugios sencillos se hubiesen podido salvar muchos, la actitud de hombres como lord Lucan y lord Cardigan permanecía aferrada a la tradición. Al parecer Lucan consideraba la idea de cavar un hoyo para proteger del viento a los caballos algo semejante a confinarlos en «una sepultura», y la de resguardarlos en una tienda de campaña «como una acción propia de un demente».{33} Cardigan, que afirmó que él y sus debilitadas tropas tendrían dificultades para cargar con toda la cebada necesaria para sus caballos, creyó que esto era una justificación para no cargar ninguna. Mientras Cardigan pasaba frecuentemente cuatro o cinco días en su yate, los supervivientes de su brigada ligera sufrían enormes penalidades. El invierno había llegado pronto y el campo estaba lleno de nieve, que helaba a los hombres y a los caballos. El 7 de noviembre el comisariado informó a Cardigan de que ya no disponían de transporte que llevase el forraje desde Balaclava hasta su campamento, y le sugirió que él o alguien en su lugar podía ir en busca de los caballos para llevarlos al puerto, donde estarían bien protegidos. Cardigan rechazó ambas sugerencias, insistiendo en que la brigada ligera tenía el deber de hacer guardia por si se producía un nuevo ataque ruso, lo cual era harto improbable. Como resultado de esta negativa los caballos tuvieron que subsistir con tan sólo un puñado de cebada al día, cubiertos de barro hasta la rodilla y sin nada que los cubriese. En su desesperación roían sus correas y sus alforjas y se mordían la cola unos a otros. Cuando Cardigan ordenó que no se destruyese ningún caballo herido condenó a los hambrientos animales a una muerte lenta, tumbados en hoyos fangosos y sin que nadie tuviese el coraje de liberarlos de su sufrimiento. Las malas relaciones entre Lucan y Cardigan causaban constantes quebraderos de cabeza al comisariado, ya que Lucan deseaba requisar 494 caballos de la brigada ligera para llevar provisiones a la infantería desde Balaclava, aunque era incapaz de dedicar un solo caballo para que transportase algo con lo que socorrer a la destrozada brigada ligera, cuyo jefe era Cardigan.{34}

La falta de morrales para los caballos provocó que éstos perdiesen la mitad de su cebada cada vez que comían. Increíblemente un gran suministro de morrales estaba a bordo del *Jason*, en el puerto de Balaclava. Nadie quería tomar la responsabilidad de desembarcarlos, y hasta finales de enero estos aperos vitales para los caballos permanecieron en el barco. De manera similar, unos remedios para los caballos que habían sido solicitados cinco meses atrás fueron finalmente descubiertos en las bodegas del *Medway* en enero de 1855.

La *Intendance militaire* francesa era un ejemplo de lo que era posible incluso a mediados del siglo XIX. Tenía subdivisiones de cuerpo médico, cuerpo administrativo (que suministraba las ropas, el forraje y las provisiones), obreros militares (carpinteros, peones, etc.), asistentes hospitalarios y cuerpo de transportes. Estimulados por el ejemplo de la eficiencia francesa, las cosas empezaron a mejorar para los británicos, en parte como resultado de la mejor actuación de los comisarios ya familiarizados con su trabajo, y en parte ayudados por el buen tiempo primaveral.

Las críticas acerca del comisariado se centran en las personas del comisario general Filder y su jefe en Londres, sir Charles Trevelyan. Filder en concreto parece haber tenido la desgraciada capacidad de generar mayor hostilidad. El coronel McMurdo del cuerpo de transporte terrestre, por ejemplo, dijo a su respecto: «en toda mi vida nunca me había encontrado con un engreído tan desagradable y con un funcionario tan intratable como esa pequeña víbora».{35} Filder parece haber tomado como una afrenta personal acerca de su «pericia o capacidad» el haberse encontrado en algún momento necesitado de ayuda, de ahí que en enero de 1855 rechazara la oferta francesa de suministros con la siguiente réplica: «ni los necesitamos ni en ningún momento los hemos necesitado».{36} Resulta por tanto comprensible que Filder fuera atacado por todos los lados, en particular por su extraordinaria insistencia en el asunto del café verde y sin tostar. Incluso su propio jefe, Trevelyan, consideró que había cometido un importante error de juicio al creer que sólo iba a necesitar 6.000 animales de transporte cuando de acuerdo con las normas del comisariado la probable cifra total era

por lo menos del doble. McNeill y Tulloch fueron durísimos en relación a la incapacidad de Filder de suministrar las 278 cajas de zumo de lima durante dos meses, mientras muchos de los soldados sufrían de escorbuto. Así pues, la única conclusión posible es que Filder era incompetente; lord Palmerstone comentó que era totalmente inapropiado para el cargo. Sin embargo, cargar con todas las culpas a Filder sería injusto. De haber recibido mayor apoyo de Londres, en particular de sir Charles Trevelyan, las cosas podrían haber ido mejor. Por otro lado, ante un hombre con tan buenas maneras como lord Raglan, Filder podía desempeñar el papel de funcionario civil sin pensar en las consecuencias. Resulta difícil creer que un comandante más enérgico le hubiera permitido ejercer tan maligna influencia en el bienestar del ejército. McNeill y Tulloch concluyen que «un hombre con un punto de mira más global probablemente podría haber hecho frente ... a las adversidades...». {37}

Filder se aprestó a defenderse de las críticas de la comisión alegando que había sido juzgado «en parte desde una concepción errónea del alcance de mi poder y responsabilidad como jefe del comisariado». Indudablemente algo de verdad había en ello, puesto que difícilmente puede culparse a los comisarios cuando incluso el comandante supremo desconocía las mal definidas responsabilidades del comisariado. Muchos de los problemas procedían de Londres, donde el superior de Filder, sir Charles Trevelyan, ejercía una «funesta influencia».{38} De acuerdo con el coronel Dunne la destrucción del ejército británico se debió a la mala gestión del comisariado de Trevelyan. Filder tenía razón al sentirse «abandonado» por su jefe, quien admitió que en varias ocasiones ignoró lisa y llanamente las cartas de Filder, así como que Hacienda sólo pasó a la acción cuando «las últimas cartas ... se volvieron precisas, presionantes y urgentes».{39} Por ejemplo, la petición de Filder de 2.000 toneladas de heno, enviada el 13 de septiembre de 1854, se cumplió ocho meses más tarde, cuando los caballos ya habían muerto. Hibbert describe así la confusión en Londres:

> Si la confusión en Crimea era desastrosa, en Londres aún era peor. En

> el desconcertante laberinto de oficinas por el que debían pasar las peticiones hasta encontrar a alguien que les prestara atención, el caos era pasmoso. Una lista de peticiones urgentes, por ejemplo, debía pasar al menos por ocho departamentos diferentes antes de que llegara a saberse incluso si los artículos que se solicitaban podían proporcionarse a partir de las reservas existentes. De no ser así, se iniciaban largas discusiones y conversaciones, así como tratos de los que no existe constancia, entre contratistas y funcionarios hasta convenir un precio y una fecha de entrega satisfactorios. De esa forma todos quedaban satisfechos, se pagaban todas las comisiones y se silenciaban todas las bocas; luego, semanas o tal vez meses después, se suministraban mercancías de vergonzosa calidad. {40}

Las iras que provocó la publicación de los informes de McNeill y Tulloch obligaron al gobierno a instituir una junta general de funcionarios encargada de revisar los informes e investigar el trabajo del comisariado. El resultado final, no obstante, no fue muy diferente de una serie de excusas.

5. LA BATALLA DEL CRÁTER (1864)

Entre los mandos militares, la habilidad de cosechar fracasos espectaculares desde posiciones que auguraban el éxito ha sido afortunadamente escasa. Uno de los que poseían esta perversa cualidad era el general Ambrose Burnside, comandante, allá por el 1862, del ejército del Potomac durante la guerra civil norteamericana. Con más de 1,80 de altura, cuadrado de espaldas, con un semblante jovial, bien parecido y luciendo un espléndido bigote, tenía el aspecto más impresionante que pueda poseer un general. Sin embargo, tras su sonrisa había cierta incertidumbre y falta de confianza en su propia capacidad, que podía ser desastrosa en los momentos críticos. Burnside tampoco era inteligente. Pocos mandos habían llegado tan arriba con tan poco fundamento. En 1862 no ambicionaba el mando del ejército y le había comentado a Lincoln que no se creía capacitado para suceder a George McClellan, a quien admiraba. Lincoln insistió, y tuvo que producirse la sangrienta derrota de Fredericksburg para darse cuenta de que Burnside estaba en lo cierto.

En el verano de 1864 Burnside estaba al mando del IX cuerpo del ejército, frente a Petersburg. El ataque de Ulysses Grant para hacerse con Richmond había quedado atascado en la guerra de trincheras, por lo que muchos de los horrores del conflicto de 1914 a 1918 estaban apareciendo ya en los sangrientos y fútiles ataques que se estrellaban contra las líneas aparentemente inexpugnables de la Confederación. Las tropas de Burnside ocupaban unas trincheras situadas tan sólo a unos 150 metros de uno de los puntos fuertes del enemigo, conocido como Elliott's Salient. Esta posición fortificada era todo lo que separaba a las fuerzas de la Unión de la estratégica ciudad de Petersburg.[{1}]

Las trincheras situadas frente al Elliott's Salient estaban defendidas por el 40.° regimiento de Pennsylvania, cuyos integrantes

eran voluntarios procedentes del condado de Schuylkill, una región de Pennsylvania rica en antracita. Más de una cuarta parte de los hombres del regimiento habían trabajado en las minas de carbón durante su vida civil, y su coronel, Henry Pleasants, se había formado como ingeniero civil trabajando en el ferrocarril de Pennsylvania en la década de 1850, donde adquirió experiencia en la excavación de túneles. Al oír a uno de sus hombres comentar que «este maldito fuerte es todo lo que se interpone entre nosotros y Petersburg y se me ocurre cómo podríamos hacerlo desaparecer», Pleasants dibujó un plano del terreno circundante y presentó a su comandante, Ambrose Burnside, un plan para excavar un túnel. El plan consistía en cavar un pozo a unos cincuenta metros de la retaguardia de las líneas de la Unión, para impedir que los confederados se diesen cuenta, y hacer luego un túnel de unos ciento sesenta metros bajo la posición de los rebeldes para, a continuación, volarla.{2}

Era un plan muy arriesgado que los ingenieros del ejército desestimaron por considerarlo inviable. Pero Pleasants estaba convencido de que era factible. Burnside lo hizo llegar a manos de su superior, George Meade, que no estaba nada convencido. El plan llegó incluso a conocimiento del propio Grant, quien al final decidió que por lo menos el túnel mantendría a los hombres ocupados y los libraría del aburrimiento que podía socavar su moral.

Sin embargo, a pesar de contar con el apoyo de su comandante en jefe, Pleasants se encontró con la falta de cooperación total de quienes tenían experiencia para ayudarle. Meade le había prometido una compañía de ingenieros y cualquier otra ayuda que necesitase, pero cuando la solicitó no obtuvo ninguna respuesta. Burnside creía que ni Meade ni el mayor Duane, el ingeniero jefe del ejército, consideraban viable el plan. Duane había calificado el asunto como un asunto de «mucho ruido y pocas nueces», afirmando que era imposible abrir una mina tan larga y que los hombres se asfixiarían por falta de aire o quedarían aplastados por un derrumbamiento de tierra. En cualquier caso, la obra llegaría a oídos de los rebeldes y éstos cavarían contraminas.{3}

Pleasants, sin inmutarse, organizó a sus hombres por turnos, con

Harry Reese (que no era combatiente) como jefe de mina. Empezaron a abrirse camino desde la zona oeste del terraplén de un desmonte ferroviario abandonado, a cubierto de miradas indiscretas. Como no disponían de picos, en el primer momento el 48.° se vio obligado a cavar con sus bayonetas, mientras que las latas de galletas se transformaron en carretillas para transportar la tierra, que cada mañana tenían que cubrir con arbustos para ocultarla a los ojos del enemigo cuando efectuaba reconocimientos. Pronto hicieron falta vigas para sostener las paredes y el techo del túnel. Tampoco en este caso recibieron ayuda y Pleasants ordenó a sus hombres que derribaran un viejo puente del ferrocarril y volvieran a poner en marcha un aserradero abandonado.{4} Pese a encontrar arcilla húmeda, que causaba filtraciones en el túnel, y marga, que se convertía en cemento al contacto con el aire, Pleasants continuó, alterando el ángulo del túnel para asegurar un buen drenaje. La excavación siguió adelante y los problemas técnicos que habían preocupado a los profesionales del ejército fueron resueltos gracias a la inventiva de Pleasants. Para lograr una ventilación adecuada, instaló una puerta con un lienzo hermético justo a la entrada del túnel. A lo largo del túnel instaló una cañería de madera que llegaba hasta el lugar en que los hombres cavaban y que se iba extendiendo a medida que avanzaban. Un hogar de leña situado al lado de la puerta sellada hacía salir el aire caliente por su chimenea y creaba una corriente de aire que expulsaba el aire viciado del interior del túnel e introducía aire fresco a través de la cañería, cuya boca estaba situada tras la puerta. En el interior, el túnel tenía 1,5 metros de altura por 1,20 de ancho al principio y 1 metro al final.{5}

Cuando ya habían excavado unos 60 metros, Pleasants necesitó tomar medidas precisas para asegurarse de que el túnel se dirigía hacia la posición de los rebeldes. Recurrió entonces a los ingenieros del ejército para que le proporcionasen los instrumentos necesarios para efectuar las triangulaciones precisas, pero no recibió ayuda. En realidad fue Burnside quien le consiguió un teodolito después de telegrafiar a un amigo de Washington, que voluntariosamente le prestó uno viejo.{6}

Asomándose cuidadosamente por encima de la primera línea de

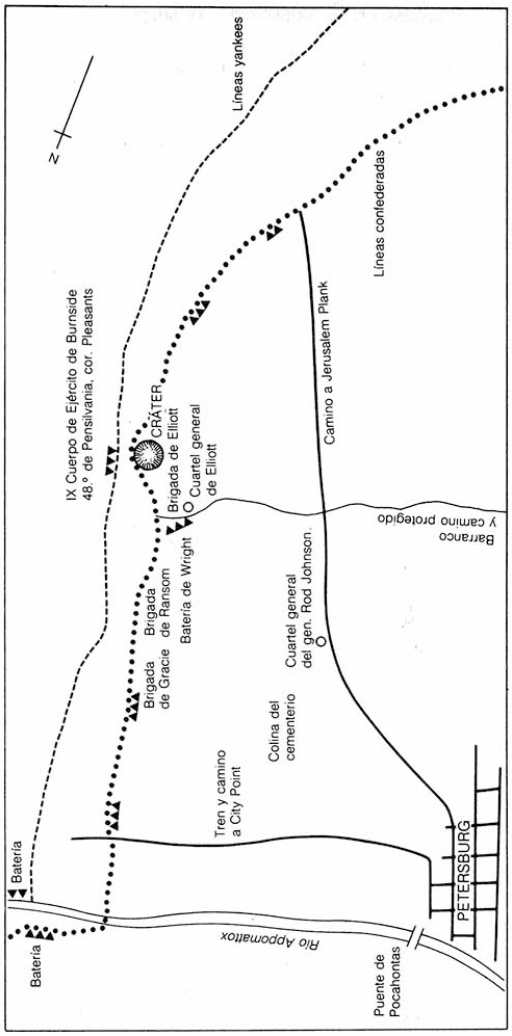
trincheras, y bajo el fuego constante de francotiradores, Pleasants tomó sus medidas y el 17 de julio de 1864 estuvo en condiciones de informar a Burnside que el túnel, de 170 metros de largo, estaba exactamente 6 metros por debajo del reducto de los confederados. Pleasants procedió entonces a cavar un pozo de 25 metros de largo para formar una «T» al final del túnel, y lo llenó con unas cuatro toneladas de explosivos, repartidos en ocho depósitos conectados entre sí. Los ingenieros demostraron una vez más sus pocas ganas de ayudar, negándole una batería galvánica y el suministro de alambre aislante para hacer estallar la carga.{7} Sin desalentarse, Pleasants empalmó dos espoletas corrientes de 15 metros cada una, conectó una en los explosivos del pozo «T» y extendió el resto de los 30 metros a lo largo del túnel, desde donde era posible encender la espoleta.

A pesar de que Grant había considerado al principio el proyecto como una simple forma práctica de tener ocupados a los hombres, decidió entonces prestar un apoyo sustancial a Burnside para el ataque posterior a la explosión de la mina. A la vista de los hechos resulta difícil de entender cómo un asalto que pudo haber terminado la guerra de golpe había podido retrasarse durante semanas por la recalcitrante terquedad de los ingenieros del ejército. Quizás Meade se alegraba de ver cómo fracasaba el plan de Burnside. Sin embargo, cuando empezó a estar claro que el túnel podía realizarse y que Grant se preparaba para dar su apoyo a Burnside, Meade empezó a tomarse el proyecto más en serio.

La sierra situada tras las líneas confederadas no tenía una altura muy elevada y se podía acceder a ella por una suave ladera cubierta de hierba. Si los federales conseguían llegar a ella podrían tomar Petersburg, lo que prácticamente aseguraría la caída de Richmond. Grant, sabiendo que el objetivo de Burnside estaba tan sólo a medio kilómetro, decidió apoyar el ataque con todos los recursos de que disponía. A fin de forzar a Lee a reducir sus defensas frente a Burnside planeó una estratagema atacando al norte del río James. Los hombres de Hancock, y dos de las divisiones de Sheridan, se trasladaron a lo largo del James para crear una desviación o incluso un avance simultáneo. La estratagema de Grant funcionó

perfectamente y Lee trasladó cinco divisiones de infantería a Bermuda Hundred para bloquear a Hancock, dejando a Beauregard con sólo tres divisiones para mantener Petersburg.

Mientras Pleasants y sus hombres transportaban la pólvora en barriletes de 9 kg, Burnside hacía sus planes para aprovechar el previsible avance. La explosión estaba prevista a las 3.30 horas de la madrugada del 30 de julio; tras ella había de producirse el ataque del IX cuerpo del ejército de Burnside, apoyado por la izquierda por Warren y a la derecha por los hombres de «Baldy» Smith. Para reforzar el efecto de la mina, frente a la posición confederada se habían situado 80 cañones de campaña, 18 morteros pesados de 25 cm, 28 morteros ligeros y 18 cañones de asedio de 11,5 cm. Tan pronto como hubieran explotado las minas, las tropas de Burnside deberían avanzar por la sierra sin detenerse por nada. El tiempo era esencial y las tropas debían ocupar la cima antes de que los confederados pudiesen recobrarse del *shock.*



11. La mina excavada por el coronel Pleasants y el Regimiento 48.° de Pennsylvania fue un éxito rotundo. Ofreció a Grant la posibilidad de romper las defensas confederadas frente a la ciudad de Petersburg y acabar materialmente con la guerra. El fracaso se debió a la incompetencia del comandante Ambrose Burnside y a la cobardía de sus generales de división Ferrero y Ledlie, que permanecieron a cubierto y alejados de la batalla una vez que se inició el combate.

Hasta aquí, los planes de Burnside estaban bien fundamentados y desmentían su reputación, ganada en Antietam y Fredericksburg, de ser un chapucero. Los hombres bajo su mando totalizaban cuatro divisiones, tres de las cuales habían estado constantemente en acción y estaban fatigadas por la guerra, mientras que la cuarta

permanecía relativamente fresca. Era una división compuesta por unos 4.500 hombres negros, al mando del general Edward Ferrero. Por todo ello, la decisión de Burnside de que encabezaran el asalto era perfectamente lógica teniendo en cuenta su número y su menor cansancio. En consecuencia, Ferrero recibió la orden de avanzar en abanico, a derecha e izquierda del cráter, y frenar los contraataques desde los flancos, mientras que el resto de las fuerzas entraría en tropel por la brecha abierta. Las tropas de Ferrero habían recibido incluso un entrenamiento especial para liderar el asalto; sin embargo, fue entonces cuando las cosas empezaron a funcionar mal. Las consideraciones puramente militares quedaron en un segundo plano cuando hicieron su aparición las consideraciones políticas.

Hasta aquel momento la división de Ferrero había sido destinada a misiones de vigilancia, dada la opinión imperante de que los negros no estaban capacitados para las situaciones de combate. Sherman, por poner un ejemplo, dudaba de su calidad como soldados; cuando le preguntaban si pensaba que un negro no era tan bueno como un blanco para detener una bala contestaba: «Sí, y un saco de arena es aún mejor». Burnside estaba decidido a demostrar que se trataba de un punto de vista erróneo, pero no contaba con la sensibilidad política de sus superiores. La utilización de tropas negras había sido algo así como una empresa arriesgada destinada a aplacar a los abolicionistas, pero Meade no estaba preparado para sacrificar su reputación enviando a estas tropas inexpertas a un asalto que se podía convertir en una masacre. Por ello ordenó a Burnside que eligiese otra de sus divisiones para encabezar el asalto. Burnside, enfurecido, comentó esta cuestión con Grant, pero el comandante en jefe finalmente dio la razón a Meade.

En su testimonio ante un comité de investigación sobre la conducta en combate, Grant admitió posteriormente que su decisión había sido un error, aunque era consciente de que no podía ignorar las implicaciones políticas de utilizar tropas negras para una operación tan peligrosa.{8} Desde aquel momento toda la operación estuvo condenada al fracaso.

Burnside se enfrentó entonces a la dificultad de reestructurar sus

planes en tan sólo doce horas, de las cuales sólo tres transcurrieron a la luz del día. Se desaprovechó el entrenamiento de la división de Ferrero y el asalto tuvo que ser encabezado por hombres que prácticamente no tenían ninguna preparación para emprenderlo. No se puede sentir otra cosa que compasión por Burnside, pero lo que siguió fue una de las actuaciones más incompetentes de toda la guerra. Como señala Bruce Catton refiriéndose al comandante del IX cuerpo del ejército: «... a partir de ese momento fue el peor general que un hombre maduro pueda ser; tanto el ejército como la causa de la Unión en su conjunto hubiesen salido ganando si Burnside se hubiese metido en la cama, tapado con las sábanas su apuesto rostro y dejado a cualquier otro hacerse cargo del mando».{9}

En lugar de considerar los méritos de las tres unidades, decidió dejar la decisión al azar, permitiendo que los comandantes de las tres divisiones lo echasen a suertes. El vencedor fue el general Ledlie, cuya división era sin duda la más débil de las tres, dejando de lado que el propio Ledlie era bastante incompetente para el mando. La opinión generalizada era que los hombres de Ledlie eran «tímidos»; de hecho, se les comparaba a los perros de caza que se asustan ante el estruendo de las armas. El propio Burnside había manifestado semanas atrás que la división de Ledlie era una división de inútiles.{10} No está claro por qué aun así les permitió que encabezasen el asalto. Sólo podemos suponer que declinaba toda responsabilidad respecto de lo que fuese a suceder.

El general Ledlie era fundamentalmente un cobarde y sus subordinados sabían que era un alfeñique. En un ataque realizado el 18 de junio, encontró un lugar seguro donde esconderse y, armado con una botella, abandonó a su suerte a sus hombres, que luchaban para tomar las trincheras de los rebeldes.{11} Al parecer esto era del dominio público, con la excepción del propio Burnside. También era conocida la lealtad del comandante del IX cuerpo para con sus subordinados, así como su escasa habilidad a la hora de juzgar a sus hombres. Pero incluso sin un conocimiento específico de la debilidad de Ledlie hubiese tenido que ser capaz de juzgar el carácter de su comandante de división lo suficientemente bien como para saber que nunca debía confiarle la vital misión de encabezar el asalto del

30 de julio. El problema estaba en que llegados a ese punto Burnside ya no actuaba de una manera enteramente racional.

La división de Ledlie se reunió a medianoche y empezó a avanzar por los intrincados caminos que conducían a las trincheras del frente de la Unión. En la oscuridad, su viaje a través de aquel laberinto de caminos fue una pesadilla. Finalmente consiguió llegar a su posición y esperó la explosión, que estaba prevista para las 3.30 de la madrugada. Mientras tanto, nadie había informado a la división de Ferrero de que se había producido un cambio de planes. Las tropas de color se reunieron excitadamente en el borde de un barranco, a cubierto de los ojos del enemigo y olvidadas por Burnside, quien tomó posiciones en un emplazamiento de cañones a unos cuatrocientos metros de la primera línea y bastante desconectado de los hechos. Meade operaba aún más retrasado.

A la hora prevista, Pleasants envió a un hombre a encender la espoleta, pero llegó el momento y no sucedió nada más que un perfecto silencio. Pasaron treinta minutos, y una hora, sin que sucediese nada. Estaba a punto de amanecer cuando Grant perdió la paciencia y ordenó a Burnside que emprendiese de todas maneras el ataque, aunque fuera sin la mina. Tras los parapetos de la Unión los hombres del IX cuerpo llevaban más de cuatro horas en estado de alerta y la tensión minaba su confianza.

Pleasants ordenó a su jefe de minas, Reese, que fuese al túnel a inspeccionar qué había pasado con la espoleta. Con gran coraje Reese se arrastró por el túnel unos 130 metros, sólo para descubrir que la espoleta se había apagado. Con la ayuda del teniente Jacob Douty la volvieron a encender y empezaron a correr. La explosión se produjo a las 4.45 de la madrugada. Un general de brigada de Hancock describió así la escena: «Sin forma ni figura, lleno de llamas rojas y sobre un lecho de destellos deslumbrantes se elevó hacia el cielo con el fragor de un trueno y se abrió como un hongo inmenso, cuyo tallo parecía ser de fuego y su cabeza de humo».{12}

Simultáneamente, ochenta cañones abrieron fuego contra los humeantes restos de la posición confederada. El *shock* fue tan tremendo que las propias tropas de Burnside, presas del pánico, empezaron a correr y tuvieron que pasar diez minutos antes de que

sus oficiales las reuniesen de nuevo para el asalto. Y justo en aquel momento, cuando el tiempo era vital, se produjo un descubrimiento espantoso. Los planes tan cuidadosamente preparados por Meade y Burnside de aplastar y abatir los parapetos para permitir que las tropas irrumpiesen inmediatamente en formación de combate no se habían realizado.{13} Así, con las primeras luces de la madrugada las tropas de Ledlie se encontraron en el fondo de unas trincheras de dos metros y medio de alto y sin ningún medio aparente para salir de ellas. La improvisación estuvo a la orden del día. Un oficial organizó una escalera clavando bayonetas en un largo tronco de madera, mediante el cual consiguieron salir algunos soldados. Con la misma intención otros amontonaron sacos de arena, pero la masa compacta de tropas de asalto prevista en el plan original nunca se llegó a materializar. Y lejos de atacar una brigada en toda su extensión, en un frente amplio, y con el estrecho apoyo de una segunda brigada, las tropas de la Unión emergieron como un lento goteo que avanzaba titubeante hacia el humeante cráter que había dejado la mina de Pleasants.

Lo que encontraron ante sus ojos fue sorprendente. Unos 55 metros de las líneas confederadas habían desaparecido y en su lugar había un enorme cráter de unos veinte metros de ancho por diez de profundidad.{14} Los hombres de Ledlie, en lugar de evitar el obstáculo y entrar a la carga, parecían confusos por la experiencia vivida y permanecieron mirando hacia el interior del gran agujero. Había soldados rebeldes enterrados hasta la cintura, de otros sólo sobresalían de los escombros las cabezas o las piernas. Algunos hombres de las tropas de asalto empezaron a cavar para sacar a los supervivientes; un oficial ordenó a sus hombres que desenterrasen un cañón. Un oficial confederado, que logró salir del cráter, les explicó que estaba durmiendo cuando se produjo la gran explosión y que se despertó volando por los aires.{15} En unos quinientos metros no había tropas confederadas que defendiesen su posición, y pese a todo se perdió un tiempo vital por la falta de mando. Pleasants pudo ver desde su posición que su mina había sido un brillante éxito y que la victoria estaba al alcance de la mano de Burnside. Todo lo que éste tenía que hacer era ordenar al IX cuerpo que avanzara hacia la

sierra, con lo que habría tomado Petersburg. Pero el tiempo seguía siendo una cuestión vital; de otra manera Beauregard podría reforzar la brecha.

Los ingenieros que se suponía tenían que ir a la vanguardia de las tropas para allanar los obstáculos no se habían presentado. Además, el propio Ledlie estaba en un refugio antibombas situado a unos cuatrocientos metros de las líneas, bebiendo ron que había pedido a un cirujano de la brigada.{16} Habiéndole llegado algunos informes, ordenó que avanzaran hacia la sierra pero no hizo ningún esfuerzo por salir de su refugio y ver lo que estaba sucediendo. De hecho todo el ataque había quedado interrumpido mientras sus tropas, actuando como grupos de rescate, equipos de salvamento o simplemente como mirones, penetraban en el cráter e iban dando vueltas como un rebaño de ovejas. No quedaba ni un vestigio de organización militar mientras esa pandilla desorganizada disfrutaba de la sensación de estar al aire libre y a cubierto del fuego del enemigo.

Desde su posición Burnside no tenía ni idea de lo que había pasado, excepto que la mina había sido un éxito y había abierto una brecha. Sin recibir ningún informe del frente se limitó sencillamente a ordenar que avanzasen más tropas. Entonces Potter y Willcox condujeron a sus divisiones desde los intrincados caminos hacia las trincheras, donde sólo podían avanzar de tres en tres y topando a cada momento con correos que regresaban y con hombres heridos, y luego hacia las trincheras de primera línea, desde donde tuvieron que trepar por las escaleras de bayonetas y por los sacos de arena hasta superar la pared de dos metros y medio. Que 7.000 hombres tuviesen que salir de manera tan laboriosa dio inevitablemente al traste con cualquier posibilidad de éxito que aún pudiera quedarles.

Durante ese tránsito, que duró unos treinta minutos, los confederados habían tenido tiempo de recuperarse y concentraban ya un fuego intenso sobre los hombres del cráter. Los cañones de la Unión habían podido inutilizar diez de los dieciséis cañones apostados en la sierra, pero los seis restantes causaban estragos entre las tropas al descubierto. Nadie ejercía autoridad alguna entre los miles de hombres amontonados en el cráter, algunos de los

cuales escalaban las escarpadas paredes con uñas y dientes, mientras que otros al llegar arriba caían sobre los camaradas que estaban debajo suyo.{17}

Meade coincidía con Burnside en que el ataque debía efectuarse con rapidez o de lo contrario fracasaría. Hasta las cinco de la madrugada pensó que el ataque podía ser un éxito, a las seis que tal vez lo fuera pero a costa de un duro combate, y a las siete que no había ya ninguna posibilidad de ganar. Sobre esta base no parecía haber razón alguna para enviar más hombres en apoyo de un ataque que obviamente había fracasado y, en cualquier caso, se había producido una debacle total entre los mandos. Ledlie y Burnside estaban a más de medio kilómetro de distancia de donde transcurría la acción y Meade a más de un kilómetro. Cuando Grant afirmó que Burnside debería haber estado en el cráter con sus hombres era ya demasiado tarde, pero éste, como sucedió en Fredericksburg, había preferido actuar bastante más retrasado, enviando órdenes que no guardaban relación alguna con los hechos.{18}

Su única orden consistió en la palabra «atacar». A las 7.20 h de la mañana Meade había perdido totalmente la paciencia y quiso saber por el propio Burnside qué estaba pasando. Burnside acusó furiosamente a Meade de comportarse «de una manera poco caballerosa e impropia de un oficial».{19} Mientras tanto se estaba desarrollando la crisis. Lo que podía haber sido un simple fracaso se estaba convirtiendo en una tragedia en la que se sacrificaban inútilmente vidas humanas por culpa de una abrupta incompetencia. Sin darse cuenta de que el ataque había fracasado totalmente, Burnside ordenó a la división negra de Ferrero que atacase. En un primer momento, Ferrero puso reparos, advirtiendo que en el cráter se amontonaban ya tres divisiones, pero Burnside insistió. Los soldados negros, en estado de alerta desde antes del amanecer y muchos de ellos pensando que no había habido ningún cambio en las órdenes originales, se lanzaron a la carga con la intención de tomar la sierra. Ferrero, por su parte, no tenía la menor intención de avanzar con ellos. Se detuvo en el refugio antibombas de Ledlie y compartió su ron, delegando el mando en sus generales de brigada.{20}

A la sazón, las tropas rebeldes habían ocupado de nuevo sus trincheras y abrieron un fuego arrollador contra los soldados negros que avanzaban. Pese a ello, los que iban más retrasados llegaron a la desesperada a las trincheras e hicieron algunos prisioneros. Enviaron informes a Ferrero, quien por casualidad les ordenó que tomasen la sierra si no lo habían hecho ya. La situación había cambiado totalmente, pero no había nadie a mano para que lo pudiese apreciar. Los morteros confederados dejaban caer sus proyectiles sobre las tropas atrapadas en el cráter, que no podían refugiarse en ningún sitio y que estaban tan apelotonadas que apenas podían moverse. El contraataque de los confederados arrojó a los hombres de Ferrero fuera de las trincheras y empezó la matanza. El grito de los rebeldes era «coged a los blancos, matad a los negros», mientras la división de Burnside retrocedía hacia sus trincheras en completa desbandada.{21}

En aquel momento Grant suspendió la operación, aunque Burnside seguía creyendo que podía reorganizarse. El coronel Pleasants, fuera de sí, espetó a Burnside que sus oficiales no eran más que un puñado de cobardes. Ni el mismo Grant podía creer lo que había sucedido, y como dijo a Halleck, se trataba «del episodio más triste que había presenciado en toda la guerra».{22} Sólo en la división de color las bajas habían alcanzado casi el 50 por 100. Aunque se había modificado todo el plan para evitar una masacre semejante, la estupidez más absoluta permitió que tal cosa sucediese.

A las 9.30 h de la mañana Meade ordenó la retirada de los hombres del cráter, pero eso era más fácil de decir que de hacer. Ferrero y Ledlie rechazaron inmediatamente la sugerencia de excavar una vía desde las líneas de la Unión hasta el cráter, pese a que esta parecía ser la única solución para evacuar a los miles de hombres atrapados en él a no más de cien metros de distancia. Una salida en masa podía causar gran número de bajas y posiblemente afectaría a la moral de las tropas del IX cuerpo, por lo que convencieron a Burnside de que los hombres debían permanecer en el cráter hasta el anochecer. Dentro del cráter la situación era insostenible. Algunos habían conseguido adherirse a las paredes del

mismo hincando sus codos y sus talones en la tierra e intentaban disparar sus armas contra las bien atrincheradas tropas de la Confederación. Más de diez mil hombres estaban apelotonados en un área de menos de cuatro mil metros cuadrados, constantemente sometidos al fuego cruzado de los riñes y al lanzamiento de proyectiles de metralla. El calor abrasador del verano añadía a sus sufrimientos la agonía de la sed.

Poco después de mediodía los confederados emprendieron un asalto contra los hombres atrapados en el cráter. La suerte estaba echada. Sin un mando adecuado y con la moral por los suelos, los miles de soldados de Burnside pusieron pies en polvorosa. Casi 1.700 hombres fueron capturados y varios centenares más muertos. Aquella mañana, a lo largo del frente de Meade, el ejército de la Unión sufrió más de cuatro mil bajas en una de las operaciones más inútiles de toda la guerra.{23}

Como era de prever las iras de Meade se dirigieron contra Burnside, a quien quería ver ante un consejo de guerra por su incompetencia. La discusión entre ambos hizo que un observador del Estado Mayor comentara que su intercambio de recriminaciones «contribuyó grandemente a confirmar su creencia acerca de la riqueza y flexibilidad de la lengua inglesa como medio de disputa personal».{24} Grant evidenció su mayor diplomacia al conceder a Burnside un largo período de permiso. La junta investigadora que realizó el seguimiento del fiasco condenó con toda justicia a Ledlie, al que se separó del servicio, mientras que Ferrero se libró misteriosamente del castigo que tanto merecía.

Pese a ello, el fracaso del cráter se asocia fundamentalmente a la figura de Ambrose Burnside, aunque resulta difícil determinar la imparcialidad del juicio de la historia. Para Burnside era difícil vivir bajo la humillación sufrida a manos de Lee en 1862; carente de confianza en sí mismo tras el fracaso de Fredericksburg, no se le debió confiar una vez más un alto mando. Lo que está en cuestión no es sólo la derrota, sino la naturaleza de la misma. En la adversidad Burnside reveló unos aspectos de su carácter que le hacían profundamente incompetente para mandar a sus hombres.

Paradójicamente, la batalla del cráter puso de manifiesto algunas

de las mejores y peores características de la profesión militar. La concepción y construcción del túnel por parte del coronel Pleasants fue brillante. Superó todos los obstáculos, tanto los naturales como los humanos, con una firme determinación absolutamente admirable. Cohesionó a sus hombres en un equipo que trabajó sin descanso para lograr su propósito.

La valentía de los soldados de color de la división de Ferrero es digna de admiración. En estado de alerta durante seis horas o más, fueron arrojados a una situación de una confusión tan abyecta que de nada les sirvieron todas las semanas de entrenamiento. Inasequibles al desaliento, evitaron la carnicería del cráter y llegaron a tomar las trincheras confederadas a punta de bayoneta. Sin tener ningún plan coherente, y lejos de su general, que estaba en un refugio antibombas, sólo sucumbieron al final y ante un poderoso contraataque.

Puesto que no faltaban ni la visión ni el coraje, ¿por qué el ataque del «cráter» se convirtió en un fiasco? La respuesta es a la vez simple y compleja. Se cometieron fallos absolutamente elementales y se esfumaron las cualidades que se supone deben reunir los mandos de alta graduación. Esto queda claro. Pero es más difícil de responder por qué sucedieron tales cosas. En primer lugar, Burnside tenía una cierta reputación de chapucero que tal vez se merecía, pero si a consecuencia de esa reputación sus subordinados no confiaban en él, jamás debieron haberle confiado una posición de mando. Meade había visto a Burnside en algunos de sus peores momentos en 1862 y estaba convencido de que era un incompetente. Cuando le transmitió la idea de Pleasants acerca del túnel, Meade estaba preparado para rechazarla, como hubiera hecho con cualquier cosa procedente de Burnside. Además, su jefe de ingenieros le había dicho que la realización del plan era imposible. Pese a ello, cuando Grant dio luz verde al proyecto aceptó que se excavara la mina, aunque sólo fuese para mantener a los hombres ocupados. Para lo que no estaba preparado era para ordenar a sus ingenieros que le diesen la prioridad absoluta que merecía, de manera que Pleasants tuvo que luchar no sólo contra los problemas naturales de excavar el túnel, sino también contra todo tipo de

problemas causados por los hombres, que retrasaron la realización del trabajo unas dos semanas.

El problema es más complejo a la hora de juzgar a Ambrose Burnside. Dio su apoyo a la idea del túnel e hizo todo cuanto le fue posible para ayudar a Pleasants. Sus planes para el asalto, elaborados con la aprobación de Meade, eran sólidos. La de Ferrero era su mejor división y era lógico que encabezase el ataque. Después de todo, Burnside no compartía la opinión de algunos generales de la Unión según la cual los negros no eran aptos para el combate. En realidad, hasta sólo doce horas antes de que empezase el ataque poco hay de censurable en la actuación de Burnside. El punto crucial fue la intervención de Grant, que apoyó la objeción de Meade a la elección de la división de Ferrero. Naturalmente, Grant creía poseer poderosas razones para ordenar el cambio, pero dejó a Burnside con un tiempo absolutamente insuficiente para preparar alternativas. Probablemente lo más sensato hubiera sido retrasar la operación. Aún así, y fuera cual fuese la decisión adoptada, la obligación de Burnside era la de procurar cumplir las órdenes de la mejor manera posible, y en este aspecto poco podemos decir en su favor. No fue afortunada la manera aleatoria de abordar la elección de la división que reemplazaría a la de Ferrero, es decir, dejar tal cosa a la suerte del que sacase la pajita más larga. Burnside sabía con certeza que la división de Ledlie no valía gran cosa y esto hubiese debido despertar algunas dudas acerca de su comandante. A pesar de ello, permitió que fuese Ledlie quien encabezase un ataque que hubiese podido provocar el final de la guerra.

Durante las doce confusas horas que precedieron a la explosión de la mina, los planes que Meade y Burnside habían diseñado para derribar los parapetos y permitir el avance de las brigadas en toda su amplitud se dejaron pura y llanamente de lado. Cómo pudo descuidar Burnside este requisito vital es tan difícil de entender como que ningún miembro del IX cuerpo, compuesto por más de cinco mil personas, recabase su atención acerca de este punto. Y si la rapidez era esencial, resultaba básico que los hombres pudiesen desarrollar el ataque de manera uniforme avanzando hasta tomar la sierra sin permitir que nada les distrajese de su cometido. Por esta

razón la presencia de los mandos era aún más imprescindible de lo habitual. Posteriormente Grant culpó a Burnside de no haber estado en el cráter para comprobarlo. Estas críticas pueden estar justificadas, pero indiscutiblemente Burnside creía que los mandos de las divisiones como Ledlie y Ferrero estaban con sus hombres y no ocultos en un refugio bebiendo ron. Si Burnside hubiese estado más al corriente de lo que sucedía en sus tropas, hubiese sabido que no era la primera vez que Ledlie actuaba de esa manera. Burnside, que tan bien conocía sus propias limitaciones, evidentemente no conocía las de sus subordinados.

Burnside abandonó el ejército y volvió a sus intereses mercantiles en Rhode Island. Se dedicó a la política, fue tres veces gobernador del Estado y falleció durante su segundo mandato en el Senado de los Estados Unidos. Se dice que recuperó en parte la genialidad que la guerra y el alto mando le habían arrebatado. Con todo, su incompetencia como mando había costado muy cara a su país por el número de vidas que se perdieron. La derrota del cráter de Petersburg no hubiese sucedido si Burnside no hubiese revelado algunos aspectos de su carácter que eran a la vez infantiles y destructivos. Como escribió un historiador: «No tuvo intención alguna de sacrificar a sus hombres, pero si la estupidez es sinónimo de culpabilidad, pocos generales en las épocas antiguas o modernas están a la misma altura que Burnside como culpables de homicidio sin premeditación».{25}

6. LA BATALLA DE LAS LOMAS DE SAN JUAN (1898)

La campaña que libraron las tropas norteamericanas en Cuba el año 1898 reveló la debilidad de todos y cada uno de los aspectos del sistema militar de la nación. Un largo período de paz en el propio país y una política de aislamiento con relación a lo que ocurría en Europa evidencian que no se hizo esfuerzo alguno por mantenerse al corriente de las prácticas militares al uso en Europa; o lo que es lo mismo, en múltiples aspectos los Estados Unidos se habían dormido en los laureles, militarmente hablando, desde la guerra civil. Como observó el capitán Rhodes:

> Puesto que al inicio de la guerra con España —una potencia militar de segundo orden...— nuestro país carecía de mapas precisos y de información estadística acerca de los recursos militares del adversario, ni disponía de planes de movilización, concentración y operación cuidadosamente formulados, ni de arsenales de fusiles, pólvora blanca —que no provoca humo—, ni cañones de retrocarga..., ¿cuáles hubieran sido nuestras pérdidas en vidas, dinero y prestigio nacional si nos hubiésemos enfrentado a una potencia de primer orden?{1}

La poca preparación estadounidense para la guerra era evidente en muchos aspectos. Cuando el 21 de abril de 1898 se declaró la guerra contra España, el ejército regular estaba compuesto por tan sólo 2.143 oficiales y 26.040 soldados. En el mismo mes, el anuario militar de España daba una cifra de 196.820 soldados españoles en Cuba (155.302 regulares y 41.518 voluntarios).{2} Por lo tanto, los estadounidenses se vieron forzados a reclutar un gran número de tropas inexpertas a las que organizar, equipar y adiestrar en poco tiempo antes de lanzarlas a la campaña activa. El teniente general Miles describió las condiciones en que se encontraban las fuerzas de tierra estadounidenses en 1898:

> El ejército de 25.000 hombres ... ni siquiera bastaba para proteger adecuadamente nuestras costas en caso de guerra contra una potencia naval fuerte. La milicia, compuesta por las guardias nacionales de los diferentes estados, era por lo general ineficiente y en conjunto prácticamente insignificante. Las armas y el equipamiento de que disponían eran obsoletos e inadecuados para unas tropas que tuvieran que combatir en un ejército convenientemente organizado y equipado ... Las armas ligeras que utilizaban pólvora blanca (sin humo) habían sido fabricadas para su utilización por las tropas regulares, pero no habían suficientes provisiones de este tipo de armas ni siquiera para equipar al pequeño ejército que fue llamado a filas en la época de la movilización. Nuestra artillería de campaña, nuestros cañones de asedio y toda nuestra artillería pesada estaban construidos para utilizar pólvora negra. Esta era una gran desventaja, como se pudo apreciar cuando se entró en acción; de hecho los regimientos de voluntarios presentes en Cuba tuvieron que ser retirados del frente a causa de las obsoletas armas de fuego con que estaban armados, mientras que la artillería de campaña sufría la misma desventaja. {3}

La presión de la opinión pública obligó al ejército a actuar antes de estar preparado para ello. El 30 de mayo, el general de división William R. Shafter recibió la orden de avanzar hacia Cuba con todas sus tropas y de «capturar la guarnición de Santiago y ayudar a la captura del puerto y la flota». A la sazón, Shafter «tenía 63 años y era un veterano gordo y gotoso, cuyo aspecto era el de tres hombres enrollados en uno».{4} Físicamente no reunía las condiciones necesarias para asumir el mando de las fuerzas estadounidenses en Cuba. Nunca antes había estado al mando de un gran contingente de tropas en acción y pronto se vio desbordado por los problemas administrativos. Al llegar a Tampa, Estado de Florida, el 1 de junio, Shafter se encontró con que «la absoluta ausencia de cualquier cosa parecida a una administración sistemática proporcionaba un espectáculo de tan escasa previsión militar que podía hacer ruborizar de vergüenza al más fanfarrón de los estadounidenses».{5}

La elección de Tampa como punto de embarque podía parecer

lógica por su proximidad geográfica con Cuba, pero por lo demás era una elección poco aconsejable. Tampa disponía de un solo muelle y de un ferrocarril de vía única, por el que tenían que llegar todos los suministros de la expedición. Los trenes tenían que hacer cola nada menos que hasta Columbia, Carolina del Sur.

> Se contaba con muy pocos dispositivos para el cambio de vías, que a lo largo de varios kilómetros estaban colapsadas por vagones de mercancías que no se podían descargar cerca de los lugares donde estaban acampados los regimientos y se necesitaban los suministros. Como los vagones no llevaban indicación alguna acerca de su contenido, los envíos no se encontraban cuando hacían falta... Un oficial en busca de ropas podía abrir un vagón y no encontrar más que cañones o buscar panceta y alubias y encontrarse con camisas y zapatos.{6}

Necesitaron cuatro días para embarcar a cerca de 17.000 hombres, cuando hubiese bastado con ocho horas. Al parecer las autoridades no tuvieron en cuenta el hecho de que los hombres iban a desembarcar en una costa hostil y que era posible que tuviesen que entrar inmediatamente en combate. «Hombres, suministros y equipamiento fueron embarcados atropelladamente sin considerar el orden en que podrían desembarcar en caso de encontrar resistencia a su llegada.»{7} Fue tal la confusión en el embarque que algunos regimientos tomaron sus propias iniciativas, apropiándose del transporte y del equipo destinados a otras unidades, luchando incluso en el muelle para asegurar su embarque en uno de los transportes. Los hombres del 71.° regimiento de Nueva York se hicieron con uno de ellos a punta de bayoneta, privando así de su transporte al 13.° de infantería. Aproximadamente unos 10.000 soldados quedaron en el muelle faltos de transporte.

El 20 de junio la expedición llegó a Cuba y, siguiendo el consejo del líder de los cubanos rebeldes, el general Calixto García, Shafter decidió desembarcar en Daiquiri, a unos ciento veinte kilómetros al este de Santiago. No está clara la razón por la que los españoles no intentaron atacar durante el desembarco, que posiblemente aún fue más caótico que el embarque en Tampa. No existía ningún plan para el desembarco anfibio y las unidades tuvieron que llegar a tierra

como mejor pudieron, con o sin equipamiento o comida. Los capitanes de los barcos mercantes fletados como transporte rehusaron acercarse demasiado a la costa; otros sencillamente huyeron y los barcos de la armada tuvieron que darles alcance. Carentes de medios para transportar los caballos, resolvieron la cosa tirándolos sin más por la borda e incitándolos a que nadasen hacia la costa. Algunos tuvieron poca fortuna y nadaron mar adentro, pereciendo ahogados. Al final, alguien sugirió atarlos todos juntos y conducirlos a la costa desde un bote.{8} El desembarco tardó días en terminar. Unos observadores militares alemanes comentaron que, en su opinión, con 300 hombres dispuestos a todo se hubiese podido evitar totalmente el desembarco estadounidense.{9}

Después de que unos 6.000 hombres hubiesen llegado a Daiquiri, Shafter empezó a marchar hacia Santiago por el camino más directo. El 23 de junio el general de brigada Henry W. Lawton, que dirigía las tropas de vanguardia, tomó Siboney, que desde entonces se convirtió en la base para todas las operaciones. Los desembarcos continuaron por la noche en Siboney, a la luz de los reflectores de la marina y sin que se realizase ningún intento para ocultarlos. Los soldados estadounidenses parecían tomarse las cosas como una especie de vacaciones.

> Fue una de las escenas más notorias y fantásticas de la guerra, probablemente de cualquier guerra. Un ejército estaba desembarcando en una costa enemiga a altas horas de la noche, pero con más gritos de entusiasmo, chillidos y risas que las que emiten los practicantes del surf en Coney Island un domingo caluroso. Un auténtico pandemónium de ruidos. {10}

Fue entonces cuando la falta de disciplina entre los mandos de Shafter empezó a poner en peligro la expedición. El comandante de la caballería era un voluntario, un general de división y veterano confederado de la guerra civil conocido con el sobrenombre de Joe «el peleón» Wheeler. Acompañado por el coronel Wood, el teniente coronel Theodore Roosevelt y sus «bravos jinetes», Wheeler estaba decidido a asestar el primer golpe de la campaña antes de que las tropas regulares del general Lawton pudiesen hacer algo al respecto.

En la oscuridad de la noche Wheeler reunió un escuadrón del 1.° y del 10.° de caballería, con un total de cerca de mil hombres, y se dirigió a atacar Las Guasimas, donde se encontraban las fuerzas españolas más próximas. Lawton se despertó a tiempo de detener a los hombres de Wheeler cuando se llevaban un pequeño cañón de dinamita, del que Joe «el peleón» dependía para tener apoyo artillero. De no haber sido así, Lawton no hubiese podido hacer otra cosa que enfurecerse y esperar. Wheeler se había dirigido a Santiago a las 5 de la madrugada y pronto se encontró metido en un duro combate con la retaguardia de las fuerzas españolas que se retiraban. Los soldados de Wheeler sufrían tal acoso que éste se vio forzado a pedir a Lawton refuerzos de infantería. Lawton se vio obligado a actuar, pero cuando llegó la infantería los españoles ya se habían desmoronado y emprendían la huida, dejando a Wheeler, Wood y Roosevelt como dueños y señores del campo. Mientras los españoles escapaban se oyó al incorregible Wheeler gritar con satisfacción: «Hemos hecho huir a esos malditos yankees».{11} Esa «acción galante», nombre que recibió en Estados Unidos, costó la vida de 16 estadounidenses y convirtió a Theodore Roosevelt en un héroe nacional. Sirvió también para que los estadounidenses tuvieran una visión desmesurada de su valor y que, por ende, infravalorasen seriamente a sus oponentes.

La acción de Wheeler había sido completamente irresponsable y provocó una grave pelea entre Joe «el peleón» y Lawton, que amenazó con poner una guardia a sus tropas para que Wheeler no pudiese «hacerlas desaparecer» en el futuro. Mientras tanto, las tropas reunidas en la población de Sevilla sufrían grandes penalidades. Aunque había suficiente agua, la comida escaseaba a causa de los problemas de la larga cadena de suministros, y tampoco había bastante forraje para los caballos. Además, los días eran calurosos y las noches frías y pululaba un gran número de desagradables y venenosos habitantes animales, como las tarántulas, los ciempiés y los escorpiones. Un sargento expresó claramente la impaciencia que sentían muchos de los soldados voluntarios: «Allí está Santiago, y esos "mierdas de españoles";{12} aquí estamos nosotros, y la distancia más corta entre dos puntos es

la línea recta, como sabe todo el mundo sin tener que estudiar estrategia. Estoy a favor de ir hacia allí y abofetear las caras de esos *dagoes* ,..».{13}

El 28 de junio Shafter recibió la desconcertante noticia de que 8.000 españoles de refuerzo se dirigían a Santiago. En realidad, la cifra real rondaba los 4.000, pero esto bastó para decidirle a entrar inmediatamente en acción. Envió a García y a sus cubanos irregulares a bloquear el contingente español que avanzaba y planeó atacar la ciudad por el este. Se realizarían dos ataques de poca monta para distraer la atención del general Linares, comandante español, impidiéndole así concentrar sus fuerzas contra el principal contingente estadounidense en las Lomas de San Juan. Al amanecer del primero de julio la división del general Lawton, apoyada por la brigada independiente del general Bates, se lanzó a atacar la población fortificada de El Caney, a unos diez kilómetros de la ciudad, mientras que al mismo tiempo el general Duffield y sus voluntarios de Michigan fueron a provocar una escaramuza en Aguadores. Shafter esperaba que El Caney cayese en menos de dos horas, con lo que Lawson podría volver a reunirse con la división de infantería del general Kent y con la caballería del general Wheeler para el ataque a las Lomas de San Juan.

La enfermedad empezó a hacer mella entre los mandos de más edad. Wheeler quedó postrado en cama y Sumner tomó el mando de la caballería, mientras que Shafter padecía gota crónica y malaria, combinada con los efectos del calor y del esfuerzo excesivo. No estaba en condiciones de dirigir la batalla desde el frente y cometió el error de suponer que podría dirigirla desde el cuartel general situado a un kilómetro y medio de El Pozo. Así pues, no resulta sorprendente que pronto perdiese el contacto con sus unidades dispersas. Desde una colina podía avistar El Caney y las Lomas de San Juan, pero en realidad las copas de los árboles le impedían ver lo que pasaba a ras de suelo. Había ideado un incómodo sistema de autoridad delegada y utilizaba a uno de los oficiales de su Estado Mayor, McClernand, en El Pozo para que transmitiese los mensajes, mientras que en el frente estaba su ayuda de campo, el teniente

J. D. Miley para coordinar las operaciones. En un principio este sistema parecía factible, pero en el fragor de la batalla fracasó. Los oficiales del Estado Mayor tenían que tomar decisiones de mando y los mandos de las unidades pequeñas se vieron forzados a actuar enteramente bajo su propia iniciativa, sin la dirección de sus superiores.

En El Caney, Lawton había preparado su ataque para las 7 de la mañana y preveía «una victoria fácil y casi incruenta». Había destinado dos horas a la conquista de la pequeña aldea, lo que le permitiría volver con sus hombres a San Juan a tiempo para el ataque principal, previsto para las 10 h. Los cuatro cañones de campaña ligeros con los que Lawton pretendía bombardear los blocaos del enemigo no sirvieron de nada. Habían sido construidos según un patrón ya obsoleto en 1898 y eran muy inferiores a los cañones europeos de la época. Lawson pronto tuvo razones para revisar su horario. La infantería española, bien atrincherada y armada con fusiles Máuser, opuso una tenaz resistencia durante más de ocho horas. Pese a que sólo eran 500 hombres frente a los 5.400 estadounidenses que les rodeaban, lucharon con una determinación digna de mejor causa.

Mientras tanto, McClernand se encontraba ante un dilema. El fracaso de Lawton al no tomar El Caney había desbaratado todos los planes. ¿Debía posponer todo el ataque o bien ordenar a Kent y a Sumner que atacasen por sus propios medios? El responsable del dilema era el propio Shafter. ¿Qué era lo que inducía a Lawton a comprometer una división entera en el ataque a una serie de blocaos sin importancia que podían caer en manos de los estadounidenses tan pronto como tomasen las Lomas de San Juan? Cuando el fracaso de Lawton llegó a oídos de Shafter, éste le ordenó que abandonase inmediatamente el combate y se reuniese con Sumner y Kent en San Juan. Pero Lawton no estaba preparado para retirarse sin lograr la victoria y Shafter se vio forzado a permitir que la inútil batalla continuase hasta que, finalmente, hacia las tres de la tarde los estadounidenses superaron el blocao de El Viso. Los españoles sufrieron 235 bajas y 120 hombres fueron hechos prisioneros, mientras que las pérdidas estadounidenses alcanzaron

81 muertos y 360 heridos.

Las Lomas de San Juan dominaban las vías de acceso a Santiago por el este y habían sido fortificadas por el general Linares. Desde la elevada posición de las Lomas de San Juan, de unos 40 metros de alto y con unos blocaos de ladrillo en la cima, los defensores españoles disponían de una admirable perspectiva de la zona en la que los estadounidenses debían desplegarse para el ataque. Pero, increíblemente, Linares había destinado a sólo 1.700 hombres para la defensa de esa área crucial, y sólo 521 en la colina de Kettle y en la de San Juan.

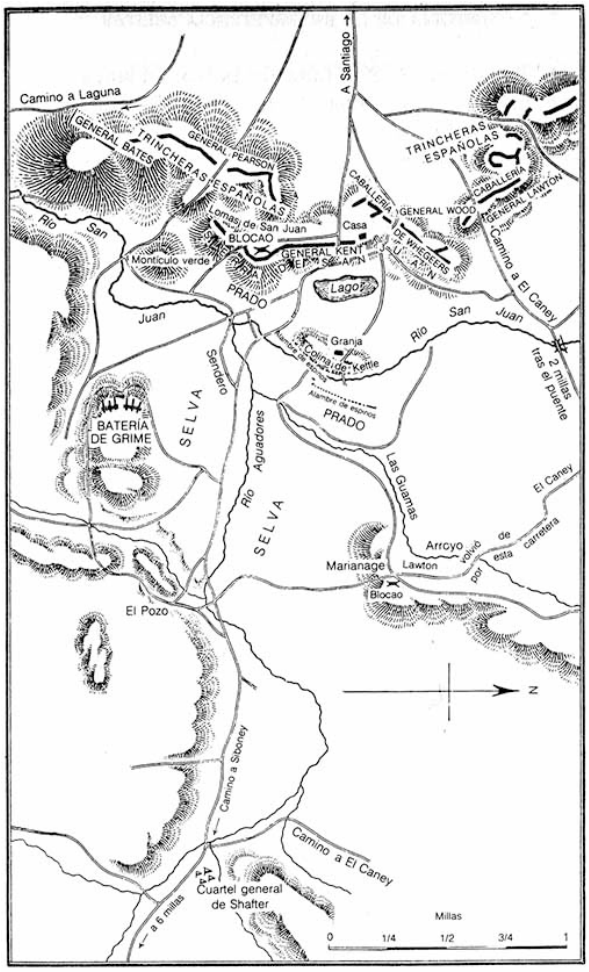
La mañana del 1 de julio las divisiones de Sumner y de Kent partieron hacia las Lomas de San Juan a través del tortuoso sendero de la jungla. A las 8 de la mañana, cuando ya el fragor del combate se oía claramente desde El Caney hasta el norte, el capitán Grimes había situado su artillería en El Pozo y abrió fuego contra los blocaos y atrincheramientos apenas visibles por la neblina matutina de las Lomas de San Juan. Pero el resultado inmediato no fue el que habían previsto:

> El Congreso no había consentido en dotar a nuestra artillería con la moderna pólvora blanca —sin humo— y cuando las primeras nubes de humo blanco causadas por la pólvora negra empezaron a ondear sobre El Pozo, los españoles las tomaron con muy buen criterio como blanco para su propia artillería. Las cámaras que filmaban el «primer disparo» estaban aún en funcionamiento y una multitud de curiosos formada por miembros de los regimientos que estaban abajo todavía trepaba colina arriba para ver lo que estaba pasando, cuando el primer proyectil de respuesta pasó por encima de la batería y explotó en la ladera que había a su lado, causando la muerte de algunos cubanos e hiriendo a algunos de los «bravos jinetes» que estaban en el corral cercano.{14}

Pronto quedó bastante claro que los cañones de Grime no servían más que de blanco para los cañones españoles, por lo que se ordenó el alto al fuego. Por falta de pólvora blanca, el país más rico del mundo tuvo que enviar a sus tropas al combate sin ningún apoyo de la artillería.

Cuando los 8.000 hombres avanzaban penosamente por el feraz

sendero de la jungla se llevaron consigo un globo aerostático desde el que el teniente coronel Derby observaba el terreno. Si los defensores españoles tenían alguna duda acerca del lugar en el que estaban las tropas estadounidenses, el globo les sirvió de referencia para desencadenar una lluvia de fuego sobre la indefensa masa de hombres que estaba debajo. El coronel Wood no se dejó impresionar por el «reconocimiento aéreo» de Derby y pensó que el globo era «uno de los actos más imprudentes y estúpidos que jamás hubiese presenciado».{15} Si Shafter hubiese realizado un reconocimiento de la región oeste de El Pozo el globo no habría sido necesario, pero nadie, desde el general de división hasta el último soldado, había tenido la oportunidad de examinar el terreno que conducía a la posición española o de calcular el número de soldados del enemigo o la fortaleza de sus defensas. La frondosidad del sendero de la jungla era un grave inconveniente. Desde la colina de El Pozo, desde donde Shafter trataba de seguir el avance, parecía que «todo el comando estaba oculto bajo un mar de vegetación, del cual sólo destacaban los delicados troncos de unas cuantas palmeras dispersas y la majestuosa y bamboleante mole del globo, que delineaba cuidadosamente el avance».{16} Los españoles respondieron barriendo con metralla la zona alrededor del globo, y nadie en las filas estadounidenses pudo devolver el fuego, ni siquiera ver de dónde procedía.



12. La falta de un mando centralizado explica la confusión del ataque estadounidense a las Lomas de San Juan. Shafter estaba demasiado enfermo para mandar en persona e intentó dirigir la batalla mediante una serie de intermediarios, McClernand en El Pozo y Miley con las tropas de avanzadilla. El asalto innecesario de Lawton a El Caney no añadió más que confusión y retrasó el ataque principal a las Lomas de San Juan. La batería de artillería de Grime, como puede verse en el mapa, estaba situada al oeste de El Pozo. Durante la batalla, sus disparos causaron más bajas a sus propias fuerzas que a las españolas.

Cuando la columna se aproximaba a la pradera abierta situada bajo las Lomas de San Juan, Sumner se detuvo por espacio de una hora, perplejo ante el problema de tener que desplegar sus hombres bajo un fuego tan concentrado. De repente se oyó desde lo alto una voz que decía «¿Hay algún oficial ahí abajo?». A pesar de las numerosas bajas que la presencia del globo había ocasionado a ras

de tierra, el teniente coronel Derby continuaba ileso. De hecho, había realizado un descubrimiento importante. Había un camino que se apartaba de la ruta principal y que al parecer podía significar una segunda vía de acceso a la pradera, simplificando en gran manera el despliegue de las tropas norteamericanas.

El general Kent resolvió trasladar su división a este nuevo camino y decidió que figurara en la vanguardia de las tropas el 71.° regimiento de Nueva York, la única unidad de la guardia nacional que tomaba parte en la batalla. Lo cierto es que no fue una buena elección: de todas las tropas presentes los hombres del 71.° eran los únicos que tenían la desventaja de utilizar los antiguos fusiles de pólvora negra, que convertían a quienes los empleaban en un blanco fácil para el enemigo. Agitados todavía por su experiencia en el camino de la jungla, esos semisoldados se encontraron encabezando la división a través de un sendero desconocido, bajo un fuego mortificante y frente a un enemigo cuyo poderío ignoraban. Los hombres empezaron a vacilar hasta que quedaron apelotonados unos junto a otros y poco dispuestos a continuar. Algunos volvieron sobre sus pasos, pero por fortuna Kent y algunos de sus oficiales más antiguos lograron dominar el pánico y ordenaron a los hombres que se tumbasen en la hierba y dejaran pasar a otros regimientos. {17}

Por fin las dos divisiones alcanzaron sus posiciones de asalto en las faldas de las Lomas de San Juan. Frente a ellos se erguían unas alambradas pero, a causa de la poca previsión, no disponían de ninguna cizalla, por lo que éstas se convirtieron en un obstáculo aún más formidable.{18} Sin ningún tipo de apoyo artillero la única solución consistía en que la infantería atacase y tomase las Lomas. La poco envidiable tarea de ordenar el ataque recayó en el joven teniente Miley, en representación del general Shafter. Sumner le había dicho que los hombres no podían continuar por más tiempo en esa posición tan expuesta: debían atacar o retirarse. A la una del mediodía, sin rastro alguno de que Lawton regresase de El Caney, Miley autorizó el ataque.

La infantería estadounidense entró en acción y empezó a abrirse paso por la alambrada a fuerza de tajos con sus bayonetas. En

muchos casos esto no servía de nada, pues el alambre estaba enrollado en troncos de árboles, pero la salvación llegó en la figura del teniente Parker y de una batería de cañones Gatling. También esto fue una mala señal para los neoyorquinos del 71.° que estaban tumbados a la orilla del camino de la jungla. Al ver los cañones de Parker los hombres dejaron escapar grandes gritos de entusiasmo y los defensores españoles lanzaron una andanada sobre la zona de la que procedían los vítores, a causa de la cual muchos hombres «perdieron para siempre la posibilidad de vitorear».{19}

Una vez situado, Parker abrió fuego y el efecto fue inmediato. Se pudo ver a los defensores españoles salir de sus trincheras y alejarse corriendo hacia Santiago. Al cesar el fuego enemigo, la infantería estadounidense se precipitó por la pradera hasta coronar las Lomas de San Juan, aunque ni siquiera en aquel momento la artillería los dejó en paz. Desde El Pozo los artilleros habían sido incapaces de seguir la lucha y se vieron forzados a permanecer en silencio. Sin embargo, al ver unos puntos azules que subían por la ladera creyeron llegado el momento de incorporarse y abrieron fuego, con unos resultados desastrosos. Como relató el capitán Allen, del 16.° de infantería:

> El avance continuó resueltamente y sin pausa hasta el promontorio cercano a la cima y cuando ya habíamos recorrido dos terceras partes del camino el fuego de nuestra artillería empezó a ser peligroso ... Algunos proyectiles se estrellaron en la ladera, interponiéndose entre la cumbre y nosotros ... entonces, desde el pie de la colina y del campo que había detrás nuestro surgió un potente grito: ¡Volved! ¡Volved! ... Las trompetas entonaron el «¡Alto el fuego!», «¡Llamada!» y «¡Asamblea!». Los hombres titubearon, se detuvieron y empezaron el descenso...{20}

A un oficial se le ocurrió agitar su sombrero y hacer señales a los artilleros, pero éstos dispararon sobre él, hiriéndole. Fue necesario que transcurriese algún tiempo hasta que la artillería pudo ser silenciada y se reanudó el avance. Uno no puede dejar de preguntarse cómo hubieran podido ir las cosas de tratarse de un enemigo resuelto y preparado para contraatacar y reconquistar la colina.

Mientras tanto, la caballería de Sumner había tomado la colina de Kettle, que los españoles habían abandonado antes de que los estadounidenses llegasen a la cima. Ya en posesión de las Lomas de San Juan el ataque se detuvo, pues los defensores españoles habían retrocedido hasta las defensas más sólidas de las afueras de Santiago. Pese a la superioridad numérica de 12 a 1 en El Caney y de 16 a 1 en San Juan, los estadounidenses encontraron en los españoles unos duros oponentes, mucho más de lo que habían esperado. La infantería quedó exhausta y sin el apoyo de una artillería adecuada no se consideró siquiera la posibilidad de efectuar un ataque inmediato sobre la ciudad. Los estadounidenses pagaron un elevado precio por sus éxitos: 205 hombres murieron y 1.180 fueron heridos. Para hacerse cargo de estas bajas el ejército había desplazado sólo tres ambulancias, sin suministros extra y sin medios para conseguirlos.{21}

No debe ser frecuente en la historia militar que un ejército actúe con tanta ineptitud como lo hicieron los estadounidenses en las Lomas de San Juan y que aún así gane la batalla. En casi todos los aspectos dieron muestras de su escasa profesionalidad y de su incompetencia. Sin duda la enfermedad de Shafter tuvo graves repercusiones sobre la eficiencia de su ejército, pero ¿por qué un hombre que pesaba más de 120 kilos, descrito una vez como algo parecido a «una tienda de campaña flotante», fue destinado a dirigir las tropas en un clima tan hostil?

Los errores de Shafter quedaron paliados por los errores aún más numerosos de su oponente, el general Lineares. Pese a que sus hombres combatieron con gran valor resulta difícil creer que tuvieran la cabeza en lo que estaban haciendo. Cumplían su trabajo como profesionales, pero ante el compromiso entusiasta de muchos de los soldados estadounidenses eso nunca fue suficiente. Teniendo en cuenta la dotación del ejército español en Cuba —casi 180.000 hombres— es increíble que Linares destinase tan pocos a la defensa de Santiago. Las Lomas de San Juan eran un punto crucial para la defensa de la ciudad y, sin embargo, Linares permitió que los estadounidenses reuniesen dieciséis veces más hombres que los que él había situado para defender las Lomas de San Juan. Además, ¿por

qué no había planeado ningún contraataque contra los estadounidenses tan pronto como tomaron las Lomas de San Juan? Hubiese debido conocer las dificultades con que éstos se encontrarían para recibir refuerzos. La impresión generalizada es que hubo una falta de entrega por parte del alto mando español.

Por su parte los estadounidenses hicieron casi todo lo posible para no lograr la victoria. El ataque de Shafter sobre El Caney y la obsesiva lucha de ocho horas de la división de Lawton fueron inútiles y además contraproducentes. Lo que se había planeado en un principio como un ataque de distracción Lawton hizo que se convirtiera en una batalla a gran escala que le impidió alcanzar la posición prevista para el asalto de las Lomas de San Juan y, en consecuencia, la acción se retrasó tres horas. Una acción de apoyo de una pequeña fuerza pudo haber inmovilizado la guarnición española, con lo que el grueso de la división de Lawton hubiese quedado libre.

El plan de ataque de Shafter era demasiado complicado y no tuvo en cuenta las dificultades del terreno a las que sus tropas tendrían que enfrentarse. No llevó a cabo ningún reconocimiento y la utilización del globo no bastaba para sustituir toda una cuidadosa planificación anterior. Al parecer fueron olvidados todos los avances técnicos del último siglo o incluso más, mientras miles de hombres caminaban penosamente por la espesa jungla, sufriendo una muerte silenciosa a manos de un enemigo al que no podían ver, sin saber absolutamente nada sobre el terreno que podían encontrar y sin tener una idea clara de cómo deberían asaltar las posiciones del enemigo.

La actuación de la artillería estadounidense fue deplorable. Al utilizar cañones obsoletos, pólvora de humo negro que delataba su posición y con sólo una rudimentaria idea de la cooperación con la infantería de vanguardia, fue un lastre durante toda la campaña. El resultado fue que la infantería se encontró en la situación de tener que atacar a unos defensores bien atrincherados sin el apoyo de la artillería. Shafter, pese a que le falló la artillería de campaña, no explotó todas las posibilidades a su alcance. No utilizó para nada los cañones de los barcos, que con un alcance de más de dos kilómetros

y medio podían haber lanzado un fuego devastador sobre Santiago y las defensas españolas en las Lomas de San Juan. Era a todas luces evidente que el fuego naval por sí solo podía forzar la rendición española evitando así las numerosas bajas causadas por el asalto.

Para terminar, Shafter fracasó totalmente al intentar aglutinar el 5.° cuerpo del ejército como un conjunto. Falló al no mantener la disciplina entre los oficiales, especialmente al no meter en cintura al general Joe «el peleón», ni a los diferentes grupos de voluntarios como el de los «bravos jinetes» de Wood y Roosevelt. El propio Shafter no reunía las condiciones necesarias para dirigir la campaña y el colapso de la estructura de mando el primero de julio pudo haber supuesto un severo castigo de haberse tratado de un oponente más activo y capaz.

7. LA BAHÍA DE SUVLA (1915)

Dicen las crónicas que cuando el mariscal de campo sir John French decidió en febrero de 1915 relevar a sir Horace Smith-Dorrien, uno de sus comandantes, pidió a William Robertson, futuro jefe del Estado Mayor imperial, que realizase esa ingrata tarea en su nombre. Robertson, que había ido ascendiendo de graduación, lo hizo al parecer de una manera muy directa, anunciando a un alarmado Smith-Dorrien: «Horacio, te van a dar la Orden del Mérito».[{1}] La escasa sutileza de la técnica de Robertson quedaba compensada por su claridad. En el trato con sus subordinados todos los comandantes deben asegurarse de que sus órdenes estén claramente expresadas y de que se entiendan sus intenciones. Sin embargo, en la historia militar existen varios ejemplos de planes que han fracasado no por deficiencias de los mismos sino por una interrupción de las comunicaciones en la estructura de mando.

El 7 de agosto de 1915, 22 batallones británicos con un total de más de 20.000 hombres desembarcaban en la bahía de Suvla, en la península de Gallipoli. Su misión era alcanzar una línea de colinas bajas situada entre unos tres y siete kilómetros al interior, que no estaba ocupada por las fuerzas turcas. Frente a ellos se encontraba una fuerza compuesta por sólo 1.500 gendarmes turcos, bajo el mando de un oficial de caballería alemán. Pese a ello, los británicos fracasaron totalmente y no lograron su objetivo. Quizás un comandante con una sensibilidad menos refinada que sir Ian Hamilton hubiese encontrado la manera de convencer a sir Frederick Stopford, comandante del IX cuerpo del ejército, de que se levantase de la cama, saliese al exterior e inspirase alguna sensación de urgencia a sus hombres: de haber hecho tal cosa, el curso de toda la guerra en el Oriente pudiera haber sido muy diferente.

En julio de 1915 la campaña de Gallipoli, que en un principio se creía que iba a forzar a los turcos a abandonar la guerra, se había

convertido en un combate de desgaste. Para romper el punto muerto se diseñó un plan para un nuevo desembarco de tropas británicas en la bahía de Suvla. Esto aliviaría la presión que sufrían las tropas británicas en el cabo Helias y en Achi Baba y permitiría asimismo avanzar a las tropas australianas y neozelandesas desde la cabeza de puente de Anzac, para asegurar así la cadena montañosa de Sari Bair en el centro de la península. Las fuerzas combinadas procedentes de Suvla y Anzac cruzarían los seis kilómetros hasta llegar a los estrechos y dejarían paso libre hacia el mar de Mármara a los barcos británicos que estaban detenidos desde el mes de marzo. Además, el mayor contingente de fuerzas turcas estaba entonces atrapado entre las fuerzas británicas por el norte y las tropas británicas y francesas por el sur. El final de la campaña podía ser pues rápido y triunfal.

La elección de desembarcar en la bahía de Suvla era excelente, pues ofrecía un fondeadero seguro para los barcos de guerra y de suministros; además, se sabía que los turcos apenas la protegían. Con la ventaja de la sorpresa, el IX cuerpo del ejército sería capaz de coronar el semicírculo de colinas que rodeaba la bahía a unos seis kilómetros del mar e incorporarse desde allí al ataque que sobre Sari Bair efectuarían las tropas procedentes de Anzac. Era vital que las tropas de Suvla pudiesen coronar las aisladas cumbres de las colinas Chocolate, Cimitarra y el pico de Ismail Oglu para evitar que los turcos las utilizasen para emplazar su artillería y dominar desde ellas el ataque sobre Sari Bair. En conjunto era un plan complejo y brillante, que requería la planificación más exacta y la dirección más enérgica. Pero no tuvo fortuna en ninguno de los dos aspectos.

La coordinación del avance desde Anzac y del desembarco en la bahía de Suvla requería como ya hemos dicho una cuidadosa planificación así como rapidez. Si lograban sorprender a los turcos les sería prácticamente imposible reaccionar. Lo que se precisaba era un oficial que tuviese energía y capacidad personal para alentar a sus hombres. Pero aunque Hamilton era consciente del tipo de hombre que necesitaba para dirigir el desembarco, Gallipoli ocupaba una posición secundaria en el orden de prioridades de Kitchener, a la sazón ministro de la Guerra. El resultado fue que para dirigir esta

operación de vital importancia se reunió, según el biógrafo sir John Monash, a «la colección más lamentable de generales que jamás se haya visto».{2}

El 15 de julio, mientras los planes para un nuevo desembarco estaban todavía en una primera fase, Hamilton le dijo a Kitchener que el nuevo comandante del IX cuerpo del ejército debía ser un hombre de constitución fuerte. Las condiciones climáticas del verano de Gallipoli presumiblemente serían tan duras que sólo los oficiales más aptos físicamente serían capaces de arrostrarlas. Hamilton añadió que tres de las características esenciales del hombre elegido deberían ser una buena digestión, unos nervios templados y la capacidad de descansar por la noche en medio de las tensiones del mando.{3} Hamilton esperaba que Kitchener le enviase desde Francia uno de los generales más expertos, como Byng o Rawlinson, pero surgieron problemas. En primer lugar, a Kitchener no le agradaba la idea de pedir a sir John French que relevase a uno de sus mejores oficiales de lo que se consideraba el frente principal para destinarlo a una «función secundaria» como era Gallipoli.

La segunda dificultad era la cuestión de la antigüedad. El teniente general sir Bryan Mahon, que tomó el mando de la 10.ª división en Gallipoli, tenía más antigüedad que Byng y Rawlinson, por lo que no se podía esperar que sirviese a las órdenes de ninguno de los dos. Hamilton no tenía muy buena opinión de la capacidad de Mahon y decía que «era un caso perdido».{4} Pese a todo, el protocolo requería que el mando del IX cuerpo del ejército fuese un oficial con más antigüedad que Mahon y de los pocos generales disponibles sólo dos, Ewart y Stopford, ostentaban el rango necesario. Para Hamilton, Ewart reunía muy pocas condiciones, ya que era un hombre grueso para quien el calor se convertiría en un obstáculo, de manera que eligió por eliminación a Stopford para el mando de la vital operación de Suvla.

El honorable sir Frederick Stopford tenía una salud muy delicada pese a que sólo contaba 61 años y había estado en la reserva desde 1909. Antes de partir hacia Gallipoli su debilidad era tal que ni siquiera pudo subir al tren su cartera de documentos; al llegar se hirió en una pierna, por lo que desde el principio quedó *hors de*

combat.[5] Stopford había servido como ayuda de campo en Egipto y en el Sudán durante la década de 1880 y había actuado como secretario militar de sir Redvers Buller al comienzo de la guerra bóer, pero nunca había estado al mando de tropas en combate.

Era más un historiador militar que un mando activo y demostró que elegirlo para una misión tan importante había sido una pésima decisión. Como jefe del Estado Mayor se llevó consigo al general de brigada Reed, un artillero con experiencia en África del Sur, condecorado con la Cruz de la Victoria, cuyas experiencias en Francia le habían convencido de que ninguna operación podía tener éxito si no estaba precedida de un prolongado bombardeo. Esta no era la actitud más apropiada para una operación que dependía en gran parte de la rapidez y de la sorpresa. Ya era un mal presagio para la operación que Hamilton tuviese tan poca confianza en estos dos hombres e hizo mal en no comentar la cuestión al ministro de la Guerra. Por increíble que pueda parecer prácticamente dio carta blanca a Stopford para que dirigiese la operación de Suvla y se limitó a esperar en su cuartel general de la isla de Imbros, sin muchas esperanzas, las noticias de sus avances.

Respecto de los oficiales que iban a tomar el mando del IX cuerpo del ejército baste con decir que eran hombres ya mayores y con pocas de las cualidades que se necesitaban. Habían conseguido su graduación más por lo prolongado de su servicio que por su capacidad. Sólo las enormes proporciones de las fuerzas armadas en 1914 y 1915 podían haber justificado sacarlos de su retiro para encomendarles el mando de hombres en combate, y en algún caso por vez primera. El historiador oficial británico escribió refiriéndose a ellos: «Algunos eran hombres que nunca habían desempeñado el mando en tiempo de paz y carecían del poder de alentar a los jóvenes civiles bien educados y entusiastas que habían acudido en tropel al ejército a la primera llamada a filas».[6] El general Hammersley, al mando de la 11.ª división, había sufrido poco antes una crisis nerviosa y estaba muy lejos de haberla superado. Su desmoronamiento total el primer día de las operaciones contribuyó a que su división fracasara y no ocupara los objetivos previstos. Hamilton estaba particularmente resentido con Kitchener: «Sé que

no es capaz de entender que al no enviarnos generales jóvenes y modernos para dirigir las divisiones se ha cortado su propio cuello, el de los soldados y el mío».{7}

Aunque Hamilton había recalcado a Stopford la necesidad de la máxima urgencia y que las colinas «W» y Chocolate «debían capturarse mediante un ataque fuerte y poderoso antes de que amaneciese totalmente», estaba tratando con un hombre cauteloso que no estaba preparado para enfrentarse al fracaso arriesgándose demasiado. Mahon había comentado ya a Stopford que el plan era muy complicado y esto, combinado con los informes poco optimistas del jefe de su Estado Mayor —que pensaba que era vital un bombardeo preliminar—, hizo que Stopford le respondiese a Hamilton que no podía garantizarle la toma de las colinas, pero que lo intentaría. En ese momento Hamilton tuvo que haber dejado claro que esas colinas eran el objetivo principal del desembarco, pero no lo hizo. De hecho, sus instrucciones finales a Stopford el 29 de julio fueron bastante equívocas:

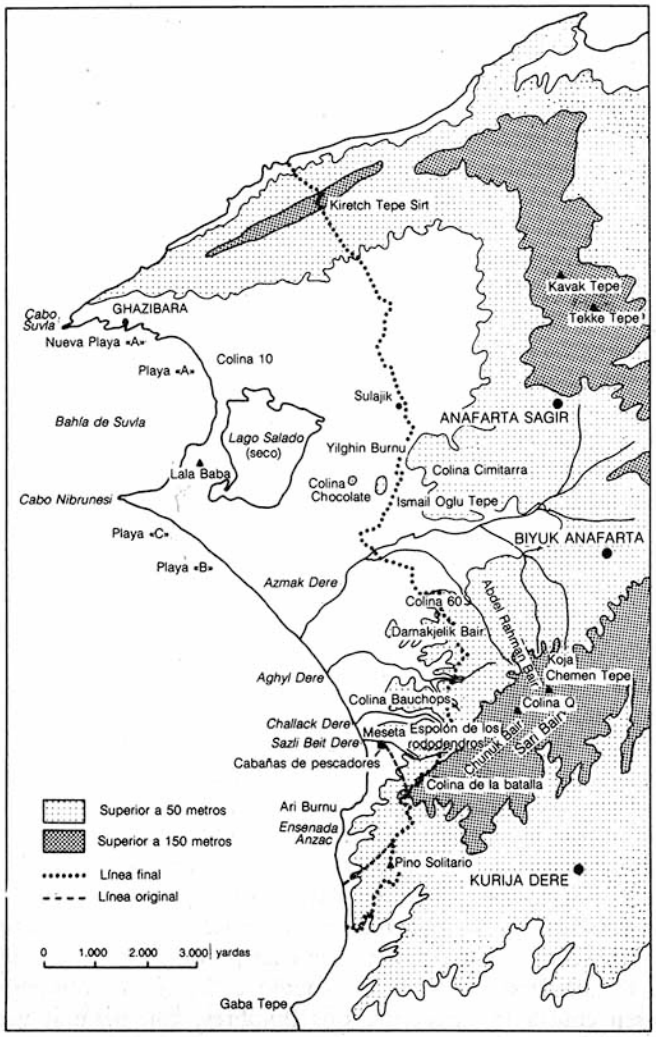
> Su objetivo principal será asegurar la bahía de Suvla ... Si cree que es posible lograr ese objetivo con sólo una parte de sus fuerzas, el próximo paso será proporcionar un apoyo tan directo como pueda al oficial al mando en Anzac en su ataque a la colina 305 ... Sabemos que en la colina Verde y en la colina Chocolate hay cañones que pueden abrir fuego contra el flanco y la retaguardia de un ataque a la colina 305 ... Si aun así, y sin perjuicio de la consecución de su objetivo principal, es posible tomar posesión de estas colinas en una primera etapa de su ataque, esto facilitaría considerablemente la captura y retención de la colina 305.{8}

El 3 de agosto Stopford respondió a Hamilton con el siguiente mensaje, que como veremos presagiaba lo peor: «Me temo que garantizar la seguridad de la bahía de Suvla probablemente absorberá todas las fuerzas bajo mi mando, lo que no hace prever que podamos proporcionar un apoyo directo a las tropas procedentes de Anzac en su ataque a la colina 305».{9}

Esto representaba un jarro de agua fría para el plan original y Hamilton no debió permitir que pasase desapercibido. Estaba claro que Stopford no había entendido bien su papel y que creía que el

elemento vital de la operación era el desembarco en sí y no el avance sobre las colinas. De hecho, Stopford había transmitido el plan a los oficiales de su división sin hacer mención alguna de la necesidad de la rapidez o de la urgencia, limitándose a decir que debían ocupar las colinas «si ello fuera posible».

La obsesión de Hamilton por la discreción era comprensible en una operación que en gran parte dependía de la sorpresa, aunque no cabe duda de que llevó la discreción a límites excesivos. Al propio Stopford sólo le fue permitido conocer los planes tres semanas antes, Hammersley fue informado quince días más tarde y hasta el 30 de julio no se puso en antecedentes a los generales de brigada. A los mandos sólo se les permitió vislumbrar la zona del desembarco por temor a que los turcos interpretasen su creciente interés sobre ese área como un preludio del mismo. Cuando la 11.ª división llegó a tierra muchos de sus oficiales no habían visto en la vida un mapa de la zona de Suvla y apenas comprendían lo que se suponía que tenían que hacer. Los que disponían de mapas se encontraron con que los nombres de las poblaciones estaban impresos en turco, mientras que en otros los nombres tan sólo estaban en inglés, pero en ningún mapa estaban en ambos idiomas.



13. Pese a la débil resistencia turca los desembarcos británicos en la bahía de Suvla no lograron sus objetivos. El desembarco incorrecto de la 34.° brigada se debió a un error de navegación de la armada. Los británicos fueron incapaces de apoderarse del vital altozano llamado Tekke Tepe, uno de los objetivos básicos de la operación, pese a que ni siquiera estaba ocupado por soldados turcos.

Los planes para el desembarco de la 34.ª brigada al mando del general W. H. Sitwell fueron desastrosamente malos. En un principio se intentó desembarcar tres compañías en el extremo izquierdo de la playa «A» para limpiar el cabo Suvla y ocupar la cadena del Kiretch Tepe, mientras otras tres compañías desembarcaban en el extremo derecho de la playa «A» para ocupar la colina 10. Sin embargo, los destructores que transportaban las tropas anclaron en orden

opuesto, a casi cien metros al sur de la playa en cuestión. Esto representó que los cúteres que transportaban a los hombres a tierra se aproximasen desde un ángulo difícil y que dos de ellos chocasen contra los arrecifes. Los hombres, con pesadas cargas, tuvieron que llegar a tierra vadeando escarpadas rocas, con el agua hasta las rodillas y haciendo frente al fuego turco. Los del 11.° de Manchester, cuya misión era «limpiar» el cabo Suvla, se encontraron bastante lejos de su objetivo, perdidos sin remisión. El batallón que iba en pos de la colina 10 se encontró en la orilla del lago Salado y bajo el intenso fuego de los francotiradores turcos, quienes a la luz de la luna encontraron un blanco fácil en los brazales blancos de los soldados británicos. Al parecer nadie conocía las inmediaciones de la colina 10. A las 2 de la madrugada Sitwell creyó equivocadamente que se trataba de una colina arenosa que se encontraba a unos 400 metros al sur y sus hombres quedaron bajo el fuego de los defensores de la verdadera colina 10. Hasta que no llegaron las primeras luces del amanecer Hammersley no ordenó a la 33.ª brigada, cuyos hombres estaban sentados perezosamente en Lala Baba, que ayudase a la 34.ª brigada en el asalto a la colina 10. Poco después de las 6 de la mañana la colina fue finalmente tomada y sus cien defensores puestos en fuga. Pese a ello no se realizó ningún intento para avanzar hacia la colina Chocolate, a tan sólo tres kilómetros al sudeste, que no se ocupó hasta transcurridas doce horas. En todas partes el avance se detuvo a poca distancia de los objetivos.

La mañana del 7 de agosto el general F. F. Hill, al mando de 6.000 soldados de las brigadas 30.ª y 31.ª, quedó perplejo al encontrarse en Suvla. Sus hombres habían permanecido a bordo de sus transportes durante un mes en Mitilene cuando al despertarse aquel día vieron que habían sido trasladados a esa nueva zona sin tener la más remota idea de la razón. Hill tampoco conocía los planes de la operación y sencillamente se despertó para ver que sus barcos estaban bajo el fuego enemigo. Tras visitar a Stopford, que estaba a bordo del *Jonquil*, recibió la orden de desembarcar en la playa «C», puesto que en la «A» continuaba el fuego, y ponerse una vez allí a las órdenes de Hammersley. Si no encontraba a Hammersley debería

apoyar el asalto a la colina 10 o completar la captura del Kiretch Tepe. Se daba por supuesto, de una manera imprudente tal como fueron las cosas, que siguiendo el plan el grueso de la 11.ª división habría abandonado ya las playas y estaría ocupando la zona alta. En consecuencia no se hizo ningún plan para recibir a 7.000 hombres más y los 13.000 hombres recién desembarcados se vieron abocados a un estado de confusión absoluta. Por si fuera poco, llegaron de Mudros tres batallones más de la 10.ª división con el comandante de la misma, el teniente general sir Bryan Mahon. Mahon tenía instrucciones de desembarcar en otra playa y de tomar de nuevo el mando de los seis batallones de su división, a la sazón bajo las órdenes de Hill, tan pronto como desembarcase, pero las cosas continuaron igual hasta cinco días más tarde. Mientras tanto Hammersley había cambiado de idea y ordenó a los hombres de Hill que atacasen la colina Chocolate en lugar del Kiretch Tepe. Mahon, al desembarcar, envió a dos de los batallones que le quedaban a unirse a la 11.ª de Manchester, en la sierra del Kiretch Tepe. La 10.ª división estaba siendo enviada a la batalla por etapas y su comandante quedó con un solo batallón de tropas y sin ningún cañón. No resulta sorprendente que Mahon, el teniente general de mayor antigüedad en Suvla, se sintiese ofendido.

A bordo del *Jonquil*, Stopford se sentía complacido por haber desembarcado a sus hombres con tan pocas bajas, aunque su complacencia era infundada. En tierra reinaba el caos; un observador alemán describió los desembarcos británicos como «un montón de hormigas alborotadas».{10} En la colina 10, el general Sitwell no se movía a pesar de los esfuerzos de uno de sus oficiales de Estado Mayor, el coronel Malcolm, quien argumentaba que según las órdenes de Hammersley debían tomar la colina Chocolate y la colina «W». Sitwell estaba física y mentalmente exhausto y encontró excusas para su inactividad. Sus tropas estaban demasiado cansadas, tenían poca agua, estaban muy desorganizadas frente a unas posiciones enemigas fuertes, habían sufrido muchas bajas y necesitaban tiempo para recuperarse. Muchas de estas afirmaciones eran ciertas, pero en tiempo de guerra no se puede esperar que el enemigo se siente y le dé a uno tiempo para recuperarse. Las

órdenes que Sitwell tenía eran de continuar con el ataque y hubiera debido hacerlo fueran cuales fuesen las consecuencias. Su situación quedó aún más ridícula con el informe de un suboficial que regresaba de una misión de reconocimiento, según el cual prácticamente no había ningún turco en la región.{11}

Para el ataque a la colina Chocolate Hammersley ordenó a las tropas que realizasen un «avance» extraordinario alrededor de tres lados del lago Salado. Ello se debía a la convicción de que las principales fortificaciones turcas estaban orientadas hacia el sur, mientras que en realidad estaban orientadas hacia el noreste, exactamente la misma dirección por la que avanzaban los británicos. Por alguna razón Hammersley había decidido dar un rodeo de siete kilómetros para atacar el único alineamiento de trincheras continuas que existía en toda la región de Suvla. Mientras tanto, la vital sierra del Tekke Tepe, uno de los objetivos de toda la operación, no contaba con hombres ni cañones que la defendiesen y la hubiesen podido ocupar en aquel mismo momento. El hecho de que los tres comandantes de brigada —Hill, Maxwell y Sitwell— permaneciesen en la colina 10 durante el ataque no hizo más que aumentar la confusión.

El mayor Willmer, un oficial de caballería bávaro, estaba al mando de las tropas en la región de Suvla. Con tan sólo unos 1.500 gendarmes turcos trataba de ganar el máximo tiempo posible a fin de permitir que el comandante turco Liman von Sanders enviase refuerzos desde Bulair. Defendió encarnizadamente las elevaciones al norte y al oeste de Yilghin Burnu (incluyendo las colinas Chocolate y Verde), pero finalmente se tuvieron que retirar al Ismail Oglu Tepe (las colinas «W»). Las tropas británicas quedaron exhaustas tras la captura de las colinas Chocolate y Verde, y no recibieron refuerzos que les ayudaran a expulsar a los turcos de las colinas «W». Hasta la mañana del 8 de agosto Hammersley no se enteró de la captura de la colina Chocolate, pero tampoco Stopford ni Hamilton sabían nada de ello. La interrupción de las comunicaciones en el alto mando británico era prácticamente completa.

Frente al Kiretch Tepe no había manera de que sir Bryan Mahon se comportase de una manera razonable. Consideraba que era un

oficial con demasiada graduación para estar al mando de un simple batallón, que había perdido ya una de sus brigadas en el combate de Anzac y que además ya había sido despojado de nueve de los doce batallones que le quedaban. Se encontró con tan sólo 3.000 hombres y sin artillería, que había quedado en el Reino Unido o en Egipto. Ante no más de 700 turcos, Mahon estaba demasiado furioso como para darse cuenta de la oportunidad que tenía ante sí.

En el caso de los desembarcos los estrategas habían pasado por alto la necesidad de suministrar agua a las tropas. Con una temperatura de 42 °C a la sombra, la sed (exacerbada por la dieta corriente a base de carne salada) empezó a cobrarse víctimas entre los soldados británicos e irlandeses, muchos de los cuales aún sufrían los efectos de las inyecciones anticólera. Con un Mahon muy ofendido que amenazaba con dimitir, los soldados irlandeses ocupaban sus mentes con pensamientos más mundanos: «¡Hemos hecho huir a esos turcos paganos, por todos los santos! —exclamó uno de ellos—. ¿Por qué pues no nos envían un poco de agua?».{12}

En el informe final del comité de los Dardanelos se criticó duramente el fallo de no suministrar agua a los hombres de la bahía de Suvla. De las cinco gabarras cargadas con agua que se esperaban para el 7 de agosto sólo llegaron dos y ambas quedaron varadas en un banco de arena a cien metros de la costa, donde sus mangueras no llegaban a alcanzarla. Tuvieron que pasar casi 24 horas hasta que se pudo disponer del agua. Pero hasta mediada la tarde del día 7 de agosto Stopford no tomó las medidas para subsanar esas notorias insuficiencias. Contactó con el principal oficial militar del desembarco a las 17.30 horas con el mensaje siguiente: «El agua para las tropas es imprescindible para el éxito del asalto y ésta no ha sido desembarcada. ¿Puede hacer que la desembarquen en la playa "A"?».{13} Durante las primeras veinticuatro horas de la operación la mayoría de las tropas británicas estuvieron sin agua y muchos de los nombres de Mahon se vieron forzados a abandonar sus posiciones en la sierra del Kiretch Tepe para buscar agua en las playas.

Sir Ian Hamilton, el comandante en jefe, no recibió otra información de Suvla que el primer parte de Stopford, según el cual las tropas habían avanzado poco desde la orilla de la playa. En la

mañana del 8 de agosto Hamilton empezó a pensar que algo había ido mal. Había recibido informes desde Anzac y el cabo Helias pero no de Suvla, donde el IX cuerpo del ejército había desembarcado veinticuatro horas antes. Los informes del servicio naval del Aire indicaban que no había grandes contingentes de tropas turcas en la zona, así pues, ¿qué estaba haciendo Stopford? ¿Había ocupado la zona alta? En ese caso, ¿por qué no había informado al comandante en jefe? La planificación de la operación se había realizado partiendo de la base de que se dispondría de un máximo de treinta y seis horas antes de que los turcos enviasen refuerzos desde Bulair y a lo sumo quedaban de seis a siete horas.

Quizás el propio Hamilton debió haber ido a Suvla para forzar a Stopford a la acción, pero no era ese su estilo. En su lugar envió al coronel Aspinall-Oglander, el oficial responsable de la planificación de la operación, junto al coronel Hankey, secretario del comité de Defensa del imperio, para que inspeccionasen qué estaba sucediendo en realidad. Inmediatamente surgieron una serie de retrasos y contratiempos, que poco dicen en favor de la armada británica. Aspinall y Hankey tuvieron que esperar tres horas y media antes de que les proporcionasen un transporte desde Indros y finalmente utilizaron un barco rastreador que empleó dos horas en cubrir las 19 millas marinas hasta Suvla. El destino de toda la campaña dependía de la rapidez y la urgencia, pero por lo visto esto fue lo mejor que la armada pudo hacer.

En Suvla, mientras tanto, los espectadores navales se sentían angustiosamente frustrados por los miserables progresos realizados en tierra por el IX cuerpo del ejército. Aunque la colina Chocolate y la mitad de la colina Verde habían sido tomadas al atardecer del día 7, todas las colinas circundantes estaban en poder de los turcos. Además, al menos la mitad del IX cuerpo del ejército no había entrado aún en acción. A quienes observaban sobre el terreno les dio la impresión de que el plan militar había fracasado. El comodoro Keyes visitó el *Jonquil* para tratar de urgir a Stopford, pero no lo consiguió. En lugar de ello Stopford prefirió felicitar a la 10.ª y 11.ª divisiones por sus logros. Cuando informó a Hamilton el día 8 lo hizo

con este extraordinario mensaje: «considero que el general de división Hammersley y las tropas bajo su mando merecen todos los honores por los resultados obtenidos frente a una fuerte oposición y grandes dificultades».{14} Hamilton respondió que también Stopford y sus tropas habían actuado espléndidamente. Se comportó con demasiada caballerosidad al silenciar que el IX cuerpo del ejército superaba la «fuerte oposición» en una proporción de quince a uno, que gran parte de las tropas habían hecho poco más que sentarse en la playa o ir a nadar o que, como había sabido, Hammersley había perdido los nervios completamente el día 7 y no había obtenido nada que mereciese la pena.

El almirante Robeck envió un telegrama a Hamilton instándole a que fuese personalmente a Suvla, pero el mensaje se perdió sin dejar rastro. Entonces Hamilton, aún sin saber nada, decidió ir pero se encontró que no había ningún transporte que le pudiese llevar. A las 11.30 de la mañana del día 8 de agosto ordenó a su destructor, el *Arno*, un barco portugués de fabricación italiana, que se preparase para zarpar, pero como respuesta le informaron que las calderas estaban estropeadas. Así pues, el comandante en jefe quedó inmovilizado a 19 millas marinas del frente y sin ninguna posibilidad de establecer comunicación con él. La frustración de Hamilton era comprensible, pero no así su reacción ante el retraso. Varios destructores navegaban a pocas millas de Imbros y pudo haberles ordenado que lo llevasen a Suvla. Eran las 4.30 de la tarde cuando Hamilton consiguió que lo transportasen en el yate *Triad*, que se dedicaba habitualmente a los cruceros de recreo, que tardó otros noventa minutos en llegar a Suvla.

Mientras tanto Aspinall y Hankey habían estado investigando la situación en Suvla. A su llegada los dos quedaron sorprendidos por el ambiente relajado que les recordaba «un día festivo del mes de agosto en Inglaterra». «Toda la bahía estaba en calma y sus orillas llenas de bañistas.»{15} Ambos dieron por supuesto que las colinas habían sido tomadas y que la gente se tomaba un descanso después de cumplir su cometido. No se dieron cuenta de la verdad hasta que Aspinall fue detenido en la playa por un oficial, que le avisó de que no avanzase más o se encontraría en primera línea. Aspinall

preguntó dónde estaba el cuartel general del IX cuerpo y como respuesta le dijeron que a bordo del *Jonquil*, así como que Stopford no había desembarcado aún. Hankey informó así al primer ministro: «Apenas había algún cañón y ningún turco. Algunos disparos ocasionales. Grupos de bañistas en la costa. Ausencia total de la actividad previsible en un desembarco. Nadie parecía darse cuenta de la imperiosa necesidad de realizar una rápida ofensiva o de los tremendos asuntos que estaban en juego en las próximas horas».{16}

Los dos hombres fueron corriendo al cuartel general de la 11.a división, donde encontraron a Hammersley tendido en el suelo con la cabeza entre las manos y en estado de *shock.* Sus nervios se habían roto bajo la tensión de los bombardeos de los últimos días sobre su cuartel general y era a todas luces incapaz de dominar la confusión. No había razón alguna para proseguir la conversación, por lo que Aspinall y Hankey se fueron al encuentro de Stopford, a bordo del *Jonquil.* Unos retrasos adicionales les impidieron ver al comandante del IX cuerpo antes de las 3 de la tarde.

A bordo del *Jonquil*, Aspinall encontró a Stopford en cubierta y de muy buen humor. Acogió calurosamente a los dos hombres, diciendo: «Bien, Aspinall, los hombres se comportaron espléndidamente y ha sido magnífico». «Pero no han tomado las colinas, señor», respondió Aspinall. «No, pero han desembarcado», repuso Stopford.{17}

Aspinall apenas podía creer lo que estaba oyendo y tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse y no poner en antecedentes a Stopford de la farsa que se estaba representando en tierra. En lugar de ello comentó que a Hamilton le desagradaría saber que no se habían tomado las colinas, a lo que Stopford le respondió que tal cosa sería imposible hasta que los hombres no hubiesen descansado y que pensaba ordenar un nuevo avance al día siguiente. Aspinall sabía que no podía presionar más a un oficial de tal graduación y se reunió con Keyes y Robert, quienes le persuadieron para que enviase un mensaje a Hamilton señalándole la gran oportunidad que se estaba desaprovechando. Pese a la incuestionable urgencia del mensaje, éste no llegó al cuartel general de Imbros hasta la mañana siguiente.

Mientras tanto, en el cuartel general se había recibido la noticia de que las tropas turcas se estaban aproximando a Suvla a marchas forzadas, por lo que se envió inmediatamente un mensaje a Stopford urgiéndole a que se pusiera en marcha tan pronto como fuese posible. Con total impavidez Stopford transmitió el mensaje a los mandos de su división, pero con la advertencia de que «en vista de la necesidad de un adecuado apoyo de la artillería no deseo que ataquen ninguna posición atrincherada defendida por la fuerza».{18} Al recibir tal orden Hammersley y Mahon decidieron quedarse donde estaban. Aun sabiendo que no había nada a lo que disparar, ninguna formación de trincheras, ni artillería ni tropas enemigas, Stopford había dicho claramente que era imposible avanzar sin el apoyo de la artillería, y ¿quiénes eran ellos para discutir sus órdenes? Afortunadamente Hamilton se dirigía hacia Suvla. A las seis de la tarde llegó a bordo del *Jonquil* y corrió a ver a Stopford. Lo que sucedió entonces tuvo más que ver con «las normas de la cortesía y de la buena educación» que con la dirección militar. Hamilton parecía incapaz de convencer a Stopford de la urgencia de la situación. Cuando señaló que no se había ganado terreno desde el día anterior Stopford se limitó a responder que había ordenado a sus generales de brigada que avanzasen cuanto pudiesen pero sin entablar duros combates. Dijo que los hombres estaban cansados, que no se podía confiar en el abastecimiento de agua y que no se habían desembarcado los cañones con la rapidez necesaria para proteger un gran avance, y explicó a Hamilton que había decidido retrasar la operación de la sierra hasta la mañana siguiente, ya que de lo contrario podría representar un duro combate. Hamilton, que gracias a los reconocimientos aéreos sabía que a menos que se ocupase inmediatamente la sierra se producirían de todos modos duros combates porque las tropas turcas estaban tan sólo a unas horas de distancia, acabó diciéndole a Stopford que Tekke Tepe e Ismail Oglu Tepe debían ser tomadas inmediatamente. Stopford le deseó suerte para cuando tratase de convencer a sus generales de brigada, pero declinó acompañarle a tierra porque su pierna le estaba causando problemas.

Hamilton se dirigió a visitar el cuartel general de la 11.ª división

para tratar el tema con Hammersley, aunque era evidente que este oficial estaba demasiado enfermo como para emitir cualquier opinión sensata. Es un misterio que ni a Aspinall ni a Hamilton se les ocurriese consultar a Mahon, cuya 10.ª división había cargado con el peso de la lucha hasta la colina Chocolate y la colina Verde, cuyos hombres habían alcanzado la cima del Kiretch Tepe y que por lo menos estaba en condiciones y era capaz de dirigir a sus hombres, lo que desde luego no podía hacer Hammersley.

Cuando Hamilton se reunió con Hammersley lo encontró con la misma clase de inercia que había visto ya en Stopford. Hammersley le dijo que deberían esperar a la mañana siguiente para efectuar cualquier ataque, ya que costaría mucho tiempo hacer circular las órdenes. Hamilton, echando humo para sus adentros, dijo: «Un enorme peligro se aproxima rápidamente hacia nosotros, prácticamente proyecta ya su sombra sobre nuestras cabezas y para mí, como comandante en jefe, esto elimina cualquier otra consideración secundaria. Debemos tomar hoy las colinas aun a costa de andar todo el día. Sólo Dios sabe cuál será el precio mañana».{19}

Finalmente Hamilton convenció a Hammersley de que enviase a la 32.ª brigada para que se atrincherase en la cresta de las colinas, pero esto aún causó más confusión. Dos batallones habían ocupado ya, por iniciativa propia, las colinas Cimitarra y Abrikjar, aunque por lo visto ningún mando lo sabía, de manera que estas tropas fueron llamadas para atrincherarse en una línea menos avanzada de la que estaban. Así pues abandonaron la colina Cimitarra, que luego tuvieron que recuperar librando sangrientos combates.

Hamilton vio por fin el 9 de agosto que Stopford había desembarcado en la bahía de Suvla. Sin embargo, estaba discutiendo con los ingenieros la ubicación de refugios antibombas para él y su Estado Mayor, creyendo que deberían permanecer allí por algún tiempo. Quizás nada ilustra tan claramente como esto la total incomprensión de Stopford de los planes tras el desembarco de Suvla. Mientras permanecía en la playa cinco batallones británicos estaban siendo rechazados por 800 turcos que no disponían de artillería. Un suboficial señaló a Hamilton que en una zona «estaban

siendo rechazados por tres hombres. Uno bajito con barba blanca, otro con una americana azul y un chico en mangas de camisa».[20] Más tarde se descubrió que las tropas que estaban tras unos arbustos a la izquierda de la línea de fuego y que habían entorpecido el avance británico en realidad también eran británicas.

El avance desde Suvla continuó al amanecer del día 9 de agosto. Se realizó un intento de ocupación de la zona comprendida entre Kuchuk Anafarta por la izquierda y el Ismail Oglu Tepe por la derecha. Sin embargo, los británicos habían esperado demasiado y los refuerzos turcos finalmente llegaron y ocuparon inmediatamente la colina Cimitarra, abandonada poco antes por los hombres del 6.° batallón de East Yorkshire. Los ingleses se vieron obligados a recuperarla porque dominaba el Ismail Oglu Tepe. Se desarrolló un duro combate en el que los británicos perdieron casi ocho mil hombres entre oficiales y soldados, y tampoco pudieron alcanzar la cadena montañosa que hubiesen podido ocupar sin derramamiento de sangre el 7 y el 8 de agosto.

Tras tan sólo nueve días al mando del IX cuerpo del ejército, Stopford fue relevado y sustituido por el general De Lisie. Su fracaso había sido tan sólo uno más de una cadena que se extendía hasta Kitchener, quien, como ministro de la Guerra, no supo dotar a la expedición de Suvla con el tipo de comandantes que necesitaba, empezando por los jefes de división como Hammersley y Mahon, que no aprovecharon ninguna de las oportunidades que se presentaron ante ellos. Pero el colapso total hay que buscarlo en las relaciones entre Hamilton y Stopford. Hamilton era demasiado caballeroso para dar a Stopford las órdenes perentorias que se precisaban para sacar a aquel viejo soldado de su letargo. Y al fallar esto, Hamilton por lo menos tenía la opción de hacerse cargo él mismo del mando. En el bando turco, por el contrario, es interesante señalar que cuando Feizi Bey, uno de los comandantes de división, trataba de explicar a Von Sanders que sus órdenes eran imposibles y que sus tropas estaban demasiado cansadas, fue inmediatamente destituido y reemplazado por Mustafá Kemal, para quien nada era imposible. Pero Hamilton carecía de la dureza necesaria para motivar a Stopford o para sustituirle, aunque sabía que era un incompetente.

En el análisis final, Hamilton debe cargar con gran parte de la culpa por el fracaso del desembarco en la bahía de Suvla.

8. EL ALMIRANTAZGO Y LOS CONVOYES (1917)

Durante la primera guerra mundial, la estrategia naval británica estaba basada en el mantenimiento de su supremacía en el mar. Aunque la población estaba preparada por los medios de comunicación para una repetición de los éxitos navales del pasado glorioso y había esperado la victoria en una gran batalla en el mar del Norte, un nuevo Trafalgar, los hombres comprometidos con el mando de la flota eran bastante más cautelosos. Eran conscientes de que el resultado de la guerra para el país dependía de su capacidad de mantener su poderío en el mar. La destrucción de la flota alemana era para ellos menos importante que el hecho de que el Reino Unido pudiese continuar abasteciéndose, transportando tropas desde puntos lejanos del imperio, proveyéndose de materias primas y enviando las «herramientas de guerra» a sus ejércitos en Francia y en Oriente Medio. Cuando Churchill dijo al comandante en jefe de la gran flota, sir John Jellicoe, que era «el único hombre de los dos bandos que podía perder la guerra en una tarde», no hacía más que expresar lo que muchas personas sentían, aunque, incluso en 1914, esta idea estaba ya anticuada. En su momento de mayor poderío el acorazado *Dreadnought* se mostró terriblemente vulnerable a otra arma de guerra, mucho menos costosa y más humilde: el submarino. Al ignorar el potencial del submarino el almirantazgo expuso al Reino Unido a la derrota, mucho más que si Jellicoe se hubiese arriesgado a «un segundo Trafalgar» y lo hubiese perdido.

En 1913 lord Fisher, con la ayuda del capitán S. S. Hall, elaboró un memorándum sobre la guerra con submarinos, en el que indicaba que en caso de guerra los alemanes utilizarían los submarinos para atacar la navegación comercial. Pero el almirantazgo lo rechazó, basándose en que una potencia civilizada jamás hundiría buques

mercantes sin previo aviso y sin prestar atención al bienestar de la tripulación.{1} Y de hecho, al principio de la guerra Alemania no tenía ningún plan para llevar a cabo una campaña a gran escala contra los barcos mercantes. Previendo victorias militares en el frente occidental, no pensaban en términos de un largo conflicto o en la necesidad de una guerra de agotamiento por tierra y por mar, aunque los alemanes se habían percatado del extraordinario pánico que la idea del submarino había causado entre los mandos navales británicos, no como una amenaza para los barcos mercantes sino para la flota de combate. En 1914 sir Percy Scott había escrito en *The Times*: «Los submarinos y los aviones han revolucionado totalmente la guerra naval. Ninguna flota puede ocultarse ante los ojos de un aeroplano; y el submarino puede emprender un ataque mortífero incluso a plena luz del día».{2}

El torpedeo de tres cruceros acorazados —el *Aboukir*, el *Hogue* y el *Cressy*— por submarinos U-9 creó una sensación de pánico en la gran ñota. La «periscopitis» era una enfermedad generalizada y las persecuciones y batallas contra las focas o las crestas de las olas añadieron un elemento absurdo a un grave problema.

Para los alemanes su principal arma contra el comercio británico en todo el mundo eran sus cazas de superficie, pero en las Navidades de 1914 todos ellos habían sido derribados y hundidos por las fuerzas británicas. Fue al llegar a ese punto, cuando la guerra en Occidente se estaba perfilando como una batalla a largo plazo y cuando la capacidad alemana para atacar las posesiones británicas prácticamente había desaparecido, cuando los alemanes decidieron atacar a los barcos mercantes británicos mediante una campaña premeditada de los submarinos. Las viejas cortesías desaparecieron y se burló el derecho internacional de una manera que Churchill y el almirantazgo habían considerado «impensable» en 1913. El 4 de febrero de 1915, Alemania declaró una zona de guerra alrededor del Reino Unido en la cual los barcos podían ser hundidos sin previo aviso. El canciller alemán, Bethmann-Hollweg, estaba preocupado por los efectos que esto podría producir en la opinión pública neutral, especialmente en los Estados Unidos. Pese a ello, los almirantes alemanes recibieron el apoyo entusiasta del káiser, que

sostenía que pura y simplemente se limitaban a responder a la ilegalidad del bloqueo inglés.

Al inicio de la campaña Alemania contaba tan sólo con 20 submarinos en activo, algunos de ellos pequeños y anticuados navíos costeros. Pese a estas reducidas fuerzas, durante las diez primeras semanas hundieron unos 39 barcos; el 7 de mayo de 1915 un submarino U-20 hundió el transatlántico *Lusitania* en las costas de Irlanda, causando la pérdida de 1.198 vidas, incluyendo las de 128 estadounidenses. La opinión pública mundial se escandalizó y la campaña fue rápidamente suspendida, ante la complacencia del almirantazgo británico. Se habían tomado medidas ofensivas de todo tipo, incluyendo redes, barridos con cargas explosivas, dispositivos acústicos submarinos y cargas de profundidad. Por otro lado, el sistema de patrulleros británicos había logrado algunos éxitos, hundiendo 7 submarinos, en dos ocasiones a base de chocar contra ellos (el propio acorazado *Dreadnought* lo logró una vez). Churchill, primer lord del almirantazgo, se convenció de que los submarinos habían sido derrotados.{3}

Sin embargo, Alemania había construido nuevos y mejores submarinos y creía firmemente que si atacaba los buques mercantes británicos podría arruinar al país en seis meses. El 11 de febrero de 1916 empezó una nueva campaña «condicional» en la que sólo se atacarían los buques mercantes que navegasen por zona de guerra. Una vez más fue la opinión pública estadounidense la que provocó el fin de la campaña tras el torpedeo del buque francés *Sussex*, que causó la muerte de algunos de sus compatriotas. Pero esta vez a los alemanes les resultó más difícil envainar su espada más afilada. Las tremendas batallas de desgaste del frente occidental, como Verdún y Somme, habían convencido a los alemanes de que a menos que su armada jugase un papel más destacado en la guerra podían ser derrotados. Los efectos del bloqueo económico inglés estaban llevando a Alemania al borde de la inanición. El almirante Scheer, comandante de la flota de alta mar, y el jefe del Estado Mayor de la marina, el almirante Von Trotha, estaban convencidos de que era un grave error una campaña submarina a medio gas. Y tuvieron la suerte de que los nuevos mandos de la armada, Ludendorff e

Hindenburg, alarmados por las consecuencias de las batallas de 1916 en Francia, estaban dispuestos a apoyar una campaña ofensiva de los submarinos, sin restricción alguna, contra el comercio británico. Como resultado de ello el 1 de febrero de 1917 se puso en marcha una nueva campaña submarina en el mar del Norte, el canal de la Mancha, el Mediterráneo, las rutas occidentales y el litoral oriental de los Estados Unidos. Esta vez Alemania estaba totalmente preparada y tenía 154 submarinos de tipo superior, 70 de los cuales podían estar en el mar en cualquier momento.{4} Esta vez las cifras de barcos perdidos crecieron de manera alarmante. En febrero fueron hundidos 86 buques, en marzo 103 y en abril 155. El tonelaje total de barcos perdidos por los aliados y británicos en el mes de abril alcanzó la impresionante cifra de 869.103 toneladas.{5} El Reino Unido tendría que hacer frente a la derrota en cuestión de meses a menos que pudiera responder a la amenaza de los submarinos. El primer lord del Mar, el almirante Jellicoe, creía que su país debería solicitar la paz en breve, mientras que el secretario de la Guerra, lord Derby, anunció que «hemos perdido el control del mar».{6} En palabras del coronel Repington, la guerra podía resumirse en los siguientes términos: «¿podrá nuestro ejército ganar la guerra antes de que nuestra armada la pierda?».{7}

Pero las cifras de los buques perdidos, pese a lo alarmantes que eran, sólo representaban una parte de la cuestión. Las naves que llegaban a puerto con graves daños causados por los submarinos no podían zarpar de nuevo a menos que se efectuasen grandes reparaciones, mientras que a otras se les impedía zarpar porque según los informes había submarinos en la zona. Un síntoma del estancamiento que se abatía sobre el comercio británico era el hecho de que en febrero y marzo de 1916 habían llegado a puertos británicos 1.149 barcos, mientras que durante el mismo período de 1917 la cifra alcanzaba sólo los 300.{8} Ante el impacto imprevisto de tales pérdidas el almirantazgo parecía confuso. Creían que las medidas que habían tomado contra los submarinos eran eficaces, aunque sus patrullas eran enormemente onerosas tanto en barcos como en vidas humanas. A finales de 1916 más de 3.000 barcos se dedicaban a las patrullas submarinas, pese a que en la segunda

mitad de 1916 con todos esos medios sólo se habían destruido 15 submarinos.{9} Los navíos «Q», que eran barcos mercantes armados y gobernados por tripulaciones de voluntarios, habían dado bastante buen resultado al principio de la guerra, pero ahora los submarinos se habían vuelto más recelosos y acostumbraban a disparar tan pronto como avistaban el blanco.

Aunque el almirantazgo no tenía una política clara, poseía unas armas que, utilizadas de la manera adecuada, hubiesen probado su eficacia. En condiciones climáticas favorables el hidrófono podía advertir de la presencia de un submarino y proporcionar su posición aproximada. También la introducción de las cargas de profundidad en 1916 fue un paso adelante realmente importante. El 6 de julio de 1916 la lancha a motor *Salmon* logró destruir un submarino mediante el uso combinado del hidrófono y de la carga de profundidad.{10} Como señalaba David Divine, pese a ello el almirantazgo fue negligente en la utilización de este nuevo avance. En fecha tan tardía como julio de 1917, la producción semanal de cargas de profundidad se reducía a sólo 140 unidades, frente a una demanda procedente de 500 navíos escolta.

El memorándum a la junta de Guerra de noviembre de 1916 pone de manifiesto el fracaso del almirantazgo en contrarrestar la amenaza de los submarinos:

> No cabe duda que el problema más formidable y desconcertante de los muchos que tiene que considerar el almirantazgo es el derivado de los ataques submarinos a los barcos mercantes. No hemos encontrado todavía una respuesta definitiva a esta forma de guerra, quizás no sea posible encontrar ninguna. Por el momento debemos contentarnos con paliarlo.{11}

Los esfuerzos del almirantazgo habían sido enormes pero desencaminados. Su filosofía era que debían destruir los submarinos con mayor rapidez que los construían los alemanes y, además, evitar que los submarinos hundiesen los barcos mercantes. En la inmensidad del mar era infinitamente más difícil encontrar un solo submarino que defender un barco mercante. Esto queda bien patente en la ridícula «segunda batalla de Beachy Head», librada durante una semana en septiembre de 1916. Tres submarinos que

operaban entre Beachy Head y Eddystone, una zona comandada por las bases navales de Portsmouth, Portland y Plymouth, fueron abatidos por 49 destructores, 48 torpederos, 7 barcos «Q» y 468 auxiliares armados. Los submarinos, por su parte, habían hundido 30 barcos mercantes en siete días y habían escapado ilesos.{12}

Para contrarrestar la amenaza de los submarinos, Jellicoe marchó de Scapa Flow y pasó al almirantazgo como primer lord del Mar el 29 de noviembre de 1916. No obstante, la suya fue una elección desafortunada por muchas razones. Su salud no era muy buena y, como buen hipocondríaco, estaba aquejado de un profundo pesimismo. En lugar de aportar energía a un almirantazgo achacoso, más bien pareció imbuirle sus cualidades negativas. Una de sus primeras acciones fue la de nombrar al almirante Duff director de una nueva división antisubmarina que debía coordinar las medidas existentes y buscar nuevas armas y una política para luchar contra los submarinos. Duff no era el más indicado para un trabajo de este tipo. En febrero de 1915, como comandante del 4.° escuadrón de combate, Duff había anotado: «contando sólo con los submarinos (Alemania) no puede esperar infligir ningún daño grave a nuestros buques mercantes».{13} Como muchos de los hombres del almirantazgo, Duff no podía habituarse a un nuevo concepto que estaba cambiando la naturaleza de la guerra. Al igual que los demás, había crecido en un período en el que el poder ofensivo y la velocidad habían sido los elementos vitales de la guerra naval. Los submarinos alemanes habían arrebatado la iniciativa a la flota de combate británica, así pues, la única respuesta debía ser una ofensiva contra ellos realizada por cientos, o incluso miles de pequeños barcos, desde los destructores hasta los pequeños navíos a motor.

Para Jellicoe, «no había una única manera para destruir a los submarinos».{14} La victoria sólo llegaría cuando quedase asfixiado por el peso de las cifras. El almirantazgo no era partidario del antiguo método de proteger a los barcos mercantes de un ataque en el mar, el convoy, ya que perpetuaba la falacia de que los barcos de escolta tenían que ser dos veces más numerosos que los buques mercantes que escoltaban. También creía que:

1. Los convoyes precisaban un gran número de barcos de escolta que podían utilizarse mejor en operaciones de búsqueda y destrucción.

2. Los convoyes, con los retrasos resultantes de recoger las naves en el puerto, de organizar a los capitanes y a las tripulaciones de los barcos mercantes (no entrenadas para la vigilancia), la imposición de velocidades bajas a barcos más rápidos, la congestión alterna y la lentitud en la carga y descarga de mercancías, provocarían mayores pérdidas comerciales que las que los submarinos podrían lograr jamás.

3. Cuanto mayor fuese el número de barcos que formaban el convoy, más vulnerable sería al ataque de los submarinos.

Sin embargo, como escribió John Winton:

> Esta visión acerca de los convoyes iba en detrimento de toda la historia anterior de la armada ... En un principio ésta se constituyó específicamente para la protección de los convoyes. La prosperidad y la seguridad de la nación dependían de la segura navegación de los barcos que transportaban tropas y mercancías, en convoy, desde la Edad Media ... Hasta que a finales del siglo xix y de una manera sorprendente e increíble, la Royal Navy perdió esta inapreciable muestra de sabiduría marítima.{15}

Lo cierto era que el Reino Unido estaba perdiendo la guerra a causa de la campaña submarina y que el almirantazgo se equivocaba al pensar que, fuera cual fuese el coste de los convoyes, sería más oneroso que lo que ya gastaban. Aunque su organización era compleja, se había preparado uno para garantizar el suministro de carbón a Francia a través del canal, puesto que de otra forma la industria francesa hubiera podido quedar paralizada. El convoy fue un éxito y los buques carboneros galeses consiguieron una inmunidad casi absoluta. De manera no oficial se había establecido un sistema de convoy a cargo de las fuerzas de Harwich para asegurar el comercio con Holanda hasta el Hoek van Holland; en febrero de 1917, por otro lado, Beatty había investigado maneras de reducir las pérdidas en el comercio con Escandinavia, que sólo funcionaba al 25 por 100, y había llegado a la conclusión de que la única solución eran los convoyes. Por una vez Jellicoe se vio forzado a asentir. Tras su puesta en marcha, las pérdidas en esta ruta comercial descendieron hasta un 0,24%, lo que representaba una

mejora de un 200%.{16}

La prensa nacional no tardó mucho en hacer suyos los argumentos en favor de los convoyes. La ofensiva de la armada contra los submarinos alemanes no funcionaba; las cifras de submarinos construidos excedían las de los hundidos. El almirantazgo se vio forzado a defender su postura y la voz más enérgica fue la del primer lord del Mar. Sin embargo, no todos los miembros del almirantazgo estaban en contra de los convoyes. La oposición a Jellicoe y a Duff partía de los oficiales más jóvenes, como el capitán Herbert Richmond y el comandante Reginald Henderson. Richmond era especialmente mordaz con respecto a Jellicoe y comentaba que éste, «tras haber perdido dos oportunidades de destruir a la flota alemana, se afana ahora en arruinar al país al no tomar medidas para destruir a los submarinos». {17} El hecho de que la opinión del almirantazgo en contra de los convoyes se estaba endureciendo se ve claramente en este escrito del mes de enero de 1917:

> Siempre que sea posible los barcos deben navegar de uno en uno, con la escolta que se considere necesaria. El sistema de varios barcos navegando juntos en un convoy no se recomienda en ninguna zona donde exista la posibilidad de un ataque submarino. Es evidente que cuanto mayor sea el número de los barcos que formen el convoy, mayor es la posibilidad de que un submarino pueda atacar con éxito, y mayor será también la dificultad de la escolta para evitar el ataque. En caso de que se trate de un buque mercante dotado de armas defensivas, es preferible que navegue solo en lugar de formar un convoy junto a otros barcos. Un submarino puede permanecer distante y disparar su torpedo en medio de un convoy con todas las posibilidades de éxito. Un barco mercante con armas defensivas y con una buena velocidad difícilmente —o nunca— podrá ser capturado. Y si el submarino sale a la superficie para darle caza y atacarlo con su artillería, la artillería del barco mercante casi siempre logrará que el submarino se vuelva a sumergir; en ese caso, el barco mercante podrá escapar merced a su mayor velocidad.{18}

Como señalaba John Winton:

> Sería difícil encontrar, incluso en la larga historia de la burocracia del

> almirantazgo, un documento más estúpido y más tercamente ignorante de todas las lecciones de la historia naval. Y era todavía más peligroso porque no se trataba evidentemente de la obra de un lunático, sino que aparentemente expresaba un juicio razonable, elaborado después de haber sopesado todas las circunstancias. Tampoco era producto de una mente trastornada. Se mirara por donde se mirara, representaba la opinión colectiva del almirantazgo en aquella época.{19}

El contraalmirante Duff y la división antisubmarina se encargaron de examinar los problemas y las prácticas derivados de la guerra antisubmarina, prepararon estadísticas de todos los viajes interiores y exteriores desde puertos británicos e informaron al almirantazgo de que cada semana se producían 2.500 movimientos en cada sentido, una cifra astronómica que de ser cierta hubiese imposibilitado los convoyes a causa de la falta de barcos escolta.{20} Sin embargo, esas cifras eran, a decir verdad, inverosímiles. Como señalaba David Divine, «acusar al almirantazgo de falsificar las estadísticas es un tema que reviste cierta gravedad, pero lo cierto es que bajo el mando de Duff se elaboraron unas cifras que desvirtuaban la realidad y para las cuales resulta difícil encontrar una explicación lógica».{21}

De hecho, las cifras eran exageradas, pues incluían todos los movimientos de los barcos con más de 300 toneladas, pequeños buques costeros, barcos comerciales de pequeño recorrido que hacían varias escalas, así como los movimientos diarios de los transbordadores de la isla de Wight. Ninguno de estos movimientos tenía importancia para los planificadores de los convoyes. El resultado de todo era que, frente a unas cifras de 5.000 movimientos semanales de barcos, las pérdidas que causaban los submarinos parecían insignificantes.{22}

El primer oficial que cuestionó estas cifras fue el comandante R. G. H. Henderson, que era el responsable de los «viajes controlados» de los barcos que suministraban carbón a Francia. Cuando investigó el origen de esa cifra «5.000» se encontró con que ningún departamento del almirantazgo podía explicarla. Al parecer la información la había proporcionado Norman Leslie, del ministerio de

la Marina. Hablando con Leslie, Henderson se percató de que, de hecho, las cifras del almirantazgo no tenían base alguna. El almirantazgo «se había puesto en ridículo».{23} La cifra correcta de trayectos semanales de los barcos mercantes de alta mar era aproximadamente de 130 en cada dirección, lo que entraba perfectamente dentro de la capacidad de escolta de la armada.{24}

Lloyd George apenas podía dar crédito a la gravedad de la incompetencia del almirantazgo: «Qué error más espectacular. La patochada sobre la que basaban su política era una confusión aritmética que ni siquiera habría perpetrado un auxiliar administrativo de una oficina de navegación».{25} Si uno creía que cada semana navegaban 2.500 barcos, las pérdidas de 20 a 40 a manos de los submarinos podían parecer insignificantes. Pero si por el contrario se valoraban las pérdidas teniendo en cuenta la cifra real de 120 o 140, el tema adquiría unos tintes dramáticos.{26} Una tercera parte de los barcos que partían del Reino Unido eran hundidos por los submarinos alemanes, barcos que, además, no se podían sustituir con la rapidez necesaria. Durante el mes de abril de 1917 las pérdidas llegaron a un punto álgido de diez barcos hundidos por día. En cuestión de semanas la navegación no podría cubrir ya las necesidades británicas, lo que significaría perder la guerra.

Por fortuna para los esfuerzos de guerra británicos, los oficiales más jóvenes del almirantazgo, entre los que se contaba R. G. H. Henderson, proporcionaron información del verdadero estado de la cuestión al teniente coronel Maurice Hankey, secretario del gabinete de Guerra.{27} Contaron para ello con la ayuda de Norman Leslie, oficial de enlace entre el ministerio y el almirantazgo. El 11 de febrero de 1917 Hankey, utilizando información secreta, escribió un memorándum al gabinete proclamando las virtudes de los convoyes. El primer ministro, Lloyd George, invitó a Hankey a un almuerzo de trabajo en el 10 de Downing Street, en el cual Hankey fue interrogado por Carson, primer lord del almirantazgo, Jellicoe, primer lord del Mar, y Duff, director de la guerra antisubmarina. Evidentemente, ninguno de ellos se sentía satisfecho por «tener que trabajar» con un simple joven teniente coronel de los marines.{28} El

resultado fue poco esperanzador, aunque Lloyd George no se dio inmediatamente por vencido. En las seis semanas siguientes visitó al almirante Beatty en Scapa Flow, donde el comandante en jefe le manifestó su opinión favorable a los convoyes. Además, la entrada de los Estados Unidos en la guerra probablemente resolvería cualquier problema de carencia de barcos de escolta. Sin embargo, el 30 de marzo Hankey, tal como reflejó en su diario, estaba abatido por la actitud negativa del almirantazgo:

> Personalmente estoy muy preocupado por las perspectivas de la navegación a causa de los submarinos y de la incapacidad del almirantazgo para resolver esta cuestión, así como por su ineptitud en general, que pone de manifiesto su reluctancia hacia cualquier propuesta nueva. Tengo muchas ideas acerca de este asunto, pero no puedo ir a comentárselas a Lloyd George, ya que está totalmente entregado a las cuestiones políticas. Me siento oprimido por el temor que siempre he manifestado y que consiste en que si bien podemos tener un moderado éxito en tierra, podemos ser vencidos en el mar. En las dos últimas semanas se han perdido algo así como un millón de toneladas de la flota marítima mundial y esto cuesta mucho de reemplazar.{29}

Lloyd George estaba cada vez más descontento con Jellicoe como primer lord del Mar, quien se sentía muy pesimista y poco predispuesto a entrar en razón con el tema de los convoyes. Como resultado de todo ello el 25 de abril de 1917, durante una reunión del gabinete de Guerra, Lloyd George avisó a Jellicoe de que pretendía visitar al almirantazgo el 30 de abril, para «investigar todos los medios que se utilizan actualmente en relación con la guerra antisubmarina».{30} Se trataba de una acción sin precedentes que, evidentemente, encerraba una amenaza. Fuera una simple coincidencia o bien consecuencia de esa visita, al día siguiente Duff se presentó ante el primer lord del Mar con un memorándum en el que argüía que «existen razones suficientes para creer que se pueden aceptar las múltiples desventajas que ocasionan los grandes convoyes con la certidumbre de que contribuirán grandemente a una reducción de nuestras pérdidas actuales».{31} Se trataba de una completa —pero bienvenida— *volte-face.*

Según Stephen Roskill, se ha exagerado mucho la importancia de la intervención de Lloyd George.{32} Durante tres meses Hankey le había recomendado inútilmente que tomase alguna resolución con respecto a los convoyes. Con respecto a los peligros de la campaña submarina, el 22 de abril el primer ministro le dijo a Hankey: «Bien, yo nunca había considerado esta cuestión tan seriamente como usted lo ha hecho».{33} Los relatos que se publicaron de la visita de Lloyd George al almirantazgo el 30 de abril, escritos por Beaverbrook, Churchill y por el propio Lloyd George, daban la impresión de que fue él quien gracias a su fuerte personalidad pudo convencer de la idea de los convoyes a un almirantazgo muy poco predispuesto a ello. Esto tiene poco que ver con la realidad. Al parecer, Duff y Jellicoe se habían convencido lenta y dolorosamente de la inevitabilidad de la introducción de los convoyes. La tan aireada reunión en el almirantazgo el 30 de agosto no fue nada parecido a una crisis. En realidad, Hankey escribió que Lloyd George y él pasaron el tiempo «agradablemente, almorzando con el almirante Jellicoe y su esposa y con cuatro jovencitas. Lloyd George se mostró encantado con una de ellas».{34}

Sea como fuere, al fin se pusieron en marcha los convoyes, que inmediatamente acreditaron que eran el factor más importante a la hora de superar la amenaza de los submarinos. Durante los meses de julio y agosto, de un total de 800 barcos que navegaron en convoy sólo 5 fueron hundidos; a finales del mes de septiembre los submarinos habían sido derrotados. Pero sería erróneo sugerir que las pérdidas cesaron totalmente. El almirantazgo continuó permitiendo la navegación independiente y rehusó establecer convoyes para buques con destinos meramente exteriores. Por otro lado, creían que el éxito del sistema de los convoyes debía valorarse por el número de submarinos hundidos antes que por el número de barcos mercantes que habían navegado con seguridad. En agosto de 1917 la mayoría de los barcos hundidos eran buques con destinos meramente exteriores, por lo que el almirante Duff recomendó que se establecieran convoyes también para ellos, no por la razón obvia de que así cesarían los hundimientos, sino por la menos comprometida de que «así proporcionarían la experiencia de navegar

en convoy al mayor número de barcos posible antes de que llegase el mal tiempo».[35] La frustración de Lloyd George era inmensa:

> Los hombres del almirantazgo se dejaron al fin persuadir por los «convoyers», pero no con el ánimo de tomar medidas sino de probarlas. En sus acciones hubo desgana y lentitud. Actuaron como hombres incapaces de deshacerse de sus dudas, por lo que procedieron con una precaución excesiva y esperando de manera enfermiza que sus presagios quedasen justificados por la experiencia. Y cuando vieron que las cosas les iban bien a los barcos que navegaban en convoy, lo comunicaron al gabinete de Guerra con un cierto aire de «Ya os lo decíamos nosotros».[36]

El primer ministro no estaba satisfecho con la actuación del almirante Jellicoe como ministro de Marina y la víspera de Navidad del 1917 lo destituyó. Su depresión y su mala salud le habían convertido en una rémora para el desempeño de un cargo de tal importancia. El teniente coronel Richmond comentó que «habían eliminado un obstáculo para ganar la guerra».[37]

La tardanza del almirantazgo en introducir una política de convoyes para los barcos mercantes fue uno de los mayores errores de la primera guerra mundial y estuvo a punto de provocar la derrota del Reino Unido más que cualquier otro factor. La negativa a aceptar una evidencia que entraba en conflicto con sus propias ideas preconcebidas le costó al país tres millones de toneladas en barcos, innumerables toneladas de valiosos alimentos y materiales y la pérdida de miles de vidas. Su poco efectiva estrategia de «cazar y matar» estaba basada en una arcaica filosofía ofensiva que falló al no tomar en consideración las nuevas tecnologías. Los altos oficiales del almirantazgo probaron su incompetencia personal con su estupidez y su terquedad. Como ministro de Marina, el almirante sir John Jellicoe, que «pudo haber perdido la guerra en una tarde», elevó su cautela natural al grado de inactividad. Frente a un enemigo que nunca pudo comprender, prácticamente abandonó la lucha y fue incapaz de pensar en otra cosa que no fuera la derrota. No obstante, gracias a los esfuerzos de hombres como Hankey, Henderson y Leslie, el primer ministro pudo conocer finalmente la verdad y tomar decisiones vitales que salvaron la guerra.

9. LA BATALLA DE ANNUAL (1921)

La «incursión por África» que a finales del siglo XIX llevaron a cabo las potencias europeas trajo consigo grandes recompensas, pero en algunas ocasiones las tribus africanas, mejor organizadas, les hicieron pagar un alto precio por ellas. Los desastres militares no eran nada nuevo para el ejército británico, que era la potencia europea con más experiencia en la guerra colonial. Sin embargo, su experiencia no siempre libraba a los mandos británicos de cometer los errores más elementales. Por ejemplo, en Isandhlwana, durante la guerra zulú de 1879, lord Chelmsford dividió su mando y a pesar de que los bóers le habían advertido de la necesidad de rodear el campamento con sus carros cuando entrara en combate contra los zulús, no lo hizo. La experiencia había mostrado que sólo un fuego concentrado podía hacer retroceder a los zulús, pero los británicos habían dispersado sus tropas por una zona muy extensa. Cuando los zulús lanzaron un ataque multitudinario, los británicos se encontraron con que sus reservas de municiones estaban atornilladas y, faltos de destornilladores para abrirlas, sus disparos fueron disminuyendo de intensidad.{1} Esto era lo que los zulús habían estado esperando: arrasaron el campo y mataron a unos 1.300 soldados, entre europeos y tropas nativas. Sin embargo, hay que tener en cuenta que el «ejército» zulú estaba compuesto por 20.000 guerreros, frente a los 1.800 hombres de las fuerzas británicas. No obstante, si Chelmsford hubiese efectuado un buen reconocimiento se habría dado cuenta de la presencia de ese formidable ejército y quizás no habría dividido sus fuerzas.

En palabras de Roberto Battaglia, en el año 1896 los italianos libraron en Adowa «la batalla más increíble y absurda que jamás haya tenido lugar en la historia moderna».{2} El general Baratieri, con un ejército de 10.620 soldados italianos y 10.083 soldados nativos, atacó las fuerzas del emperador etíope Minilik, compuestas por unos

100.000 soldados armados con unos 70.000 u 80.000 fusiles. Baratieri estaba sometido a la intensa presión política del primer ministro Crispi y en realidad no le agradaba en absoluto la idea de combatir.{3} A la confusión normal en la guerra los italianos añadían unos mapas poco precisos, un reconocimiento del terreno defectuoso y unas órdenes vagas y equívocas, de manera que las brigadas italianas, dispersas, pronto se extraviaron entre las colinas y perdieron totalmente el contacto entre sí y con su comandante en jefe. El resultado, más que una batalla, fue una masacre en la que murieron entre seis y siete mil soldados italianos y resultaron heridos otros ocho mil.

Tanto en la derrota de Isandhlwana como en la de Adowa el enemigo «autóctono» superaba en número a las tropas europeas en una proporción de entre cinco y diez a uno. En ambos casos los comandantes europeos habían infravalorado a sus enemigos y dividido sus fuerzas, de manera que las diversas unidades fueron «engullidas» poco a poco. También en ambos casos los reconocimientos efectuados habían sido insuficientes y no habían alertado a los mandos de la peligrosa proximidad de las fuerzas enemigas. Pero el ejército español iba a sufrir en 1921, en Annual, una derrota en todo punto semejante a la sufrida por ingleses e italianos, pero esta vez las fuerzas enemigas no llegaban ni a una séptima parte de las suyas.

A principios del presente siglo se produjo en España un fuerte movimiento en favor del establecimiento de un protectorado en el norte de Marruecos. A resultas del tratado francomarroquí de 1912, Francia cedió a España una zona en el norte de Marruecos; el área dependía totalmente del dinero que llegaba de España, que proporcionaban los hombres de negocios interesados en las minas de hierro situadas en el Rif. Era extremadamente difícil defender militarmente la región: en el interior apenas había caminos, estaba escasamente explorada y existían unas zonas montañosas, de las que ni siquiera había mapas, que estaban pobladas por tribus feroces e independientes que no estaban dispuestas a someterse al dominio español.

El principal obstáculo contra las ambiciones españolas en el Rif

era el *caid* de Beni Urriagali, Abd el Krim, que sucedió a su padre en septiembre de 1920. Krim se había educado en España, había sido consejero de la oficina de Asuntos Indígenas y posteriormente profesor del dialecto bereber chilha en la Academia Árabe de Melina. {4} Krim estaba decidido a evitar cualquier expansión europea en su territorio, ya fuese francesa o española. Con la ayuda de su hábil hermano, Si Mohammed, experto en minas, Abd el Krim continuó la tarea de su padre en la construcción de un gran depósito de armas clandestino por si se daba el caso de que los españoles trataran de adentrarse en el Rif.{5} En 1920 el alto comisario en Marruecos, el enérgico general Dámaso Berenguer, se decidió a hacerlo con la ayuda del general Fernández Silvestre, de Melilla.

Fernández Silvestre tenía fama de ser un general valiente y «combativo», que había sido herido no menos de dieciséis veces durante la guerra de Cuba, en 1898. Famoso por su afición a las mujeres y maestro en el trato social, Silvestre era un confidente cercano del rey Alfonso XIII.{6} Sin embargo, su temperamento triunfaba muchas veces sobre la razón; su aversión hacia los «moros», hacia la diplomacia y hacia Abd el Krim en particular dificultaba que pudiese lograr un acuerdo pacífico con el líder rifeño. Consciente de que la corte de Madrid estaba pendiente de él, Silvestre decidió dar una lección a los rifeños.

En mayo de 1921 la posición española, al menos sobre el papel, parecía buena. El avance del general Silvestre hacia el oeste de Melilla, en dirección al Rif central, había puesto bajo el control español una extensión mayor que la lograda durante los doce años precedentes. Comprendía un área de unos 50 kilómetros hacia el sur y 120 kilómetros al oeste, y con un ejército compuesto por 25.700 soldados, 20.600 españoles y 5.100 regulares marroquíes, superaba ampliamente los 3.000 o 4.000 guerreros rifeños de Abd el Krim.{7} Sin embargo, las tropas de Silvestre estaban divididas entre unos 144 puestos avanzados, blocaos y fuertes, algo que iba a tener considerables repercusiones para los españoles. Las guarniciones habituales de los blocaos españoles estaban compuestas por una cifra que oscilaba entre doce y veinte hombres, aunque los centros como Batel, Dar Drius, Buy Meyan y Annual contaban cada uno con

una guarnición compuesta por 800 hombres.

Los españoles se sentían optimistas y pensaban que podrían apoderarse de todo el Rif y alcanzar su objetivo, la bahía de Alhucemas. Berenguer se sintió complacido al visitar Melilla y comprobar que el impulsivo Silvestre se comportaba con moderación. También quedó sorprendido por la cordial acogida que le dispensaron los rifeños: supuso que ello significaba una cierta aceptación del gobierno español. Desgraciadamente estaba equivocado. La moderación de los rifeños se debía a que las pobres cosechas habían obligado a algunos dirigentes de las tribus a emigrar temporalmente a Argelia en busca de trabajo. Las tribus sólo estaban dispuestas a tolerar la ocupación de Silvestre mientras fuesen demasiado débiles para resistir.{8}

Abd el Krim conocía bien la situación en que se hallaba el ejército español en Marruecos. Sabía que su moral era baja y que si podía arrastrar a las tribus al *jihad*, la guerra santa, la resistencia española sería mínima. Resulta más difícil determinar si el alto mando español era, a su vez, consciente de esta situación. En febrero de 1921, Berenguer había informado al ministro de la Guerra que el ejército había de enfrentarse a graves problemas.{9} Los soldados estaban mal pagados, mal alimentados y pobremente equipados. Existían deficiencias en el suministro del material de guerra y los servicios sanitarios eran deplorables. Los barracones y los hospitales eran inmundos en todo el protectorado, por lo que las bajas causadas por la malaria eran innecesariamente elevadas. Su informe fue presentado en las Cortes, el parlamento español, aunque añadiendo que si bien las condiciones eran malas el «espíritu marcial» de las tropas eran bueno.

Mejor hubiera sido decir que el «espíritu marcial» de las tropas, lejos de ser bueno, en algunas unidades era casi inexistente. El nivel general de los mandos era bajo, muchos oficiales eran incompetentes, indisciplinados y debían su posición a sus conexiones familiares. La paga del ejército era tan escasa que muchos oficiales tenían otro trabajo. En Marruecos empleaban gran parte de su tiempo fuera de las guarniciones y se preocupaban muy poco del bienestar de sus tropas. Para el soldado raso la vida era un infierno;

la escasez de equipamiento, instrucción, comida y servicios hospitalarios, así como la casi total ausencia de atenciones médicas, erosionaban la moral.{10}

Cuando Silvestre supo que Abd el Krim se preparaba para combatir, declaró enfurecido: «Este Abd el Krim es un loco. No voy a tomar en serio las amenazas de un pequeño *caid* bereber que hasta hace cuatro días estaba a mi merced. Su insolencia merece un nuevo castigo».{11}

Pese a que algunos jefes tribales le advirtieron que no provocase a Krim cruzando el río Amerkran, Silvestre desdeñó sus consejos y lo cruzó. El 1 de junio, un destacamento español de 250 hombres sitió Abarran. No obstante, los policías aborígenes que los acompañaban se sublevaron y atacaron a los españoles matando a 179 soldados, entre los que se encontraba el comandante. El mismo día las tribus del Rif atacaron la base de Sidi Dris.

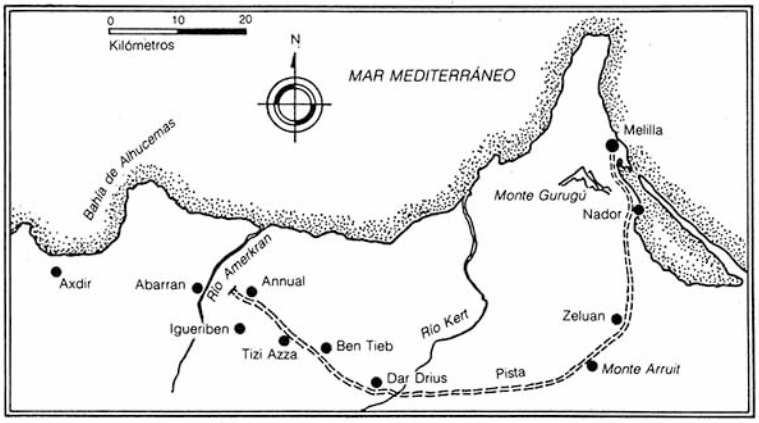
Berenguer, preocupado por estas noticias, embarcó en Ceuta rumbo a Melilla para ver a Silvestre. Cuando el alto comisionado le ordenó que cesara su avance por el Rif, el irascible comandante perdió los estribos y trató de estrangularle, teniendo que ser reducido por la fuerza por los oficiales de su Estado Mayor.{12} Berenguer partió creyendo que sus órdenes estaban suficientemente claras, pero Silvestre estaba persuadido de que otro pequeño avance no le causaría ningún perjuicio, por lo que ordenó que establecieran una nueva base en Igueriben, a unos cinco kilómetros de Annual.

Abd el Krim decidió en aquel momento lanzar un ataque anticipatorio contra las posiciones españolas. En aquel momento, la hostilidad hacia los españoles entre los hombres de las tribus rifeñas era más fuerte que nunca, por lo que cuando Krim declaró la *jihad* su auditorio estaba más que predispuesto:

> Oh, musulmanes, nosotros hemos deseado hacer las paces con España, pero España no quiere. Sólo desea ocupar nuestras tierras para arrebatarnos nuestras propiedades y nuestras mujeres y para hacernos abandonar nuestra religión. No podemos esperar nada bueno de España ... El Corán dice «el que muere en la guerra santa va hacia la gloria».{13}

Pese a la naturaleza emocional de su arenga, Abd el Krim no

actuaba de una manera precipitada, sino que había ido preparando a sus fuerzas con todo sigilo. Probó las defensas españolas en una serie de «ataques y retiradas» y llegó a la conclusión de que podía asestarles un golpe definitivo. Con un ejército —o *harka*— procedente de Ben Urriaglis, Abd el Krim atacó por sorpresa el 17 de julio de 1921.



14. La posición española en el Rif se basaba en su ocupación de unos cuantos puntos fuertes aislados entre sí. Sin embargo, tales emplazamientos habían sido mal elegidos y habían sido construidos de forma defectuosa. Cuando Abd el Krim logró tomar Annual, la resistencia española se desmoronó y todos sus fuertes fueron capturados uno tras otro.

La base de Igueriben, a medio construir, recibió el primer ataque. Increíblemente, había sido construida a cinco kilómetros de distancia del suministro de agua más cercano, por lo que los soldados españoles pronto sufrieron la tortura de la sed.{14} A medida que la lucha avanzaba lo único que les quedaba para beber era el jugo de las latas de pimiento y tomate, y después «vinagre, agua de colonia, tinta y, finalmente, su propia orina endulzada con azúcar». Desde Annual enviaron una columna en socorro de aquellos hombres, pero no se atrevieron a avanzar hacia Igueriben, pues tenían que pasar por un estrecho desfiladero fuertemente defendido por los rifeños. Se retiraron tras haber perdido 152 hombres, abandonando la base a su suerte. El 21 de julio Silvestre había tratado de dirigir una carga de caballería a través del desfiladero para rescatar la guarnición, pero el fuego de los cañones apostados en las colinas le hizo

retroceder. Finalmente Igueriben fue invadida y su guarnición masacrada.

Silvestre regresó a Annual, un campamento asentado sobre tres pequeñas laderas y que podía dominarse desde las colinas circundantes. El general, tan confiado tiempo atrás, empezó a sentir pánico: tenía dificultades para dormir y para digerir los alimentos. El rey le envió un telegrama en el que le instaba a tomar la bahía de Alhucemas para el 25 de julio, día del cumpleaños de su majestad. Silvestre se dio cuenta de que estaba acorralado por su propia reputación de «comefuegos» y hombre que hace lo que dice.{15} Estaba ya claro para él que la situación local era desesperada y que ni siquiera Annual, la principal base española en el Rif, podía mantenerse. La mañana del 22 de julio, después de una reunión con los oficiales, ordenó una retirada a gran escala. No había previsto ningún plan y dijo simplemente a las tropas que se marchasen «por sorpresa».{16} La conmoción que causó la orden del propio comandante en jefe hizo perder los nervios a la mayoría de la tropa, formada por conscriptos, que rompieron filas y huyeron presas del pánico. Sus oficiales no hicieron nada para impedir la estampida, mientras que Silvestre, que al parecer no tenía ni idea de cómo gobernar la situación, se limitaba a decir a sus tropas, «corred, corred, ese diablo está a punto de llegar».{17} En realidad ya estaba allí y muy pocos soldados españoles escaparon de la muerte a manos de los rifeños. No se sabe con certeza cómo murió Silvestre, pero algunas versiones dicen que fue el propio Abd el Krim quien le cortó la cabeza para lucir luego su brillante fajín de general, mientras que otros informes hablan de suicidio.{18}

Los fuertes y bases españoles cayeron como fichas de dominó. Como los supervivientes de la zona occidental y del sur se dirigían todos hacia el este, no hicieron más que incrementar el pánico difundiendo historias de horribles masacres. Por si fuese poco, las noticias de los desastres españoles en Igueriben y Annual llegaron a oídos de las tribus que se habían mantenido en calma, que se sublevaron contra los odiados invasores. La caída de la posición española y la huida desordenada de un ejército de más de 20.000 hombres ante un puñado de rifeños fue desgraciada. Aquí y allá,

algunos soldados se detenían y trataban de reunirse con los demás pero quedaban desbordados por el enemigo y por sus propios desertores. Lo cierto es que España no había preparado posiciones fortificadas en la retaguardia desde las cuales realizar un repliegue ordenado. Todo lo que había entre Annual y Melilla eran decenas de pequeños blocaos cuyos tejados se podían volar con granadas de mano.

El general Navarro, segundo de Silvestre, trató de reunir dos o tres mil supervivientes y retirarse hacia Melilla para encontrarse con la columna de socorro que corría a su encuentro, pero se vio forzado a detenerse en Monte Arruit, pues no quería abandonar a los heridos. Una vez allí decidió intentar defender el viejo fuerte de adobe, construido a casi un kilómetro de distancia de la fuente de agua más cercana. Una vez más los españoles cometieron un error increíble. En Monte Arruit no había equipo médico de ninguna clase y 167 hombres murieron a causa de la gangrena. Desde Melilla partieron aviones para lanzar comida y provisiones sobre la asediada guarnición de Navarro, pero la mayoría de los paquetes cayeron en manos de los rifeños. Al final, Berenguer dio permiso a Navarro para que se rindiese, pero tras la rendición los rifeños cayeron sobre el fuerte y mataron a todos excepto a Navarro y algunos más.

Monte Arruit estaba a menos de treinta kilómetros de distancia de Melilla, pero pese a ello no hicieron ningún intento de socorrerlo. De hecho la guarnición de Melilla contaba con 1.600 hombres, la mayoría de ellos soldados conscriptos con escasa formación militar. Abd el Krim sabía que podía haber tomado también Melilla, privando así a España de la única base que le quedaba en el noreste de Marruecos. De haberlo hecho, no está nada claro que los españoles hubiesen podido recuperar la ciudad y restablecer su posición en el Rif. Pero los hombres de Krim no eran soldados profesionales; habían disfrutado con la victoria y con el botín, pero estaban cansados y deseaban volver a sus hogares. No faltaba mucho para la cosecha y eso era bastante más importante para aquellos hombres rurales que matar unos cuantos españoles más.{19}

Cuando Berenguer conoció esas noticias envió refuerzos a Melilla y declaró a la prensa: «Se ha perdido todo, hasta el honor». Quizá

Berenguer tenía razón. La derrota del ejército español en Annual fue el mayor desastre sufrido en siglos por una potencia europea a manos de un ejército «incivilizado». Para España las pérdidas fueron enormes, ya no sólo en prestigio, sino en vidas, material y territorio. Las cifras de bajas oscilan según la fuente, pero incluso las Cortes admitieron más de 13.000 muertos, aunque la cifra más probable sea la de 19.000, ya que los rifeños no hacían prisioneros. Las pérdidas en material incluyen 20.000 fusiles, 400 ametralladoras y 129 cañones; todas las inversiones españolas en el norte de Marruecos —ferrocarriles, minas, equipamiento agrícola, escuelas, puestos militares, etcétera— se perdieron en cuestión de días.

Resulta sencillo criticar al comandante Silvestre, a sus tropas de conscriptos o a los estrategas, que construyeron fuertes y bases y dispersaron sus tropas como semillas por el desierto. Pero los políticos también deberían rendir cuentas por haber permitido que el ejército se desintegrase por falta de suministros y de dinero. La corrupción se había convertido en parte integrante de la vida cotidiana española y en ella estaban implicados tanto los políticos como los profesionales liberales, la iglesia y el ejército. Hizo falta un desastre como el de Annual para que la gente se diese cuenta de las consecuencias de sus acciones. Las revelaciones que salieron a la luz a propósito del comportamiento del ejército español en Marruecos fueron una lección dura de aprender.

Los hallazgos de la comisión de investigación del desastre presidida por el general Picasso revelaron el amplio alcance de la corrupción. Aunque no se podía acusar a todos los oficiales de incompetentes y de corruptos, la mayoría eran ambas cosas. Durante 1920 once capitanes que habían actuado como tesoreros de su cuerpo de ejército habían abandonado el ejército para evitar la acusación de malversación; uno de ellos llegó a suicidarse. El dinero que las Cortes españolas habían destinado a la construcción de carreteras fue a parar a los bolsillos de los altos oficiales. Los oficiales inferiores habían robado todo cuanto habían podido en los almacenes del ejército para venderlo e incrementar así sus salarios. Los oficiales pasaban mucho tiempo lejos de sus tropas y los más veteranos o bien vivían en España o «jugaban y putañeaban» en

Melilla. Los soldados y sus mujeres permutaban armas con los rifeños a cambio de fruta y verduras frescas.{20}

Los soldados españoles conscriptos eran los de más baja categoría de entre todos los soldados europeos. El 80 por 100 eran analfabetos y eran los menos hábiles de todos los conscriptos, habida cuenta de que carecían de la inteligencia, la educación o el dinero necesarios para encontrar sustitutos.{21} Estaban poco entrenados y pobremente armados; muchos de sus fusiles ya habían sido utilizados en la guerra de 1898 contra los Estados Unidos y no se habían limpiado ni utilizado desde entonces. Un informe relata que de un comando de 30 hombres, 19 de ellos tenían unos fusiles en tan malas condiciones que las balas que disparaban no llegaban a más de un kilómetro.{22}

El soldado español medio tenía pocos motivos para enorgullecerse de su profesión. Cobraba menos de una tercera parte de lo que cobraba un ri reño como peón caminero y se veía obligado a subsistir a base de café, judías, arroz y pan. No es, pues, extraño que aprendiera a dar tan poco como recibía. Era diestro en evitar las tareas en el frente, en comer tabaco para aparentar que tenía ictericia o en contraer enfermedades venéreas a propósito. Aplicaba ortigas a pequeñas heridas para que se ulcerasen o se provocaba llagas ulcerosas en las piernas con monedas al rojo vivo.{23} Si se considera tal desmoralización resulta más fácil entender el fracaso de Annual.

Los jefes que les tocaron en suerte eran deplorables. En Melilla se descubrió que muchos oficiales se habían escondido en las bodegas durante el ataque para aparecer después afirmando que habían sido hechos prisioneros. Otros oficiales escaparon en lugar de hacer frente a los rifeños y no se preocuparon por volver a sus posiciones. Un oficial al oír la alarma en Monte Arruit se apoderó del único coche que había y se fue a Melilla. Cuando se abrieron los almacenes militares de Melilla ante la magnitud de la emergencia resultó que en su interior no quedaba nada: todo había sido vendido a los contrabandistas.{24}

También resulta difícil defender la política de construir 130 o 150 puestos y blocaos alrededor de Melilla, y además de cualquier

manera. Muy pocas bases tenían médicos o equipamiento médico, mientras que la mayoría de soldados tenían que vestir uniformes de verano durante los fríos inviernos marroquíes porque carecían de algo mejor que ponerse. De los 50 camiones que se habían enviado a Melilla para resolver el problema de los transportes, en el Rif sólo se vieron 5. Los soldados de Annual tan sólo disponían de 40 cartuchos cada uno y sólo había 600 proyectiles en total para los cañones. En una situación tal, ¿qué esperaban que hicieran los soldados rasos? Al oír las noticias procedentes de Annual el mariscal Lyautey, comandante francés y experto en campañas coloniales, comentó: «El soldado español, que es tan valiente como sufrido, podrá conocer mejores épocas bajo otros mandos».{25}

Para terminar quiero añadir algo más acerca de Silvestre, el general que desobedeció órdenes y atrajo el desastre sobre sí, sus soldados y su país. Desde luego era un hombre impulsivo, pero también es cierto que, al igual que Baratieri en Adowa, estaba sometido a presiones considerables, que en su caso procedían del rey Alfonso, para que consiguiese «una victoria decisiva». Al parecer la comisión Picasso descubrió una carta del rey a Silvestre en la que le instaba a avanzar hacia el interior del Rif: «Haz lo que te digo, y no hagas caso del ministro de la guerra, que es un imbécil», le había escrito el rey.{26} Los fallos de Silvestre como comandante están claros, pero la responsabilidad por el desastre de Annual no debe recaer únicamente en sus espaldas. Abd el Krim venció, pero a quien venció realmente fue a décadas de corrupción y dejadez que habían sustituido a la política en Marruecos.

10. LA CAÍDA DE SINGAPUR (1942)

No hay en este libro ningún ejemplo que ilustre de una manera tan directa el tipo de factores que contribuyen a la incompetencia militar como el de la caída de la «fortaleza de Singapur» en manos de los japoneses el 15 de febrero de 1942, ya que se produjeron graves errores por parte de los políticos, los estrategas y, respecto a la táctica, por parte de los mandos militares. Como dentro de los límites de un solo capítulo es imposible tratar debidamente todos los aspectos de ese fracaso, para hacer justicia a los comandantes que tuvieron que defender lo «indefendible» he preferido centrarme en los fallos estratégicos de una generación, y especialmente en los errores de Winston Churchill, primer ministro y jefe supremo militar, cuyas interferencias políticas convirtieron la derrota en el Extremo Oriente en un desastre. Al hacerlo no estoy tratando de pasar por alto los graves fallos de los mandos, sino que mi intención es tan sólo señalar que lo ocurrido se debió en gran parte a decisiones políticas tomadas años antes de la invasión japonesa. En este sentido Percival, con todos sus fallos, fue más «el ofendido que el ofensor». Un comandante más capaz que Percival sin duda alguna hubiese obtenido mayor provecho de los recursos de que disponía pero ni siquiera el mejor dirigente hubiese podido corregir los efectos de décadas de abandono y parsimonia.

Antes de 1914 el desarrollo de la armada alemana había evidenciado ya que el Reino Unido no podía permitirse el lujo de emplear las mejores unidades de su flota lejos del país. Como resultado de ello, en el Extremo Oriente tuvo que confiar en la diplomacia más que en sus fuerzas militares para defender sus intereses. Por otra parte, la alianza con Japón le permitía contar con el poderío naval japonés para combatir a los cazas de superficie alemanes. Pero ya incluso durante la primera guerra mundial se habían desarrollado en el Japón síntomas de anglofobia y después

de 1918 era obvio que no se podía seguir contando con Japón como aliado. Por el contrario, el creciente poderío japonés iba a representar la mayor amenaza a la que tendrían que enfrentarse los intereses británicos en el Extremo Oriente.

En vista de que el otrora amigo japonés se convertía en un enemigo potencial, Australia y Nueva Zelanda pidieron garantías de que podían confiar en que el Reino Unido dispondría de una flota suficientemente poderosa como para disuadir a cualquier posible agresor. Esto representaba dos problemas: el Reino Unido debía construir una gran base para la flota en el Extremo Oriente y en consecuencia tenía que enviar luego una flota para que la ocupase. Esto significaba que le hacían falta dos flotas: una para mantenerla en aguas inglesas para contrarrestar la amenaza de cualquier potencia europea, y otra para situarla en el Oriente para hacer frente a potencias no europeas.

La base naval se podía construir en muchos lugares, pero al final la elección se dirimió entre Sídney y Singapur. En 1921 se tomó la decisión de situarla en Singapur, puesto que estaba algunos miles de kilómetros más cerca tanto del Reino Unido como de Japón, el probable futuro enemigo. Sin embargo, la década de 1920 era una época de restricciones económicas en Inglaterra y construir una nueva base para la flota en Oriente y una flota nueva que la ocupase estaba fuera de sus posibilidades. Puesto que sus acorazados se iban quedando cada día más obsoletos era preciso un vasto programa de reconstrucción, si es que querían igualar el creciente poderío naval estadounidense y japonés. El tratado de Washington, que fijaba las fuerzas navales británicas, norteamericanas y japonesas en una proporción de 5:5:3, supuso un respiro temporal, pero significaba al mismo tiempo que los británicos nunca podrían igualar el poderío naval japonés en Oriente si al mismo tiempo mantenían una flota en sus propias aguas territoriales.

Frente al colapso inevitable de su posición como potencia mundial, el Reino Unido prefirió ignorar el problema y buscar refugio en su propia propaganda. Para una nación que había ganado su imperio gracias a su fuerza naval, que lo había mantenido mediante el poder de su flota y cuya estrategia había subrayado siempre la

movilidad que le proporcionaba la armada, no era fácil aceptar que ahora debía enfrentarse a unos rivales que poseían un potencial aún mayor. El resultado fue que el Reino Unido decidió no afrontar directamente el problema, tratando de buscar la mejor solución, sino que recurrió a una política estratégicamente inviable y políticamente deshonesta. A fin de tranquilizar a la opinión pública australiana, declaró que aunque la ñota principal se mantendría en aguas europeas, en caso de conflicto zarparía hacia Oriente, a donde llegaría en 70 días. Tal promesa se convirtió en un artículo de fe para la estrategia británica de entreguerras.

Así pues, la defensa de los intereses británicos en Oriente pasó a depender del «mito de la flota» en un momento en que el resurgimiento del poderío naval alemán en la década de 1930 hacía que la flota que surcaba las aguas británicas apenas fuese suficiente. La cantidad de barcos que poseía era aún impresionante, pero los nuevos acorazados alemanes superaban a los británicos en casi todos los aspectos. Pronto quedó claro que los británicos no podrían enviar barcos a ningún sitio mientras el peligro procedente de Alemania fuese tan considerable.

Se fue abriendo una brecha de credibilidad entre lo que el Reino Unido prometía y lo que realmente podía hacer. Se amplió hasta 90 el número de días que tardaría la flota en llegar a Singapur y después hasta seis meses. En mayo de 1939 se admitió finalmente que ya no era posible decir cuánto tiempo tardaría la flota en llegar a Oriente ni tampoco el número de barcos que la compondrían. Esto se apartaba bastante de la idea de la gran flota de la que dependían los australianos, neozelandeses y malayos.

El reconocimiento tardío de que sería imposible enviar una flota a Oriente perturbó la estrategia de defensa. Ya no se podía seguir creyendo en el mito de que la madre patria enviaría una flota invencible para rescatar a sus imperiales vástagos. La defensa de Malaya y Singapur se tenía que dejar en manos del ejército y de la RAF, que no sólo no podían confiar en la llegada de una flota de socorro, sino que tenían además que ser capaces de resistir un asedio indefinido. Esta era una situación nueva. Todos los planes anteriores habían postulado siempre la defensa naval de la península

malaya, en la que los otros dos ejércitos (aire y tierra) desempeñarían un papel bastante secundario, por lo que no contaban con unas líneas claras sobre las que basar la defensa de Singapur.

La construcción de la base naval en Singapur, que comenzó el año 1921, se vio rodeada de persistentes disputas interdepartamentales. El primer problema fue decidir en qué lugar de la isla se debía situar. En febrero de 1923 la armada votó en contra de construir la base en la zona que daba a mar abierto, ya que estaría demasiado cerca del puerto comercial. Pero situarla al este del arrecife de Johore imponía ciertos requerimientos militares. Una de las necesidades inmediatas era la de establecer un perímetro de defensa en tierra firme que mantuviese a la base fuera del alcance de la artillería. Había muchos ejemplos de cómo los japoneses estaban preparados para atacar fortalezas situadas en los puertos. En 1904-1905 habían asediado Port Arthur desde tierra, mientras que en 1914 se apoderaron de Tsingtao.{1} Pero esto no se tuvo en cuenta y se optó por defender Singapur desde el mar y no desde tierra. Era un error creer que la jungla de Johore y del sudeste de Malaya protegería a la base contra cualquier ataque por tierra.{2} En cualquier caso, se creía que un ataque por tierra desde el norte llevaría demasiado tiempo. Por consiguiente, la defensa de Singapur se basó desde el principio en una concepción peligrosamente falsa.

La cuestión de las defensas fijas permanentes para la base naval se resolvió con un conflicto entre cañones y aviones. El ejército estaba convencido de que el arma más efectiva era la artillería pesada, mientras que las fuerzas aéreas, por medio de Trenchard, argumentaban en favor de una defensa compuesta por bombarderos lanzatorpedos, cazas y aviones de reconocimiento. En el contexto de la década de 1920 la discusión era más auténtica de lo que hoy nos puede parecer. La capacidad de la fuerza aérea era una cuestión emocional. Con muy buen criterio la RAF señalaba que los aviones tenían un radio de acción mayor que el de la artillería y que podían enfrentarse con una fuerza invasora en el mar a mayor distancia de lo que podían hacerlo los cañones fijos; que ningún sistema de defensa lineal rígido en tierra podía ser eficaz contra la movilidad de

una invasión realizada desde el mar. El Reino Unido, en su calidad de potencia naval con experiencia en las operaciones anfibias, por lo menos hubiese tenido que entender este punto. La RAF adujo que gracias a la velocidad de los aviones sería posible enviar rápidamente refuerzos a Singapur. Sin embargo, el almirante Beatty era el exponente de la teoría de los grandes cañones y sus argumentos tenían mucho peso. Al final la RAF no consiguió convencer a los estrategas, que afirmaban que no había evidencia alguna de que los aviones pudiesen hundir barcos de guerra.{3} Evidentemente era cierto que los aviones de los años veinte eran lentos y estaban deficientemente armados, aunque puesto que había mejorado su calidad bien podían haber mejorado también su capacidad de bombardear barcos. La construcción de la base iba a durar varios años, por lo que hubiera sido necesario intentar anticiparse a los avances tecnológicos. Si los expertos en aviación preveían que pronto los aviones serían capaces de hundir barcos, era una locura que los estrategas rechazasen este argumento sólo porque a la sazón aún no habían hundido ninguno, lo que presuponía un estancamiento de la tecnología militar. El segundo argumento en contra de encomendar la defensa a los aviones era más válido. En caso de crisis no sería posible desprenderse de ellos para enviarlos a Oriente, como tampoco sería posible enviar los barcos. Así pues, el resultado fue que hasta finales de la década de 1930 Singapur fue defendido por la artillería.

En esa época se pusieron en cuestión las líneas de actuación del Reino Unido en Singapur. La constante mejora de las prestaciones de los aviones demostró que las bases aéreas avanzadas y el reconocimiento aéreo mar adentro eran esenciales para la defensa de la base naval. Esto significaba que se debían emplazar campos de aviación en el norte y en la costa este de la península malaya, que la RAF construyó en Kuantan, Kahang y tres en los alrededores de Kota Bharu. El ejército se enfureció porque no le habían consultado y algunos de los campos de aviación se habían construido en lugares indefendibles. Pero de cualquier manera no quedaba más remedio que defenderlos y ello suponía desplegar más tropas que permitirían defender más zonas de la península malaya.{4}

Quizás lo que puso más en cuestión el concepto de Singapur como fortaleza fueron las conclusiones a que llegó un informe del Estado Mayor acerca de un posible ataque japonés sobre Malaya y Singapur, elaborado por el teniente general sir William Dobbie en 1937. Por una ironía de la vida su jefe de Estado Mayor era el general de brigada A. E. Percival, sobre quien recayó la defensa de Singapur en 1942. Sus descubrimientos no eran muy alentadores, ya que indicaban que los japoneses podrían capturar los campos de aviación del sur de Tailandia, efectuar un desembarco al norte de Malaya y en el sur de Tailandia y avanzar hacia Singapur a través de la península malaya. Finalmente afirmaban que era erróneo pensar, como había ocurrido durante largo tiempo, que la jungla representaría un obstáculo insalvable para la infantería, y que Singapur era vulnerable a un ataque por tierra desde el norte. El informe recomendaba la defensa del norte de Malaya y Johore, el fortalecimiento de la RAF para evitar desembarcos anfibios y terminaba recalcando que se precisaban tanques.{5}

La reacción que el informe produjo en el ministerio de la Guerra en enero de 1938 fue, como era de prever, descorazonadora y muy poco convincente:

1. La flota británica saldría rumbo a Singapur fuera cual fuese la situación en las aguas europeas.

2. Los japoneses están muy ocupados en China, algo que no se ha tenido en cuenta.

3. El jefe del Estado Mayor imperial no considera justificada la petición de una unidad de tanques.

4. Los fondos para el rearme son escasos.{6}

La primera afirmación era absurda. Nadie podía creer realmente que la flota se dirigiese a defender Singapur, aun a costa de desproteger el propio país. En 1938 la amenaza alemana —que incluía su creciente flota— era suficientemente real como para que el Reino Unido se diese cuenta de que necesitaba todas las armas de su arsenal.

Para mantener en Europa el mito de la «fortaleza de Singapur» cuando estalló la guerra fue necesario exagerar su poderío y minimizar su debilidad. Esta era una cuestión que se adaptaba

perfectamente al estilo retórico de Winston Churchill. Se dijo que los japoneses no podían atacar directamente Singapur porque su camino estaba bloqueado por los norteamericanos en Filipinas y por los franceses en Indochina. Churchill insistía en que:

> Singapur es una fortaleza armada con cinco cañones de 38 cm y con una guarnición de casi 20.000 hombres, que sólo puede ser. tomada tras el asedio de un enemigo que disponga por lo menos de 50.000 hombres ... Como Singapur está tan lejos de Japón como Southampton de Nueva York, podemos desestimar la posibilidad de una operación que implique el traslado y mantenimiento de un ejército japonés con sus correspondientes barcos. Además, un asedio de estas características, que duraría por lo menos cuatro o cinco meses, se podría interrumpir en cualquier momento si el Reino Unido decidiese hacer entrar en escena a la flota.{7}

Esto evidenciaba una autocomplacencia peligrosa, especialmente por lo que se refiere a la infundada afirmación de que el Reino Unido podría interrumpir el asedio si decidía enviar una flota superior, ya que esto presuponía que la flota del Reino Unido en 1939 era superior a la del Japón y, como Churchill sabía muy bien, tal presunción estaba lejos de la realidad.

En 1939 el Reino Unido disponía de quince acorazados y los japoneses de diez. Pero tres de los barcos británicos eran antiguos cruceros de combate que ya actuaron en la primera guerra mundial, que presentaban muy pocas ventajas con respecto a los que tan desastrosamente habían sucumbido en Jutlandia. Ninguno de ellos era capaz de hacer frente a un moderno crucero de combate enemigo, como el triste destino del *Hood* se encargaba de recordar. De los otros doce acorazados británicos, todos excepto dos habían sido construidos antes o durante la primera guerra mundial, la mayoría habían participado en la batalla de Jutlandia y desde 1936 sólo tres habían recibido algún tipo de modernización. Por el contrario los diez acorazados japoneses habían sido modernizados. Por si esto fuera poco el *King George V*, construido en Inglaterra al principio de la guerra, quedaba ampliamente superado por los dos leviatanes *Yamato* y *Musashi* construidos en Japón. Una simple comparación será suficiente:

	King George V	***Yamato***
Terminado en	Nov. 1941	Die. 1941
Desplazamiento	38.000 toneladas	64.170 toneladas
Armamento	Diez «14 pulgadas»	Nueve «18 pulgadas»
Velocidad	29 nudos	27 nudos
Blindaje	40 cm (aprox.)	50 cm (aprox.)[{8}]

Los japoneses no tardaron en darse cuenta de que en la guerra moderna los barcos de mayor importancia no eran los acorazados de combate, sino los portaviones. En 1939 la marina británica disponía de siete portaviones y estaba construyendo cuatro más. Frente a ello los japoneses disponían de seis y estaban construyendo once. En cualquier caso las necesidades de la guerra en el Mediterráneo dejaban bien claro que el Reino Unido no podría enviar ningún portaviones al Extremo Oriente.

En abril de 1940 el general Bond, antecesor de Percival en Singapur, insistió en la necesidad de construir una formidable fuerza aérea que compensase las limitaciones de las fuerzas de tierra, y especialmente la ausencia de tanques. Las tropas de que disponía estaban ocupadas en la defensa de posiciones fijas como los campos de aviación y como resultado de ello las defensas británicas no eran fuertes en ningún sitio. Entonces Londres aceptó que la defensa aérea debía ser la piedra angular de la defensa de Malaya; pero aun después de admitir tal cosa no hizo nada, retrasando el refuerzo de la aviación en Malaya hasta finales de 1941 y prometiendo en su lugar enviar más tropas. Durante todo el año 1940 sólo enviaron una división. Como escribió H. P. Willmott:

> En toda la historia militar resulta difícil encontrar una serie de decisiones estratégicas que alcanzasen un punto tan bajo como las que tomaron los británicos en ese momento. Habían confiado la defensa de Malaya a su fuerza naval. Cuando se dieron cuenta de que esa idea había entrado en bancarrota cifraron la posibilidad de defensa en las fuerzas aéreas con el fin de economizar tropas y al final enviaron tropas para economizar aviones.[{9}]

Los británicos habían estado dependiendo de los franceses en Indochina para complementar su limitada fuerza aérea, pero desde la caída de Francia en 1940 la situación en sus colonias no estaba clara. La junta de jefes de Estado Mayor estimó que para la defensa de Malaya se necesitaban 22 escuadrones de aviones, lo que daba un total de 336 unidades. Esta cifra era modesta en relación a los 700 aviones que los japoneses tenían a su disposición. En cualquier caso, la RAF rechazó esta cifra por demasiado baja y consideró que para defender Malaya de una invasión necesitaba 556 aviones, así como impedir que Japón estableciese bases aéreas en Borneo. También se ocuparía de la defensa de los barcos mercantes, pero la cifra de aviones que pidieron tampoco era suficiente.

Durante 1941 se hicieron pequeños intentos para reforzar la RAF y el ejército, pero no se llegó ni con mucho a proveerles de todo lo necesario. La junta de jefes de Estado Mayor consideraba que se debían destinar a Singapur y Malaya 48 brigadas de infantería y dos brigadas acorazadas, pero en noviembre de 1941 sólo habían 33 batallones de infantería, contando algunas unidades indias poco entrenadas, y no se disponía de ningún tanque. En los campos de aviación, a cuya defensa se destinaba la mayoría de las tropas disponibles, había un total de 141 aviones de segunda categoría: 17 Hudson, 34 bombarderos Blenheim, 27 bombarderos lanzatorpedos Wildebeeste, 10 cazas nocturnos Blenheim, 3 hidroaviones Catalina, 4 Swordfish, 5 Shark y 41 Brewster Buffalo, las joyas de la familia, que lamentablemente quedaban superadas por los Zero japoneses. {10} ¿Por qué se permitió que la situación llegase a unos extremos tan lamentables? Podemos encontrar la respuesta en las interferencias del primer ministro Winston Churchill.

La invasión alemana de Rusia en junio de 1941 hizo que Churchill emplease los aviones que tan desesperadamente se necesitaban en Malaya en la defensa de su nuevo aliado. Entre junio y diciembre de 1941, partieron con rumbo a Rusia 53 barcos mercantes británicos repletos de material bélico, entre el que se encontraban por lo menos 200 Hurricane.{11} La junta de jefes de Estado Mayor, que seguía pensando que se necesitaban 336 aviones para la defensa de Malaya, hizo llegar su protesta al comité de defensa, diciendo que

«sería más rentable enviar los aviones al Extremo Oriente». Los japoneses conocían la cifra de 336 y creían que este era el número de aviones que tenían los británicos en Oriente; pero no era así, ya que Churchill había puesto reparos al envío de una fuerza tan considerable. El 13 de junio de 1941 escribió a la junta de jefes de Estado Mayor:

> No recuerdo haber dado mi aprobación a esa gran dispersión de fuerzas; si, por el contrario, se sigue mi trayectoria se verá una tendencia totalmente opuesta. No parece que la situación en el Extremo Oriente requiera por ahora mantener un contingente de aviones tan elevado y tampoco lo permite el número de efectivos de que dispone nuestra fuerza aérea.{12}

Como resultado de ello cuando estalló la guerra en Oriente las fuerzas británicas en Malaya no sólo no tenían los 566 aviones que habían solicitado en 1940, sino que tampoco disponían de los 336 que les había prometido la junta de jefes de Estado Mayor. Tan sólo contaban con 158 aviones de muy baja calidad. Pero tampoco este hecho contribuyó a aumentar el sentido de realidad de algunos de los mandos en Singapur, cuyo etnocentrismo les impedía ver las cualidades marciales de los japoneses. Algunos años después Percival escribió:

> Aunque para la mayoría de nosotros, y también al parecer para el comandante en jefe, el mando del Extremo Oriente y la AOC, estaba claro que nuestra fuerza aérea era demasiado débil como para causar daños serios a una expedición por mar antes de que ésta pudiese establecer una cabeza de puente, en una conferencia de defensa de la junta de jefes de Estado Mayor que si no recuerdo mal se celebró en agosto de 1941, la opinión oficial, expresada por el capitán médico Darvall, representante del comandante en jefe de las fuerzas aéreas, era de que podíamos confiar en que la RAF destruiría, creo, cerca del 70 por 100 de los barcos de una fuerza enemiga antes de que lograsen desembarcar sus tropas. El problema estaba en que la mayoría de los oficiales más antiguos de la RAF y de la armada eran demasiado optimistas acerca de lo que eran capaces de hacer. {13}

Las pérdidas británicas en la fatídica campaña de Grecia, combinadas con el envío de aviones y equipamiento a Rusia, hicieron que no se pudiese disponer de unos 600 aviones de primera categoría que hubiesen podido alterar sustancialmente el equilibrio estratégico en Oriente. Así pues, la armada era la única que podía enviar refuerzos a Singapur; por lo que se propuso que a principios de 1942 se dirigiese allí una flota compuesta por tres cruceros de combate y dos de los tres portaviones estacionados en Ceilán, mientras que cuatro antiguos cruceros del tipo Revenge actuarían como escoltas en el océano índico. Esto podía parecer bien sobre el papel, pero no ocultaba el hecho de que esos antiguos barcos no podían compararse con los de los japoneses. Pero a Winston Churchill tampoco le pareció bien esta idea y creyó que sería más provechoso hacer un gesto que pudiesen entender amigos y enemigos a la vez. Hacía mucho tiempo que el poderío británico en Oriente dependía de su prestigio, por lo que éste se tenía que reforzar con una demostración de su potencia naval. Los viejos cruceros de combate de la primera guerra mundial no servían para este propósito; hacían falta los barcos más nuevos para mostrar la preocupación británica por sus posesiones orientales. Pero los barcos nuevos no demostraban nada parecido. A los japoneses les impresionó muy poco la curiosa estrategia de enviar dos de los mejores barcos sin la protección de una defensa aérea. Donde Churchill veía el envío de los barcos como un acto disuasorio, los japoneses vieron sólo un gesto inútil. Si estaban preparados para asaltar toda la flota del Pacífico de los Estados Unidos no se iban a detener por la presencia de dos buques británicos, por muy prestigioso que fuese su linaje.

La elección del *Prince of Wales* era obvia, aunque su carrera no había sido muy brillante. Su temprano encuentro con el *Bismarck*, acompañado por el malogrado *Hood*, por poco no terminó en un desastre. En aquella época no estaba preparado para enfrentarse al que probablemente era el navío más poderoso del momento; sus hombres habían tenido pocas oportunidades para llegar a un punto óptimo de eficiencia y encajó cuantiosos daños antes de poder asestar un golpe a su oponente. Su capitán decidió abandonar la

lucha y esto le ganó una reputación poco envidiable. Pese a ello era el mejor barco que tenía el Reino Unido y estaba presto al combate aunque su artillería de 35,5 cm era inferior a la norteamericana, de 40,5 cm, y a la extraordinaria artillería de unos 45 cm que poseían los súper acorazados japoneses.

El antiguo acorazado *Repulse* era un diseño de la primera guerra mundial, aunque había sido modernizado sustancialmente en la década de 1930. Transportaba cañones de 38 cm y era un barco rápido, aunque su blindaje era relativamente ligero. Aunque no hubiese sucumbido a un ataque aéreo no podía hacer frente a los acorazados japoneses en un encuentro de superficie, ni quizás tampoco a dos de los acorazados pesados de tipo Mogami, que transportaban diez cañones de 20,5 cm. Podría haber servido de buque rápido, de «caza», pero resulta dudoso que le hubieran permitido desempeñar ese papel de combatiente por libre.

El plan original para la Fuerza Z, tal como se comunicó a los dos barcos, era que navegarían acompañados por el portaaviones *Indomitable.* Desgraciadamente éste había encallado en las Indias Occidentales y no podía viajar hacia Oriente. Así pues, el *Prince of Wales* y el *Repulse* continuaron su viaje hacia Singapur sin la escolta del portaaviones, por lo que su destino dependía de sus propias armas. Llegaron a Singapur el 4 de diciembre y causaron el efecto que Churchill había previsto en los hombres de la guarnición y entre los habitantes de la isla. Desgraciadamente, lo que todos consideraron un símbolo del poder naval británico en realidad era una muestra de su debilidad. Gran Bretaña no tenía ningún portaaviones disponible y la Fuerza Z carecía de un arma aérea integrada y ni tan siquiera podía contar con la protección de las fuerzas de la RAF en Malaya. Los dos acorazados casi entraban en la categoría de un sacrificio sangriento por la ineptitud de una generación de planificadores y estrategas británicos.

La posición británica en el Extremo Oriente se basaba más en el prestigio y en la fuerza moral que en su poder militar. Así estaban las cosas desde 1919 y nada había hecho cambiar la situación. Desgraciadamente, los estrategas militares británicos habían llegado a la conclusión de que lo mejor que podían hacer para frustrar una

invasión japonesa en Malaya era efectuar un ataque anticipatorio para capturar Singora y Patani antes de que lo hiciesen los japoneses. Esta era la esencia de la «Operación Matador», pero para que fuese efectiva se necesitaban dos cosas: en primer lugar el Reino Unido necesitaba tener la absoluta certeza de que los japoneses intentarían invadir Malaya y, en segundo, el Reino Unido debía estar dispuesto a violar la neutralidad tailandesa. La situación era parecida a la de Francia en 1940. Aunque los franceses sabían que los alemanes violarían la neutralidad de Bélgica, como Francia era la guardiana de los derechos de las naciones pequeñas estaba en desventaja, pues no podía violar la neutralidad belga aunque con ello pretendiese defender ese país. Además, la violación del territorio polaco por parte de los alemanes había sido el *casus belli* de 1939 y al Reino Unido le repugnaba la idea de que le viesen haciendo lo mismo en 1941. Está comprobado que cuando el poder se basa en la moralidad más que en la fuerza militar se crea un problema insoluble. En cualquier caso el Reino Unido trataba aún de evitar la guerra contra el Japón y por eso tenía que cuidarse de hacer nada que pudiese desencadenarla.

El 6 de diciembre de 1941 se localizaron transportes japoneses en el cabo de Camboya, pero ¿hacia dónde se dirigían? Era difícil de saber y por eso no se tomó ninguna medida para poner en marcha «Matador». El resultado fue que los japoneses desembarcaron en Singora y Patani sin encontrar ninguna oposición; hasta que empezaron a desembarcar en Malaya, en Kota Bharu, las tropas británicas no empezaron a resistirles. Los japoneses hicieron exactamente lo que habían previsto muchos observadores británicos y, pese a tales previsiones, les habían permitido seguir adelante.

El primer día de combate las cuantiosas pérdidas británicas pusieron ya de manifiesto la enorme diferencia de calidad entre los aviones de uno y otro país. Pero en este momento la armada decidió entrar en acción. Pese a no haber logrado disuadir a los japoneses de atacar Malaya y habiendo fracasado en detener la flota invasora, el almirante Tom Phillips decidió que sus buques entrasen en combate, pese a que incluso una incursión a alta velocidad por la zona invadida era muy peligrosa porque los japoneses habían

logrado también el control aéreo. Desgraciadamente el almirante Phillips no tenía muy buena opinión de la fuerza aérea y creía que los acorazados, con una buena dirección y una buena defensa, podrían superar fácilmente un ataque aéreo. Con esta incursión a Singora esperaba sorprender a los japoneses, pero sus barcos fueron avistados por un avión de reconocimiento del acorazado *Kumano* y se vio forzado a cancelar la operación y a preparar el regreso a Singapur. Pero las noticias de un nuevo desembarco japonés en Kuantan le dieron una nueva oportunidad y se dirigió hacia allí, manteniendo la radio en silencio para enmascarar su aproximación, pero impidiendo al mismo tiempo que la RAF le proporcionase protección aérea. Cuando los dos grandes navíos llegaron a Kuantan se encontraron con que la información era falsa y el puerto estaba en calma. A unos 600 kilómetros de Singapur el malogrado escuadrón de Phillips fue atacado por 88 bombarderos y bombarderos lanzatorpedos procedentes de las bases terrestres de Indochina. Pese a que los artilleros británicos lucharon desesperadamente Phillips vio entonces las limitaciones del fuego antiaéreo como defensa contra los ataques de los aviones. La cuestión que había ocupado a los expertos navales durante los años de entreguerras se había decantado finalmente en favor del bombardero. Sin protección aérea los días del acorazado estaban contados. Los dos barcos fueron hundidos y se perdieron 840 vidas. Gracias a la presencia de dos destructores se pudo rescatar a 2.072 hombres de la tripulación.

La pérdida del *Prince of Wales* y del *Repulse* representó un golpe devastador para la moral británica, desproporcionado en relación al valor de los barcos.{14} Habían cogido a Churchill en un renuncio, algo que se interpretó como una muestra de su frivolidad. Causó un efecto pésimo entre las tropas de infantería que estaban en Malaya, que confiaban en que los dos acorazados serían capaces de cortar las comunicaciones entre las tropas japonesas de la península y su alto mando y, tal vez, de evitar que les llegasen suministros, municiones y refuerzos. Ahora que esta esperanza se había desvanecido sus mentes recordaron las épicas evacuaciones que habían hecho famosa a la armada, como las de Narvik, Dunquerque

y Creta. ¿Cómo iban a poder escapar cuando los japoneses lograsen el control del aire y del mar?

La noticia de los desembarcos japoneses en Kota Bharu hizo innecesaria la «Operación Matador» y aunque las fuerzas británicas todavía sobrepasaban en número a las japonesas en una proporción de tres a uno, la moral descendió de manera alarmante. Las ideas preconcebidas con respecto al equipamiento y a la aptitud para el combate de los soldados japoneses eran absolutamente erróneas. Los británicos habían infravalorado a su enemigo, lo que siempre es un error peligroso en tiempo de guerra. Louis Allen recogió dos ejemplos de esto:

> El comandante de batallón Brooke-Popham me explicó que «mientras estaba con el general Ismay contemplando a sus hombres, éste dijo: "¿no cree usted que merecemos un enemigo algo mejor que los japoneses?" ... Y también ayer mismo comentó algo similar el coronel de los escoceses de Argyll y Sutherland. Había entrenado concienzudamente a sus hombres para atacar en el tipo de terreno que se encuentra cerca de la costa, y me dijo: "Espero, sir, que no seamos demasiado fuertes en Malaya, pues en ese caso los japoneses no se decidirán nunca a desembarcar"».{15}

Con cierto sarcasmo Allen señalaba que el coronel, que temía ser demasiado fuerte, antes de que transcurriese un año perdió su brigada a manos de una sola columna japonesa de tanques. También representó un duro golpe para el prestigio británico la evidencia de que la tecnología militar japonesa superaba a la de los aliados. Todo el mundo creía que los pilotos y los aviones japoneses eran inevitablemente inferiores a los de las potencias occidentales, en una clara muestra de etnocentrismo. Cuando los cazas A6M2 Zero-sen japoneses hicieron su aparición en los cielos malayos y eliminaron con prontitud los aviones aliados se extendió un sentimiento de *shock* psicológico. ¿No era cierto que sólo un hombre blanco podía construir y pilotar un avión semejante? Los pilotos tenían que ser alemanes y los aviones eran similares a los de una potencia occidental. Estas actitudes eran un intento de reforzar la creencia en la supremacía blanca y desacreditar todo lo japonés. Así pues, el Reino Unido se negó, mucho más que los Estados Unidos, a

hacer frente a la verdad con respecto a los japoneses, con lo cual aseguró la destrucción de su posición en el Extremo Oriente.{16}

La base naval de Singapur había sido construida para una flota del Extremo Oriente que el Reino Unido nunca estaría en situación de comandar. La base perdió así todo su valor estratégico, convirtiéndose en «un fenómeno militar fatídico, un símbolo cuyo valor moral superaba cualquier significación política o estratégica».{17} Para el Reino Unido Singapur se convirtió en una cuestión de orgullo y en época de guerra el orgullo puede ser un artículo de lujo. Singapur no era Verdún, que tenía una importancia estratégica y simbólica, y que al menos tuvo la virtud de consumir tanto a los alemanes como a los franceses. Durante diez semanas un gran ejército británico defendió una base naval que, a excepción de un día, había carecido de barcos durante toda la guerra. En palabras de Willmott se trataba de «un símbolo de la virilidad británica» que demostraría al mundo su poder de recuperación.{18} Su valor era exclusivamente político puesto que las promesas hechas a Australia y a Nueva Zelanda de mantener una presencia británica considerable en Malaya cobraron mayor importancia que las consideraciones militares o estratégicas.

Antes de la guerra Churchill creyó que era posible disuadir a los japoneses de que atacasen Malaya. También había creído que una fuerza naval débil como la Fuerza Z podía haber logrado esta disuasión. Por el contrario la Fuerza Z actuó como un indicador de la debilidad británica más que de su potencia. Pero Churchill, que no daba nunca su brazo a torcer, empezó a hablar de Singapur como de la fortaleza que nunca había sido ni debió ser. Es difícil imaginar cómo una isla con una población de medio millón de personas (que aumentó hasta un millón durante el asedio) podía actuar como plaza fuerte, especialmente si no disponía de defensas en el norte. H. P. Willmott escribió:

> Una de las dificultades mayores con las que se enfrenta cualquier discusión razonable acerca de las fortalezas es el hecho de que en la literatura los asedios son invariablemente épicos y esas plazas siempre se consideran inexpugnables hasta que caen. La opinión pública británica con

> su ignorancia, y los dirigentes con su estupidez y su deshonestidad o con ambas cosas a la vez, no fueron capaces de darse cuenta de las notorias deficiencias de Singapur ni de la verdadera misión de una fortaleza en el transcurso de la guerra. Una fortaleza es una posición fortificada cuya misión principal es la de proteger una ruta o un territorio codiciado por un posible enemigo. Al privar a este enemigo de un acceso franco, la fortaleza sirve para concentrar un número desproporcionadamente alto de fuerzas enemigas y para ganar tiempo para la defensa, al construir y concentrar recursos para operaciones contraofensivas.{19}

Sin fuerzas navales ni aéreas era obvia la necesidad de una guarnición poderosa, pero aunque habían muchos soldados estaban mal distribuidos en pequeños contingentes que protegían los campos de aviación y diversas instalaciones. Pero la realidad es que Singapur no era una fortaleza, por lo que sirvió para congregar gran número de tropas británicas y no del enemigo.

A comienzos de la guerra los británicos tenían un total de 90.000 soldados en Malaya y en Singapur, de los cuales 20.000 eran ingleses, 15.000 australianos, 37.000 indios y unos 17.000 asiáticos del país.{20} En conjunto había un 40 por 100 de tropas de segunda clase, es decir, 17 batallones ligeros. Pero no era solamente una cuestión de números. El mando en Malaya era algo parecido a un cementerio de elefantes: los soldados estaban poco entrenados y había muchos oficiales de segunda categoría. Además surgió un problema con las unidades indias, que representaban el mayor contingente de las fuerzas. Un siglo o más de experiencia había demostrado que la clave para lograr una buena eficiencia de estas unidades era una estrecha relación entre los soldados y sus oficiales, muchos de los cuales eran blancos y hablaban con fluidez los dialectos indios. Al estallar la guerra en Europa en 1939 las mejores tropas indias fueron enviadas al norte de África y al Oriente Medio. El resultado fue que las unidades menos buenas fueron situadas en Malaya y en el Extremo Oriente. Además, a los oficiales con talento no se les destinó a un cementerio de elefantes, sino que fueron enviados al servicio activo o a posiciones de Estado Mayor en los escenarios de la guerra, mientras que sus puestos eran ocupados

por oficiales blancos, conscriptos e inexpertos, sin familiaridad alguna con los soldados y sus costumbres, por lo que el nivel descendió inevitablemente. De hecho, la mayoría de las unidades indias estaban en el mejor de los casos poco entrenadas y no tenían ninguna experiencia en la guerra con blindados (en toda la India no había ni un solo tanque). Los australianos tampoco estaban en una situación mucho mejor. Según Noel Barber, «excepto un batallón todos los demás se habían formado con tropas inexpertas. Algunos soldados habían embarcado en Australia tan sólo dos semanas después de haberse alistado. Muchos de ellos apenas sabían manejar un fusil. Así pues, la decisión de destinar a Malaya estas tropas australianas inexpertas fue muy desafortunada».{21}

La fallida política de disuasión con respecto a Japón significó que las tropas se vieron en primera línea, donde nunca debieron haber estado, y frente a un enemigo bien pertrechado y profesional, cuya capacidad se había infravalorado peligrosamente. El resultado final fue que las tropas en Malaya carecían de un entrenamiento adecuado en defensa antiaérea y tampoco tenían experiencia en la lucha antitanques. En vez de enviar armas antitanques, Londres envió en su lugar manuales sobre cómo combatir a los tanques sin armas. Alguien dio un vistazo a estos libros y los hizo guardar en una bodega hasta que fueron redescubiertos por el general de brigada Ivan Simpson.{22} Este oficial capaz y enérgico diseñó personalmente un sistema pensado específicamente para que las tropas indias pudiesen enfrentarse a los blindados enemigos, pero el mando prohibió su difusión. Los informes de Simpson acerca del estado de las defensas en Malaya eran descorazonadores y mostraban que no había ni rastro de una política de defensa coherente para la península malaya. Cuando Simpson sugirió al comandante en jefe, general Percival, que era necesario construir algo a toda prisa, éste le respondió que las posiciones defensivas serían perjudiciales para la moral y que representarían admitir que había algunas zonas de Malaya que no podían ser defendidas.{23} He aquí una actitud singular, pues si bien la verdad era desagradable esto no quería decir que fuese menos verdad.

No deja de ser una paradoja que los británicos anticipasen casi

todos los aspectos de las intenciones estratégicas de los japoneses y que aun así fuesen incapaces de hacer nada para frustrar tales intenciones. La cuestión está en que el mando en Malaya no supo sacar partido de los medios de que disponía. Los británicos se engañaron a sí mismos al pensar que los japoneses no atacarían durante los monzones del norte, aunque en su informe de 1937 Dobbie y Percival habían afirmado que tal cosa era posible e incluso probable y pese a que desde entonces los japoneses habían invadido China precisamente en la época del monzón.{24}

La movilidad táctica de la infantería japonesa también fue una sorpresa para los británicos. Muchos soldados japoneses iban en bicicleta, lo que reducía las dificultades con las que según los británicos se iban a encontrar en su avance a través de la península malaya. A la vanguardia de las tropas habían situado un «grupo de choque» compuesto por blindados ligeros. Aunque estos tanques eran relativamente débiles comparándolos con los tanques británicos, alemanes o norteamericanos, fueron muy efectivos ya que eran los únicos tanques que había en Malaya. La táctica japonesa consistía en avanzar por las carreteras hasta que entraban en contacto con las fuerzas británicas, tras lo cual se internaban en la jungla para flanquear y rodear a su enemigo, por lo que los británicos fueron superados tácticamente.

Mientras el grueso del ejército británico en Malaya estaba defendiendo una base naval que no tenía ninguna utilidad para su país, sólo una pequeña parte de las tropas defendía los campos de aviación que eran tan malos como los aviones que los utilizaban. La inferioridad de los aviones británicos hacía que la dispersión de tropas por todo el país fuese inútil. La línea Jitra, que se suponía que iba a resistir durante tres meses, cayó en 15 horas a causa de la débil resistencia. Estaba claro que la península sólo se podía salvar con una dirección brillante y con la afluencia de un contingente de tropas expertas. No había ningún rastro de una dirección brillante, pero Londres decidió enviar más tropas por si a esas alturas aún era posible encarrilar la situación. Y envió a Malaya la 18.ª división británica y la 17.ª división india, que en un principio se reservaban para el norte de África, así como una brigada blindada y 18

escuadrones de aviación. Resulta curioso ver cómo unas tropas, de las que no se podía disponer cuando realmente hubiesen podido hacer algo, fueron «repentinamente» descubiertas cuando ya sólo tenían ocasión de incrementar el número de prisioneros de guerra. De hecho, sólo sirvieron para aumentar la guarnición hasta un máximo de 48 batallones. Si hubiesen estado en Malaya en el momento que desembarcaron los japoneses, habrían podido actuar en operaciones contraofensivas, pero ahora era ya demasiado tarde. En cualquier caso la calidad de las nuevas tropas dejaba mucho que desear. Según el historiador oficial, mayor general S. Woodburn-Kirby, se trataba de «una división británica físicamente incapaz, dos brigadas indias inexpertas, unos cuantos refuerzos indios y australianos parcialmente entrenados y unos aviones que no podían ser más que unos efectivos despilfarrados».{25}

En un momento en que los refugiados huían del campo de batalla y cruzaban el arrecife en dirección a Singapur, estas nuevas tropas crearon problemas de alimentación, alojamiento e incluso de disciplina. No estaban aclimatados; la 18.ª división británica había estado once semanas en el mar y además estaba entrenada para el combate mecanizado, pero ninguna de las dos cosas le servía para nada en Singapur. Su llegada, mientras las últimas tropas se retiraban a través del arrecife, fue un absurdo estratégico. Iban a abandonar sus barcos para convertirse en prisioneros de guerra de los japoneses, y Churchill y la junta de jefes de Estado Mayor deberían haberlo sabido. El Reino Unido iba a sufrir una humillación, pero ¿qué era más humillante, perder Singapur sin hacer ningún esfuerzo o perderlo igualmente luchando hasta el último hombre? La respuesta pertenece al mundo de la política.

En enero de 1942 el gobierno británico se encontraba ante el desastre inevitable en Singapur y la decisión de enviar unos refuerzos sustanciales a una guarnición que como mucho podía resistir unas semanas fue un grave error. Los políticos, especialmente desde Australia, afirmaban que el hecho de abandonar Singapur significaba renegar de las promesas hechas en el período de entreguerras. Pero Churchill hubiese debido tener el

coraje moral de resistir tales presiones y señalar que la seguridad de Australia quedaba mejor protegida utilizando esas tropas en cualquier otro lugar que dejando que cayesen en manos de los japoneses. En lugar de esto Churchill recurrió a las arengas y pidió al mando de Malaya que luchase hasta el último hombre y que no dejase a los japoneses más que «tierra baldía». Estas palabras sin duda suenan muy bien cuando un gran orador las dirige a una audiencia receptiva, pero en la práctica eran un disparate. Como Willmott señalaba:

> Estas frases rimbombantes tan propias de Churchill evidenciaban las limitaciones, y algunos dirían que la superficialidad, del pensamiento político y estratégico del primer ministro. Un ejército no puede devastar la tierra en la que tiene órdenes de permanecer y luchar hasta el último hombre; sencillamente no puede destruir su medio de subsistencia si tiene que continuar las operaciones tanto tiempo como le sea posible. Esas órdenes eran estratégicamente contradictorias y políticamente inútiles. Resulta inconcebible que una democracia parlamentaria, aunque sea la de una potencia imperialista, pueda considerar la posibilidad de librar una batalla de aniquilación dentro de una ciudad habitada por un millón de personas que se habían comprometido a proteger.{26}

El problema residía en la forma de actuar de Churchill. Como sucedió en Grecia, estaba dispuesto a desperdiciar sus fuerzas en pos de unos objetivos políticos ilusorios.

Consideraciones de espacio impiden hacer un relato detallado de la lucha en Malaya, la retirada a la isla de Singapur y la rendición final. Se ha escrito mucho sobre el tema y sobre la actuación del general Percival.{27} Basten como ejemplo estas palabras de Louis Allen:

> Percival, el comandante del ejército británico sobre quien recayó la pesada carga de una batalla imposible y de una capitulación humillante, era un soldado diestro, competente y compasivo y un hombre de un coraje físico excepcional. Pero las circunstancias requerían unas condiciones para el mando que iban más allá de la valentía y de la competencia.{28}

Los acontecimientos de 1941-1942 fueron en gran medida una

postdata a los patinazos políticos y estratégicos que se cometieron durante las dos décadas anteriores. En palabras del contralmirante Vlieland, secretario de Defensa para Malaya: «el desastre en Malaya no se puede atribuir al fallo de ningún combatiente o no combatiente, sino que fue la consecuencia inevitable de la política del gobierno de Su Majestad».{29}

11. LA OPERACIÓN DE SUEZ (1956)

La operación desarrollada el año 1956 en Suez fue un fenómeno enigmático tanto para los observadores como para sus participantes. Enmascarada como una operación para mantener la paz, era una guerra en todos los aspectos menos en el nombre, una guerra, además, que carecía de un objetivo militar definido y cuyo objetivo político jamás se explicitó claramente a los mandos militares. Como resultado de ello la operación comenzó en un caos y terminó en un fiasco. Una broma habitual en los comedores de cuartel de la época reflejaba los sentimientos de los hombres que tenían que preparar la operación: «De los doce planes de invasión diferentes que se habían preparado, Eden eligió el número trece».[1]

La retirada de la ayuda financiera occidental para la construcción de la presa de Asuán indujo al presidente de Egipto, Nasser, a nacionalizar la Compañía del canal de Suez el 26 de julio de 1956, declarando que en el futuro el canal sería gobernado por egipcios y en beneficio de Egipto. En términos estratégicos esta decisión afectaba seriamente a los intereses británicos en Oriente Medio. En el contexto de la «guerra fría», para el Reino Unido Nasser era un peón de los soviéticos y la nacionalización del canal de Suez un medio por el cual la URSS lograría establecerse en la región, donde tradicionalmente la influencia británica había sido de primer orden. Esto podía hacer peligrar los intereses petrolíferos británicos en el golfo Pérsico, así como la estabilidad de sus aliados en la zona, como Nuri es-Said en Irak y el rey Hussein de Jordania. De hecho, para la política británica mantener el gobierno hachemita en Irán y Jordania era una cuestión fundamental para contrarrestar el poder emergente del nacionalismo árabe puesto de manifiesto en la revuelta de los «jóvenes oficiales» de Nasser del año 1952 en Egipto.

El Reino Unido y Francia coincidían en su actitud con respecto a la

nacionalización del canal por Nasser y también en su opinión sobre el presidente egipcio. El primer ministro británico Eden, que durante mucho tiempo había sido un adversario de los dictadores fascistas de la década de los treinta, consideraba a Nasser un nuevo Hitler a quien no se debía apaciguar. Por muy absurda y mal informada que fuese esta opinión, explicaba sin duda la reacción de Eden por la toma de posesión del canal. Guy Mollet, primer ministro francés y miembro de la resistencia durante la segunda guerra mundial, coincidía bastante con Eden y pensaba que Nasser era un dictador que además ayudaba a los rebeldes argelinos en su lucha contra Francia. Eden y Mollet se pusieron de acuerdo: Nasser tenía que irse.

Pero el problema estaba en elaborar un objetivo político escueto que fuese aceptable para un mundo receloso ante el colonialismo. La concepción anglofrancesa hundía sus raíces en el siglo XIX y no había logrado aprehender el cambio que desde 1945 representaba la acción de las Naciones Unidas en lo tocante a la resolución de conflictos. La opinión pública mundial tenía mucho más peso que antes, por lo que en la primorosamente equilibrada lucha rusonorteamericana por la influencia en los países neutrales y del Tercer Mundo una acción tan descarada como la de invadir un país independiente para derrocar a sus dirigentes políticos iba a ganarse la oposición de amigos y enemigos. Concretamente, Eden calculó mal la reacción de los Estados Unidos, país tradicionalmente receloso ante el colonialismo anglofrancés. Un error estratégico de estas características sólo podía provenir de una mente confusa. La salud de Eden, que nunca había sido muy buena, tuvo un papel importante en los acontecimientos que sucedieron a continuación.

Fullick y Powell especifican con claridad los problemas a que se enfrentan los mandos militares al desconocer el objetivo político de la operación propuesta:

> Si los dos aliados hubiesen acordado un objetivo político claro y lo hubiesen comunicado a sus mandos, se habrían ahorrado mucho tiempo ... La elección de los puntos de desembarco depende en gran parte de lo que los políticos traten de conseguir con ello. Un desembarco en Port Said

> habría bastado si el propósito hubiera sido simplemente poner de nuevo el canal bajo control internacional, pero derrocar a Nasser requería probablemente ocupar El Cairo, con el consiguiente asalto a través de Alejandría.{2}

Eden no dedicó mucho tiempo a pensar si el Reino Unido tenía suficiente capacidad militar para lograr sus objetivos políticos. De hecho, la resistencia nacionalista egipcia le había dificultado mantener el control en la zona del canal hasta 1956. ¿Creía Eden realmente que en cuestión de meses las mismas tropas británicas podrían devolverle no ya sólo su posición en el canal, sino que además iban a derrocar al gobierno egipcio y a resistir a toda la población de un país hostil? Eden no pudo responder a la cuestión de qué pasaría después de Nasser, lo que revela claramente la incompetencia de su estrategia. El mariscal de campo Montgomery, tan pronto supo que Eden planificaba un golpe contra Egipto, acudió a preguntarle cuál era su objetivo. Al parecer Eden le respondió que «bajar a Nasser de su pedestal». Montgomery afirma que le contestó que eso no era suficiente y que sus oficiales tenían que conocer el objetivo político que se perseguía con el derrocamiento de Nasser para poder planificar el tipo de operación adecuada.{3}

En 1956 muchos hombres habrían podido prevenir a Eden de las probables consecuencias de su decisión de derrocar a Nasser. Altos funcionarios civiles y expertos militares, embajadores en todo el mundo y funcionarios del ministerio de Asuntos Exteriores poseían la información económica, política y militar de que dispone cualquier gobierno para elaborar su política. La decisión de Eden de mantener a estos hombres en la oscuridad le privó de una información vital, aunque tal vez sus opiniones, que entraban en conflicto con sus ideas preconcebidas, le hubiesen impedido lograr el apoyo de su gabinete. Hugh Thomas ha escrito que en cierto momento los encargados de la planificación conjunta presentaron al gabinete un documento en el que se hacía una previsión muy pormenorizada de las probables repercusiones de la acción propuesta, entre las que figuraban la hostilidad estadounidense, la condena en las Naciones Unidas, presiones sobre la libra esterlina y la retirada final. Al

parecer Eden hizo retirar el documento y lo destruyó.[4]

El 26 de julio, fecha en que Nasser nacionalizó el canal, el Reino Unido alertó a sus mandos en el Mediterráneo de la posibilidad de una acción militar. Se ordenó a la junta de jefes de Estado Mayor que diseñara un plan para apoderarse del canal, pero no quedaba claro si debía tratarse de un *coup de main* realizado inmediatamente por tropas aerotransportadas o de un desembarco anfibio. De hecho, la opción de un *coup de main* no existía en realidad, aunque el plan probablemente hubiese tenido éxito y hubiera sido menos escandaloso para la opinión pública mundial, pero ni el Reino Unido ni Francia disponían de paracaidistas entrenados. Además, como no tardarían en descubrir los franceses, los británicos estaban condicionados por su experiencia en Arnhem y no estaban dispuestos a enviar tropas aerotransportadas a gran escala a menos que pudiesen protegerlas. Cuando le sugirieron una operación de este tipo la junta de jefes de Estado Mayor amenazó con dimitir. La ausencia de una reserva estratégica móvil hizo que se desestimase la idea de un ataque anticipatorio y la planificación se basó en un programa de seis semanas.

A la hora de planificar una invasión de Egipto por mar, se vio que existían dos puntos donde era posible desembarcar: Port Said y Alejandría. Esta última opción era la más apropiada táctica y estratégicamente, y si el objetivo de la operación era derrocar al presidente Nasser y aniquilar el ejército egipcio la elección era obvia, pues Alejandría sólo estaba a unos doscientos kilómetros de El Cairo. Pero si el objetivo estratégico era controlar la zona del canal de Suez como paso previo al establecimiento de una fuerza internacional que gobernase el canal, era preferible elegir Port Said, especialmente si no se pretendía forzar un choque con el grueso del ejército egipcio limitando así el número de bajas.

Pero consideraciones estratégicas aparte, no era fácil que las tropas desembarcasen en Port Said. Sus playas eran poco profundas y sus instalaciones portuarias muy limitadas. Un ejército que desembarcase allí debería transitar a través de un paso de cuarenta kilómetros de largo y tan sólo cien metros de ancho, a lo largo del cual circulaban dos carreteras, una vía de tren y el canal de agua

dulce. El paso estaba conectado a Port Said por dos puentes y sólo uno de ellos era bastante resistente como para soportar el paso de los tanques Centurion. Además estaba a 80 kilómetros de distancia del aeropuerto más próximo, mientras que Alejandría tenía buenas playas, unas instalaciones portuarias excelentes y disponía también de aeropuerto.{5}

Desde 1955 Egipto había recibido el suministro de armas rusas a través de Checoslovaquia y aunque era difícil saber hasta qué punto los pilotos y los comandantes de los tanques egipcios eran diestros en el manejo del equipamiento soviético, los planificadores británicos mantenían cierta cautela. Siempre cabía el peligro de que fuesen los «asesores» soviéticos o «voluntarios» de Europa oriental quienes manejasen las nuevas armas. Estos temores quedaron reflejados en la decisión de reunir una fuerza compuesta por 80.000 hombres, de los cuales los británicos proporcionarían las dos terceras partes y los franceses el resto. Entre el Reino Unido y Francia se reunirían los 60 escuadrones de aviones y toda la flota marítima que fuese necesaria. Desde luego era un plan a gran escala, influido, según los franceses, por el recuerdo británico de la operación «Overlord», la invasión de Normandía en junio de 1944.{6}

El 3 de agosto el teniente general sir Hugh Stockwell llegó de Alemania para tomar el mando de la operación. El segundo en el mando, y comandante de las fuerzas francesas, era el general de división André Beaufre. A su llegada Stockwell se encontró con un documento de la junta de planificación del Alto Estado Mayor que le autorizaba a organizar operaciones contra Egipto con miras a recuperar el canal de Suez para su uso internacional. El documento señalaba que las tropas deberían desembarcar en Port Said una vez que se hubiese neutralizado la fuerza aérea egipcia por el bombardeo de los aliados. Stockwell no se dejó impresionar por la idea de un desembarco en Port Said y en su lugar el 6 de agosto ya había diseñado un plan, cuyo nombre en clave era «Mosquetero», para efectuar el desembarco en Alejandría. Presentó el plan a la junta de jefes de Estado Mayor y después a Eden, que dio su aceptación el 10 de agosto y se fijó el desembarco para el 15 de septiembre.{7}

Desde el principio ya estaban claras las diferentes valoraciones de los mandos británicos y franceses. Estos últimos, recién llegados de sus encarnizadas batallas en Indochina y Argelia, estaban menos preocupados que los británicos por la necesidad de minimizar las bajas y, además, se sentían frustrados por la tediosa complejidad de la planificación británica. Pero la lentitud británica en la acumulación de sus fuerzas se debía a que sus mecanismos estaban oxidados.

Bien podríamos preguntarnos por qué un país que empleaba el 10% de su producto nacional bruto en gastos de defensa no era capaz de lanzar un golpe inmediato para apoderarse del canal después de que Nasser lo hubiese nacionalizado. La respuesta es que pese a la probabilidad de que se produjesen pequeñas guerras en sus lejanas y dispersas posesiones, el Reino Unido no tenía capacidad para afrontar una acción rápida. No disponía de una fuerza «flexible, móvil, bien entrenada y versátil» y sus tropas estaban poco profesionalizadas.{8} Una tercera parte de su ejército estaba compuesta por conscriptos y la mayoría de los soldados regulares estaban destinados a la instrucción de los conscriptos o al trabajo administrativo. A consecuencia de todo ello, la «punta de lanza» de su fuerza militar estaba formada por una considerable mayoría de conscriptos, especialmente las unidades de artillería y de infantería, mientras que a los soldados rasos y a los oficiales sin graduación no se les consideraba aptos para la promoción. Los mandos de las secciones de infantería, e incluso muchos sargentos, eran conscriptos relativamente inexpertos, mientras que los subalternos eran hombres de 18 y 19 años que hacían el servicio militar. Al final de la gran guerra, en 1944-1945, muchos oficiales regulares habían sido condecorados, y a consecuencia de ello la promoción era muy difícil y los buenos soldados acababan por desilusionarse. En 1956 muchos capitanes y comandantes eran muy mayores, teniendo en cuenta su graduación, y su cinismo había aumentado a medida que disminuían sus perspectivas. Era una generación de hombres que tenía demasiada diferencia de edad con los jóvenes conscriptos a su mando y ello contribuyó a debilitar la moral.

Cuando Anthony Head, secretario de Estado para la Guerra,

declaró que el Reino Unido poseía el ejército mejor equipado, entrenado y preparado que había tenido jamás, reflejaba de una manera inconsciente la espantosa negligencia que por lo general se había apoderado del ejército británico en el pasado.{9} Su declaración expresaba una idea totalmente inexacta de la capacidad militar británica en 1956. En primer lugar, la mayoría del equipamiento militar de que disponía era obsoleto y databa de la segunda guerra mundial. Ni siquiera en el momento en que había sido fabricado era demasiado bueno y no podía compararse a sus equivalentes alemanes, norteamericanos o rusos. Sus cañones antitanque quedaban superados por los tanques del enemigo, la ametralladora ligera de la infantería se atascaba y era peligrosa, mientras que con demasiada frecuencia sus camiones no disponían de piezas de recambio. En las maniobras de la OTAN era sabido que muchas veces las fuerzas británicas se veían obligadas a pedir prestado equipamiento a los otros ejércitos que tomaban parte en ellas.{10}

Desde un principio, la idea de realizar un *coup de main* sobre el canal era irrealizable, y si Eden había pensado alguna vez en ello era porque estaba mal informado con respecto a la capacidad militar de su país. La fuerza aérea real sólo disponía de cinco escuadrones de Hastings y de aviones de transporte de tropas Valetta, de la Vickers, que sólo podían transportar un batallón de paracaidistas. Los Hastings habían sido diseñados en 1939 y no podían transportar los vehículos Champ. Por el contrario, los norteamericanos y los franceses tenían el Noratlas, que podía cargar equipo pesado por la cola y que era la envidia de los británicos. Pero aunque hubiese tenido aviones suficientes es dudoso que hubiese podido reunir a tiempo las tropas adecuadas. Dos batallones de la 16.ª brigada de paracaidistas habían estado luchando en Chipre contra la EOKA y hacía un año que no recibían entrenamiento alguno; incluso los pilotos estaban desentrenados. Cuando se dieron cuenta de que el Champ era demasiado pesado y los Hastings no podían transportarlo, se organizó inmediatamente la búsqueda para comprar de nuevo los jeeps que el mando de Oriente Medio había vendido por muy poco dinero a los granjeros árabes. Tan pronto como recuperaron esos vehículos los enviaron a los talleres de

reparación para que los preparasen para el servicio activo.{11}

El equipamiento británico causaba graves preocupaciones también en otros aspectos. La capacidad de los tanques soviéticos de los egipcios era una incógnita y tampoco se sabía si sus tripulaciones eran egipcias. Aunque se confiaba plenamente en que los BAT (cañones de retroceso antitanques) podían enfrentarse a los tanques soviéticos, nunca se habían probado en unas condiciones de clima tropical y se temía que la atmósfera arenosa atascase sus mecanismos. A consecuencia de ello, los BAT no se destinaron para el servicio en Egipto y para cubrir ese vacío se tuvieron que retirar de los almacenes de la OTAN cañones de retrocarga de 106 mm norteamericanos. Problemas similares ocurrieron con los fusiles de carga automática, que fueron retirados de los regimientos de paracaidistas por temor a que los mecanismos de retrocarga se encallasen con la arena. A consecuencia de ello se tuvo que recurrir al desechado fusil número 4 que se había utilizado en los años cuarenta. Ante todos estos problemas las declaraciones de Anthony Head aparecen como mera retórica política.

Si la operación de Suez parecía estar dentro de la tradición de la estrategia británica, con una movilidad basada en su fuerza marítima que permitía a su vez que las tropas atacasen el punto más débil del enemigo, también se debió tener en cuenta que precisamente estas operaciones habían puesto de manifiesto los aspectos menos brillantes de la capacidad militar del país. Una larga lista de desastres y de fracasos precedía a la operación de Suez, desde Cádiz en 1625, pasando por las fracasadas incursiones de Pitt en la costa francesa a mediados del siglo XVIII, hasta Walcheren, Crimea, Gallipoli, Narvik y Dieppe. Sin duda alguna resulta difícil organizar las operaciones anfibias, pero la de Suez empezó de la peor manera posible por la falta de materiales necesarios para llevarla a cabo. En 1956 la Royal Navy no tenía suficientes barcos especializados en las tareas de desembarco, ni lanchas de asalto ni barcazas para los tanques. De hecho sólo tenía dos barcos de desembarco en Malta y cada uno de ellos podía transportar ocho lanchas de asalto y dos barcazas para tanques. Con esto, a duras penas se podía transportar un solo batallón de infantería y un escuadrón de tanques a la vez.

Había otros barcos «guardados con bolas de naftalina», pero cuando los fueron a buscar la mitad de ellos estaban podridos. Otros habían sido vendidos y se utilizaban como transbordadores o barcos de recreo, aunque fueron requisados y devueltos al servicio.{12}

La preparación fue bastante torpe. No se había considerado suficientemente la elección de la base desde donde realizar la invasión. Chipre era la posición británica más cercana, sólo distaba unos 400 kilómetros de Egipto, pero esta era su única ventaja. Sus campos de aviación eran malos, no tenía talleres ni un puerto adecuado y, en síntesis, era un exponente pésimo de ochenta años de ocupación británica. Además, no era políticamente segura y la EOKA todavía actuaba. Malta, que disponía de buenos campos de aviación y de un excelente puerto, estaba a 1.500 kilómetros de distancia, lo que para un convoy lento representaba un viaje de seis días. Finalmente se escogió Malta y el siguiente problema fue el de transportar a los hombres y sus equipos al Mediterráneo.

El traslado de los dos regimientos de tanques Centurion, el 1 y el 6, a Southampton revistió algunos aspectos de farsa que persistieron durante toda la operación. A finales de julio de 1956 los oficiales y los hombres de los regimientos de tanques estaban desperdigados por todo el país ayudando al ejército territorial en sus campamentos de verano y lo primero que tuvieron que hacer al saber que iban a partir hacia Egipto fue dejar los tanques en condiciones de actuar. Algunos vehículos estaban decrépitos y la mayoría necesitaban piezas de recambio, pero los almacenes estaban regentados por civiles que libraban los fines de semana y ello causó un retraso generalizado. Pese a todo la tarea principal era transportar los tanques desde Tidworth hasta Southampton. La falta de transportes para los tanques representó un quebradero de cabeza para los planificadores, que con la típica improvisación británica resolvieron la cuestión pidiendo ayuda a la empresa de transportes Pickford. Las cuatro semanas siguientes estuvieron marcadas por el signo de la protección y la seguridad, pero no por la rapidez. Los hombres de la Pickford se regían por las regulaciones sindicales y cada transporte masivo empleó una semana para un viaje que el ejército consideraba que no debía durar más de tres días. Además, para cada grupo de

vehículos se remolcaban varios recambios por si se producían averías, tal como estipulaban las reglamentaciones del servicio británico de carreteras. Finalmente se emplearon cuatro semanas para trasladar los 93 tanques a Southampton.

Se había desvanecido cualquier esperanza de efectuar un *coup de main*, pero la publicidad que se había dado a los masivos preparativos tanto en Francia como en el Reino Unido sirvió al menos para ejercer presión psicológica sobre el gobierno egipcio. Para dar más peso a la flota invasora, los franceses habían enviado el acorazado *Jean Bart*, como para simbolizar que la acción anglofrancesa pertenecía a otra época. La mayoría de los barcos franceses tenían buen aspecto pero necesitaban reparaciones y el propio *Jean Bart* sólo tenía una torreta en funcionamiento.

A principios de septiembre las fuerzas aliadas estaban listas para partir hacia Alejandría, pero habían transcurrido tantos días desde que Nasser se apoderó del canal que el líder egipcio había sido capaz de demostrar que podía hacerse cargo de él con efectividad. Mientras que con una ocupación inmediata de la zona del canal pocas horas después de que Nasser se apoderara de él el Reino Unido hubiese obtenido el apoyo de por lo menos sus amigos de la OTAN y de la Commonwealth, en estos momentos ningún país del mundo veía justificación alguna para la injerencia del Reino Unido y Francia en Egipto. El presidente de los Estados Unidos, Eisenhower, dejó claro que se oponía firmemente al uso de la fuerza, y Eden y Mollet no tenían ningún *casus belli.* Necesitaban encontrar una excusa para poder zarpar. Quizás hubiese resultado más fácil si la opinión pública británica hubiera estado de acuerdo con el envío de esas fuerzas pero, por el contrario, el partido laborista en pleno se oponía a las acciones de Eden y algunos miembros de su propio partido no estaban muy convencidos. Las dimisiones en el seno de su gobierno hubieran debido convencer al primer ministro de que la expedición no estaba destinada al éxito.

Entonces aparecieron problemas de alta estrategia. El Reino Unido y Francia se estaban embarcando en una operación que podía conseguir el extraordinario efecto de unir a los Estados Unidos y a la Unión Soviética en el punto álgido de la guerra fría y en un momento

en que las tropas soviéticas estaban cercenando las libertades de Hungría. El mundo sólo tenía ojos para las dos potencias archicoloniales que intentaban comportarse como si no se hubiesen producido dos guerras mundiales, como si la descolonización no estuviese en pleno auge, como si el nacionalismo árabe no contase para nada y como si la opinión pública mundial expresada a través de las Naciones Unidas fuese impotente, como lo había sido en la Sociedad de Naciones en el período de entreguerras. Si el canal había sido vital en el pasado para el Reino Unido, ¿no era también vital el apoyo de los Estados Unidos? ¿No era también vital la opinión pública de los aliados europeos y de sus amigos de la Commonwealth? El uso de la fuerza contra Nasser podía crear la misma situación que Eden temía: podía forzar a Egipto a refugiarse en los brazos de Rusia, dándole el asidero que necesitaba en Oriente Medio. La valoración que Eden hacía de Nasser no tenía en cuenta el hecho de que el presidente egipcio pretendía mantenerse al margen de la guerra fría, obteniendo todo lo que pudiese de ambos bandos sin comprometerse con ninguno de los dos. Una vez hubiese caído en manos de los soviéticos perdería todo elemento de negociación. Además, ¿qué hacía pensar a Eden que un régimen impuesto en Egipto por Francia y el Reino Unido podría sobrevivir tras la retirada de sus fuerzas? Nasser era el representante de un movimiento nuevo y vigoroso en el mundo árabe, que había derrocado al corrupto Faruk y lo había sustituido por personas más representativas. Varios expertos británicos hicieron estas reflexiones a Eden, pero éste no estaba dispuesto a escucharles.

Decididamente se había esfumado la posibilidad de desembarcar en Alejandría. Una gran batalla en un gran puerto y la consiguiente ocupación de El Cairo hubiese causado un número de bajas que habría escandalizado a la opinión pública mundial. Así pues el desembarco se tuvo que trasladar a Port Said, con el canal de Suez como objetivo. Este cambio de planes justo antes de que la flota zarpase sorprendió a los mandos militares, y tanto Stockwell como Beaufre sabían que eran víctimas de sus superiores políticos.{13} Emplearon una semana para diseñar un plan completamente nuevo, al que dieron el nombre de «Mosquetero Modificado». Beaufre lo

describió cínicamente como «una copia de segunda categoría de los desembarcos en Normandía, aplicado a un contexto colonial del siglo XIX».{14}

El «Mosquetero Modificado» estaba compuesto por tres elementos principales: en primer lugar, la neutralización de las fuerzas aéreas egipcias, seguida de una ofensiva para desbaratar la economía, el ejército y la moral del país y, finalmente, la ocupación de la zona del canal después de operaciones por tierra, mar y aire.

Los mandos militares recelaban con razón de la guerra psicológica. Su experiencia en la segunda guerra mundial era que lanzar folletos era una absoluta pérdida de tiempo y que una campaña de bombardeo prolongado en realidad no debilitaba la resistencia, sino que la robustecía. Beaufre concretamente no entendía cómo una campaña de bombardeo podía destruir la moral egipcia si evitaba la desagradable necesidad de matar civiles. En cualquier caso, en el plazo de 8 a 14 días que se destinaba a este bombardeo la opinión pública mundial habría tenido tiempo suficiente para movilizarse contra el Reino Unido y Francia. Sin embargo, la fase de guerra psicológica se consideraba parte esencial del plan aliado y se esperaba que evitase gran número de bajas civiles.

Bernard Fergusson fue destinado al poco envidiable cargo de responsable de la guerra psicológica y emprendió su tarea con gran energía. A él y a sus ayudantes se les cedió el uso de la emisora de radio de Sharq al-Adna en Chipre, así como una imprenta para que editasen los folletos que la RAF tenía que lanzar. Para la difusión de las noticias se contaba con 24 hombres en camiones equipados con megáfonos así como con los curiosos «aviones parlantes» que habían sido utilizados en Kenia para convencer al Mau Mau de lo erróneo de su proceder. Pero Fergusson pronto tuvo dificultades. El dispositivo diseñado para que hiciera explosión a unos 300 metros de altura para desperdigar suavemente los folletos en una amplia zona estalló en realidad a la altura de las cabezas y actuó como un arma más eficaz contra los civiles egipcios que gran parte del anticuado material que transportaba la armada. El «avión parlante» fue silenciado por los ladrones en el aeropuerto de Aden, donde

había hecho una escala para repostar combustible en la que desapareció el equipo de megafonía. Pero quizás el incidente más curioso fue el que sucedió con los palestinos, para quienes Fergusson emitía programas anti-Nasser en árabe. Al parecer la mayoría de la población árabe consideró que los locutores tenían un acento judío, lo que redujo considerablemente el impacto de los mensajes.{15}

De acuerdo con el plan «Mosquetero Modificado» las tropas británicas quedaban encargadas de tomar Port Said mediante un asalto combinado por mar y aire, mientras que los franceses desembarcarían al este de la ciudad y se concentrarían en Port Fuad. Una vez logrados los dos objetivos iniciales, ambas fuerzas avanzarían por los dos lados del canal: los británicos se dirigirían hacia Qanta- ra, al oeste, para tomar el campo de aviación de Abu Sueir y los franceses cruzarían el canal en sentido descendente para tomar Ismailia y Suez. Entonces se desarrollaría de ser necesario un avance conjunto sobre El Cairo. Pero surgieron álgunos problemas, unos previstos y otros no. En primer lugar era cosa sabida que las instalaciones portuarias de Port Said no permitirían un reagrupamiento rápido de las fuerzas; en realidad, se podrían emplear hasta dos semanas para desembarcar todas las tropas y los vehículos. Además, el avance por el paso antes mencionado estaba lleno de peligros. Se creía que estaría defendido por los cañones antitanques rusos SU-100, lo que representaría una gran amenaza para el avance de los tanques Centurion británicos.

Pero el mayor error de planificación estaba en el desembarco francés en Port Fuad. Resulta prácticamente increíble que con tanta experiencia reciente en Egipto los planificadores británicos pudiesen basar su tarea en unos mapas anticuados. Sea como fuere, el avance francés desde Port Fuad hacia el este resultó imposible porque no había ninguna carretera.{16} Con la ampliación del canal ésta había quedado destruida y a todos los efectos Port Fuad se había convertido en una isla. No quedaba otra solución que transportar a los franceses por el canal una vez hubiesen asegurado Port Fuad, de manera que pudiesen avanzar por el susodicho paso tras de los británicos.

Los israelíes, aliados de Francia, estaban perplejos ante el enorme montaje de los aliados. Ellos tenían su propio conflicto con Nasser, pero no podían ver de qué manera el Reino Unido y Francia podían encontrar de repente una excusa para empezar la operación tras el tiempo que había transcurrido desde la nacionalización del canal. Además, ¿cuál era su propósito en realidad? ¿Creían los aliados que por el solo hecho de ocupar la zona del canal conseguirían derrocar al presidente egipcio? Por el contrario, esto sólo serviría para alentar la acción e incrementaría el flujo de la ayuda soviética hacia Egipto. También el ministro británico de Defensa, Walter Monckton, estaba perplejo. Creía que el plan era impresionante, pero ¿cómo iba a justificar su país el inicio de una guerra? A este respecto Fullick y Powell comentan: «... no es posible evitar la conclusión de que los políticos ingleses y franceses nunca llegaron a hacerse cargo de lo que iba a suceder y así se evitaron pensar que el desenlace de las diversas fases de la operación era lógico pero internacionalmente inaceptable».{17}

La solución que el Reino Unido y Francia encontraron al dilema podía ser cualquier cosa menos internacionalmente aceptable. La conspiración con Israel, decidida en Sèvres el 24 de octubre, iba a tener las más graves consecuencias para los dos países, y especialmente para el Reino Unido, cuya posición en el Oriente Medio quedaría irreversiblemente perjudicada. En Sèvres el Reino Unido, Francia e Israel acordaron el programa a seguir, que se suponía que iba a proporcionar a los aliados el *casus belli* que estaban buscando. El 29 de octubre Israel lanzaría un ataque en dirección al canal de Suez y a la mañana siguiente Francia y el Reino Unido harían un llamamiento a Israel y a Egipto para que retirasen sus fuerzas a quince kilómetros del canal y cesaran los combates. Se pediría a Egipto que permitiese la ocupación temporal de las zonas clave del canal por tropas anglofrancesas. Si Egipto rehusaba aceptar el ultimátum de los aliados en el plazo de doce horas éstos emprenderían su ataque el 31 de octubre. Mientras tanto, Israel quedaría libre para seguir su política de atacar Sharm el Sheikh y los estrechos de Tiran. Bajo cualquier punto de vista este era un acuerdo notable. Como señala Christian Pineau, «incluso hoy en día

me pregunto cómo Eden pudo haber pensado tan siquiera por un momento que los árabes se tragarían semejante historia».[18]

Tal como estaba previsto, el 29 de octubre Israel invadió el Sinaí y a las 4.15 del día siguiente el Reino Unido emitió un ultimátum a ambos bandos para que se retirasen del canal. Los franceses estaban menos preocupados por el subterfugio, mientras que al parecer los británicos lo necesitaban para tranquilizar sus conciencias. Mientras tanto habían estacionado 72 Mystère y cazas F8 y F Thunderstreak en los aeródromos israelíes para contrarrestar cualquier amenaza procedente de los bombarderos rusos de los egipcios. Incluso antes de que expirase el ultimátum un destructor francés atacó un barco egipcio.

Nadie creía realmente que Egipto aceptaría el ultimátum, especialmente teniendo en cuenta que estaba librando un combate con Israel. Nasser no podía aceptar un insulto semejante y seguir manteniendo su posición en el mundo árabe. En cualquier caso, todavía estaba convencido de que el ultimátum era un «farol» del Reino Unido y Francia y que sus amenazas pretendían debilitar su posición en el combate contra Israel, pero transcurridas las doce horas el Reino Unido se dispuso a bombardear los aeródromos egipcios. Su precaución al no permitir que sus Canberra realizasen un ataque a la luz del día estaba injustificada, puesto que el nivel de los pilotos de los cazas egipcios y de las defensas antiaéreas era bajo. Pero pronto la certeza de que el Reino Unido se iba a comprometer militarmente produjo una profunda conmoción; en el ultimátum no había nada que preparase a la opinión pública británica acerca de la veracidad de las incursiones que su país se disponía a realizar. Cuando Eden afirmó que se trataba de separar a los dos bandos en combate, todo el mundo pensó que estaba mintiendo. ¿Cómo podía alguien pretender aparecer como un «intermediario honesto», que representaba los valores del derecho internacional, mientras bombardeaba a uno de los participantes para que se rindiera? La acción británica provocó una condena universal y las mayores quejas procedían de los Estados Unidos.[19]

André Beaufre, el comandante francés, estaba frustrado por el lento desarrollo de la operación. En contraste con la rapidez y

eficiencia de los israelíes, los aliados eran ponderados y estaban agobiados por el peso de anteriores experiencias. Las primeras cuarenta y ocho horas de la operación estaban destinadas a la destrucción de la fuerza aérea egipcia, un período de tiempo ridículamente largo en vista de la poca entidad del oponente. Al final 44 escuadrones de aviones aliados emplearon 36 horas para destruir 260 aviones egipcios en tierra. Como contraste, en 1967 durante la primera mañana de la guerra de los Seis Días los israelíes destruyeron 300 aviones egipcios en tan sólo tres horas. Uno de los chistes que circulaban en la época era que los aviones egipcios ya eran obsoletos antes de que los ingleses los destruyeran.

Estaba previsto que la segunda fase de la operación durase de 8 a 10 días y con ella se pretendía acabar con la voluntad de resistencia egipcia. Un desembarco anfibio inmediatamente después del bombardeo probablemente habría conseguido este propósito, pero había una razón técnica que hacía necesario el retraso. El convoy francés, que tenía que recorrer una distancia mayor que el británico, no pudo zarpar prácticamente hasta el día antes de la invasión israelí, pues de lo contrario toda la historia habría quedado al descubierto.{20} Así pues, se hizo necesario un intervalo que permitiese la llegada de las fuerzas francesas y que se ocupó con las actividades del departamento de guerra psicológica de Bernard Fergusson.

La tercera fase de la operación, que suponía el desembarco de las fuerzas aliadas, debía iniciarse el 6 de noviembre, el día D. Tras un bombardeo naval, dos grupos de comandos de la armada británica habían de desembarcar en Port Said apoyados por tanques, mientras en Port Fuad harían lo propio tres grupos de comandos franceses. Treinta minutos después un batallón de paracaidistas llegaría al aeropuerto de Gamil simultáneamente a un ataque de helicópteros en los puentes de acceso a la calzada. En realidad, el plan sobredimensionaba el potencial egipcio y se basaba en una mala interpretación del terreno. De estar realmente los egipcios tan fuertemente atrincherados en la calzada como suponían los británicos, ¿cómo iba a ser posible avanzar por un paso tan estrecho? La calzada no podía flanquearse, habida cuenta de que a

un lado estaba el canal y al otro el terreno pantanoso, totalmente inhóspito para los tanques. ¿Por qué no se encargaban pues los franceses del asunto, ya que mediante sus aviones Noratlas estaban en condiciones de lanzar a sus hombres detrás de los defensores egipcios? Tal cosa hubiera supuesto, naturalmente, concederles un papel predominante en la primera parte de la campaña, pero al fin y al cabo su experiencia en Indochina les había proporcionado una preparación para el combate de la que en aquel momento carecían las unidades británicas. En todas las fases de la planificación lo que frustró la iniciativa francesa fue el exceso de cautela de los estrategas y planificadores británicos. En una de las fases, no obstante, parecía viable que los franceses actuaran en unión de los israelíes sin esperar a los británicos.

El hecho de que la planificación militar fuera retrasando la operación era un indicio de la confusión que imperaba entre los dirigentes políticos. Básicamente los comandantes británicos no comprendieron el papel de Israel en la operación. Por otro lado, ni siquiera cuatro días después del ultimátum aliado el alto mando de Chipre pudo saber de Londres la fecha o incluso el punto exacto en que deberían realizarse desembarcos y aterrizajes. Como señalan Fullick y Powell,

> aislados como estaban los mandos supremos a causa de la negativa del gabinete ministerial de informarles de sus objetivos políticos y de los subterfugios que utilizaban, se vieron obligados a recoger los retazos de información que pudiesen dejar caer sus enemigos. En estas condiciones no es de extrañar que se resistiesen a correr riesgos.{21}

Cuando Eden empezó a darse cuenta del amplio alcance de la oposición, encabezada en las Naciones Unidas por los Estados Unidos y en la Commonwealth por Nehru, primer ministro de la India, su salud empezó a debilitarse. Vio que no podía tomar El Cairo y que el número de bajas civiles tenía que reducirse al mínimo. Por consiguiente, ordenó a sus comandantes que se concentrasen totalmente en la zona del canal y que restringiesen el bombardeo naval que debía preceder al desembarco. Dicho así quedaba muy bien, pero al eliminar la cobertura de sus fuerzas invasoras parecía

estar más dispuesto a sacrificar a los soldados británicos que a arriesgarse al oprobio de matar civiles egipcios. Era evidente que lo que ahora pretendía Eden era una «acción policial» y no una guerra encaminada a derrocar a Nasser.

El «temor» parecía estar a la orden del día, incluso en el cielo de Egipto. El Reino Unido había advertido a los egipcios que se mantuviesen a distancia de las áreas que iban a ser bombardeadas, a saber, los campos de aviación cercanos a El Cairo: Kabrit y Abu Seir. Esta debe ser una de las pocas ocasiones en que en época de guerra el enemigo ha recibido una advertencia previa de los blancos que iban a ser atacados. Si los egipcios hubiesen poseído algunas de las fuerzas que los británicos temían hubiesen podido hacer que los atacantes pagasen un precio muy elevado por sus incursiones aéreas. Tal como iban las cosas no se bombardeó la zona occidental del El Cairo, donde estaban estacionados los bombarderos Ilyushin, porque en ella se estaba produciendo la evacuación de civiles norteamericanos. El objetivo de las incursiones había cambiado y la necesidad de proteger las ciudades israelíes había sido sustituida por la necesidad de proteger a la flota invasora. El bombardeo lo realizaron los Canberra y los enormes Valiant, que habían recibido la orden de limitar el tamaño de las bombas hasta unos 373 kg para evitar víctimas. El resultado de un bombardeo de altura con unos proyectiles tan reducidos fue que aunque se salvaron las vidas de los que huían muy pocos aviones egipcios recibieron daños. La mayoría escaparon, los MIG a Siria y a Arabia Saudi y los bombarderos rusos a una base en Luxor, al sur de Egipto.

Por el temor de causar bajas no se tomó la decisión de bombardear la emisora de radio El Cairo, lo que permitió al gobierno egipcio usar la propaganda como arma contra los aliados, emitiendo constantes relatos exagerados acerca de los bombardeos, la muerte de civiles y otras atrocidades. Hasta el 2 de noviembre Chipre no informó a Londres de que la emisora de radio El Cairo no estaba rodeada de civiles, sino a 25 kilómetros de El Cairo, en el desierto. Entonces fue bombardeada y silenciada, pero ya había conseguido perjudicar mucho el esfuerzo británico. En otros aspectos la guerra psicológica tampoco funcionaba bien. Bernard Fergusson no pudo

persuadir a la RAF para que arriesgase las vidas de sus pilotos distribuyendo unos folletos que evidentemente no servían para nada.

La moral de los aliados corría más riesgo de erosionarse que la de los egipcios. Los soldados británicos en ruta hacia Egipto estaban afligidos por la evidente falta de apoyo del país a sus esfuerzos. Las emisiones de la BBC mostraban claramente que muchos ingleses se oponían resueltamente a la intervención militar en Egipto. Muy pocas veces en la historia británica los soldados habían ido a la batalla con tantas dudas acerca de la justicia de su causa. ¿Acaso estaban en guerra? Y si no lo estaban, ¿cómo podían justificar el segar vidas humanas? Era imposible ocultar la confusión que imperaba en toda la operación.

La planificación del bombardeo naval era especialmente difícil, ya que estaba sometido a continuas interferencias por parte de las fuentes políticas de Londres. Cuando el plan ya estaba terminado la flota recibió un mensaje según el cual no se podía utilizar ningún cañón mayor de 11,5 cm. Esto excluía automáticamente de la lucha a todos los acorazados, por lo que los destructores tuvieron que sustituirles. Apenas se había efectuado este cambio cuando llegó una orden anulando todo el bombardeo. Estaba claro que «alguien» había perdido los nervios en Londres y que estaba dispuesto a ver cómo las tropas británicas desembarcaban en una costa hostil sin el apoyo de la armada. De hecho, los planificadores navales decidieron dejarlo todo tal como estaba y sustituir el concepto de bombardeo por el de «apoyo de la artillería naval», que no había sido prohibido específicamente. Con todo, era horroroso que las tropas y sus mandos estuviesen tan confundidos en el último minuto antes de la operación debido a las vacilaciones de los políticos.

A estas alturas el lanzamiento de los paracaidistas era prácticamente inútil. No podrían disponer del apoyo de un bombardeo naval, que se tendría que emplear para proteger el desembarco al día siguiente, ni tampoco de los tanques, cuyo desembarco estaba previsto asimismo para el día siguiente. De esta manera, y sin ninguna razón aparente, los paracaidistas iban a exponerse a una lucha de veinticuatro horas sin ningún apoyo. Eran tan débiles como la resistencia egipcia. La tarde del 5 de noviembre

el comandante egipcio en Port Said insinuó la rendición provisional de la ciudad. Sin embargo, aunque la noticia fue transmitida prematuramente a Londres y anunciada en la Cámara de los Comunes por Eden, los egipcios, tras consultar con El Cairo, cambiaron de opinión. A las 9 de la mañana del día 6, Stockwell y Beaufre habían oído desde Port Said y en Port Fuad que por fin los egipcios estaban a punto de rendirse; entonces ocurrió un acontecimiento extraordinario y casi cómico. Una lancha en la que viajaban Stockwell, Beaufre y los comandantes de las fuerzas de mar y aire entró en el puerto exterior de Port Said. Estaba claro que la lucha continuaba. La lancha se acercó a las oficinas de la Compañía del canal y se encontró bajo el fuego de las tropas egipcias. El almirante se volvió hacia Stockwell y le dijo secamente: «Tengo la impresión, general, de que todavía no están preparados para recibirnos». Como hizo notar Beaufre, si los egipcios hubieran mantenido el fuego hubiesen podido capturar a todo el alto mando de la fuerza aliada.{22}

Mientras tanto Eden se enfrentaba a un difícil dilema. Como escribió C. L. Cooper:

> Su *establishment* militar, poderosos miembros del Parlamento de su propio partido y su aliado francés, insistían en que la operación debía continuar hasta conseguir algún resultado militar concreto. Por otra parte existían grandes presiones, tanto en el Reino Unido como en el extranjero, en favor de un inmediato anuncio de alto el fuego. A menos que eligiese la primera opción, todas las pérdidas políticas en que había incurrido no habrían servido de nada, toda la preparación militar efectuada desde finales de julio iba a quedar anulada. A menos que eligiese la segunda opción, debería enfrentarse a las iras de las Naciones Unidas, de los Estados Unidos e incluso a las de la Commonwealth.{23}

Por si esto fuera poco la salud de Eden se deterioraba rápidamente. La amenaza soviética de lanzar misiles sobre Londres y París podía beneficiar a la opinión pública árabe, pero sembró la preocupación entre muchos militares destinados en Egipto, cuyo sentimiento se vio reforzado por los oficiales políticos y militares de Londres que, al transmitirles la orden de cesar el fuego a

medianoche, añadieron la advertencia de que si las tropas no lo hacían «existía el riesgo de un ataque nuclear soviético sobre Londres y París».{24}

Al anochecer del día 6 de noviembre, solamente 36 horas después de que hubiese empezado el desembarco, los mandos militares se enteraron de que sus gobiernos habían accedido al mandato de alto el fuego de las Naciones Unidas. Los franceses en particular estaban furiosos por las oportunidades perdidas; los británicos estaban sencillamente resignados ante el final tan catastrófico de una operación tan incompetente de principio a fin. En palabras de Beaufre, «nuestra montaña parió un ratón».{25}

Había algo en lo que todo el mundo estaba de acuerdo: la operación de Suez había sido un fracaso a gran escala y la incompetencia era el sello distintivo que la caracterizaba desde el principio hasta el final. Para C. L. Cooper:

> La alianza anglofrancesa-israelí fue desde el primer momento una alianza artificial. Era hija de la conspiración, pero la habían engendrado unos hombres que no tenían corazón ni talento para la conspiración. En parte a causa de la propia naturaleza de la alianza, hubo poca comunicación y confianza desde el principio entre el Reino Unido e Israel y al final entre el Reino Unido y Francia. Y desde el principio hasta el final Eden, Mollet y Ben-Gurion sostuvieron concepciones diferentes con respecto a lo que se suponía que la operación tenía que conseguir. E incluso peor, hasta que no fue demasiado tarde no se dieron cuenta de que existían esas diferencias. A esto hay que añadir un cálculo erróneo acerca de la reacción internacional, especialmente la de los Estados Unidos. Y hay que añadir también, por lo que concierne al Reino Unido y a Francia, un problema de lenguaje, sistemas de armas individuales, un exceso de prudencia por parte de los planificadores y una cierta falta de brío por la de los mandos. Una combinación perfecta para un desastre seguro.{26}

Como operación militar Suez demostró los problemas que se pueden producir entre los mandos militares y sus superiores políticos. Es fácil cargar todas las culpas a Eden y ver a los soldados como las víctimas de un primer ministro indeciso y enfermo. Por su parte, los mandos militares fueron lentos, cautelosos y vacilantes a

la hora de seguir los dictados estratégicos de los políticos. La armada estaba absolutamente oxidada y se mostró incapaz de reaccionar con rapidez ante una amenaza a los intereses británicos.

Retrospectivamente se puede calificar la respuesta del gobierno de Eden a la nacionalización del canal como de poco realista. El 26 de julio no disponía de las tropas adecuadas y entrenadas para realizar esta difícil misión ni de medios de transporte aéreo, no poseía ninguna base en condiciones cercana a Egipto y no disponía de tropas de repuesto que pudiesen ser organizadas a tiempo. La idea era irrealizable en todos sus aspectos. Pese al estado de las fuerzas armadas británicas, Eden cometió el error de amenazar a Nasser sin tener medios que las respaldasen. Después de todo el Reino Unido había sido la primera nación en abandonar la zona del canal de Suez por lo difícil y costoso que resultaba mantener una fuerza militar a gran escala en Egipto que hiciese frente al antagonismo local. Así pues, ¿no era harto probable que si las tropas británicas regresaban fueran vistas como invasoras? Si su propósito era derrocar al gobierno egipcio —y Nasser era un líder popular y carismático— ¿cuánto mayor no hubiese sido la resistencia a la que tendrían que enfrentarse en comparación con la existente cuando estaban simplemente confinados en la zona del canal? Además, si Nasser hubiera sido derrocado, la dirección de Egipto hubiese recaído en grupos de terroristas como los que habían causado problemas a Israel durante mucho tiempo. Cualquier gobierno impuesto por los británicos hubiese sido impopular ante el creciente poder del nacionalismo árabe. Como señalan Fullick y Power: «la manera en que tanto Eden como los franceses eludieron el tema de qué sucedería después de Nasser es una muestra de falta de previsión sólo igualada por su escasa comprensión de la nueva coherencia del nacionalismo árabe».{27}

El gobierno también cometió errores en su trato con sus mandos militares. Stockwell no fue informado del papel que Israel jugaba en el plan y se permitió que tuviese que mendigar retazos de información de sus colegas franceses, mejor informados. Stockwell obró correctamente al decir que los soldados necesitan tener una idea clara de qué es lo que se les envía a hacer y por qué. Fue un

error que los mandos intermedios tuviesen que hacer la tarea de los políticos y justificar la acción ante sus hombres. La falta de un objetivo político claro complicó toda la operación. Los contradictorios objetivos políticos de Eden (primero, derrocar a Nasser y tomar El Cairo, y luego tomar el canal y garantizar la libertad de navegación) indican que se perdió mucho tiempo planificando la operación equivocada. Eden tuvo que haberse dado cuenta de que en el contexto de la opinión pública de 1956 nunca sería posible justificar un asalto anfibio sobre Alejandría, una batalla a gran escala contra el ejército egipcio y una marcha triunfante sobre El Cairo.

No es muy exagerado decir que Stockwell no sabía si iba o si venía. Escuchó las noticias del alto al fuego mientras sus hombres estaban desembarcando y telegrafió a Londres sarcásticamente: «hemos conseguido lo imposible. Estamos siguiendo dos caminos a la vez».{28} C. L. Cooper muestra hasta qué punto Eden interfirió en la planificación de las operaciones militares y cómo, a medida que crecía la presión internacional y la del propio país, aumentaban sus dudas y sus vacilaciones y comunicaba su indecisión a los militares.{29}

Sin embargo, tampoco se puede absolver a los mandos militares ni a los planificadores de su culpabilidad por el fracaso de Suez. Los mandos británicos eran prisioneros de la estrategia y de las tácticas de la segunda guerra mundial. Consideraban que Egipto era una formidable potencia militar por el material soviético que poseía. Sus fusiles semiautomáticos checos eran mejores que cualquier otro que tuviesen los británicos (que en su mayoría iban armados con fusiles de retrocarga del año 1943). Pero por otra parte la creencia de que voluntarios de la Europa del Este dirigían los tanques y pilotaban los aviones era totalmente errónea y estaba basada en fallos del servicio de información. Los instructores de la RAF deberían haber recordado la baja calidad de los cadetes egipcios que acudían a sus cursos para aprender a pilotar aviones. El resultado de esta sobrevaloración del potencial egipcio fue que la junta de jefes de Estado Mayor insistió en reunir una enorme fuerza invasora, totalmente desproporcionada para la misión que debía realizar. La lección de Arnhem les había mostrado los peligros de lanzar un ataque aéreo sin disponer de

tropas de refuerzo, pero la diferencia, desde luego, estaba en la calidad del oponente. Los egipcios no eran los alemanes y los más conscientes de esta diferencia eran los israelíes. Culparon por el fracaso de la operación de Suez a los errores de planificación y a la falta de osadía de los británicos. Moshe Dayan describió el final de los desembarcos aliados con estas palabras: «después de una larguísima incubación, finalmente han aparecido dos pollitos»,{30} mientras que el general Harvaki, jefe del servicio de información israelí, comentó: «¿A quién se pensaban los británicos que estaban invadiendo? ¿A la Unión Soviética?».{31}

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Adams, M. C. C., *Our Masters the Rebels,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1978.

Adamthwaite, A. P., *The Making of the Second World War*, Allen and Unwin, 1977.

Adcock, F. E., *The Roman Art of War Under the Republic*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1940.

Alger, R. A., *The Spanish-American War*, Harker, Nueva York, 1901.

Allen, L., *Singapore 1941-1942*, Davis-Poynter, 1977.

Ashley, M., *Rupert of the Rhine*, Granada, 1976.

Aspinall-Oglander, C. F., *The Official History of the Great War. Military Operations, Gallipoli*, Heinemann, 1929.

Bailes, H., «Patterns of Thought in the late Victorian Army», *Journal of Strategic Studies*, vol. 4, n.° 1 (1981), pp. 29-46.

Barber, N., *Sinister Twilight*, Collins, 1968.

Barea, A., *The Track*, Fontana, 1984.

Barker, A. J., *Townshend of Kut*, Cassell, 1967.

Barnett, C., *Britain and Her Army, 1509-1970*, Allen Lane, 1970.

—, *The Desert Generals*, Kimber, 1960.

—,*The Swordbearers*, Eyre and Spottiswoode, 1963.

Beaufre, A., *1940, The Fall of France,* Cassell, 1967.

—, *The Suez Expedition 1956*, trad. ing. R. Barry, Faber, 1969.

Beeler, J., *Warfare in Feudal Europe, 730-1200,* Cornell University Press, Ithaca, 1971.

Beller, E. A., «The Military Expedition of Sir Charles Morgan to Germany, 1627-9», *English Historical Review*, 43 (1928), pp. 528-539.

Bengtsson, F. G., *The Life of Charles XII,* Macmillan, Nueva York, 1960.

Bennett, G., *Naval Battles of the First World War,* Batsford, 1968.

—, *Naval Battles of World War II,* Batsford, 1975.

Bentley, R., «Weather in War-Time», *Quarterly Journal of the Royal Meteorological*

Society, vol. 33, n.° 142 (1907), pp. 81-138.
Betts, R. K., *Surprise Attack: Lessons for Defense Planning*, Brookings Institution, Washington D. C., 1982.
Bid well, R. G. S., *Modern Warfare*, Allen Lane, 1973.
Birnie, A., *The Art of War*, Nelson, 1942.
Blond, G., *Admiral Togo*, Jarrolds, 1961.
Bond, B., *The Victorian Army and the Staff College, 1854-1914,* Eyre Methuen, 1972.
—(ed.), *Victorian Military Campaigns*, Hutchinson, 1967.
Bonnett, S., *The Price of Admiralty*, Hale, 1968.
Bonsai, S., *The Fight for Santiago: The Story of the Soldier in the Cuban Campaign*, Doubleday & McClure, Nueva York, 1899.
Boynton, L. O. J., *The Elizabethan Militia 1558-1638,* Routledge and Kegan Paul, 1967.
—, «Martial Law and the Petition of Right», *English Historical Review,* 79 (1964), pp. 255-284.
—, «Billeting: The Example of the Isle of Wight», *English Historical Review,* 74 (1959), pp. 23-40.
Braddon, R., *The Siege,* Cape, 1969.
—, *Suez: Splitting of a Nation,* Collins, 1973.
Bradford, N. (ed.), *Battles and Leaders of the Civil War,* Appleton Century, 1956.
Brett-Smith, R., *Hitler's Generals,* Osprey, 1976.
Browning, R., *The Byzantine Empire,* Weidenfeld and Nicolson, 1980.
Bryant, A., *Years of Victory 1802-1812,* Collins, 1944.
—, *The Turn of the Tide,* Collins, 1957.
—, *Triumph in the West,* Collins, 1959.
—, *The Age of Chivalry*, Collins, 1963.
—, *The Great Duke,* Collins, 1971.
Burne, A. H., *The Créçy War: A Military History of the Hundred Years War from 1337 to the Peace of Bettigny, 1360,* Oxford University Press, Nueva York, 1955.
—, *The Agincourt War: A Military History of the Latter Part of the Hundred Years War from 1369 to 1453,* Oxford University Press, Nueva York, 1956.
—, *The Battlefields of England,* Methuen, 1973.
Bush, E., *Gallipoli,* Allen and Unwin, 1975.
Caffrey, K., *The Lion and the Union,* André Deutsch, 1978.

—, *Out in the Midday Sun,* André Deutsch, 1974.
Calder, A., *The People's War,* Panther, 1971.
Calvocoressi, P., y G. Wint, *Total War,* Allen Lane, 1972. (Hay trad, cast., *Guerra total,* 2 vols., Alianza Editorial, Madrid, 1979.)
Call well, C. E., *Small Wars. Their principles and practices,* HMSO, 1906.
Cartwright, F. F., *Disease and History,* Hart-Davis, 1972.
Carver, M. (ed.), *The War Lords,* Weidenfeld and Nicolson, 1976.
Cassar, G. H., *Kitchener*, Kimber, 1977.
Catton, B., *A Stillness at Appomattox*, Doubleday, Nueva York, 1954.
—, *Glory Road*, Doubleday, Nueva York, 1952.
—, *Mr Lincoln's Army,* Doubleday, Nueva York, 1949.
—, *This Hallowed Ground,* Doubleday, Nueva York, 1956.
—, *Reflections on the Civil War,* Doubleday, Nueva York, 1981.
Cervi, M., *The Hollow Legions,* Chatto and Windus, 1972.
Clark, A., *The Donkeys,* Hutchinson, 1961.
Clark, J. S. (ed.), *Life of James II,* 1816.
Clausewitz, C. von, *On War,* ed. Anatol Rapoport, Penguin, Harmonds- worth, 1968. (Hay trad, cast.. *De la guerra.* Labor, Barcelona, 1984.)
Colville, J. R., *Man of Honour,* Collins, 1972.
Collier, R., *1940: The World in Flames,* Hamish Hamilton, 1979.
Commager, H. S., *The Blue and the Gray,* 2 vols., Bobbs-Merrill, Indianápolis, 1950.
Connell, J., *Auchinleck,* Cassell, 1959.
—, *Wavell, Scholar and Soldier,* Collins, 1964.
Contamine, P., *War in the Middle Ages,* trad. ing. M. Jones, Basil Blackwell, Oxford, 1984
Cooper, C. L., *The Lion's Last Roar,* Harper & Row, Nueva York, 1978.
Cox, J. D., *Military Reminiscences of the Civil War,* Nueva York, 1900.
Craig, G. A., *The Battle of Königgrätz,* Weidenfeld and Nicolson, 1965.
Creveld, M. van, *Supplying War. Logistics from Wallenstein to Patton,* Cambridge University Press, Cambridge, 1977.
—, «The German Attack on the U.S.S.R.: the destruction of a legend», *European Studies Review,* vol. 2, n.° 1 (1972), pp. 69-86.
Crowder, M. (ed.), *West African Resistance,* Hutchinson, 1971.
Cruickshank, C. G., *Elizabeth's Army,* Clarendon Press, Oxford, 19662.
Chandler, D. G., *The Campaigns of Napoleon,* Weidenfeld and Nicolson, 1966.

Challener, R. D., *The French Theory of the Nation in Arms 1866-1939,* Columbia University Press, Nueva York, 1955.
Christiansen, E., *The Northern Crusades,* Macmillan, 1980.
Church, W. C., *Ulysses S. Grant,* Putnams, Nueva York, 1897.
Dalton, C., *Life and Times of Sir Edward Cecil*, *Viscount Wimbledon,* 2 vols., Sampson Low, Marston, Searle and Rivington, 1885.
Delbrück, H., *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politschen, Geschichte,* 7 vols., Berlin, 1900-1936.
Dicks, H. V., *Licensed Mass Murder,* Heinemann, 1972.
Divine, D., *The Blunted Sword,* Hutchinson, 1964.
Dixon, N., *On the Psychology of Military Incompetence,* Cape, 1976. (Hay trad, cast., *Sobre la psicología de la incompetencia militar*, Anagrama, Barcelona, 1977.)
Dowdey, C., *Robert E. Lee,* Gollancz, 1970.
Duffy, C., *The Army of Frederick the Great,* David and Charles, 1974.
—, *The Army of Maria Theresa*, David and Charles, 1977.
—, *Russia's Military Way to the West,* Routledge and Kegan Paul, 1981.
—, *Frederick the Great. A Military History,* Routledge and Kegan Paul, 1985.
Dupuy, R. E., y T. N. Dupuy, *The Encyclopaedia of Military History,* Macdonald and Jane's, 1970.
—, *The Compact History of the Civil War,* Hawthorn, Nueva York, 1960.
—, *The Compact History of the Revolutionary War,* Hawthorn, Nueva York, 1963.
Dupuy, T. N., *A Genius for War, The German Army and General Staff 1807-1945,* Macdonald and Jane's, 1977.
—, *The Evolution of Weapons and Warfare,* Jane's, 1982.
—, *The Military Life of Hannibal: Father of Strategy,* Franklin Watts, Nueva York, 1969.
Earle, E. M. (ed.), *Makers of Modern Strategy,* Princeton University Press, 1971.
Ellis, J., *The Sharp End of War,* David and Charles, 1980.
Erlanger, P., *George Villiers, Duke of Buckingham*, Hodder and Stoughton, 1953.
Fair, C., *From the Jaws of Victory,* Simon & Schuster, Nueva York, 1971.
Falls, C., *A Hundred Years of War,* Duckworth, 1953.
—, *The Art of War,* Oxford University Press, 1961.
Farwell, B., *Queen Victoria's Little Wars,* Allen Lane, 1973.
—, *The Great Boer War,* Allen Lane, 1977.
Featherstone, D., *Colonial Small Wars 1837-1901,* David and Charles, Newton

Abbot, 1973.
Flower, D., y J. Reeves, *The War 1939-1945,* Cassell, 1960.
Foote, S., *The Civil War: A Narrative,* Random House, Nueva York, 1958.
Fortescue, J. W., *A History of the British Army,* 13 vols., Macmillan, 1902-1930.
Fraser, A., *Cromwell: Our Chief of Men,* Weidenfeld and Nicolson, 1973.
Freeman, D. S., *Lee's Lieutenants,* 3 vols., Scribner, Nueva York, 1942-1944.
—, *R. E. Lee, A Biography, 4* vols., Scribner, Nueva York, 1934-1937.
—, *George Washington, 1* vols., Eyre and Spottiswoode, 1948-1954.
French, D., «The military background to the "shell crisis" of May 1915», *Journal of Strategic Studies,* vol. 2, n.° 2 (1979), pp. 192-205.
Freytag-Loringhoven, Baron F. H., *The Power of Personality in War,* Berlín, 1905.
Froissart, J., *The Chronicles of England, France and Spain,* Everyman Library, Dent, 1906.
Fuller, J. F. C., *The Decisive Battles of the Western World*, 3 vols., Eyre and Spottiswoode, 1954-1956.
Fullick, R., y G. Powell, *Suez: The Double War,* Hamish Hamilton, 1979.
Gardiner, S. R., *History of England from the Accession of James I to the Outbreak of the Civil War*, 10 vols., Longmans, 1883.
Geyl, P., *Napoleon: For and Against,* Cape, 1949.
Gian ville, J., *The Voyage to Cadiz in 1625,* ed. Alexander Grant, Camden Society, 1883.
Glover, M., *Wellington as Military Commander,* Batsford, 1968.
Gooch, B. D., *The New Bonapartist Generals in the Crimean War,* Nijhoff, La Haya, 1959.
Gooch, J., *Armies in Europe,* Routledge and Kegan Paul, 1980.
Gould, R. T. V., *Enigmas,* MacLehose, 1946.
Guderian, H., *Panzer Leader,* Michael Joseph, 1952.
Guedalla, P., *The Duke,* Hodder and Stoughton, 1931.
—, *The Two Marshals,* Hodder and Stoughton, 1943.
Hackett, sir J., *The Profession of Arms,* Sidgwick and Jackson, 1983.
Hankey, lord M., *The Supreme Command,* vol. 2. Allen and Unwin, 1961.
Hargreave, J., *The Sulva Bay Landing,* Macdonald, 1964.
Harris, W. B., *France, Spain and the Riff*, Arnold, 1927.
Hastings, M., *The Oxford Book of Military Anecdotes*, Oxford University Press, Oxford, 1985.
Hastings, M., y S. Jenkins, *The Battle for the Falklands,* Michael Joseph, 1983.

Haswell, J., *The Battle for Empire,* Cassell, 1976.
Heathcote, T. A., *The Afghan Wars,* Osprey, 1980.
Henderson, G. F. R., *Stonewall Jackson*, Longman, 1932.
Herzog, C., *The Arab-Israeli Wars,* Arms and Armour Press, 1982.
Hibbert, C., *Mussolini,* Longman, 1963.
—, *The Destruction of Lord Raglan,* Longman, 1961.
Higgins, T., *Winston Churchill and the Dardanelles,* Heinemann, 1963.
Hittle, J. D., *The Military Staff. Its History and Development,* Harrisburg Military Service, Penn, 1949.
Hopple, G., «Intelligence and Warning Lessons», en B. W. Watson y P. M. Dunn, *Military Lessons of the Falkland Islands War,* Arms and Armour, 1984.
Horne, A., *The Price of Glory,* Macmillan, 1962.
—, *To Lose a Battle,* Macmillan, 1969.
Hough, R., *Admirals in Collision,* Hamish Hamilton, 1959.
—, *The Fleet that had to Die,* Hamish Hamilton, 1958.
—, *The Hunting of Force Z,* Collins, 1963.
—, *The Great War at Sea 1914-1918,* Oxford University Press, Oxford, 1983.
Houlding, J. A., *Fit for Service. The training of the British Army, 1715-1795*, Oxford University Press, Oxford, 1981.
House, J. M., «The Decisive Attack: a new look at French infantry tactics on the eve of World War I», *Military Affairs,* vol. 40 (dic. 1976), pp. 164-169.
Howard, M., *The Franco-Prussian War,* Hart-Davis, 1961.
—, *The Mediterranean Strategy in the Second World War,* Weidenfeld and Nicolson, 1968.
—, *War in European History,* Oxford University Press, Oxford, 1976.
—, «Use and Abuse of Military History», en *The Causes of Wars,* Allen and Unwin, 1984.
Huidekoper, F. L., *The Military Unpreparedness of the United States,* Macmillan, Nueva York, 1916.
Irving, D., *The War Path,* Michael Joseph, 1978.
—, *The War Between the Generals,* Allen Lane, 1981.
Jackson, W. G. F., *The North African Campaign, 1940-1943,* Batsford, 1975.
James, D., *Lord Roberts,* Hollis and Carter, 1954.
Janis, I. L., *Victims of Groupthink,* Houghton Mifflin, Boston, 1972.
Janowitz, M., *The Professional Soldier,* Free Press, Nueva York, 1960. (El ministerio de Defensa prepara una edición castellana.)

Johnson, R. U., y C. C. Buell, *Battles and Leaders of the Civil War, 4* vols., Century, Nueva York, 1887.
Jones, R. V., *Most Secret War,* Hamish Hamilton, 1978.
Judd, D., *Someone Has Blundered, Calamities of the British Army, in the Victorian Age,* Arthur Barker, 1973.
Karnow, S., *Vietnam: A History,* Penguin, Harmondsworth, 1984.
Keegan, J., *The Face of Battle,* Cape, 1976.
Keevil, J. J., C. Lloyd, y J. L. S. Coulter, *Medicine and the Navy, 1200-1900,* 4 vols., Livingstone, 1958.
Kennedy, J., *The Business of War,* Hutchinson, 1957.
Kinross, lord, *Ataturk: The Rebirth of a Nation,* Weidenfeld and Nicolson, 1964.
Kon, D., *Los Chicos de la Guerra*, New English Library, 1983.
Kopperman, P. E., *Braddock at the Monongahela,* Feffers, 1977.
Laffin, J., *Americans in Battle,* Dent, 1973.
—, *The French Foreign Legion,* Dent, 1974.
—, *Tommy Atkins,* Cassell, 1966.
—, *Links of Leadership,* Harrap, 1966.
—, *Damn the Dardanelles,* Osprey, 1980.
Layne, C., «British Grand Strategy, 1900-1939: Theory and Practice in International Politics», *Journal of Strategic Studies*, vol. 2., n.° 3 (1979), pp. 303-330.
L'Étang, H., *Pathology of Leadership*, Heinemann, 1969.
—, *Fit to Lead*, Heinemann, 1980.
Lewin, R., *Hitler's Mistakes,* Leo Cooper/Secker and Warburg, 1984.
Liddell Hart, B., *History of the First World War*, Cassell, 1970.
—, *History of the Second World War,* Cassell, 1970.
—, *The Other Side of the Hill,* Cassell, 1951.
Liddle, P., *Men of Gallipoli,* Allen Lane, 1976.
Lockyer, R., *Buckingham,* Longman, 1984.
Longford, E., *Wellington. The Years of the Sword,* Weidenfeld and Nicol- son, 1969.
Lord, W., *Day of Infamy,* Henry Holt, Nueva York, 1957.
Lorenz, K., *On Aggression,* Bantam Books, Nueva York, 1963.
Love, K., *Suez: The Twice-Fought War,* Longman, 1970.
Lukács, J., *The Last European War,* Routledge and Kegan Paul, 1977.
Luvaas, J., *The Education of an Army,* Cassell, 1965.

Maccardell, L., *Ill-Starred General,* University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1958.
McGowan, A. P., «The Royal Navy under the First Duke of Buckingham», Universidad de Londres, tesis doctoral, 1967.
McGuffie, T. H., «The Walcheren Expedition and the Walcheren Fever», *English Historical Review,* 62 (1947), pp. 191-202.
Macintyre, D., *The Naval War Against Hitler,* Batsford, 1971.
—, *Narvik,* Evans, 1959.
Mack Smith, D., *Mussolini,* Weidenfeld and Nicolson, 1982.
McNeill, sir J., y A. Tulloch, *Report of the Commission into the Supplies of the British Army in the Crimea,* 1856.
Macrory, P., *Signal Catastrophe,* Hodder, 1966.
McWhiney, G. (ed.), *Grant, Lee, Lincoln and the Radicals,* Harper and Row, Nueva York, 1960.
Magnus, P., *Kitchener: Portrait of an Imperialist,* Murray, 1958.
Marder, A. J., *The Anatomy of British Sea Power,* Knopf, Nueva York, 1940.
Marshall, S. L. A., «Men against Fire, The Problem of Battle Commanders in Future War», *Washington Infantry Journal,* 1947.
Massie, R. K., *Peter the Great*, Gollancz, 1981.
Mellenthin, F. W. von, *Panzer Battles 1939-1945,* Cassell, 1955.
Messenger, C., *Bomber Harris and the Strategic Bombing Offensive 1939-45,* Arms and Armour, 1984.
Middlebrook, M., *The First Day on the Somme,* Allen Lane, 1971.
Miliis, W., *Armies and Men. A Study of American Military History,* Cape, 1958.
—, *The Martial Spirit*, Houghton Mifflin, Cambridge, Mass., 1931.
Montgomery, vizconde, *A History of Warfare*, Collins, 1968.
Montross, L., *War through the Ages,* Harper, Nueva York, I9603.
Moorehead, A., *Gallipoli*, edición ilustrada, Macmillan, 1975.
Morris, D., *The Washing of the Spears*, Cape, 1966.
Murray, W., «Munich 1938: The Military Confrontation», *Journal of Strategic Studies*, vol. 2, n.° 3 (1979), pp. 282-297.
—, «The Luftwaffe before the Second World War: a mission, a strategy?», *Journal of Strategic Studies*, vol. 4, n.° 3 (1981), pp. 261-270.
—, «The Strategy of the "Phoney War": A Re-evaluation», *Military Affairs,* vol. 45, n.° 1 (1981), pp. 13-17.
Newark, T., *Medieval Warfare,* Jupiter, 1979.
Newman, P., *The Battle of Marston Moor 1644,* Bird, 1981.

Nicolson, N., *Alex,* Weidenfeld & Nicolson, 1973.
Nichols, F. T., «The Organisation of Braddock's Army», *William and Mary Quarterly,* 3.a serie, vol. 4, 1947, pp. 124-147.
Nicholson, R. G. N., *Edward III and the Scots,* Oxford University Press, Oxford, 1965.
North, J., *Gallipoli: The Fading Vision,* Faber and Faber, 1936.
Nutting, A., *No End of a Lesson,* Constable, 1967.
Oman, C., *A History of the Art of Warfare in the Middle Ages,* 2 vols., Methuen, 1978.
—, *A History of the Art of War in the Sixteenth Century,* Methuen, 1937.
Oppenheim, M., *History of the Administration of the Royal Navy,* Lane, 1896.
Packenham, T., *The Boer War,* Weidenfeld and Nicolson, 1979.
Padfield, P., *Tide of Empires, voi 1, 1481-1654,* Routledge and Kegan Paul, 1979.
—, *Tide of Empires, vol. 2, 1654-1763,* Routledge and Kegan Paul, 1982.
Palmer, A., *Napoleon in Russia,* André Deutsch, 1967.
Paret, P., «Colonial Experience and European military reform at the end of the eighteenth century», *Bulletin of the Institute of Historical Research,* vol. 37, n.° 95 (1964), pp. 47-59.
Pargellis, S., «Braddock's defeat», *American Historical Review,* vol. 41, n.° 2 (1936), pp. 253-269.
Parish, P., *The American Civil War,* Eyre Methuen, 1975.
Parkman, F., *Montcalm and Wolfe,* Eyre and Spottiswoode, 1964.
Pemberton, B. W., *Battles of the Crimean War,* Batsford, 1962.
Penn, C. D., *The Navy under the early Stuarts,* Cornmarket, 1970.
Plutarch, *Fall of the Roman Republic,* trad. ing. R. Warner, Penguin, Harmondsworth, 1958.
Porch, D., «The French army and the spirit of the offensive», en *War and Societyy* ed. Brian Bond e Ian Roy (1975), pp. 117-143.
Pratt, F., *Ordeal By Fire*, The Bodley Head, 1950.
Preston, R. A., S. F. Wise, y H. O. Warner, *Men in Arms*, Thames and Hudson, 1962.
Procopius, *The Vandalie War,* trad. ing. H. B. Dewing, Heinemann, 1916.
Richardson, F., *Napoleon's Death: An Inquest*, Kimber, 1974.
Roberts, M., *The Military Revolution, 1560-1660*, University of Belfast, Belfast, 1956.
Roetter, C., *Psychological Warfare*, Batsford, 1974.

Rogers, H. C. B., *The British Army of the Eighteenth Century,* Allen and Unwin, 1977.
Roskill, S., *Naval Policy between the Wars,* Collins, 1968.
—, *Hankey. Man of Secrets*, 3 vols., Collins, 1970-1974.
ROTC Manual, Department of the Army, Washington, *American Military History 1607-1953,* Washington, 1956.
Rothenberg, G. E., *The Army of Franz Joseph,* Purdue University Press, West Lafayette, 1976.
—, *The Art of Warfare in the Age of Napoleon,* Batsford, 1977.
—, *Napoleon's Great Adversaries. The Archduke Charles and the Austrian Army,* Batsford, 1982.
Rubenson, S., «Adowa 1896: The Resounding Protest», en R. I. Rotberg, y A. A. Mazru (eds.), *Protest and Power in Black Africa,* Oxford University Press, Oxford, 1970.
Ruhe, W. J., «Submarine Lessons», en B. W. Watson, y P. M. Dunn (eds.), *Military Lessons of the Falkland Islands War,* Arms and Armour Press, 1984.
Runciman, S., *A History of the Crusades,* 3 vols., Cambridge University Press, Cambridge, 1951.
Russell, P. E., «Redcoats in the Wilderness: British officers and irregular warfare in Europe and America, 1740 to 1760», *William and Mary Quarterly,* 3.a serie, vol. 35, n.° 4 (1978), pp. 629-652.
Ryan, C., *A Bridge Too Far,* Hamish Hamilton, 1974.
Sacher, H. M., *The Emergence of the Middle East 1914-1924,* Allen Lane, 1969.
Sargent, W., *History of an Expedition against Fort Duquesne in 1755,* Historical Society of Pennsylvania, 1855.
Schlesinger, jr., A. M., *A Thousand Days,* André Deutsch, 1965.
Seaton, A., *The German Army. 1933-45,* Weidenfeld and Nicolson, 1982.
Seymour, W., *Battles in Britain, vol. I, 1066-1547,* Sidgwick and Jackson, 1975.
Sheppard, E. W., *A Short History of the British Army,* Constable, 1926.
Sixsmith, E. K. G., *British Generalship in the Twentieth Century,* Arms and Armour Press, 1970.
Smithers, A. J., *The Man Who Disobeyed,* Leo Cooper, 1970.
—, *Sir John Monash,* Leo Cooper, 1972.
Smythe, sir J., *Leadership in War 1939-45*, David and Charles, 1974.
—, *Before the Dawn*, Cassell, 1957.
Spaulding, O. L., H. Nickerson, y J. W. Wright, *Warfare: A Study on Military*

Methods from the Earliest Times, Infantry Journal Press, Washington, 1939.
Spears, E., *Assignment to Catastrophe*, Heinemann, 1954.
Stearns, S. J., «Conscription and English Society in the 1620s», *Journal of British Studies*, vol. II, 1972, pp. 1-23.
Steinbeck, J., *Once there was a War*, Corgi, 1961.
Stephens, R., *Nasser: A political biography*, Allen Lane, 1971.
Stolfi, R. H. S., «Equipment for victory in France in 1940», *History*, vol. 52, n.° 1 (1970), pp. 1-20.
Stone, N., *The Eastern Front*, Hodder and Stoughton, 1975.
Strachan, H., *European Armies and the Conduct of War,* Allen and Unwin, 1983.
—, «Soldiers, Strategy and Sebastapol», *Historical Journal*, vol. 21, n.° 2 (1978), pp. 303-325.
Strawson, J., *Hitler as Military Commander,* Batsford, 1971.
Summers, H. G., «Ground Warfare Lessons», en B. W. Watson, y P. M. Dunn (eds.), *Military Lessons of the Falkland Islands War,* Arms and Armour Press, 1984.
Sweetman, J., *War and Administration,* Edimburgo, 1984.
Symons, J., *Buller's Campaign,* White Lion, 1974.
Talbot, H., *The English Achilles,* Chatto and Windus, 1981.
Taylor, A. J. P., *English History 1914-45,* Oxford University Press, Oxford, 1965.
—, *The Second World War. An Illustrated History,* Hamish Hamilton, 1975.
Terraine, J., *White Heat: The New Warfare 1914-18,* Sidgwick and Jack- son, 1982.
Thomas, H., *The Suez Affair,* Weidenfeld and Nicolson, 1967.
Thompson, G. M., *The First Churchill,* Seeker and Warburg, 1979.
Thompson, R. W., *Montgomery: The Field Marshal,* Allen and Unwin, 1969.
Thucydides, *The History of the Peloponnesian War,* trad. mg. R. Warner, Penguin, Harmondsworth, 1963.
Tiger, L., *Men in Groups,* Panther, 1971.
Toland, J., *Adolf Hitler,* Doubleday, Nueva York, 1976.
—, *No Man's Land,* Eyre Methuen, 1980.
Tomason, K., y F. Buist, *Battles of the '45,* Batsford, 1962.
Trask, D. F., *The War with Spain in 1898,* Macmillan, Nueva York, 1981.
Travers, T. H. E., «The offensive and the problem of innovation in British military thought 1870-1915», *Journal of Contemporary History*, vol. 13, n.° 3 (1978), pp. 531-553.

Trevor-Roper, H. (ed.), *The Goebbels Diaries,* Seeker and Warburg, 1978.
Tulloch, A., *The Crimean Commission and the Chelsea Board,* Harrison, 1880.
Turner, E. S., *Gallant Gentlemen, a portrait of the British Officer 1600-1956,* Michael Joseph, 1956.
Tuchman, B., *A Distant Mirror,* Macmillan, 1979.
—, *The Guns of August,* Constable, 1962.
Vagts, A., *A History of Militarism,* edición revisada, Meridian Books, Nueva York, 1959.
Valentine, A., *Lord George Germain,* Oxford University Press, Oxford, 1962.
Wälder, D., *The Chanak Affair,* Hutchinson, 1969.
Warner, D. y P., *The Tide at Sunrise,* Angus and Robertson, 1975.
Watson, B. W., y P. M. Dunn (eds.), *Military Lessons of the Falkland Islands War,* Arms and Armour Press, 1984.
Watson, P., *War on the Mind,* Hutchinson, 1978.
Watt, D. C., *Too Serious a Business,* Temple Smith, 1975.
Wedgwood, C. V., *The King's War 1641-1647,* Collins, 1958.
Weighley, R. F., *History of the United States Army,* Batsford, 1968.
Wenham, P., *The Great and Close Siege of York,* Roundwood, Kineton, 1970.
Wheeler-Bennett, J. W., *Hindenburg: The Wooden Titan,* Macmillan, 1936.
Wilmot, C., *The Struggle for Europe,* Collins, 1952.
Wilson, T., *The First Summit,* Macdonald, 1969.
Williams, K. P., *Lincoln Finds a General, 4* vols., Macmillan, Nueva York, 1949-1956.
Williams, T. H., *Lincoln and His Generals*, Knopf, Nueva York, 1952.
—, «The Military Leadership of North and South», en D. Donald (ed.), *Why the North won the Civil War,* Nueva York, 1962.
Willmott, H. P., *Empires in the Balance*, Orbis, 1982.
Winter, D., *Death's Men,* Allen Lane, 1978.
Winton, J., *Convoy,* Michael Joseph, 1983.
—, *Jellicoe,* Michael Joseph, 1981.
Woodburn-Kirby, S., *Singapore, the Chain of Disaster,* Cassell, 1971.
Woodham Smith, C., *Florence Nightingale,* Constable, 1950.
—, *The Reason Why,* Constable, 1953.
Woodward, D., *Armies of the World 1854-1914,* Sidgwick and Jackson, 1978.
Woolman, D., *Rebels in the Riff*, Oxford University Press, Oxford, 1969.
Woolrych, A., *Battles of the English Civil War*, Batsford, 1961.

Wright, Q., *A Study of War,* University of Chicago Press, 1964.
Yaple, R. L., «Braddock's defeat: the theories and a reconstruction», *Journal of the Society for Army Historical Research*, XLVI, 1968.
Young, P., *A Dictionary of Battles 1816-1976*, Mayflower, Nueva York, 1977.
—, *Marston Moor: The Campaign and Battle*, Round wood, Kineton, 1970.
Young, R. J., «Preparations for defeat: French war doctrine in the interwar period», *Journal of European Studies*, vol. 2, n.° 2 (1972), pp, 155-172.
Zulfo, I. H., *Karari*, Frederick Warne, 1980.

INDICE ALFABÉTICO

[Páginas del libro original en papel]

Abd el Krim, 347-352, 355
Abercromby, general mayor James, 75, 76
Aedo, general romano, 186
Alanbrooke, mariscal de campo vizconde, 183
Alarico, jefe godo, 186
Alençon, conde de, 70, 72
Alfonso XIII, rey de España, 355
Allen, Louis, 369, 370, 376
Allenby, mariscal de campo sir Edmundo, 113
Anhalt-Dessau, príncipe Moritz de, 95
Aquino, santo Tomás de, 22
Artavasdes, rey de Armenia, 80
Aspinall-Oglander, teniente coronel C. F., 324-327
Atila, el huno, 186, 194
Auckland, lord, 53
Augustin, *Feldzeugmeister*, 140

Badoglio, mariscal Pietro, 36
Balbo, mariscal Italo, 103, 179
Baratieri, generai, 346, 355
Barber, Noel, 372
barcos:
    Aboukir, 151, 332
    Anne Royal, 206, 207, 219
    Atlantic Conveyor, 188

Birmingham, 108, 170
Black Prince, 61
Blucher, 91, 106
Breslau, 61
Cressy, 151, 332
Defence, 60, 61, 62
Dreadnought (1914), 103, 333
Duke of Edinburgh, 61
Endurance, 176
Gloucester, 62
Gneisen au, 131, 170
Goeben, 61-64
Hermes, 176, 188
Hogue, 151, 332
Hood, 362, 366
Indomitable (1914), 61
Indomitable (1941), 367
Inflexible, 61
Invincible, 176, 188
Jean Bart, 386
Jonquil, 321, 325, 327
King George V, 108, 170, 362
Lion (1915), 90, 9
Lusitania, 195, 333
Mogami, 366
Moltke, 91
Musashi, 362
Nottingham, 89
Prince of Wales, 156, 366, 367, 369
Repulse, 156, 366, 367, 369
Revenge, 365
Rodney, 108
Scharnhorst, 131, 170
Southampton, 89
Spartan, 173
Sussex, 195, 333

Suvoroff, 43
Swiftsure, 211, 214, 221
Tiger, 91, 107, 161
Tirpitz, 170
Warrior, 61
Yamato, 362
Battaglia, Roberto, 345
batallas:
Acre, 22
Adowa, 346, 355
Adrianpolis, 26
Azincourt, 22
Alma, 272
Amiens, 113
Annual, 17, 345-355
Atietam Creek, 40, 287
Arnhem, 121, 127, 399
Aspern-Essling, 65, 83
Atlanta, 187
Auberoche, 69
Auerstadt, 65
Austerlitz, 65
Balaclava, 78, 87, 146
Batalla de los Siete Días, 52
Bautzen, 52
Bicocca, 74
Bonsaso, 67
Borodino, 51
Bristol, 225
Buenos Aires, 31
Cádiz, 15, 92, 199-223, 384
Cadsand, 69
Cambrai, 113
Caporetto, 185
Carrhae, 80
Castillon, 73

Cirencester, 225
Cold Harbour, 13, 96
Coronel, 141
Courtrai, 68, 69
Créçy, 22, 68, 72
Cropredy Bridge, 231
Chalgrove Field, 225
Dieppe, 384
Dogger Bank, 91, 106, 141
Dupplin Moor, 69
Eckmuhl, 83
El Obeid, 81
El Caney, 304-309 *passim*
Flodden, 34
Formigny, 73
Fredericksburg, 75, 83, 282, 287, 293, 295
Gettysburg, 13, 96
Goose Green, 17, 157, 188-191
Gravelotte-St. Privat, 35
Halidon Hill, 69
Isandwhlana, 345, 346
Jena-Auerstadt, 51, 56, 103
Jutlandia, 62, 91, 103, 107, 141
Kolin, 13, 56, 65, 95
Könnigrätz, 139, 141
Las Guásimas, 303
Laupen, 68
Leipzig, 51
Lemgo, 229
Leuthen, 65
Loos, 77, 80, 110
Magenta, 139
Majuba Hill, 55, 136
Malplaquet, 186
Manassas, First, 41
Manila Bay, 155

Marston Moor, 17, 224-241
Masuri, lagos, 57
Minden, 60
Monongahela, 136, 243-258
Morgarten, 69, 81-82
Mukden, 58
Myriokephalon, 82
Narvik, 155, 369, 384
Newark, 225
Nicopolis, 27
Nueva Orleans, 75
Oak Swamp, 53
Oudenarde, 24
Passchendaele, 86, 111
Pearl Harbour, 31, 121, 126, 172
Poitiers, 68, 72
Port Arthur, 93, 359
Powick Bridge, 225
Ravena, 35
Redan, 146
Rouvray, 146
Saint Pol de Leon, 69
San Juan, Lomas de, 17, 299-313
Sempach, 68
Singapur, 17, 155, 356-376
Siracusa, 24, 42 Solferino, 139
Somme, 97, 111, 333
Spichern, 93
Spion Kop, 65-66
Stirling, puente de, 31
Suvla, bahía de, 155, 314-314
Taginae, 55 Talavera, 57
Tannenburg, 58
Ticonderoga, 74
Trautenau, 141
Tsingtao, 359

Tsushima, 43
Verdón, 66, 111, 333, 370
Verneuil, 73
Vionville, 35
Wagram, 65
Walcheren, 384
Waterloo, 52
Yarmuk, 158
Bazaine, comandante Francois-Achille, 35
Beatty, almirante sir David, 89-91, 106, 152, 338, 341, 359-360
Beaufre, general André, 381, 387-388, 391, 395
Beaujeu, capitán, 247, 251
Beauregard, general Pierre G. T., 286, 291
Belisario, general bizantino, 186
Benedek, general Ludwig von, 139
Berenguer, general Dámaso, 347-353
Bernadotte, mariscal Jean-Baptiste, 58, 83
Bethmann-Hollweg, Theobald von, 194, 332
Blucher, mariscal de campo Leberecht von, 49, 56
Braddock, general mayor Edward, 17, 64, 136, 243-258 *passim*
Brooke-Popham, comandante de batallón sir Robert, 369
Bryant, Arthur, 57
Buckingham, George Villiers, primer duque de, 15, 199-206 *passim*, 210, 218, 222
Buller, general sir Redvers, 18, 53, 65, 95, 109, 317
Burgoyne, general sir John, 56, 260-261, 264
Burnside, general Ambrose E., 18, 53, 75, 83, 95, 282-297 *passim*
Byng, general sir Julian, 316
Byron, John, primer barón de, 17, 225, 232-241

Calder, Angus, 131
Cardigan, lord, 59, 87, 115, 278
Carlos, archiduque de Austria, 83-85
Carlos I, rey de Inglaterra, 199, 202, 204-205, 213, 222, 225-227
Carlos XII, rey de Suecia, 137
Carrington, lord, 173
Cartwright, F. F., 50

Catton, Bruce, 288
Cavell, Edith, 195
Cecil, Edward, vizconde de Wimbledon, 15, 200-223 *passim*
Cervi, Mario, 35, 117
Ciano, conde Galeazzo, 117, 118
Clark, Alan, 77, 78
Clausewitz, Karl von, 26, 34, 75, 194
Clemenceau, Georges, 154
Condé, Luis de Borbón, Príncipe de 34
Connell, John, 182
Cooper, C. L., 395, 396, 398
Craso, Marco, 80
Cromwell, Oliver, 232-240
Cumberland, duque de, 246, 247, 255
Cunningham, almirante del *Fleet*, Earl, 177, 183

Chamberlain, Neville, 161-163, 165, 170- 171
Chemlsford, lord, 345
Churchill, Winston, 17, 64, 131-133, 149-150, 152-155, 170, 178-185, 331, 333, 342, 356, 361-375

Daun, mariscal Leopoldo, 95
Davis, Jefferson, 186, 187
Davout, mariscal Louis Nicolás, 58, 85
Delbrück, Hans, 21, 27, 64
Demóstenes, generai ateniense, 42, 43
Denbigh, conde de, 202, 205, 216, 219
D'Eu, condestable de Francia, 28, 29
Divine, David, 104, 113, 116, 134, 142, 143, 335-339
Dixon, Norman, 12, 13, 17, 25, 31, 55, 64, 77, 93, 94, 101, 102, 113, 115, 121
Douhet, generai Giulio, 128, 162
Duff, contraalmirante, 336, 338-343
Duffy, Christopher, 95 Dupuy, Trevor y Ernest, 186

Eden, sir Anthony, 179, 182, 377-398 *passim*
Eduardo III, rey de Inglaterra, 69, 73

Eisenhower, presidente Dwight D., 386
Elphisntone, general mayor, W. G. K., 53, 54
Ellis, John, 147
Essex, Robert Devereaux, segundo conde de, 202, 208-211, 214, 226
Estilicón, generai romano, 186
Eythin, James King, lord, 17, 227-232, 235-236, 240, 241

Fairfax, lord, 226, 227, 232, 236, 240
Fairfax, sir Thomas, 232, 239-240
Farwell, Byron, 65
Federico el Grande, 13, 56-57, 64, 95-96, 103, 258
Felipe VI, rey de Francia, 69, 70
Fergusson, Bernard, 388, 392
Ferrero, general de brigada Edward, 283, 287, 289, 294-297
Fieldhouse, sir John, 188
Filder, comisario generai William, 261- 262, 267-276, 279-280
Flavius Valens (Valente), emperador romano, 26, 27
Foch, mariscal Ferdinand, 86
Foix, Gaston de, 35
Fortescue, sir John, 60, 76
Freedman, Lawrence, 174
French, mariscal de campo sir John, 79, 314
Fuller, general mayor J. F. C., 109, 114- 115
Fullick y Powell, 378, 390, 393, 398

Galtieri, generai Leopoldo, 173, 174
Gamelin, generai Maurice, 59, 122-123, 169
García de la Cuesta, Gregorio, 57, 95
Georges, generai Alphonse, 59
Glanville, John, 206-207
Goebbels, Joseph, 156, 191
Goodenough, comodoro M., 89-90
Goring, George, lord, 228, 239
Graciano, emperador romano, 26
Grant, general Ulysses, 13, 21, 41, 95-97, 187, 282, 284-288, 290, 292-297
Guderian, general Heinz, 116, 123, 166

Guillermo II, káiser, 93, 193
Gustavo Adolfo, rey de Suecia, 233, 236

Haape, Heinrich, 137
Haig, mariscal de campo Earl, 77-79, 86, 109, 111, 114
Hajianestis, general, 48
Hamilton, general sir Ian, 314-319, 323- 330
Hammersley, general mayor F., 317, 319, 321-323, 325-330
Hankey, teniente coronel Maurice, 325- 326, 341-342
Hastings, Max, 189-190
Head, secretario de Estado para la Guerra Anthony, 382-384
Henderson, comandante Reginald, 338, 340, 344
Heraclio, emperador bizantino, 158, 159
Hibbert, Christopher, 263, 264, 270, 272, 277, 280
Hicks, general William, 81
Hill, general F. F., 321, 323 Hipper, almirante F. von, 89-90, 106
Hitler, Adolf, 115, 117, 129-130, 137, 155, 159, 160, 163-164, 166, 178, 185, 378
Hoffmann, coronel Max, 57
Honorio, emperador romano, 186
Hood, general John Bell, 187
Hopple, Gerard, 172, 174
Horne, Alistair, 66, 122, 169
Hough, Richard, 43, 45, 60, 63, 90, 150
Howard, sir Michael, 153, 156
Hunter-Weston, general de division sir Aylmer, 97, 99

Jackson, general Thomas «Stonewall», 40, 53
Jackson, general W. G. F., 185
Jaime IV, rey de Escocia, 34
Janis, I. L., 101
Jellicoe, almirante sir John. 90, 107, 141, 142, 149, 331, 334-344 *passim*
Johnston, general Joseph, 186-187
Jones, coronel «H», 189-190
Justiniano, emperador bizantino, 186

Keegan, John, 98, 99

Kemal, Mustafá, 330
Kent, general mayor J. F., 304-306, 309
Keyes, comodoro Roger, 325, 327
Kircheisen, F. M., 85
Kitchener, mariscal de campo Earl, 30, 110, 315, 318, 330

Laffin, John, 97, 136 Lawrence, T. E., 92
Lawton, general mayor Henry W., 302-303, 305, 309, 312
Layne, Christopher, 162, 163
Ledlie, general, 283, 289-290
Lee, general Robert E., 14, 39-40, 53, 95- 97, 187, 287, 295
Leopoldo II, archiduque de Austria, 81- 82
Leslie, Norman, 341, 344
L'Etang, Hugh, 52
Leven, Alexander Leslie, conde de, 226, 236, 237, 239-240
Lewin, Ronald, 159
Liddell Hart, sir Basil, 86, 111, 114, 116, 181
Linares, general, 304, 306, 311
Lincoln, Abraham, 38-41, 187, 282
Longmore, mariscal del aire, sir A., 177, 183
Lucan, lord, 59, 87-88, 278
Lucas, general sir Charles, 235, 239
Lukács, John, 128, 133

Lloyd, William, 134
Lloyd George, David, 48, 341-343

MaCarthy, general sir Charles, 67-68
Macrory, Patrick, 54
Mahon, teniente general sir Brian, 316, 318, 322, 324, 327, 330
Manchester, conde de, 226, 227, 236, 239-240
Manuel I Comneno, emperador bizantino, 82
Mao Zedong, 154
Marder, Arthur J., 105
Marlborough, John Churchill, primer duque de, 186, 258
Mauricio de Nassau, principe, 202, 207

McClellan, general George B., 39-41, 187, 282
McGuffie, T. H. 145 McNeill, sir John, 262, 265, 274-275, 279-281
Meade, general George, 284, 286, 288- 289, 292-297
Menéndez, general mayor Mario Benjamin, 189-190
Metaxas, general, 118, 181, 183
Miley, teniente J. D., 305, 307-309
Milne, almirante sir Archibald, 60-61 Mollet, Guy, 378, 386, 397
Monash, general sir John, 316
Montcalm, Louis Joseph, marqués de, 75
Montgomery, mariscal de campo Bernard, 126, 147, 379
Montmorency, Anne, duque de, 34
Murray, Williamson, 166, 171
Mussolini, Benito, 36-37, 117-120, 179, 181

Napoleón I, emperador de Francia, 21, 50-52, 58, 64, 83-85, 93, 103, 137, 160
Narses, generai bizantino, 55
Nasser, Gamal Abdel, 377-379, 387, 397
Newcastle, William Cavendish, marqués de, 227-232, 235-236, 240-242
Ney, mariscal M., 52, 59
Nicias, general ateniense, 42-43
Nolan, capitán, 88

O'Connor, general sir Richard, 179-184
Oman, sir Charles, 33, 34, 70, 74, 82

Papagos, general Alexandros, 120, 182
Pargellis, Stanley, 244, 245, 255
Percival, general de brigada A. E., 17, 155, 356, 360, 363, 365, 373, 376
Phillips, almirante sir Tom, 368
Picasso, general, 353-355
Pinkerton, Agencia de Detectives Privados, 39-40
Pleasants, coronel, 284-287, 290-291
Pratt, Fletcher, 96

Raglan, mariscal de campo lord, 56, 87- 88, 261-262, 269-270, 273-275, 280
Rawlinson, general sir H., 316

Reese, Harry, 285, 290
Rennenkampf, general Pavel K., 57-58
Richmond, capitán Herbert, 338, 343
Robeck, almirante, 327
Rommel, general Erwin, 116, 157, 178, 181, 183-184
Roosevelt, Theodore, 303, 313
Roskill, Stephen, 342
Rozhestvensky, vicealmirante Zinovy Petrovitch, 43, 44, 45, 46
Ruperto, príncipe de Renania, 17, 225- 241 *passim*
Ryan, Cornelius von, 127

Sackville, lord George, 60
Samsonov, general Aleksandr Vasilievich, 58
Scarouady, explorador indio, 254
Scott, Percy, 105, 332
Scheer, almirante Reinhard von, 333
Segismundo, rey de Hungría, 28-30
Seymour, capitán de corbeta Ralph, 89- 92
Shafter, general de división William R., 17, 300-313 *passim*
Sherman, teniente general William Tecumseh, 41, 187, 288
Silvestre, general, 17, 347-352, 355
Simpson, brigadier Ivan, 373
Sitwell, general brigadier W. H., 319, 323
Soddu, general Ubaldo, 36, 120
Stalin, Joseph, 159-160
Stein, J. G., 175
Steinbeck, Jonn, 148
Stockwell, teniente general sir Hugh, 381, 387, 395, 398
Stolfi, Russell H. S., 166
Stopford, teniente general sir Frederick, 155, 314, 316-322, 324-330
Strachan, Hew, 139
Surrey, conde de, 34

Taylor, A. J. P., 181, 184
Thomas, Hugh, 379
Thompson, brigadier Julian, 188-189

Trenchard, mariscal del aire sir Hugh, 128, 132, 154, 162, 359
Trevelyan, sir Charles, 261-262, 279-280
Trevor-Roper, Hugh, 192
Troubridge, contraalmirante sir Ernest, 18, 60-63
Tucidides, 42
Tulloch, coronel, 262, 265, 267, 271, 275, 276, 279, 280, 281
Vagts, Alfred, 49, 59
Valentiniano, emperador romano, 186
Vendóme, mariscal duque Louis Joseph de, 35
Vienne, almirante, 29
Visconti Prasca, general conde Sebastiano, 36, 37, 118-120
Von Pennavaire, generai, 56
Von Sanders, general Liman, 323

Wallace, William, 31-33 Wallis, Barnes, 143
Warren, teniente general sir Charles, 65- 66, 109
Warrenne, John, conde de, 31-33
Washington, coronel George, 247, 248, 253
Watt, D. C., 103
Wavell, mariscal de campo Archibald Percival, 155, 157, 177, 179-180, 182-184
Wedgwood, C. V., 230
Wellington, mariscal de campo Arthur Wellesley, primer duque de, 22, 49, 57, 260, 264
Wheeler, general mayor (Joe «el peleón»), 303-304, 313
Wilson, presidente Woodrow, 194
Williams, T. Harry, 12, 41
Willmer, mayor, 323
Willmot, H. P., 363, 371, 375
Winton, John, 337, 339
Wood, coronel, 303, 308, 313
Wood, guardamarina Evelyn, 138, 377
Woodburn-Kirby, S., 374
Wray, capitán Fawcett, 62-63

Young, Peter, 225, 227, 228

ÍNDICE DE MAPAS

1. La batalla del puente de Stirling (1297)
2. La batalla de Créçy (1346)
3. La batalla de Aspern-Essling (1809)
4. La batalla de Balaclava (1854)
5a – 5b. El ataque alemán a través del Mosa (1940)
6. La campaña del norte de África (1940-1941)
7. La bahía de Cádiz (1625)
8. La batalla de Marston Moor (1644)
9. Braddock en el Monongahela (1755)
10. El mar Negro y Crimea
11. La batalla del cráter (1864)
12. La batalla de las Lomas de San Juan (1898)
13. Los desembarcos en la bahía de Suvla (1915)
14. La batalla de Annual (1921)

INDICE

AGRADECIMIENTOS
PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1. LOS MANDOS
Exceso de confianza o timidez
Inadecuación personal
Incompetencia táctica
Incapacidad de comunicar
Desperdicio de recursos humanos
2. PLANIFICADORES Y ESTRATEGAS
Aferrándose a la tradición
Los fallos de los servicios de información
Equipamiento inadecuado
Fallos de asistencia médica
3. LOS POLÍTICOS
Enemistarse con los aliados naturales
Errores en la formulación de las políticas
Confusión de objetivos políticos y militares
Fallos del arma propagandística

SEGUNDA PARTE

1. LA EXPEDICIÓN A CÁDIZ (1625)
2. LA BATALLA DE MARSTON MOOR (1644)
3. BRADDOCK EN EL MONONGAHELA (1755)
4. EL COMISARIADO Y LA GUERRA DE CRIMEA (1854)
5. LA BATALLA DEL CRÁTER (1864)
6. LA BATALLA DE LAS LOMAS DE SAN JUAN (1898)

7. La bahía de Su vía (1915)
8. El almirantazgo y los convoyes (1917)
9. La batalla de Annual (1921)
10. La caída de Singapur (1942)
11. La operación de Suez (1956)

Bibliografía selecta
Índice alfabético
Índice de mapas

NOTAS

PRIMERA PARTE

1. LOS MANDOS

{1} M. Howard, «Use and Abuse of Military History», en The Causes of Wars, p. 191.
{2} A. Vagts, A History of Militarism, p. 28.
{3} W. C. Church, Ulysses S. Grant, pp. 188-189.
{4} P. Contamine, War in the Middle Ages, pp. 250-251.
{5} Ibid., p. 251.
{6} E. S. Turner, Gallant Gentlemen, p. 152.
{7} Ibid., p. 152.
{8} Contamine, op. cit., p. 259.
{9} N. Dixon, On the Psychology of Military Incompetence, p. 28.
{10} Ibid., p. 32.
{11} H. Delbrück, Geschichte des Kriegskunst in Rahmen der politischen Geschichte, vol. II, p. 272.
{12} Ibid., p. 283.
{13} B. Tuchman, A Distant Mirror, p. 553.
{14} Ibid., p. 558.
{15} Ibid., p. 559.
{16} Ibid., p. 561.
{17} Dixon, op. cit., p. 55.
{18} Véase J. W. Fortescue, A History of the British Army, vol. V, libro 8, cap. 13.
{19} C. Oman, A History of the Art of War in the Middle Ages, vol. II, p. 76.
{20} H. Freytag-Loringhoven, The Power of Personality in War, p. 36.

{21} C. Oman, A History of the Art of War in the Sixteenth Century, p. 406.
{22} M. Howard, The Franco-Prussian War, p. 173.
{23} Vagts, op. cit., p. 25.
{24} M. Cervi, The Hollow Legions, p. 33.
{25} Ibid., p. 68.
{26} Ibid., p. 72.
{27} Ibid., p. 73.
{28} Ibid., pp. 73-74.
{29} M. C. C. Adams, Our Masters the Rebels, p. 98.
{30} Ibid., p. 94.
{31} T. H. Williams, Lincoln and his Generals, p. 142.
{32} T. H. Williams, «The Military Leadership of North and South», en Why the North Won the Civil War, ed. D. Donald, p. 37.
{33} J. D. Cox, Military Reminiscences of the Civil War, vol. I, pp. 370-371.
{34} Thucydides, The History of the Peloponnesian War, libro VII, p. 51.
{35} J. F. C. Fuller, The Decisive Battles of the Western World, vol. I, p. 72.
{36} R. Hough, The Fleet that Had to Die, p. 13.
{37} Ibid., p. 32.
{38} Ibid., p. 91.
{39} Ibid., p. 115.
{40} Ibid., p. 128.
{41} Ibid., p. 162.
{42} El coronel Blimp es un personaje inventado por el dibujante David Low, que representa a un hombre mayor, obeso y amigo de pompas. Por extensión, en el lenguaje popular equivale a un tipo intransigente, de ideas fijas, simplón, o bien un reaccionario. (N. del T.)
{43} D. Wälder, The Chanak Affair, p. 169.
{44} Ibid., p. 169.
{45} Ibid., pp. 169-170; lord Kinross, Atatürk: The Rebirth of a Nation, p. 314.
{46} Vagts, op. cit., p. 142.
{47} Ibid., p. 267.
{48} F. F. Cartwright, Disease and History, p. 104.

{49} F. Richardson, Napoleon's Death: An Inquest, p. 88.
{50} Ibid., p. 89.
{51} A. Bryant, The Great Duke, p. 440.
{52} H. L'Etang, The Pathology of Leadership, p. 210.
{53} C. Dowdey, Robert E. Lee, p. 238.
{54} Dixon, op. cit., p. 73.
{55} P. Macrory, Signal Catastrophe, p. 136.
{56} Ibid., p. 166.
{57} L'Etang, op. cit., p. 160.
{58} Dixon, op. cit., pp. 162 y 221.
{59} Véase Oman, op. cit., I, pp. 33-35.
{60} D. G. Chandler, The Campaigns of Napoleon, p. 455.
{61} Dixon, op. cit., p. 37.
{62} N. Stone, The Eastern Front, p. 50.
{63} C. Duffy, The Army of Frederick the Great, p. 172.
{64} A. Bryant, Years of Victory, p. 313.
{65} M. Glover, Wellington as Military Commander, pp. 74-75.
{66} J. W. Wheeler-Bennett, Hindenburg: The Wooden Titan, p. 22.
{67} Stone, op. cit., p. 226.
{68} Vagts, op. cit., pp. 267-268.
{69} A. Horne, To Lose a Battle, p. 155.
{70} Fortescue, op. cit., vol. II, p. 505.
{71} R. Hough, The Great War at Sea, 1914-1918, p. 70.
{72} G. Bennett, Naval Battles of the First World War, p. 15.
{73} Hough, op. cit., p. 79.
{74} Ibid., p. 84.
{75} Ibid., p. 86.
{76} B. Tuchman, The Guns of August, p. 184.
{77} Vagts, op. cit., p. 113.
{78} Dixon, op. cit., pp. 22-23 y 159.
{79} Farwell, The Great Boer War, p. 159.
{80} Ibid., p. 161.

{81} Dixon, op. cit., p. 62.
{82} Farwell, op. cit., p. 165.
{83} A. Horne, The Price of Glory, p. 125.
{84} Ibid., p. 134.
{85} J. K. Fynn, «Ghana-Asante», en West African Resistance, ed. M. Crowder, p. 32.
{86} Contamine, op. cit., p. 67.
{87} Oman, op. cit., vol. II, p. 141.
{88} Ibid., vol. II, p. 139.
{89} Froissart, The Chronicles of England, France and Spain, libro I, p. 44.
{90} Ibid., I, p. 45.
{91} Oman, op. cit., vol. II, pp. 142-143.
{92} Ibid., vol. II, p. 172.
{93} Ibid., vol. II, p. 250.
{94} H. Talbot, The English Achilles, pp. 165-171.
{95} Véanse los argumentos de sir John Smyth en C. Oman, Warfare in the Sixteenth Century.
{96} Oman, op. cit., vol. II, p. 278.
{97} F. Parkman, Montcalm and Wolfe, p. 427.
{98} Fortescue, op. cit., libro II, p. 335.
{99} J. Haswell, The Battle for Empire, p. 242.
{100} Dixon, op. cit., p. 81.
{101} A. Clark, The Donkeys, p. 164.
{102} Ibid., p. 166.
{103} Ibid., p. 167.
{104} Ibid., p. 169.
{105} Ibid., p. 171.
{106} Ibid., p. 173.
{107} Plutarch, Life of Crassus, trad. ing. Rex Warner, p. 19.
{108} Ibid.y p. 20.
{109} B. Farwell, Queen Victoria's Little Wars, p. 272.
{110} Oman, op. cit., vol. II, p. 240.

{111} R. Browning, The Byzantine Empire, pp. 130-131; S. Runciman, A History of the Crusades, vol. II, pp. 412-413.
{112} Chandler, op. citp. 697.
{113} Ibid., p. 699.
{114} Ibid., p. 700.
{115} Ibid., p. 707.
{116} B. Liddell Hart, A History of World War One, p. 330.
{117} Ibid., p. 330.
{118} Ibid., p. 330.
{119} Hibbert, op. cit., p. 174.
{120} Ibid., p. 175.
{121} Ibid., p. 175.
{122} Ibid., p. 176.
{123} Hough, op. cit., p. 128.
{124} Ibid., p. 127.
{125} Ibid., p. 128.
{126} Ibid., p. 134.
{127} Ibid., p. 138.
{128} Vagts, op. cit., p. 16.
{129} Dixon, op. cit., p. 155.
{130} Vagts, op. cit., p. 212.
{131} D. y P. Warner, The Tide at Sunrise, p. 351.
{132} Vagts, op. cit., p. 231.
{133} Dixon, op. cit., p. 80.
{134} C. Duffy, Frederick the Great: A Military Life, p. 130.
{135} Ibid., p. 124.
{136} R. E. Dupuy y T. N. Dupuy, The Compact History of the Civil War, p. 232.
{137} F. Pratt, Ordeal by Fire, pp. 321-322.
{138} H. S. Commager, The Blue and the Grey, vol. II, p. 1.002.
{139} J. Laffin, Damn the Dardanelles, p. 42.
{140} Ibid., p. 97.
{141} Ibid., p. 202.

{142} M. Middlebrook, The First Day on the Somme, p. 263.
{143} Ibid., p. 266.
{144} J. Keegan, The Face of Battle, pp. 229-230.
{145} Ibid., p. 240.
{146} Middlebrook, op. cit., p. 99.
{147} Ibid., p. 250.
{148} Keegan, op. cit., p. 260.
{149} Ibid., p. 261.

2. PLANIFICADORES Y ESTRATEGAS

{1} Dixon, op. cit., p. 399.
{2} Ibid., p. 172.
{3} D. C. Watt, Too Serious a Business, p. 20.
{4} Ibid., p. 21.
{5} D. Divine, The Blunted Sword, p. 19.
{6} Ibid., p. 19.
{7} A. J. Marder, The Anatomy of British Sea Power, p. 384.
{8} Ibid., pp. 384-385.
{9} Ibid., p. 385.
{10} Ibid., p. 385.
{11} S. Bonnett, The Price of Admiralty, p. 141.
{12} R. Hough, The Great War at Sea, 1914-1918, p. 149.
{13} Ibid., p. 141.
{14} Ibid., p. 155.
{15} G. Bennett, Naval Battles of World War One, p. 224.
{16} G. Bennett, Naval Battles of World War Two, p. 146.
{17} T. H. E. Travers, «The offensive and the problem of innovation in British military thought, 1870-1915», p. 532.
{18} Ibid., p. 533.
{19} Ibid., p. 538.
{20} Ibid., p. 540.

{21} Ibid., p. 544.
{22} A. J. P. Taylor, English History, 1914-45, p. 35.
{23} D. Divine, op. cit., p. 90.
{24} Ibid., p. 147.
{25} Ibid., p. 146.
{26} Stone, op. cit., p. 49.
{27} Ibid., p. 49.
{28} Divine, op. cit., p. 148.
{29} Ibid., p. 149.
{30} Dixon, op. cit., p. 116.
{31} Ibid., p. 114.
{32} Divine, op. cit., p. 156.
{33} Dixon, op. cit., p. 117.
{34} Divine, op. cit., p. 157.
{35} Ibid., p. 152.
{36} Ibid., p. 181.
{37} Ibid., p. 181.
{38} Cervi, op. cit., p. 60.
{39} Ibid., p. 80.
{40} Ibid., p. 67.
{41} Ibid., p. 68.
{42} Ibid., p. 68-69.
{43} C. Hibbert, Benito Mussolini, p. 165.
{44} Cervi, op. cit., pp. 108-109.
{45} Ibid., p. 178.
{46} Ibid., p. 190.
{47} D. Mack Smith, Mussolini, p. 264.
{48} Cervi, op. cit., p. 192.
{49} Dixon, op. cit., p. 30.
{50} Horne, op. cit., pp. 221-222.
{51} Ibid., p. 231.
{52} W. Lord, Day of Infamy, p. 18.

{53} Ibid., p. 61.
{54} C. Ryan, A Bridge Too Far , p. 142.
{55} C. Wilmot, The Struggle for Europe, pp. 521-522.
{56} Divine, op. cit., p. 100.
{57} J. Lukacs, The Last European War, pp. 255-256.
{58} Ibid., p. 60.
{59} Divine, op. cit., p. 188.
{60} Ibid., p. 188.
{61} Ibid., p. 189.
{62} Lukacs, op. cit., p. 259.
{63} Ibid., p. 259.
{64} Divine, op. cit., pp. 190-191.
{65} Ibid., p. 190.
{66} A. J. P. Taylor, op. cit., p. 519.
{67} Divine, op. cit.y p. 184.
{68} Ibid., p. 185.
{69} T. Wilson, The First Summit, pp. 134-135.
{70} Lukacs, op. cit., p. 260.
{71} Ibid., p. 260.
{72} Divine, op. cit., p. 206.
{73} Ibid., p. 207.
{74} Ibid., p. 208.
{75} Vagts, op. cit., p. 80.
{76} Tuchman, op. cit., p. 55.
{77} J. Laffin, Tommy Atkins, p. 51.
{78} Ibid., pp. 51-52.
{79} H. Haape, en The War 1939-45, ed. D. Flower y J. Reeves, p. 222.
{80} Ibid., p. 229.
{81} H. Strachan, European Armies and the Conduct of War, p. 115.
{82} G. E. Rothenberg, The Army of Franz Joseph, p. 64.
{83} Strachan, op. cit., p. 113.
{84} Rothenberg, op. c/7., p. 66.

{85} Ibid., p. 66.
{86} Hough, op. cit., p. 277.
{87} Ibid., p. 278.
{88} Divine, op. cit., p. 203.
{89} Ibid., pp. 202-203.
{90} Ibid., pp. 204.
{91} T. H. McGuffi, «The Walcheren Expedition and the Walcheren Fever», p. 195.
{92} Ibid., p. 195.
{93} Ibid., p. 196.
{94} Ibid., p. 196.
{95} Ibid., p. 198.
{96} Ibid., p. 202.
{97} J. Ellis, The Sharp End of War, p. 304.
{98} Ibid., p. 305.
{99} Ibid., p. 306-307.
{100} J. Steinbeck, Once there was a War, p. 8.
{101} G. Callender, The Naval Side of British History, en Hough, op. cit.f p. 55.
{102} Hough, op. cit., p. 56.
{103} Ibid., p. 57.
{104} Ibid., p. 62.
{105} Ibid., p. 63.
{106} Ibid., p. 64.
{107} Ibid., p. 64.

3. LOS POLÍTICOS

{1} M. Howard, «The Relevance of Traditional Strategy», en The Causes of Wars, p. 85.
{2} S. Runciman, A History of the Crusades, vol. I, pp. 12-13.
{3} R. Lewin, Hitler's Mistakes, p. 132.
{4} Ibid., p. 132.
{5} C. Layne, «British Grand Strategy, 1900-1939», p. 319.

{6} Ibid., p. 320.
{7} Ibid., p. 321.
{8} Ibid., p. 324.
{9} W. Murray, «Munich 1938: The Military Confrontation», p, 286.
{10} R. S. Stolfi, «Equipment for Victory in France in 1940», p. 8.
{11} Ibid., p. 2.
{12} Murray, op. cit., p. 287.
{13} Ibid., p. 288.
{14} Ibid., p. 288.
{15} A. Horne, To Lose a Battle, p. 112.
{16} Murray, op. cit., p. 292.
{17} Ibid., p. 296.
{18} G. Hopple, «Intelligence and Warning Lessons», en Military Lessons of the Falklands War, ed. B. W. Watson y P. M. Dunn, p. 100.
{19} Ibid., p. 98.
{20} R. K. Betts, Surprise Attack: Lessons for Defense Planning, en Hopple, op. cit., p. 99.
{21} W. J. Ruhe, «Submarine Lessons», en Watson y Dunn, op. cit., p. 7.
{22} G. Hopple, op. cit., p. 105.
{23} Ibid., p. 105.
{24} Ibid., p. 105.
{25} Ibid., p. 105.
{26} Ibid., p. 106.
{27} Ibid., p. 106-107.
{28} J. Connell, Wavell, vol. I, p. 269.
{29} Ibid., p. 256.
{30} B. Liddell Hart, History of the Second World War, p. 114.
{31} Ibid., p. 115.
{32} A. J. P. Taylor, op. cit., p. 525.
{33} J. Connell, op. cit., p. 307.
{34} Ibid., p. 308.
{35} Ibid., p. 308.

{36} J. Kennedy, The Business of War, pp. 74-76.
{37} A. Bryant, The Turn of the Tide, pp. 247-248.
{38} Ibid., p. 248.
{39} A. J. P. Taylor, op. cit., pp. 525-526.
{40} W. G. F. Jackson, The North African Campaign, 1940-43, p. 75.
{41} Ibid., p. 106.
{42} R. E. Dupuy y T. N. Dupuy, The Encyclopaedia of Military History, pp. 190-191.
{43} B. Catton, Reflections on the Civil War, p. 150.
{44} M. Hastings y S. Jenkins, op. cit., p. 266.
{45} Ibid., p. 292.
{46} Ibid., p. 274.
{47} Ibid., p. 278.
{48} H. G. Summers, «Ground Warfare Lessons», en Watson y Dunn, op. cit., p. 72.
{49} Hastings y Jenkins, op. citp. 362.
{50} H. Trevor-Roper (ed), The Goebbels Diaries, p. XX.
{51} Tuchman, op. cit., p. 199.
{52} C. Roetter, Psychological Warfare, p. 46.
{53} Tuchman, op. cit., p. 348.
{54} Ibid., p. 358.
{55} Ibid., p. 358.
{56} Ibid., p. 359.
{57} Ibid., p. 359-360.
{58} Roetter, op. cit., p. 13.

SEGUNDA PARTE

1. LA EXPEDICIÓN A CÁDIZ (1625)

{1} R. Lockyer, *Buckingham*, p. 251.
{2} C. E. Penn, The Navy under the Early Stuarts, p. 141.

{3} S. J. Stearns, «Conscription and English Society in the 1620s», p. 8.
{4} Ibid., p. 10.
{5} C. Dalton, Life and Times of Sir Edward Cecil, Viscount Wimbledon, vol. II, pp. 102-103.
{6} Penn, op. cit., pp. 145-146.
{7} Dalton, op. cit., p. 129.
{8} Ibid., pp. 132-133.
{9} Penn, op. cit., pp. 141-142.
{10} Ibid., p. 142.
{11} Ibid., p. 145.
{12} Dalton, op. cit., p. 226.
{13} Ibid., p. 143.
{14} S. R. Gardiner, History of England from the Accession of James I to the outbreak of the Civil War, 1603-42, p. 316.
{15} J. Glanville, The Voyage to Cadiz in 1625, p. 23.
{16} Ibid., p. 28.
{17} Dalton, op. cit., p. 161.
{18} Penn, op. cit., p. 151.
{19} Gardiner, op. cit., p. 321.
{20} Dalton, op. cit., p. 178.
{21} Ibid., p. 179.
{22} Penn, op. cit., pp. 156-157.
{23} Gardiner, op. cit., p. 323.
{24} J. J. Keevil, C. Lloyd y J. L. S. Coulter, Medicine and the Navy, 1200-1900, p. 168.
{25} Gardiner, op. cit., p. 324.
{26} Dalton, op. cit., pp. 194-195.
{27} Penn, op. cit., p. 164.
{28} Dalton, op. cit., pp. 195.

2. LA BATALLA DE MARSTON MOOR (1644)

{1} La palabra inglesa, equivalente al cavaliere italiano o el chevalier francés, significó durante la guerra civil inglesa (1641-1649) «partidario de Carlos I». Por otro lado, puede traducirse como «caballero», al igual que knight en un sentido más genérico. (N. del t.)

{2} C. V. Wedgwood, The King's War, 1641-1647, p. 49.

{3} En castellano en el original. (N. del t.)

{4} Peter Young, Marston Moor: The Campaign and the Battle, p. 73.

{5} Ibid., p. 88.

{6} Ibid., p. 87.

{7} Ibid., p. 87.

{8} Ibid., p. 83.

{9} Ibid., p. 92.

{10} Wedgwood, op. citt., p. 314.

{11} Young, op. cit., p. 111.

{12} Ibid., p. 111.

{13} Wedgwood, op. cit., p. 316.

{14} Ibid., p. 316.

{15} Ibid., p. 316.

{16} Young, op. cit., p. 122.

{17} J. S. Clark (ed), Life of James II, vol. I, en P. Newman, The Battle of Marston Moor, 1644, p. 73.

{18} Young, op. cit., p. 95.

{19} Wedgwood, op. cit., p. 318.

{20} Young, op. cit., p. 117.

{21} J. S. Clark (ed), op. cit., I, pp. 22 y ss.

{22} Young, op. cit., p. 123.

{23} P. Newman, The Battle of Marston Moor, 1644, p. 92.

{24} Wedgwood, op. cit., p. 320.

{25} Ibid., p. 321.

{26} A. Woolrych, Battles of the English Civil War, p. 77.

{27} Young, op. cit., p. 144.

{28} Ibid., p. 71.

3. BRADDOCK EN EL MONONGAHELA (1755)

{1} D. S. Freeman, George Washington, vol. I, p. 82.
{2} H. C. B. Rogers, The British Army of the Eighteenth Century, pp. 70-71.
{3} P. E. Russell, «Redcoats in the Wilderness: British Officers and Irregular Warfare in Europe and America, 1740 to 1760», p. 629.
{4} S. Pargellis, «Braddock's Defeat», p. 253.
{5} P. E. Kopperman, Braddock at the Monongahela, p. 14.
{6} J. A. Houlding, Fit for Service, p. 357.
{7} F. Parkman, Montcalm and Wolfe, p. 149.
{8} Ibid., p. 149.
{9} L. Maccardell, Ill-Starred General, p. 240.
{10} Ibid., p. 244.
{11} Ibid., p. 244.
{12} J. W. Fortescue, A History of the British Army, vol. II, p. 275.
{13} Kopperman, op. cit., p. 83.
{14} Maccardell, op. cit., p. 252.
{15} Ibid., p. 251.
{16} Freeman, op. cit., p. 76.
{17} Pargellis, op. cit., p. 260.
{18} Ibid, p. 264.

4. EL COMISARIADO Y LA GUERRA DE CRIMEA (1854)

{1} H. Strachan, «Soldiers, Strategy and Sebastapol», p. 321.
{2} J. Sweetman, War and Administration. The Significance of the Crimean War, p. 44.
{3} Strachan, op. cit., p. 320.
{4} C. Hibbert, The Destruction of Lord Raglan, p. 251.
{5} Sweetman, op. cit., p. 46.
{6} Ibid., pp. 46-47.

{7} Hibbert, op. cit., p. 247.
{8} C. Woodham Smith, Florence Nightingale, p. 155.
{9} Hibbert, op. cit., p. 248.
{10} Sweetman, op. cit., p. 51.
{11} Sir J. McNeill y A. Tulloch, Report of the Commission into the Supplies of the British Army in the Crimea, p. 6.
{12} Ibid., p. 3.
{13} Hibbert, op. cit., p. 281.
{14} McNeill y Tulloch, op. cit., p. 5.
{15} Ibid., p. 12.
{16} A. Tulloch, *The Crimean Commission and the Chelsea Board*, p. 100.
{17} *Ibid.,* p. 101.
{18} Hibbert, op. cit., p. 246.
{19} McNeill y Tulloch, op. cit., p. 6.
{20} Hibbert, op. cit., p. 242.
{21} Ibid., p. 281.
{22} Ibid., p. 278.
{23} McNeill y Tulloch, op. cit., p. 14.
{24} Ibid., p. 17.
{25} McNeill y Tulloch, Second Report, p. 23.
{26} Tulloch, op. cit., p. 35.
{27} McNeill y Tulloch, Second Report, p. 25.
{28} Ibid., p. 27.
{29} Hibbert, op. cit., p. 287.
{30} Ibid., p. 287.
{31} Ibid., p. 287.
{32} Ibid., p. 287.
{33} Tulloch, op. cit., p. 14.
{34} Ibid., p. 31.
{35} Sweetman, op. cit., pp. 55-56.
{36} Ibid., p. 56.
{37} Ibid., p. 56.

{38} Ibid., p. 57.
{39} Ibid., p. 58.
{40} Hibbert, *op. cit.,* pp. 255-256.

5. LA BATALLA DEL CRÁTER (1864)

{1} W. H. Powell, «The Battle of the Petersburg Crater», en N. Bradford (ed.), Battles and Leaders of the Civil War, p. 559.
{2} Ibid., p. 559.
{3} Ibid., p. 560.
{4} S. Foote, The Civil War: A Narrative, p. 532.
{5} Ibid., p. 532.
{6} Powell, op. cit., p. 560.
{7} Foote, op. cit., p. 532.
{8} Powell, op. cit., p. 562.
{9} B. Catton, A Stillness at Appomattox, p. 239.
{10} Ibid., p. 240.
{11} Ibid., p. 240.
{12} Foote, op. cit., p. 535.
{13} Ibid., p. 536.
{14} Catton, op. cit., p. 244.
{15} Powell, op. cit., p. 564.
{16} Foote, op. cit., p. 536.
{17} Powell, op. cit., p. 566.
{18} Catton, op. cit., p. 246.
{19} Ibid., p. 249.
{20} Foote, op. cit., p. 537.
{21} Catton, op. cit., p. 251.
{22} Ibid., p. 252.
{23} Foote, op. cit., p. 537.
{24} Ibid., p. 538.
{25} C. R. Fish, en The Dictionary of Biographical Quotation, ed. J. Wintle y R.

Kenin, p. 122.

6. LA BATALLA DE LAS LOMAS DE SAN JUAN (1898)

{1} Frederic Louis Huidekoper, The Military Unpreparedness of the United States, p. 154.
{2} Sargent, The Campaign of Santiago de Cuba, vol. I, pp. 79-80.
{3} Huidekoper, op. cit., pp. 158-159.
{4} D. F. Trask, The War with Spain in 1898, p. 180.
{5} Huidekoper, op. cit., p. 170.
{6} Ibid., p. 170.
{7} Department of the Army ROTC Manual, American Military History, 1607-1953, p. 307.
{8} Huidekoper, op. cit., p. 177.
{9} Ibid., p. 177.
{10} W. Millis, The Martial Spirit, p. 271.
{11} Ibid., p. 274.
{12} El autor usa dagoe, expresión despectiva intraducible que puede usarse para aludir a varios latinos: españoles, portugueses, italianos... (N. del t.).
{13} Trask, op. cit., p. 228.
{14} Millis, op. cit.y p. 282.
{15} Trask, op. cit., p. 239.
{16} Millis, op. cit.y p. 283.
{17} Ibid., pp. 285-286.
{18} Ibid., p. 288.
{19} Ibid., p. 189.
{20} Ibid., p. 290.
{21} Stephen Bonsai, The Fight for Santiago: The Story of the Soldier in the Cuban Campaign, p. 141.

7. LA BAHÍA DE SUVLA (1915)

{1} A. J. Smithers, The Man Who Disobeyed, pp. 260-261.
{2} A. J. Smithers, Sir John Monash, p. 122.
{3} J. Laffin, Damn the Dardanelles, p. 129.
{4} Ibid., p. 129.
{5} J. Hargrave, The Suvla Bay Landing, p. 151.
{6} C. F. Aspinall-Oglander, The Official History of the Great War. Military Operations, Gallipoli, II, p. 140.
{7} Laffin, op. cit., p. 142.
{8} Ibid., p. 130.
{9} Ibid., p. 131.
{10} Ibid., p. 133.
{11} Hargrave, op. cit., p. 121.
{12} Ibid., p. 131.
{13} Ibid., p. 131.
{14} Laffin, op. cit., p. 136.
{15} Hargrave, op. cit., p. 145.
{16} Laffin, op. cit., p. 136.
{17} Ibid., p. 136.
{18} A. Moorehead, Gallipoli, p. 180.
{19} Laffin, op. cit., p. 138.
{20} Ibid., p. 137.

8. EL ALMIRANTAZGO Y LOS CONVOYES (1917)

{1} D. Divine, The Blunted Sword, pp. 75-76.
{2} R. Hough, The Great War at Sea, 1914-18, p. 30.
{3} Ibid., p. 175.
{4} Ibid., p. 302.
{5} Ibid., p. 302.
{6} J. Terraine, White Heat: The New Warfare, 1914-18, p. 256.
{7} Ibid., p. 256.
{8} Hough, op. cit., p. 303.

{9} Ibid., p. 303.
{10} Divine, op. cit., p. 77.
{11} J. Winton, Convoy, pp. 42-43.
{12} Ibid., p. 40.
{13} Hough, op. cit., p. 169.
{14} Ibid., p. 306.
{15} Winton, op. cit., pp. 12-16.
{16} Hough, op. cit., p. 308.
{17} Ibid., p. 307.
{18} Winton, op. cit., p. 47.
{19} Ibid., p. 47.
{20} Divine, op. cit., p. 80.
{21} Ibid., p. 80.
{22} Winton, op. cit., p. 55.
{23} Ibid., p. 56.
{24} Divine, op. cit., p. 80.
{25} Winton, op. cit., p. 56.
{26} Ibid., p. 57.
{27} S. Roskill, Hankey: Man of Secrets, p. 357.
{28} Lord Hankey, The Supreme Command, vol. II, p. 648.
{29} Ibid., p. 648.
{30} Hough, op. cit., p. 308.
{31} Ibid., p. 308.
{32} Roskill, op. cit., pp. 381-382.
{33} Ibid., p. 379.
{34} Hankey, op. cit., p. 650.
{35} Winton, op. cit., p. 78.
{36} Ibid., p. 72.
{37} Hough, op. cit., p. 312.

9. LA BATALLA DE ANNUAL (1921)

{1} D. Morris, The Washing of the Spears, p. 374.
{2} R. Battaglia, La Prima Guerra d'Africa, pp. 736-737.
{3} S. Rubenson, «Adowa 1896: The Resounding Protest», p. 120.
{4} W. B. Harris, France, Spain and the Riff, p. 162.
{5} Ibid., p. 163.
{6} Ibid., p. 164-165.
{7} D. Woolman, Rebels in the Riff, p. 83.
{8} Ibid., p. 85.
{9} Ibid., p. 85.
{10} Ibid., p. 86.
{11} Ibid., p. 88.
{12} Ibid., p. 88.
{13} Ibid., p. 89.
{14} Ibid., p. 90.
{15} Harris, op. cit., p. 166.
{16} Ibid., p. 167.
{17} Woolman, op. cit., p. 91.
{18} Harris, op. cit., p. 167; Woolman, op. cit., p. 91.
{19} Woolman, op. cit., p. 95.
{20} Ibid., pp. 97-98.
{21} Ibid., p. 98.
{22} Ibid., p. 98.
{23} Ibid., p. 99.
{24} Ibid., p. 99.
{25} Ibid., p. 101.
{26} Ibid., p. 101.

10. LA CAÍDA DE SINGAPUR (1942)

{1} H. P. Willmott, Empires in the Balance, p. 103.
{2} Ibid., p. 103.
{3} Ibid., p. 103-104.

{4} Ibid., p. 104.
{5} Ibid., p. 104-105.
{6} L. Allen, Singapore, 1941-1942, p. 45.
{7} *Ibid*., pp. 41-42.
{8} G. Bennett, *Naval Battles of World War* II, pp. 39 y 47.
{9} L. Allen, Singapore, 1941-1942, p. 45.
{10} N. Barber, Sinister Twilight, p. 42.
{11} Allen, op. cit., p. 50.
{12} Ibid., p. 51.
{13} Ibid., p. 52.
{14} Willmott, op. cit., p. 169.
{15} Allen, op. cit., p. 53.
{16} Willmott, op. cit., pp. 172-174.
{17} Ibid., p. 218.
{18} Ibid., p. 219.
{19} Ibid., p. 219.
{20} Ibid., p. 220.
{21} Barber, op. cit., p. 125.
{22} Ibid., p. 23.
{23} Ibid., p. 69.
{24} Willmott, op. cit., p. 227.
{25} S. Woodburn-Kirby, The Chain of Disaster, p. 184.
{26} Willmott, op. eit., pp. 236-237.
{27} Véase por ejemplo N. Dixon, On the Psychology of Military Incompetence, cap. II.
{28} Allen, op. cit., p. 186.
{29} Ibid., p. 243.

11. LA OPERACIÓN DE SUEZ (1956)

{1} C. L. Cooper, The Lion's Last Roar, p. 173.
{2} R. Fullick y G. Powell, Suez: The Double War, p. 22.

{3} Ibid., p. 185.
{4} H. Thomas, The Suez Affair, pp. 158 y 243.
{5} Fullick y Powell, op. cit., p. 18.
{6} Ibid., p. 103.
{7} Ibid., pp. 20-21.
{8} Ibid., p. 30.
{9} Ibid., p. 32.
{10} Ibid., p. 34.
{11} Ibid., p. 35.
{12} Ibid., p. 37.
{13} Ibid., p. 57.
{14} Ibid., p. 57.
{15} Ibid., p. 59.
{16} Ibid., p. 61.
{17} Ibid., p. 74.
{18} Ibid., p. 86.
{19} Cooper, *op. cit.,* pp. 174-175.
{20} Fullick y Powell, op. cit.y p. 101.
{21} Ibid., p. 104.
{22} K. Love, Suez: The Twice-Fought War, p. 621; Fullick y Powell, op. cit., p. 151.
{23} Cooper, op. cit., p. 190.
{24} Ibid., p. 197.
{25} Ibid., p. 203.
{26} Ibid., p. 203.
{27} Fullick y Powell, op. cit., p. 188.
{28} Cooper, op. cit., p. 204.
{29} Ibid., p. 204.
{30} Fullick y Powell, op. cit., p. 141.
{31} Cooper, op. cit., p. 207.